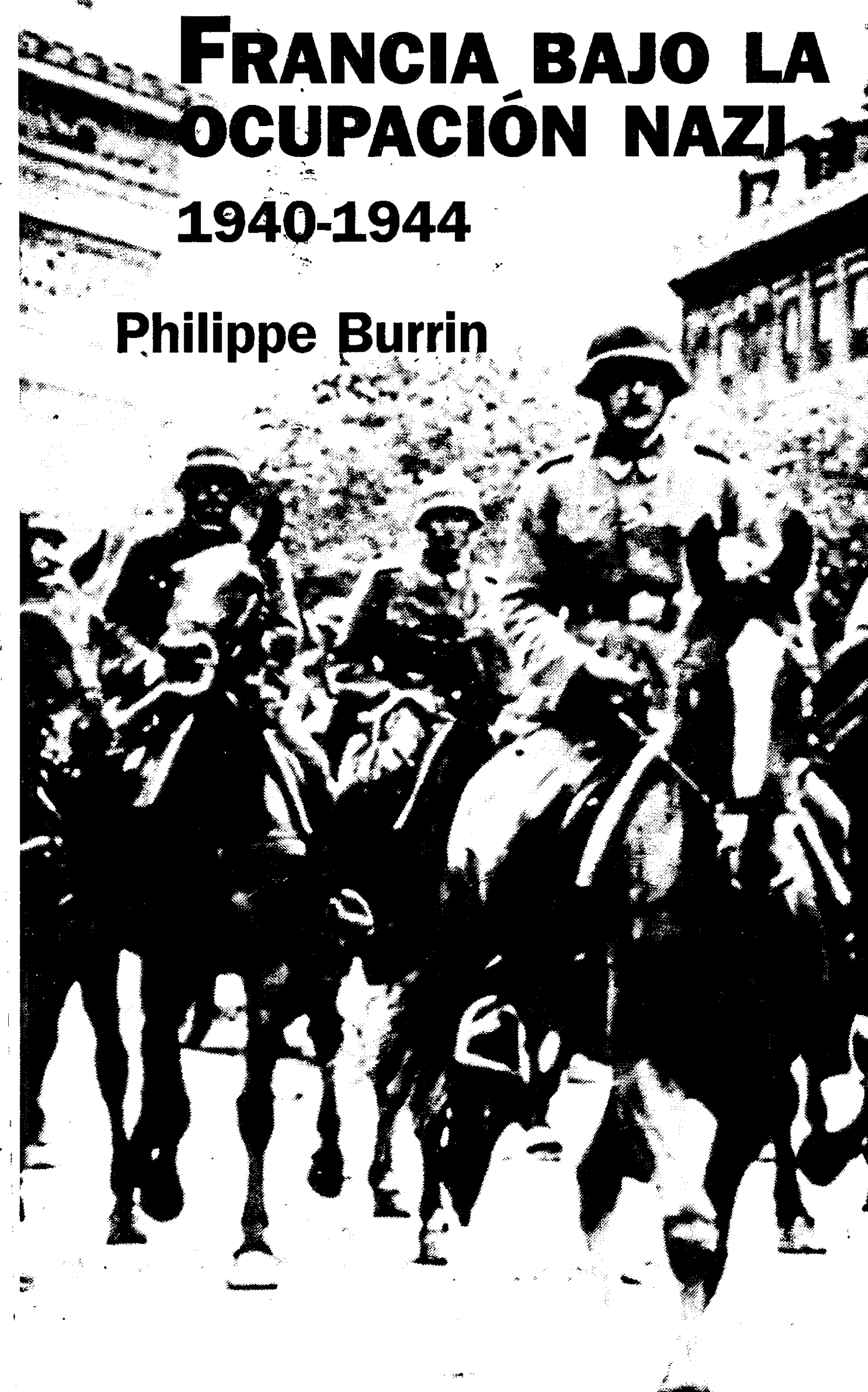
FRANCIA BAJO LA OCUPACIÓN NAZI
1940-1944

Philippe Burrin



017

Paidós Historia Contemporánea



Francia bajo la ocupación nazi

PAIDÓS HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Títulos publicados:

1. J. Bourke - *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*
2. J. F. Hoge, Jr., y G. Rose - *¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra*
3. E. A. Johnson - *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*
4. W. Laqueur - *Una historia del terrorismo*
5. U. Goñi - *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*
6. A. Nivat - *El laberinto checheno. Diario de una corresponsal de guerra*
7. M. Hertsgaard - *La sombra del águila. Por qué Estados Unidos suscita odios y pasiones en todo el mundo*
8. J. L. Esposito - *Guerras profanas. Terror en nombre del islam*
9. M. Ignatieff - *Guerra virtual. Más allá de Kosovo*
10. G. Kolko - *¿Otro siglo de guerras?*
11. G. Campbell - *Diamantes sangrientos. Las piedras de la guerra*
12. M. Ignatieff - *El nuevo imperio americano. La reconstrucción nacional en Bosnia, Kosovo y Afganistán*
13. I. Kershaw - *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*
14. G. Gellately - *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*
15. M. Huband - *África después de la Guerra Fría. La promesa rota de un continente*
16. R. Jeffreys-Jones - *Historia de los servicios secretos norteamericanos*
17. P. Burrin - *Francia bajo la ocupación nazi (1940-1944)*

Philippe Burrin

Francia bajo la ocupación nazi

1940-1944



Título original: *La France à l'heure allemande 1940-1944*
Publicado en francés, en 1995, por Éditions du Seuil, París

Traducción de Vicente Gómez Ibáñez

Cubierta de Joan Batallé

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français de la culture – Centre National du Livre
Obra publicada con el concurso del Ministerio Francés de Cultura – Centre National du Livre

ISBN: 84-493-1566-2
Depósito legal: B. 16.858/2003

Impreso en A & M Gràfic, S. L.
08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

TERCERA PARTE
Compromiso

Agradecimientos

Este libro debe mucho al señor Jean Favier, director general de los Archives nationales, y a la señora Chantal de Tourtier-Bonazzi, directora de la sección de Historia Contemporánea, así como a los responsables de los archivos de los distintos departamentos franceses que he tenido ocasión de visitar. Asimismo, expreso mi gratitud a los responsables y al personal de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Bonn, al Bundesarchiv de Coblenza, al Militärarchiv de Friburgo, al Institut für Zeitgeschichte de Munich, a los archivos del Collège de France y del CDJC de París, así como a los bibliotecarios del Institut d'histoire du temps présent (París) y del IUHEI (Ginebra).

Mi libro se ha servido ampliamente de los trabajos de los corresponsales departamentales del antiguo Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale. He de dar las gracias especialmente a Jean-Pierre Besse, Claude Cherrier y Jacques Jarriot por haberme procurado información adicional.

Doy las gracias, finalmente, a mis amigos y conocidos de París que me han apoyado y animado durante este largo trabajo: Jean-Pierre y Marie-France Azéma, Marie Chaix y Harry Mathews, Jacqueline Cauët, Nadine Fresco, Valérie Hannin, Stéphane Khémis, Denis Peschanski, Henry Rousso, Éric Vigne y Michel Winock.

Abreviaturas

ACS	Archivio Centrale dello Stato, Roma.
AD	Archives départementales.
ADAP	*Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik.*
AN	Archives nationales, París.
ASMAE	Archivio Storico-diplomatico, Ministerio degli Affari esteri, Roma.
BAK	Bundesarchiv, Coblenza.
BA-MA	Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo.
CDJC	Centre de documentation juive contemporaine, París.
DFCAA	Délégation française auprès de la Commission allemande d'armistice.
FRUS	*Foreign Relations of the United States.*
IfZ	Institut für Zeitgeschichte, Munich.
IHTP	Institut d'histoire du temps présent, París.
PA-AA	Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Bonn.
RHDGM	*Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale.*
RHMC	*Revue d'histoire moderne et contemporaine.*

(El lugar de edición, salvo que se diga lo contrario, es París.)

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Introducción

Toda ocupación extranjera es una intromisión brutal, masiva, en la vida de una sociedad. Impone una autoridad y exige una obediencia que ya no se fundamentan ni en la tradición ni en el consenso. Perturba las redes y las rutinas de la vida colectiva, pone a grupos e individuos ante decisiones a las que las circunstancias confieren gravedad. En junio de 1940, una derrota aplastante sitúa bajo dominación extranjera dos tercios de Francia, el resto correrá la misma suerte en noviembre de 1942. A partir de entonces, los franceses viven bajo el yugo de la Alemania nazi. Las tropas enemigas se instalan en su territorio, circulan por sus calles, entran y salen de sus casas. Dirigen su vida cotidiana e incluso perturban el orden del tiempo: apenas llegado, el invasor impone su propio ritmo de vida. Esta presencia, obtenida por la fuerza de las armas y mantenida del mismo modo, coloca a los franceses en una de esas situaciones que los pueblos conocen de tarde en tarde, que Francia ya había experimentado, a menor escala, en varias ocasiones, y que otros pueblos experimentaban en el mismo momento en la Europa nazi.

Este libro trata de reconstruir las formas en que los franceses reaccionaron a esta situación extraordinaria, cuál fue su comportamiento durante la ocupación y frente al ocupante. El rechazo absoluto no podía ser sino marginal: algunos se marcharon a Inglaterra para unirse a De Gaulle; otros pasaron clandestinamente a la zona libre, donde imperaba un nuevo régimen que también era el producto de la derrota y de la ocupación. La inmensa mayoría, en cambio, ¿qué podía hacer sino resignarse, someterse al poder triunfante y ajustarse a él? Pese a su rechazo interior, los propios resistentes debían mantener las apariencias en beneficio de su acción clandestina, esperando que una fuerza superior trajese la liberación y restaurase la normalidad. Adaptación por necesidad, mal menor pagado frecuentemente con el compromiso, del que no siempre resulta fácil decir cuándo se convierte en implicación.

Pero la adaptación, pese a su elasticidad, no se limitó a formas mínimas. De haber sido así, el recuerdo de esa época sería menos doloroso. A diferencia de la guerra, que trajo consigo muertes, ruinas y sufrimientos, la ocupación produjo heridas no tanto físicas cuanto morales y políticas, y estas heridas todavía no han logrado cicatrizar. A decir verdad, una situación como aquélla pone a prueba a una sociedad. Tanto más si esa sociedad está surcada por tensiones y divisiones sobre qué es lo bueno o lo justo, o simplemente si la persecución de los intereses personales y corporativos prevalece sobre el interés general. Y tanto más si, mediante una política diferenciada, el ocupante interviene en este estado de cosas para sacar provecho de él, provocándolo e intensificándolo al mismo tiempo que rentabilizándolo, reprimiéndolo y persiguiéndolo: ésa fue justamente la política de la Alemania nazi en Francia.

En la opinión de una minoría bastante importante, no había razones para pretender que la adaptación se mantuviese dentro de ciertos límites. Esta otra adaptación, elegida, voluntaria, se caracterizó por la complacencia con los nuevos señores, por la simpatía hacia ciertos aspectos de su ideología o de su política, por la búsqueda de un acuerdo o de una alianza, por actos de servicio o por la más completa subordinación. Los unos pensaban que dicha adaptación era oportuna, puesto que la victoria enemiga parecía ser tan absoluta que resultaba imposible cambiar las cosas; en su opinión, había que resignarse a vivir bajo la dominación alemana. Los otros consideraban indispensable establecer un acuerdo duradero con el enemigo; según ellos, estaba bien que Francia se sometiese a Alemania.

Intentar identificar genéricamente estas actitudes y estos comportamientos conjugando fuentes alemanas y francesas, aprovechando los Diarios íntimos de la época, que resultan reveladores de forma distinta de lo que lo son las Memorias, y partiendo de los numerosos trabajos sobre el tema, que suelen ser de calidad,[1] he aquí el propósito y los medios de una obra cuya orientación no debe prestarse a malentendido alguno. No se trata de diluir en la categoría general de adaptación el concepto de colaboración, su manifestación más patente —y que en cierto modo es la adaptación elevada a política—, sino de

1. Pienso, especialmente, en los trabajos de Jean-Pierre Azéma, Stanley Hoffmann, Eberhard Jäckel, H. R. Kedward, Pascal Ory, Robert Paxton, John Sweets y evidentemente en los del equipo del Institut d'histoire du temps présent. De entre la gran cantidad de bibliografía sobre los demás países ocupados por la Alemania nazi, me gustaría señalar los libros de Gerhard Hirschfeld (*Fremdherrschaft und Kollaboration: Die Niederlande unter deutscher Besatzung 1940-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1984, traducción inglesa, 1988) y de Mark Mazower (*Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-1944*, New Haven, Yale University Press, 1993). Para un instrumento de trabajo, véase Donna Evleth, *France under the German Occupation: An Annotated Bibliography*, Nueva York, Greenwood Press, 1991.

abarcar todas las formas de adaptación para diferenciar sus distintos grados y discernir su especificidad, para recobrar la diversidad de los comportamientos y la complejidad de las motivaciones, para restituir la vasta zona gris que, de hecho, es el color dominante en la paleta de aquellos años negros.

En su desarrollo, la obra se centra sucesivamente en tres sectores de la sociedad francesa, en los que están presentes los elementos básicos de la adaptación: el sentimiento de su necesidad, el interés material, la complacencia personal, la convicción o la connivencia ideológica. El primero de estos sectores está constituido por el gobierno francés, que dispone de poderosas bazas —una zona libre, una flota, el Imperio— y que enarbola la razón de Estado para construir la llamada política de colaboración desde una reflexión diplomático-estratégica y velando por la supervivencia del régimen. El segundo de estos sectores es la sociedad civil directamente sometida a la ocupación en la diversidad de sus grupos y comportamientos, desde la Iglesia a la universidad, pasando por los medios empresariales, los consumidores de la cultura alemana y los creadores de la cultura francesa. Su tendencia a la adaptación se acentúa frente al ocupante: voluntad de salir bien parado, de conservar o mejorar la posición, de garantizar el presente o prevenir el futuro. El tercer sector lo constituye, en el seno de la sociedad civil, el círculo restringido pero no por ello desdeñable de aquellos políticos, periodistas o ciudadanos de a pie que consideraron oportuno comprometerse, hacer política en presencia del ocupante, manifestar opiniones colaboracionistas, defender la alianza con el vencedor, militar en su favor y, en ocasiones, incluso vestir su uniforme.

Estos tres sectores forman parte de una misma realidad, aun cuando muestran variaciones significativas por lo que se refiere a su adaptación a esa realidad única que es la presencia del ocupante. En el seno de cada uno de estos sectores tiende a prevalecer una lógica marcada por la evolución y el ritmo propios de la adaptación: en cada uno de ellos, el punto álgido tiene lugar en momentos diferentes. Fenómeno que lleva a subrayar, junto a la diversidad y la complejidad de las actitudes y de los comportamientos, otra dimensión esencial de esa época: el desplazamiento de las perspectivas. Nada lo ilustra mejor que la evolución de la propia palabra colaboración. Hasta 1940, «colaboración» significaba cooperación, participación en una obra común. En poco tiempo, este término adquiere una nueva significación: la de traición en beneficio de un invasor y con la menor implicación posible con el ocupante. ¡Sorprendente enriquecimiento del término por la vía de la ofensa y del escarnio! El momento fundacional de este nuevo significado lo constituye el discurso pronunciado por Pétain el 30 de octubre de 1940, tras su encuentro con Hitler en Montoire, discurso en el que el mariscal declaró: «Hoy tomo la vía de la colaboración». Desde aquí, el término pasó directamente al alemán (*Kollabora-*

tion), y después al resto de lenguas europeas.[2] Esta palabra arrastra desde entonces una obscura connotación, que es prueba del rechazo provocado por una política discutida desde el comienzo y hoy condenada por todos. La evolución de esta palabra, empleada positivamente por Pétain —resulta lógico pensar que éste no quería decir: «Hoy adopto la vía del desastre» o «la vía de la traición»— y después convertida en una ofensa y en un escarnio, muestra la necesidad de recobrar la visión de la época, cuando los franceses ignoraban adónde se dirigían y cuando a muchos de ellos les costaba reconocer el verdadero rostro del invasor.

En el verano de 1940, los franceses no sabían nada de los cuatro años que iban a vivir. La ocupación no comenzó por Oradour-sur-Glane. Como ocurre en toda adaptación a condiciones extraordinarias y en todo período de cambio rápido, los puntos de vista se modificaron de año en año. El pasado inmediato se reconstruía imperceptiblemente, de tal modo que, al final del camino, resultaba natural pensar que había habido decisiones evidentes y apremiantes desde el comienzo. Cualquier historia de aquella época ha de dar cuenta de la opacidad del futuro, de la movilidad de los pensamientos, del temblor que acompañaba a las decisiones, de los intentos de adaptación. La ocupación significó una prueba para el conjunto de la sociedad francesa. Dio origen a reacciones en sentido contrario, y también a actitudes vagas, poco claras, ambivalentes. Nadie pudo ahorrarse tomar una decisión.

2. Sobre la evolución de la palabra «colaboración», véase Hans Lemberg, «Kollaboration in Europa mit dem Dritten Reich um das Jahr 1941», en K. Bosl (comp.), *Das Jahr 1941 in der europäischen Politik*, Munich, Oldenburg Verlag, 1972, págs. 143-162.

Capítulo 1

Después de la derrota

La derrota cayó sobre Francia como lo hace el rayo sobre el árbol. Los franceses se estremecieron profundamente viendo cómo un ejército tan considerable era vencido en pocas semanas. Este hecho llenó de estupor al mundo. El recuerdo de Verdún se apoderó de la mente de todos: una nueva sangría, predecible y temible. Pocos franceses, ni siquiera los pesimistas, ni siquiera los derrotistas, habrían podido imaginar un desastre tan rápido y tan completo. ¿Y cuántos alemanes habrían osado siquiera soñarlo? Antes del ataque, Hitler mostraba confianza y resolución, pero sus generales lo seguían con temor: ni el Marne, ni la prolongada guerra que le siguió, habían sido olvidados. Esta vez, el combate fue breve, y proporcionalmente más sangriento: 92.000 muertos y más de 200.000 heridos del lado francés; del lado alemán, menos de la mitad.

Los contemporáneos recuerdan los ataques combinados de los carros y de los aviones enemigos, las rendiciones precipitadas de las tropas francesas. Pero lo que decidió el resultado no fue el desequilibrio de fuerzas; los alemanes sólo eran superiores en bombarderos. Ni la frágil moral de las tropas francesas: el encuentro con el enemigo disipó incertidumbres e interrogantes; la mayoría de las desbandadas se produjeron solamente tras romper filas. La derrota fue más bien el resultado de las insuficiencias organizativas de los altos mandos militares, de los errores cometidos en la batalla y, ante todo, de la evidente inadecuación de la estrategia. A un enemigo que había aprendido la guerra de movimiento, los jefes militares franceses opusieron una mentalidad de línea Maginot.

No menos espectaculares fueron las consecuencias de la derrota. Francia pidió un armisticio, se dio un nuevo régimen, tomó un nuevo rumbo en política exterior. Decisiones todas ellas que se tomaron desechando otras tantas alternativas. El verano de 1940 será un tiempo de profundas transformaciones; pero mientras que la derrota fue algo que simplemente se sufrió, los cambios que la siguieron fueron el producto de decisiones deliberadas que se to-

maron desechando o descuidando otras posibilidades. Los nuevos dirigentes del país querían partir de cero, tanto en el interior como en el exterior. El futuro quedaba escrito más allá de cálculos y previsiones.

El ataque alemán comenzó el 10 de mayo. Un mes después, el 13 de junio, el gobierno francés, que huía del avance enemigo, se enfrentaba a la cuestión capital: ¿era necesario poner fin a las hostilidades? La situación militar parecía desesperada. El país se rompía por todos los lados, otra «Grande Peur»* asaltaba a millones de personas. El jefe del gobierno, Paul Reynaud, hizo frente a la situación lo mejor que pudo. Enérgico, inteligente, clarividente —Hitler no era otro Guillermo I, decía, sino un nuevo Gengis Khan, y esa guerra alcanzaría una dimensión mundial—, no estuvo a la altura de las circunstancias. Desafortunado al elegir a sus hombres, falló en el momento crucial.

Tras los primeros reveses, el 18 de mayo había puesto a su lado, como vicepresidente del Consejo, al mariscal Pétain. Al día siguiente, destituía a Gamelin, jefe de los ejércitos, y lo sustituía por Weygand. El 5 de junio, volvía a remodelar el gobierno, echando de él a su viejo rival Daladier y abriendo las puertas, junto a un Charles de Gaulle con cuya firmeza podía contar, a hombres próximos a él, Paul Baudouin e Yves Bouthillier, que tenían otra visión de las cosas. El 12 de junio, Weygand se declara a favor de un armisticio. Al día siguiente, en el Consejo de Ministros, Pétain, que pasa a compartir esa opinión al cabo de un momento, lo apoya con su autoridad.

El gobierno está dividido, pero no tanto sobre la continuidad de los combates en la metrópoli, en lo que ya nadie cree, cuanto sobre el modo de hacerlos cesar y sobre el rumbo que hay que darles. Reynaud quiere la capitulación del ejército y el traslado del gobierno a África del Norte. Weygand se niega vehementemente apelando al honor militar: las responsabilidades del desastre son claras; el gobierno tendría que asumirlas solo. Cuando se niega incluso a un alto el fuego unilateral, Weygand no está defendiendo precisamente una concepción anacrónica del honor militar, pues está reclamando un armisticio, y lo hace de forma perentoria. El punto de vista militar se mezcla con consideraciones eminentemente políticas. Weygand las descubre a medias el 12 de junio: «No podemos permitir que este país vaya a la deriva: hay que conservar algunas tropas para mantener el orden público, que puede verse gravemente amenazado el día de mañana...».[1] Y vuelve a descubrirlas cuando, tres días

1. Robert Aron, *Histoire de Vichy*, Fayard, 1954, pág. 16.

* «La Grande Peur», alusión al «gran miedo» que precedió a la noche del 4 de agosto de 1789 *(N. del t.)*.

después, replica a la objeción de Reynaud —según la cual los holandeses han hecho lo que les ha pedido— que Holanda es una monarquía y no una de esas repúblicas en las que los gobiernos se suceden rápidamente.[2] En suma, la democracia no tiene derecho alguno a reclamar sacrificios a la nación, y todavía menos al ejército.

Aunque hace frente al poder civil, Weygand es un soldado. Si Reynaud lo hubiese destituido, él hubiese respetado su decisión. La entrada en escena de Pétain tiene una significación completamente distinta: tomando posición, el viejo mariscal se presenta como sucesor. Al igual que Weygand, Pétain considera la situación tanto desde un punto de vista político como militar. La continuación de los combates, afirma ese 13 de junio, es quimérica y peligrosa. El pánico se apoderaría del ejército, desarmándolo completamente —otra vez el ejército como garante del orden, el ejército como «lo mejor que tiene nuestra nación»—.[3] Por otra parte, el gobierno no podría abandonar el territorio nacional sin «desertar»; sin duda, perdería el reconocimiento de los franceses, quienes, privados de sus «defensores naturales», serían puestos en manos del enemigo. Finalmente, de perseguir la quimera de una reconquista a través de los cañones aliados, el gobierno haría imposible el «renacimiento» del país —la transformación de las instituciones enseña aquí la oreja—. Hay que detenerse y aceptar el sufrimiento: «El renacimiento de Francia será el fruto de este sufrimiento». Pétain está decidido a detenerse, y a quedarse «fuera del gobierno si es necesario», para compartir la suerte de sus compatriotas.[4]

Seguramente, resulta difícil optar entre la lucha y el armisticio. Pero en los días en los que el gobierno francés, acosado por el enemigo, se dirige hacia Burdeos, las alternativas no se exponen, ponderan y valoran con claridad. El presente y el futuro se perciben a través del filtro de esperanzas, prejuicios y resentimientos que jamás se confiesan, pero cuya obscura influencia conduce a una política de «cada cual a lo suyo». El gobierno británico podrá asegurar su voluntad de lucha, llamar a la prosecución del combate en común, prometer la salvación de Francia. Pero estas afirmaciones, estas exhortaciones, estas promesas ya no paran a nadie; al contrario, empujan aún más hacia el armisticio. Un pasado lleno de agravios se impone: Inglaterra ha llevado a Francia a la guerra sin estar dispuesta a hacerla, y sin contribuir a ella de forma equitativa; pide que luche hasta el último soldado francés, ¡pero ella ha reembarcado

2. Marc Ferro, *Pétain*, Fayard, 1987, pág. 80.

3. La expresión figura en una carta de Pétain a Reynaud del 26 de mayo de 1940 (citada por Jean-Louis Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'An 40*, vol. 1, *La guerre oui ou non?*, Gallimard, 1990, pág. 572).

4. Texto en Emmanuel Berl, *La Fin de la III^e République*, Gallimard, 1968, págs. 81-82.

sus tropas en Dunkerque y ha rechazado la intervención de su aviación! En el fondo, no se la cree capaz de seguir resistiendo; y hasta resulta sospechosa de albergar las peores intenciones. El 4 de junio, Pétain ya decía al embajador norteamericano Bullitt que, después de haber permitido que los franceses se hundiesen en el desastre, Inglaterra, valiéndose de su aviación y de su marina, firmaría con Hitler un compromiso de paz traicionando a su aliado.[5] Era difícil seguir ignorando las verdaderas intenciones de los británicos.

Tras el Consejo de Ministros del 13 de junio, a Reynaud se le hunde el mundo: frente a él, los militares, reunidos lentamente por el almirante Darlan, jefe de una flota intacta, forman el cuadro, mientras crece el clamor de un grupo de parlamentarios encabezados por Laval. Reynaud va quedándose solo; algunos de sus incondicionales lo apremian a deponer las armas. Sin duda, a Reynaud le preocupa el peligro que supondría una división en el mismo seno del gobierno, que los unos dimitiesen y los otros se uniesen a Pétain. Y tampoco obtiene ya el apoyo extranjero que solicita en una serie de gestiones que, a decir verdad, hacen dudar de su resolución. Así, intenta que los británicos lo liberen de la promesa que les hizo de no firmar un armisticio por su cuenta; y que Estados Unidos asista militarmente a los Aliados. Al hacer esto, parece dudar tanto de la necesidad de seguir la lucha al lado de Inglaterra, como de que ésta pueda resistir sin la ayuda norteamericana.

El 15 de junio, en Burdeos, nuevo Consejo de Ministros, nuevo enfrentamiento de posiciones. Una solución astuta, propuesta por Chautemps, parece ofrecer una salida. ¿Por qué no informarse de las condiciones de un armisticio? Si éstas resultasen inaceptables, todos comprenderían la necesidad de pasar a la acción. Al día siguiente, irritado por la persistencia de la indecisión, Pétain presenta su dimisión. Reynaud se retira sin proceder siquiera al voto, y hasta aconseja al presidente Lebrun que llame al mariscal, quien se saca del bolsillo una lista ministerial: Baudouin recibe la cartera de Exteriores, Weygand la de Defensa Nacional, Darlan la de Marina. Laval, que solicita la de Exteriores, se queda fuera de juego.

No se tarda ni un solo instante en pedir el armisticio y en informarse, sobre la marcha, de las condiciones de paz: el «cada cual a lo suyo» se convierte en política de Estado. El 17 de junio, Pétain declara a la radio que se ha dirigido al enemigo pidiendo el cese de las hostilidades. Incluso antes de recibir respuesta alguna, da la guerra por terminada. Ciertamente, está decidido a no firmar si Alemania exige la entrega de la flota, la ocupación de toda la metrópoli o de una parte del Imperio.[6] Pero también está decidido a quedarse: si las

5. Henri Michel, *Vichy année 40*, Laffont, 1996, pág. 39.
6. Ferro, *Pétain*, *op. cit.*, pág. 97.

condiciones son inaceptables, el gobierno se marchará, él compartirá la suerte de sus compatriotas. Así lo declara ese mismo 17 de junio, diciendo que «sacrifica a Francia su persona para aplacar su desgracia». De este modo, Pétain se perpetúa en el papel de protector de la patria, incluso bajo una ocupación total. Posteriormente, cuando el armisticio concedido por Hitler responda a sus deseos, asumirá el papel de reformador de la nación francesa, sin abandonar el primero, al que volverá a hacer honor tras la ocupación de la zona libre en noviembre de 1942.

Al día siguiente, el 18 de junio, es otra voz la que se difunde por las ondas: la de Charles De Gaulle, quien retoma desde Londres la política de Reynaud. De Gaulle se halla en compañía de aquellos jefes de Estado y de gobierno que han elegido el exilio y la lucha, confiando en la resistencia de Francia y de Inglaterra. Pero él es un rebelde, un oficial que, en nombre de un deber superior, ha roto el juramento de lealtad a un gobierno que sigue siendo el gobierno de la República.[7] En su llamamiento, De Gaulle acusa a sus superiores de haber eludido sus responsabilidades con el fin de acaparar el poder político. Una batalla perdida no pone fin a una guerra que se extiende al mundo entero: él, el general De Gaulle, llama a luchar hasta la victoria final.

Estos llamamientos de signo contrario delimitan el terreno de juego en el que van a enfrentarse los franceses. Ambos contienen la palabra «resistencia». Para Pétain, Francia, gracias a la «magnífica resistencia» de su ejército, ha cumplido sus compromisos. La resistencia, hecho militar, es cosa del pasado; a través de ella, la cuenta con el aliado británico ya ha quedado saldada. Para De Gaulle, la resistencia, aun siendo efectivamente de naturaleza militar —la resistencia civil todavía no entra en su campo de visión—, tiene un valor moral: es una «llama» que «no debe apagarse y que no se apagará jamás». Pétain centra la atención de sus compatriotas en el presente, en los «momentos dolorosos» que viven, en la decisión «hoy» anunciada de poner fin al combate. De Gaulle inscribe pasado y presente en una línea de futuro que es verdaderamente lo único que importa, pero cuyo punto de partida es tan sólo probable, y su término incierto: «Lograr un día la victoria», «Derrotar un día a nuestros enemigos». Pétain se dirige a unos interlocutores que enumera siguiendo un orden significativo: el ejército, los antiguos combatientes, el pueblo. Ni una sola referencia a las instituciones de la República: perfila, sin nombrarla, una nueva Francia. De Gaulle apela a los militares, a los ingenieros, a los constructores de armamento que se hallan en Inglaterra: da prioridad a la guerra, a la victoria. Pétain recurre al lenguaje de la emoción y de la aflicción, introduce la compasión y la conmiseración en el registro político.

7. Véase Jean Lacouture, *De Gaulle*, vol. 1, *Le Rebelle*, Seuil, 1984.

De Gaulle ignora los sentimientos, denuncia las insuficiencias de la fuerza mecanizada que trajeron la derrota, evoca los diluvios de fuego y de acero que devolverán la victoria.

Dos hombres, dos mensajes, dos misiones. En el uno y en el otro, la misma personalización, el mismo sentimiento de ser la personificación de Francia. A través de ellos, el mismo divorcio del ejército y la III República: Pétain la condena por haber dado a luz a la derrota, De Gaulle por haberse resignado con el armisticio. El segundo rompe con la legalidad; pero ¿qué es Pétain sino un rebelde en potencia cuando se niega de antemano a abandonar Francia? Si Reynaud hubiese logrado imponerse, si el gobierno se hubiese trasladado a África del Norte, ¿acaso no hubiese intentado, al igual que lo hizo Leopoldo III, rey de los belgas, desempeñar un papel político frente al ocupante? Los llamamientos del 17 y del 18 de junio sitúan a los franceses ante una encrucijada: el alivio inmediato o la guerra a ultranza, la resignación redentora o el resurgimiento a través del combate, reconstruir Francia o lograr la victoria.

La solicitud francesa había llegado a manos de Hitler. De haber sido un Gengis Khan, el curso de los acontecimientos hubiese sido distinto. Pero Hitler sabía ser un Guillermo I cuando le convenía. Fue así como embaucó a los conservadores alemanes para después abandonarlos a su suerte. Por entonces, Hitler no disociaba el destino de Francia del de Inglaterra, y los franceses que contaban con la posibilidad de un armisticio unilateral no habían entendido nada de su política. Su estrategia era sencilla: se alió con Mussolini, quien tuvo que rebajar sus exorbitantes pretensiones y renunciar a reclamar, por el hecho de haber asestado un golpe a su adversario, la ribera izquierda del Ródano, Córcega y Túnez. Hitler sabe que una ocupación total está al alcance de la mano. También sabe que, de producirse, dicha ocupación conllevaría el traslado del gobierno francés fuera de la metrópoli. Pero, pese a la ayuda que, a muy alto precio, le ofrece Franco, renuncia a aventurarse en África del Norte. Y sobre todo, teme que Inglaterra, fortalecida por el apoyo de la flota y del Imperio francés, se obstine en la lucha y le impida reservar su retaguardia para el gran ajuste de cuentas en el este. Un armisticio moderado neutralizaría a Francia y a sus últimas bazas. Y libraría al vencedor de una ardua tarea administrativa. Una vez aislada, probablemente Inglaterra se convencería de la necesidad de emprender la vía de la negociación y de renunciar a cualquier protagonismo en el Continente.

El armisticio fue presentado a los franceses en Rethondes, en el mismo vagón en el que el Reich tuvo que reconocer su derrota en 1918. Hitler no se hubiera perdido ese momento por nada del mundo. Tras haber recibido a la de-

legación de los vencidos y después de preparar el acuerdo de armisticio, Hitler los dejó en presencia de Keitel, el jefe de las Fuerzas Armadas. Los franceses tomaron conocimiento del documento y transmitieron su contenido a Burdeos. Se consideró que sus cláusulas eran duras, pero no deshonrosas; no diferían demasiado de las condiciones anunciadas por Pétain. Después de pedir en vano algunas modificaciones del documento y de reclamar con el mismo éxito una explicación sobre las futuras condiciones de paz, los delegados recibieron la instrucción de firmar.

Conforme al armisticio, tres quintas partes del territorio metropolitano iban a ser ocupadas. La línea de demarcación ascendía oblicuamente desde la frontera española hasta la altura de Tours, para torcerse después al este en dirección a Ginebra. Ocupando la mitad norte del país y toda la fachada atlántica, Alemania se hacía con la parte más rica y más poblada de la Francia metropolitana. De acuerdo con las convenciones de La Haya, a las que sus delegados evitaron referirse explícitamente, en esa zona el Reich ejercería los derechos propios de la potencia ocupante, y el gobierno francés debía comprometerse a colaborar en su administración.

En el ámbito militar, el armisticio preveía la desmovilización de las fuerzas vencidas, a excepción de algunas unidades destinadas al mantenimiento del orden, así como la prohibición de fabricar material bélico. Parte del armamento sería entregado al vencedor, el resto sería almacenado y sometido a control. Los alemanes habían exigido la entrega de la aviación; pero aceptaron, y ésa fue su única concesión, que fuese solamente desarmada. Por lo que se refiere a la flota, debía desarmarse en sus puertos de matrícula de los tiempos de paz, la mayor parte de los cuales se hallaba ahora en la zona ocupada. Los alemanes prometieron solemnemente no hacer uso de ella durante la guerra y no reclamarla en el tratado de paz. Ésta es toda la explicación que se dignaron dar en relación con el futuro; había que confiar en las promesas de Hitler. Por otra parte, el vencido aceptó cargar con los gastos de ocupación, cuyo montante no fue precisado. Asimismo, tras un intento de negociación, aceptó entregar a los refugiados alemanes que se le asignasen. Y que Alemania retuviese, hasta la firma de la paz, los aproximadamente dos millones de prisioneros que había hecho.

La entrada en vigor de ese acuerdo se supeditaba a la firma de un armisticio con Italia, país al que los franceses se negaban a reconocer como vencedor y al que los alemanes no querían contrariar. El encuentro tuvo lugar en Roma, y los italianos supieron poner de manifiesto la moderación deseada por Hitler. Su zona de ocupación se limitaría a una quincena de municipios situados a lo largo de la frontera. Serían ellos quienes supervisarían el desarme del ejército francés en África del Norte, Siria y Somalia. Por solidaridad con la

potencia colonial, admitieron que en esos lugares la desmovilización sólo fuese parcial.

El 25 de junio, los armisticios entraron en vigor. Unos días después, concretamente el 3 de julio, los cañones volvieron a retumbar: esa vez los obuses eran británicos y alcanzaban a la flota francesa anclada en Mazalquivir. Varias naves fueron hundidas, otras resultaron gravemente dañadas; casi 1.300 marines franceses perdieron la vida. A los dirigentes ingleses les preocupaba la suerte de su flota desde que Francia había virado hacia un armisticio unilateral. Se negaban a dar crédito a las promesas de los alemanes y les costaba confiar en los responsables franceses, encabezados por Darlan, quienes les prometían que no permitirían que sus naves cayesen en manos de los alemanes. ¿Cómo podían estar seguros de que esos hombres, cuya anglofobia era manifiesta, no cederían a la amenaza, o peor aún, no se servirían de la flota para comprar la clemencia del vencedor?

Antes que vivir con esa espada de Damocles, Churchill prefirió romperla. Mediante esa operación brutal, fruto de la alarma, e incluso del pánico ante la precariedad de su posición estratégica, Churchill manifestó contra Hitler, contra la opinión americana y contra sus propios compatriotas, su intención de continuar la lucha. Este gesto, que conllevaba el riesgo de un enfrentamiento con el antiguo aliado, haría más fáciles las decisiones de los nuevos dirigentes franceses. El gesto impactó a buena parte de la opinión pública francesa, que lo convirtió en otra justificación más de su deseo de poner fin a la lucha. Y volvió prácticamente imposible la tarea del general rebelde residente en Londres.

El armisticio iba a ser cada vez más cuestionado. Después de la guerra, los partidarios de Vichy lo defendieron mediante precarios ejercicios de historia anacrónica: librando a África del Norte de una ocupación del Eje, el armisticio posibilitaría un desembarco aliado y sentaría las bases de la derrota alemana. Pero en el verano de 1940, esa forma de ver las cosas todavía no cabía en la mente de quienes desechaban con desprecio la hipótesis de una resistencia británica. La decisión del armisticio no precisa de explicaciones tan sutiles: habrían hecho falta dirigentes fuera de lo común para no entregarse a una solución tan fácil como aquélla. Desde un punto de vista político, el armisticio respondía a los deseos de la mayoría de la población, sedienta de recobrar la paz. Desde un punto de vista militar, permitía poner límites a la destrucción y salvar aquello que podía salvarse: una parte del territorio metropolitano, el Imperio, la flota y un pequeño ejército; en cambio, la prolongación de la lucha hubiese tenido un precio altísimo: el ejército de la metrópoli capturado casi por completo, la flota expuesta a los ataques aéreos, África del Norte amenazada, quizá conquistada, a cambio de la sola satisfacción de hacer pagar cara la voluntad de atravesar el Mediterráneo. Desde un punto de vista diplomáti-

co, el armisticio procuraba un margen de maniobra, evitando una dependencia mayor respecto de Inglaterra y permitiendo esperar una actitud favorable de parte del vencedor.

Evidentemente, estas consideraciones prevalecieron porque a ellas se sumaron otras, con lo que la balanza acabó inclinándose de ese lado. Las ofensas a Inglaterra van acompañadas de la previsión de una derrota inminente. A Alemania, en cambio, sólo puede esperarle el éxito, que nada podrá detener, que nada podrá truncar: aun cuando Inglaterra lograse resistir, no podría volver a poner los pies en el Continente. Pero ¿permitirá el vencedor vivir al vencido? Poniendo fin al combate, abandonando a su suerte al aliado británico, Francia facilita la victoria a los alemanes y corre el riesgo de quedar inmediatamente asfixiada en una Europa dominada por Hitler. Ahora bien, si Pétain acepta unas condiciones de paz tan duras, es porque quiere creer, como le dice el 1 de julio a Bullitt, que Francia podrá vivir en el seno de la Europa nazi: en una posición subordinada, ciertamente, pero honorable, pues a Alemania le interesará ganarse su buena voluntad.[8]

¿Qué pone De Gaulle en el otro plato de la balanza? La lealtad a las alianzas, una visión altanera de Francia, de su rango y de su misión, la convicción de que, en una Europa nazi, Francia estaría fatalmente condenada a desaparecer. Pero ni el orgullo ni la clarividencia bastan para fundamentar una política, y De Gaulle es perfectamente consciente de ello, por lo que hace una triple apuesta estratégica: apuesta por la voluntad y la capacidad de resistir de Inglaterra, por la universalización del conflicto, en virtud de la intervención de Estados Unidos y de la ruptura del pacto germano-soviético, y por la superioridad final de las fuerzas aliadas. A diferencia de Pétain, De Gaulle tiene amplitud de miras, es capaz de trascender las convenciones y las deformaciones de una educación, de un medio, de una profesión. La historia le ha dado la razón; pero en aquel momento, muchos franceses se sentían mucho más cómodos con Pétain.

Al cese del combate, los dirigentes franceses sumaron muy pronto una nueva decisión. El 25 de junio, Pétain se dirige a sus compatriotas para informarles de la entrada en vigor de los armisticios. Asimismo, les anuncia el comienzo de un nuevo orden y los invita a participar en la construcción de una «Francia nueva». «El gobierno francés sigue siendo libre, Francia sólo será administrada por los franceses.» La reforma de la nación es asunto de los franceses, no hay necesidad de esperar un tratado de paz que no puede tardar.

8. FRUS, 1940, vol. 2, págs. 462-469.

El viraje en política exterior no debía implicar necesariamente un cambio de régimen: era posible sucumbir al armisticio sin hacer sucumbir la República. Entre los nuevos dirigentes franceses, estas dos decisiones son perfectamente compatibles. Es evidente que Pétain y Weygand temen la guerra: para ellos, ésta no sólo conlleva la destrucción del ejército, sino el desmoronamiento de todo el edificio social en beneficio de sus adversarios; la obsesión anticomunista y, de forma más general, la obsesión del orden son motivaciones importantes, pues atraviesan el conjunto de la historia de Vichy. Por otra parte, tampoco hay duda de que, a través del humo del desastre, Pétain y Weigand vislumbran rápidamente la posibilidad de una reforma nacional: para que esta oportunidad se convierta en una realidad, es necesario conservar un espacio de soberanía. Aunque es arriesgado conferir a estas motivaciones un lugar preponderante, lo cierto es que no estuvieron ausentes de su decisión a favor del armisticio.

En la operación que conduce al cambio de régimen, Pierre Laval desempeña un papel decisivo. El 23 de junio, Pétain lo hace entrar en el gobierno en calidad de vicepresidente del Consejo. El auvernés es consciente de la fragilidad de su posición en un medio en el que los parlamentarios no tienen precisamente fama de santos. Puesto que Pétain no tiene las ideas claras en relación con la forma de proceder, Laval se ofrece para lograr que el mismo Parlamento acabe aclamándolo. Entre estos dos hombres, a falta de afinidades, se produce un encuentro de intereses cuya combinación pondrá de manifiesto su potencial elasticidad: el propósito del segundo es alcanzar la paz, el primero quiere renovar el país.

Hasta ese momento, los únicos protagonistas habían sido veinte o treinta dirigentes políticos y militares. Ahora, la reforma de las instituciones hace entrar en el juego a más de 600 parlamentarios, casi toda la representación de la nación, una parte de los cuales había sido elegida en 1936, y la otra, el Senado, era el reflejo de las campañas. Tras convocar a las Cámaras en Asamblea Nacional en Vichy, nueva sede del gobierno, Laval se esfuerza por obtener una mayoría: se trata de conferir plenos poderes a Pétain, para lo cual necesita promulgar una nueva constitución. Laval emplea todas las armas de las que lo dota su astucia para atraer, cohesionar, convencer; concediendo mucha importancia a la necesidad de adaptar las instituciones a los regímenes de los vencedores para conducirlos a la paz. En ésta su tarea, no encuentra ninguna oposición seria, y le resulta fácil dejar fuera de juego los contraproyectos que intentan salvaguardar el papel del Parlamento y los principios republicanos. La hipótesis de una Francia recién salida de la guerra y, pese a ello, republicana, es totalmente descartada: era el segundo salto al vacío. El 9 de julio, la Asamblea Nacional adopta casi por unanimidad el principio de una revisión de la

constitución. Al día siguiente, una amplia mayoría otorga plenos poderes a Pétain.

Tras los ministros, la mayoría de los parlamentarios se entregan a este facilismo. El impacto de la derrota, que reaviva una desafección más o menos acentuada al régimen, la inclinación a descargar en Pétain el peso de futuras decisiones, y el interés de algunos por unirse para garantizar las mayores posibilidades de éxito a la negociación de la paz, todos estos factores conducen a una dimisión colectiva, aunque con ciertas concesiones formales fruto de la negligencia de Laval: una alusión a la República, la ratificación de la futura constitución por las asambleas creadas por ella. En esos días, nadie, ni siquiera entre la pequeña minoría de izquierda que se ha negado a conferir plenos poderes a Pétain, critica el armisticio; nadie alerta contra la ilusión de una paz cercana.

En cuanto los parlamentarios abandonan Vichy, Pétain pone de manifiesto el uso que cree poder hacer de los poderes que se le han conferido mediante la promulgación de actos constitucionales. El viejo mariscal asume las funciones de jefe de Estado, se arroga plenos poderes gubernamentales y designa a Laval como su sucesor. Tan sólo renuncia a un poder, el de declarar la guerra, que precisa del «consentimiento previo de las asambleas legislativas»: una promesa hecha por Laval el 10 de julio, en respuesta a las inquietudes suscitadas por el sentir anglófobo de los nuevos dirigentes. Pétain se extralimita en sus funciones. Pese a ello, no se escucha protesta alguna, ni siquiera de parte del presidente de la República, destituido, ni de parte de los presidentes de las dos Cámaras, Herriot y Jeanneney.

El nuevo poder se presenta revestido de un manto de legitimidad. En medio del desconcierto general, en el caos que ha dejado la derrota, ese poder goza de la inmensa ventaja de existir, de ser el destinatario de las demandas procedentes de una nación disgregada. Y se instala en un sobrecogedor vacío político: excepción hecha del PCF, reducido a grado ínfimo, los partidos han desaparecido de la escena política. Hay vía libre para una renovación nacional cuya orientación se hace visible inmediatamente en todas sus formas: purga de la administración, prohibición de la francmasonería, castigo de los responsables de la derrota, persecución de los comunistas y de los gaullistas, desnaturalización de ciertos franceses, preparación de un Estatuto de los judíos.

Desde un comienzo, Vichy provoca reacciones de oposición, inicialmente dispersas y calladas. Asimismo, origina disidencias en su propio seno, incluso entre aquellos que hasta entonces lo habían respaldado. Esas primeras gentes de Vichy, si se nos permite la expresión, aparecieron en Burdeos, pero sólo salieron a la luz en Vichy, haciendo campaña con Laval y dando su adhesión a un texto redactado por el diputado Gaston Bergery, quien postulaba un orden

nuevo en el interior y, en el exterior, la colaboración con el vencedor; ese texto había sido respaldado por unos cien parlamentarios de todos los colores políticos. Algunos de esos hombres, liderados por Bergery y Déat, intentaron fundar un partido único, que consideraban como su contribución a la construcción del nuevo régimen. Puesto que Pétain rechazó el proyecto, el equipo se disolvió. Gran parte de sus impulsores, Déat en cabeza, se marcharon a París. Con el apoyo del ocupante, pronto se formó una fronda multicolor: en ella, los unos creían que la política interior de Vichy era demasiado reaccionaria; los otros la consideraban demasiado blanda; pero todos opinaban que su política de colaboración era demasiado tímida. Ciertamente, con un gobierno francés en el exilio, o con un gobierno que, pese a firmar el armisticio, siguiera siendo republicano, esa corriente se habría afianzado. Pero fue el nuevo régimen el que favoreció su nacimiento y su desarrollo. Aprovechando la derrota para proceder a una transformación de las instituciones en vez de dar prioridad a la salvaguarda nacional, Vichy suscitaba toda una serie de disensiones que el ocupante sabría aprovechar.

Los franceses entran en la era de la división de lealtades. En ese verano de 1940, Vichy toma la delantera. Sus dirigentes avanzan en materia de reformas internas, pero la política exterior queda totalmente desatendida y los fundamentos en los que se basa su política no se someten a examen. Sin lugar a dudas, si sus dirigentes aceptaron la derrota con tanta facilidad, fue porque estaban mentalmente predispuestos a reorientar el país en materia de política exterior y a transformar sus instituciones. Atrasados una guerra desde un punto de vista militar, demuestran estarlo dos desde un punto de vista político, pues confunden a Hitler con Bismarck cuando confían en unas condiciones de paz ciertamente duras, pero que Francia podría superar, como lo hizo ya en el pasado.

Nacida de una derrota, la III República moría víctima de una derrota. En 1870, el partido republicano, que había ganado fuerza a raíz del fracaso militar de Napoleón III, se negó a someterse y prosiguió la lucha tanto como pudo. En 1940, el nuevo régimen se asienta en la aceptación precipitada de la derrota y de un futuro subordinado a Alemania. Los sepultureros de la República aprenden con retraso la lección de 1870-1871. No a la guerra a ultranza, madre de todas las Comunas. No a los guerrilleros, padres del desorden social. Retorno a la paz, retorno al orden, retorno a Francia.

Capítulo 2
Un presente indeciso

¡Dichoso el gobierno cuya acción responde a los deseos de los gobernados! El armisticio es popular, el cambio de régimen no es impopular. Pétain aparece como un salvador. Y en aquellas partes del país en las que se instalan los alemanes, los ánimos se calman con una rapidez sorprendente: el enemigo, con sus botas y su casco, encuentra en la gente una cortesía inesperada. La trayectoria de lo que dentro de poco se llamará el gobierno de Vichy, tiene un comienzo esplendoroso; la ocupación comienza con una feliz sorpresa. Los franceses se alegran de salir del túnel de la guerra. A tontas y a ciegas, entran en un nuevo túnel, más largo, más obscuro, más asfixiante.

¿Seguir luchando? Eso es una medicina para naturalezas fuertes. Probablemente, los únicos que estarían dispuestos a tomarla serían las gentes del norte, donde los combates habían sido encarnizados y no se presenció la desarticulación de los ejércitos. Pero la única aspiración de los millones de personas que se han echado a los caminos es poner fin a su errar. Los soldados en desbandada desean que el cese de los combates acabe con su odisea y los libere de la cautividad. Las gentes del sur, invadidas por los unos y por los otros, temen que la continuación de la lucha ponga en peligro sus vidas. Nada hay más necesario que poner fin a los combates, la reunión de las familias y el retorno a la normalidad.

La derrota sancionada por el armisticio causa una verdadera conmoción. La consternación es general, muchos lloran de rabia. Pero el alivio es igual de innegable. ¿Venía madurando desde hacía semanas? En 1943, recordando su campaña de mayo-junio de 1940, Saint-Exupéry describe una Francia militar aquejada de «una especie de terror intestinal», una Francia civil que se muestra decidida a no seguir resistiendo y que recibe a los alemanes «con un espantoso "¡uf!"».[1] Sin duda, una visión pesimista del deseo generalizado de no pro-

1. Antoine de Saint-Exupéry, *Écrits de guerre*, Gallimard, 1982, pág. 431.

longar el dolor de la guerra. Edmond Duméril, profesor de alemán en Nantes que muy pronto trabajará como intérprete en la prefectura, es un patriota al que los acontecimientos le afectan profundamente. Sin embargo, el 18 de junio, al día siguiente del llamamiento de Pétain al cese del combate, escribe en su Diario: «Dicen que todavía hay algunos militares que quisieran hacer saltar los puentes del Loira; ¿para qué? Es de desear que las condiciones del armisticio sean aceptadas inmediatamente para evitar nuevas catástrofes».[2]

En algunos, el armisticio provoca rechazo, un sentimiento que se convierte inmediatamente en amarga resignación. Desde su residencia de Suiza, Guy de Pourtalès sigue el drama nacional. Su hijo, que había sido movilizado, ha muerto; la noticia tardará varias semanas en llegar hasta él. Pourtalès lamenta el armisticio, maldice a Pétain, pone sus esperanzas en De Gaulle, espera que la flota y el Imperio se unan al general.[3] A finales de junio, no tiene más remedio que admitir la vanidad de sus esperanzas. Después, queda conmocionado por el ataque británico; Mazalquivir reafirma en las gentes la voluntad de firmar el armisticio y define claramente una anglofobia hasta entonces difusa. Cuando De Gaulle le pide que encabece la «Francia libre» en Suiza, Pourtalès declina la invitación. Pese a todas sus reservas, considera que lo único que puede hacer es seguir a Pétain. «Francia no debe estar dividida mientras la ocupen los alemanes. Ha de presentar un frente nacional unido. Desde que nuestras colonias de África se han unido a Pétain y desde que la flota francesa ha sido atacada por los ingleses, la oposición ha perdido la partida.»[4]

El cambio de régimen interesa mucho menos a los franceses que el fin de los combates. Ciertamente, algunos lo reciben con alegría. Otros encuentran en él un alivio para su amargura: ¿acaso las desgracias llegan alguna vez solas? Es el primer movimiento conservador; no todos sus integrantes son reaccionarios inveterados, y muchos de ellos reaparecerán más tarde. Paul Claudel, que se marchó a Argel pensando que la lucha iba a continuar, regresa a casa hundido por el armisticio y por sus condiciones «espantosas y vergonzosas (entrega de los refugiados)», antes de consolarse con lo que sucede en Vichy. «Mi consuelo es presenciar el fin de este inmundo régimen parlamentario que desde hacía mucho tiempo devoraba a Francia como un cáncer. Adiós al Frente Popular, a la CGT, a las manifestaciones con el puño levantado, a los manifiestos firmados a la vez por los comunistas y los católicos, a la inmunda tiranía

2. Edmond Duméril, *Journal d'un honnête homme pendant l'occupation, juin 1940-août 1944*, presentado por J. Bourgeon, Thonon-les-Bains, L'Albaron, 1990, págs. 26-27.
3. Guy de Pourtalès, *Journal*, vol. II, *1919-1941*, Gallimard, 1991, pág. 387 (24 de junio de 1940).
4. *Ibid.*, pág. 397 (18 de julio de 1940).

de las tabernas, de los francmasones, de los extranjeros y de los intelectuales. ¡Eso esperamos!»[5]

Podríamos aportar verdaderas montañas de citas de este tipo, incluidas las procedentes del pequeño círculo de los primeros resistentes, que son igual de duros en su condena de la III República. El régimen desaparece muy desacreditado, pues se lo confunde con un pasado de luchas sociales y de divisiones políticas que parecen haber preparado el camino al desastre. ¿Habremos de concluir que los franceses aplaudieron el enterramiento de la República? De haber sido consultados, habrían votado al partido de la paz, como sucedió en 1871, cuando los alemanes ocupaban 25 departamentos. Habrían aclamado a Pétain, habrían aceptado introducir más autoridad en la nueva constitución, una dictadura al estilo romano en el ínterin. ¿También una ruptura con los principios republicanos? Una minoría desea la muerte de esa «ramera», la mayoría admite la idea de una renovación de la que nadie advierte que acabará con los logros de la Revolución. El perfil del nuevo régimen es aún vago, el hinchado lema de la autoridad se dirige a una población ensordecida. Y ese lema sale de la boca de gente respetable, comenzando por Pétain, a quien se le permite todo. Pero el viejo mariscal todavía no representa un régimen que se agarra irracionalmente a la política de colaboración y que pierde los estribos en la represión militar. En ese momento, los franceses le agradecen haber puesto fin a la lucha, poner su prestigio al servicio de la patria derrotada, hablarles el lenguaje de la compasión. Pétain es la estrella fija en un mundo que se tambalea, el hombre que restablece los puntos cardinales: la derrota es definitiva, hay que aceptar lo inevitable, reconstruir el país.

Así pues, no ocurre nada de lo que tenía en vilo al espíritu de un Weygand. Dando la espalda a las armas, los franceses no se vuelven contra el orden social. Su acto reflejo es clamar contra la traición, señalar a los culpables, liberarse de su culpa a través de un ritual de arrepentimiento que se aviene con la interpretación de la derrota que les propone Pétain.[6] Un fenómeno bastante común en la Europa occidental ocupada por los ejércitos alemanes. Los belgas y los holandeses sufren esa misma indecisión, que oscila entre la crítica amarga a su gobierno y la resignación con la que se adaptan a la ocupación:[7] un pétainismo sin Pétain, se ha dicho. En la Inglaterra sitiada, De Gaulle está solo. De los 15.000 soldados y marines franceses que la resaca de la campaña fran-

5. Paul Claudel, *Journal*, vol. II, *1933-1955*, Gallimard, 1969, pág. 317 (25 de junio de 1940); Gérald Antoine, *Paul Claudel*, Laffont, 1988, pág. 320.

6. Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'An 40*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 602.

7. Véase Jean Vanwelkenhuyssen y Wichert Ten Have sobre Bélgica y Holanda en Jean-Pierre Azéma y François Bédarida (comps.), *Vichy et les Français*, Fayard, 1992, pág. 689 y sigs.

cesa ha arrojado a aquel país, varios cientos se enrolan en las Fuerzas Francesas Libres; la inmensa mayoría opta por la repatriación en la Francia de Vichy. Y entre el puñado de franceses que toman el camino del exilio hacia Inglaterra o Estados Unidos, el gaullismo encontrará al menos tantas reservas, oposición y feroz hostilidad como apoyos y partidarios.

Mientras que, en una ciudad balnearia, un viejo mariscal pretende sanar a Francia, una parte del país empieza a relacionarse con el ocupante. Éste no es recibido con el pan y la sal, como sucederá un año después en algunas regiones de Ucrania. Tampoco es blanco de los disparos: los guerrilleros de 1870-1871 murieron sin dejar descendientes.

Nantes, 19 de junio, mediodía: Duméril oye un gran estrépito y presencia la llegada de los primeros uniformes verdes. «¡Qué figuras nerviosas y sombrías debajo de esos cascos bajos que les dan un aspecto feroz! ¡Y esos franceses inconscientes que acuden a verlos pasar!» Al caer la tarde, los cafés están cerrados; el teléfono ha sido cortado; los primeros carteles anuncian el toque de queda y el curso forzoso de la nueva moneda: el marco de ocupación. En el centro de la ciudad, Duméril advierte una concentración de alemanes. «Algunos civiles rodean a los soldados y tratan de hablar con ellos, sin mostrar ninguna animosidad, mientras que los alemanes los fotografían.»[8] François Mauriac, que experimentó lo mismo en el Sudoeste y que habla de espectadores «tan entusiasmados como por el Tour de France», exhorta a sus compatriotas a un comportamiento digno: «Estáis ciegos».[9]

Los primeros días son días de nerviosismo. Los ocupantes eligen unos rehenes —siguiendo el proceder tradicional, de entre las personalidades locales— que deberán hacerse responsables del comportamiento de la población. Requisan todo, profanan y causan daños en las casas, y hasta emplean la violencia con algunas personas. Los casos de exacción y de pillaje son bastante frecuentes. Dan con una población rural que ya ha sufrido el paso de los refugiados y que ahora vuelve a descubrir lo que comporta el ancestral acto de toma de posesión, al que ni el umbral de las casas ni los derechos de propiedad son capaces de detener. En Eure-et-Loire, departamento cuyo prefecto es Jean Moulin, que también sufrió la violencia de los alemanes, el alcalde de Prasville escribe el 9 de julio: «La labor de la policía está asegurada, los civiles ya no practican el pillaje. Pero convoyes enteros de alemanes (militares) viven de los fran-

8. Duméril, *Journal d'un honnête homme*, *op. cit.*, págs. 27-28.
9. «Ce reste de fierté», *Le Figaro*, 29 de junio de 1940, recogido en Jean Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, La Manufacture, 1990, págs. 199-200.

ceses —los soldados se apoderan de las casas, echan paja en las habitaciones para dormir sobre ella—, sacan los muebles a la calle, utilizan la batería de cocina sin preguntar absolutamente nada, cogen carne, madera, etc. Se hacen con el heno, con la paja, con la avena con la que se alimenta a los caballos: son los dueños de todo [...]».[10] Posteriormente, a medida que las furiosas aguas de la invasión encuentran un cauce regular, la ira y el pavor comienzan a calmarse. Las autoridades alemanas son las primeras interesadas en parar los pies a sus tropas. Desean que los franceses vean en ellos un rostro amigo, el de un vencedor que ayuda a los refugiados y restablece los servicios fundamentales.

En las grandes ciudades, en un París abandonado por la mayoría de sus ciudadanos, la instalación de las tropas no provoca tanto malestar. Sus habitantes descubren los cruces de las calles llenos de letreros escritos en alemán y la cruz gamada suspendida de los edificios, ven a los soldados aglomerarse en las tiendas y rondar los monumentos. Paul Léautaud, que ha decidido quedarse en su casa de Fontenay-aux-Roses con sus gatos, sus perros y su mono, ve al primer soldado en la entrada del Palacio de Luxemburgo: «Me dejó indiferente. Ni siquiera me detuve a mirarlo». Al día siguiente, lo visita una de sus amigas. «Abatida, indignada, enferma a causa de la entrada de los alemanes en París, que considera una vergüenza, una deshonra. Sin mi serenidad, sin mi indiferencia.» Para Léautaud, la derrota es una realidad que ha de aceptarse; el precio que hay que pagar por toda una serie «de torpezas, de errores» pasados. Sin duda, impondrá a Francia muy duras condiciones, pero el futuro no es del todo negro. «Ahora tenemos ante nosotros un largo período de paz. ¡Alemania será tan fuerte!» Y habla de «celebrar la paz» con una botella de champaña y unos pastelitos.[11]

Pasados los primeros momentos, en general la población se muestra agradablemente sorprendida. Se siente reconfortada por la enmienda de las tropas y la diligencia de los oficiales que intervienen contra la falta de disciplina. En su casa de Pernand-Vergelesse, Jacques Copeau escribe el 20 de junio: «Los campesinos están tranquilos. Felices de haberse librado del peligro. Asombrados del buen comportamiento del invasor y de la perfección de su organización». Los habitantes se sorprenden de no sufrir la invasión de bárbaros que ellos esperaban. Perciben con tristeza la diferencia entre el arruinado ejército francés y el de los vencedores. «Esta gente es feliz. Recoge la cosecha», dice Copeau en uno de sus pasajes.[12]

10. Citado por Daniel Cordier, *Jean Moulin: L'inconnu du Panthéon*, J.-C. Lattès, 1989, vol. 2, pág. 365.

11. Paul Léautaud, *Journal littéraire*, Mercure de France, 1986, vol. III, pág. 82 (14 de junio de 1940), pág. 88 (15 de junio de 1940), págs. 89-90 (17 de junio de 1940).

12. Jacques Copeau, *Journal: 1901-1948*, vol. II, *1916-1948*, Seghers, 1991, pág. 493 (21 de junio de 1940).

Esta valoración positiva aparece un poco en todas partes, y lo hace acompañada de juicios poco lisonjeros sobre todo lo francés. Una tendencia a la que también acaban sucumbiendo los espíritus no conformistas: «Galtier-Boissière cree que los rostros de los oficiales alemanes parecen más inteligentes que los nuestros, entre ellos no hay ni presumidos con monóculo ni militares fanfarrones. Éstas fueron sus palabras: "Son hombres inteligentes que han elegido este oficio, mientras que los nuestros son todos unos cretinos"».[13] Después de la derrota de 1870 hubo reacciones muy similares. Sirvan de testimonio las palabras dirigidas por un francés al escritor alemán Theodor Fontane: «París es un disparate. Estamos muy irritados. Ésta es nuestra vida: del ajenjo al billar, y del billar al ajenjo. ¡Ésta es la nación francesa! ¿Cuál es la consecuencia? No tenemos grandes hombres; no tenemos ideas. Ideas, ésta es la causa de vuestra superioridad».[14]

En sus primeros informes, los alemanes afirman que la población está «fuertemente impresionada por la disciplina» de la tropa y que «muchos franceses dicen apreciar las relaciones de camaradería existentes entre oficiales y soldados».[15] Sobre la superioridad técnica y el sentido de la organización de los invasores, los tópicos circulan desde hace décadas; ahora se ven corroborados. Otros, en cambio, se muestran repentinamente anticuados. ¿Dónde están los invasores de 1870, o incluso de 1914, aquellos soldados tan pesadamente ataviados que dejaban un rastro de fortísimo olor a cuero y a tabaco? Ahora se comenta su juventud, su salud, esa afición al canto que se manifiesta en cualquier momento, la obsesión de la higiene que reúne a los soldados alrededor de los puntos de agua y que parece limpiarlos del repulsivo olor de la invasión.

Por lo general, el odio está ausente entre la población, y esta ausencia llama la atención de los observadores. En su valioso relato del éxodo, Léon Werth señala que la palabra «boches»* está prácticamente en desuso, que las mujeres ya no dicen los alemanes, sino los soldados, «como si existiese una especie de equivalencia entre todos los ejércitos del mundo».[16] Werth observa lo rápida y fácilmente que los franceses se han acostumbrado a su presencia. El 1 de julio, Simone de Beauvoir, de regreso a París, da un largo paseo por el extrarradio y vuelve en autoestop. «Como el coche se para cerca de un puente, un soldado alemán nos lanza desde un camión un paquete de chocolate. Al borde de la calzada, otros soldados charlan alegremente con unas bonitas jó-

13. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 164 (5 de septiembre de 1940).
14. Theodor Fontane, *Aus den Tagen der Okkupation*, en *Sämtliche Werke*, vol. XVI, Munich, Nymphenburger Verlagshandlung, 1962, págs. 252-253.
15. «Lagebericht für die Zeit bis 31.7.40», BA-MA, *RW 24* 15.
16. Léon Werth, *33 jours*, Viviane Hamy, 1992, pág. 118.
* «Boche», término despectivo para nombrar a los alemanes *(N. del t.)*.

venes. Y el tipo (el conductor) me dice: "¡Pronto habrá alemanes pequeñitos!". Escuché diez veces esa frase, y nunca implicaba nada vergonzoso: "Es la naturaleza, me dice el tipo, para eso no se necesita hablar el mismo idioma". No he visto odio en nadie; solamente pánico entre los aldeanos, y en cuanto el miedo se ha disipado, miran a los alemanes con ojos llenos de gratitud.»[17]

En la zona libre, donde las comisiones de control se encargan de verificar el desarme de las tropas francesas, los alemanes constatan igualmente que no se siente ningún odio hacia ellos. Toman nota de la existencia de sentimientos anglófobos y antisemitas, y en ciertos sectores de la población perciben el deseo de un pacto con Alemania. En términos generales, concluyen, la población alberga la esperanza de un retorno a la normalidad y de una rápida recuperación de la paz.[18]

Así como los franceses acogen favorablemente el nuevo régimen, algunos de ellos, una minoría ciertamente, ensalzan las virtudes del orden alemán. En París, el cardenal Baudrillart, pese a su antigua germanofobia, teme más a los partidarios de la Comuna que a los prusianos. El 23 de junio, escribe en sus *Carnets*: «En este momento, necesitamos a los alemanes para restablecer el orden».[19] Los hay que se alegran abiertamente de que Francia haya encontrado a su maestro, como ese hombre a quien Yves Farge oye decir en junio de 1940: «Los franceses van a aprender por fin qué es el orden».[20] A finales del mes de agosto, Guy de Pourtalès, cuya desconfianza hacia los «capitulantes de Vichy» es cada vez mayor, se encuentra con una pareja de compatriotas. «La discusión ha sido muy animada. Hitler les da menos miedo que Stalin. Cualquier cosa antes que el bolchevismo, dicen estos dos acomodados burgueses preocupados por su dinero, por su casa y por su tranquilidad. Tanto peor para Francia: el país sufrirá (pero el sufrimiento es bueno y útil); será pobre (pero la pobreza fortalece); sólo renacerá muy lentamente (puede que necesite veinte, treinta o cincuenta años, pero no importa), todo menos el bolchevismo. Y en caso de que Inglaterra ganase la guerra, ¿no regresarían a Francia Blum, Mandel, los francmasones, el Frente Popular, los rojos? [...] Mejor Hitler. Mejor la ocupación alemana. Así pues, que acabe cuanto antes la guerra, aunque sea Hitler el vencedor.»[21] De forma mucho más categórica y directa, y con la intención de

17. Simone de Beauvoir, *La Force de l'âge*, Gallimard, 1960, págs. 467-468.

18. «Tâtigkeitsberichte», 21 y 28 de agosto de 1940, AN, *AJ 40* 1.232.

19. Citado por Paul Christophe, «Le cardinal Baudrillart et ses choix pendant la Seconde Guerre mondiale», *Revue d'histoire de l'Église de France*, nº 200, enero-junio de 1992, pág. 60.

20. Yves Farge, *Rebelles, Soldats et Citoyens: Carnet d'un commissaire de la République*, Grasset, 1966, pág. 199. «Alemania les enseñará qué es el orden», oye decir Maurice Martin du Gard, *Chronique de Vichy*, Flammarion, 1948, pág. 32.

21. Pourtalès, *Journal*, *op. cit.*, pág. 409 (2 de agosto de 1940); págs. 421-422 (30 de agosto de 1940).

tranquilizarle sobre el destino de Francia, una mujer dijo a Léon Werth durante el éxodo: «Esto será un protectorado como Marruecos... Acabarán las desgracias, volverá a haber trabajo...».[22]

La corriente arrastra hacia la resignación y la aceptación; y lleva consigo el llamamiento a la disciplina y a la austeridad, la búsqueda de culpables y una autoflagelación general. El aturdimiento provocado por la derrota no ha desaparecido, el poder alemán impresiona fuertemente a la gente. Y si aumenta rápidamente el número de franceses que desea la victoria de Inglaterra, este deseo va acompañado de serias dudas sobre sus posibilidades de realización. ¿Dónde está la firmeza de ánimo en el verano de 1940? Son muy pocos los que se libran de esta resignación amarga y sombría, que suele mezclarse con la esperanza de un futuro para Francia en el seno de una Europa alemana y con ilusiones sobre las intenciones de Hitler. Cartas y diarios de escritores muy respetables nos ofrecen este clima, sin necesidad de recurrir a un Drieu La Rochelle, al que la derrota le ofrece la posibilidad de dar rienda suelta a su resentimiento,[23] o a un Jacques Chardonne, que el 26 de junio de 1940 escribe: «Yo no quiero a los alemanes más que antes, ni a su régimen, y creo que éste no logrará calar en Francia. No los quiero, me resigno... Su ocupación es de una decencia considerable. Creo que ellos desean una Francia amiga. Ésta es, a mi parecer, la política del gobierno de Pétain. Y también la mía, pues, pese a todo, yo no creo en la utilidad del dolor, ni invoco gratuitamente al mal».[24]

Pero ¿y un François Mauriac, que se mostró contrario al franquismo en la guerra de España, lo que le costó un doloroso conflicto con ese catolicismo conservador del que él mismo procedía? El 25 de agosto, Henri Guillemin le escucha decir a propósito del general De Gaulle: «Su gesto es puramente simbólico. Muy hermoso, pero ineficaz».[25] Impactado por la derrota, trastornado por lo sucedido en Mazalquivir («¡El señor Winston Churchill ha logrado enemistar indefinidamente con Inglaterra a todos los franceses!»[26]), Mauriac intenta definir su posición. Y el 25 de julio escribe: «Estamos tan confundidos que nuestros sentimientos cambian día a día. Sin duda, lo prudente sería callar y esperar que nuestro destino tome forma». Su opinión ilustra, en efecto, su confusión. «Mientras no se recupere la libertad, en Francia no se podrá hacer nada. Todo cuanto hoy se hace gracias a la presencia extranjera, será barrido:

22. Werth, *33 jours*, *op. cit.*, pág. 86.

23. Véanse sus anotaciones sobre el final del mes de mayo y la primera mitad de junio de 1940 en su *Journal 1939-1941*, Gallimard, 1992.

24. Citado por Ginette Guitard-Auviste, *Chardonne*, Orban, 1984, pág. 204.

25. Henri Guillemin, *Parcours*, Seuil, 1989, pág. 400.

26. «Le dernier coup», *Le Figaro*, 15 de julio de 1940, en Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, *op. cit.*, pág. 205.

éste es verdaderamente mi pensamiento. Entre nosotros, las ideas de derecha, incluso las más justas y sabias, sólo pueden triunfar a costa de la desgracia de la patria. Desafortunadamente, el tópico de los «furgones del extranjero» es una verdad histórica... Y sin embargo, hoy no nos queda más alternativa que hacer una política de colaboración, en la medida de lo posible. Pero dudo de que la condición fundamental de esta política, que sería tener un gobierno respetado por los alemanes, sea satisfecha por nuestros líderes actuales... ¡Desgraciadamente!»[27]

¿Y Gide? Abatido por la ruina de Francia, le impresiona tanto el espectáculo de la victoria alemana que llega a sentir admiración por la figura de Hitler, pero sin ocultarse su naturaleza calamitosa, y a preguntarse si acaso no será el creador de un orden mejor, aunque es consciente de que el régimen nazi niega los valores que él considera fundamentales.[28] De sus compatriotas tiene una imagen poco favorable: «Si la dominación alemana pudiese asegurarnos la abundancia, nueve de cada diez franceses la aceptarían; y tres o cuatro con una sonrisa». Y formula unas pautas de comportamiento que no será el único en seguir: «Arreglarse con el enemigo de ayer no es cobardía, sino prudencia; y aceptar lo inevitable. [...] ¿De qué sirve lastimarse contra los barrotes de la jaula? La única forma de soportar mejor la estrechez de la cárcel es adaptarse a ella».[29]

Al igual que Mauriac, Jacques Copeau se enreda en pensamientos poco claros. La guerra es inevitable, los franceses han salvado el honor; la victoria sólo habría beneficiado a un régimen nefasto. Pero si la derrota permite reconstruir el país volviendo a pagar un precio, ¿no nos pone a la merced del vencedor? Al igual que Gide, Copeau se pregunta por las intenciones de este último («El único interés de Alemania será mantener nuestras divisiones e intensificar nuestros errores. A menos que precise de una Francia fuerte y sana para su política mundial») y su respuesta presenta una indecisión fundamental («¿Nos sorprenderá Hitler con su magnanimidad, aprovechará la oportunidad de mostrarnos su grandeza?»[30]). Asimismo, Copeau especula sobre la posibilidad de una reconciliación a la que Francia debería responder purgándose de los «viejos rencores históricos» y abandonando cualquier pretensión de «hegemonía militar y política».[31]

27. Mauriac a Édouard Bourdet, 25 de julio de 1940, *Lettres d'une vie*, Grasset, 1981, pág. 244.

28. «Les Cahiers de la Petite Dame, 1937-1945», *Cahiers André Gide*, nº 6, Gallimard, 1975, pág. 180 (22 de julio de 1940).

29. André Gide, *Journal: 1939-1942*, Gallimard, 1946, pág. 57 (9 de julio de 1940); pág. 83 (5 de septiembre de 1940) (trad. cast.: *Diario*, Barcelona, Alba, 1999).

30. Copeau, *Journal: 1901-1948*, vol. 2, *op. cit.*, pág. 493 (21 de junio de 1940).

31. *Ibid.*, pág. 501 (6 de julio de 1940).

Alain, el rapsoda del individualismo democrático y de la desconfianza hacia los poderes, también sucumbe a la fascinación de Hitler y se pone a leer *Mein Kampf*, lo que le lleva a escribir en 1940: «En cuanto a mí, espero que el alemán acabe venciendo, pues un tipo como De Gaulle no merece ganar la partida».[32] Ni siquiera Jean Paulhan, la autoridad de la *[Nouvelle Revue Française]* NRF que se comprometió muy pronto con la resistencia, puede evitar incurrir en esa indecisión tan característica del verano de 1940. Paulhan desea una victoria inglesa, sin creer demasiado en ella, y admira a De Gaulle, aunque cree que Pétain, del que desconfía, tiene cosas buenas. «Me gusta mucho De Gaulle y sus discursos. Pero la obra de Pétain, en general, puede resultar útil. (Y que Dios salve a los ingleses).»[33] ¿Cómo no iba a sentirse solo un Jean Guéhenno?[34]

Mientras que la mayoría de los franceses optan por la resignación, en la zona ocupada algunos intentan congraciarse con el invasor. En todos los ámbitos de la vida social aparecen comportamientos que van más allá del mínimo de adaptación requerido por las circunstancias. Hay quien considera necesaria una adaptación sin reservas, y hay quien la considera una virtud, mientras que otros conservan un espíritu de revancha o una sed de venganza.

Los industriales que trabajan para la defensa nacional reciben la visita de oficiales que les pasan pedidos del ejército. Normalmente, el primer contacto es tenso y está salpicado de amenazas, concluyendo con un ultimátum. La aceptación se produce con bastante facilidad: a los industriales les preocupa una reconversión que se anuncia dolorosa; lo único que los frena es la posibilidad de que el gobierno desapruebe su actuación. Schneider declara que si acepta los pedidos, lo hace por el bien de sus obreros, pero que él preferiría fabricar locomotoras a material de guerra; para fabricar este último, que sean los alemanes quienes pidan la autorización al Estado francés. Pronto se empieza a trabajar en uno de los pedidos, un conjunto de prensas pesadas que se utilizarán para fabricar bombas de aviación. Como apunta el oficial alemán, el director de Schneider sabe perfectamente que con ese tipo de prensas no se fabrican precisamente máquinas de escribir. Pero no tiene nada en contra de ese pedido, que «pasará desapercibido a la mayoría de los obreros».[35] Otros

32. Bibliothèque nationale (BN), *Journal d'Alain*, vol. III, pág. 122.
33. Jean Paulhan, *Choix de lettres*, vol. II, *1937-1945: Traité des jours sombres*, Gallimard, 1992, pág. 181 (carta a Henri Pourrat, 13 de agosto de 1940).
34. Véanse los primeros meses de su *Journal des années noires*, Gallimard, «Folio», 1973.
35. Informes del *Rü In Paris*, 2 y 5 de agosto de 1940, BA-MA, *RW 19, Wi I A 3 99*.

industriales se muestran más diligentes. El director de Gnome et Rhône no sólo está dispuesto a fabricar motores de avión, sino que propone solicitar él mismo la autorización del gobierno.[36]

Alfred Pose es el director general de la Banque nationale pour le commerce et l'industrie (BNCI), uno de los grandes bancos del país. Deseoso de volver a abrir sus ventanillas sin más dilación, en lo que coincide con el deseo del ocupante, se marcha, provisto de un salvoconducto, a impulsar las sucursales de la zona ocupada. Habiendo solicitado la autorización de trasladarse a Alsacia-Lorena, de regreso escribe a su interlocutor de la administración militar: «He podido comprobar la situación exacta del banco en estas provincias y, tras recibir noticias del Dresdner Bank, he dado instrucciones para iniciar las conversaciones con esta entidad, conversaciones que ciertamente tendré que proseguir ya en París, ya en Alemania».[37] Pose ha decidido vender las sucursales de Alsacia-Lorena antes de que la conclusión del tratado de paz, y sus previsibles amputaciones, disminuyan todavía más el valor de las mismas. Completamente decidido a complacer a los vencedores, solicita al funcionario de la administración militar encargado del sector bancario que ponga a su disposición el departamento de estudios financieros y económicos de su banco.[38] Mientras tanto, su ayudante visita los servicios de ocupación para que todos sepan que el BNCI está dispuesto a «colaborar intensamente con los bancos alemanes».[39]

No todas las empresas tienen la envergadura del BNCI. La mayoría de ellas quieren evitar una declaración de quiebra, aunque tengan que ir a buscar el dinero allí donde esté. El proveedor de material de oficina de la embajada alemana, a la que perdió como cliente en 1939, no tiene más remedio que apelar a la buena memoria de los diplomáticos: «Como en el pasado, nuestra empresa está en condiciones de poder satisfacer todas sus demandas en materia de máquinas de escribir, máquinas de calcular y multicopistas».[40] Una agencia de traducción, preocupada por facilitar las relaciones entre estos pobres extranjeros y los nativos, informa a la administración militar de que realiza «todo tipo de traducciones a todas las lenguas, y especialmente del francés al alemán y viceversa, de la forma más rápida y al mejor precio de París».[41] A otras empre-

36. «Kriegstagebuch», 13 de agosto de 1940, BA-MA, *RW 24* 2.

37. Pose a Voigt, 2 de agosto de 1940, AN, *AJ 40* 823. Negociaciones emprendidas «para limitar, en caso de no obtener los beneficios previstos, los perjuicios que las consecuencias de la guerra parecen tener que comportar», como dice delicadamente el acta de la reunión del consejo del BNCI con fecha del 23 de septiembre de 1940 (AN, *F 12* 9.564).

38. Carta de Pose, 12 de agosto de 1940, AN, *AJ 40*, 823.

39. «Kriegstagebuch», 5 de septiembre de 1940, BA-MA, *RW 24* 2.

40. Éts Querel, 18 de septiembre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.404.

41. AN, *AJ 40* 862, *dossier* (dr). 7.

sas les horroriza levantar cualquier tipo de sospecha. El 13 de agosto de 1940, la dirección de la compañía Félix Potin despide a una mujer que había ocupado un puesto de responsabilidad en la empresa durante cuarenta años. Lamentablemente, la señora es judía; pero «si continuásemos dando cabida a israelitas en los puestos directivos, los alemanes meterían mano en nuestra empresa».[42] En ese momento, ni las autoridades de ocupación, ni desde luego Vichy, han tomado todavía medidas contra los judíos.

En principio, los trabajadores no tienen razones para mostrar esa misma afanosidad. Los alemanes, recordando los grandes momentos del Frente Popular, esperaban topar con su hostilidad, o con su resistencia pasiva. Pero los que tomaron el camino del exilio regresan a la zona ocupada, como esos obreros de Renault con los que se cruza Maurice Martin du Gard: «Van a trabajar para los *boches*, ¿y qué? Tienen que vivir».[43] En el otoño de 1940, un informe alemán subraya que los obreros muestran un «sorprendente» deseo de volver al trabajo, incluso en las fábricas que trabajan para Alemania, debido a su miedo al paro.[44]

En el mundo de la cultura existe el mismo deseo de volver a la normalidad y, en algunos, incluso una fuerte voluntad de agradar. El 9 de julio, Léautaud, que trabaja para la editorial Mercure de France, ha de escuchar cómo su director ensalza «una idea maravillosa»: «Una edición, a un precio asequible para todos, de la parte biográfica de *Mein Kampf* de Hitler, para mostrar los orígenes y la evolución de este gran hombre».[45] Hallándose en la zona libre, Bernard Grasset hace todo lo posible para volver a París, no sin antes asegurarse de que el ocupante no tomará represalias contra él a causa de títulos anteriores (el desdichado lamenta haber publicado obras de Strasser, el enemigo de Hitler). A través de terceras personas, Grasset manifiesta sus buenas intenciones. Así, asegura al periodista alemán Friedrich Sieburg que «su idea de la autoridad es muy similar a la que inspira los actos» del gobierno del Reich y que «siente idéntico desprecio por ese régimen que ha conducido a Francia al desastre». Del mismo modo, a Alphonse de Chateaubriant, hombre que goza del favor de personas influyentes y del que quisiera publicar *La Gerbe*, su nuevo semanario, Grasset le declara con la mano en el corazón: «Usted sabe, mi querido Chateaubriant, que yo soy un francés de pura cepa, libre de todas esas mezclas insanas que Alemania condena con razón. [...] Por más lejos que nos

42. AN, *F 12* 9.623, dr. Féxil Potin.
43. *Chronique de Vichy*, *op. cit.*, pág. 30.
44. «Lageberichte des Wi- u.Rü.-Stabes Frankreich», informe del mes de octubre de 1940, BA-MA, *RW 24* 15.
45. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 124.

remontemos en mi árbol genealógico, no encontraremos ni un judío ni una judía, algo que quizá sea útil precisar».[46]

La voluntad de complacer de los editores se contagia entre los libreros. El 27 de agosto, policías franceses acompañados de policías alemanes se apoderan de los libros antialemanes incluidos en una lista, primera versión de la «lista Otto». Leamos el informe alemán: «Los propietarios de las librerías han entregado sin problemas los libros que se les ha reclamado. Por lo demás, muchos de ellos han puesto a nuestra disposición otras obras de contenido antialemán que no figuraban en la lista [...]».[47] La complacencia en algunos y la preocupación de no correr riesgos en otros, facilitan el trabajo del ocupante.

Cuando Goebbels visita París el 1 de julio, Serge Lifar le hace los honores en la Ópera. Claramente atraído por ese ministro de pie zopo, la estrella de la danza quiere invitarlo a su próximo espectáculo. Así que pide al embajador Abetz que le comunique su invitación. «A lo largo de estos últimos años, me he entregado al estudio de las cuestiones referidas a la danza y a su historia, y confío en poder presentar muy pronto al doctor Goebbels mis consideraciones sobre el futuro que espera a la danza en Alemania.» Probablemente, Lifar se veía a sí mismo como el führer de la danza europea. En la embajada, su carta resulta inquietante: ¿no será judío? A la investigación le sigue un respiro de alivio: Lifar es de origen ruso. Goebbels no podrá volver a París, pero no importa: el 3 de septiembre el bailarín se presenta en la embajada, donde una multitud de oficiales superiores rinden los honores a Von Brauchitsch, jefe del ejército de tierra, el vencedor de la campaña de Francia.[48]

En el mundo de la política, los partidos parecen haber muerto. Solamente los comunistas muestran cierta actividad. Pero los descendientes de los comuneros han abandonado a sus gloriosos antepasados en Père-Lachaise.* *L'Humanité*, clandestina, desea tanto volver a salir a la luz que en su número del 19 de junio reproduce el comunicado militar alemán del día, como lo hacen los órganos de prensa que cuentan con la bendición del ocupante.[49] En otras ocasiones, hace un llamamiento a la confraternidad, como ocurre el 4 de julio: «Resulta

46. Pascal Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation (1940-1944)*, Bibliothèque de littérature française contemporaine de l'université Paris-VII, 1987, vol. 1, págs. 46 y sigs.; así como el anexo VI, cartas del 30 y el 31 de julio, págs. 348 y 350.

47. *Ibid.*, págs. 20-21.

48. Lifar a Abetz, 21 de agosto de 1940; Schleier a Lifar, 30 de agosto de 1940 PA-AA, *Botschaft Paris* 1.379; *Botschaft Paris* 1.101 a.

49. Stéphane Courtois, «Un été 1940. Les négociations entre le PCF et l'occupant allemand à la lumière des archives de l'Internationale communiste», *Communisme*, n.os 32, 33 y 34, 4° trimestre de 1992, 1° y 2° trimestre de 1993, pág. 88.

* Famoso cementerio de París donde fueron fusilados los partidarios de la Comuna de París en 1871 *(N. del t.)*.

especialmente satisfactorio que, en los tiempos que corren, muchos trabajadores de París charlen amistosamente con los soldados alemanes, ya en la calle, ya en el bar de la esquina. Estupendo, camaradas, continuad así, aunque esto no sea del agrado de ciertos burgueses tan estúpidos como viles».

Si los partidos han desaparecido, no faltan los políticos que salen en busca de noticias. Entre quienes serán la gloria del París colaboracionista, un futuro miembro de la resistencia: Loustaunau-Lacau. En sus memorias, nos relata su huida del 16 de agosto de 1940, antes de dirigirse a Vichy. En cualquier caso, el 17 de agosto escribe a la embajada alemana pidiendo cita: «Yo y mis amigos estamos dispuestos a formar un nuevo gobierno en la línea de esta doctrina que, como usted sabe, está estrechamente emparentada con las ideas de los estados totalitarios». Afirmando contar con el apoyo de Pétain, su propósito es informarse de las intenciones del vencedor: si de lo que se trata es de llegar a un acuerdo de paz digno, él está dispuesto a colaborar; si no es así, optará por entrar en vereda y por el silencio.[50]

Pero hay otros que, desde los años anteriores a la guerra, se sitúan ya más allá de cualquier toma de contacto, recibiendo con aplausos la victoria alemana. Así lo hacen los dirigentes separatistas, tanto los bretones como los alsacianos: los primeros, condenados a muerte durante «la drôle de guerre»* y refugiados en Alemania, regresan en los furgones del ocupante; los segundos son liberados por éste de las prisiones francesas. Así lo hacen también algunos antisemitas, que ponen la lucha contra los judíos por encima de la defensa de la nación. El 3 de agosto de 1940, uno de ellos, que se presenta como obrero y como compañero de lucha de Henry Coston, escribe a Julius Streicher, uno de los antisemitas más feroces del partido nazi: «Señor, pidiéndole disculpas y por propia iniciativa, oso dirigirme a usted para solicitarle que me permita entrar en contacto con los grupos alemanes que combaten el judaísmo». Después de dar cuenta de los servicios que ha prestado a la causa, añade: «Hoy bendigo la victoria de su pueblo, pues sé que esta victoria es civilizadora, y sobre todo porque es la medicina que ha de curar al pueblo francés de su más terrible enfermedad: la ignorancia de la cuestión judía... ¡y masónica! Como ex combatiente, conozco el horror de la guerra. He pensado mucho en las nobles víctimas que se ha cobrado... Una guerra homicida entre arios en beneficio de los judíos... Si esta guerra la hubiésemos ganado nosotros, la raza aria céltica

50. *Mémoires d'un Français rebelle*, Laffont, 1948, pág. 197; carta de Loustaunau-Lacau a la embajada de Alemania, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.298.

*«La drôle de guerre» («guerra extraña», «en broma», «chusca») es el nombre que dan los franceses a la primera fase de la guerra de 1939-1945 (desde el final de la campaña de Polonia hasta abril de 1940), a causa de la calma que reinaba en el frente *(N. del t.)*.

se habría convertido en una raza negroide a la europea, es decir, judía». La carta acaba con un «Yo soy hitleriano».[51]

Los franceses parecen esconderse en su caparazón. La voluntad de lucha es inexistente, reina la indecisión. Posteriormente, ese verano se verá como una época en la que todo era posible, tanto lo mejor como lo peor. En septiembre de 1942, Bousquet, el jefe de la policía de Vichy, visita en la cárcel a Daladier y le relata su experiencia de la derrota: «Oleadas de andrajosos soldados en retirada, soldados desarmados que saqueaban a su paso los pueblos. Llegada del ejército alemán, ordenado, disciplinado, poderoso y correcto, de ahí la simpatía que la población francesa siente por él. En su opinión, en ese momento Francia no habría puesto demasiados impedimentos a la colaboración».[52] Contrariamente, Guéhenno escribe el 12 de diciembre de 1941: «Hace un año, la opinión era tan vaga y laxa que estaba dispuesta a todo. Vichy y Berlín supieron fundirse tan perfectamente que desde entonces el país entero tiene el sentimiento de vivir en la servidumbre».[53]

A comienzos del otoño de 1940, el clima es ya muy distinto. Todos los documentos, independientemente de su procedencia, constatan el crecimiento de la hostilidad hacia el ocupante y la esperanza de una victoria británica. Pero esta tendencia, que va en aumento sin llegar a ser general, no pone fin a la confusión de la gente y todavía permite un prolongado respiro a la adaptación.

En Suiza, Pourtalès escribe el 19 de octubre de 1940, después de hablar con Ramuz: « Nuestra reacción es [...] más o menos la misma: estupefacción ante el giro que ha dado la situación después del armisticio, fin del liberalismo tradicional, ataque a los judíos; Pétain se lo ha jugado todo a una sola carta, está seguro de que los alemanes van a ganar. Pero surge la pregunta: ¿ganarán? Ramuz me ha dicho con tristeza: "Ya no reconozco el rostro de Francia"».[54]

51. Adam Philibert a Streicher, 3 de agosto de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.318.
52. Édouard Daladier, *Journal de captivité (1940-1945)*, Calmann-Lévy, 1991, pág. 170.
53. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 222.
54. Pourtalès, *Journal*, vol. II, *op. cit.*, pág. 441.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]

Capítulo 3

El pasado presente

¿Por qué no hay un rechazo masivo e inmediato del armisticio, ni hostilidad hacia el gobierno que lo firma, ni oposición a la política que éste pone en marcha? ¿Por qué esta indiferencia generalizada incluso hacia la misma potencia ocupante, a la que no pocos se afanan en adaptarse? Que la derrota fuese un verdadero *shock*, y el comportamiento de los alemanes una agradable sorpresa, es algo comprensible. Pero ¿y esa idolatría del viejo mariscal, ese deseo generalizado de volver rápidamente a la normalidad y, en algunos casos, esa avenencia, cuando no pacto, con el vencedor, esas vacilaciones sobre la naturaleza del régimen nazi? Se diría que los franceses estaban ya cansados de luchar, o tenían miedo a enfrentarse al enemigo, o un enorme deseo de recogerse y consolarse.

Los franceses tenían las más sólidas razones y la mejor ocasión para vérselas con la Alemania nazi. Aquí habrían podido converger la germanofobia de la derecha nacionalista, el liberalismo del centro, el antifascismo de la izquierda, el antirracismo y el antipaganismo del mundo católico. Esta convergencia, ciertamente, pareció producirse en 1939. Ese año, los franceses estaban unidos. Prueba de ello era la popularidad de Daladier, apoyado entonces por todos, incluso por la Iglesia. En el país reinaba una atmósfera de unión nacional, y medidas como la ley de la familia o la ley Marchandeau, que castigaba el racismo y el antisemitismo, hablaban de la voluntad de restablecimiento y de la negativa a permitir que se atentase contra el pacto nacional. En septiembre de 1939, la opinión estaba con el gobierno y si, meses después, se puso de manifiesto cierto cansancio, el ataque alemán había devuelto los ánimos.[1]

Los días que siguieron a la derrota permiten comprender la fragilidad de aquella unión. Sin duda, este acontecimiento es en sí mismo lo suficientemente traumático como para que se imponga la idea de que, más que de una batalla perdida en una guerra que continúa, se trata del fin de un mundo y del co-

1. Jean-Louis Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'An 40*, *op. cit.*

mienzo de otro. Pero dicho acontecimiento no se habría prestado a esta interpretación si en el espíritu de los franceses no hubiesen seguido fermentando, con la ayuda de «la drôle de guerre», las desgracias de la década anterior. Ahora, éstas introducen dudas sobre la posición que se debe tomar y hacen que se acepte mayoritariamente la prioridad de la reconstrucción sobre la liberación. La negativa a aceptar la derrota y la decisión de luchar requerían unos valores comunes, una voluntad de sacrificio para preservarlos, la conciencia de una fraternidad nacional. Exigían no hacerse ilusiones sobre el enemigo, conservar la esperanza y la confianza en el aliado, seguir siendo solidario con los pueblos de Europa amenazados por el poder nazi. Exigían una visión trágica del futuro antes que la manía del pasado y la autocompasión, con las esperanzas baratas que este tipo de compasión podía alimentar.

En agosto de 1914, un hombre que fue maestro en el arte de dividir a las gentes, Charles Maurras, escribía: «La intensidad de nuestra lucha exterior dependerá siempre, en cierta medida, de la profundidad de la paz que hayamos sido capaces de hacer reinar entre nosotros».[2] ¿Cómo unirse y hacer frente al enemigo cuando la desconfianza separa a los compatriotas, cuando éstos tienen opiniones diferentes sobre aquello en lo que debe basarse la vida en común, cuando dudan del lugar y de la misión de su país en el mundo? Sin lugar a dudas, la difícil década de 1930 había deteriorado la cohesión de la sociedad francesa, reanimando viejas divisiones y añadiendo nuevos enfrentamientos. La crisis era inédita y profunda, puesto que afectaba simultáneamente al equilibrio sociopolítico del país y a sus posiciones internacionales.

Desde el siglo XIX, Francia se caracterizaba por la lentitud de su proceso de modernización. Esa lentitud había favorecido el mantenimiento de una sociedad relativamente estable, basada en un campesinado y unas clases medias fuertes. Pero las consecuencias de la Gran Guerra acabaron con esa estabilidad.[3] El éxodo rural, cada vez mayor, alimentó los arrabales de las ciudades e hizo crecer a un proletariado poseído de un fuerte sentimiento de exclusión. La depreciación del franco, seguida de la gran depresión, desestabilizaron y empobrecieron a la burguesía: el número de empleados domésticos disminuyó más de una cuarta parte entre 1911 y 1936. La unificación del mercado y la circulación de las ideas minaron las formas de vida heredadas y debilitaron la influencia de las autoridades tradicionales; la Iglesia descubrió de repente, gra-

2. Maurras, *Devant l'Allemagne éternelle*, Éditions «A l'étoile», 1937, pág. 215.

3. Véase, por ejemplo, la crisis sufrida por los medios radicales: Serge Berstein, *Histoire du Parti radical*, vol. 1, *La Recherche de l'âge d'or*, Presses de la FNSP, 1980; y del mismo autor, *Édouard Herriot ou la République en personne*, Presses de la FNSP, 1985.

cias a los trabajos de Gabriel Le Bras y del canónigo Boulard, una Francia pagana, o cuando menos en vías de «descristianización», sobre todo en las capas obreras y en la juventud de las ciudades. Finalmente, la llegada de extranjeros, cuyo número prácticamente se duplicó entre 1921 y 1931, introdujo un elemento de competencia y cierta inquietud sobre la identidad nacional.

Evidentemente, estas tendencias chocaron profundamente a las mentalidades tradicionalistas y reanimaron las aspiraciones restauradoras de esas moles de resistencia a la modernización que eran la aristocracia, los grandes terratenientes, la Iglesia católica y una parte del empresariado. Pero también inquietaron a las «nuevas capas sociales» sobre las que se había erigido la III República: trabajadores independientes y gentes de profesiones liberales, partidarios de una Francia equilibrada y de un ascenso social moderado, que empezaron a considerar el período anterior a la guerra como una edad de oro y que comenzaron a reclamar medidas de protección para sus profesiones. A algunos de ellos, esa situación les condujo a esa movilización política que fueron las ligas. En muchos de los casos, esa movilización se concilió con la sabia fidelidad al credo republicano, pero cultivó un malestar y una nostalgia que Pétain sabría aprovechar después de la guerra.

Este miedo al cambio social se intensificó a consecuencia de la evolución política. Antes de 1914, pese a ser extremadamente inestable en el plano gubernamental y a estar marcada por fuertes antagonismos ideológicos, la III República favorecía el *statu quo* social. Pero la posguerra, situando en primer plano las cuestiones económicas y financieras, multiplicó los llamamientos a un Estado cuya ayuda se consideraba ahora más valiosa, y aún más importante era acceder al poder. En 1924 y en 1932, la llegada de los radicales al poder con el apoyo parlamentario de los socialistas bastó para provocar importantes remolinos en la derecha. La victoria del Frente Popular desencadenó reacciones todavía más fuertes, en la medida en que dicha victoria hacía temer la amenaza de una transformación del sistema e iba acompañada de un movimiento social sin precedentes. Hoy sabemos que, en realidad, el régimen no estaba seriamente amenazado ni de un lado ni del otro. La experiencia había acrecentado la desafección a la república parlamentaria y causado profundos desplazamientos: regresión de los católicos a las bases antiliberales y antimodernas de su cultura, retroceso de los liberales a su elitismo original y desconfianza hacia el sufragio universal de su doctrina, y entre los republicanos, relajamiento teñido de adhesión a las libertades democráticas.[4]

4. Serge Berstein, *Histoire du Parti radical*, vol. 2, *Crise du radicalisme (1926-1939)*, 1982; William Irvine, *French Conservatism in Crisis*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1979; Paul Christophe, *Les Catholiques et le Front populaire*, Éditions ouvrières, 1986.

El sistema político seguía en pie, pero la atmósfera que lo envolvía potenciaba valores que se alejaban de los suyos.[5] El anticomunismo, incluso en el seno del Frente Popular, se convertía en una pasión generalizada, cuando no dominante:[6] el comunismo era una amenaza para las instituciones, el equilibrio social, la religión, la seguridad del país... El liberalismo, cuyo optimismo había quedado seriamente dañado por la gran depresión, perdía credibilidad, a lo que no eran insensibles algunos de sus defensores. Asimismo, el individualismo perdía terreno ante la oleada de proyectos de planificación social de inspiración tecnocrática, global o corporativista, y ante el avance del imaginario comunitarista, reimpulsado por viejas corrientes conservadoras o por esquejes no conformistas abonados por el cristianismo. A esto se añadían el eugenismo, las ideas higienistas y las tendentes a favorecer el crecimiento de la natalidad y de la población. Todas estas ideas, producto de la angustia por el descenso de la natalidad, impulsaban a pensar en términos de cuerpo social y de cura colectiva.[7] Alexis Carrel, con un libro que se hizo famoso inmediatamente (*L'Homme, cet inconnu*, 1935), fortalecía esta tendencia. Y Giraudoux estaba muy cercano a ella cuando defendía una reconstrucción a la vez higienista y urbanista del país: una Francia saneada por una «política racial», embellecida por parques, fiestas y exposiciones, y unida por los grandes espectáculos.[8] Todas estas ideas concedían mucha importancia la intervención de las élites, de los expertos o de las autoridades «naturales» y reforzaban la amplia reacción existente contra el individuo en nombre de necesidades colectivas y de uniones sin fisuras.

La experiencia política de los años treinta dejaba tras de sí estados de ánimo muy diversos. En la derecha, había acumulado resentimientos cuya importancia destacaba ya el historiador Marc Bloch cuando todavía era un soldado, en mayo de 1940. Subrayando el «abismo de prejuicios que cierta burguesía abre entre sí misma y el pueblo», añadía: «Me temo que ni los unos ni los otros somos conscientes de la reacción increíblemente poderosa, tenaz y unánime que ha provocado en esas gentes el Frente Popular. Hay que retener esta fecha, al igual que los días de junio (de 1848), como uno de los grandes momentos de la historia de Francia».[9] Tan sólo habrían de pasar unas semanas para que Bloch comprobase la pertinencia de su comparación: la adhesión al salvador, entonces Luis Bonaparte, ahora Philippe Pétain.

5. Daniel Lindenberg, *Les Années souterraines 1937-1947*, La Découverte, 1990.
6. Jean-Jacques Becker y Serge Berstein, *Histoire de l'anticommunisme en France*, vol. 1, 1917-1940, Orban, 1987.
7. William H. Schneider, *Quality and Quantity: The Quest for Biological Regeneration in Twentieth-Century France*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990.
8. Véanse sus artículos para *Le Figaro* entre 1935 y 1936, recogidos en *Pleins Pouvoirs*, 1939.
9. Bloch a Lucien Febvre, 3 de mayo de 1940, AN, 318 *Mi* 1.

En la izquierda, el Frente Popular dejaba como herencia una decepción que se tradujo en un retroceso del compromiso, en especial de los sindicatos, cuyo número de afiliados se hundía entre 1938 y 1939. La transformación a la que el gobierno Daladier sometió gran parte de los logros de 1936 y la nueva división de los partidos obreros, radicalizada tras el pacto germano-soviético, que desorientó a muchos comunistas y asestó un golpe mortal al antifascismo, acabaron de crear un clima de desilusión tan importante como los resentimientos de la derecha, pues pesará en las reacciones de las capas obreras hasta 1943, punto de partida de una nueva ola de movilizaciones. Resentimiento por un lado, desmoralización por el otro, y en vísperas de la guerra en muchos otros, y a veces en los mismos, una profunda aversión a la lucha política, reforzada por el espectáculo de la tragedia española, que alimenta una viva aspiración a la unidad nacional sobre la que se edificará el régimen de Pétain.

A la crisis interna se sumó la crisis externa, colocando al país en una situación poco envidiable. Inglaterra, cuya posición internacional estaba igual de amenazada, atravesaba una situación interna más estable. Las otras potencias europeas eran dictaduras, algunas de las cuales, como Italia y sobre todo Alemania, sumaban a su creciente poderío un apoyo popular que iba en aumento. Francia, dividida internamente, afrontaba un desafío externo a la vez agudo y global. La Alemania nazi se liberaba muy rápidamente de las trabas de la Paz de Versalles, mientras que Italia lograba dar cumplimiento a sus ambiciones en el Mediterráneo y Japón expandía su dominio al Extremo Oriente: jamás la amenaza había sido tan general, existía el riesgo de perderlo todo. Y las formas de afrontarla se antojaban complicadas, cuando no peligrosas. La Sociedad de Naciones se mostraba impotente ante la agresión de Japón contra Manchuria, y posteriormente ante la de Italia contra Etiopía. Las alianzas eran problemáticas: amenazados por el expansionismo alemán e italiano, los pequeños aliados de Francia parecían ser más peligrosos que útiles. Y el establecimiento de nuevas relaciones provocaba profundas divisiones: la Italia fascista era anatema para la izquierda, sobre todo después de la agresión contra Etiopía; la URSS lo era para la derecha, especialmente desde que se perfilaba la victoria del Frente Popular. Inglaterra seguía constituyendo un apoyo, pero ¿era éste realmente sólido? Su política de equilibrio, que la llevó a firmar un pacto naval con Hitler en junio de 1935, enfureció a muchos.

Durante esos años, la política exterior acaparó la atención de los franceses. Las proezas de Hitler ocupaban la primera plana de los periódicos, y las imágenes de las guerras de Etiopía y de China, por no hablar de la guerra de España, alimentaban una ansiedad difusa que asomaba desde el principio de la década, cuando la posibilidad de un nuevo conflicto se convirtió en un tormento y excavó la «depresión pacifista» en la que caería el nacionalismo fran-

cés.[10] Sin duda, la Gran Guerra había dejado huellas muy profundas. El ejército de desaparecidos proyectaba su alargada sombra, y las cohortes de inválidos de guerra hacían visibles las cicatrices de un conflicto que permanecía vivo en la memoria colectiva a través de los relatos de los antiguos combatientes. Si el espíritu de lucha distaba mucho de haber desaparecido, una ansiedad pacifista, un «¿para qué?» que conducía a la resignación más que al sacrificio, se apoderaba del espíritu de los franceses. Durante «la drôle de guerre », los franceses aceptaron el reto, pero cuidándose de que éste no tuviese un precio demasiado alto y no se prolongase durante mucho tiempo.

Detrás de toda esta situación estaba el agotamiento de una gran potencia que percibía ya su debilitamiento, tanto demográfico como económico, y que temía descender de rango. Había sido necesaria una coalición europea y dos décadas de guerra para vencer a la Francia revolucionaria, después napoleónica. En 1870, Prusia lo consiguió sola, y en 1914 fue necesaria una coalición mundial y cuatro años de encarnizados combates para vencer a Alemania. Sin duda, después de 1870 Francia se vio recompensada con la ampliación del Imperio, que alcanzó su apogeo en 1919. Pero esto no podía hacer olvidar la falta de medios, ni por supuesto ocultar la evidencia de que, por una parte, la victoria se había debido a la participación de aliados de peso y, por otra, la Paz de Versalles ya no podía sino aplazar el resurgimiento del vencido. Desde entonces, no había más alternativa que elegir entre una política de humillación permanente, para la que, como se vio inmediatamente, Francia no contaba con los medios suficientes, y una política de conciliación que, de ser consecuente, habría entrañado el peligro de transformar al país en una potencia satélite. Para hacer comprender a los dos países la utilidad de una cooperación, habría sido necesario que Estados Unidos y la URSS pesasen en la política europea. A falta de esto, Alemania, al igual que por su parte hizo Japón, se animó a servirse del vacío histórico resultante de la abstención de las dos virtuales superpotencias y se lanzó a la conquista de una hegemonía europea que le permitiría desempeñar el papel de superpotencia mundial.

Recuperada en la década que siguió al armisticio, la curva de la potencia francesa descenderá imparablemente durante treinta años, contribuyendo así al sucesivo hundimiento de tres regímenes. En la década de 1930, los franceses se hallaban en la penosa situación de ser una potencia conservadora a la que otra guerra no podía aportarle nada bueno y que, de repente, oscilaba en-

10. La fórmula «depresión pacifista» es del ministro griego Politis (Jean-Baptiste Duroselle, *La Décadence 1932-1939*, Imprimerie nationale, 1979, pág. 179). Sobre el retorno de la guerra a principios de la década, véase Ladislas Mysyrowicz, *Autopsie d'une défaite: Origines de l'effondrement militaire français de 1940*, Lausana, L'Age d'Homme, 1973.

tre la conciliación y la firmeza. Así lo reflejó el cine de finales de los años treinta: Francia miraba al exterior con «profundo escepticismo y con miedo ante los crecientes peligros».[11]

Existen otros indicios de este sentimiento de debilitación, empezando por la asimilación de modelos extranjeros. En el período de entreguerras, muchos intelectuales franceses miraron fascinados a los nuevos regímenes europeos, cuando no peregrinaron a Roma, Moscú o Berlín. Francia era un país decrépito, su mensaje era obsoleto o inadecuado a los tiempos, lo nuevo estaba en otro lugar. Así lo ilustra en cierta forma la adopción de los gestos que dominaban el panorama político de la época: el brazo extendido tomado en préstamo de Italia, o el puño levantado copiado del Partido Comunista alemán, inventado en respuesta al saludo nazi. Estas adopciones eran el reflejo del debilitamiento de las barreras nacionales, o de la permeabilidad de los franceses a emociones, valores y posturas comunes.

Otro indicio lo constituye la exigua definición de la identidad nacional, la aspiración a volver a encontrar el centro en una Francia definida en términos muy estrechos, casi étnicos. La xenofobia y el antisemitismo, antiguas tendencias, volvían a resurgir, imponiéndose prácticamente en todos los ámbitos:[12] ¿hay algo más elocuente que su irrupción en escritores como Morand, Giraudoux, Jouhandeau o Céline? Un observador avisado, el padre Bonsirven, escribía en 1936: «Reina por doquier un antisemitismo latente, casi inconsciente, hecho de desconfianza, de repulsión, de prejuicios».[13] Ahora, ese antisemitismo resultaba todavía más útil para definir, negativamente, la identidad nacional, pues tenía a su disposición los viejos tópicos de la tradición cristiana, la xenofobia y la oposición a la República, elementos que podía combinar con motivos extraídos de la situación internacional: así fue como se extendió la imagen belicista del judío, dispuesto a sacrificar Francia en beneficio de su raza, de sus intereses, o de Stalin.

Esta vacilación y esta indecisión, por no decir esta parálisis, que hundían sus raíces en la doble crisis del país, reaparecen en la imagen poco movilizadora que los franceses tenían del peligro nazi. El nacionalismo tradicional y el recuerdo reciente de la prolongada guerra, sin embargo, habían enturbiado considerablemente la imagen del país vecino. Las antinomias del derecho y de la

11. Rémy Pithon, «Opinions publiques et représentations culturelles face aux problèmes de la puissance: Le témoignage du cinéma français (1938-1939)», *Relations internationales*, nº 33, primavera de 1983, pág. 101.

12. Véase Ralph Schor, *L'Opinion française et les Étrangers 1919-1939*, Publications de la Sorbonne, 1985; del mismo autor, *L'Antisémitisme en France pendant les années trente*, Bruselas, Complexe, 1992; y de Pierre Birnbaum, *Un mythe politique: la République juive*, Fayard, 1988.

13. Schor, *L'Antisémitisme en France*, *op. cit.*, pág. 2.

fuerza, de la civilización y de la barbarie se habían incrustado en la mente de los franceses, acompañadas de todo un arsenal de clisés: la falta de delicadeza de los alemanes, su gregarismo, su espíritu de sumisión, el sentimentalismo, pero también su vitalidad, su capacidad de trabajo y de organización. Clisés dotados de fuerza y de rigidez, pues el conocimiento directo del país vecino seguía siendo bastante escaso. La propia erudición estaba en consonancia con este hecho: en la enseñanza superior, el número de especialistas franceses en Alemania era tres veces menor que el de especialistas alemanes en Francia.[14]

La imagen de Alemania se benefició un tanto de los esfuerzos de acercamiento realizados por la izquierda, por una minoría de católicos y por algunos industriales después de Locarno.[15] Pero a partir de 1930, y especialmente tras la llegada de los nazis al poder, la imagen de los alemanes volvió a enturbiarse, provocando una desconfianza generalizada, mezcla de recelo y de miedo. La potencia alemana suscitaba temor, y la política del nuevo régimen venía a reforzar ese sentimiento. Contrariamente a lo que suele afirmarse, los franceses disponían de buena información, aunque muy pocos habían leído *Mein Kampf*. Pero, si la prensa señalaba el peligro, lo hacía sin precisar su naturaleza y sin identificarlo completamente. Este mismo cúmulo de clisés negativos contribuía a ocultar la novedad del fenómeno, y los creadores de opinión lo deformaban aún más al medirlo con sus respectivos raseros políticos. Así, para los demócratas el alemán era un régimen policial y militarista, una especie de bonapartismo uniformado; a lo que los liberales añadían: y un régimen que practica un intervencionismo económico que lo aproxima al socialismo. La izquierda marxista, por su parte, ridiculizaba a Hitler, al que presentaba como una marioneta al servicio del gran capital, esforzándose por distinguir claramente entre el pueblo y su régimen. Algo que se negaban a hacer los nacionalistas, adeptos de la «Alemania eterna». Claudel, que lee *Mein Kampf* a principios de 1934, hace referencia inmediatamente a la «horrorosa simiente de Lutero». Al igual que Maurras, que calificaba al nazismo de «islam del norte», Claudel imagina que Hitler crearía «en el centro de Europa una especie de islamismo, una comunidad que hace de la conquista una suerte de deber religioso».[16]

14. Paul Lévy, *La Langue allemande en France: Pénétration et diffusion des origines à nos jours*, vol. 2, *De 1830 à nos jours*, IAC, 1952, pág. 225.

15. Véase Fernand L'Huillier, *Dialogues franco-allemands 1925-1933*, Publications de la faculté des lettres de l'université de Strasbourg, 1971; Jean-Claude Delbreil, *Les Catholiques français et les Tentatives de rapprochement franco-allemand (1920-1933)*, Metz, SMEI, 1972; Hermann Hagspiel, *Verständigung zwischen Deutschland und Frankreich? Die deutsch-französische Aussenpolitik der zwanziger Jahre im innenpolitischen Kräftfeld beider Länder*, Bonn, Ludwig Röhrscheid Verlag, 1987.

16. Claudel, *Journal*, *op. cit.*, pág. 53 (18-19 de marzo de 1934); pág. 92 (21 de mayo de 1935).

Alertados por el expansionismo nazi, a los franceses les costó captar su radicalidad. En parte, los responsables de ese desconocimiento eran los filtros de percepción de una sociedad burguesa y democrática colocada frente a un régimen que exaltaba el heroísmo y la lucha. A ese desconocimiento contribuían también los filtros de la experiencia histórica, que hacían difícil imaginar que una guerra pudiese acarrear algo más que el desplazamiento de las fronteras y la imposición de un tributo. ¿Cómo iban los franceses a comprender que el nazismo atentaba contra la historia entera de los estados nacionales? Para ello habrían tenido que entender, en primer lugar, que el objetivo del nazismo no era solamente incorporar en su imperio a las minorías alemanas, sino también a los pueblos considerados germánicos (flamencos, luxemburgueses, suizos alemánicos, holandeses, daneses, escandinavos...) sin tener en cuenta su identidad nacional; en segundo lugar, que el nazismo ambicionaba conquistar un inmenso «espacio vital» en Europa oriental en perjuicio de los países eslavos: las élites de esos países debían ser eliminadas, una parte de la población debía ser reducida a mano de obra esclava, el resto expulsada en beneficio de los colonos alemanes; y, finalmente, que Hitler estaba decidido a eliminar, mediante el exilio o el exterminio, a aquellos pueblos a los que les negaba el derecho de vivir en la Europa nazi, los gitanos y especialmente los judíos. A la dificultad de comprender semejantes objetivos contribuía también la confusa imagen del nuevo régimen, cuyo verdadero rostro sólo se desprendió de su máscara conservadora y reaccionaria de forma progresiva. Sus dirigentes hacían aún más densa esta nebulosa multiplicando las declaraciones de paz a los países vecinos, con lo que preparaban el rearme y la ocasión de hablar el lenguaje de la fuerza.

Para la mayoría de los franceses, si bien no cabía esperar nada bueno de la Alemania nazi, tampoco parecía haber motivo para temer lo peor. Evidentemente, la crisis que atravesaba Francia invitaba a taparse los ojos. El resurgimiento de Alemania acrecentaba el sentimiento de debilidad experimentado por muchos, mientras que el «disco pacifista» de los nazis alimentaba las esperanzas de los hombres de paz, a la manera de Roger Martin du Gard, quien tras la remilitarización de Renania escribía: «No puedo dejar de percibir cierta sinceridad en el deseo de paz de Hitler. Por momentos, su discurso me parece auténtico y hasta logra emocionarme».[17] Los sucesivos gobiernos aspiraban a recobrar la normalidad, siendo esta aspiración la que les llevó a dar su bendición a todos los intentos de acercamiento entre los dos países: en 1937-1938, Francia era el primer socio de Alemania en materia de política depor-

17. *Correspondance générale*, vol. VI, *1933-1936*, Gallimard, 1990, carta al coronel Meyer, pág. 490 (16 de marzo de 1936).

tiva.[18] Ni siquiera el estallido de la guerra consiguió que los franceses perdieran la esperanza. Sartre, movilizado, señalaba en febrero de 1940 que, entre sus camaradas de regimiento, «muchos confiaban en la posibilidad de un "arreglo"».[19]

Al deseo de paz y al sentimiento de debilidad nacional se añadía un problema de percepción originado por la crisis política. Al lado de los bloques que se mostraban intransigentes —la izquierda antifascista, los democratacristianos, los nacionalistas de tomo y lomo, los perseguidos por el régimen nazi—, había amplias zonas de opinión poco claras. El propio Henri Lichtenberger, germanista partidario de un acercamiento entre los dos países, escribía en 1936: «Nos invaden miles de sentimientos contradictorios que van desde el horror a una curiosidad mezclada con simpatía o con el lamento de que en Francia no tengamos un "hombre fuerte" como Hitler, pasando por la desconfianza y la inquietud».[20]

La tendencia a reconocer al nazismo determinadas «bondades» pese a sus muchos aspectos repugnantes o condenables, se apoderó particularmente, aunque no de forma exclusiva, de la derecha, especialmente de la católica. Los aspectos que se valoraban positivamente eran la disciplina, el sentido comunitario, el gusto por el esfuerzo y el sacrificio, la moralización de la vida pública, el antiliberalismo y el antimarxismo. De acuerdo con las posiciones pontificales, *La Croix* condenaba el nazismo, pero su condena quedaba relativizada por el anatema que lanzaba contra el comunismo y por la valoración positiva de ciertos rasgos del régimen alemán: la represión de la pornografía, el fortalecimiento de la familia o la política agraria. Durante «la drôle de guerre», un agudo observador de los asuntos alemanes, el católico Robert d'Harcourt, un buen ejemplo de este sentimiento de atracción-repulsión, escribía que «muchos franceses excelentes» habían tomado la dictadura nazi por el orden; una simpatía que explicaba apelando a la «pasión francesa por la decencia» y en la que detectaba un complejo de inferioridad frente a un régimen político «fuerte» que había llevado a cabo cierta restauración de la moral al otro lado del Rin.[21]

18. Teichler, *Internationale Sportpolitik im Dritten Reich*, Schorndorf, Verlag K. Hofmann, 1991, pág. 153.

19. *Les carnets de la drôle de guerre: Novembre 1939-mars 1940*, Gallimard, 1983, pág. 274 (20 de febrero de 1940).

20. *L'Allemagne nouvelle*, Flammarion, 1936, págs. 262-263. El pensamiento francés quedó «profundamente desconcertado por el fenómeno nacionalsocialista» (Ladislas Mysyrowicz, «L'image de l'Allemagne nationale-socialiste à travers les publications françaises des années 1933-1939», en *Les Relations franco-allemandes 1933-1939*, Éditions du CNRS, 1976, pág. 134.

21. Alain Fleury, *La Croix et l'Allemagne*, Cerf, 1984, pág. 409.

El odio, señalémoslo, era escaso, por no decir inexistente. El aumento del peligro no había llevado a detestar a los *boches*. Los escritores que toman a Alemania como tema de sus novelas, ofrecen de ella una imagen «positiva y generosa».[22] Asimismo, el cine le da un tratamiento más bien favorable. Las películas que evocan las guerras precedentes no muestran al invasor: la amenaza no tiene rostro, el odio carece de un objeto definido. En general, hasta finales de 1938, los personajes alemanes o la cultura alemana son presentados de forma honorable y con simpatía (pensemos en *La gran ilusión* de Jean Renoir). En lugar de una imagen que impulse a la movilización, topamos con «una germanofilia tranquilizadora que coexiste con una corriente menor de espíritu antialemán».[23]

Hay un síntoma claro de esta confusión en la que se mezclan el miedo a la guerra, el malestar provocado por la crisis de Francia y la curiosidad por la «experiencia alemana»: la Alemania nazi suscitó mucho más interés que la Alemania de Weimar. En la década de 1920, no llegaban a 30.000 los franceses que atravesaban el Rin cada año; entre 1931 y 1932 eran ya casi 50.000. Después de un ligero retroceso en 1933, la cifra se duplicó y ascendió a 105.410 en 1936, antes de volver a disminuir ligeramente un año después, situándose en 98.833.[24] Las relaciones económicas, en fuerte retroceso, no explican esta afluencia de visitantes, aunque asistamos al establecimiento de relaciones amistosas entre las cámaras de comercio de ambos países.[25] Las relaciones en los planos escolar y universitario describen la misma curva. Los profesores adjuntos franceses en Alemania eran 10 en 1930, y 39 en 1939; los lectores, 3 en 1932 y 19 en 1939. En 1931, el sistema de intercambio escolar pone en contacto a 4.661 escolares franceses y alemanes; esta cifra cae en 1934, situándose en 821, para llegar a 5.933 en 1938.[26] Los desplazamientos escolares y estudiantiles en forma de cursos de vacaciones o de visitas organizadas por determinadas instituciones o asociaciones, aumentaron también considerablemente:

22. George Pistorius, *L'Image de l'Allemagne dans le roman français entre les deux guerres (1918-1939)*, Nouvelles Éditions Debresse, 1964, pág. 206.

23. François Garçon, *De Blum à Pétain: Cinéma et société française (1936-1944)*, Cerf, 1984, págs. 165-166.

24. *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, años 1928-1938. Hemos de señalar que, del número total de extranjeros que visitaron Alemania durante 1935, sólo aproximadamente un 5 % fueron franceses. El número de británicos que entró en el país fue casi el triple, y el de holandeses el cuádruple.

25. Gordon Dutter, «Doing Business with the Nazis: French Economic Relations with Germany under the Popular Front», *Journal of Modern History*, junio de' 1991, págs. 296-326.

26. «Échanges pratiqués entre la France et l'Allemagne avant la guerre», AN, *70 AJ* 29. La información sobre la correspondencia escolar proviene de Dieter Tiemann, *Deutsch-französische Jugendbeziehungen der Zwischenkriegszeit*, Bonn, Röhrscheid, 1989, págs. 170 y 310.

citemos desordenadamente a los antiguos combatientes, a la Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses (SNCF), a los alumnos de la enseñanza privada, a la Juventud Obrera Cristiana (JOC), que visita los campamentos de la *Hitlerjugend* en 1938, y a los *Scouts* de Francia, que acuden a varios campamentos hasta finales de 1938.[27] En total, durante el año escolar 1936-1937, son 3.000 los jóvenes franceses que pasan temporadas al otro lado del Rin.[28] En la enseñanza superior, los encuentros se reanudan en 1936, después de tres años de interrupción. Durante el curso 1937-1938, 56 universitarios alemanes participan en congresos y coloquios celebrados en Francia, mientras que ciertas universidades (Lyon y Lille) ponen en marcha programas de intercambio.[29]

Estas cifras, ciertamente modestas, distan mucho de ser irrelevantes. La Alemania nazi despertaba interés, especialmente en las capas burguesas, las únicas que podían hacer turismo y las que más posibilidades tenían de enviar a sus hijos a cursos de vacaciones. El destino de la mayoría de intercambios seguían siendo los países anglosajones; en general, los franceses eran tan favorables a Inglaterra como desfavorables a Alemania. Pero, así como en ciertos sectores de la población la repulsa de la Alemania nazi es tímida y poco clara, la adhesión a Inglaterra se mezcla con una anglofobia cuyas manifestaciones más abiertas —como la de un Henri Béraud durante la guerra de Etiopía—, por sus mismos excesos, pueden hacer olvidar su generalización. La Entente Cordial y la alianza de guerra no habían hecho desaparecer, especialmente en el ejército colonial y la marina, ni mucho menos entre los mayores, antiquísimas antipatías, reavivadas por los desengaños de la posguerra. Irritación ante una Inglaterra que no comprendía el deseo de seguridad de Francia y que, en lugar de apoyarla, había vuelto a Alemania contra ella en nombre de una política de equilibrio corta de miras. Para un buen número de franceses, Inglaterra era un aliado necesario antes que deseado. En la novela de la época, por otra parte, Inglaterra es objeto de un desconocimiento general y de una indiferencia llena de prejuicios, mientras que en los dos extremos del tablero político la imagen de la pérfida Albión conservaba todos sus colores: un egoísmo sin igual, servicios secretos intrigando por doquier, la corrupción de sus embajadores y el dominio tentacular de la *City*. Clisés que tenían la misma base que

27. Sobre la Juventud Obrera Cristiana (JOC), véase Alain René Michel, *La Jeunesse étudiante chrétienne face au nazisme et à Vichy (1938-1944)*, Lille, Presses universitaires de Lille, 1988, pág. 46. Sobre los *scouts*, véase el *Völkischer Beobachter*, 29 de diciembre de 1938, pág. 11.

28. Epting, «Bericht der Zweigstelle Paris des DAA über ihre Tätigkeit vom 1. April 1936 bis 30. September 1937», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.053/4. En 1937-1938 son todavía 2.000 (informe de Digeon, 29 de marzo de 1939, AN, *70 AJ* 4).

29. Epting, «Bericht der Zweigstelle Paris des DAA über ihre Tätigkeit vom 1. October 1937 bis 30. September 1938», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.053/4.

los mitos del complot judío o masónico y que garantizaban el éxito de las novelas, mientras que las obras anglófilas, menos numerosas, adoptaban un tono defensivo. Lo mismo puede decirse del cine y del dibujo de prensa, que jamás mostraban los aspectos positivos de los británicos.[30]

Los franceses van a la guerra con una cohesión frágil, con una angustia por así decir existencial, con una visión poco clara de su aliado y de su adversario. Pero, para colmo, viven una situación muy distinta de la que habían temido: tras la conmoción que supuso una derrota rápida, Francia sufre una ocupación de duración indefinida para la que los franceses apenas estaban preparados. En la década de 1930, se habían imaginado otra guerra. La imaginación se alimentaba del pasado reciente —los frentes inmóviles y el barro de las trincheras— o de futuros apocalípticos —la guerra química aniquilando desde el aire las grandes ciudades europeas—.[31] Pero la perspectiva de una posible ocupación había estado prácticamente ausente, lo que no ha de sorprendernos. La lucha bajo la tormenta de acero se había impuesto como la única interpretación del conflicto anterior, relegando a un segundo plano el sufrimiento de las regiones invadidas del norte (evidentemente, después de 1944 prevalecerá la situación inversa). En aquellas regiones, sin duda, el recuerdo seguía vivo, alimentado por las memorias publicadas después del armisticio —a las que se añadió una segunda ola de publicaciones durante la década de 1930—,[32] y sobre todo por los monumentos y conmemoraciones, que reservaban un lugar importante a la suerte de los civiles (toma de rehenes, deportaciones, ejecuciones) y celebraban su resistencia, a la manera de una Louise de Bettignies, el paradigma de las «heroínas de los países invadidos».[33]

Pero, mayoritariamente, los franceses no tenían más que una conciencia muy vaga y una idea muy limitada de lo que era vivir bajo la ocupación, la que les procuraban las informaciones dispersas, los relatos familiares y las lecturas

30. Véase Marius-François Guyard, *La Grande-Bretagne dans le roman français 1914-1940*, Marcel Didier, 1954. Sobre el cine, véase Garçon, *De Blum à Pétain, op. cit.*, págs. 137 y sigs.; y sobre el dibujo de prensa, Christian Delporte, *Les Crayons de la propagande: Dessinateurs et dessin politique sous l'Occupation*, CNRS Éditions, 1993, págs. 87-88.

31. Ignatius Frederick Clarke, *Voices Prophesying War 1763-1984*, Londres, Oxford University Press, 1966, págs. 166 y sigs.

32. Por ejemplo, Henry de Farge y Jean Mauclère, *Feuilles françaises dans la tourmente: Les héros de la presse clandestine dans le Nort envahi* (Berger-Levrault, 1932) o Louise Thuliez, *Condamnée à mort*, con un prólogo de Weygand (Flammarion, 1933).

33. Annette Becker, «Mémoire et commémoration: les "atrocités" allemandes de la Première Guerre mondiale dans le Nord de la France», *Revue du Nord*, n° 295, abril-junio de 1992, págs. 339-354.

escolares (los *Contes du lundi* de Alphonse Daudet, las novelas de guerra de Maupassant, *Colette Baudoche* de Barrès, etc). Por estas frágiles vías circulaban ejemplos de valor patriótico y se transmitía de forma más o menos rudimentaria el código de conducta que convenía observar en presencia del invasor.[34] Se estaba todavía muy lejos del bagaje de representaciones que traería consigo y legaría la Segunda Guerra Mundial, con todo su repertorio de roles (el colaborador, el miembro de la resistencia, el partidario de esperar los acontecimientos para tomar una decisión...), con su registro de actuaciones (el estraperlo, los sabotajes, etc.) o la representación de las consecuencias (la exclusión de los unos, el ascenso de los otros).

Allí donde tomaba cuerpo y se hacía presente, la memoria sólo esclarecía imperfectamente el futuro. En 1935, Maxence van der Meersch publicaba *Invasion 1914*, fresco novelesco de la vida del norte bajo el yugo alemán, donde el autor presentaba personajes y ambientes muy distintos, desde el patrono que resistía al comerciante sin escrúpulos, pasando por el abad valeroso y los campesinos entregados al trapicheo. Prácticamente todos los argumentos utilizados después de 1940 para justificar el rechazo o la adaptación estaban ya formulados aquí: los unos decían «ellos son más fuertes», hemos de «estar con ellos»; los otros se rebelaban y buscaban la forma de mantener la esperanza o de pasar a la acción. Para los unos, la «invasión» —entonces no se hablaba de ocupación— ofrecía la oportunidad de recuperar la dignidad, impulsándolos al sacrificio patriótico. Para los otros, era el momento de ajustar cuentas, de tomar una revancha social o de enriquecerse rápidamente.

En cierto sentido, por su vigoroso realismo y por su humanismo cristiano, esta novela habría podido escribirse después de 1944. ¿Qué podríamos añadir a su descripción de la resistencia? Está el abad que monta una estación telegráfica para escuchar las noticias procedentes de la Francia libre y de Inglaterra, que crea un periódico clandestino titulado *Fidelité* y forma una «red» dividida en grupos de tres. O el entusiasmo de la liberación, la destrucción de los símbolos de la presencia enemiga, el apaleamiento de los prisioneros y de las «amiguitas de los *boches*», antes de que logre abrirse paso una gran decepción ante el carácter selectivo y corrupto de las purgas, la lucha por las prebendas y el olvido de los falsos héroes («Los parásitos se han aprovechado de la obra de los auténticos héroes. Quienes no han hecho nada son ahora re-

34. Sobre el período anterior a 1914, véase Marieluise Christadler, «Politik, Mythos und Mentalität, Französische und deutsche Jugendliteratur vor dem I. Weltkrieg», en *Deutschland-Frankreich: Alte Klischees-Neue Bilder*, Duisburg, Verlag der Sozialwissenschaflichen Kooperative, 1981, págs. 73-75, y Michael Jeismann, *Das Vaterland der Feinde: Studien zum nationalen Feindbegriff und Selbstverständnis in Deutschland und Frankreich 1792-1918*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1992.

yes»).[35] Un desengaño que, pese a formularse desde una declaración de fe en Dios y en la humanidad, no era demasiado adecuado para fortalecer el espíritu de los franceses en vistas del nuevo desafío.

En otros aspectos, la novela remite a una experiencia del pasado, lo que pone de manifiesto que la diferencia entre una y otra guerra no se sitúa tanto en el plano de la resistencia cuanto en el de la adaptación. De esta última, el autor describe algunas dimensiones, siempre determinadas por rasgos individuales o sociales y en las que no hay cabida para la política y la ideología. Las identidades nacionales son prácticamente estancas, y los contactos se deben a la familiaridad de la cohabitación, a la debilidad de la carne o al afán de lucro. Jamás se presenta al invasor como a un salvador, ni como a un eventual socio. Diferencia crucial que remite a la especificidad de esta ocupación, por no hablar de los combates, que alcanzaban una violencia extrema.

Hacia 1938, la proximidad de la guerra hizo resurgir el tema de la invasión, esta vez en obras propagandísticas que carecían ya de la riqueza de la novela de Van der Meersch. Así, la película *Deuxième Bureau contre Commandantur* trata de la lucha, en 1917, de los servicios secretos en un pueblo invadido del norte. El alemán es presentado como un ser brutal y rapaz, en correspondencia con la imagen que adquirió en la Gran Guerra: un ser que encarcela, tortura, deporta, fusila. Frente a él, una población unida por el rechazo y el odio, incluida la prostituta que, a pesar de vender su cuerpo, «joroba» a sus clientes. El sentimiento de pertenencia a una nación abre un abismo insuperable incluso entre el abad francés y el cura alemán.[36]

En el otoño de 1939, justamente después de la declaración de guerra, se publica *Un rude hiver*, novela de Raymond Queneau en la que aparece la dimensión ausente en *Invasion 1914*. Los acontecimientos hicieron de Queneau el autor de «una novela de guerra». «Sentido profético de la literatura», escribe en su Diario.[37] De hecho, sus antenas tenían más alcance de lo que él mismo pensaba. La novela volvía a abordar la guerra anterior y trataba de un oficial convaleciente en El Havre, un reaccionario inveterado, un «derrotista» que detesta ese conflicto tan largo y que muestra una simpatía por Alemania que no carece de relación con su repugnancia hacia la República, los judíos y los francmasones. El oficial revela su verdadero sentir a un espía alemán: «Veamos, señor Frédéric, ¿sabe usted lo que habría que hacer para salvar a Francia de la degradación y del desorden? ¿No lo sabe? ¿De verdad? Pues

35. Maxence van der Meersch, *Invasion 14*, Lausana, Grand-Chêne, 1948, vol. 2, pág. 327 (1ª edición, Albin Michel, 1935) (trad. cast.: *Invasión*, Barcelona, Plaza y Janés).

36. Garçon, *De Blum à Pétain*, *op. cit.*, págs. 161-162.

37. Queneau, *Journal 1939-1940*, 27 de agosto de 1939, Gallimard, 1986, pág. 35.

bien, yo se lo diré. Es necesario un protectorado alemán. Francia debería ser un protectorado de Alemania, eso es lo que haría falta».[38] Este deseo contenido de salvación nacional a través de la derrota y de la imposición de un protectorado alemán, ¿habría podido imaginarlo Queneau fuera del ambiente que se respiraba a finales de la década de 1930? Y qué eco encontró en esa mujer que decía a Werth en junio de 1940: «Esto será un protectorado como Marruecos... Acabarán las desgracias, volverá a haber trabajo...». Mientras que *Deuxième Bureau contre Commandantur* presentaba a un enemigo sobre el que nadie podía equivocarse y a unos franceses que se unían frente a él porque conocían cuál era su deber, la novela de Queneau insinuaba la perturbadora idea de que el enemigo podía tener amigos y de que el bien de la patria podía entenderse de formas distintas. En el obscuro túnel en el que se adentraban los franceses, las luces que podían iluminarlos eran más bien tenues.

38. Queneau, *Un rude hiver*, Gallimard, 1939, págs. 132-133.

Capítulo 4

Los señores de la época

En el otoño de 1939, en el momento en que se publicaba la novela de Queneau, aparecía también *Hitler m'a dit*, la obra de Hermann Rauschning. El antiguo dirigente del partido nazi en Danzig, ahora en el exilio, afirmaba que, siete años antes, Hitler, aludiendo a la futura guerra entre Alemania y Francia, había explicado que ésta iba a ser corta y que él aprovecharía al máximo las armas de la división y de la desmoralización. Hitler le había expresado la valoración que le merecían los adversarios: «Entraré en Francia como libertador. Nos presentaremos ante el pequeñoburgués francés como los portadores de un orden social equitativo y de una paz eterna. Esas gentes ya no quieren saber nada de la guerra y de la grandeza». Y le había manifestado su convicción de que encontraría aliados en el país: «Habré mantenido una prolongada relación con los hombres que formarán un nuevo gobierno, un gobierno a mi conveniencia. Encontraremos a esos hombres por doquier. Ni siquiera tendremos necesidad de comprarlos. Serán ellos mismos quienes vengan a buscarnos, llevados por la ambición, la ofuscación, el partidismo y el orgullo».[1]

Hitler consideraba que los franceses estaban tan cansados que aspiraban a un protectorado, y tan divididos que algunos políticos estaban predispuestos a aliarse con él. Visión caricaturesca, ciertamente, si lo que queremos es comprender la política de colaboración, pero esa visión anunciaba el futuro: ciertos franceses se dirigirían al vencedor e intentarían entenderse con él. De cualquier forma, para explicar este hecho no necesitamos echar mano de esa inclinación a la sumisión en la que Hitler se deleitaba con desprecio, ni de una traición a la patria urdida de antemano. Las cosas eran mucho más sencillas: en Francia había tal número de opciones, posiciones y preferencias políticas, que una de las posibilidades era precisamente la búsqueda de un acuerdo con

1. Éditions Coopération, 1939, págs. 27 y 23.

la Alemania nazi después de la derrota. Si la difícil década de 1930 conmovió a la sociedad francesa e inhibió su capacidad de reacción y de lucha, también hizo que algunos políticos vislumbrasen soluciones que, después de la derrota, presentaron a sus desorientados compatriotas como remedios o como puntos de referencia.

Algunos de estos políticos habían llegado a cuestionar las fronteras de Francia. Este separatismo emanaba de los movimientos regionalistas que habían surgido a finales del siglo XIX, en una época en la que al menos un tercio de la población no hablaba francés.[2] Frente a la política centralista de la república y a la modernización socioeconómica, se gestó una contraofensiva dominada por la derecha clerical que combinaba su oposición a la democracia y a la escuela laica, y poco después a las ideas socialistas, con la lucha por la conservación de una sociedad rural y cristiana.[3] Después de 1918, el regionalismo conoció un resurgimiento bajo la influencia de los principios wilsonianos.* Aunque este clericalismo siguió manteniendo su fuerza, surgió una nueva generación que viró hacia el separatismo en la década de 1930. A esta radicalización contribuyó tanto la crisis francesa y la victoria del Frente Popular, heredero de los odiados jacobinos, como el potencial ascenso de los regímenes fascistas. Aureolados de sus éxitos, ofrecían unos modelos de movilización en torno a una ideología nacionalista. Y en razón del desafío que lanzaban al orden internacional, aparecían como potenciales aliados; conscientes de ello, no dudaron en alentar una agitación que podía debilitar a Francia.

De entre todos estos regímenes, el nazismo iba a ser objeto de una auténtica fascinación. Ciertamente, este régimen se erigía en portavoz de una Europa de las etnias con el propósito de reunir a todos los alemanes y gustaba de concebir Francia como un conglomerado completamente artificial: 8 millones de occitanos, 1.600.000 alemanes, 1.450.000 bretones, 400.000 corsos, 200.000 flamencos, 200.000 catalanes, 150.000 vascos, esto es, 12 millones de personas

2. Eugen Weber, *La Fin des terroirs: La modernisation de la France rurale 1870-1914*, Fayard, 1983, págs. 108 y sigs. Para lo que sigue, véase sobre todo Christian y Solange Gras, *La Révolte des régions d'Europe occidentale de 1916 à nos jours*, Presses Universitaires de France, 1982; y Christian Gras y Georges Livet (comps.), *Régions et Régionalisme en France du XVIII^{e} siècle à nos jours*, Presses Universitaires de France, 1977.

3. Véase Gérard Cholvy, «Régionalisme et clergé catholique au XIX^{e} siècle», en *Régions et Régionalisme en France du XVIII^{e} siècle à nos jours*, *op. cit.*, págs. 187-201.

* Alusión a Thomas Woodrow Wilson, presidente norteamericano que en 1918 anunció su programa de paz en «catorce puntos», entre los que estaba el derecho de los pueblos a la autodeterminación *(N. del t.)*.

de muy diversas raíces.[4] Los separatistas franceses estaban en condiciones de comprender lo esencial del nazismo más allá de la imagen de Hitler como «hombre de orden», pero su concepción del régimen alemán seguía siendo un tanto ingenua. Pues, efectivamente, el objetivo de los nazis era recuperar la sangre «germánica» incluso en Francia. Sobre este punto, los trabajos de los eruditos alemanes descubrían claramente las verdaderas intenciones del régimen.[5] ¿Cómo podrían los alsacianos o los flamencos cumplir su deseo de ser una nación, si los nazis los consideraban pueblos cuyo destino era incorporarse al Reich?

Tres regionalismos se sintieron especialmente atraídos por esta radicalización. No nos detendremos en las reivindicaciones nacionalistas corsas y en sus brotes de irredentismo, pues este movimiento no era demasiado fuerte y la isla sólo será ocupada durante un período muy breve por Italia, desde el otoño de 1942 al otoño de 1943.[6] Zona fronteriza, Flandes tenía un antiguo movimiento regionalista, pero éste se enfrentaba a varias condiciones desfavorables: en la década de 1930, de los aproximadamente 300.000 flamencos (de los que 130.000 eran belgas), los monolingües no eran más que una pequeña minoría.[7] A diferencia de los vascos y de los catalanes, que también se hallaban a caballo de una frontera, los flamencos estaban dispersos en tres países: Francia, Bélgica y Holanda. Esta situación alimentó el sueño de un gran Estado neerlandés que se extendería desde Frisia hasta el Somme. La influencia clerical permanecía aquí absolutamente intacta, otra singularidad, y fue un sacerdote quien se encargó de prolongarla: en 1926, Jean-Marie Gantois fundó la Liga Flamenca de Francia, orientada al despertar cultural y lingüístico.[8] En la década siguiente, el sacerdote dio un giro hacia el separatismo y adoptó el ideal de un gran Estado neerlandés, reivindicando incluso territorios (Artois y una parte de Picardia) que no forman parte del área lingüística flamenca, con el pretexto de que los habitantes de esos territorios, aunque habían sido romanizados, eran de sangre flamenca.[9] La adopción de estas concepciones étnico-racistas mos-

4. Véase, por ejemplo, la obra de Kleo Pleyer, *Die Landschaft im neuen Frankreich*, Stuttgart, 1935; o H. Brühl, «Das französisches Nationalitätenproblem», *Die Westmark*, febrero de 1939, págs. 249-256.

5. Véase especialmente Franz Petri, *Germanisches Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich*, Bonn, Röhrscheid, 1937, 2 volúmenes.

6. Véase F. Pomponi, «Le régionalisme en Corse dans l'entre-deux-guerres (1919-1939)», en *Régions et Régionalisme en France du XVIII^e siècle à nos jours*, *op. cit.*, págs. 393-415.

7. Paul Lévy, *La Langue allemande en France*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 235-238 y 250.

8. E. Defoort, «Jean-Marie Gantois dans le mouvement flamand en France (1919-1939)», en *Régions et Régionalisme en France du XVIII^e siècle à nos jours*, *op. cit.*, págs. 327-336.

9. Willem Meyers, «Les collaborateurs flamands de France et les contacts avec les milieux flamingants belges», *Revue du Nord*, 1978, nº 237, pág. 338.

traba la influencia del nazismo, que se ponía de manifiesto en el endurecimiento de las críticas dirigidas a la Francia latina en nombre de las cualidades superiores de la sangre nórdica, o en el racismo y el antisemitismo de la obra que el buen sacerdote publicó en 1936 bajo un seudónimo (*Le Règne de la race*, Sorlot).

En Alsacia, donde en 1931 más de 700.000 personas se declaraban germanófonas monolingües y cerca de 800.000 bilingües, frente a 200.000 francófonas monolingües,[10] el regionalismo contaba con unas bases más sólidas. Los alsacianos que, bajo la influencia de la Iglesia católica, habían luchado en el seno del Imperio alemán por preservar su identidad, enarbolaron la bandera del autonomismo durante la década de 1920, cuando la Francia republicana quiso imponer la separación de Iglesia y Estado. Pese a la oposición de la jerarquía eclesiástica, el autonomismo caló especialmente en los medios católicos, e incluso en ciertos dirigentes del UPR, el principal partido alsaciano.

El autonomismo era defendido, además, por una ramificación del Partido Comunista francés que por entonces proclamaba el derecho de Alsacia a la autodeterminación. A través de sus reivindicaciones, algunos dirigentes locales, especialmente los diputados Charles Hueber y Jean-Pierre Mourer, chocaron con la dirección del partido, para después convertirse en disidentes. Fuera de juego, su grupo entró en el torbellino de los años treinta y dio un giro hacia la extrema derecha; el autonomismo se convirtió en separatismo, el antiparlamentarismo en solidaridad ideológica con la Alemania nazi.[11] Una radicalización que afectó igualmente a la derecha. Mientras que el URP proclamaba su lealtad nacional sin que su ala autonomista renunciase a sus aspiraciones, el partido autonomista de Karl Roos se decantó hacia el nazismo, como lo hizo aún más claramente Hermann Bickler, quien en 1936 fundó un partido inspirado en el modelo nazi.[12] En vísperas de la guerra, los autonomistas respetaban mayoritariamente el marco nacional, pero una minoría soñaba con una Alsacia independiente y aliada con la Alemania nazi, mientras que algunos (como Friedrich Spieser) defendían abiertamente su integración en el Reich.

En Bretaña, donde cerca de un millón de personas hablaban bretón en el período de entreguerras, desde finales del siglo anterior el regionalismo había

10. Lévy, *La Langue allemande en France*, *op. cit.*, págs. 240-241. Sobre el autonomismo alsaciano, véase Philip Bankwitz, *Les Chefs autonomistes alsaciens 1919-1947: Saisons d'Alsace*, nº 71, 2º trimestre de 1980.

11. Véase Bernard Reimeringer, «Un communisme régionaliste? Le communisme alsacien», en *Régions et Régionalisme en France du XVIII^e siècle à nos jours*, *op. cit.*, págs. 361-392; así como Samuel Goodfellow, «From Communism to Nazism: the Transformation of Alsatian Communists», *Journal of Contemporary History*, nº 27, abril de 1992, págs. 231-258.

12. Sobre Bickler, véase Francis Arzallier, *Les Perdants. La dérive fasciste des mouvements autonomistes et indépendantistes au XX^e siècle*, La Découverte, 1990.

impulsado la creación de numerosas asociaciones lideradas por personalidades locales, sacerdotes y realistas. Después de la guerra, son jóvenes nacidos fuera de los ambientes reivindicativos del hecho diferencial bretón los que, reunidos en torno al periódico *Breiz Atao*, toman el relevo y se pronuncian, signo de los tiempos, a favor de la neutralidad confesional. El Partido Autonomista, fundado en 1927, reclama una amplísima autonomía que por entonces se inscribe en un proyecto de reconstrucción de Europa desde el federalismo. Pero a partir de 1931 cobra fuerza una tendencia nacionalista, encabezada por Olier Mordrel y François Debauvais, que desemboca en la creación del Partido Nacional Bretón. A partir de entonces, mientras que el grueso del movimiento regionalista sigue dejando su estela cultural, sobre todo bajo el impulso de un Yann Fouéré, la facción nacionalista acelera su radicalización. Afirma el parentesco racial existente entre celtas y germanos, exalta la «superraza nórdica» y la «comunidad de sangre», mientras que Mordrel redacta un programa que reserva a los bretones el acceso a la futura administración y prevé la expulsión de todos los extranjeros.[13] Con tan buena predisposición, los líderes bretones debieron de resultar interesantes al régimen nazi, que apoyaba ya a los alsacianos. En vísperas de la guerra, los contactos se intensificaron, desembocando en el suministro de armas a través del IRA. Tomando como modelo a sus primos irlandeses, los nacionalistas bretones adoptaron también su máxima: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo».[14]

En la Francia de 1939, el separatismo era una fuerza numéricamente minoritaria compuesta por unos miles de bretones y de alsacianos y unos cientos de flamencos, gentes incomprendidas que generalmente carecían del respaldo del clero. Pero se trataba de una fuerza que no dejaba de resultar inquietante en razón del extremismo de sus ideas y porque, en circunstancias favorables, podía atraer hacia sí al regionalismo, cuya implantación era mucho mayor. Las autoridades francesas no permanecieron indiferentes a ese peligro. En septiembre de 1939, la liga fundada por Gantois queda disuelta y el sacerdote es enviado al frente. En Alsacia, 15 dirigentes autonomistas, entre ellos un sacerdote, son detenidos acusados de traición; condenado a muerte, Karl Roos es fusilado a principios de 1940. Los líderes bretones Mordrel y Debauvais, que se fueron a Alemania en vísperas del conflicto, habían sido condenados a muerte en rebeldía.

13. Alain Déniel, *Le Mouvement breton (1919-1945)*, Maspero, 1976, págs. 380-384.

14. Citado por Michel Denis, «Mouvement breton et fascisme: Signification de l'échec du second EMSAV», en *Régions et Régionalisme en France du XVIII^e siècle à nos jours*, *op. cit.*, pág. 500.

En el ámbito de la política francesa, otras posiciones vendrían a determinar igualmente el futuro. Sin duda, los partidarios del régimen implantado en el verano de 1940 no constituían un equipo dotado de un programa y dispuesto a forzar a la suerte. Los viejos enemigos de la República entran en contacto con miembros de la élite republicana afectos a la autoridad; ciertos admiradores del fascismo se codean con determinados nacionalistas tradicionales, a los que nada les parece tan urgente como alejar a los franceses de los modelos extranjeros que los dividen. La evolución de esos hombres no había sido ni sincrónica ni rectilínea. Muchos de ellos, tras defender el acercamiento a Alemania, denunciaron el imperialismo de Hitler durante «la drôle de guerre». A ello habían contribuido la conmoción de la derrota, la impresión causada por la victoria alemana y por la debilidad británica, así como la intensificación de las ambiciones. Déat, llegado a Vichy a principios del mes de julio, pretendía introducir un cambio político limitado, un régimen con dos o tres partidos.[15] Algunos días después, se convertía en el defensor de un partido único al modo de los Estados totalitarios.

La colaboración no es el resultado inevitable de posiciones políticas anteriores, ni se presenta, en 1940, con el perfil histórico que después iba a tener. Los hombres que la ilustrarán, si se me permite la expresión, toman un camino del que todavía desconocen el trayecto y el final. Pero toman un camino al que los predisponía, desde hacía varios años, la combinación de una voluntad de renovación nacional y de un deseo de conciliación con la Alemania nazi.

La renovación nacional era una mercancía suministrada desde hacía mucho tiempo por el nacionalismo, integral o populista. La crisis de los años treinta había vuelto a dar resonancia a las denuncias de Maurras, reanimado el gusto por las ligas en la línea de Taittinger y La Rocque, multiplicado los grupúsculos atraídos por el fascismo o el nazismo, e introducido prácticas golpistas gracias a Deloncle y a su *Cagoule.** Esta crisis también había provocado disensiones en la izquierda e impulsado a radicales como Bergery, Jouvenel, Fabre-Luce y Luchaire, a socialistas como Déat y Marquet, o incluso al comunista Doriot, a aventurarse en formaciones que inicialmente compartían el objetivo de unir a la izquierda para hacer frente al fascismo, pero que pronto adoptaron posiciones defensoras de la unidad nacional. El deseo compartido por todos, y estimulado por los regímenes fascistas, era una renovación política capaz de devolver a los franceses un proyecto, unos valores y unos sentimientos comunes.[16]

15. Déat, *Journal de guerre*, 28 de junio de 1940 (AN, *F* 7 15.342)
16. Véase Pierre Milza, *Fascisme français: Passé et présent*, Flammarion, 1987.
* *La Cagoule*, nombre dado al Comité Secreto de Acción Revolucionaria, grupo de extrema derecha activo en Francia entre 1935 y 1940 *(N. del t.)*.

Este deseo de renovación solía ir unido a una voluntad de conciliación con Alemania que iba desde la coexistencia hasta la alianza, pasando por una «entente cordial». Evitar la guerra, ése era el denominador común. La conciliación había sido cosa de la izquierda después de 1918. Y lo seguía siendo para aquellos que se negaban a trocar el pacifismo por el antifascismo. A partir de 1935, en virtud de un movimiento inverso al que impulsaba a los viejos hombres de izquierda a la renovación nacional, la conciliación atrajo a parte de la derecha, que de este modo cambiaba el nacionalismo por una especie de neopacifismo. Como en el caso de la opinión, también aquí desempeñaron su papel la voluntad de alcanzar la paz y la sensación de debilitamiento del país; una visión del nazismo que le reconocía sus «méritos»; las interferencias entre la política exterior y la política interior, especialmente en relación con el Partido Comunista y el pacto soviético; todo ello sentido de forma extremadamente viva, concentrada, por decirlo así.

La combinación de los deseos de renovación y de conciliación tuvo como resultado un conjunto heterogéneo en el que había, en uno de los extremos, hombres de izquierda más o menos contrarios al régimen parlamentario y que querían la paz, incluso con la Alemania nazi, y en el otro extremo, nacionalistas que, dando prioridad a la renovación del país, insistían en la necesidad de salvaguardar la paz, aunque fuese a través de un acercamiento a Alemania; y en el centro, gente preocupada fundamentalmente por la estabilidad social y por la paz en Europa. Evidentemente, esta combinación de reforma y conciliación no se imponía como una necesidad. Ante el peligro, un Pierre Brossolette, próximo a Luchaire hasta el año 1934, o un De Gaulle, próximo a Déat entre 1935 y 1936, dieron un paso firme hacia la renovación. Los hombres que, después de los acuerdos de Munich de 1938, siguieron insistiendo, en público o en privado, en la necesidad de combinar conciliación y renovación, serían los más proclives a optar por la colaboración después de la derrota.

Entre los partidarios de alcanzar un acuerdo con la Alemania nazi, están los miembros del Comité Francia-Alemania (CFA). Otto Abetz desempeña un papel fundamental en la formación de este comité. Impulsor de las relaciones entre las juventudes de ambos países hacia finales de los años veinte, actividad que le dio la oportunidad de conocer a Jouvenel y a Luchaire, Abetz se había adherido al régimen nazi, poniendo su conocimiento de Francia al servicio de la organización de las juventudes del Reich y del servicio Ribbentrop, departamento fundado por el futuro ministro de Exteriores cuyo objetivo era influir en el extranjero. En Francia, este departamento ejercería muy pronto su influencia en los medios más diversos gracias a la personalidad, al don de gentes y al inconformismo —más o menos calculado— de su fundador. Así, Merleau-Ponty escribe en 1945 que, antes de la guerra, Alemania había enviado a Fran-

cia a unos «representantes ambiguos». Merleau-Ponty se refería concretamente a Karl-Heinz Bremer, que fue lector en la Universidad de París antes de pasar a desempeñar un papel importante en la política cultural de la ocupación, y que en 1938 gustaba de manifestar: «Yo soy un viejo radical». «Si elevabas lo suficiente el tono de voz, añadía Merleau-Ponty, lograbas arrancarle concesiones sobre los puntos fundamentales del nazismo.»[17] Esta misma descripción es válida para Abetz, siempre que se precise que este tipo de actitud sólo podía hacer efecto en los franceses predispuestos a prestarle atención.

Abetz obtuvo su primer éxito acercándose a las dos organizaciones de ex combatientes más importantes del momento y convenciendo a sus dirigentes, Jean Goy y Henri Pichot, para que viajasen a Berlín y conociesen a Hitler. Éste les dijo lo que ellos querían escuchar: les recordó el sufrimiento de ambos países, les habló de la solidaridad de los ex combatientes y de la voluntad de paz de Alemania. La formación del Comité Francia-Alemania tuvo lugar en el otoño de 1935. La junta de honor la componían el embajador Noulens, representando al Ministerio de Asuntos Exteriores (Paul Morand, que tuvo un importante papel en el nacimiento de este grupo,[18] no figura entre sus dirigentes), algunos académicos (Pierre Benoit, Louis Bertrand, el duque Maurice de Broglie), el senador Pierre Pineton de Chambrun, el profesor Georges Brouardel (Académie de médicine), el germanista Henri Lichtenberger, el publicista Étienne Fougère, el diputado Montigny, el escritor Jules Romains y el compositor Florent Schmitt (miembro del Instituto). Al consejo de administración pertenecían fundamentalmente los dirigentes de los ex combatientes (Goy, Pichon, Randoux), parlamentarios (Henry Haye, Charles Pomaret, Jean-Michel Renaitour, Scapini), publicistas y periodistas (F. de Brinon, Vincent Delpuech, Émile Roche, Jouvenel, Drieu La Rochelle, Benoist-Méchin), así como distintas personalidades (Gustave Bonvoisin, el embajador Léon Noel, Ernest Fourneau, monseñor Mayol de Lupé, Chappedelaine, J. de Castellane, Melchior de Polignac).[19]

El Comité Francia-Alemania era un escaparate de gente importante entre la que no había ninguna personalidad dudosa y que, políticamente hablando, tenía su punto de equilibrio en un centro-derecha que gozaba de la mayor es-

17. Maurice Merleau-Ponty, «La guerre a eu lieu», *Les Temps modernes*, nº 1, octubre de 1945, págs. 49-50. Sobre Abetz, véase Rita Thalmann, «Du Cercle de Sohlberg au Comité France-Allemagne: un exemple d'évolution ambiguë de la coopération franco-allemande», en *Les Relations culturelles franco-allemandes dans les années trente*, coloquio DAAD e IHTP, París, 6-8 de diciembre de 1990, págs. 103-121 (publicado con el título: *Entre Locarno et Vichy: les relations culturelles franco-allemandes dans les années 1930*, Hans Manfred Bock y otros [comps.], 2 vols., Éditions du CNRS, 1993).

18. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.049/1.

19. *Cahiers franco-allemands*, mayo de 1937.

tima. Este comité tenía el apoyo del gobierno, presidido entonces por Pierre Laval, un apoyo que sus sucesores no le retirarán. Siendo su objetivo lograr una aproximación entre las élites de los dos países, sus efectivos no eran demasiado numerosos, constaban probablemente de unos mil miembros.[20] El comité organizó viajes a Alemania para parlamentarios, para determinadas administraciones municipales (Lille y Burdeos), para celebridades y escritores.[21] Organizó manifestaciones en Burdeos, Lille, Lyon, Marsella y Niza (el alcalde y diputado Jean Médecin era miembro del comité).[22] Asimismo, organizó congresos, como el de Baden-Baden de junio de 1938, cuyo tema era «la contribución de Alemania y Francia a la vida cultural europea». Además de la cooperación de Brinon, Fourneau, Melchior de Polignac y Scapini, el programa contaba con la participación del escritor Pierre Benoit, del arquitecto Auguste Perret y de los artistas Mary Marquet, Jacqueline Delubac y Sacha Guitry.[23]

Las motivaciones de los miembros del comité eran diversas, combinando en dosis variables pacifismo, germanofilia y filonazismo. En su seno tenían cabida muy distintas posiciones, desde la defensa de la paz y de la armonía entre los Estados europeos propia de un Jules Romains, próximo al radicalismo, pero cuyo deseo de renovación se había visto atraído por ciertos aspectos del nazismo, hasta el filonazismo de un Fernand de Brinon. Entre ellos podríamos situar a un Louis Bertrand, que, alarmado por la situación de la primavera de 1935, decidió viajar a Berlín a expresar sus convicciones. De acuerdo con ellas, la unión de Francia, de Alemania y de Italia era absolutamente necesaria para poner freno al comunismo. Sus interlocutores no pudieron evitar recordar que Bertrand ocupaba el sillón de Barrès en la Académie française.[24]

La aproximación entre Francia y Alemania era un objetivo compartido por tendencias políticas muy dispares, y eso era precisamente lo que el comité quería demostrar: él mismo no era más que una agrupación de personas de buena voluntad deseosas de mostrar el rostro pacífico y amistoso de la Alemania nazi. La tarea del órgano del comité, los *Cahiers franco-allemands*, era luchar contra

20. En la Asamblea General de marzo de 1937, el tesorero del CFA comunicó 419 nuevas inscripciones (*Cahiers de l'UF*, 20 de marzo de 1937, pág. 4). Uno de los ayudantes de Déat, Levillain, que se había inscrito en 1938, tenía el carné número 955 («Exposé», *Z 6* 415, Maurice Levillain). Sobre la actitud de los antiguos combatientes (AC), véase Antoine Prost, «Les anciens combattants français et l'Allemagne 1933-1938», en *La France et l'Allemagne 1932-1936*, CNRS, 1980, págs. 131-148.

21. *Cahiers franco-allemands*, octubre de 1936, pág. 353; n^{os} 3 y 4, 1937, pág. 126; febrero de 1938, pág. 87; PA-AA, *Botschaft Paris* 1.049/2.

22. *Cahiers franco-allemands*, septiembre de 1937, pág. 307.

23. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.060/4. Al parecer, finalmente Sacha Guitry no pudo participar en el congreso.

24. Köster, 22 de mayo de 1935, PA-AA, *Abt. Pol. II*, vol. 23.

la desconfianza de los franceses. Su tono era moderado, sus columnas estaban abiertas a gente de opiniones diversas; Édouard Herriot y Georges Duhamel no declinaron su invitación. Los colaboradores alemanes repetían sin cesar la voluntad de paz del Reich y su función de bastión anticomunista. Decían hermosas palabras sobre la complementariedad de los dos países y establecían comparaciones entre la Alemania sana, ordenada, dinámica y con futuro y la Francia frágil, inestable y corrompida que debía conformarse con ocupar un lugar secundario. Apelaban constantemente a la armonía europea, basada en el respeto a las distintas identidades nacionales y en el reparto de las esferas de influencia, y afirmaban que Francia debía dejar de lado los asuntos continentales para concentrarse en su papel de potencia imperial.[25]

La diversidad de motivaciones existentes en el seno del comité, sin embargo, lo volvía sensible a la evolución de las relaciones diplomáticas. Después de la «Noche de los cristales rotos», Pichot escribía un virulento artículo en el que denunciaba el antisemitismo nazi y el peligro que acechaba a Europa.[26] Jules Romains, Bertrand de Jouvenel y otros llegaron a la misma conclusión y dimitieron. Pero no todos se desanimaron. En enero de 1939, la actriz Cécile Sorel se acercó a la embajada alemana para declarar que deseaba un entendimiento entre los dos países y que le gustaría actuar ante Hitler en Berlín, como ya lo había hecho ante Mussolini.[27] Ese mismo mes, el Cuadro Negro de Saumur, encabezado por el general Benoît-Léon de La Laurencie, miembro del comité, participaba por primera vez en un torneo celebrado en Berlín en presencia de Hitler y Göring.[28] Y, en pleno verano de 1939, el príncipe de Beauvau-Craon, presidente del Polo de París, otro partidario del entendimiento entre Francia y Alemania, visitaba este país para intentar fomentar las relaciones deportivas, pese a la crisis creciente.[29]

El Comité Francia-Alemania sólo agrupaba a una parte de los defensores del acercamiento entre ambos países. Algunos fueron apartados, otros decidieron apartarse ellos mismos. Entre los primeros estaban los dirigentes de los grupúsculos fascistas y de las camarillas antisemitas. André Chaumet, Henry Coston, Jean Renaud, Darquier de Pellepoix y Clémenti partieron en busca

25. Michel Grunewald, «L'idéologie du "rapprochement franco-allemand" dans les *Deutsch-französische Monatshefte/Cahiers franco-allemands 1934-1939)*», en *Les relations culturelles franco-allemandes dans les années trente*, *op. cit.*, págs. 12-33. Véase igualmente Barbara Unteutsch, *Vom Sohlbergkreis zur Gruppe «Collaboration»: Ein Beitrag zur Geschichte der deutsch-französischen Beziehungen anhand der Cahiers franco-allemands, 1931-1944*, Münster, Kleinheinrich, 1990.

26. Pichot, «Pour être lu à Berlin», *L'Oeuvre*, 16 de noviembre de 1938.

27. Welczek a Goebbels, 25 de enero de 1939, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.057 d.

28. Hans-Joachim Teichler, *Internationale Sportpolitik im Dritten Reich*, *op. cit.*, pág. 188.

29. Welczek, 8 de agosto de 1939, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.056 b.

del reconocimiento y la financiación de los servicios alemanes. Incluso el francismo de Marcel Bucard, el grupo más sólido, aunque sólo contaba con unos miles de adeptos, después de haber sido un incondicional del fascismo italiano, tendió la mano a los alemanes, quejándose de la avaricia de la burguesía francesa.[30] En este sector, la admiración por el fascismo se expresaba abiertamente. Sólo un régimen fascista podría volver a levantar a Francia y garantizar una estrecha alianza con Italia y Alemania, dirigida contra Inglaterra y sobre todo contra los soviéticos. Con este proyecto, que creía en la posibilidad de que Francia se uniese a las naciones más rapaces, se iniciaba la internacionalización del nacionalismo, que se desarrollaría a partir de la aparición del comunismo. Bucard y sus iguales no gritaban *Heil Hitler* del mismo modo que los comunistas lanzaban un «Viva Stalin». Pero el hecho de reconocer abiertamente esta solidaridad con los regímenes fascistas marca un giro en la extrema derecha francesa. Lógicamente, las camarillas racistas y antisemitas lideraban ese movimiento de renovación, que daba más importancia a la lucha contra el enemigo común que a la salvación de una nación demasiado degenerada como para poder hacer algo. Camino directo hacia la transformación de Francia en satélite de Alemania, cuando no hacia la traición, como lo ilustra el caso de Paul Ferdonnet, el «traidor de Stuttgart», procedente de ese sector.

Céline estaba en esa misma onda, por más enfáticamente que proclamase su apoliticismo. Sus panfletos anteriores a la guerra (*Bagatelles pour une massacre*, *L'École des cadavres*) daban forma coherente al racismo. Si denunciaba simultáneamente a la izquierda, a la burguesía, a la Iglesia y a la extrema izquierda, sin olvidar a su cabeza de turco, el mariscal Pétain, era porque, según él, todos esos medios ignoraban el problema racial y el belicismo de los judíos. ¿Su solución? La alianza con la Alemania nazi, en nombre de una comunidad de raza entendida en los términos étnicos y racistas de los separatistas alsacianos, bretones y flamencos. «Francia sólo es latina por casualidad, de chiripa, a consecuencia de sus derrotas. [...] En verdad, es celta, germánica por los cuatro costados [...] la parte que se sacrifica, la que produce, la que trabaja, la que paga, esa parte es celta y germánica [...].» Y anticipándose a cualquier posible objeción, Céline afirma sin rubor: «¿Nos da miedo ser absorbidos? Jamás lo estaremos tanto como ahora. ¿Seguiremos siendo esclavos de los judíos o volveremos a ser germánicos?».[31]

La derecha nacionalista subrayaba su diferencia con este sector. Más que una alianza, lo que deseaba era un entendimiento, un acercamiento, o una

30. Feihl, 19 de noviembre de 1936, PA-AA, *Botschaft Paris* 554 d.
31. Céline, *L'École des cadavres*, Denoël, 1938, págs. 95 y 98. Véase Philippe Alméras, *Les Idées de Céline*, Bibliothèque de littérature française contemporaine de l'université Paris-VII, 1987.

simple coexistencia con Alemania. Esta última posición era la que defendía Maurras, enemigo mortal de la República, pero germanófobo impenitente. En 1937, hizo sonar la alarma en una obra titulada *Devant l'Allemagne éternelle*, cuyo subtítulo era «Crónica de una resistencia». Francia ya no desea la guerra, señalaba Maurras, pero no tiene otra alternativa. De ser vencida, correría la misma suerte que en tiempos pasados, cuando el vencedor se apoderó de todo y de todos. «El racismo hitleriano hará que asistamos al omnipotente reino de su Horda», concluía Maurras después de escribir: «El 1 de enero de 1934 entró en vigor cierta ley sobre la esterilización; si va contra el indígena del Reich, ¿podemos estar seguros de que el extranjero vencido será capaz de defenderse fácilmente de ella?».[32] La sagacidad de estas observaciones quedaba contrarrestada por la idea de que no hay nada nuevo bajo el sol: el nazismo era un avatar de la Alemania eterna. Prueba de este caricaturesco inmovilismo, todos los artículos que recopilaba la obra habían sido escritos antes de 1914.

Esta apelación a la «resistencia» habría sido más coherente si Maurras no hubiese defendido simultáneamente una política de conciliación, que justificaba apelando a la ruina en la que la democracia había sumido al país. Después de haberse pasado toda la vida quejándose de la progresiva degradación de Francia, ahora parecía no poder ocultar el placer que le procuraba una situación que confirmaba tan claramente sus tesis. La defensa nacional ya no le parecía aceptable si no iba unida a una renovación general, una posición que habría sido mucho menos ambigua si los enemigos de Maurras no hubiesen sido los mismos que los del nazismo. Evidentemente, él era más proclive a alegrarse de los golpes que éstos recibían que a aliarse con ellos contra el enemigo nacional. Siendo así, ¿ha de sorprendernos que sus jóvenes discípulos de *Je suis partout* se sintiesen atraídos por el nazismo y que él jamás se considerase en la obligación de llamarlos al orden?[33]

En el nacionalismo de derechas, el antigermanismo seguía estando vivo, aunque atenuado por la crisis francesa. La Rocque, que desconfiaba de Alemania, mostraba cierta ambivalencia en relación con el nazismo, en el que reconocía elementos dignos de respeto: el orden, la unidad, la disciplina. Aunque dispuesto a un acercamiento, rechazó la idea de que Francia debiese sacrificar sus posiciones y siguió la línea de los sucesivos gobiernos.[34] En ese sector, solamente Doriot se pronunció a favor de un entendimiento con Alemania.

32. *Devant l'Allemagne éternelle: Gaulois, Germains, Latins. Chronique d'une résistance*, Éditions «A l'étoile», 1937, pág. VII.

33. Véase Pierre-Marie Dioudonnat, *Je suis partout, 1930-1944: Les maurrassiens devant la tentation fasciste*, La Table ronde, 1973.

34. Véase Philippe Machefer, «Les Croix de Feu devant l'Allemagne», *La France et l'Allemagne 1932-1936*, *op. cit.*, págs. 109-129.

Neonacionalista por odio al comunismo, era incapaz de abogar por la firmeza de Francia, puesto que ésta debía apoyarse en la URSS, y eso contradecía las líneas maestras de su política. A diferencia de los demás líderes de la extrema derecha, Doriot tenía una visión del panorama internacional, herencia de su pasado comunista, que tomaba nota del ascenso de las potencias no europeas, fundamentalmente de Japón, y que le llevaba a la convicción, compartida por un Fabre-Luce y un Jouvenel, de que era necesario unirse para que Europa conservase su relevancia en el plano internacional.[35] De este modo, en 1937 defendió la idea de que las potencias europeas debían unirse para frenar la expansión de Japón en China y convertir a ese país en un coto reservado de Europa.[36] Ello no era sino una forma de encauzar las ambiciones nazis por caminos menos perjudiciales para los intereses franceses y una manera de crear una solidaridad europea contra el comunismo. Por otra parte, en 1939 llegó a reconocer la necesidad de frenar a Alemania, y durante «la drôle de guerre» mantuvo un discurso nacionalista de corte tradicional.

La conciliación también contaba con partidarios en el centro y en la izquierda. Entre los primeros había hombres muy distintos, desde liberales como Flandin a neosocialistas al estilo de Déat, pasando por Chateau, Bergery, Frot, Montigny y Monzie. En materia de política interior, estos hombres compartían un sentimiento de inquietud o de aversión hacia el Frente Popular, un profundo anticomunismo y un claro escepticismo, cuando no desafección, hacia el régimen. Déat y Bergery no ocultaban su voluntad de renovación social y nacional, y al primero le preocupaba profundamente la cuestión de la organización de la sociedad. Hasta Flandin tenía dudas sobre su adhesión al liberalismo y se inclinaba por posiciones reformistas. En 1933, llegó a escribir en una revista alemana que el liberalismo estaba superado y que el parlamentarismo era una caricatura de sí mismo.[37]

No podemos decir que estos hombres tenían una imagen idealizada de la Alemania nazi. Pero el debilitamiento de Francia los apartó de la defensa de la guerra, por temor a una nueva sangría o por miedo a beneficiar al comunismo. Fue esto lo que hizo que se aferrasen a la esperanza de un entendimiento con Alemania, aunque fuese a cambio de algunas concesiones. Agrupados en torno a Flandin, unos pensaban en un nuevo reparto de las esferas de influencia, en la posibilidad de que Francia se retirase de Europa central y oriental y se replegase en el Imperio. Otros, como Déat, pensaban que una reorganiza-

35. Jouvenel, «Das französische Weltreich», *Cahiers franco-allemands*, nº 3-4, 1938, págs. 103-105; Fabre-Luce, «La race blanche joue sa vie», *Candide*, 23 de junio de 1939.

36. Doriot, «La Chine, champ de bataille pour la suprématie mondiale», *Revue de Paris*, 15 de agosto de 1937, págs. 814-820.

37. Flandin, «Weltsorgen der Gegenwart», *Europäische Revue*, noviembre de 1933, págs. 588-595.

ción económica del Continente contribuiría a suavizar las tensiones, pues, según ellos, el dinamismo nazi era el resultado de unas necesidades económicas fundamentales. Pero los unos y los otros querían creer en la posibilidad de suavizar las tensiones por la vía del acuerdo. La palabra «colaboración» se utilizaba para designar un trabajo en común, en pie de igualdad, como en el artículo de Monzie titulado «¿Colaborar con Alemania? Sí, es posible» (*Paris-Soir*, 26 de mayo de 1937).

En la izquierda, la renovación nacional, entendida en su sentido tradicional, carecía de defensores. Pero la minoría conciliadora no dejaba de mostrar su desafección al régimen. Su política se caracterizaba por un anticomunismo atizado por la competencia con el PCF, una anglofobia latente y un pacifismo extremo. Durante años, la izquierda había denunciado el nacionalismo francés. Los conciliadores no estaban dispuestos a abandonar esta línea de actuación, ni siquiera en nombre del antifascismo, sobre todo cuando eran los comunistas quienes lo predicaban. No precisamos decir que, si sus colegas de la derecha estaban preocupados por la hegemonía de Francia, ellos mostraban poco interés por la política hegemónica o por el equilibro europeo.

Así sucedía, en primer lugar, entre los pacifistas integrales, algunos de los cuales habían sido ardientes «revisionistas», esto es, partidarios de una revisión de la Paz de Versalles. Rechazaban la tesis de la responsabilidad de Alemania en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, denunciaban el papel del nacionalismo francés en el ascenso y en la victoria del nazismo, y hasta se mostraban benévolos con sus abusos, que interpretaban como una reacción natural a la injusticia que había sufrido Alemania. Un Félicien Challaye, dirigente de la Liga de los Derechos del Hombre, anticolonialista de toda la vida, escribía en 1933 que «la ocupación extranjera sería menos perjudicial que la guerra». Dispuesto a creer en el pacifismo de Hitler hasta el final —Challaye se trasladó a Alemania en el otoño de 1938—, se sentía inclinado a reconocer las excelencias y la superioridad del régimen nazi frente a la «seudodemocracia plutocrática».[38]

Otros hombres de izquierda aceptaban la necesidad de la defensa nacional, pero, ante el peligro, preferían dejar de lado la seguridad colectiva y las alianzas para concentrarse únicamente en la defensa del territorio nacional. Ése era el caso de la minoría anticomunista de la CGT, agrupada en torno a Belin y la revista *Syndicats*. Belin escribía en octubre de 1936: «Por la paz de Europa,

38. Burrin, *La Dérive fasciste: Doriot, Déat, Bergery, 1933-1944*, Seuil, 1986, págs. 72-75. Véase Norman Ingram, *The Politics of Dissent: Pacifism in France 1919-1939*, Oxford University Press, 1991; y Patrick de Villepin, «Plutôt la servitude que la guerre! Le pacifisme intégral dans les années trente», *Relations internationales*, nº 53, primavera de 1988, págs. 53-67.

con todas nuestras fuerzas; pero, si esto hubiese de traernos alguna calamidad, por la paz de Francia».[39] Y ése era el caso, en el seno del Partido Socialista (SFIO), del ala minoritaria agrupada en torno a Paul Faure, el secretario general del partido, en quien la idea de frenar el expansionismo nazi mediante una mejor organización económica de Europa apenas lograba ocultar un aislacionismo de fondo. Algunos socialistas incluso reconocían al nazismo el «mérito» de haber unido al pueblo alemán, de haberle devuelto la fe y la confianza, de haber puesto en pie un sistema económico situado más allá del capitalismo. En el seno de la SFIO, la minúscula corriente Redressement [Resurgimiento] (Zoretti, Lefranc, Albertini, Soulès) veía en los regímenes fascistas una «estructura presocialista» que contrastaba con la penosa situación de la Francia «plutocrática». Aquí también estaba presente la idea de remediar esta situación mediante una «colaboración económica» capaz de frenar el «peligroso dinamismo» de los regímenes vecinos, lo que requería una reconstrucción del país sobre bases parcialmente autárquicas.[40]

Queda el *establishment*, del que salen los principales dirigentes del régimen nacido de la derrota. Se trata de hombres que actuaron con discreción antes de la guerra, por decisión propia o por obligación, una discreción que les beneficiará, especialmente a Pétain, a quien las distintas campañas de prensa sobre el tema del salvador que necesitaba el país no habían logrado sacarle de su reserva. Pero pronto tendría que explicarse, decir las cosas claras. Poco antes de las elecciones de 1936, en una entrevista concedida a un periódico, Pétain elogió a los «Cruces de Fuego»* e hizo un llamamiento a la unidad nacional, lo que no podía entenderse precisamente como una invitación a votar al Frente Popular. Comparó a Francia, que debía encontrar su propia «mística», con Italia y Alemania, países cuyos habitantes no dudaban. «Nosotros, en cambio, dudamos. Y es que nuestra crisis no es de naturaleza material. Hemos perdido la fe en nuestro destino, eso es todo».[41] En esos años, Pétain se muestra obsesionado con la cuestión de la decadencia de Francia y está convencido de la necesidad de una regeneración radical del país. En 1938, llega incluso a declarar que

39. René Belin, «Les avertissements de la raison au-dessus des mouvements du cœur», *Syndicats*, 30 de octubre de 1936.

40. Véase, por ejemplo, Soulès, «Le socialisme doit-il réviser sa critique du fascisme?», *Redressement*, abril de 1939, págs. 10-12.

41. *Le Journal*, 30 de abril de 1936, en Philippe Pétain, *Actes et Écrits*, Flammarion, 1974, págs. 421-422.

* «Croix-de-Feu»: organización de antiguos combatientes fundada en 1927 y disuelta el 18 de junio de 1936 con las ligas de extrema derecha *(N. del t.)*.

las victorias adormecían a Francia y que las derrotas la hacían despertar.[42] Convirtió en doctrina las experiencias de su generación, como si existiese un ciclo natural que ligase necesariamente 1870 a 1918. Pétain estaba mentalmente preparado para aceptar el fracaso de sus promesas de regeneración, para considerarlo como un eslabón más de la cadena de conflictos franco-alemanes y no como un episodio de una guerra mundial, así como para no ver en el nazismo más que un heredero del pangermanismo, antes que un imperialismo racista sin precedentes.

En la entrevista de 1936, el mariscal había dado a conocer su oposición al pacto franco-soviético. Un documento inédito, extraído de los archivos italianos y que hace referencia a la reunión que mantuvo el 28 de febrero de ese mismo año con el embajador italiano en París —era la época de la guerra de Etiopía y de las sanciones contra Italia—, arroja una luz inquietante sobre sus preferencias diplomáticas. Pétain aseguraba no dudar de que Italia lograría salir favorecida del conflicto, pues Mussolini era un hombre que sabía lo que quería, a diferencia de los gobiernos democráticos, cuya indecisión resultaba penosa. Después de decir que comprendería perfectamente una eventual salida de Italia de la Sociedad de Naciones, organismo en el que nunca había creído, arremetió contra Inglaterra con una calma y una serenidad tales que impresionaron al diplomático italiano. «Inglaterra ha sido siempre el mayor enemigo de Francia. Cuando ha luchado a nuestro lado, lo ha hecho mirando por sus intereses, después se ha puesto a favor de Alemania. Por todas estas razones, le digo que Francia tiene dos enemigos históricos, los ingleses y los alemanes, pero los primeros son todavía más pérfidos; por eso yo me inclinaría por una alianza con los segundos, que garantizaría la paz absoluta en Europa, sobre todo si Italia se uniese a dicha alianza. En ese caso, podríamos resolver todos los problemas que hasta hoy parecen irresolubles, pues una repartición más igualitaria de las colonias traería riqueza y trabajo para todos».[43] Sin duda, estas declaraciones son fruto de la amargura dejada por los recientes desacuerdos con Inglaterra y no hay que entenderlas como un programa. Pero ¿puede alguien decir esto, después de ochenta años, sin haberlo rumiado una y otra vez? Estas declaraciones ponen de manifiesto que Pétain estaba mucho más próximo a un Doriot que a Maurras.

Laval, por su parte, antes de la guerra era un hombre marcado por la caída de su gobierno a principios de 1936. Varias veces ministro, en dos ocasiones presidente del Consejo, afortunado hombre de negocios, senador de Auber-

42. *Paroles aux Français, Messages et Écrits, 1934-1941*, Lyon, Lardanchet, 1941, págs. 14 y sigs. (discurso pronunciado en el congreso de la Unión Nacional de Antiguos Combatientes).
43. «Conversazione R. Ambasciatore-Maresciallo Petain», ASMAE, *Affari politici Francia* 20.

villiers, este auvernés confiaba plenamente en sus capacidades. Al igual que André Tardieu, otro de los olvidados por la República parlamentaria, Laval arremetió duramente contra el régimen que había permitido su ascenso.[44] Un agente italiano que lo vio en varias ocasiones durante 1938, nos lo describe como un hombre amargado que recordaba constantemente tiempos pasados, denunciaba los numerosos errores cometidos por otros después de su salida del gobierno y las tomaba con el pueblo francés, que, según él, debía apurar el cáliz de la amargura, añadiendo que él quería «ser llamado al poder» y que, en esa ocasión, se serviría de todos los medios para mantenerse en él.[45] Ahora, Laval intentaba poner en pie un gobierno Pétain, tentativa sin futuro, pero sin duda significativa. En abril de 1938, informa al italiano de que la combinación Laval-Pétain funciona, precisando que esto no sucede sin dificultad: «El Mariscal es firme, tiene sus ideas, y se necesita mucha diplomacia para hacerle entrar en razón».[46] Esta declaración resume el presente y el futuro de la relación entre estos dos hombres.

Laval creía que, de haber estado él en el Ministerio de Exteriores, la situación internacional del país habría sido mucho mejor. Pero el balance de su política entre 1934 y 1935 no justifica este optimismo. El auvernés había intentado contener el revisionismo nazi combinando la política de disuasión —prolongación de las negociaciones con la URSS, aproximación a Italia, estrechamiento de lazos con Inglaterra— y la política de conciliación con Alemania, en una palabra, había tratado de contentar a todos haciendo una política inconsistente.[47] Ciertamente, había señalado que era partidario de flexibilizar las relaciones con Alemania y que creía en la posibilidad de llegar a un acuerdo con ella, pero a través de una política en la que se mezclaban la deformación parlamentaria (si se negocia, siempre es posible ponerse de acuerdo) y una *Realpolitik* tan falta de principios como limitada en su eficacia —dejando las «manos libres» a Mussolini en Etiopía, Laval demostraría ser de ese tipo de personas que gustan de ponerse de acuerdo aunque el otro no lo quiera, sin prestar ninguna atención a los deseos de su interlocutor—. Hasta la guerra, el auvernés siguió creyendo que la clave de la situación estaba en Roma, como si Mussolini no

44. Véase François Monnet, *Refaire la République: André Tardieu, une dérive réactionnaire (1876-1945)*, Fayard, 1993.

45. Landini a MCP, informes del 9 de marzo, 18 de marzo y 6 de abril, NA (*National Archives*, Washington), T 586/475.

46. Informe del 6 de abril de 1938, *ibid.*

47. Duroselle, *La Décadence*, *op. cit.*, pág. 125. En octubre de 1940, Charles Rist, que había acompañado a Laval en un viaje oficial a Estados Unidos en 1931, dice a Barnaud: «Laval siempre se ha equivocado en su política exterior, e ignora todos los sentimientos de sus interlocutores, ya sean alemanes, italianos, norteamericanos o ingleses» (Charles Rist, *Une saison gâtée*, Fayard, 1983, pág. 9, 19 de octubre de 1940).

pudiese acercarse a la Alemania nazi, por interés o en virtud de su ideología, sobre todo teniendo en cuenta que la potencia alemana prometía hacer estallar el *statu quo* y el *Duce* podía sacar más provecho de ello que de un regateo con las potencias democráticas. Durante «la drôle de guerre», Laval fue en el Senado el alma del clan que luchaba por alcanzar un compromiso de paz, papel que Flandin, Déat y Bergery desempeñaron en la Cámara.

En el caso del almirante Darlan, las vías por las que discurriría su futuro también estaban trazadas desde antes de la guerra. En un memorándum del 22 de enero de 1939, el almirante se declaraba partidario de evitar un conflicto con Alemania e Italia, justificando su posición con argumentos que anticipan los razonamientos que esgrimirá después de la derrota. «Durante veinte años, hemos tenido una política exterior ideológica, terrestre y exclusivamente europea, cuando debería haber sido realista, marítima y mundial... Lo más importante es que conservemos el Imperio. Lo demás es secundario. Asimismo, debemos dejar que Alemania actúe en el este, siempre que no secunde las reivindicaciones de Italia».[48] En cuanto a Weygand, en octubre de 1938 se declaraba partidario de romper el pacto con Polonia.[49] Un Weygand muy próximo a Pétain en materia de política interior y uno de los dirigentes, junto a Abel Bonnard, Bernard Fay y René Gillouin, del Comité de la Unión Nacional para la Reconstrucción de Francia, fundado en marzo de 1936 y cuyos principios anticipaban la revolución nacional.[50]

Todos estos hombres se enfrentaban, decepcionados, a la realidad de la guerra. Dado el cambio que se produjo en la opinión pública, la mayoría prefirió callar, aunque siguió pensando del mismo modo. Mientras tanto, en el Parlamento una minoría criticaba a Inglaterra, defendía tímidamente la necesidad de alcanzar un compromiso de paz y deseaba que Alemania se volviese contra la URSS. La derrota les daba fuerzas y les animaba a tantear, apelando a la necesidad, una política que gozaba de su preferencia desde hacia varios años. En el verano de 1940, en un clima dominado por el cansancio, las ilusiones y los malentendidos, se entregaron a la tarea de la renovación interna del país y a la búsqueda de un entendimiento con la Alemania nazi, volviendo a incurrir en todos los errores de apreciación cometidos antes de la guerra.

48. *Ibid.*, pág. 398.
49. *Ibid.*, pág. 371.
50. Welczek a AA, 12 de abril de 1937, PA-AA, *Pol. II 109*, vol. 3. Este Comité publica los *Cahiers du Rassemblement national pour la reconstruction de la France.*

PRIMERA PARTE

Razón de Estado

Cuatro meses después de la derrota de Francia, Hitler y Pétain se encuentran en la pequeña localidad de Montoire. Su apretón de manos da la vuelta al mundo y abre miles de interrogantes. Una semana después, Pétain se dirige a sus compatriotas y les anuncia que «toma la vía de la colaboración». La suerte de esta palabra, solemnemente consagrada en dicho acto, será sorprendente. Cuando le da carácter oficial, Pétain designa con ella las relaciones entre dos Estados. En la Europa nazi, Francia es la única gran potencia vencida por Hitler, una hazaña que éste no logrará repetir ni contra Inglaterra ni contra la Unión Soviética. Pero el país conserva un gobierno que controla parte del territorio metropolitano, una flota importante, un imperio considerable. La colaboración de la que habla Pétain es indisociable del margen de maniobra que permiten estas tres bazas, pese al gran desequilibrio existente entre ambas potencias.

Política del débil para con el poderoso, la colaboración no deja de ser una política, es decir, una elección —que aquí se justifica apelando a la razón de Estado—, una elección que reclama para sí un futuro, e incluso el mejor futuro para Francia. Un caso muy distinto es, por ejemplo, el de Dinamarca, un país que, aunque conserva su gobierno, está totalmente ocupado y no dispone de ninguna baza exterior. El gobierno danés hace distintas concesiones al ocupante, algunas de las cuales menoscaban su neutralidad. Así sucede en 1941, cuando autoriza la integración de miembros de su ejército en una unidad de las tropas de campaña de las SS (Waffen-SS), cuando subscribe el «Pacto anti-Komintern» e ilegaliza el Partido Comunista de Dinamarca. Pero actuando de ese modo, el gobierno danés no pretende hacer una política de colaboración, pues se niega a tomar una decisión sobre su futuro mientras dure la guerra y opta por convertirse en el escudo de los daneses.

Las opciones de Francia no se limitaban a la alternativa Pétain/De Gaulle. Además de la posibilidad de seguir luchando con Inglaterra, Francia tenía otra

posibilidad histórica, a saber, la formación de un gobierno de armisticio que siguiese siendo republicano y que supiese jugar sus bazas —la zona libre, la flota y el Imperio—, de un gobierno que entendiese que la suerte no estaba echada mientras Inglaterra siguiese resistiendo. Este gobierno habría tenido que soportar la presión alemana tanto como tuvo que hacerlo el de Vichy, con equipos colaboracionistas mejor preparados y más impetuosos en París. Se habría visto obligado a tomar dolorosas decisiones, como por ejemplo ceder materias primas y trabajar para Alemania en la zona libre, algo preferible a la separación total de las dos zonas. Por otra parte, puesto que, de jugar bien sus bazas, podía dañar los intereses alemanes, habría podido obligar al vencedor a examinar con mayor detenimiento las ventajas y los inconvenientes de una ocupación total. La cuerda habría acabado por romperse, a más tardar en el momento del desembarco anglosajón en África del Norte. Entrando en el juego, haciendo concesiones que obviamente habrían podido considerarse comprometedoras, al menos ese gobierno no habría actuado como Vichy, que hipotecó el futuro de Francia pretendiendo poner en marcha una renovación nacional en una situación de ocupación y en medio de un conflicto que se estaba generalizando. No habría tenido que cargar con la cruz de un nuevo régimen. Y habría podido cohesionar de nuevo el país volviendo a entrar en guerra en el momento oportuno.

Los dirigentes de la Francia de Vichy no fueron bastante orgullosos ni bastante clarividentes para elegir, como hizo De Gaulle, luchar junto a Inglaterra, pero tampoco lo suficientemente modestos y desconfiados como para establecer con Alemania una política de mínimos que les permitiese desmarcarse de ella a tiempo. La opción colaboracionista equivalía a la búsqueda de un resurgimiento de la potencia francesa a través del acuerdo con una Alemania nazi siempre en guerra, significaba un esfuerzo obstinado por revisar el tratado de paz incluso antes de firmarlo y por recuperar, aprovechando las circunstancias, parte de lo perdido con la derrota. Política de razón de Estado, sin duda, basada en un razonamiento diplomático-estratégico e impulsada por la voluntad de recuperar el poder de Francia, pero en la que existe desde el comienzo, y cada vez con más fuerza, una «razón de régimen». A fin de cuentas, entre la defensa del Estado, que habría exigido ponerse del lado anglosajón, y la supervivencia política, que suponía una alianza con el enemigo, Vichy optó por lo segundo, aun a riesgo de caer en el vasallaje.

En agosto de 1944, Pétain asegurará a sus compatriotas: «Si no he podido ser vuestra espada, he tratado de ser vuestro escudo». A decir verdad, el auténtico destinatario de esta frase debería haber sido Hitler. Durante cuatro años, y especialmente en los dos primeros, le ofreció, en vano, ser el escudo de la Europa nazi contra el mundo anglosajón a cambio de un tratado de paz ventajoso.

Capítulo 5
Solamente Francia

El nuevo régimen se instala en Vichy como en un campamento provisional, esperando el regreso a París previsto en el armisticio. Las tareas son apremiantes y abrumadoras, la administración flaquea un poco por todas partes, la desorganización de la vida económica es tal que aparecen las primeras bolsas de hambre. Alrededor, la situación no es demasiado agradable: algunos vecinos se preparan para la rapiña, el ocupante tiene puestas sus dos rodillas sobre el pecho del vencido. El país sigue el rumbo tomado en los años treinta: la renovación y la conciliación, pero esta vez bajo el lema de la integración en la Europa nazi.

En su política interior, el nuevo régimen se configura de forma confusa, o al menos improvisada. Esto le confiere unos rasgos singulares, cuyos efectos se pondrán de manifiesto en toda su evolución. No estamos ante un partido que llega al poder, ni mucho menos ante un partido de corte totalitario, con militantes y grupos sociales capaces de asegurar su continuidad, sino simplemente ante un equipo improvisado y agrupado en torno a determinadas opciones, que aprovecha el impresionante vacío político existente para proceder a una aglutinación de opiniones y de intereses.[1]

Pétain es la columna que sustenta este régimen, tanto por la extraordinaria popularidad de la que goza como por ser quien define los principios del nuevo orden. El mariscal se erige en el paladín de una «revolución nacional» que no es sino una versión del nacionalismo de finales del siglo XIX. Este nacionalismo afirma la primacía de la colectividad sobre el individuo, de lo que deduce la necesidad de regenerar y reorganizar la vida nacional. La primera tarea se traduce en la exclusión de la función pública de los franceses de padre extranjero, en la disolución de las sociedades secretas, en una legislación que dis-

1. Véase Stanley Hoffmann, *Sur la France*, Seuil, 1976, y *Essais sur la France*, Seuil, 1974; Jean-Pierre Azéma, *De Munich à la Libération 1938-1944*, Seuil, 1979; Azéma y Bédarida (comps.), *Vichy et les Français*, *op. cit.*

crimina a los judíos franceses y en la reclusión de los judíos extranjeros. La segunda tarea, de la que se esperan efectos a largo plazo, implica volver a coger las riendas de la educación y reforzar las «comunidades naturales»: la familia, la profesión y la región, consideradas como las bases de una sociedad estable y ordenada.

Pero no hay que confundir la popularidad de Pétain con la adhesión a su doctrina, pues lo que goza de popularidad no son tanto sus ideas cuanto su figura y todo lo que ella representa.[2] Él mismo se encarga de potenciar esta amplia identificación con su persona hablando un doble lenguaje, el republicano y el cristiano. Al primero pertenece la figura del héroe de la Gran Guerra, pero también la del maestro y el pedagogo, es el lenguaje de la regeneración nacional. Al segundo pertenece la figura del padre de familia, del buen pastor, del personaje que, a imagen de Cristo, «sacrifica su persona». Este salvador a la vez glorioso, paternal y sufriente, desencadena toda una ola de devoción que bebe en las fuentes más arcaicas del poder personal: ¡por fin un político al que poder amar! De sus discursos, muchos perciben únicamente su eco consolador: el resurgimiento de la patria en medio de la derrota, del trabajo en medio del caos económico, de la familia en una época de divisiones. Popularidad equívoca que conferirá longevidad a la adhesión, y que Pétain alimenta presentándose frente al ocupante como un mal menor, como un guardián de la paz en medio de una guerra que se agudiza.

Junto a la columna que es Pétain, el régimen encuentra sus pilares entre los altos cargos de la administración. La administración pública es un factor de orden, el culto al Estado es parte de su tradición, y la revolución nacional se hace eco de los valores y de los resentimientos presentes en este sector. Los militares, a los que la derrota parece haber puesto en pie, llenan las avenidas del poder. Libres del control civil, aspiran a rehacer el país conforme a su modelo. Con ellos, toman las riendas del país los altos funcionarios de la administración central, especialmente los procedentes de los sectores económicos y técnicos. Desagravio de expertos y de tecnócratas hartos de los desórdenes de la política parlamentaria y escandalizados por la accidentada política económica del Frente Popular.[3] Mucho más que del triunfo de un Maurras, Vichy es testimonio de la metamorfosis autoritaria de un sector de las élites republicanas.

Finalmente, el régimen se consolida a través de las diversas demandas políticas y sociales. Además de servirse del círculo minoritario, aunque no por ello desdeñable, de los antidemócratas declarados, Vichy se aprovecha de la regre-

2. Véase Pierre Laborie, *L'Opinion française sous Vichy*, Seuil, 1990.

3. Véase Robert Paxton, *La France de Vichy 1940-1944*, Seuil, 1973 y *Parades and Politics at Vichy: The French Officer Corps under Marshall Pétain*, Princeton University Press, 1966.

sión autoritaria de amplios sectores de la población, cuya adhesión a la República nunca estuvo exenta de reservas. Capta las aspiraciones restauradoras de muchísimos franceses que temen un futuro de grandes ciudades, de masas obreras, de nuevas costumbres. Se asienta en la desconfianza antiliberal de las capas sociales a las que la gran crisis ha inquietado durante mucho tiempo: gran parte del mundo empresarial, agrícola, profesional (médicos, arquitectos, directivos...). Se esfuerza por encontrar apoyo en medios afectados por la derrota, como las familias de los prisioneros de guerra, o receptivos al prestigio de Pétain, como los ex combatientes.

Todo esto no constituye una base clara, sólida y segura, por lo que, durante algún tiempo, hay quien piensa que su aportación puede dar solidez al edificio. Pero su fragilidad es, por decirlo así, constitutiva. Más allá de la falta de un equipo bien cohesionado y con unas ideas claras, carencia que fomenta la competencia entre camarillas y las tensiones entre las distintas corrientes, esta fragilidad se debe a la precariedad de una situación que menoscaba el proyecto de Pétain: en lugar de un recogimiento y de una reconstrucción del país capaz de substraerse, aunque sólo sea parcialmente, al tiempo y al mundo exterior, una constante presión de los acontecimientos y una acelerada intrusión del conflicto en los ámbitos encargados de volver a levantar a los franceses. Además, la división de Francia en zonas en las que se respiran ambientes muy distintos, reduce rápidamente «la Francia de Vichy» a la única zona libre. Pero incluso aquí, la incertidumbre sobre el desenlace de la guerra y la impopularidad de la colaboración corroen el bronce de Pétain: la revolución nacional entra en contradicción con el nacionalismo que ella misma profesa. Finalmente, el peso de la ocupación aplasta la reforma política y social. El Servicio de Trabajo Obligatorio (STO) acaba de despojar de todo interés, incluso a los ojos de sus partidarios, a la Carta del trabajo.

Los dirigentes del régimen sintieron muy pronto la necesidad de crearse una base política, o al menos de establecer un lazo político con la población. De este modo, en el verano de 1940 fundan la Legión Francesa, que debe agrupar a los ex combatientes. Posteriormente, alrededor de 1941, crean una asamblea consultiva formada por hombres ilustres, el Consejo Nacional. Resurge de forma periódica la idea de un partido único, pero esta idea no suscita el interés de Pétain. Su proyecto de sociedad apunta a la reforma espiritual y se remite al efecto beneficioso de las comunidades naturales. La agitación militante no podría sino reavivar el virus político, y un partido único comportaría la desafección de la Iglesia, de los hombres importantes y de la Legión.[4] La Milicia, crea-

4. Véase Michèle Cointet, *Le Conseil national de Vichy*, Aux Amateurs de Livres, 1989; Jean-Paul Cointet, *La Légion française des combattants*, Henri Veyrier, 1991.

da en el ocaso del régimen, es concebida como una guardia pretoriana, aunque a nadie se le escapa que el objetivo de Darnand es convertirla en el partido del Estado. Ninguna de estas soluciones resulta fructífera: la población se aparta, crece la resistencia. Y algo digno de señalar: la pérdida de apoyo, en vez de llevar a una rectificación de la línea de actuación, endurece la dictadura.

Este régimen exento de todo control popular, pero tan inestable como la difunta República parlamentaria, pues el ocupante no tarda en interferir en el juego de las camarillas, tiene varios protagonistas. Philippe Pétain, 84 años, es un militar marcado por la Gran Guerra, que lo ha sacado de la sombra y ha dado a su espíritu un marco de referencia. Después de Montoire, el mariscal se dirige por escrito al cardenal Baudrillart, que acaba de expresar su apoyo a la política de colaboración, agradeciéndole su gesto, y hablando de los franceses, le escribe: «Espero que confíen en mí, y ciegamente, como tres millones de compatriotas supieron hacerlo en el pasado, cuando se enfrentaron bajo mis órdenes al enemigo. Después comprenderán cuál fue mi designio».[5] Sin duda, Pétain es un hombre de orden: cuando no obtiene la adhesión ciega que exige, amenaza con el bastón. En agosto de 1941, hablando de la «verdadera enfermedad» que sufre el pueblo francés, dirá: «En 1917 puse fin a las sublevaciones; en 1940 he puesto término al desorden. Hoy, de quien quiero salvaros es de vosotros mismos».[6]

El viejo mariscal se agarra con todas sus fuerzas al poder, al que tan tarde accede. La veneración de la que es objeto, le lleva a creer que es la personificación del país y hace que se sienta infalible. Su personalidad menoscaba las tareas de gobierno, en las que sólo tiene una experiencia limitada. Pétain es un hombre prudente, desconfiado, cerrado, susceptible. Según Du Moulin de La Barthète, uno de sus más íntimos consejeros hasta 1942, Pétain «esparce a su alrededor, tanto por su mutismo como por sus constantes cambios, una ligera nube de confusión».[7] En ocasiones, se muestra como un hombre vacilante o veleidoso, o como una persona influenciable, puesto que acepta gustosamente opiniones y consejos. Pero siempre se mantiene firme en sus ideas. A esto hay que añadir que es un experto en desmarcarse de aquellas personas o medidas cuya impopularidad puede perjudicarle. Cuida mucho su prestigio, que para él está por encima de la coherencia, y sabe cambiar de lenguaje para complacer a sus interlocutores.

5. Pétain a Baudrillart, 28 de noviembre de 1940, AN, *2 AG* 493, dr. CC 74 17.
6. *Discours aux Français*, Albin Michel, 1989, pág. 172.
7. Henri du Moulin de la Barthète, *Le Temps des illusions: Souvenirs (juillet 1940-avril 1942)*, Ginebra, Éd. Du Cheval Ailé, 1946, pág. 93.

Su prioridad es la revolución nacional. Le da una definición y la dota de unos principios, urge a su aplicación, apela al rigor cuando aparece algún obstáculo, y acostumbra a «ver por doquier enemigos de su obra».[8] Sus enemigos son los francmasones, y sobre todo los comunistas. En cuanto a los judíos, en público se muestra prudente —trata de quitarse de encima la sospecha de instigar a la persecución religiosa y de coincidir con el vencedor en este asunto—, pero tajante en las deliberaciones gubernamentales, como en octubre de 1940, cuando exige que los judíos sean completamente excluidos del sistema de educación nacional y de la Justicia.[9] A quienes protestan, les dice que esas medidas legales han sido impuestas por los alemanes. Así se lo dice al gran rabino en marzo de 1941, en una entrevista en la que afloran claramente sus prejuicios antisemitas.[10] Jamás se opone al endurecimiento de la legislación, limitándose a intervenir en casos muy concretos.

La imprevista prolongación de la guerra le obliga a dedicar mucho tiempo a las relaciones exteriores. Primando «la regeneración sobre la resistencia»,[11] su verdadero objetivo es consolidar el régimen, vacilando entre el deseo de que la colaboración sea provechosa y el temor a que se vuelva contra la revolución nacional, sobre todo en el caso de que Francia tuviese que entrar en guerra y luchar al lado de Alemania, lo que supondría la pérdida definitiva del apoyo de la opinión pública. Asimismo, es muy prudente a la hora de seguir el rumbo que se ha fijado, aunque le gusta subrayar, incluso cuando se entrevista con representantes de potencias neutrales, su estrecho margen de actuación: «Yo no dirijo la nave, sólo me dejo llevar».[12] En cualquier caso, la combinación de decisiones políticas y temperamento impiden que cambie de rumbo. Si no rinde culto a la derrota, al menos se deleita en ella, recordando constantemente a sus compatriotas su condición de vencidos para exhortarlos a una resignación que les presenta como redentora. «Todos los días me repito a mí mismo que hemos sido vencidos», declara en 1942, palabras que no dejan de escandalizar.[13] Por su carácter, su visión del mundo y su proyecto de renovación, es más propenso a resignarse que a enfrentarse, o a correr el riesgo de

8. *Ibid.*, pág. 392.

9. Véase el testimonio de Baudouin, *Neuf mois au gouvernement (avril-décembre 1940)*, La Table ronde, 1948, pág. 366.

10. Maurice Moch, *L'Étoile et la Francisque: Les institutions juives sous Vichy*, compilado por A. Michel, Cerf, 1990, pág. 69 (entrevista del 15 de marzo de 1941).

11. Du Moulin, *Le Temps des illusions*, *op. cit.*, pág. 427.

12. Leahy a Roosevelt, 18 de marzo de 1941, FRUS, vol. II, Europe, pág. 129; Valeri a Maglione, 25 de septiembre de 1941, *Actes et Documents du Saint-Siège*, Roma, Librerie editrice vaticane, vol. 5, n° 99, 1969.

13. Pierre Limagne, *Éphémérides de quatre années tragiques 1940-1944*, Bonne Presse, vol. 1, 1945-1947, pág. 566 (29 de mayo de 1942); Claudel, *Journal*, *op. cit.*, pág. 413 (3 de septiembre de 1942).

tener que hacerlo, y se recupera como puede de sus continuas renuncias buscando su lado positivo. Pétain es la viva imagen de una Francia debilitada, temerosa, resignada con la pérdida de su poder («demográficamente, dice Pétain, Francia ya no es una gran potencia; sólo ocupa el primer lugar entre las potencias medianas»),[14] una Francia que apuesta por el resurgimiento a largo plazo, un resurgimiento que sería aplastado si Hitler ganase la guerra.

Laval, de 57 años, es el segundo hombre del régimen. Con él empieza Vichy su carrera, y es él quien paga con su vida la quiebra del régimen. Su reputación es mala desde el principio: un advenedizo, un manipulador, el responsable de la deflación y de una política italófila desacreditada, ahora el instrumento ciego de Pétain. El contraste entre ambas personalidades acusa su papel de mal consejero. Laval es un político adepto al clientelismo, un hombre habilidoso que cree que el dinero, la vanidad y el prestigio mueven el mundo, y su acción se rige casi siempre por estos valores. El nuevo régimen no termina de agradarle: un sinfín de torpes militares y de rancios reaccionarios, demasiada hostilidad hacia los parlamentarios. Pero si la adoración de la revolución nacional le hace reír, no es menos cierto que se siente a gusto en la dictadura. Amargado por su travesía del desierto, ahora está convencido de que el garrote forma parte del arte de gobernar y que las purgas son necesarias para la vida de las naciones. Por lo demás, comulga con las opiniones del régimen, incluido el antisemitismo. Sin ser un antisemita visceral, ha hecho suyos la xenofobia y los prejuicios dominantes. Laval sacrifica los judíos a las necesidades de su política con una falta de escrúpulos y una indiferencia tales que su proceder, como veremos, no quedará sin consecuencias.

Gracias a todos sus recursos, Laval pasa por ser un hombre audaz y un inspirado. Su enemigo es Inglaterra, y su ambición negociar la paz con Alemania. Tiene gran confianza en sí mismo, cree firmemente en su capacidad de negociación cuando esté frente a un interlocutor de altura. En julio de 1940, justo antes de su primer viaje a París, Pétain le dice que los alemanes no le tienen estima, a lo que Laval, sin desanimarse, responde que en realidad tienen miedo de que los engañe.[15] El Talleyrand de Aubervilliers* no es un hombre de expedientes; cree más bien en la discusión continua, en la confianza que procuran los gestos y las obras. Capaz de ser cordial y encantador, hábil abogado que considera defendibles todas las causas, incluso ante un vencedor cuya filosofía

14. Du Moulin, *Le Temps des illusions*, *op. cit.*, págs. 196-197.
15. Baudouin, *Neuf mois au gouvernement*, *op. cit.*, pág. 256.
* Comparación de Laval con Charles Maurice de Talleyrand-Périgord. Talleyrand, diputado del clero en los Estados Generales de 1789, ministro de Asuntos Exteriores del Directorio en 1797, del Consulado en 1799 y jefe del gobierno provisional tras la caída de Napoleón en 1814, desempeñará un papel muy importante en el tratado de Viena *(N. del t.)*.

es el culto a la fuerza, Laval jamás desiste de su política, se sirve siempre de los mismos métodos, y muestra una ambición demasiado grande como para no resultar preocupante.

Con 59 años, Darlan es un militar prestigioso. Por primera vez, la derrota ha convertido a la flota en el arma más poderosa de Francia. En esta nueva situación, el almirante cobra un gran protagonismo, y no oculta su gusto por el poder. A diferencia de Pétain, no es ni un moralista ni un pesimista. Pero él también pasa sin más la página de la República, de la que en el pasado había sido fiel servidor. Darlan contribuye de forma importante a la revolución nacional, en su versión tecnocrática antes que en su versión periclitada, sobre todo apoyando la acción de ministros como Marion y Pucheu.

El almirante es frío, huraño, desconfiado, autoritario, sin carisma, vanidoso y extremadamente vulgar, con un gusto por el lujo que llega a resultar molesto. Su espíritu es claro y su pluma nítida, tiene sentido de la organización y no le falta decisión. Pero ¿cómo lo ven los demás? Si creemos a Benoist-Méchin, que lo trata durante un año, Darlan «era una persona torpe, corta de miras, con poca cultura. Su inteligencia, eminentemente práctica, era la de un buen jefe de Estado Mayor, apropiada para realizar un plan, ejecutar una orden, aplicar una consigna. Pero, aparte de eso, no era gran cosa».[16] Efectivamente, antes de la guerra contribuyó al desarrollo de la flota, pero ésta siguió siendo la «vieja marina», la de la coraza y el cañón, pues Darlan no se interesaba demasiado por los últimos inventos, como el radar, y no comprendía el papel fundamental que tendrían en la próxima guerra los portaaviones y la DCA (Defensa Contra Aviones).[17] En el plano político, su capacidad de análisis es igual de limitada: hombre obcecado y lleno de prejuicios hacia los anglosajones, y muy propenso a dejarse impresionar por los éxitos de los alemanes, lo que le lleva a practicar una política brutal y agresiva. Se distingue de Pétain y de Laval por su mayor sensibilidad a la coyuntura y por un pragmatismo que lo disuade de navegar contra viento y marea. Con todo, sabe hacer bien su papel, por lo que no regresa a África del Norte hasta el otoño de 1942, después de toda una serie de piruetas.

A su lado, Weygand, ministro de Defensa Nacional, intenta mantener las prerrogativas de un ejército deshecho. Reaccionario hasta la médula, testarudo, arrogante, insolente, incomoda a todo el mundo. Sus broncas con Laval se multiplican: «Todos los parlamentarios son unos canallas», le dice, a lo que aquél replica: «Todos los militares son unos cretinos».[18] A finales de agosto,

16. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, Albin Michel, 1984, vol. 1, pág. 79.
17. Philippe Masson, *La Marine française et la Guerre 1939-1945*, Tallandier, 1991, págs. 24 y sigs., y 292.
18. Hervé Coutau-Bégarie y Claude Huan, *Darlan*, Fayard, 1989, pág. 338.

muestra su cólera al agregado naval americano: «Yo ya no puedo hacer nada, pues el mariscal se deja "joder" por un tratante de cerdos».[19] En septiembre, Pétain se deshace de él nombrándolo delegado general en el África francesa; una posición estratégica que sabrá utilizar para hacerse oír, hasta su destitución en el otoño de 1941. Enérgico en sus embates, capaz de frenar la política de colaboración, pero tan encaprichado con la revolución nacional como Pétain, Weygand no tiene ninguna alternativa seria que proponer. Su sucesor en el cargo, el general Charles Huntziger, sigue levantando la moral del ejército repartiendo condecoraciones. Un «cabeza de chorlito», según Darlan,[20] en cualquier caso un hombre cuyo protagonismo en la política colaboracionista quedó borrado por su muerte accidental en noviembre de 1941. Con Huntziger desaparecido y Darlan asesinado, el proceso de Vichy no podrá encausar a todos los responsables militares.

En torno a este núcleo, sucesivos equipos de ministros; los unos proceden de la administración, son profesores o altos funcionarios, y los otros del sector empresarial y de las asociaciones profesionales. En algunas ocasiones, estos hombres son elegidos a la buena de Dios, formando una curiosa galería de personajes: desde la suficiencia de un Joseph Barthélemy, ministro de Justicia, que siempre sabe dejar de lado sus escrúpulos de jurista, al fascismo del bohemio Paul Marion, ministro de Propaganda, pasando por el activismo de un Pierre Pucheu, normalista que se pasó a la industria, hombre orgulloso de su éxito, «impulsivo, inestable, autoritario», convencido de que «cada uno de sus pasitos constituía un gran salto para el país».[21] La relevancia de estos hombres en los grandes asuntos es más bien limitada. Pétain los trata como simples funcionarios, Darlan como meros técnicos —«personas bien educadas, casi mudas»,[22] escribe Du Moulin refiriéndose a su gobierno—, y Laval, cuando regresa al gobierno, como incondicionales. Pétain impera y gobierna hasta 1942, año en el que pone dos veces en manos de Laval algunas de sus prerrogativas. Pero en temas verdaderamente importantes, jamás podrá hacerse nada sin su aprobación.

Vichy acusaba a la democracia parlamentaria de haber confiado a gentes mediocres el destino de la nación. Pero la mediocridad de los dirigentes del Estado francés no era menor, y carecía ya de los límites que un Claudel echaba de menos en la primavera de 1941: «Los políticos tenían al menos dos cua-

19. Nerin E. Gun, *Les Secrets des archives américaines: Pétain-Laval-De Gaulle*, Albin Michel, 1979, pág. 96.
20. Du Moulin, *Le Temps des illusions*, *op. cit.*, pág. 147.
21. *Ibid.*, págs. 359-360.
22. *Ibid.*, pág. 146.

lidades: humanidad, necesaria para ser elegidos, y prudencia, temor al Parlamento, a la opinión, a la prensa, etc.».[23]

Mientras el régimen pone sus cimientos, el panorama internacional es sombrío, sólo asoma un rayo de luz, el representado por el amplio reconocimiento diplomático que recibe de la URSS, pero sobre todo de Estados Unidos, países con los que los dirigentes franceses procuran mantener las mejores relaciones. Por lo demás, la situación es altamente preocupante. Los británicos establecen un bloqueo y apoyan a los gaullistas, que ganan para su causa la Polinesia francesa, Camerún y el África ecuatorial francesa, excepto Gabón. El Imperio, codiciado por los italianos y los españoles, se ve amenazado, además, por los japoneses, que consiguen la autorización de establecer sus tropas en Tonkín a cambio del frágil compromiso de respetar la soberanía francesa. Por otra parte, a comienzos de 1941 Tailandia aprovecha la ocasión para liberar algunas provincias de Laos.[24]

Amenaza más inmediata, el ocupante muestra cuán poco respeta las condiciones del armisticio. Cierra herméticamente la línea de demarcación, prohibiendo todo intercambio entre un sur agrícola y un norte industrial. En los territorios ocupados, introduce unas separaciones que vuelven todavía más frágil la unidad del país y que anuncian un futuro doloroso. Alsacia y Lorena son anexionadas, las aduanas alemanas se establecen en las fronteras de 1914. Los departamentos del norte, cuya importancia económica es considerable, pasan a depender del mando militar de Bruselas.

Pero en el territorio que depende del mando militar de París, la situación no es menos preocupante. En la región del nordeste, los refugiados no tienen derecho a regresar, mientras que Ostland, una compañía alemana que germaniza las tierras polacas, se apropia de las tierras desocupadas. En todas partes, el ocupante interviene en la administración, imponiendo un estricto control, exigiendo supervisar cualquier cambio de personal, así como las leyes promulgadas en el *Journal officiel.* Somete a su control la prensa, la radio, el cine y las agencias de noticias, medios que pone al servicio de su propaganda, y no duda en atacar al régimen de Vichy, pareciendo apoyar a los comunistas y erigirse en defensor del separatismo bretón. Mete mano en la economía, amasando un gigantesco botín de guerra que va mucho más allá del sector militar, y lo requisa casi todo: montañas de materias primas, de productos semimanufacturados y manufacturados, de maquinaria e incluso de cadenas de montaje salen hacia

23. Claudel, *Journal, op. cit.*, pág. 358 (8-10 de mayo de 1941).
24. Véase Jean-Baptiste Duroselle, *L'Abîme 1940-1944*, Imprimerie nationale 1982.

Alemania. Pero la puntilla llega el 8 de agosto: en concepto de gastos de ocupación, Alemania exige el pago de 20 millones de marcos imperiales diarios, a un tipo de cambio al menos un tercio más elevado que antes de la guerra. Además de entregarse al pillaje y a la incautación, el ocupante se dedica a hacer pedidos; para su pago, impone un sistema de compensación: estos pedidos reanimarán la vida económica, dice, por lo que habrá que exportar a crédito.

Aunque Vichy contempla consternado el comienzo de este saqueo, después de Mazalquivir quienes verdaderamente provocan su ira son los ingleses. Darlan, enfurecido por los daños causados a su flota, incita a la represalia, llegando incluso a proponer a Italia atacar conjuntamente Alejandría, propuesta que Italia rechazará.[25] Basta pensar en la ruptura de las relaciones diplomáticas y en el bombardeo de Gibraltar para comprender que aquel suceso acentúa la necesidad de revisar la política exterior. A esto se añade otra razón: los vencedores, preocupados por la combatividad de los ingleses, paralizan el desarme de la flota. Vichy aprenderá la lección: la posibilidad de mejorar sus relaciones con el ocupante depende del mantenimiento del antagonismo con su antiguo aliado.

Al mismo tiempo, surgen los riesgos. El 15 de julio, Hitler exige la cesión de puntos de apoyo en África del Norte. Tras la flota, ahora es el Imperio el que está amenazado, pero esta vez la amenaza viene del lado alemán. La discusión sobre la respuesta que hay que dar a esta exigencia provoca divergencias sobre la amplitud de la revisión a la que hay que proceder y sobre las concesiones que hay que hacer para conciliarse con el vencedor. Weygand, que se niega absolutamente a poner en peligro el Imperio, defiende rechazar sin más la exigencia de Hitler. Laval, por su parte, declara que no es posible estar a la vez con los ingleses y con los alemanes y que él está con los últimos. «Por lo que respecta a los alemanes, se da cuenta de que la situación es difícil [...], no podemos dejar que despedacen Francia. Todo lo demás es ilusorio.» Darlan y Baudouin lo apoyan. El primero escribe: «El general Weygand sigue protestando y diciendo que no hemos de ceder. Pero la decisión ya está tomada. El mariscal habla incluso de "declarar la guerra a Inglaterra". Se le replica que no puede hacerlo».[26] La mayoría aprueba que Pétain envíe a Hitler una carta proponiéndole que su exigencia sea abordada en el marco de una discusión general, en forma de «libre negociación», con el fin de que los dos países «piensen más en lo que ha de unirles en el futuro que en lo que durante tanto tiempo los ha enfrentado tan duramente».

25. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, págs. 288-289.
26. *Ibid.*, págs. 315-316.

Hitler no responderá, ni tampoco volverá a la carga. Enfrascado en la lucha contra Inglaterra, ignora los esfuerzos realizados por los dirigentes franceses para iniciar una conversación. Éstos, ante la alternativa de atenerse al armisticio o dejarlo atrás, optan por lo primero, pues su objetivo es obtener medios militares, lograr la confianza del vencedor y preparar la paz menos desventajosa. En su respuesta a Hitler, no excluyen la posibilidad de una colaboración militar, ofreciéndole bases en el Imperio. Pero el punto de vista al que conceden mayor importancia es el económico, pues, entre otras cosas, creen que el final de la guerra está próximo. La palabra «colaboración» pertenece desde entonces a su vocabulario y a sus ideas. El 26 de julio, en una nota interna, Baudouin, ministro de Asuntos Exteriores, se pronuncia a favor de una «colaboración duradera con Alemania» que permita crear una «Europa nueva»; una colaboración que debe ser fundamentalmente económica y que no ha de hacer concesiones en los planos político y moral.[27] Bouthillier, el ministro de Hacienda y Economía Nacional, es de la misma opinión. Francia, dice a los diplomáticos alemanes, desea integrarse en la nueva economía continental.[28]

Durante esas primeras semanas, los franceses juegan a encontrar al interlocutor más adecuado. El juego lo gana Laval, que logra convencer a Abetz para que transmita a Göring su deseo de encontrarse con él. Para justificar esta solicitud, Abetz ha de decirle que Laval quiere fundar un partido único, actuar contra los francmasones y excluir a los judíos de la administración.[29] La adaptación al régimen del vencedor, que Laval considera del gusto de Göring, ha de servir de carta credencial y demostrar la ruptura con el pasado. En su primer encuentro, Laval asegura a Abetz su voluntad de integrar Francia en el nuevo orden y de practicar una «colaboración sin reservas». Asimismo, expresa al profesor Grimm su deseo de que se produzca una derrota total de Inglaterra, pues ello reduciría el precio que Francia tiene que pagar. Si el tratado de paz la obligase a hacer muchas concesiones, Francia podría resarcirse con el Imperio británico.[30]

De los nuevos dirigentes, Laval es el más claro en lo que se refiere a la colaboración: alejarse de Inglaterra, aproximarse a Alemania e incluso ayudarla, a cambio de importantes compensaciones, persuadiéndola de los beneficios

27. Baudouin, *Neuf mois au gouvernement*, *op. cit.*, págs. 265 y sigs.

28. Entrevista Bouthillier-Hemmen, 27 de agosto de 1940, DFCAA, vol. 1, págs. 182-185.

29. Abetz a AA, 14 de julio de 1940, PA-AA, *Büro des St. S. Frankreich* 2.

30. Grimm, «Besprechung mit Ministerpräsident Laval im Hause von Marcel Ribardière am 28. August 1940», BAK, *Nachlass Grimm*. La idea de que Francia fuese compensada con las colonias británicas también circula en la delegación francesa de Wiesbaden (Paxton, *La France de Vichy*, *op. cit.*, pág. 66).

que ha de reportarle tratar adecuadamente al vencido y, finalmente, enfrentarla a Italia, objeto de un resentimiento general; y si Inglaterra resultaba derrotada, resarcirse con sus posesiones. El auvernés es el más tajante, pero sus ideas son compartidas por todos. La derrota de Francia es definitiva, la de Inglaterra no tardará en llegar. Ante la inevitable hegemonía de la Alemania nazi, lo más prudente es ahorrar nuevos perjuicios al país, poner de manifiesto su buena voluntad y dar su más completa adhesión al nuevo orden, y si es posible, antes de que Inglaterra sea derrotada o, en el peor de los casos, antes de que ésta firme un compromiso de paz. Después de la calamitosa era de una política exterior sentimental e ideológica, es tiempo de que triunfe el realismo, el egoísmo, la razón de Estado. En el exterior, como en el interior, hay que «pensar en francés» y mirar solamente por Francia. Pese a su limitada influencia sobre el régimen, Maurras procura a Vichy su lema: «Solamente Francia».[31] Este nacionalismo, que se desvincula de la guerra en curso y del resto de pueblos oprimidos, acepta la integración de Francia en un continente reordenado por el vencedor. Pero, del mismo modo que la colaboración debe significar cooperación, «la nueva Europa» sólo será aceptable si respeta los intereses de Francia.

Los señores de Vichy comparten cuatro objetivos, que dosifican de forma distinta según el momento: la protección, la soberanía, el rango de Francia y el régimen.[32] La protección es un objetivo urgente, elemental, inmediato. Se trata de poner fin al pillaje en la zona ocupada, de mediar entre los ocupantes y la población, de liberar a los prisioneros de guerra. Un objetivo caro a Pétain, al que ya ha aludido para justificar su permanencia en Francia, incluso en el caso de una ocupación total. Evidentemente, si Pétain se hubiese limitado a garantizar la protección, las cosas habrían tomado otro rumbo. Por el momento, esa función protectora es recibida favorablemente por los funcionarios y por la población, sentando las bases de un apoyo no exento de ambigüedad a una política calificada indistintamente de política de presencia y de política del mal menor, y que durante algún tiempo permite albergar, incluso en la resistencia, la esperanza de un resurgimiento del país.

La soberanía es un objetivo ligado a la ocupación de una parte del territorio y sobre todo al intervencionismo del ocupante, un intervencionismo que la prolongación de la guerra no atenuará, sino todo lo contrario. El Estado francés reacciona tratando de recuperar su autoridad administrativa e intentando restringir la ocupación a su dimensión puramente militar. Asimismo, este es-

31. Maurras, *La Seule France*, Lyon, Lardanchet, 1941.

32. Véase Robert Frank, «Vichy et le monde, le monde et Vichy: perceptions géopolitiques et idéologiques», en Azéma y Bédarida (comps.), *Vichy et les Français*, *op. cit.*, págs. 105 y sigs.

fuerzo, que está suficientemente justificado en el derecho internacional, es fundamentalmente la expresión de una mentalidad que concede un gran valor al Estado, al correcto funcionamiento de la administración y, a través de él, al control de la población. Afirmando la necesidad de recuperar los valores del orden y de la autoridad, los dirigentes franceses se ven superados por un ocupante que se desenvuelve perfectamente en los temas administrativos y que demuestra que sabe imponer la ley.

En cuanto a la recuperación del rango de Francia, Vichy lo plantea como un objetivo a largo plazo, pero esto no es así. Para sus dirigentes, y sobre todo para los militares, el resurgimiento del país significa fundamentalmente, como para los alemanes después de 1918, la reorganización de las fuerzas armadas, auténtico fundamento de la sociedad, garantía de prestigio, pilar de una política hegemónica y, en aquel momento, instrumento indispensable para defenderse de los ataques ingleses y del lento avance de los gaullistas. La recuperación del rango implica la pretensión de igualdad y de reciprocidad en las relaciones con el vencedor, aunque se admita que la derrota tiene un precio.

El futuro del régimen constituye el último de los objetivos, pero no por ello el menos importante. Nacido del armisticio, el Estado francés debe probar la viabilidad de su política exterior. La aproximación al vencedor es un objetivo a corto plazo, pues las ventajas que trae consigo permitirán convencer a la población. Pero también lo es a largo plazo: una paz relativamente benévola favorecerá el funcionamiento de un sistema conservador; la integración de Francia en la Europa nazi contribuirá al logro de ese fin, en virtud de la proximidad entre ambos regímenes y de la derrota de los principios contrarios. La supervivencia del régimen es una preocupación constante, un objetivo que impulsa a la colaboración presentando al ocupante como un factor de orden, aunque sólo sea porque sólo él puede procurar los medios para garantizarlo. Huntziger se muestra especialmente preocupado por esta cuestión, y el 30 de agosto de 1940 escribe a Weygand: «La situación interna de Francia, que el mariscal ni siquiera parece sospechar, exige la constitución inmediata de una fuerza capaz de mantener el orden».[33] En febrero, dirá a su interlocutor alemán que habrá que «contar con graves desórdenes en la fase final de la ocupación».[34] En el momento de la *Relève*,* Pétain declara al pastor Boegner que «uno de los efectos beneficiosos de la marcha de los obreros será el debi-

33. Huntziger a Weygand, 30 de agosto de 1940, AN, *AJ 41* 138, dr. Archivos históricos.
34. Von Neubronn a DWStK, 20 de febrero de 1941, AN, *AJ 40* 1.233.
* «La Relève»: intercambio o canje de trabajadores voluntarios para Alemania por la liberación de prisioneros franceses (tres por uno), organizado por Laval el 22 de junio de 1942. Véase el capítulo 10 «El retorno de Laval» *(N. del t.)*.

litamiento del comunismo que "hace estragos en Francia"».[35] Un año antes, Bouthillier anticipaba esa forma de ver las cosas. Respondiendo a Bertrand de Jouvenel, quien le decía que las reformas del régimen corrían el peligro de ser desacreditadas por una política exterior que el país no deseaba, Bouthillier replicaba enfáticamente: «No crea que la política interior es disociable de la política exterior. Es la presencia de los alemanes lo que nos da la oportunidad y lo que nos ofrece la posibilidad de llevar a cabo nuestra reforma interior».[36] Evidentemente, esa forma de ver las cosas limitaría el ejercicio de la famosa razón de Estado a la hora de la verdad.

Pero, por otra parte, también es evidente que la política interior no determinó por sí sola la opción por la colaboración. Esta opción se basaba igualmente en un análisis de la situación, en un pronóstico del futuro, en cierta imagen del vencedor, elementos que se combinaron con el interés por la supervivencia del régimen, aunque no es menos cierto que actuaron con cierta autonomía. Sea como fuere, estos elementos introducen importantes errores de apreciación sobre cuatro puntos: la duración del conflicto, cuya posible generalización no se toma suficientemente en cuenta; la debilidad de Inglaterra, que se presenta de forma tan exagerada como obscuros se anuncian sus propósitos para con Francia en caso de una victoria; la excesiva valoración de sus propias bazas y de su capacidad de mantenerlas en caso de una prolongación del conflicto. Y finalmente, el desconocimiento de la dinámica del régimen nazi y de las verdaderas intenciones de Hitler.

Sobre este último punto, Vichy conserva la imagen deformada del período anterior a la guerra. La idea de que la Alemania nazi es la prolongación del pangermanismo va unida a una verdadera admiración por sus hazañas militares y a un claro reconocimiento de los «méritos» del régimen nazi, como los dirigentes franceses ponen de manifiesto en sus encuentros con los representantes del nazismo.[37] Dicho reconocimiento habla de una afinidad ideológica, pero no tanto con el núcleo racista del nazismo cuanto con el bagaje ideológico que éste comparte con las corrientes conservadoras. En septiembre de 1940, Pétain publica en la *Revue des deux mondes* (15 de septiembre de 1940) un artículo en el que explica que el liberalismo, el capitalismo y el colectivismo son «productos extranjeros» que una Francia «que vuelve a sí misma, rechaza de forma completamente natural». Añadiendo: «Y cuando examine los

35. *Carnets du pasteur Boegner*, Fayard, 1992, pág. 186 (27 de junio de 1942).
36. Jouvenel, *Un voyageur dans le siècle*, Laffont, 1979, págs. 435-436.
37. En su entrevista con Achenbach en junio de 1941, Carcopino también elogia el poderío alemán («Notes prises au cours de l'entretien du 5 juin 1941 à l'ambassade d'Allemagne», AN, *F 60* 429, dr. Organización General de la Enseñanza).

principios que han hecho posible la victoria de sus adversarios, se sorprenderá de reconocer en ellos su propio bien, su más pura y su más auténtica victoria. [...] La idea nacionalsocialista de la primacía del trabajo y de su realidad esencial frente a la ficción de los signos monetarios es una idea que nosotros aceptamos con tanta mayor naturalidad cuanto que forma parte de nuestra propia tradición». Pétain subraya un aspecto secundario del nazismo, reconociendo implícitamente que su victoria militar lo ha convertido en una referencia ideológica. Y sobre todo, reconoce que el parentesco entre los dos regímenes estriba en que ambos se oponen a lo mismo. Este parentesco entre el nuevo régimen francés y el régimen nazi, que no borra las diferencias substanciales en relación con cuestiones importantes, procurará una imagen distorsionada del vencedor y se convertirá en la cadena que arrastrará la razón de Estado.

En algunas ocasiones, en los medios del régimen circuló una valoración más exacta del vencedor, aunque no tuvo efectos claros. En febrero de 1941, Doyen, que preside la delegación francesa en Wiesbaden, da a conocer un estudio sobre «el Tercer Reich y sus fronteras occidentales». Basándose en la prensa y en distintas publicaciones alemanas, el estudio muestra que el Reich ambiciona extenderse a todo el norte de Francia, y hace un inquietante pronóstico de las intenciones del vencedor. «Una Francia sin ejército y sin fortalezas, o entregada a una política de colaboración, podría ofrecer garantías suficientes. Sin embargo, todo apunta a que la oportunidad que ahora se presenta, y que quizá sea una oportunidad histórica, llevará a los actuales dirigentes a adoptar la solución más segura, que consiste en reducir nuestro país a su más simple expresión, anexionando la totalidad o parte de los antiguos territorios del Sacro Imperio Germánico. Seleccionando sus autores, la historia y la geografía permitirán justificarlo todo, y los desplazamientos de población, de los que ahora se sirve el nacionalsocialismo, harán posible cualquier cosa.» El autor es muy poco optimista sobre la eficacia de la política de Vichy. «La realización más o menos completa de este programa no depende de nuestra política, sino de las posibilidades que el desenlace de la guerra con Inglaterra dé al Reich, esto es, de su mayor o menor capacidad para hacer lo que quiera en el Continente.»[38]

38. AN, *F 60* 1.433, dr. Estudios-tratados de paz.

[illegible]

Capítulo 6

El aparato de ocupación

Retrospectivamente, es fácil ver cuán equivocada era la imagen que Vichy tenía del vencedor. Pero es más interesante discernir lo que pudo contribuir a esa imagen, a menos que supongamos una absoluta falta de juicio en los dirigentes franceses. En aquel entonces, distintos elementos, vistos a través de determinadas lentes, podían hacer pensar que existía una salida y que todavía había un futuro. Sin lugar a dudas, las cosas habrían tomado otro rumbo si Inglaterra hubiese puesto fin al combate en el verano de 1940. Si Hitler hubiese impuesto a Francia una paz cartaginesa, ésta habría aniquilado los fundamentos del armisticio y desacreditado a los equipos que, pese a todo, se hubiesen mostrado dispuestos a convertir el país en un satélite de Alemania. ¿Cuál habría sido entonces la suerte de la palabra «colaboración», que empezaba a circular en aquellos momentos? Pero la paz iba a aplazarse por algún tiempo; y en lugar de un aplastamiento inmediato, se impuso una política flexible, hábil, tentadora, para quien quería creer en ella.

En Berlín, después del armisticio, reinaba una intensa actividad en los ministerios, a los que se les había solicitado formular sus demandas en vistas de la paz. El cúmulo de memorándums constituía un nuevo tratado de Versalles: un tributo colosal, anexiones considerables, trabas económicas y financieras.[1] En las posiciones más elevadas de la jerarquía nazi, las ambiciones eran todavía mayores. La derrota de Francia representaba el fin de tres siglos de impotencia alemana; consumaba la derrota de las ideas de 1789; daba vía libre a una remodelación racial del Continente capaz de vencer a la URSS.

En *Mein Kampf*, Hitler había dicho todo lo que sentía y pensaba sobre el país vecino. Su odio es fuerte, se basa en una visión rudimentaria de la historia, aumenta con el desprecio por la falta de sentido racial de los franceses y

1. Véase Hans Umbreit, *Der Militärbefehlshaber in Frankreich 1940-1944*, Boppard-sur-le-Rhin, Harald Boldt Verlag, 1968, y Eberhard Jäckel, *La France dans l'Europe de Hitler*, Fayard, 1968.

por su «negrificación»; todo ello atenuado, como en las élites alemanas, por cierto respeto hacia el pasado y la cultura del país vecino. La guerra contra Francia no había estado motivada fundamentalmente por la sed de anexión; las vastas regiones del este de Europa bastaban para aplacar esa sed. Pero las ampliaciones territoriales nunca están de más, sobre todo cuando resulta fácil justificarlas con el racismo. En privado, a Hitler le gusta hablar de la anexión de un vasto territorio que en el pasado fue germánico y que se extiende desde Flandes a Borgoña. De haberse producido la anexión, Francia habría conocido considerables desplazamientos de población. En julio de 1940, un periódico alemán se refería a un proyecto de expulsión de 6 millones de habitantes de las regiones del norte. Hitler también habló en repetidas ocasiones de asentar en Borgoña a los alemanes del sur del Tirol. Himmler trabajó en ese proyecto, que habría convertido el Jura, el Doubs y el Alto Saona en un territorio del Reich sometido a la autoridad de las SS.[2] Pero, en verdad, el führer no tenía la intención de hacer con Francia lo que hizo con Polonia, aniquilándola a la vez como Estado y como nación. Le bastaba con abatirla amputándola, dividiéndola y enfrentándola consigo misma, ejerciendo una influencia duradera en su economía y en su cultura, en suma, volviéndola inofensiva, para lo cual había de eliminar a los judíos asentados en Francia y a los judíos de toda Europa.

Sus intenciones seguirán siendo exactamente las mismas durante los años siguientes. No obstante, en el otoño de 1940, la evolución del conflicto conduce a determinadas concesiones tácticas. Habiendo decidido derrotar a la URSS en la primavera siguiente para ampliar su base estratégica, hacer que Inglaterra se arrepienta y cumplir sus objetivos ideológicos, Hitler considera inoportuno hacer ver al vencido el destino que le espera. Lo que le interesa es más bien ponerlo contra su antiguo aliado en África y obtener su ayuda para acabar con la presencia de éste en el Mediterráneo. Desde lo más alto a lo más bajo de la escala diplomática, ahora todos los negociadores alemanes introducen ciertas variaciones en lo que se refiere a la colaboración y al nuevo orden europeo. El mismo Hitler solicita en varias ocasiones una ayuda puntual —lo que despierta la esperanza de una mejora de la situación—, pero sin comprometer el futuro, pagando al contado lo estrictamente necesario.

Sin duda, a Hitler lo frena su alianza con Mussolini, que observa con recelo un acercamiento que podría perjudicarle. Pero, ante todo, lo frena su pro-

2. Sobre la mención de los 6 millones de expulsados, véase W. Wagner, *Belgien in der deutschen Politik während des Zweiten Weltkrieges*, Boppard-sur-le-Rhin, Harald Boldt Verlag, 1974, pág. 176. Sobre los planes sobre Borgoña, véase Conrad F. Latour, *Südtirol und die Achse Berlin-Rom 1938-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1962, págs. 74-75.

pia desconfianza. No puede creer que Francia renuncie definitivamente a su hegemonía, que algún día no emplee en su contra las armas que él mismo pueda concederle. Además, quiere evitar a toda costa parecer débil, pues la fuerza es su valor supremo. Francia intenta aprovechar el mal momento que él está pasando, dice Hitler el 31 de enero de 1942. Como Talleyrand, quiere salir indemne de la derrota. Pero él sólo pactará en caso de fuerza mayor.[3] Semejante lógica era contraria a las expectativas de Vichy. En lugar de transigir, Hitler se mantendría en sus trece, llevando a la destrucción a su país y a los regímenes extranjeros cogidos a sus faldas.

Callando sus verdaderas intenciones, mostrando una voluntad conciliadora por razones puramente tácticas, Hitler alimentó cierta esperanza, tanto entre los alemanes como entre los franceses. De esa forma permanecía fiel a las ideas expresadas en *Mein Kampf*: al igual que la fuerza y la violencia, la astucia y el engaño son los atributos del gran hombre de Estado. Del mismo modo que había manipulado a los conservadores alemanes haciéndoles creer en el reparto del poder y en la consolidación de sus posiciones, hizo que los conservadores franceses picaran el anzuelo de un acuerdo provechoso para ambos países, deleitándose en el engaño y en la perdición de los demás.

Sus paladines se prestan al juego ideado por él, igual de predispuestos contra Francia. Göring sólo piensa en explotar al máximo la economía del país vencido. Goebbels se regocija en la idea de un vecino débil y dividido; aplaude su futura transformación en una «gran Suiza».[4] Himmler, obsesionado con la pureza racial, detesta a esos franceses mestizos. Posteriormente, preocupado por las bajas militares, su sueño será recuperar la «sangre alemana» que huele en ellos, sobre todo en los oficiales con apellidos germánicos, y acabará proponiendo la creación de una Waffen-SS francesa. Para hombres como éstos, que convierten los países ocupados en objeto de sus rivalidades, la existencia de Vichy es un estorbo. Han de tener en cuenta a ese interlocutor, aunque sólo sea digno de algunas migajas.

Éste no es en absoluto el caso de Ribbentrop, cuyo ministerio pierde importancia a medida que avanzan las conquistas alemanas, por lo que hasta le alegraría la existencia del Estado francés. Entre 1940 y 1941, Ribbentrop se reúne con los jefes militares para ocuparse de la resistencia británica y pedir su eliminación antes de lanzarse hacia el este, lo que confiere valor a la ayuda de Francia. Ciertamente, los militares razonan como estrategas; a ellos no les

3. *Monologue im Führerhauptquartier 1941-1944*, compilación a cargo de W. Jochmann, Munich, Heyne Verlag, 1980, pág. 245.

4. W. A. Boelcke, *Kriegspropaganda 1939-1941: Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1966, pág. 420 (9 de julio de 1940).

preocupan las concesiones políticas con las que habría que pagar dicha ayuda. El punto de vista de los militares no bastará para modificar la marcha de los acontecimientos, aunque conduce a Hitler a una política de concesiones que para él sólo es provisional.

El aparato de ocupación se pone en marcha. En Wiesbaden se establece una Comisión de Armisticio alemana encargada de supervisar el cumplimiento de las condiciones de paz; su equivalente italiana se encuentra en Turín. Pronto se agrega a ella una comisión económica. Dirigida por un diplomático muy combativo, Richard Hemmen, esta comisión se ocupa de las cuestiones que rebasan el marco del armisticio, especialmente del acceso a los recursos de la zona libre y del Imperio. En la primavera de 1941, la comisión se traslada a París, hecho que prueba la importancia que han tomado las relaciones económicas entre los dos países.

En la zona ocupada, la autoridad principal es el «Mando militar de Francia» (el Militärbefehlshaber in Frankreich, el MBF), que establece su sede en el hotel Majestic. La administración se divide en dos estados mayores. El primero, encargado de las cuestiones militares (puesta a punto de las vías de comunicación, custodia de los prisioneros, seguridad de la tropa, justicia militar), está dirigido por Hans Speidel, cuyo ayudante es el escritor Ernst Jünger. El segundo, responsable de las cuestiones administrativas, se subdivide en dos secciones: la sección administrativa propiamente dicha, bajo la dirección de Werner Best, y la sección económica, dirigida por Elmar Michel. Entre ambas controlan el conjunto de la vida en la zona ocupada, desde la supervisión de la administración al control de la actividad económica, pasando por las medidas de expoliación de la población judía. El servicio de armamento de la Wehrmacht (el Wi.Rü.-Stab), órgano dependiente del MBF, se encarga de pasar los pedidos a las empresas francesas.

En sus tareas administrativas, el MBF se sirve del personal civil enviado al lugar por los ministerios, las grandes empresas y los organismos profesionales. En 1941, trabajan en él cerca de 1.500 funcionarios,[5] asistidos por militares, con lo que el número total de efectivos es de unos 22.000. El mantenimiento del orden está garantizado por las tropas de seguridad, cuyo número de efectivos varía considerablemente: de poco más de 100.000 en diciembre de 1941, se reduce a 40.000 en marzo de 1942, para volver a alcanzar los 200.000 a finales de 1943. Pero hay otras fuerzas alemanas establecidas en Francia: las tropas

5. En París hay 531, en provincias 325 y 596 en las Feldkommandanturen (Best, «Die deutschen Aufsichtsverwaltungen», BA-MA, *RW 24* 319). Véase también Lucien Steinberg, *Les Allemands en France*, Albin Michel, 1980; y Rita Thalmann, *La Mise au pas: Idéologie et stratégie sécuritaire dans la France occupée*, Fayard, 1991.

de operaciones cuentan con 400.000 hombres entre 1942 y 1943, y cerca de un millón a principios de 1944.[6]

Esta fuerte presencia alemana hace posible que el mando militar cumpla su misión: la seguridad y el avituallamiento de las fuerzas alemanas, el mantenimiento del orden, el control y la explotación de la economía. Supervisada por el Alto Mando del Ejército de Tierra (OKH), la dirección de esta misión corre a cargo de militares de carrera. La casualidad hace que se sucedan en ella dos primos, dos personas bastante representativas de su casta y de sus particulares relaciones, de tensión y de complicidad al mismo tiempo, con el poder nazi. Nombrado en octubre de 1940, Otto von Stülpnagel reúne, según Jünger, la gracia de un maestro de ballet y la cara de una «marioneta de madera, melancólica y maníaca».[7] Hombre estricto y puntilloso, es temido por sus subordinados. Muy exigente en su trabajo, se enfrenta enérgicamente con los otros servicios alemanes. Su desgracia llega de la mano de las ejecuciones de rehenes con las que Hitler ordena castigar la oleada de atentados cometidos contra las tropas de ocupación a partir de agosto de 1941. Desaprobando estas medidas por considerar que hacen todavía más profundo el abismo existente entre los ocupantes y la población, solicita ser relevado de sus funciones a principios de 1942 y se retira angustiado por la posibilidad de que se censure su «debilidad» o su «tibieza».[8] Su primo, Karl Heinrich von Stülpnagel, había dirigido la Comisión de Armisticio alemana en Wiesbaden durante casi un año, antes de comandar un ejército en el frente del Este. Es un hombre culto, habla bien francés, tiene maneras de gran señor, se siente aliviado por no trabajar ya para las SS en el mantenimiento del orden. Este hombre desempeñará un papel importante en el complot contra Hitler: el 20 de julio de 1944, ordenará encarcelar en París a los responsables locales de las SS. Será ejecutado después de haber intentado suicidarse.[9]

Sexagenarios el uno y el otro, ex combatientes de la Gran Guerra, estos dos hombres representan las concepciones tradicionales del orden, del cumplimiento del deber y de la eficacia. El Diario de Jünger muestra las reservas con las que estos hombres reciben el rumor sobre el genocidio de los judíos y su antipatía por los hombres duros del partido nazi. Sin embargo, no se les ve cuestionar ni eludir tareas que violan el derecho internacional. Los prejuicios antisemitas, y sobre todo el anticomunismo, forman parte de su mundo de

6. *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich (1940-1944)*, selección de documentos editada por L. Nestler y F. Schulz, Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1990, págs. 31-32.

7. Ernst Jünger, *Premier Journal parisien*, Christian Bourgois, 1980, pág. 107 (23 de febrero de 1942).

8. *Ibid.*, pág.108.

9. Véase Heinrich Bücheler, *Carl-Heinrich von Stülpnagel*, Berlín, Ullstein, 1989.

valores, al igual que el racismo en general, que lleva a prohibir el acceso de los negros a la primera clase del metro y el retorno a la zona ocupada de judíos, negros y árabes. El primer Stülpnagel proponía sustituir los fusilamientos de rehenes por la deportación de judíos y comunistas al este. Cuando estaba en Rusia, el segundo había llamado a tomar represalias colectivas, especialmente contra la población judía.[10]

Dependiendo del MBF, pero recibiendo instrucciones desde Berlín, hay dos servicios cuya política lleva el sello del nazismo. Encargada de orientar a los espíritus, la Propaganda-Abteilung recibe sus instrucciones de Goebbels. Al frente de 1.276 empleados[11] (en 1941) y de cuatro Staffeln (escuadrones) establecidos en provincias, el mayor Heinz Schmidtke, amigo personal del ministro, es una caricatura del oficial prusiano. Schmidtke se esfuerza por controlar la totalidad de la escena cultural y su influencia perdurará después de la guerra. Goebbels quiere acabar con la presencia cultural de Francia en Europa y lograr que los vencidos reconozcan la superioridad del vencedor.[12]

El segundo servicio emana directamente de Himmler, que envía a París un comando de 25 hombres dirigidos por Helmut Knochen, un hombre de 30 años cuya misión es identificar, vigilar y combatir a los «enemigos ideológicos» del nazismo: judíos, cristianos, comunistas y francmasones. En ese momento, Knochen no es un hombre muy importante, pues la función policial es competencia del MBF. Pero esto no le impide utilizar métodos poco ortodoxos. Así, en octubre de 1941 suministra explosivos a los hombres de Deloncle, que hacen saltar por los aires 7 sinagogas, hiriendo a varios franceses y a dos soldados alemanes. Stülpnagel se enfurece y exige, en vano, la destitución de Knochen. Con su dimisión, deja vía libre a Himmler, quien, en la primavera de 1942, pone en manos de Karl Oberg, de 45 años, la dirección de los servicios de represión en Francia; Knochen pasa a ser uno de sus ayudantes. Ahora, el aparato de las SS consta ya de unos 5.000 hombres.[13] Pero esta cifra es todavía muy insuficiente teniendo en cuenta la misión que ha de cumplir, lo que hace tanto más valiosa la colaboración de la policía francesa.

Pieza clave del aparato de ocupación, el MBF se enfrenta a dificultades bastante serias. Por una parte, ha de lograr integrar en su seno a los militares y al personal civil puestos a su servicio, cuyos miembros tienden a representar el punto de vista de su organización de origen. Por otra, además del hecho de que la aviación y la marina dependen directamente de Berlín, su autoridad se ve

10. Helmut Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, Francfort, Fischer, 1985, págs. 191-192.
11. *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich*, *op. cit.*, pág. 31, nota 44.
12. «Tätigkeitsbericht der Propaganda-Abteilung Frankreich für die Zeit vom 8.1.-25.1 1941», pág. 14, AN, *AJ 40* 1.001.
13. *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich*, *op. cit.*, pág. 31.

seriamente cuestionada por las tropas de operaciones, que están fuera de su jurisdicción y cuyo comportamiento provoca numerosos conflictos con la población. Más jóvenes y más brutales, estas tropas requisan todo, hacen compras voluminosas que perturban la vida económica, aplican severos castigos en caso de sabotaje o de desobediencia.[14] Asimismo, el MBF no ha de apartar la vista de la actividad de los múltiples servicios de Berlín, cuyos delegados suelen contactar directamente con sus homólogos franceses, ya se trate de órganos estatales o de filiales del partido, de asociaciones profesionales o de empresas privadas (en 1944, 1.200 empresas alemanas operan en Francia, casi 500 de ellas en la construcción).[15] El MBF ejerce un control desigual sobre los cerca de 80.000 alemanes que la ocupación ha traído a Francia,[16] incluidos varios miles de obreros y técnicos que trabajan en la zona del Atlántico, en la construcción naval y en el ferrocarril. A partir de la primavera de 1942, su control sobre las SS se reduce al mínimo; lo mismo sucede en relación con el servicio de mano de obra de Sauckel, que pronto contará con más de mil empleados venidos del Reich.

Finalmente, el MBF ha de llegar a un entendimiento con la embajada alemana, cuyo marco de actuación va más allá de las relaciones con Vichy, abarcando la vida política y buena parte de la vida cultural de la zona ocupada. El cuerpo diplomático dirigido por Abetz es joven, dinámico, experimentado; durante «la drôle de guerre», ese equipo participó activamente en la propaganda dirigida a la desmoralización de los soldados franceses.[17] En un comienzo, la tarea de Abetz es aconsejar al mando militar de París en temas de política y de propaganda. A principios de agosto, Hitler lo nombra inesperadamente embajador y lo destina al mando militar de París como responsable de cuestiones políticas, encargándole, entre otras tareas, la incautación de las obras de arte de los judíos. Después de Montoire, el führer eleva esta delegación al rango de embajada sin acreditarla ante Vichy, subsistiendo el estado de guerra. Abezt se encargará de establecer un vínculo con el gobierno francés y supervisará las relaciones de éste con terceros países. Las autoridades militares deben contar con su autorización en temas políticos, lo que producirá ciertas tensiones, dado el entrelazamiento de asuntos políticos y militares.[18]

La embajada tiene la ventaja de ser un organismo reducido, aunque imponente en relación con los estándares habituales. En 1943, cuenta con 168 em-

14. Umbreit, *Der Militärbefehlshaber in Frankreich*, *op. cit.*, pág. 106.

15. «Übersicht über den Einsatz deutscher Firmen im Bereich des MBF», 28 de junio de 1944, BA-MA, *RW 35* 854.

16. *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich*, *op. cit.*, pág. 31.

17. Véase Klaus Kirchner, *Flugblattpropaganda im 2. Weltkrieg*, vol. 2, *Flugblätter aus Deutschland 1939/1940*, Erlangen, Verlag D+C, 1982.

18. Véanse las recriminaciones de Wiesbaden en AN, *AJ 40* 1.368, dr. *Allg. Bd. 2.*

pleados alemanes y 54 de nacionalidad extranjera, mayoritariamente francesa. Incluyendo los organismos dependientes de ella, entre los que destaca el Instituto Alemán, tiene un total de 568 empleados, de los que 367 son alemanes.[19] Sus medios de financiación son colosales: dispone de un fondo de mil millones de francos, recaudados en concepto de gastos de ocupación. Su organigrama muestra cuán amplia es su actividad. El adjunto de Abetz, Rudolf Schleier, de 41 años, el mayor del equipo y el que lleva más tiempo en el partido nazi, se ocupa de la intendencia, de los ex combatientes y de los prisioneros de guerra. Al hombre le gustan las recepciones, los uniformes, las condecoraciones; podrá darse postín cuando sustituya a Abetz durante un año, a partir de noviembre de 1942. De los asuntos políticos se ocupa Ernst Achenbach, de 31 años, que ya trabajaba en París antes de la guerra; un hombre inteligente y trabajador que goza de la confianza del embajador, a quien emula y al que acabará sustituyendo; según Benoist-Méchin, «un hombre muy agudo y sobre todo con las ideas más claras que Abetz».[20] A mediados de 1943, Achenbach se ve obligado a regresar a Berlín, pues su esposa es norteamericana y Hitler ha decidido que los altos funcionarios cuyas esposas sean de nacionalidad enemiga han de ser destituidos de los cargos importantes. Una decisión que resultará beneficiosa para su carrera: diputado liberal, diputado europeo, Achenbach habría sido nombrado comisario europeo sin una campaña de los Klarsfeld.

Al lado de un pequeño departamento de economía, el departamento de información, dirigido por Rahn, trata de controlar los temas de prensa, radio y propaganda que hasta entonces eran competencia de la Propaganda-Abteilung, que Abetz quiere restringir a la censura militar; en el verano de 1942, logrará arrancarle las competencias en materia literaria y artística, haciéndolas depender del departamento de cultura de la embajada. El responsable de esta sección es Karl Epting, de 35 años. Antes de la guerra, Epting estaba al frente del Servicio Universitario Alemán en Francia, y a partir de septiembre de 1940 es director del Instituto Alemán, fundado por Abetz. Recientemente afiliado al partido nazi, Epting depurará con celo la universidad. Su misión es atraer a los intelectuales franceses y difundir la cultura alemana organizando cursos de lengua, conferencias y exposiciones. En esta actividad, la embajada goza de la colaboración de Friedrich Sieburg, periodista del *Frankfurter Zeitung* muy conocido en Francia, y de Friedrich Grimm, profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Münster y consejero jurídico de la embajada, que toma el pulso de la opinión gracias a las numerosas conferencias que imparte bajo la égida del Grupo Colaboración.

19. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.930.
20. Benoist-Méchin, *A l'épreuve du temps*, Julliard, 1989, vol. 2, pág. 220.

Otto Abetz, de 38 años, ha dejado de sí mismo una reputación de francófilo y una imagen de soñador solitario en el seno de una política de colaboración indeseada tanto por sus superiores como por los ocupados. Su aislamiento es indiscutible, al menos a partir de 1942, pero su francofilia merece ser matizada. Su pasado político no es de extrema derecha, aunque tampoco fue nunca un socialdemócrata, como a menudo se dice. Abetz militó en esos movimientos de juventud tan típicos de la Alemania de posguerra, creyó en la posibilidad de una reconciliación con Francia, a pesar de estar convencido de la injusticia que supuso la Paz de Versalles.[21] Su labor reconciliadora durante los primeros años de 1930 no responde únicamente a su idealismo: Abetz solicita subvenciones al Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, lo que pone de manifiesto su temprano gusto por los puestos de influencia.[22]

Cuando Hitler llega al poder, él se adapta sin dificultades. Casualmente, se cruza en el camino de Ribbentrop, quien le ofrece un cargo en 1934. Un año después, alentado por aquél, se integra en las SS; ascenderá hasta el grado de general de brigada, lo que lo pondrá al nivel de su superior en la diplomacia, el secretario de Estado Von Weiszäcker.[23] En 1937, se integra en el partido nazi aprovechando la reapertura de las afiliaciones, interrumpidas en 1933 para evitar un desbordamiento. Durante esos años, se amolda perfectamente a la situación, no sin permitirse ciertas libertades que le causarán algún que otro problema.[24] Ambicioso, amante de la buena vida, encantador y con don de gentes, amante de Francia y enemigo de Inglaterra, poco ortodoxo en asuntos raciales, Abetz se describe a sí mismo como un «guerrillero de la diplomacia» y es muy apreciado por Ribbentrop, quien lo convierte en su ayudante, transfiriéndolo al cuerpo diplomático a principios de 1940.

¿Cómo se explica su ascenso al cargo de embajador? Abetz se ha puesto en contacto con Laval, por quien pronto sentirá simpatía y hasta afecto. Pero, en el verano de 1940, «Peterchen» («Pedrito»), como él lo llama, no significa demasiado para Hitler, que no piensa más que en derrotar a Inglaterra. La explicación ha de buscarse más bien en sus proyectos, idóneos para obtener el reconocimiento del líder nazi. Después de la guerra, un miembro de su equipo lo describe como un hombre cuya astucia no siempre era compatible con el comportamiento propio de un caballero.[25] Su gusto por las artimañas y por la

21. André Weil-Curiel, *Le Temps de la honte*, Éd. du Myrte, 1946, vol. 2, págs. 123-124; Bertrand de Jouvenel, *Un voyageur dans le siècle*, Laffont, 1979, pág. 200.

22. Documentos en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.050/1, véase también Tiemann, *Deutsch-französische Jugendbeziehungen der Zwischenkriegszeit*, *op. cit.*, págs. 117-118.

23. Véase «SS-Personal-Akte Abetz», Berlin Document Center. Las SS apoyarán su retorno a Francia a finales de 1943.

24. *Ibid.*

25. Declaración de Feihl, 1 de septiembre de 1946, AN, *3W* 358, dr. Feihl.

manipulación se pone de manifiesto tan pronto como llega a París, cuando propone al MBF que publique un comunicado que dé a conocer y exija poner fin a las numerosas agresiones perpetradas contra británicos residentes en Francia. Estas agresiones no son más que una invención, que Abetz justifica sin pestañear afirmando que ha de servir para contrarrestar la propaganda anglófila y, si es posible, conducir al «muy deseable resultado de que la población francesa acabe dando una paliza a los ingleses».[26]

Abezt tiene un proyecto muy ambicioso, que somete a la aprobación de Hitler en pleno verano. Con la ayuda de la propaganda, hay que impedir que los franceses se unan contra Alemania, para lo que hay que influir decididamente en las corrientes políticas más diversas, haciendo que alberguen «la esperanza, o más bien la ilusión, de un posible entendimiento con el Reich». Además, hay que difundir la cultura alemana creando un Instituto Alemán, interviniendo en la prensa y en el mundo editorial, en las traducciones de libros y en la organización de actos culturales, anulando la influencia francesa en el extranjero. Al mismo tiempo, habrá que debilitar internamente el país, impulsando el movimiento bretón y despertando la identidad germánica de Flandes, Borgoña y Lorena.

Desde el punto de vista político, el ideal sería la ocupación permanente del país. Ésta sería aceptada por el pueblo francés, siempre que se desterrase a los enemigos de Alemania y se despojase de sus bienes a los «culpables de la guerra», a todos aquellos, parlamentarios, francmasones, judíos, miembros del clero y periodistas que han llamado a tomar las armas contra el Reich. Abetz piensa en términos absolutamente nazis, aunque nunca llegue a proponer la eliminación física de las élites francesas. Una vez desterradas éstas, los alemanes sólo tendrían que vérselas con las masas populares, «entre las cuales el führer goza ya de un gran respeto» y en las que habría que desarrollar una conciencia europea. «Exactamente de la misma forma que la idea de paz cayó en manos de la Alemania nacionalsocialista y sirvió para debilitar la moral de los franceses, sin perjudicar al espíritu combativo alemán, asimismo el Reich podría hacerse con la idea de Europa sin que ello fuese contra la reivindicación de hegemonía continental anclada por el nacionalsocialismo en el pueblo alemán.» En el caso de que Hitler no desease ocupar permanentemente Francia, el tratado de paz debería incluir una rigurosa limitación de sus fuerzas armadas. Sería competencia del propio Abezt formar el equipo que firmase ese tratado de paz.[27]

El nuevo embajador está plenamente convencido de ese proyecto, mezcla de simplismo, maquiavelismo primitivo y confianza en la propaganda. Hitler

26. Abetz a Speidel, 22 de junio de 1940, CDJC, LXXI-1.
27. «Politische Arbeit in Frankreich», 30 de julio de 1940, CDJC, LXXI-28.

no lo seguirá a largo plazo, pero se interesará por el proyecto de debilitar a Francia, puesto que ese proyecto es también el suyo. La orden que le da aquel verano de 1940 será válida hasta el final: hay que dividir a los franceses empleando todos los medios posibles y abrir un abismo entre Vichy y los países anglosajones.[28] A esto añade la orden de preparar la expulsión de los judíos, aspecto descuidado por Abetz, quien había escrito que la hostilidad de los franceses hacia los judíos eran tan grande que no era necesario acrecentarla. Antisemita moderado, pero demasiado dispuesto a complacer a los demás como para poder frenarse a tiempo, el embajador, secundado por Achenbach, desempeñará un importante papel en la persecución de los judíos, presionando a Vichy para que endurezca sus posiciones y secundando el trabajo de las SS, así como la represión en general: es significativo que el embajador quedase fuera del complot antihitleriano de París. En un comienzo, Abezt no podía imaginar que todo aquello habría de conducir a Auschwitz. El camino hacia el holocausto estuvo lleno de las intenciones más diversas, pero ninguna de ellas, a decir verdad, era realmente buena.

Abetz había logrado atraer la atención de Hitler. Pronto se encontraría con él en tantas ocasiones, al menos seis veces hasta 1942, que es innegable que durante un tiempo gozó de su favor. Es muy posible que esto se debiese, como afirma uno de sus subordinados, al hecho de que supo adular al dictador. Así, antes de acudir a una audiencia, hacía que le preparasen algunos ejemplares de revistas picantes y animaba a publicar artículos y dibujos «atrevidos», diciendo que «al führer le gustaba mucho todo eso».[29] O bien decidía llevarse los planos de la nueva embajada que quería levantar en la plaza de la Concordia, un proyecto con el que el viejo profesor de dibujo captaba la atención del artista fracasado. Más seriamente, Hitler se congratulaba de haber encontrado en él a un hombre que no se preocupaba tanto por las formas como los demás diplomáticos, profesión que odiaba tanto como la de jurista, y que había logrado suscitar cierta oposición al régimen de Vichy mediante la creación de partidos políticos en París.[30]

Abetz trató de aprovechar el favor de Hitler para aproximarlo a la política que él había concebido. En su opinión, Alemania tenía que conseguir que Francia luchase a su lado contra Inglaterra. Además de un refuerzo militar, siempre bienvenido, ése sería el modo de vincular los intereses de los dos países y de aproximar el objetivo: la reducción de Francia a «un Estado satélite»

28. Best, «Grundsätzliche Richtlinien für die politische Behandlung des besetzten Gebietes», 19 de agosto de 1940, CDJC, XXIV, 1 a.

29. Testimonio de Albert Wenceslas, miembro del departamento de Información de la embajada, AN, *F* 7 15 307.

30. *Monologue*, *op. cit.*, pág. 254 (2 de febrero de 1942); pág. 53 (2 de agosto de 1941).

resignado con «el continuo debilitamiento» de su posición en Europa.[31] Esto pasaba por la promesa de unas condiciones de paz que salvaguardasen «en general» la unidad del país, tomando, naturalmente, ciertas precauciones, como el establecimiento de bases en el Atlántico y la formación de un gobierno afecto al régimen alemán. En el seno del aparato de ocupación, Abetz es el único que tiene una visión de conjunto y que plantea el problema del control de Francia a largo plazo. A un vecino disminuido pero irreconciliable, prefiere un vecino que conserve todo su territorio pero que, a cambio, acepte convertirse en un protectorado del Reich. Su idea, que repite incansablemente, es que los franceses sacrifiquen su nacionalismo en el altar de Europa.

Muy a su pesar, Abetz tuvo que admitir que sus ideas políticas tenían dificultad para abrirse camino más allá de los militares. Culpaba de ello a los líderes del partido que lo desacreditaban, como Goebbels, que lo tachaba de «charlatán» y de «asqueroso francófilo».[32] Evidentemente, el fondo del asunto era que Hitler, pese a mostrarse receptivo a sus ideas, no creía en ellas. En sus Memorias, Abetz dice que el führer farfullaba cuando profería la palabra *Kollaboration*, pues le costaba mucho pronunciarla: ¿podría encontrarse mejor indicio de lo que pensaba de ella?[33] El razonamiento del embajador partía de la hipótesis de que los franceses, o al menos parte de ellos, estarían dispuestos a someterse a Alemania. Hitler tenía sus dudas y se preguntaba, entre otras cosas, si los mismos colaboracionistas se resignarían a que Francia acabase convirtiéndose en un protectorado. Hitler estaba harto de oír hablar constantemente de concesiones. Creía que Abetz estaba demasiado entusiasmado con la idea de una colaboración, y así lo manifestó a sus hombres más próximos el 27 de febrero de 1942. Pero no podía expresarle abiertamente sus propósitos, pues la esposa de Abetz era francesa, ¡y quién sabe si no hablaba mientras dormía![34] Abetz, el manipulador, había aprendido de Hitler, lo que no era de extrañar. ¿Era este juego completamente consciente? Es más probable que se tratase de una mezcla de astucia y de costumbre, la de escuchar a sus lugartenientes, la de no cerrar nunca las puertas, la de aplazar las decisiones; un comportamiento que permitía pensar que era posible influir en él.

31. *Pétain et les Allemands: Mémorandum d'Abetz sur les rapports franco-allemands*, Gaucher, 1948, págs. 87-89, informe del 23 de junio de 1941. Una semana antes, Abetz explicaba a un diplomático italiano: «Francia será mañana lo que fue en la época del Imperio romano: una provincia, evidentemente una provincia muy importante, que gozará de libertad y de autonomía, pero a fin de cuentas una provincia y no la primera» (nota de Anfuso, 15 de junio de 1941, ACS, *MCP 168*, dr. 168/124).

32. *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, editado por E. Fröhlich, Munich, K. G. Saur, 1987, vol. 4, pág. 370 (20 de octubre de 1940); pág. 411 (26 de noviembre de 1940).

33. Abetz, *Das offene Problem: Ein Rückblick auf zwei Jahrzehnte deutscher Frankreichpolitik*, Colonia, Greven Verlag, 1957, pág. 217.

34. *Monologue*, *op. cit.*, pág. 305 (27 de febrero de 1942).

Cuando llegaron las SS, la embajada perdió protagonismo. La política de Abetz requería una situación menos tensa para tener alguna posibilidad de éxito, si acaso la tuvo en algún momento. No obstante, su equipo seguía siendo indispensable, incluso después de que el embajador guerrillero fuese llamado a Berlín en noviembre de 1942. Si bien acabó crispando a su superior, lo cierto es que contribuyó considerablemente a que el régimen de Vichy albergase esperanzas de colaboración. Por otra parte, nunca dudó en hacer participar en su juego personal a algunos de sus interlocutores franceses, a Laval y a Déat en primer lugar, convenciéndolos de que el destino de Francia dependía de cómo se resolviesen las tendencias en lid en el seno del régimen nazi, y de que era importante que los defensores alemanes y franceses de la colaboración se uniesen para hacer que las cosas avanzasen por el buen camino.[35] De este modo se produce una comunión de intereses, limitada pero real, basada en unas esperanzas y unas posiciones compartidas, y en una estrecha complicidad que se mantiene a espaldas, por ejemplo, de Pétain, del que Laval se burlaba constantemente para el deleite del personal de la embajada.[36] Desde el punto de vista francés, esa comunión de intereses podía no parecer totalmente desprovista de futuro mientras Abetz tuviese relación con Hitler. Pero estaba condenada de antemano al fracaso en virtud de la doble manipulación que albergaba en su seno: por una parte, Abetz no aspiraba tanto a la colaboración cuanto a la conversión de Francia en un país satélite de Alemania; por otra parte, Hitler, que animaba a su embajador a seguir adelante, pensaba más bien en aplastar a Francia.

El juego de Abetz es el más claro ejemplo de esta imbricación de intereses que caracterizó las relaciones entre ocupantes y ocupados. En la medida en que los servicios de París prolongan la lucha de tendencias existente en Berlín, entre alemanes y franceses se establece toda una serie de relaciones cruzadas, pues tanto los unos como los otros van en pos de apoyos para su política, sus posiciones o sus intereses: Laval y Déat buscan apoyo en la embajada, Darlan en la Kriegsmarine (Marina de guerra), los hombres de negocios en la sección económica del MBF, algunos colaboracionistas en las SS, etc. Este fenómeno,

35. Dos ejemplos de esta buena relación: el 11 de julio de 1942, Brinon pide a Laval, de parte de Abetz, una información para Berlín sobre cierto punto de la política de Vichy, precisando: «El embajador no me ha ocultado que, para poder continuar su tarea, también necesitaría estar informado detalladamente de cuál es nuestra posición» (Brinon, «Message pour le Président Laval», 11 de julio de 1942, AN, *F 60* 1.479). Cuando Achenbach deja París en 1943, Laval, que no puede asistir a la cena de despedida, le transmite su «amistad»: «Lo he conocido en momentos difíciles y me agradaría volver a reunirme con él el día en que ambos podamos comprobar los buenos resultados de nuestros esfuerzos comunes» (mensaje telefónico de Laval a Brinon, nº 611, 17 de mayo de 1943, *ibid.*)

36. Declaración de Knochen, 6 de enero de 1947, AN, *3 W* 358, dr. Knochen.

aunque no llega a introducir confusión en las principales líneas de actuación y no trastorna el sistema de lealtades, permite pensar que existe cierto margen de maniobra. En las cuestiones importantes, los servicios de París permanecen unidos, pero también se unen con Vichy contra otras instancias alemanas. Así, por lo que se refiere a la integración de los departamentos del norte, el MBF apoya la demanda francesa contra los militares de Bruselas, que cuentan con el respaldo de Hitler. El MBF y la embajada se hacen eco de la solicitud francesa de clemencia con ocasión de los fusilamientos de rehenes en el otoño de 1941, en lo que obtienen un éxito parcial. A principios de 1944, todos los servicios alemanes instalados en Francia, incluidas las SS, se oponen a los nuevos contingentes de mano de obra de Sauckel y apoyan a Speer, que quiere que los franceses trabajen en Francia, aunque Hitler zanjará la cuestión a favor del primero.

La relativa autonomía de los servicios alemanes y los conflictos que derivaban de ella, hacían plausible la idea de una colaboración entre Alemania y Francia. Como se topaban con interlocutores con intereses distintos y con puntos de vista diferentes, los dirigentes franceses alimentaban la esperanza de que la situación no era inamovible. Ciertamente, no estaban totalmente equivocados: en aquel momento, incluso Hitler reconocía lo interesante que era llegar a un entendimiento con Francia. Pero en la medida en que estaba decidido a aplastar al vencido en cuanto ganase la guerra, y dado que no estaba dispuesto a seguir transigiendo en cuanto las cosas empezasen a pintar mal, esa esperanza no era más que una ilusión.

Capítulo 7

Montoire

Contrariamente a todo pronóstico, la guerra continuaba: Inglaterra resistía. Con la firma del armisticio, Vichy se había situado en la perspectiva de una victoria inevitable de Alemania. Paradójicamente, la resistencia de Inglaterra aumentaba el margen de maniobra del régimen de Vichy, al mismo tiempo que los riesgos. Éste es el contexto en el que la política del nuevo régimen adquiere la forma que conocemos, la de una colaboración con el ocupante en medio de una guerra que se prolonga.

En otoño, los intereses de Alemania y Francia se aproximan. A falta de una superioridad aérea, Hitler aplaza indefinidamente la invasión de Inglaterra. Este fracaso velado le resulta humillante por la combatividad que muestra el adversario, que se hace sentir incluso en las costas de África, en detrimento del Imperio francés. Después de haber ganado prácticamente todo el África ecuatorial francesa, una expedición anglogaullista se lanza sobre Dakar en septiembre. La operación choca con las fuerzas de Vichy. Horrible revés para De Gaulle, y timbre de alarma para Alemania, que decide eliminar al enemigo antes de que se apodere de todo el Atlántico sur.

La «nueva política» cuenta con el respaldo de los militares, del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), especialmente de Jodl y Warlimont, y sobre todo de Raeder, que está al frente de la Marina. A todos ellos, la ayuda de Francia les parece indispensable. Vichy representa una potencia menor, pero no desdeñable. Sus dirigentes podrían verse tentados a volver a la guerra, reforzando peligrosamente a Inglaterra. Pero, inversamente, podrían facilitar la tarea de Alemania: procurando bases en el Atlántico, cerrando el Mediterráneo occidental, ejerciendo presión a través de la defensa militar del Imperio y de la recuperación de las colonias disidentes. Sin contar con que, a consecuencia de la prolongación del conflicto, sus recursos económicos son cada vez más importantes.

El objetivo de Hitler sigue siendo ajustar las cuentas a la URSS la próxima primavera. La «nueva política» sólo tiene para él un valor secundario y cir-

cunstancial: es una simple «cuestión de conveniencia»[1] que obliga a conciliar intereses en verdad contradictorios. En junio, Hitler había desdeñado la propuesta de entrar en guerra que le había hecho Franco a un precio muy elevado: el Marruecos francés y la región de Orán. Ahora, su ayuda se vuelve necesaria para cerrar el Mediterráneo, tomar Gibraltar y obtener puntos de apoyo en el Atlántico. Pero, a cambio, habrá de prometer a España territorios franceses, lo que hará que Vichy retire su apoyo, que, a su vez, habría que pagar con las conquistas de Italia y con la concesión de un refuerzo militar que podría volverse contra el Eje. Así las cosas, Hitler quiere matar dos pájaros de un tiro: si España entrase en guerra, Franco permitiría que las tropas alemanas se estableciesen en el Marruecos español, lo que posibilitaría controlar los territorios franceses en África del Norte, disminuyendo el riesgo de una posible desestabilización y poniendo al vencido completamente a su merced.

Durante este tiempo, Vichy afronta la amenaza anglogaullista sobre el Imperio. Pero sus fuerzas armadas son insignificantes, y están absolutamente controladas. Esto hace que en París y en Wiesbaden se multipliquen los envites. Los franceses subrayan su voluntad de defenderse. Reclaman medios militares y, al mismo tiempo, que se les garantice la integridad del Imperio. El ataque de Dakar, al que responden bombardeando Gibraltar, añade energía a su actuación, que ahora cuenta con posibilidades de éxito. El interés del vencedor juega a favor del vencido, como lo demuestran el aplazamiento indefinido del desarme de la flota y la autorización del rearme de la aviación de África del Norte. En Vichy, este cambio se percibe inmediatamente.[2] Prueba de ello es que Pétain sale inmediatamente a la palestra. En su discurso del 10 de octubre, el mariscal exhorta al vencedor a olvidar la «histórica» enemistad existente entre ambos países. Francia está deseosa de colaborar «en todos los ámbitos, con todos sus vecinos».[3]

Dos semanas después, Hitler recibe a Laval, y luego a Pétain y a Laval. En el contexto de este doble encuentro, el führer viaja a la frontera española y se entrevista con Franco para convencerle de que entre en guerra. El 22 de octubre, cuando Laval le expresa su deseo de una colaboración leal y su certeza de que Inglaterra será derrotada, el führer le replica con estas generosas palabras: Francia ha perdido la guerra; deberá pagar un precio por su derrota; pero po-

1. Jäckel, *La France dans l'Europe de Hitler*, *op. cit.*, pág. 162. Véase también la tesis doctoral de Karl-Volker Neugebauer, *Die Errichtung der deutschen Militärkontrolle im unbesetzten Frankreich und in Französisch-Nordwestafrika: Eine Studie zum Problem der Sicherung der Südwestflanke von Hitlers Kontinentalimperium*, Colonia, 1977.

2. Yves Bouthillier, *Le Drame de Vichy*, Plon, 1950, pág. 56; Baudouin, *Neuf mois au gouvernement*, *op. cit.*, pág. 372 (19 de octubre de 1940).

3. *Discours aux Français*, *op. cit.*, págs. 88-89.

dría recibir un trato más generoso, sobre todo en África, si pusiese algo de su parte en la lucha contra Inglaterra.[4] Dos días después, ahora ante Pétain, Hitler repite que no necesita a nadie para vencer, pero que Francia puede contribuir a acelerar la victoria, algo que él tendría en cuenta. Pétain le expresa su voluntad de recuperar las colonias disidentes y señala que en ese punto sería posible una colaboración. Laval recuerda que el gobierno francés no puede declarar la guerra a Inglaterra sin la aprobación de la Asamblea Nacional, pero que hay otras vías para obtener ese mismo resultado, especialmente oponiendo resistencia a los ataques contra el Imperio; asimismo, subraya que se ha de proceder «con mesura y prudencia». Pétain acaba expresando su admiración por Hitler y sus proezas.[5] Éste no le pide nada en concreto: ni una declaración de guerra, ni refuerzo militar, ni bases en el Imperio. La razón es que no había logrado arrancar a Franco, que actuó prudentemente, los compromisos que deseaba. Así que se limitó a tantear al régimen de Vichy, mostrándose más bien satisfecho. Sus interlocutores comprendieron perfectamente de qué se trataba. Déat resumía así lo que le dijo Laval a su regreso de Montoire: «Ni hablar de hacer la guerra a Inglaterra, de lo que se trata es de ayudar a combatirla, sin duda fabricando aviones, suministrando bases aéreas y marítimas».[6]

La fotografía de Pétain estrechando la mano de Hitler provocó toda una oleada de especulaciones. De hecho, el encuentro que acababa de tener lugar era muy curioso: un encuentro sin preparación diplomática, sin una discusión sobre los enormes problemas que conllevaba la ocupación, sin más resultado que un comunicado prudente. Pétain acepta el principio de una colaboración cuya modalidad deberá decidirse paulatinamente; Hitler comprueba que Francia espera mejorar con ella el balance de la guerra. Con este encuentro, al que trata de dar la mayor publicidad posible, el líder nazi quiere demostrar a los ingleses su aislamiento. Asimismo, espera fortalecer el aislacionismo en Estados Unidos, donde la campaña presidencial se encuentra en su punto más álgido. Intenta presionar a España para que se decida. Simultáneamente, ha animado a Francia a defender el Imperio y a aliarse contra Inglaterra, lo que disminuirá el peligro de una desestabilización y le asegurará, a bajo precio, una base estratégica. Por lo que se refiere a Pétain, ha realizado su deseo de entrevistarse con él, y ha preferido una conversación de hombre a hombre a un encuentro diplomático.

El 30 de octubre, en un aparatoso discurso, Pétain hace oficial la política de colaboración. La inquietud de la opinión pública le obligaba a dar una ex-

4. Schmidt, 22 de octubre de 1940, ADAP, D 11/1, nº 212.
5. Schmidt, 24 de octubre de 1940, ADAP, D 11/1, nº 227.
6. Déat, *Journal de guerre*, 25 de octubre de 1940.

plicación. Fue, dijo, un encuentro relajado que condujo a la idea de «una colaboración entre nuestros dos países». Pétain subraya que el honor está a salvo, que su objetivo es asegurar la unidad de Francia, para lo cual tiene que situarse «en el marco de una actividad constructiva del nuevo orden europeo». Espera que con la colaboración el país reciba mejor trato, que la nueva política mejore la suerte de los prisioneros, disminuya los gastos de ocupación y flexibilice la línea de demarcación entre la zona ocupada y la zona libre. La formulación es muy prudente: «Tomamos la vía de la colaboración», que ha de ser «sincera» y «carecer de toda voluntad de agresión», es decir, de una declaración de guerra a Inglaterra. Pero lo que el orador subraya es otra cosa: «Ésta es mi política», «Hasta ahora, os he hablado como un padre. Hoy os hablo como vuestro jefe». Y la orientación de esta política también queda muy clara: Francia podrá tener numerosas obligaciones para con el vencedor, pero sigue siendo soberana, y esta soberanía «le obliga a defender su territorio, a armonizar las opiniones divergentes, a reducir la disidencia de sus colonias».[7] Estas tres líneas delimitan el marco de la colaboración tal como la concibe Pétain. La unión de los franceses en torno a su política es necesaria para inspirar confianza a Alemania. La defensa del Imperio y la recuperación de las colonias disidentes hacen converger los intereses de Francia y los del vencedor, con la ventaja de que el marco de la colaboración es un marco puramente defensivo. Protegiendo sus posesiones o arrebatándoselas a un general rebelde, Francia no agrede a Inglaterra; si ésta llega a reaccionar, sólo ella será responsable de las consecuencias.

Montoire alimenta grandes esperanzas en los dirigentes franceses. Así lo prueba el hecho de que Pétain retira a Baudouin la cartera de Exteriores y se la confía a Laval. Con los refuerzos militares provenientes de Alemania, Vichy podría defender sus posesiones y recuperar los territorios perdidos; aquí, la afirmación de la soberanía va unida a la preocupación por la hegemonía. La operación resulta tanto más atractiva cuanto que la realizarían únicamente las fuerzas francesas, por lo que no habría que pagarla con una presencia alemana en el Imperio. De tener éxito, Francia quedaría reforzada desde el punto de vista militar y recuperaría todas sus posesiones en África. Pero esta operación comporta un riesgo, a saber, la posibilidad de un enfrentamiento con Inglaterra, que sería inevitable si ésta fuese en auxilio de las tropas gaullistas. Un riesgo que vale la pena correr, pues se espera matar dos pájaros de un tiro: el interés de los alemanes por los asuntos imperiales debía aprovecharse, por una

7. *Discours aux Français*, *op. cit.*, págs. 94-96.

parte, para lograr una disminución de los gastos de ocupación y, por otra, para arrancarles ciertos compromisos en la firma del armisticio, especialmente la protección del Imperio contra la codicia de Italia y de España.

Esta esperanza de una gran negociación se alimenta con el anuncio de un encuentro con Ribbentrop, cuya fecha será aplazada en varias ocasiones. Mientras espera, Laval da muestras de buena voluntad, por ejemplo devolviendo el oro belga o renunciando a la explotación de las minas de Bor, en Yugoslavia. Sin embargo, a mediados de noviembre se produce un hecho que sienta como un jarro de agua fría: la expulsión de unos 100.000 loreneses desposeídos de casi todas sus pertenencias representa la más brutal violación del armisticio. Los dirigentes de Vichy lo interpretan como un obstáculo para la política en curso. Si Pétain protesta públicamente, es sobre todo porque los alemanes alegan que él había aprobado la operación. En privado, Laval se limita a solicitar la interrupción de las expulsiones, que podrían reanudarse lentamente más tarde.[8] Posición compartida por el gobierno en pleno, que, siguiendo la propuesta de Alibert y Baudouin, solicita el aplazamiento de las expulsiones hasta la primavera, sugiriendo que se reanuden de forma prudente, por ejemplo expulsando 10.000 personas cada mes, para no llamar demasiado la atención, y que los expulsados puedan llevarse sus muebles.[9] Pero la operación contaba con la aprobación de Hitler, que afirmaba, sin darle demasiada importancia, que su política francesa no debía entenderse como un signo de debilidad y que él le daba el rumbo que se le antojaba.

Por lo que se refiere al Imperio, objeto de sus preocupaciones en ese momento, considera útil negociar, sobre todo porque la presión del enemigo persiste: el 11 de noviembre, las tropas gaullistas toman Gabón. Pero esto no puede abrir una discusión general, ni siquiera conducir a concesiones importantes: he aquí el modelo de las futuras negociaciones. A fines de noviembre, Hitler envía a París a Warlimont, uno de los responsables del OKW, para supervisar los planes de los franceses en relación con la reconquista del África ecuatorial francesa, así como las operaciones contra las colonias inglesas. En Vichy, la negociación es recibida favorablemente. Los militares confían en un restablecimiento de las fuerzas armadas. Laval espera obtener, además, la forma de abrir una discusión general, una perspectiva aparentemente reforzada por los fracasos de Mussolini, que acaba de atacar Grecia. Pero en un asunto tan importante se impone la máxima prudencia. Ésta es la razón por la que el auvernés da muestras de buena voluntad, y por la que a la vez pide tiempo, con

8. Schleier a AA, 15 de noviembre de 1940, ADAP, D 11/2, nº 338.
9. Reunión de armisticio del 20 de noviembre de 1940, AN, *AJ 41* 33, dr. Actas de reuniones de armisticio 1940-1941.

el propósito de obtener el mayor refuerzo militar posible y de vincular el asunto con una solución política.

El 29 de noviembre, Laval y los jefes militares franceses presentan su plan a Abetz y Warlimont: en primer lugar, aumento de la capacidad defensiva del Imperio; en segundo lugar, reconquista de las colonias disidentes y un plazo de un año para recuperar el Chad. Los franceses declaran que descartan la posibilidad de un ataque directo contra un territorio británico. Laval intenta atenuar el efecto de esta decisión afirmando que, en el caso de que Inglaterra tomase medidas contra Francia, las cosas cambiarían. Los alemanes se muestran decepcionados por la demora, y Abetz solicita que Vichy reformule sus planes de forma más ofensiva. El 10 de diciembre, nueva reunión: los franceses están dispuestos a lanzar la operación del Chad en la primavera. Pero no consideran necesario atacar colonias inglesas, excepto en el caso de producirse una intervención de Londres a favor de los gaullistas. Laval indica el precio: apoyo contra las pretensiones italianas, una garantía de integridad para el Imperio. Ahora, Abetz y Warlimont quedan favorablemente impresionados, y su opinión podría llegar a los oídos de un Hitler más dispuesto, dado que España ha vuelto a rechazar la propuesta de entrar en guerra. Pero, tres días después, Laval es destituido.

El 13 de diciembre fue interpretado por la opinión pública como el día de la retracción de Montoire. Los alemanes también estuvieron a punto de hacerlo así, antes de dejarse convencer de lo contrario. En una negociación tan embrollada, dos cosas eran claras: habían prevalecido las consideraciones de política interior;[10] no se había considerado la posibilidad de ningún cambio en materia de política exterior. En el seno del gobierno, Laval despertaba desconfianza y hostilidad. Desde el otoño, solía bromear diciendo: «Tengo contra mí al 80 % del país y al 90 % de los ministros».[11] Laval había reemplazado a Baudouin antes de tomar su cargo. Creyendo que su posición no era segura, miraba con el rabillo del ojo otras carteras, sobre todo la de Interior, amenazando así a Peyrouton.[12] Alibert y Bouthillier tenían otro motivo para sentir aversión hacia Laval: para ellos, él no encajaba en el proyecto de revolución nacional.[13]

10. Además de Du Moulin, véase Boegner, que recoge el testimonio de varias personas en Vichy los días 21 y 22 de diciembre, y después de Peyrouton el 4 de febrero (*Carnets du pasteur Boegner*, *op. cit.*, págs. 63-64 y 77).

11. *Cahiers Tasca*, 18 de diciembre de 1940 (doy las gracias a Denis Peschanski por haberme permitido consultar estos cuadernos).

12. Abetz a AA, 26 de octubre de 1940, ADAP, D 11/1, nº 234.

13. Véase el «Journal de La Ferté-Hauterive» de Benoist-Méchin, recogido en *A l'épreuve du temps*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 66.

Pero lo que verdaderamente le pierde es que acaba preocupando a Pétain. Entre estos dos hombres había una gran diferencia en cuanto a formas y a personalidad. Hasta entonces, esta diferencia no había bastado para separarlos. Pero Laval no ha obtenido ningún resultado desde Montoire, ni siquiera ese regreso a París que Pétain considera tan importante. Su impopularidad crece en todo el país: el mariscal teme por su imagen. O peor, el auvernés parece impaciente por sucederle.[14] A finales de noviembre, los conspiradores lo convencen fácilmente de que Laval pretende aislarlo y arrebatarle su autoridad; eso es lo que anunciarían los continuos ataques de Déat contra el gobierno. En suma, le dice Bouthillier, la cuestión no es «él o nosotros», sino «él o usted».[15]

Con su comportamiento, Pétain convierte lo que no es más que un simple cambio ministerial en una verdadera crisis. El 9 de diciembre, escribe a Hitler solicitándole que apruebe la sustitución de Laval por Flandin. Le asegura que «ahora es más partidario que nunca de la política de colaboración» y aduce la necesidad de que ésta cuente también con el apoyo de la población, que sería mucho más fácil de obtener estando en París; pero este desplazamiento, sigue diciendo Pétain, topa con algunos obstáculos, especialmente las «intrigas» de Laval, que, «junto a otras razones importantes, me han hecho perder la confianza en él».[16] En suma, Laval pone en peligro la política de colaboración, y Pétain subraya esta diferencia entre un hombre y una política de la que él es garante. La carta no será enviada, probablemente para no influir negativamente en el encuentro con Warlimont, que había de tener lugar al día siguiente.[17] Pero el tema vuelve a salir el día 13: después de decir que no irá a París a recoger las cenizas de Napoleón II, que Hitler devuelve a Francia, Pétain se deja convencer por Laval de lo contrario, sin duda porque le atrae la idea de volver a París y de ser aclamado en la capital. Para los conspiradores, este momento es decisivo, así que se ponen en marcha y le dicen a Pétain que Laval aprovechará la ocasión para arrebatarle el poder. El mariscal se alarma y destituye a su vicepresidente del Consejo, que es arrestado inmediatamente.

El 19 de diciembre, Pétain dirá a Baudouin: «No hice bien en actuar tan tarde contra Laval; además, lo hice de forma impulsiva. Es mi temperamento. Suelo ser muy prudente hasta el último momento, pero cuando éste llega, actúo de forma brutal. Cometí el error de no advertir claramente al señor Pierre Laval, pues mis advertencias le hubiesen ahorrado la sorpresa que se llevó el

14. Boegner, *Carnets du pasteur Boegner*, *op. cit.*, pág. 77 (4 de febrero de 1941).
15. Bouthillier, *Le Drame de Vichy*, *op. cit.*, pág. 242.
16. Ferro, *Pétain*, *op. cit.*, pág. 202.
17. Esto es lo que Darlan dice a Hitler el 25 de diciembre (Schmidt, ADAP, D 11/2, n° 564).

viernes por la tarde».[18] Es decir, que Laval podía sentirse apoyado hasta ese momento y que el asunto tenía algo de psicodrama. Perfecta ilustración de las intrigas de Vichy, de la personalidad de Pétain, de la influencia de un entorno que conoce bien sus debilidades: su preocupación por el prestigio, su temor a resultar impopular y a perder el poder.

En cualquier caso, no se trataba de poner fin a la política de colaboración, ni siquiera de modificarla. Ya sabemos lo que Pétain asegura a Hitler: él no era hombre de argucias y creía en la palabra dada. La elección de Flandin, entonces bien visto por los alemanes, iba en la misma dirección. Tanto Baudouin como Flandin comunican a los norteamericanos la existencia de discrepancias en materia de política interior, afirmando que ellos hubiesen preferido un alejamiento de la política de colaboración.[19] No cabe duda de que hubo discrepancias —con Bouthillier, por ejemplo, en relación con las minas de Bor— sobre la forma en que Laval practicaba la colaboración, o preocupación sobre el alcance que el auvernés podía dar a esa política. Pero nada indica que estas discrepancias fuesen más que meras diferencias puntuales sobre la forma o el reparto de competencias.[20] En cuanto a la preocupación, lo único que verdaderamente preocupaba era la posibilidad de cometer algún error. El único motivo de crisis era el problema del control de Laval, no la política de colaboración en sí misma, ni tampoco la colaboración tal como se había practicado hasta ese momento.

Evidentemente, en las relaciones con los alemanes es Laval quien lleva la batuta, y es obvio que trata de monopolizar esas relaciones para ponerlas al servicio de sus intereses políticos. Pero, contrariamente a la leyenda tejida después de la guerra por antiguos colegas suyos como Baudouin, muy interesados en desmarcarse de él, sus ideas no son muy distintas de las del gobierno. Sin duda, su modo de proceder, del que tampoco rinde cuentas detalladamente, es más decidido y provocador. Laval expresa abiertamente su deseo de que Alemania gane la guerra y no teme hablar de un posible enfrentamiento con Inglaterra. Pero esto lo hace para demostrar que está dispuesto a correr grandes riesgos, y es una forma de justificar las elevadas compensaciones que solicita. Cuando la discusión es importante, sus posiciones son prudentes y moderadas. Rechaza firmemente la idea de una presencia alemana en el Imperio.[21]

18. Baudouin, *Neuf mois au gouvernement*, *op. cit.*, pág. 422.
19. Gun, *Les Secrets des archives américaines*, *op. cit.*, págs. 211 y sigs.
20. Sobre las diferencias entre Laval y Bouthillier en relación con las minas de Bor, véase Michel Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie: Histoire d'une conversion 1932-1952*, Imprimerie nationale, 1991, págs. 632-633.
21. Y así se lo dice, por ejemplo, a Göring, véase Abetz a AA, 9 de noviembre de 1940, ADAP, D 11/1, nº 306.

Y, como hemos visto, se niega a cualquier ataque injustificado contra el Imperio británico.

En el curso de la negociación sobre el Chad, está flanqueado por jefes militares y controlado por el gobierno: ninguna discrepancia en las reuniones preparatorias. Ciertamente, el riesgo de un conflicto con Inglaterra resulta preocupante. Pero Laval, el encargado de exponerlo a los alemanes, lo considera menor. Así lo expresa el 7 de diciembre en una sesión de armisticio en la que participa Pétain; partiendo de su punto de vista, que no es puesto en cuestión, se decide preparar un plan.[22] Tres días después, cuando somete ese plan a la aprobación de Abezt y Warlimont, Laval está acompañado de Darlan y Huntziger, que dicen fundamentalmente lo mismo que él, aunque el auvernés lo expresa con rotundidad, como acostumbra a hacerlo. «Francia quiere recuperar sus colonias y acepta la posibilidad de una guerra contra Inglaterra en África.» A lo que añade: «Nuestra flota está capacitada para dar caza a De Gaulle y deseamos la victoria de Alemania».[23] El acuerdo con los jefes militares era sólido. Éstos se desmarcan del complot que lleva a su destitución, y posteriormente son los primeros en pedir su retorno para reanudar la negociación con Warlimont. Añadamos que esta negociación no comprometía a nada de forma inmediata, ni mucho menos de forma irreversible, y que las verdaderas esperanzas estaban puestas en la entrevista con Ribbentrop. Finalmente, el que la recuperación de las colonias disidentes dejase de ser objeto de negociación —pese a reaparecer episódicamente en las palabras de algunos dirigentes de Vichy—, se debió a que los alemanes perdieron el interés por ella y empezaron a buscar una ayuda de utilidad más inmediata para su guerra.

Si la destitución de Laval no tiene nada que ver con el tema del Chad, ¿no estará relacionada con un acercamiento secreto a los ingleses? La tesis del doble juego ha tenido un éxito asombroso. Como todos los mitos, tiene una base real. Desde principios del otoño, y por iniciativa de los ingleses, vienen produciéndose contactos en los que, después de Dakar, se llega a la conclusión de que es conveniente flexibilizar las posiciones de los dos países. Los franceses defenderían el Imperio; en caso de pretender ponerlo por la fuerza en manos de los gaullistas, Pétain se vería obligado a ponerse del lado de los alemanes, lo que no beneficiaría a los intereses británicos. Londres quiere tantear las intenciones de Vichy con el propósito de encontrar un *modus vivendi*: suavizar el bloqueo a cambio de la promesa de mantener la flota y el Impe-

22. Reunión de armisticio del 7 de diciembre de 1940, AN, *AJ 41* 33, dr. Actas de reuniones de armisticio 1940-1941.

23. «Réunion franco-allemande du 10 décembre 1940 à l'embassade allemande à Paris», AN, *AJ 41* 138, dr. 13.

rio fuera de la influencia del Eje y de renunciar a recuperar las colonias disidentes.[24]

El mediador más serio, el diplomático canadiense Dupuy, se encontró por primera vez con Pétain el 24 de noviembre. La entrevista fue más bien decepcionante. El mariscal no excluía la posibilidad de conceder a los alemanes, a cambio de las debidas compensaciones, bases en el Imperio, una política que él calificaba de «colaboración pasiva»; como vemos, si el Reich no planteaba esta cuestión, él pensaba en ella y su actitud era más que conciliadora. El 6 de diciembre, Dupuy vuelve a entrevistarse con Pétain en presencia de Darlan. Éste le dice que Vichy opondrá resistencia a la presión alemana para atacar las colonias disidentes, al menos hasta febrero o quizá durante más tiempo; que, «por ahora», no piensa conceder a Alemania el uso de bases en la metrópoli o en las colonias; que procedería al hundimiento de la flota en el caso de que Alemania quisiera apoderarse de ella; que no apoyará las acciones contra la flota británica y las colonias disidentes.[25]

Hace falta mucha imaginación para ver un doble juego en estas declaraciones. Vichy está demasiado convencido del poder de Alemania y de la debilidad de Inglaterra —que los intentos de acercamiento por parte de Londres no hacen sino confirmar—, como para dejarse impresionar. Por lo demás, en sus notas Darlan resume el episodio de este modo: «El 6 de diciembre, el mariscal me llama para que me reúna con el señor David (*sic*), canadiense francés. Este señor me dice que viene de parte de Lord Halifax y afirma que los ingleses jamás han dudado de mi palabra. Yo le respondo que se han portado como unos imbéciles, y le confirmo que estamos dispuestos a darles una paliza si nos atacan».[26] Si Halifax se cree las palabras de Darlan y de Pétain, es porque éstos están en la línea conciliadora que él defiende contra Churchill. En realidad, estas palabras se limitan a hacer explícitas las posiciones que Vichy ha tomado de forma totalmente independiente y que no le comprometen a nada en el futuro. Si los dirigentes franceses tuvieron algún interés en esos contactos, fue solamente para ver si había alguna posibilidad de que los ingleses suavizaran su bloqueo y dejaran solo a De Gaulle. Sobre este segundo punto, la negativa de Londres, que se pondría inmediatamente de manifiesto, no podía sorprender. Sobre el primer punto, las cosas se echaron a perder cuando Londres se

24. Véase R. T. Thomas, *Britain and Vichy: The Dilemma of Anglo-French Relations 1940-1942*, Nueva York, St. Martin's Press, 1979; y Robert Frank, «Vichy et les Britanniques 1940-1941: double jeu ou double langage?», *Vichy et les Français, op. cit.*, págs. 144-163.

25. Llewellyn Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, vol. 1, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1970, págs. 429-430.

26. Hervé Coutau-Bégarie y Claude Huan, *Lettres et Notes de l'almiral Darlan*, Économica, 1992, pág. 203.

enteró de que Flandin había informado de estas negociaciones a los alemanes, que se interesaron por ellas: un mayor aprovisionamiento de Francia sólo podría redundar en su propio beneficio. Los ingleses no tuvieron más remedio que aceptar que se habían equivocado al pensar que en Vichy existían tendencias opuestas a la colaboración.

En cuanto a Estados Unidos, sin duda este país entra en los cálculos de los dirigentes franceses. Su ayuda económica es bienvenida, como lo muestra el acuerdo Murphy-Weygand de principios de 1941, que hace posible el abastecimiento de las colonias francesas en África del Norte. Su influencia puede contribuir a moderar las presiones de Inglaterra y Japón sobre el Imperio, y su amistad puede ser importante cuando llegue la paz. La política conciliadora de Roosevelt para con Pétain, que molesta a una parte de la opinión norteamericana y escandaliza a británicos y gaullistas, obedece a la voluntad de neutralizar la flota y el Imperio francés, pues a Estados Unidos no podía interesarle un refuerzo del Eje. Pero en el caso de que el verdadero objetivo de esa influencia hubiese sido la neutralidad, los resultados son muy limitados. El almirante Leahy, enviado como embajador, llega rápidamente a la conclusión de que Pétain no renunciará a la colaboración, que nunca volverá a entrar en guerra al lado de los Aliados y que está dispuesto a transigir con Berlín en casi todo.[27] En julio de 1942, un miembro de su equipo diplomático advierte a Washington de que no debe dar demasiada importancia a las protestas del mariscal. «Cada vez que algo sale mal, cada vez que se produce un incidente que pudiese significar una disminución de su popularidad y hacerlo responsable ante la Historia, Pétain dice que no estaba al corriente de nada, que Laval lo ha engañado, que se ha burlado de él, que él no sabía absolutamente nada... Al viejo soldado no le falta malicia...»[28]

En unos meses, Vichy se enfrentará a una situación imprevista. La derrota de Inglaterra parece menos segura, pero una derrota de Alemania sigue siendo totalmente improbable. La resistencia inglesa, lejos de llevar a la prudencia, refuerza la decisión inicial y consolida la colaboración. La guerra, que se prolonga indefinidamente, debería hacer que los alemanes se sintiesen inclinados a reconciliarse con el vencido, cuyo margen de maniobra va en aumento. «Ser fuerte», «reforzarse», se convierten en las fórmulas maestras. Aprovechando hábilmente la situación, Francia podría remontar la cuesta y hallarse, en el

27. Leahy a Roosevelt, 13 de mayo de 1941, FRUS, 1941, vol. II, Europe, pág. 170.
28. Telegrama de Tuck del 20 de julio de 1942, citado por Gun, *Les Secrets des archives américaines*, *op. cit.*, pág. 262.

momento de la paz, en las mejores condiciones. Esto requiere inspirar confianza al vencedor, mostrarle el interés que puede tener en recibir la ayuda del vencido: ayuda voluntaria, pero no gratuita, importante, pero no total.

En las notas y en los memorándums que circulan en los ministerios, la política gubernamental se define como una política de colaboración. El repertorio de argumentos usado por los negociadores precisa claramente el contenido y los límites de esta política. La colaboración debe desarrollarse fundamentalmente en el plano económico, y su objetivo ha de ser rentabilizar los recursos que interesan a los alemanes, sobre todo en la zona libre y en el Imperio. Pero también debe desplegarse en el plano político y diplomático, en cuanto participación en «el establecimiento de un orden nuevo en Europa».[29] Se subraya el beneficio que supondría para Alemania «un acercamiento con Francia que, para tener validez, debería ser un acercamiento consensuado libremente».[30] Éste tendría como resultado la disminución de la resistencia pasiva entre los pueblos vencidos y la vacilación entre los pueblos neutrales, especialmente en el pueblo norteamericano, cuyo aislacionismo podría verse reforzado; acto seguido, se subraya permanentemente el papel de Francia como puente entre Europa y Estados Unidos. También se argumenta que, incluso por el bien de Alemania, el régimen de Vichy debería ir obteniendo resultados, pues es la única forma de lograr que el pueblo francés dé su apoyo a la política de Montoire, a la que hasta ahora se opone «mayoritariamente» por considerarla una humillación.[31]

Colaboración absoluta en el plano político y económico, y lo más limitada posible en el plano militar. El lema de Vichy es la defensa del Imperio contra cualquier intromisión, pero únicamente con fuerzas francesas. Nadie quiere la guerra contra Inglaterra, evidentemente a nadie le interesa. La guerra conduciría a la pérdida de las Antillas y de Madagascar, constituiría un riesgo para la metrópoli y para el Imperio, que quedarían expuestos a bombardeos a los que sería imposible responder, llevaría a la ruptura de las relaciones con los norteamericanos, haría que el gobierno perdiese definitivamente el apoyo de la opinión pública y sometería totalmente el país a Alemania.[32] Mientras que la beligerancia debilitaría a Francia en lugar de fortalecerla, la adecuada rentabi-

29. Nota de Darlan para Pétain, 8 de noviembre de 1940, *Lettres et Notes de l'almiral Darlan*, *op. cit.*, doc. 142, pág. 248.

30. «Note relative aux négociations pour la suppression de la ligne de démarcation», 7 de diciembre de 1940, AN, *AJ 41* 39, dr. Cab. 62 «Documentación preparada por el Ministerio de Finanzas para el señor Flandin el 15 de diciembre».

31. «Note pour le Ministre. Réflexions sur la politique de "collaboration"», 6 de noviembre de 1940, sin firma, probablemente de Barnaud, AN, *F 37* 1, dr. b.

32. El propio Darlan expone estos argumentos en su nota para Pétain del 8 de noviembre de 1940 (véase nota 29).

lización del antagonismo con los británicos y los gaullistas, aprovechando el equilibrio alcanzado por los dos frentes en relación con el Imperio francés, permitiría obtener refuerzos militares, una flexibilización del régimen de ocupación, garantías para el futuro. Política delicada, difícil, peligrosa: ¿cómo jugar correctamente las pocas cartas disponibles, que no hay que perder y que por lo tanto tampoco habría que jugar?

Incluso en el plano militar, es impropio hablar de neutralidad para designar la política de Vichy. Como bien dice Darlan, la neutralidad exigiría atenerse estrictamente al armisticio, lo que impediría buscar refuerzos militares en Alemania, con la consecuencia, según él, de exponer el Imperio a la codicia de todos.[33] La expresión más adecuada para definir la política de Vichy es la no beligerancia. Ésta es la fórmula que utilizó Mussolini para designar su posición durante «la drôle de guerre», cuando optó por no participar en el conflicto, aunque puso de manifiesto de muy distintas formas su apoyo a Alemania. La no beligerancia permite volver a la neutralidad, pero también pasar a la beligerancia. Esta hipótesis está presente al principio, cuando Laval hace referencia a la obtención de compensaciones en el Imperio británico, del mismo modo que Mussolini se había apresurado a la rapiña tras la derrota de Francia. Y sigue estándolo después, cobrando actualidad en los protocolos de París y a principios de 1942, cuando el gobierno considera la posibilidad de entrar en guerra contra los anglosajones. Vichy no optará finalmente por la beligerancia; no obstante, durante dos años, la beligerancia está inscrita en el horizonte de su política, y si Vichy no pasa a la acción, es fundamentalmente porque Hitler se niega a tomar esta dirección.

Conforme al curso que siguió, la no beligerancia del Estado francés se traduce en una ayuda indirecta y en una ayuda directa. La primera se desprende de la misma situación: defendiendo el Imperio, Vichy impide que los ingleses se marquen tantos, facilitando la labor de Alemania y asegurándole directamente una base estratégica. Y de haberse lanzado a la recuperación de las colonias disidentes, su presión sobre las fuerzas británicas todavía habría sido mayor. Así las cosas, se entiende que el ocupante respondiese con generosidad a sus demandas de refuerzo militar. Asimismo, la ayuda indirecta se pone de manifiesto en la asistencia ofrecida al vencedor en forma de armamento militar fabricado en la zona ocupada, y poco después en la zona libre, y en la cesión de material militar, como sucederá en varias ocasiones durante 1941.

La ayuda directa se traduce en la entrega de bases en el Imperio. Esta demanda se plantea inmediatamente después del armisticio, cuando Hitler pide

33. Nota de Darlan del 17 de noviembre de 1940, *Lettres et Notes de l'almiral Darlan, op. cit.*, doc. 144, pág. 252.

puntos de apoyo en los territorios franceses de África del Norte; en aquel momento, como hemos visto, no hubo una negativa rotunda. En el otoño, esta solicitud se deja entrever en las negociaciones sobre el Imperio; los militares alemanes consideraban la utilización de bases francesas como una parte esencial de su «nueva política». Pero Hitler esperaba la respuesta de Franco. Con sus tropas en el Marruecos español, Hitler habría estado en condiciones de exigir la entrega de bases francesas. Así, fue la negativa de España a entrar en guerra, y no el armisticio de junio de 1940, lo que mantuvo a las tropas del Eje fuera de África del Norte y lo que facilitó el desembarco aliado en el otoño de 1942.

Vichy se temía que la cuestión volvería a plantearse. En noviembre de 1940, Pétain se lo comenta a Dupuy, manifestándole que está dispuesto a conceder bases a los alemanes a cambio de las correspondientes compensaciones. La aceptación está lejos de producirse en mayo de 1941. En ese momento, Pétain no dice nada nuevo cuando explica a Leahy que no concederá «voluntariamente una ayuda militar activa». Pero de este modo admite al menos la posibilidad de conceder voluntariamente una ayuda pasiva, e incluso una ayuda activa si aumenta la presión alemana.[34] Sin lugar a dudas, Pétain prefiere brindar a Alemania una ayuda indirecta, y considera que lo ideal sería un adecuado reparto de papeles: una Francia fuerte, rearmada, soberana y capaz de mantener con firmeza su imperio contra los ingleses, a cambio de unas condiciones de paz benévolas. Sin embargo, acepta de antemano brindar una ayuda directa, permite que los alemanes utilicen el Imperio, puntualmente o por más tiempo, si hay buenas compensaciones, y si es posible asumir los riesgos de una retribución inglesa. Aquí se sitúa su divergencia con Weygand, que insiste en mantener al Eje fuera del Imperio —desde el verano, él ya ha abandonado la fórmula «el armisticio y nada más que el armisticio»—, pues es la única forma de reforzar el ejército de armisticio.

Evidentemente, en la medida en que el gobierno se atiene a su lema de defender el Imperio únicamente con las fuerzas francesas, en la medida en que no apoya abiertamente la guerra alemana, la esperanza en una recuperación del país, es decir, la posibilidad de volver a entrar en guerra al lado de Inglaterra, se mantiene viva entre algunos militares, entre ciertos funcionarios o simplemente entre aquellos franceses que quieren conciliar su adhesión a la revolución nacional y el deseo de una derrota de Alemania, sin comprender, como decía Darlan, «la contradicción existente entre estas dos políticas».[35] No cabe

34. Leahy a Roosevelt, 13 de mayo de 1941, FRUS, 1941, vol. II, Europe, pág. 167.
35. Nota de Darlan del 22 de julio de 1941, citada por Hervé Coutau-Bégarie y Claude Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 449.

duda de que entre quienes daban su apoyo al régimen, e incluso en Vichy, había partidarios de una política de espera: gente que quería conocer al vencedor antes de comprometerse a fondo, o que, aun deseando la victoria de los ingleses, creía oportuno suavizar la relación con Alemania, esperando que las cosas estuviesen maduras para poder dar un giro. Asimismo, es indudable que la política del gobierno fue interpretada en este sentido durante algún tiempo, lo que frenó la erosión de la popularidad de Pétain.

Pero, en verdad, esta política de espera no fue jamás la política de los dirigentes de Vichy. Pétain, Laval y Darlan estaban demasiado convencidos de que a Alemania le esperaba, si no la victoria total, al menos una hegemonía duradera en el Continente. Y demasiado convencidos de que el interés de Francia, tal como ellos lo entendían, era conciliarse con el vencedor, brindándole una ayuda bien remunerada y jugando las bazas que todavía les quedaban. La lógica de esta política ejercía tanta presión que el mismo Pétain, pese a su temor a actuar y su propensión a transigir, no pudo por menos de ceder a ella cada vez que pareció presentarse la ocasión para abrirse paso. Éste fue el precio que tuvo que pagar una política que, en pro de la supervivencia de un régimen, pretendía revisar la paz incluso antes de que el vencedor hubiese terminado su guerra.

Capítulo 8
La era Darlan

La destitución de Laval abre una crisis que dura dos meses a causa de las maniobras de Abetz, las reservas de Pétain y el desinterés de Hitler. El embajador pierde un interlocutor valioso y se preocupa por su política. Aunque hace todo lo posible por el regreso de Laval, lo que verdaderamente le interesa es acrecentar su influencia en la política francesa. Presentándose en Vichy el 16 de diciembre, pide una remodelación del gobierno y la destitución de los ministros dudosos. De momento, logra que se reemplace a La Laurencie —responsable de la detención de Déat en París— por Brinon, cuya simpatía por Alemana es bien conocida. Además, exige la formación de un directorio compuesto por los ministros más fiables, Darlan, Laval, Huntziger y Flandin, cuya misión es posibilitar el regreso de Laval y avanzar en la relegación de Pétain, del que empieza a desconfiar, al puesto de jefe de Estado. Su deseo es ver al frente del directorio a Darlan, del que tiene una buena opinión y que posteriormente debería convertirse en jefe de Estado, con Laval al frente del gobierno.[1] Sirviéndose del almirante, podrá hacer avanzar su proyecto de una alianza militar. En cuanto a Laval, enfrentado a Pétain, le resulta fácil enviarlo de nuevo a París. El auvernés se pone bajo la protección de Alemania y agradece a Hitler que haya hecho posible su liberación.

En un principio, Hitler se muestra alarmado. ¿Cambiará de frente Pétain? No ve con buenos ojos la destitución de este hombre al que acaba de conocer y que se identifica con la causa de la colaboración. Sospecha que Francia puede volverse más exigente a raíz de los fracasos de Italia. Para saber a qué atenerse, recibe a Darlan, que le da a conocer una carta en la que Pétain confirma su voluntad de seguir por la vía de la colaboración, aunque se niega a readmitir a Laval. Darlan, que se encuentra con Hitler por primera vez, aprovecha la ocasión para darse importancia, sin olvidar echar flores a Abetz, que está sentado

1. Abetz a AA, 18 de diciembre de 1940, ADAP, D 11/2, nº 531.

a su lado. Sin perder la calma, Hitler censura la actitud de Pétain y señala que dará a conocer su posición al respecto.[2] Sus pensamientos están ya lejos de Francia y del Mediterráneo. El 13 de diciembre, había dado su aprobación a las operaciones militares sobre los Balcanes planeadas para la primavera, cuyo objetivo era cerrar la región después de la derrota italiana; y el día 18 de ese mismo mes, había aprobado la campaña contra la URSS, que debía tener lugar al comienzo del verano. Francia vuelve a tener una importancia secundaria; lo único importante es que no cambie de frente, para lo cual basta con dejarle un rayo de esperanza.

En Vichy, los dirigentes franceses están muy preocupados por la vigorosa reacción de los alemanes, que cierran la línea de demarcación y suspenden los contactos entre la zona ocupada y la zona libre. Los ministros empiezan a multiplicar sus solicitudes y sus promesas. Darlan y Flandin solicitan una entrevista con Ribbentrop. Huntziger asegura que su presencia en el gobierno garantiza la continuidad de la colaboración y solicita proseguir las conversaciones con Warlimont.[3] Pétain duda: no quiere ceder a la presión alemana y readmitir a Laval; al mismo tiempo, teme arruinar su política. Bajo los efectos del bloqueo, permite el retorno de Laval, al que concede un puesto subordinado. A través de una carta de disculpas, acepta incluso encontrarse con él. Esperando que Hitler tome posición sobre el tema, su estado fluctúa entre el temor a verse en un callejón sin salida y la esperanza de una concesión. Si los alemanes quieren a Laval, que lo hagan saber y que den a conocer «tan importantes razones, de modo que toda Francia pueda entender por qué lo he readmitido».[4]

A finales de enero, Hitler se pronuncia. La política de Montoire queda suspendida, le comunica a Abetz. El objetivo es presionar a Vichy apoyando a Laval en París, situándolo al frente de una oposición que podría incluso llegar a convertirse en una amenazadora alternativa al gobierno existente.[5] El embajador se sirve de la diplomacia, y lo hace a su manera. No está dispuesto a renunciar al retorno de Laval, a menos que Vichy le compense con la destitución de Flandin, hombre que ahora le merece una opinión totalmente distinta, pues se ha opuesto a la remodelación del gobierno exigida por Alemania. De este modo, Abetz hace una doble maniobra cuyos extremos son Vichy y Laval. El 30 de enero, comunica a Brinon que Hitler está dispuesto a romper la política de colaboración; que después de Montoire estaba dispuesto a subscribir unas

2. Schmidt, con fecha errónea del 24 de diciembre de 1940, ADAP, D 11/2, nº 564.
3. Hencke, 16 de diciembre de 1940, ADAP, D 11/2, nº 521; Schuchardt, «Unterredung mit Botschafter Abetz am 29.1.41», AN, *AJ 40* 1.202, dr. *V.O. zur Deutsch Bot. Paris.*
4. Benoist-Méchin, *A l'épreuve du temps*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 71, 11 de enero de 1941.
5. Schuchardt, «Unterredung mit Botschafter Abetz am 29.1.41», AN, *AJ 40* 1.202, dr. *V.O. zur Deutsch Bot. Paris.*

condiciones de paz muy generosas; que Vichy ha echado a perder una oportunidad extraordinaria; que ahora se trata de no empeorar las cosas. Sin mencionar a nadie en particular, da a entender que la readmisión de Laval y la destitución de Flandin podrían evitar una ruptura definitiva.[6]

Ese mismo día, anima a Laval a formular sus exigencias a fin de duplicar la presión ejercida sobre Vichy.[7] Laval exige que se le nombre jefe del gobierno, que Pétain sea relegado al puesto de jefe de Estado y que se le conceda el derecho de presentar a aprobación la constitución. El auvernés cree que Hitler ha decidido ayudarle. Habla a Déat de listas ministeriales, proyecta una política social capaz de devolverle la popularidad, alude a la construcción de una autopista París-Berlín.[8] En Vichy, la presión es absoluta, pues el cerco militar es una realidad. El 5 de febrero, Darlan se pronuncia a favor del retorno de Laval y logra convencer al gobierno, excepto a Flandin.[9] En la embajada, la noticia hace que se hable de «rendición». Vichy se ha mostrado más débil de lo previsto; hay que evitar que Laval llegue a un acuerdo con sus antiguos colegas.[10] Probablemente a petición de la embajada, este último vuelve a formular sus exigencias.

Abetz, apremiado por Ribbentrop, zanja por fin el asunto. El 7 de febrero, da a conocer a Darlan lo que debía haberle comunicado una semana antes: Berlín ya no insiste en el retorno de Laval; pero Flandin debe abandonar el gobierno, y Darlan ha de ser el sucesor de Pétain. A cambio, el almirante satisface la demanda de Abetz: sella un pacto secreto con Laval por el que se compromete a posibilitar su retorno como jefe del gobierno; el momento de este retorno habrá de acordarse con la embajada.[11] Premio de consolación para Laval, manipulado sabiamente por manos maestras; y para Darlan, pequeña comisión por su compromiso, algo de lo que, al parecer, evitó hablar con Pétain; un compromiso cuyo cumplimiento sabrá aplazar demostrando a los alemanes que no tenían motivos para echar en falta al auvernés.

La crisis abierta el 13 de diciembre duró cerca de dos meses. Aunque temían una acción contra Alemania, los esfuerzos franceses por reanudar las relaciones han hecho que Hitler y Abetz cambien de opinión sobre Vichy. Acep-

6. Brinon a Pétain, 30 de enero de 1941, en Alain Darlan, *L'Almiral Darlan parle*, Amiot-Dumont, 1952, págs. 271-274.

7. Abetz a AA, 31 de enero de 1941, ADAP, D 11/2, n° 736.

8. Déat, *Journal de guerre*, 30 de enero de 1941; «Niederschrift über die Besprechung bei der Deutschen Botschaft», 6 de febrero de 1941, AN, *AJ 40* 539.

9. Notas de Huntziger, citado en Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 369.

10. «Niederschrift über die Besprechung bei der Deutschen Botschaft», 6 de febrero de 1941, AN, *AJ 40* 539.

11. Nota del 8 de febrero de 1941, AN, *AJ 40* 1.202, dr. *V.O. zur Deutsch Bot. Paris.*

tando el regreso de Laval, los dirigentes franceses se muestran dispuestos a proseguir la política de Montoire, con lo que aprueban la injerencia alemana en la composición de los equipos ministeriales. Sólo la decisión de Hitler impidió el retorno de Laval, que habría dañado seriamente la popularidad de Pétain. Con todo, la confusión es manifiesta. En París, el ocupante ha autorizado la actividad de los partidos políticos; la unidad del país se aleja todavía más. Abetz ha encontrado en Laval un aliado que lo hace imprescindible en todo cambio gubernamental. Y Vichy debe recuperar la confianza de los alemanes. Durante la crisis, y con el propósito de calmar los ánimos, Flandin ha tomado varias decisiones importantes, especialmente la fabricación de material de guerra en la zona libre. Con el mismo propósito, el ministro de Interior, Peyrouton, uno de los conjurados del 13 de diciembre, ha entregado a la policía alemana a los Thyssen, y posteriormente a los dirigentes socialistas Breitscheid y Hilferding. Después de la crisis, hay que seguir ganándose la confianza de los alemanes. Éstos repiten sin cesar que Francia debe demostrar con actos, es decir, con concesiones unilaterales, esa voluntad de colaboración que tanto proclama.

El 9 de febrero, Darlan se convierte en vicepresidente del Consejo y concentra en sus manos cargos de primer orden. Así, se sitúa al frente de la Marina, de Exteriores, de Interior, de la secretaría general de Información y de la presidencia del Consejo. Además de Huntziger, el nuevo gabinete ministerial lo forman, en parte, hombres ilustres, católicos o liberales conservadores (Bouthillier, Caziot, Barthélemy, Carcopino...), y en parte, jóvenes arribistas que llegan hasta Darlan a través de Benoist-Méchin, responsable de las relaciones francoalemanas. Entre estos últimos está Marion (Información), Pucheu (Producción Industrial), Lehideux (Equipamiento) y Barnaud (delegado general para asuntos económicos francoalemanes). En el verano de 1940, se reagrupan, junto a Jacques Le Roy Ladurie, Victor Arrighy y Jacques Guérard, en torno a Gabriel Le Roy Ladurie, director de la Banque Worms, antiguo militante del Partido Popular Francés (PPF) al igual que algunos de ellos, y hombre poderoso. Sus cargos son subordinados, pero tienen una influencia directa en la gestión de las relaciones con el ocupante.

A principios de abril, solicitan a Abetz que comunique a Berlín el proyecto que han elaborado y que ha sido aprobado por Darlan. Este «Proyecto de un orden nuevo» propone una Francia autoritaria, una Francia que se integre en Europa a través de una unión aduanera y que ponga a su disposición los recursos del Imperio, cuya explotación ha de favorecer el surgimiento de un «sentimiento de solidaridad europea». Tras eliminar la disidencia gaullista, cante-

ra de las futuras «milicias del partido único», Francia recuperará su vocación marítima. Cabeza de puente sobre el Atlántico, Francia será «el escudo de Europa», para lo que necesitará una flota y un ejército colonial poderosos. Montoire ha de dejar de ser un símbolo para convertirse en una realidad: «Queremos salvar a Francia. Rogamos al führer que confíe en nosotros».[12]

Abetz transmite este texto sin añadir comentario alguno, lo que cabe interpretar como expresión de sus reservas. Pese a su discurso «europeo», el texto no habla ni de alianza ni de subordinación. Con el equipo Worms, Abetz teme perder terreno en beneficio de la sección económica del MBF. Son perfectamente comprensibles los ataques de los colaboracionistas de París, que desconfían de Darlan, contra la «sinarquía», contra esos hombres de negocios que se sirven del Estado para hacer una política favorable a los *trusts*.[13] El embajador sigue pensando en un tándem Laval-Darlan y, mientras espera, se da por satisfecho con el segundo. Militar, Darlan no es ni clerical ni reaccionario. Su voluntad de colaboración, que no deja de proclamar, parece basarse en una anglofobia que puede conducir a la guerra contra Inglaterra.

Muchas de las ideas del almirante se reflejan en las notas que envía a Pétain, en las que se pone de manifiesto la identidad ideológica existente desde el otoño anterior. La colaboración ha de ser fundamentalmente política y económica, el Imperio debe defenderse únicamente con tropas francesas, Francia no debe atacar a Inglaterra si no tiene motivos para hacerlo. Darlan admite que, en ese momento, la defensa del Imperio exige una colaboración militar limitada. Pero no excluye la posibilidad de ampliar dicha colaboración si Francia queda reconfortada, moral o materialmente, mediante un alivio de las cargas económicas que comporta la ocupación, una «declaración sobre la integridad del Imperio» y «una especie de preliminar de paz».[14]

A su entender, lo que justifica la colaboración es la probable victoria de Alemania, la debilidad de Francia y la lógica de la decisión inicial («para ser coherentes con la política que nos ha conducido al armisticio, debemos colaborar»).[15] Darlan está convencido de que una victoria alemana no será tan costosa como una victoria inglesa, cree que Alemania reducirá sus pretensiones territoriales a cambio de la ayuda de Francia y que pondrá freno a las pretensiones italianas y españolas. Esta visión es fruto de la importancia que el almirante concede a la diversidad de corrientes existentes en el ocupante. En

12. *Pétain et les Allemands*, *op. cit.*, págs. 79-84.
13. Véase Richard F. Kuisel, «The Legend of the Vichy Synarchy», *French Historical Studies*, primavera de 1970, págs. 365-398.
14. Nota del 30 de enero de 1941, en Coutau-Bégarie y Huan, *Lettres et Notes de l'almiral Darlan*, *op. cit.*, doc. 165, pág. 288.
15. Otra nota del 30 de enero de 1941, *ibid.*, doc. 166, pág. 290.

su opinión, una parte de los dirigentes alemanes quiere que Francia sea aplastada; otra, la industria y algunos militares, desea llegar a un entendimiento; finalmente, el ejército todavía está indeciso.[16] Aunque suele presentar su política como un mal menor, el almirante espera que en el futuro Francia recupere su vocación marítima e imperial. En 1945, Abetz dirá que Darlan le había confesado en privado «su deseo de que la flota francesa se convierta en la flota más poderosa del mundo, en una flota capaz de garantizar la defensa marítima de los intereses de toda Europa».[17]

Pétain valora en Darlan al oficial de Estado Mayor que presenta sus informes con regularidad, acude a él en busca de órdenes y le rinde cuentas de su actuación. Las grandes decisiones las toman conjuntamente. Sobre algunos puntos, sus divergencias son manifiestas, pero nunca tienen consecuencias. En febrero de 1941, cuando se entrevista con Franco, Pétain afirma que Alemania no podrá derrotar a Inglaterra, pues los recursos de los anglosajones son demasiado importantes para que algo así pueda suceder; la guerra será larga y acabará en un compromiso de paz. Para Darlan, que acompaña al mariscal, la flota británica, en plena batalla del Atlántico, está ya agotada, y la ayuda norteamericana llegará demasiado tarde; Alemania ha ganado prácticamente la guerra.[18] Pétain siente simpatía por los norteamericanos, mientras que Darlan no oculta su desprecio hacia ellos. Desprecio compartido por el mariscal en un punto, a saber, la incapacidad militar de los anglosajones, viejo prejuicio de la infantería francesa. Ni el uno ni el otro creen en la posibilidad de que Estados Unidos participe en la guerra.

Darlan piensa que Alemania vencerá, Pétain que no será vencida. Ambos creen que lo que más interesa a Francia es una paz rápida. La prolongación del conflicto agravaría la explotación del país, favorecería el desorden social y la difusión del comunismo, provocaría la repartición del Imperio entre los beligerantes. Por estas razones, pero sobre todo a raíz de las victorias alemanas en los Balcanes, Pétain y Darlan se sienten inclinados a conciliarse con el vencedor brindándole, a un precio muy elevado, ayuda militar antes de que una victoria o, en el peor de los casos, un compromiso de paz con Inglaterra acabe quitando todo su valor a las bazas que todavía les quedan. En uno de los escasos documentos en los que expone sus ideas sobre la colaboración, y en uno de los pocos lugares en los que expresa claramente cuál es su prioridad —«extirpar en los franceses las causas que les han llevado a la derrota»—, Pétain escribe

16. Barthélemy, *Ministre de la Justice*, Pygmalion, 1989, pág. 345 (recoge las palabras pronunciadas por Darlan en junio de 1941).
17. Audiencia del 18 de noviembre de 1945, AN, *3W* 358.
18. Stohrer, Madrid, 17 de febrero de 1941, ADAP, 12/1, nº 62.

que lo verdaderamente importante es preparar al país para después de la guerra, «sea quien sea el vencedor». No obstante, la colaboración con Alemania es necesaria. Una victoria inglesa, de tener lugar, llevaría mucho tiempo, por lo que, mientras tanto, Francia ha de obtener del ocupante cierta libertad. En el caso de producirse una victoria alemana, las condiciones de paz han de ser las mejores posibles. Así pues, en este caso la colaboración está todavía más justificada, y facilitada por el hecho de que el vencedor debe tratar bien a Francia a causa del Imperio. Conclusión: «Si Alemania gana la guerra, es necesario que antes hayamos llegado a un acuerdo con ella, no vaya a ser que después no nos necesite».[19] Aquí se concentran todos los dilemas de Vichy: ayudar a Alemania contra Inglaterra entraña el riesgo de someterse a su poder; no hacer nada entraña el riesgo de una paz que aplaste a Francia; así pues, hay que ayudar a Alemania a cambio de ventajas que no se puedan revocar.

En la primavera de 1941, Hitler sigue dando la espalda a Francia, pese a los consejos de diplomáticos y militares. Ni una palabra de retomar las negociaciones, dice, pues Francia «vuelve a albergar esperanzas a consecuencia de la debilidad de Italia».[20] Poco después, llegan las victorias alemanas en los Balcanes. La ocupación de Yugoslavia y de Grecia, la segunda ofensiva de Rommel en la Cirenaica y la toma de Creta lo predisponen a seguir sus consejos. La Marina quiere puntos de apoyo en el Atlántico sur para dividir los frentes británicos y adelantarse a una dominación anglosajona. Keitel y Jodl siguen creyendo que es necesario reforzar el Imperio francés; por el momento, necesitan avituallar a Rommel en África del Norte. Por su parte, Ribbentrop desea ayudar al gobierno de Irak contra los ingleses, para lo cual ha de pasar por Siria.

El 26 de abril, Hitler comunica a Abetz que recibirá a Darlan durante la primera quincena de mayo. El embajador transmite la noticia tratando de preparar a su entorno. Hitler desconfía, les dice, Francia debe probar su voluntad de colaboración; las posibles líneas de actuación son claras: ayuda a Irak, avituallamiento del *Afrika Korps* por Túnez y una base para los submarinos alemanes en la costa occidental africana.[21] En Vichy, los dirigentes franceses se enorgullecen de que los alemanes vuelvan a pedirles ayuda. Para demostrar su buena voluntad, Darlan acepta vender a Rommel unos camiones de reser-

19. Carta de Pétain a un industrial del norte, 5 de julio de 1941, reproducida por Étienne Dejonghe, «Le Nord isolé: occupation et opinion (mai 1940-mars 1942)», RHMC, enero-marzo de 1979, págs. 92-93.

20. *Lagevorträge des Oberbefehlshaber der Kriegsmarine vor Hitler, 1939-1945*, Munich, J. F. Lehmann, 1972, 18 de marzo de 1941, pág. 203.

21. Véase AN, *AJ 40* 1.201, dr. 18 a «Siria».

va emplazados en África del Norte y secundar la operación de ayuda a Irak. A cambio de lo primero, Darlan no pide nada. A cambio de lo segundo, se conforma con simples promesas verbales, aun conociendo los riesgos que éstas entrañan. «Darlan se arriesgará, le dice a Abetz, a quedar ante la opinión pública francesa como el hombre que perdió Siria, pues está convencido de que apoyando la guerra alemana en Oriente Próximo, contribuirá a mejorar las relaciones francoalemanas.»[22] Pétain se dirige por escrito a Hitler y le dice que ha acogido «muy favorablemente» la invitación dirigida a Darlan. «Para mí, esta invitación expresa claramente su deseo de vincular a Francia con la construcción del nuevo orden europeo. Le aseguro que este deseo es también el mío.»[23]

El 11 de mayo, Darlan viaja a Berchtesgaden. El almirante alaba al «creador genial» de la *Wehrmacht* y elogia el «espíritu constructivo y no destructivo» del vencedor de Francia. Presenta sus credenciales: la colaboración económica, los camiones cedidos en Túnez, las facilidades dadas en Siria. Solicita una reducción de los gastos de ocupación y garantías sobre la integridad del Imperio. Hitler entona su cantinela de Montoire: Alemania ganará la guerra, no necesita a Francia; pero ésta puede contribuir a hacer más breve el conflicto, la derrota de Inglaterra le beneficiará. Por el momento, lo que verdaderamente le interesa es Dakar, Siria y Túnez. «A cambio de algo grande, daré algo grande. A cambio de algo pequeño, daré algo pequeño.»[24]

Ya en Vichy, Darlan obtiene la aprobación del gobierno. «Si colaboramos con Alemania, sin tener que ponernos de su lado para luchar contra Inglaterra, es decir, si trabajamos para ella en nuestras fábricas, si le damos ciertas facilidades, lograremos salvar a Francia, reducir al mínimo las pérdidas de nuestro territorio metropolitano y colonial, y desempeñar un papel digno, e incluso importante, en la Europa del futuro.» A Francia le interesa, subraya Darlan, «que la guerra sea lo más breve posible».[25] Vichy vuelve a encontrarse en la situación del otoño anterior —la ayuda a Alemania, el riesgo de un enfrentamiento con Inglaterra—, pero agravada: las «facilidades» a las que Darlan hace alusión, significan la utilización del Imperio para la guerra de los alemanes. El 15 de mayo, en un mensaje radiofónico, Pétain reviste con su autoridad, como ya hizo después de Montoire, pero esta vez sin pronunciar la palabra «colaboración», el encuentro Darlan-Hitler, llamando a sus compatriotas a «seguirlo sin reservas por el camino del honor y del interés internacional».

22. Memorándum de Abetz, pág. 101 (6 de mayo de 1941); véase Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 68 y sigs.
23. Pétain a Hitler, 5 de mayo de 1941, ADAP, D 12/2, nº 462.
24. Schmidt, 11 de mayo de 1941, ADAP, D, 12/2, nº 491; Benoist-Méchin, *ibid.*, pág. 89.
25. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 406.

Del éxito de las negociaciones, el mariscal espera que Francia pueda «superar la derrota y conservar en el mundo su rango de potencia europea y colonial».[26]

Las negociaciones, que comienzan en París el 21 de mayo, concluyen con la redacción de tres protocolos. El primero, referido a Siria, determina las concesiones de Alemania a cambio de la ayuda que Vichy le ha brindado, poniendo varios aeródromos a la disposición de los aviones alemanes e italianos, suministrando a Irak el material de guerra almacenado y entrenando a soldados iraquíes con armas francesas (esta última concesión va más allá de las simples «facilidades»). El segundo protocolo se refiere a la ayuda que se ha de brindar en África del Norte: Francia debe suministrar material al *Afrika Korps* (camiones, víveres, artillería) y permitir el uso del puerto de Bizerta y de la vía férrea Bizerta-Gabès para transportar avituallamiento hacia Libia: a cambio, los alemanes conceden un importante aumento de efectivos, la utilización de parte del material militar almacenado y la liberación de 7.000 prisioneros, entre los cuales figura el general Juin. El tercer protocolo, negociado con suma dificultad, se refiere a la utilización de Dakar por la flota y la aviación alemanas. Esto es verdaderamente arriesgado, pues los norteamericanos pueden considerarlo como un peligro para su seguridad; y la contrapartida militar ni siquiera está asegurada.

Como en el otoño anterior, los alemanes se niegan a ir más allá del plano estrictamente militar. Consciente de los grandes riesgos que asume, Darlan exige un compromiso más amplio. Éste es el objeto del protocolo complementario que hace firmar a Abetz. En él, el almirante condiciona el cumplimiento del tercer protocolo a la concesión de refuerzos militares y de ventajas políticas y económicas que posibiliten «justificar ante la opinión pública de su país, la eventualidad de un conflicto armado con Inglaterra y con Estados Unidos».[27]

Los protocolos debían recibir la aprobación de los gobiernos de los dos países. Pero las dos partes se llevan un chasco. Abezt, que viaja a Alemania en busca de apoyo para el protocolo complementario, obtiene un no rotundo de Ribbentrop. Por su parte, el 3 de junio, cuando Darlan presenta al gobierno el estado de la negociación, se topa con la vehemente e inmediata oposición de Weygand. El 6 de junio, en un nuevo Consejo de Ministros celebrado en presencia de este último, Darlan promete «no acceder a ninguna de las demandas formuladas por la *Wehrmacht*, sin haber obtenido antes concesiones tan considerables que puedan transformar completamente las relaciones francoalema-

26. Pétain, *Discours aux Français*, *op. cit.*, pág. 132.
27. Texto del protocolo adicional en Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 435-436.

nas». El precio que comunica a Abetz es muy elevado: el restablecimiento de la soberanía en todo el territorio, a excepción de Alsacia-Lorena, que tendría un estatuto especial; la supresión de los gastos de ocupación; la liberación de los prisioneros; una garantía para la integridad del Imperio; una ayuda económica y militar por parte de Alemania.[28]

A decir verdad, la oposición de Weygand y los reparos de Pétain se suman a su propia decepción. Darlan sabe que los protocolos son inaceptables mientras el acuerdo complementario carezca de contenido. Además, muy a su pesar, acaba de aprender que no hay que fiarse de las promesas. Cuando se negoció el tema de Irak, los alemanes habían prometido reducir los gastos de ocupación, y ahora exigen que el pago se efectúe en oro y en divisas. Asimismo, reducen el número de prisioneros que están dispuestos a liberar, pasando de 90.000 a poco más de 30.000. Pero el 6 de junio, Darlan no entierra los protocolos de París: determina el precio que se ha de pagar, con el consentimiento de Weygand, que lo pone muy alto, seguramente porque cuenta con un fracaso. El 3 de junio, día en que se celebra el primer Consejo de Ministros, el almirante ya ha formado una «comisión de negociaciones» compuesta por Benoist-Méchin, Barnaud y el contraalmirante Marzin, a la que ha ordenado «proseguir con las autoridades civiles y militares alemanas las conversaciones Hitler-Darlan de los días 10, 11 y 12 de mayo».[29] Y el 9 de junio, eleva a la vicepresidencia del Consejo al secretario de Estado Benoist-Méchin, lo que no puede considerarse como un frenazo.

Las negociaciones sobre Bizerta y Dakar, tema que Hitler pronto aplazará *sine die* a causa de la campaña del este, se abren el 10 de junio. Las negociaciones están bloqueadas desde el principio. Para evitar el fracaso inmediato, la discusión se centra en las formas de dar cumplimiento al protocolo sobre Bizerta, esperando que se solvente el tema de su aplicación. Los franceses intentan valerse de las necesidades alemanas en África del Norte para forzar una discusión preliminar del protocolo complementario. Discusión que se ha vuelto imperiosa, pues el 8 de junio, después de haber sofocado la rebelión iraquí, los ingleses han atacado Siria. Benoist-Méchin subraya incesantemente que Darlan está dispuesto incluso a aliarse con Alemania contra Inglaterra, pues determinadas concesiones políticas y militares le permitirían justificar esta posición ante el pueblo y el ejército.[30] El propio almirante solicita en varias ocasiones ser recibido por Hitler o por Ribbentrop.

28. *Ibid.*, págs. 141 y sigs.

29. Recapitulación en «Négociations avec l'Allemagne 7 mai 1941-31 juillet 1942», AN, *AJ 41* 138.

30. Vogl, 11 de junio de 1941, AN, *AJ 40* 1.203, dr. 27 *Pariser Besprechungen.* Véase también el dr. 25 Bizerta.

El 7 de julio, Darlan manifiesta de nuevo a Abetz que desea verse con Ribbentrop y que dará su aprobación al tránsito por Túnez cuando se hayan cumplido sus condiciones. Su objetivo sigue siendo «una modificación del estatuto de armisticio, sin la cual Francia no podía luchar verdaderamente contra Inglaterra». Abetz le responde, como siempre, que el cumplimiento del acuerdo sobre Bizerta facilitaría las negociaciones políticas. Pero Darlan considera que ya está bien de gestos de buena voluntad, y más ahora, después de haber perdido Siria, una pérdida que ha costado a las fuerzas de Vichy un total de 1.036 muertos y 773 desaparecidos.[31] Ante el estancamiento de las negociaciones, informa a Abetz que ha convocado a Weygand para examinar la cuestión y que le responderá el 12 de julio.[32]

El día 11, Weygand está en Vichy; teme que va a servir de chivo expiatorio. Anota en su cuaderno que Darlan «ha dado un paso gigantesco, ya no confía tanto en los alemanes, conoce mejor su responsabilidad para con el Imperio; pese a las continuas demandas de los alemanes, ya no es posible entregar Bizerta ni Dakar sin obtener previamente refuerzos y las garantías escritas solicitadas».[33] Ese mismo día, el Consejo de Ministros aprueba un comunicado de Weygand. «No se trata de romper las relaciones con Alemania. Asimismo, la prosecución de las negociaciones es indispensable para nuestro reforzamiento militar. Lo que hemos de hacer es mantener muy alto el nivel de nuestras exigencias políticas, y resistir. No tenemos prisa.»[34] Como podemos comprobar, Weygand está muy lejos de oponerse a la negociación. Al igual que Darlan, cree que el Eje necesita la ayuda de Francia y que la paciencia será recompensada. El reciente ataque contra la URSS y el convencimiento de una victoria alemana —la infravaloración de la URSS es compartida por todos— son vistos como factores favorables. Con tantos frentes abiertos y tan vastos territorios por conquistar, Hitler estará más dispuesto a pagar la colaboración de Francia en el oeste.

El 12 de julio, se informa a la embajada de que el acuerdo sobre Bizerta solamente se cumplirá tras concluir la negociación política. Dos días después, Vichy comunica su voluntad de llegar a «una modificación esencial del estatuto francoalemán». En el anexo de esta nota diplomática, el «proyecto de pacto transitorio» hace explícita una idea de Benoist-Méchin que cuenta con la apro-

31. Louis Noguères, *Le Véritable Procès du maréchal Pétain*, Fayard, 1955, pág. 308.

32. DWStK *Abordnung Paris*, 8 de julio de 1941, AN, *AJ 40* 1.203, dr. 25 Bizerta. En la recapitulación de «Négociations avec l'Allemagne 7 mai 1941-31 juillet 1942» (AN, *AJ 41* 138), se precisa que, el 14 de julio, «el gobierno francés, cansado de hacer concesiones sin obtener contrapartidas políticas, ordena enviar dos notas al señor Abetz a través del señor Benoist-Méchin».

33. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 434.

34. *Ibid.*, pág. 435.

bación de Pétain. Alemania e Italia han de conceder a Francia un estatuto transitorio que la libere progresivamente de sus trabas actuales; asimismo, han de garantizarle la integridad territorial de la metrópoli (con un estatuto particular para Alsacia-Lorena) y de las colonias (excepto en el caso de las antiguas colonias alemanas y a reserva de modificaciones de fronteras, sobre todo en el sur de Túnez). En una palabra, de lo que se trata es de sustituir el armisticio por «un régimen basado en la soberanía del Estado francés y en una cooperación leal de Francia con Alemania e Italia».[35]

Durante los meses siguientes, Hitler, sumamente concentrado en la campaña de Rusia, relega a un segundo plano los asuntos franceses. En previsión del día después de la victoria en el este, Abetz piensa en una amalgama de los equipos de Vichy y de París, en un gobierno que secunde al Reich en la eliminación de la presencia británica en el Mediterráneo. Mientras tanto, Darlan consolida su autoridad en el gobierno, y el poder de éste sobre el país. Como le explica a Pétain, está convencido de que si Hitler vacila en ir más lejos en la colaboración, es porque piensa que ésta no está garantizada en Francia. Por esa razón, hay que «asegurarle que ya no somos el enemigo histórico» de Alemania, para lo cual hay que empezar por atajar la «confusión reinante entre nosotros».[36]

Depurando la administración e intensificando la represión, acariciando la idea de convertir la Legión de Combatientes en la base de un partido único, Darlan busca la forma de deshacerse de Weygand. El general es un obstáculo para su política, sus prontos le exasperan, su destitución devolvería la confianza a los alemanes y podría reabrir la negociación. Pétain tiene sus dudas, pues Weygand es para los norteamericanos lo que Laval era para los alemanes. Pero su objetivo sigue siendo reanudar la política de colaboración. El 17 de noviembre recibe a Abetz, que se traslada a Vichy para asistir al funeral de Huntziger, y le manifiesta que está dispuesto a anunciar a los cuatro vientos que Hitler es el guía de Europa, siempre que Alemania le explique primero qué rumbo quiere dar a sus relaciones con Francia.[37] Al día siguiente, en respuesta a la nueva solicitud de Darlan, destituye a Weygand.

El mariscal y el almirante quieren reanudar la política de colaboración. Así lo demuestran a lo largo de los tres meses siguientes. Durante ese tiempo, to-

35. Texto de Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 440 y sigs.
36. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, págs. 441-442.
37. 17 de noviembre de 1941, ADAP, 13/2, nº 478; véase también el memorándum de Abetz del 4 de diciembre de 1941, citado en la nota 16 del nº 529.

man decisiones muy inteligentes desde un punto de vista político, aunque a menudo quedan eclipsadas por el tema de los protocolos de París. Pétain y Darlan creen que ha llegado el momento de restablecer las relaciones con Alemania, pues el tiempo pasa, necesitan resultados y ven perfilarse una situación favorable. Las dificultades de Alemania en el este fortalecen la posición de Francia ante el mundo anglosajón y aumentan la importancia de su eventual ayuda. Hay que sacar algún partido de esta situación antes de que Hitler vuelva a dirigir su atención al Mediterráneo, una vez haya eliminado la resistencia soviética.

Es significativo que, en noviembre, el gobierno decida preparar unos «estudios económicos preliminares a las negociaciones de paz». Si bien es vano hacer pronósticos sobre la guerra, se dice, «es posible que antes de que acabe definitivamente el conflicto se entablen negociaciones de paz entre algunos países, especialmente entre Francia y Alemania. Y es probable que, al menos en el ámbito económico, se alcancen acuerdos que serán muy importantes en las futuras negociaciones políticas». Hay un pasaje muy elocuente sobre las esperanzas del momento: no se excluye una solución ventajosa del problema Alsacia-Lorena. Según se dice, serían «muchas» las personalidades alemanas que desearían «zanjar este litigio secular»; habría que considerar la posibilidad de una solución económica para el hierro, el carbón y el acero, «uno de los ámbitos en los que la colaboración francoalemana, dentro de un marco europeo, podría mostrarse más fecunda».[38]

Al igual que en octubre de 1940, Pétain comunica que le gustaría entrevistarse personalmente con un importante dirigente alemán. El 1 de diciembre, el mariscal se encuentra con Göring; la entrevista es un fracaso. Darlan vuelve a sacar el tema del protocolo complementario. Pétain reclama medidas que suavicen el régimen de ocupación. Pero Göring sólo quiere hablar de la situación en África del Norte, donde los ingleses logran que Rommel emprenda la retirada hacia Túnez. Contrariado, el 20 de diciembre Göring retoma el asunto en Alemania con el general Juin, a través del cual pregunta al gobierno francés si estaría dispuesto a avituallar inmediatamente a Rommel por Bizerta y a defender con él Túnez, en el caso de que el *Afrika Korps* tuviese que refugiarse allí.[39]

El 22 de diciembre, Vichy responde positivamente a esta pregunta, pidiendo a cambio un refuerzo de gran envergadura. «Para estar en condiciones de hacer frente a las inevitables reacciones de los británicos», los franceses exigen

38. «Note sur des études préliminaires à des négociations de paix», sin firma, finales de 1941, AN, *F* 37 1, dr. Documentación general.
39. Schmidt, 21 de diciembre de 1941, ADAP, E/1, nº 45.

una libertad militar completa en el Mediterráneo occidental y en África.[40] Convencido de que su petición tiene posibilidades de ser aceptada, Darlan comunica que está dispuesto a viajar a Alemania para proseguir la discusión en un plano más general.[41] Sin duda, prefiere aceptar un avituallamiento por Túnez a afrontar un ultimátum alemán. Asimismo, no cabe duda de que considera oportuno impedir un hundimiento del Eje que podría situar a los ingleses a las puertas de las posesiones francesas en África del Norte. Ésa es la razón por la que acepta ayudar a Italia, vendiéndole gasóleo y asegurando su avituallamiento por Túnez.[42] Pero, consintiendo la entrada de Rommel en Túnez y considerando la posibilidad de luchar a su lado, Vichy no puede más que incitar a los ingleses a contraatacar en cuanto se les presente la ocasión. Decisión tanto más escabrosa por cuanto no se ha dado garantía alguna de que Túnez seguirá siendo francés.

Para Ribbentrop, la petición de Vichy es inaceptable. La libertad militar solicitada, escribe, devolvería a los franceses el dominio sobre sus costas y los capacitaría para volver a erigirse en potencia terrestre en el Imperio. Por esta razón, sólo puede concederse una libertad parcial a la flota, y a lo sumo la ausencia de tropas alemanas en el Imperio. En cambio, sería posible hacer concesiones «considerables» en los planos político, económico y financiero.[43] Esta relativa generosidad refleja la delicada posición en la que se halla Alemania, entre un África del Norte que se resiste a Rommel y un frente del este que empieza a convertirse en una pesadilla. De este modo, la política francesa vuelve a captar la atención de los alemanes.[44] El 5 de enero, Hitler mantiene una extensa conversación con Abetz, escuchando atentamente sus palabras sobre las ventajas que comportaría una colaboración militar y barajando la posibilidad de un tratado de paz, en el caso de que Francia declarase la guerra a las potencias anglosajonas. En sus palabras se manifiesta claramente la fuerza de sus dudas.[45]

«Al hierro candente batir de repente»: Abetz se esfuerza por demostrar las buenas intenciones de Vichy y por lograr que su jefe acabe cediendo. El 9 de enero, pregunta a través de Benoist-Méchin si Francia está dispuesta a luchar al lado de Alemania a cambio de un tratado de paz. Tres días después, comu-

40. AN, *AJ 41* 41, dr. Negociaciones Juin-Göring.

41. Schleier, 22 de diciembre de 1941, ADAP, E/1, nº 47.

42. Comentario de un alto funcionario francés: «El tránsito por Túnez que negamos a Alemania desde el 28 de mayo (protocolos de París) ha sido concedido a Italia», en «Négociations avec l'Allemagne 7 mai 1941-31 juillet 1942», AN, *AJ 41* 138).

43. Ribbentrop, «Bemerkungen zur französischen Antwort», 31 de diciembre de 1941, ADAP, E/1, nº 76.

44. Woermann, 21 de enero de 1942, ADAP, E/1 nº 153.

45. Abetz, 5 de enero de 1942, ADAP, E/1, nº 94.

nica a Berlín que el Consejo de Ministros, tras una clarificación de las cuestiones políticas, ha decidido por unanimidad declarar la guerra a Inglaterra y a Estados Unidos. En realidad, no hubo ni deliberación del Consejo de Ministros ni toma de posición a favor de una alianza incondicional. Según el testimonio del propio Benoist-Méchin, la cuestión fue discutida en pequeño comité, en presencia de Pétain, Darlan, Romier, Moysset, Pucheu y Bouthillier. El mariscal, en continuo estado de alerta, pretendía eludir la decisión que de él se esperaba. Pero los ministros presentes defendieron la necesidad de dar una respuesta positiva para ver qué podía ofrecerles Alemania. Darlan dijo que sería una locura no negociar, pues supondría «renunciar a todo lo que hemos conseguido hasta ahora».[46]

El mariscal se dejó convencer, pero pidió que se precisara que la participación de Francia en la guerra debía hacerse por etapas, a medida que se produjese su reforzamiento militar.[47] En ningún caso, como ya había dicho el pasado mes de julio, quería una movilización general; a lo sumo, la movilización del ejército de armisticio, que podría reforzarse con profesionales y voluntarios.[48] Darlan viajó en tren a París en busca de la invitación de Hitler, regresando unos días después con las manos vacías.[49] Hitler volvía a desconfiar y a obsesionarse: no quería parecer débil. En Libia, Rommel lograba restablecerse, por lo que la ayuda francesa ya no era tan urgente. El ejército alemán preparaba la ofensiva de primavera, que debía acabar con el enemigo soviético. Ya habría tiempo de retomar las conversaciones.

Aunque no tuvo consecuencias, el episodio merece consideración. Del lado alemán, es la primera vez que Hitler se muestra vacilante y considera la posibilidad de llegar a un acuerdo. Pero más interesante aún es la actitud del lado francés. En diciembre, los dirigentes de Vichy dan su respuesta sobre la cuestión de Túnez; en enero, se muestran dispuestos a hablar sobre una eventual beligerancia, mientras que Estados Unidos acaba de entrar en guerra (Berlín no les pidió que rompieran las relaciones diplomáticas con los norteamericanos, algo que habrían hecho, según afirma el propio Leahy).[50] Así pues, en ese momento este episodio se ve de un modo distinto de como nos lo imaginamos retrospectivamente.

La flota norteamericana ha recibido un durísimo golpe en Pearl Harbour y los japoneses están conquistando el sudeste asiático; la situación de los anglosajones es más desfavorable que nunca. Por lo que respecta a Alemania,

46. Benoist-Méchin, *A l'épreuve du temps*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 304-305.
47. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 358-363.
48. *Ibid.*, pág. 251.
49. Abetz, *Pétain et les Allemands*, *op. cit.*, pág. 139.
50. Leahy a Roosevelt, 11 de diciembre de 1941, FRUS, 1941, vol. II, Europe, pág. 199.

embarcada en una guerra de dos frentes de la que es dudoso que salga derrotada, debería saber apreciar mejor lo beneficioso que le resultaría llegar a un acuerdo con el vencido. La hipótesis de un compromiso de paz se convierte ahora en la gran esperanza. En enero de 1942, el propósito de Vichy no es tanto declarar la guerra a los anglosajones cuanto obtener de Alemania un acuerdo favorable valiéndose del papel de escudo occidental que Francia podría desempeñar, un escudo con el que Hitler podría acabar de una vez por todas con la resistencia soviética. La esperanza de los dirigentes franceses es poder matar dos pájaros de un tiro. Una Francia satisfecha políticamente y reforzada militarmente podría disuadir a los anglosajones de atacar sus territorios y convencerles de poner fin a la guerra mediante un compromiso de paz, en el que además Francia podría hacer de mediadora.

La desconfianza de Hitler les ahorró la angustia de tener que tomar una difícil decisión. ¿Con qué concesiones, con qué promesas se habría contentado Vichy para luchar al lado de Alemania, aunque su beligerancia hubiese sido únicamente defensiva? Y sobre todo, les ahorró las catastróficas consecuencias de una decisión que seguramente no habría arredrado a los anglosajones. Los dirigentes franceses son cada vez menos realistas. Desconociendo a Hitler, desconocen también la obstinación de los anglosajones, así como el espíritu misionero de los norteamericanos que, una vez en la guerra, no pararán hasta aplastar al enemigo.

Tras el entusiasmo de enero, la esperanza de llegar a un acuerdo general con Alemania se desvanece. Los alemanes vuelven a guardar silencio. Cuando éste se rompe, es únicamente para transmitir los vituperios de Hitler a causa del proceso de Riom. Darlan se ha vuelto impopular. El ejército no ha entendido la destitución de Weygand. Pétain se ha cansado de él. El equipo Worms desea el retorno de Laval, al igual que la embajada, que confía en que esto vuelva a despertar en Berlín el interés por la colaboración. En la primavera, la crisis de sucesión, que se prolonga durante varias semanas, arrastra a las facciones del Hôtel du Parc y valoriza el papel del ocupante, al que casi todos, incluido Pétain, empiezan a ver como punto de apoyo o como árbitro. Abetz está a favor de Laval, que quiere plenos poderes. Leahy censura a Pétain y lo anima a oponerse a las pretensiones de Laval. Darlan intenta hacer frente a la situación hablando a los alemanes de la oposición norteamericana a Laval, lo que produce justamente el efecto contrario. El resto es una larga negociación sobre los poderes del auvernés, que acaba consiguiendo lo que quiere. Pétain es relegado al puesto de jefe de Estado, Laval se convierte en jefe del gobierno, Darlan se pone al frente de las fuerzas armadas y se queda con el título de sucesor.

La era Darlan culmina en la desilusión. El almirante está apesadumbrado por haber perdido su puesto. La experiencia lo ha vuelto un tanto escéptico.

Lo mismo les ha sucedido a algunos de sus colaboradores. Pucheu, el audaz, el mismo que en el verano de 1941 decía a los alemanes que tanto Darlan como Laval pertenecían a otra época y que él lograría que llegasen al poder equipos más jóvenes,[51] está desengañado. El 16 de marzo, expresa a Déat las razones de su pesimismo, en el que se pone de manifiesto toda una mentalidad, hecha de falsas esperanzas, de obcecación y de orgullo: «El verdadero propósito de los alemanes, incluido Hitler, es acabar imponiéndonos su dictado y, mientras tanto, sacarnos todo lo que puedan, debilitando a Francia hasta volverla inofensiva. Según P(ucheu), nuestra única esperanza es que los hechos obliguen a H(itler), que por otra parte está rodeado de hombres mediocres, a reconsiderar la situación de Francia, dándose cuenta de que la necesita y de que no puede prescindir de ella. Francia sólo daría su apoyo a Hitler si gozase de ciertos privilegios».[52]

51. «Pol. und wirt. Problemen des unbesezten Gebietes», 14 de agosto de 1941, sin firma, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.329.

52. Déat, *Journal de guerre*, 16 de marzo de 1942.

Capítulo 9

La negociación permanente

Después de dos años de colaboración, ¿qué ha conseguido Vichy? La gran política ha sido un constante fracaso: el actual armisticio no es ninguna garantía para el Imperio, ni implica compromiso alguno para el futuro. Pero las relaciones francoalemanas no sólo se componen de encuentros entre los dirigentes de ambos países, ni de repentinas esperanzas seguidas de largos períodos de estancamiento. Debajo de todo esto, las negociaciones abarcan toda la vida del país, formando un tejido denso y tenso. En este nivel tiene lugar una presión continua, un sinfín de demandas seguidas de los correspondientes regateos: los delegados franceses experimentan el inmenso desequilibrio de fuerzas existente, la fragmentación del marco de negociaciones (Wiesbaden, la delegación Hemmen, el MBF, la embajada...) hace aún más precaria su posición. Cuando desean o se ven obligados a cambiar su línea de actuación, los alemanes pasan la pelota de un servicio a otro. Y sus concesiones tienden con demasiada frecuencia a quedarse en el camino, o a hacerse efectivas de forma harto menguada. No sueltan prenda, y en cuanto los franceses han dado su conformidad inicial sobre algún asunto, insisten en su aplicación, convirtiéndola en la base de próximas demandas. Los franceses, por su parte, remiten las demandas de los alemanes a una autoridad superior; saben ampararse en el derecho internacional, manipular las informaciones o las estadísticas, hacer contrapropuestas, dar largas.[1] Pero estas tácticas, apropiadas para la defensa, pierden su valor cuando la necesidad acucia, y sobre todo cuando se trata de hacer avanzar una política.

A pesar de esta posición de inferioridad, el panorama no es totalmente negativo, al menos a corto plazo. Mientras que, en lo esencial, Vichy es un régimen que solicita continuamente la ayuda de los alemanes, en ciertos ámbitos

1. Véase Isabelle Boussard, «Les négociations franco-allemandes sur les prélèvements agricoles: l'exemple du champagne», RHDGM, nº 95, julio de 1974, págs. 3-24.

y en ciertos momentos son éstos quienes piden su cooperación. Cuando así ocurre, los negociadores franceses constatan la existencia de un margen de maniobra cuyos resultados parecen dar crédito y base a su política, para acabar manifestando toda su mediocridad y precariedad. A través de sus aspectos más cotidianos, la colaboración estatal permite entrever la obstinación del régimen y de los objetivos de Vichy. Tratando de fortalecer a un país medio ocupado en plena guerra y frente a un adversario cuya intención es preparar el advenimiento de una Europa nazi después de la guerra, los dirigentes franceses entran en la espiral de la satelización del Estado francés.

En el plano económico-administrativo, los resultados son modestos. La división en zonas subsiste en el interior de los territorios ocupados, con algunas concesiones, como el restablecimiento de los contactos con el norte, dependiente de Bruselas, y la supresión *de facto* de la línea del nordeste en diciembre de 1941. Los resultados son escasos porque al ocupante no le interesa en modo alguno aflojar la rienda. Vichy se esfuerza por lograr que al menos se reconozca su autoridad administrativa, insistiendo tanto en ello que llega a rendir culto a ciertos valores, empezando por el de un Estado fuerte.

Los alemanes ejercen un control abusivo sobre la administración. Dan órdenes a diestro y siniestro, intervienen para liberar a algunos detenidos o para apoderarse de prisioneros a los que convierten en rehenes, a veces trasladan o sancionan a funcionarios que se obstinan en seguir las órdenes de sus superiores. El Estado francés reacciona intentando proteger a su personal, tratando de restablecer su soberanía, de hacer coincidir deseo y realidad. En una circular del 7 de junio de 1941, Darlan establece como máxima que «la aceptación y la práctica de la colaboración por parte del gobierno francés exige que Alemania le devuelva su soberanía sobre la administración del país». Los funcionarios ya no podrán seguir órdenes incompatibles con los tratados en vigor —haciendo referencia al armisticio— sin dar cuenta de ello a sus superiores. En otoño, los alemanes satisfacen esta demanda: en principio, los funcionarios sólo son responsables ante su gobierno; lo que no evitará abusos e incidentes.[2]

En Francia, como en otras partes, a los alemanes les interesa poner a su servicio la administración del país para paliar sus propias insuficiencias en lo que se refiere a medios, personal y conocimiento del terreno. De este modo, la supervisan con atención y la controlan rigurosamente, pronunciándose sobre los nombramientos o los cambios de los altos funcionarios, y exigiendo su destitución cuando lo consideran necesario: entre 1940 y 1944, despiden a 16 pre-

2. Véase AN, *AJ 41* 336, dr. Problemas relacionados con los funcionarios.

fectos y a 14 subprefectos y secretarios generales.[3] No hemos de creer que las cosas habrían sido distintas sin Vichy. La administración holandesa no estaba bajo las órdenes de un gobierno antisemita; y sin embargo, cumplió eficazmente la misión que le encargó el ocupante, discriminando, desposeyendo, concentrando y deportando a los judíos holandeses. Con todo, el Estado francés procede de forma distinta. No sólo porque aprueba, en nombre de la colaboración, muchas de las medidas del ocupante, sino porque le da el trabajo hecho. El Estado francés depuró la administración, eliminando a todos aquellos —judíos, francmasones, hombres de izquierda— a los que los alemanes consideraban sus enemigos. Con sus órdenes, sus ascensos y sus amenazas de sanción, Vichy alinea la administración pública y selecciona a aquellos funcionarios que se adhieren a su política, sin olvidar adoctrinarlos de vez en cuando: así, el 19 de febrero de 1942, Pucheu, ministro de Interior, recuerda a los prefectos el «sentido europeo de su misión y la necesidad de colaborar con Alemania».[4]

Vichy quiere tener plena soberanía sobre su administración y protesta cuando se producen incidentes o injerencias. Como señalan los alemanes, llega incluso a trasladar a los altos funcionarios que mantienen «relaciones demasiado buenas» con ellos.[5] El balance es favorable a los ocupantes. En 1944, el MBF estima que la cooperación de los servicios franceses durante el primer período «superó prácticamente lo que cabía esperar de la administración de un país ocupado».[6] A finales de 1942, señalaba ya con satisfacción que, en su mayoría, los altos funcionarios estaban dispuestos a seguir colaborando. Actitud muy valiosa, subraya el informe alemán, pues está en contradicción con la mayor parte de la opinión y con la actitud de los pequeños y medios funcionarios: mal pagados y sobrecargados de trabajo, éstos añoran el régimen anterior y no están demasiado dispuestos a colaborar.[7]

La singularidad de Vichy se hace especialmente patente en el ámbito de la represión. Aquí, la presión de los alemanes no topa ya con una demanda de soberanía, sino con orientaciones ideológicas muy próximas a las suyas; la línea divisoria entre ambas partes se difumina. Régimen autoritario, el Estado francés cree que no necesita recibir lecciones en materia de represión; se empeña

3. «Abschlussbericht der Verwaltung Allgemein und Gruppe Allgemeine und innere Verwaltung», pág. 17, AN, *AJ 40* 536, dr. 2.

4. Boemelburg, «Präfektenversammlung Vichy 19.2.42», AN, *AJ 40* 539. Sobre los movimientos prefectorales durante Vichy, véase Sonia Mazey y Vincent Wright, «Les préfets», en Jean-Pierre Azéma y François Bédarida, *Vichy et les Français*, *op. cit.*, págs. 275 y sigs.

5. Nota de la *Abt. Verwaltung, Gruppe VI (in)*, 21 de abril de 1942, AN, *AJ 40* 539.

6. «Tätigkeitsbericht der Gruppe Allgemeine und Inneré Verwaltung», pág. 20, AN, *AJ 40* 536, dr. 4.

7. «Lagebericht über Verwaltung und Wirtschaft Oktober-Dezember 1942», AN, *AJ 40* 444.

en hacer el trabajo solo. El 21 de agosto de 1941, cuando se produce el primer atentado comunista contra un miembro de las fuerzas de ocupación, los alemanes establecen el precio que hay que pagar: o los franceses ejecutan, a modo de castigo, a seis personas, o se encargan ellos mismos de fusilar a 150 rehenes. Vichy decide tomar la iniciativa. Después de que una ley antedatada y de efecto retroactivo instituyese unos tribunales especiales, la sección creada en el Tribunal de Apelación de París condena a muerte a tres comunistas detenidos por delitos menores, que son ejecutados inmediatamente. Como los magistrados se niegan a seguir adelante, Pucheu crea otro tribunal extraordinario, el Tribunal de Estado, que cumple su tarea.

Sin duda, el objetivo era evitar fusilamientos de rehenes. El régimen de Vichy prefiere asesinar a comunistas a permitir que el ocupante mate al azar a «buenos franceses». Los alemanes se alegran de esta decisión: Francia pisotea la concepción liberal del derecho. Frente a las acciones que atentan contra los ocupantes, los dirigentes franceses quieren afirmar la autoridad del Estado y encabezar la represión. Asimismo, fomentan un furioso anticomunismo basado en unos valores fundamentales, especialmente la obsesión del orden. Barthélemy, que muestra sus dudas ante una represión que se impone por doquier y que aduce que las cárceles están llenas, recibe esta respuesta de Pétain: «El pelotón de ejecución resolverá el problema».[8] Vichy quiere proseguir la política de colaboración, que los atentados ponen en peligro, pues crean una tensión con los alemanes —Darlan acaba de decir a Pétain que Hitler vacila en estrechar sus lazos con Francia en razón del «desorden reinante entre los franceses»—. Pero el nuevo régimen ni siquiera puede apelar a la eficacia, como era de prever. Los atentados se multiplican, el método francés no parece ser lo bastante expeditivo, Hitler ordena fusilar a decenas de rehenes. Una vez más, Pucheu intentará sustituir por comunistas a las personas incluidas en las listas, como ocurrirá en el caso de Chateaubriant.

En materia de antisemitismo, el Estado francés no trata de dar una lección a los alemanes.[9] Para sus dirigentes, la lucha contra «la influencia judía» no es tanto un tema policial cuanto de legislación. Los nazis ven las cosas de otro modo, por lo que les resulta indispensable la colaboración de la administración francesa. Su objetivo es eliminar a los judíos, y aunque la solución final no está clara hasta 1941 —expulsión a un territorio lejano o exterminación—, el camino es siempre el mismo: censo de la población, expoliación, segregación, concentración, deportación. Bajo las presiones alemanas, Vichy refuerza su política inicial, y lo hace conforme a una lógica que, una vez más, es una

8. Hervé Villeré, *L'Affaire de la Section spéciale*, Fayard, 1973, documento nº 7 en el anexo.
9. Véase Michaël R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy et les Juifs*, Calmann-Lévy, 1981.

mezcla de afirmación de soberanía y de una connivencia ideológica cuyas potencialidades se hacen reales.

Esta connivencia estriba en la elección inicial y autónoma de una legislación antisemita. El Estatuto de octubre de 1940, que excluye a los ciudadanos judíos de la función pública y de ciertas profesiones, es rigurosamente aplicado en la zona libre y en África del Norte, allí donde el ocupante está ausente y es impotente. Puede que Vichy no hubiese ido tan lejos sin la presión alemana. Pero si ésta no hubiese contado con la colaboración del Estado, habría sido menos eficaz. La espiral antisemita se inicia cuando, tras ordenar la identificación de las empresas judías existentes en la zona ocupada, los alemanes imponen la venta obligatoria de todos los bienes pertenecientes a los judíos (ordenanza del 18 de octubre de 1940). El Estado francés teme que los alemanes se apoderen de la economía francesa, un miedo que el robo de obras de arte practicado por un equipo de Rosenberg parece confirmar; evidentemente, le preocupa mucho más la protección de la economía y el patrimonio nacional que garantizar los derechos de las personas. Así que se ofrece para supervisar el nombramiento y el trabajo de los encargados de vender o de liquidar los bienes de los judíos. El MBF acepta gustosamente esta ayuda, que lo libra de una ardua labor e implica a las autoridades francesas en la expoliación de los judíos.

A comienzos de 1941, los ocupantes presionan directamente a Vichy exigiendo la creación de un departamento encargado de coordinar e impulsar la persecución de los judíos en la zona ocupada. Darlan acaba aceptando y, en una reacción atípica, crea una organización válida para las dos zonas. El almirante considera que este órgano le permitirá retomar las riendas sobre el conjunto de la política antisemita, a expensas de una alineación con la zona ocupada. La Comisaría General para Temas Judíos es confiada a Xavier Vallat, nacionalista germanófobo, pero antisemita convencido. La ocupación alemana no le parece una razón suficiente para diferir la aplicación de un programa francés, que debe librar al país de los judíos extranjeros y limitar la «influencia» de los judíos franceses mediante toda una serie de exclusiones en el ámbito profesional.

Vallat puso mucho celo en unificar la legislación; no parecía dudar de que lograría sustituir las ordenanzas alemanas por leyes francesas. De este modo, extendió a la zona libre la mayoría de las medidas impuestas en la zona ocupada: en junio de 1941, impuso nuevas limitaciones profesionales con el segundo Estatuto de los judíos, y posteriormente, en el mes de julio, ordenó un censo general y la expoliación de los bienes de los judíos. El Estado francés, que había afirmado su voluntad de respetar los bienes, excluía de la vida económica a los judíos de la zona libre. Pocos meses después, incumplía otra de sus promesas, a saber, el mantenimiento de la distinción entre judíos franceses y judíos

extranjeros. A petición de los alemanes, hacía obligatoria para ambos grupos su pertenencia a una organización, la Unión General de Israelitas de Francia, que evidentemente debía preparar la segregación.

Los dirigentes franceses avanzan por un camino que no saben adónde conduce. Lo hacen presionados constantemente por los alemanes, en ocasiones expresando ciertas reservas, unas veces intentando detenerse, otras protestando o manifestando su desaprobación.[10] Con todo, siguen avanzando sin poner serios obstáculos, y lo hacen fundamentalmente porque están de acuerdo con el rumbo tomado, la discriminación y la limitación de la «influencia judía», empezando por la expulsión de los judíos extranjeros. Darlan y Vallat han oído hablar del plan, ideado por los nazis en determinado momento, de deportar a los judíos de Europa a un territorio lejano.[11] La idea les parece buena, siempre que se excluya a los «viejos judíos franceses». El 10 de marzo de 1941, Darlan dice al pastor Boegner que habría que distinguir «tres categorías de judíos: los extranjeros, de los que hay que librar a Francia; los naturalizados recientemente: que se les expulse, yo no pido otra cosa; y finalmente, los viejos judíos franceses, que han prestado grandes servicios al país. Nosotros no queremos que se los maltrate».[12] Además, Darlan y Vallat quieren que la política de colaboración sea un éxito. Puesto que ambos se sitúan en la perspectiva de una Europa nazi, ¿por qué habrían de poner pegas en un asunto que consideran poco importante y en el que sólo existe una discrepancia de forma y no de fondo? Cuando llegue la solicitud de deportación, ya no podrán negarse.

Desde un comienzo, los dirigentes de Vichy prestan mucha atención al tema económico. Profunda preocupación por la estabilidad social que exige la recuperación inmediata de la actividad: el paro afecta a más de un millón de personas. Preocupación por la unidad del país, puesta en peligro por la interrupción de las relaciones entre las dos zonas. Temor a una dominación económica alemana y voluntad de «recuperar las fuerzas» para abordar la posguerra en buenas condiciones. Pero sus posibilidades de éxito en la negociación se ven menoscabadas por el cierre de la línea de demarcación, el bloqueo inglés sobre los países de ultramar y la interrupción de las relaciones con gran parte del Continente. Los alemanes, principal amenaza para la economía francesa, son también, en virtud de sus pedidos, la única salida posible, aun cuando han logrado imponer tres elementos de extorsión: el tipo de cambio, que ha subido

10. Serge Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, Fayard, 1983, vol. 1, págs. 49-50.
11. Marrus y Paxton, *Vichy et les Juifs*, *op. cit.*, pág. 91, pág. 111.
12. *Carnets du pasteur Boegner*, *op. cit.*, pág. 86.

más de un tercio desde 1939; el montante de los gastos de ocupación, que conlleva el peligro de un descontrol de los precios; el *clearing*, que carga a cuenta del vencido el grueso de los pedidos alemanes. Sin embargo, Vichy dispone de algunas bazas. El ocupante está interesado por determinados recursos situados en la zona libre y en el Imperio, sobre todo por ciertas materias primas y productos coloniales; y para determinadas operaciones o producciones, le hace falta la ayuda o el acuerdo de las autoridades francesas: productos militares, cesión de participaciones, reclutamiento de mano de obra.

La primera preocupación del gobierno es procurarse los medios para lograr dirigir la economía, controlando la distribución de las materias primas. Las empresas se agrupan por ramos en unos Comités de Organización (CO) y en un aparato creado para llevar a cabo la distribución de los productos básicos (OCRPI). Esta organización autoritaria responde a las necesidades inmediatas, pero también a la voluntad del nuevo régimen de fortalecer la economía nacional, y a la preocupación de preparar la integración de Francia en la Europa alemana. Esta organización opera en todo el país, lo que se paga con el sometimiento al control del ocupante.[13]

Intentando aprovechar el interés de los alemanes, Vichy adopta leyes que prohíben o someten a su autorización cierto número de operaciones con el extranjero, al mismo tiempo que se esfuerza por controlar todas las relaciones comerciales. Para lograr que el ocupante siga necesitando la ayuda de Francia, hay que impedir su contacto directo con las empresas francesas, centralizar los pedidos, bloquear el paso a la zona ocupada de los productos de la zona libre.[14] En esa situación, todos estos esfuerzos sólo podían tener resultados muy pobres. En la zona ocupada, los alemanes se oponen a la centralización de los pedidos y contactan directamente con las empresas; en la zona libre, muchos industriales y comerciantes se ven tentados a suministrar al vencedor aquellos productos a los que impide acceder el bloqueo inglés.[15] Además, hasta 1942-1943, cuando se pasa a la guerra total y se introduce cierta racionalización en la explotación de los países ocupados, el interés de los alemanes por la economía francesa es selectivo e irregular, lo que les pone las cosas fáciles en la negociación.[16]

13. Véase Michel Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*

14. «Note sur la conduite de la négociation générale avec l'Allemagne», 6 de noviembre de 1940, AN, *AJ 41* 39, dr. DSA Negociación general.

15. «État résumé des négociations économiques à Wiesbaden au 15 novembre 1940», anexo XI al informe nº 34, DFCAA, vol. 3, págs. 104-106.

16. Como explica Doyen a Huntziger el 8 de marzo de 1941, «el gobierno alemán pone todo su esfuerzo en presentar sus demandas por capítulos distintos, y procura que la discusión quede siempre rigurosamente fraccionada. Es consciente de que de este modo pone las cosas difíciles al gobierno francés, que se ve obligado a formular de forma desordenada sus solicitudes a los distintos

El Estado francés es un interlocutor imprescindible en las negociaciones sobre los territorios no ocupados y en las que conciernen al conjunto del país. De este modo se firman grandes contratos de suministro de materias primas y de productos acabados en la industria de curtidos y textil (planes Kerl y Grunberg). La posición de Vichy es lo bastante sólida como para hacer que los pedidos alemanes se sometan a ciertas reglas de equilibrio; la principal de ellas es que el ocupante suministre las materias primas necesarias para la elaboración de los productos, salvo en el caso del carbón, que los alemanes se niegan a proveer. Para ciertos pedidos hechos en la zona libre, especialmente para la producción de aluminio, se logra que los alemanes suministren carbón. En esos casos, los franceses están en mejor posición, el ocupante no tiene más remedio que solicitar su ayuda.[17]

Por lo que respecta a la preservación del capital nacional, Vichy demuestra proceder con gran cautela. En octubre de 1940, los dirigentes franceses supeditan a su autorización cualquier cesión de intereses a extranjeros. No se trata de una negativa absoluta, sino de una voluntad de control que obedece a la necesidad de obtener compensaciones y de fortalecer su posición en vista de negociaciones más amplias.[18] Cuando los alemanes solicitan su autorización, las autoridades francesas reclaman participaciones equivalentes en empresas alemanas, normalmente en vano, o acuerdos sobre el reparto de los mercados una vez finalizada la guerra, en algunas ocasiones con éxito. La mayoría de las veces, las compensaciones llegan en forma de suministros de materias primas, pedidos a la industria francesa, patentes o procedimientos técnicos.[19] Vichy pide que el pago no se haga por la vía de los gastos de ocupación ni mediante el *clearing*. En algunos casos, logra la devolución de empréstitos retenidos por el extranjero.

La penetración del capital alemán sigue varias vías: la creación de sociedades de capitales mixtos (Francolor, France-Rayonne, Gazogènes, France-Actualités...); las participaciones en sociedades francesas, sobre todo en los medios de comunicación (Havas, el grupo Hibbelen, que controla cerca de cincuenta publicaciones periódicas, las ediciones Denoël y Sorlot); la readqui-

---

portavoces» (nota de Doyen a Huntziger, 8 de marzo de 1941, anexo IV al informe 47, DFCAA, vol. 4, pág. 195). Sobre la explotación económica de la Francia ocupada, véase Alan Milward, *The New Order and the French Economy*, Oxford University Press, 1970.

17. Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 616 y sigs.

18. Nota de Bouthillier, 7 de noviembre de 1940, AN, *AJ 41* 168, dr. Negociaciones generales.

19. «Note sur les rapports économiques franco-allemandes depuis l'armistice», agosto de 1941, AN, *AJ 41* 168, dr. Negociaciones generales.

sición de participaciones francesas en empresas extranjeras, en Alemania y sobre todo en el este y el sudeste de Europa, zonas que ahora están bajo la influencia del Reich; y finalmente, las participaciones en sociedades confiscadas a los judíos, especialmente las Galeries Lafayette.[20] Vichy se enorgullecerá de haber impedido las participaciones mayoritarias, después del desgraciado caso de la sociedad Francolor, en el que acabó cediendo con tal que ese caso no sentase un precedente. Pero si la penetración del capital alemán fue muy limitada, eso no fue tanto mérito del Estado francés cuanto resultado del desinterés de las autoridades del Reich, preocupadas por la explotación inmediata del país, y de la prudencia de los hombres de negocios alemanes, que tenían sus dudas sobre el lugar que ocuparía Francia en el nuevo orden y sobre el desenlace de la guerra.

La mano de obra también interesa al ocupante, que urge a Vichy a colaborar en el reclutamiento de trabajadores voluntarios para Alemania. En marzo de 1941, el gobierno acepta derogar una ley que, adoptada seis meses antes, prohibía a los franceses trabajar en la fabricación de material de guerra en territorio extranjero —una ley que también se había promulgado pensando en los gaullistas—. Pero se niega, con extraordinaria firmeza, a apoyar oficialmente el reclutamiento de trabajadores para Alemania. A partir del otoño de 1941, esta negativa inicial se vuelve menos firme. La prolongación de la guerra en el este, que acrecienta las necesidades alemanas, despierta el fantasma de una requisición de mano de obra, ante la que parece preferible un aumento del número de trabajadores voluntarios en Alemania. Surge la idea de la «Relève»: transformar a los prisioneros de guerra en obreros civiles que permanezcan en aquel país, así como la liberación de prisioneros a cambio del envío de obreros a Alemania, idea que Scapini ya propuso en el otoño de 1940 y que Laval hará suya un año después.[21] A comienzos de 1942, el gobierno promete garantizar el reclutamiento de trabajadores a cambio de la creación de un organismo francés que dirija y controle a los obreros que trabajen en Alemania. Belin, el ministro de Trabajo, subraya que esta propuesta «compromete de forma considerable» al gobierno.[22] A comienzos de abril de 1942, Darlan llega incluso a autorizar la apertura de oficinas alemanas de reclutamiento en la zona libre. En este

20. Henry Rousso, «Vichy face à la mainmise allemande sur les entreprises françaises», en Claude Carlier y Stefan Martens (comps.), *La France et l'Allemande en guerre: Septembre 1939-novembre 1942*, Institut historique allemand, 1990, págs. 469-487; Margairaz, *L'État, Les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, capítulo XIX, págs. 631 y sigs.

21. Véase Michel Gratier de Saint-Louis, «Les dessous d'une négociation: la main-d'œuvre française en Allemagne (8 septembre 1941-6 février 1943)», *Bulletin du Centre d'histoire économique de la Région lyonnaise*, 1987, n° 4.

22. Reunión del 14 de enero de 1942 en el Majestic, AN, *F 37* 4.

punto, sobre el que el ocupante presionó insistentemente, Vichy mostró sus reservas. Ciertamente, éstas se explican por la postura de la opinión francesa, pero también por la voluntad de Vichy de dar un giro a la economía a través de los pedidos alemanes, un objetivo más importante que la disminución del paro a través del envío de trabajadores al otro lado del Rin.

En conjunto, los resultados no son demasiado buenos, ni siquiera en 1941, el año de la máxima colaboración económica. Es la época en la que los tecnócratas de Vichy esbozan sus grandes proyectos, especialmente la idea de unas vías de comunicación europeas.[23] Lehideux, responsable del plan de equipamiento industrial, se la presenta a Benoist-Méchin en su versión más grandiosa: tres grandes ejes de autopistas (Burdeos-Berlín, Cherburgo-Basilea y Marsella-Hamburgo) a los que se añadiría una red de vías fluviales y marítimas entre el Rin, el Atlántico y el Mediterráneo; y en el interior de Francia, dieciséis carreteras que convergerían en París, desembocando en dieciséis puertas monumentales, las denominadas «puertas del mariscal».[24]

Dada la intensidad y la continuidad de la presión del ocupante, los tecnócratas se sienten aliviados cuando sus interlocutores, como ocurre en algunas ocasiones, se muestran conciliadores, manifiestan su voluntad de reciprocidad o aluden a la posibilidad de un equilibrio en sus relaciones. Así sucede en el sector textil, en el que el responsable alemán afirma que, una vez finalizada la guerra, el previsible déficit de la producción europea traerá consigo una situación favorable para las industrias de los dos países.[25] Esto es poco habitual, por lo que los tecnócratas franceses tratan de subrayar todo aquello que pueda resultar tranquilizador. A finales de 1941, los responsables del Ministerio de la Producción Industrial redactan una serie de notas que formará parte de un documento con un título sorprendente: «La ayuda de Alemania a la economía francesa». Para mostrar que la colaboración no es unilateral, los tecnócratas detallan la contribución alemana: suministro de materias primas, ayuda técnica para la producción de sustitutivos, provisión de productos elaborados.[26] Unos resultados muy pobres, reflejo del enorme desequilibrio existente en las relaciones entre ambos países.

Ciertamente, la máquina se ha vuelto a poner en marcha, y en el otoño de 1941 se ha reducido el paro. Pero si la economía marcha bien, es gracias a Alemania, que en 1942 absorbe hasta una tercera parte de la renta nacional de

23. Nota de Berthelot a Hemmen, 8 de mayo de 1941, AN, *AJ 41* 101; «1er rapport du Comité d'étude des autoroutes françaises», *Revue économique franco-allemande*, diciembre de 1942, pág. 15.
24. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 71.
25. Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 611-612.
26. AN, *F 37* 27, dr. Ayuda aportada por Alemania a la economía francesa.

1938, y la mitad un año después.[27] A finales de 1941, Francia suministra alimentos (el 10 % de su producción de trigo, el 15 % de su carne, el 80 % de su champaña, el 25 % de los aceites procedentes de las colonias, el 40 % del cacao); materias primas (el 55 % de su aluminio, el 40 % de su bauxita, el 90 % de su cemento); productos manufacturados (el 70 % de la producción de las industrias mecánicas de la zona ocupada, el 90 % de las industrias navales, el 80 % de la industria aeronáutica, el 70 % de la industria eléctrica).[28]

La economía francesa florece para Alemania. El compromiso de suministrar materias primas no se respeta, las demoras se suceden, muchas veces no llega nada. Los pedidos de los alemanes se satisfacen a costa de las reservas francesas; la población tendrá menos carbón y más restricciones.[29] A finales de 1941, los alemanes escriben, y con razón, que la contribución económica de Francia estriba en la explotación de su aparato productivo, en el agotamiento de sus reservas y en la reducción de su consumo al mínimo.[30] A partir de la primavera de 1942, la explotación del país es aún mayor, y el margen de maniobra de los negociadores franceses se hace todavía menor.

La fabricación de material de guerra es parte de la fusión de lo económico y lo militar, del mismo modo que la cuestión de las «facilidades» imperiales forma parte de la no beligerancia de Vichy. En agosto de 1940, el gobierno permite que los industriales de la zona libre satisfagan los pedidos militares de Alemania. La única restricción se refiere al «material ofensivo destinado a la lucha contra Inglaterra». Pero el 19 de agosto, en una nota dirigida a Weygand, Huntziger indica que, de haber ciertas compensaciones, podría autorizarse incluso la fabricación de material ofensivo.[31] Poco después, el aparato productivo de la zona libre se pondrá en marcha en beneficio de Alemania. Los alemanes se interesan por la industria aeronáutica. Vichy ve con buenos ojos la reactivación de ese vasto sector, que antes de la guerra empleaba a 250.000 personas y que el armisticio había condenado a la inactividad. El interés es económico, pero también militar: si los alemanes quieren aviones, que permitan que los franceses los construyan para sí mismos. De ahí la idea de un programa común, cuyos resultados habría que compartir. El alcance de esta decisión es claro: como dice Bouthillier, «el hecho de trabajar para los

27. Milward, *The New Order*, *op. cit.*, pág. 273.
28. Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 599-600.
29. Véase Margairaz, *ibid.*, págs. 601 y sigs., y las notas en AN, *F 37* 20, dr. Estudios sobre la colaboración económica francoalemana.
30. «Wirt. Berichte des MBF», informe de diciembre 1941-enero de 1942, BA-MA, *RW 35* 304.
31. Huntziger a Weygand, 19 de agosto de 1940, DFCAA, vol. 1, págs. 155-156.

alemanes en la zona libre es lo más grave que ha sucedido desde el armisticio».[32]

Es lógico que las negociaciones fuesen especialmente arduas. En un primer momento, Vichy intentó obtener compensaciones de orden político; un objetivo que Flandin abandona, pues su intención era probar su voluntad de seguir colaborando y, además, consideraba prioritaria la reorganización de las fuerzas militares. Retomadas posteriormente, aunque en un ámbito más limitado, en la segunda mitad de 1941 las negociaciones concluyen en acuerdos que establecen la proporción de un avión para Francia y dos para Alemania (se trataba, fundamentalmente, de aviones de transporte, pues los alemanes querían reservarse la construcción de máquinas de combate). Por otra parte, los franceses reciben la autorización para construir algunos aviones civiles y para dirigir un programa de investigación.[33] En el ámbito de la construcción naval se llega a un acuerdo similar. Vichy obtiene la liberación de aproximadamente un 30 % de los varaderos de la zona ocupada para acabar algunos barcos de guerra y construir barcos mercantes a cambio de la construcción, en las dos zonas, de cierto número de unidades para Alemania, incluidos buques de guerra.[34]

Los resultados fueron muy inferiores a los objetivos. En el sector de la aeronáutica se produjo cerca de la mitad de lo previsto, y sólo se había cumplido el 10 % del programa naval cuando, en noviembre de 1942, la desaparición del ejército de armisticio puso fin a la colaboración francesa en este ámbito.[35] La explicación ha de buscarse en la escasez de energía y de mano de obra cualificada, en los problemas de adaptación a la construcción de modelos alemanes y en la prioridad dada por el ocupante a la fabricación en territorio alemán. Con todo, después de la guerra la industria aeronáutica francesa habrá producido (contando los pedidos del programa común y los satisfechos directamente a las empresas) 1.540 aviones y 4.138 motores, a lo que hay que sumar la reparación de 5.716 motores, es decir, una parte importante de los aviones de transporte militares que tuvo Alemania.[36]

Vichy había elaborado minuciosamente un tercer programa común, pero éste no fue aceptado. Su objetivo era fabricar material de guerra en la zona libre para reforzar y modernizar las fuerzas francesas. Un programa muy dese-

32. Reunión de armisticio del 29 de enero de 1941, DFCAA, vol. 4, pág. 71.

33. Véase Peter F. Klemm, «La production aéronautique française de 1940 à 1942», RHDGM, nº 107, 1977, págs. 53-74; Patrick Facon y Françoise de Ruffray, «Aperçus sur la collaboration aéronautique franco-allemande (1940-1943)», RHDGM, nº 108, 1977, págs. 85-102.

34. Claude Huan, «La construction navale française 1940-1942», en *La France et l'Allemagne en guerre*, *op. cit.*, págs. 197-210.

35. Klemm, «La production aéronautique...», *op. cit.*, pág. 67; Huan, «La construction navale...», *op. cit.*, pág. 210.

36. Klemm, «La production aéronautique...», *op. cit.*, págs. 72-73.

quilibrado a favor de Francia, tanto por lo que se refería a la proporción (ocho por uno) como por lo que concernía a las condiciones anexas. Elaborado en el clima de los protocolos de París, este programa reflejaba el aumento de las exigencias de Vichy y probaba la importancia concedida al refuerzo militar, aun a riesgo de comprometerse un poco más. Huntziger, refiriéndose a este programa, escribía que «el Gobierno francés considera indispensable, por razones de orden moral y psicológico, seguir ignorando los encargos alemanes y, por lo tanto, dar prioridad a los franceses».[37]

Es en la reorganización de las fuerzas armadas propiamente dichas donde la política de Vichy obtiene sus resultados menos malos. Alemania estaba demasiado interesada en la defensa del Imperio francés como para regatear, tal como era su costumbre. En su balance de septiembre de 1941, el responsable francés de la Subcomisión de las Fuerzas Terrestres en Wiesbaden habla de los «resultados indiscutiblemente positivos» en materia de efectivos y de armamento para la defensa del Imperio —en 1942, el Ejército del Aire, que según el armisticio debía quedar totalmente desarmado, dispone de 900 aparatos, y la flota cuenta con 56.000 hombres, casi tantos como antes de la derrota, en lugar de los 3.000 previstos por el armisticio—.[38] Pero, añade el delegado francés, es ésta una «generosidad interesada» por parte de Alemania, que procura que las concesiones hechas no rebasen el marco de sus intereses. El jefe de la Subcomisión de Armamento, por su parte, escribe: «Alemania intentará comprometernos pagándonos lo menos posible».[39]

Los alemanes calculan con toda exactitud los refuerzos que conceden y siguen teniendo en sus manos la forma de controlar su utilización, sobre todo a través de los carburantes. Pero, aparte de eso, los resultados de Vichy son pobres por otras razones: el material se desgasta, se torna obsoleto. En la era moderna, el poder militar supone la libre utilización de una amplia base industrial, medios de reparación y de mantenimiento en abundancia, así como una continua innovación técnica, posibilidades que, en el caso de Francia, son muy limitadas, dado el control alemán y la situación de penuria generalizada. A esto hay que añadir la falta de vocaciones para el ejército de armisticio. En la primavera de 1942, los militares constatan con preocupación que ya no pueden retener en el ejército a los jóvenes de los reemplazos de 1938 y 1939, y que su

37. Nota de Huntziger, 10 de julio de 1941, DFCAA, vol. 4, pág. 631.

38. Aranaud Teyssier, «L'armée de l'Air d'armistice face à l'Allemagne (juillet 1940-novembre 1942)», en *La France et l'Allemagne en guerre*, *op. cit.*, pág. 187; Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, págs. 308 y sigs.

39. «Mise au point à la date du 15 septembre des questiones principales traitées par la Sous-commission des forces terrestres»; y nota de Allier (Subcomisión de Armamento), 24 de septiembre de 1941, AN, *AJ 41* 38, dr. Historiales.

salida del ejército supondrá entre 55.000 y 60.000 bajas, ¡y el total de efectivos autorizado es solamente de 100.000 hombres! Para el general Bridoux, ministro de Guerra y ferviente colaboracionista, «un déficit de esta magnitud crearía una situación verdaderamente peligrosa en un momento en que las acciones extranjeras contra el orden interior o contra la seguridad del Imperio amenazan con aumentar su intensidad».[40]

Ciertamente, a través de estas negociaciones permanentes Vichy consigue unos resultados, pero éstos son modestos, provisionales, revocables, y los paga implicándose aún más en la política del ocupante. Con una sola excepción, tal vez: de los 1.500.000 prisioneros de guerra trasladados a Alemania, 600.000 regresan a Francia entre 1941 y 1944. Vichy obtiene crédito para 220.000, pues los demás son fugitivos, y sobre todo heridos y enfermos cuya repatriación corría a cargo de la Convención de Ginebra. Además, ha de tenerse en cuenta que la cifra anterior incluye los 90.000 hombres liberados a cambio del envío a Alemania de un número de obreros tres veces mayor, así como toda una serie de hombres —agricultores, funcionarios, técnicos— cuya liberación y actividad profesional en Francia servían también a los intereses alemanes. De este modo, el único logro de Vichy que no implicó contrapartida alguna fue el regreso de los veteranos de 1914-1918.[41]

En general, la orientación de los intereses alemanes hace que la colaboración tenga muchos menos resultados en el ámbito económico que en el militar. Los franceses esperan de ella una mejora de su vida cotidiana, pero los recursos se destinan a la fabricación de armamento y no a cubrir las necesidades civiles, exponiendo a la población y a los trabajadores a los bombardeos.[42] Los franceses temen una guerra con Inglaterra, pero la voluntad de reforzamiento militar de Vichy aumenta precisamente este riesgo, pues las armas concedidas pueden emplearse, como sucedió, contra los anglosajones. A fin de cuentas, gran parte de este armamento, adquirido a un precio tan elevado, se consume en la lucha contra los Aliados, primero en Siria, y después en África del Norte, antes del penoso hundimiento de la flota en noviembre de 1942.

Poco antes del desembarco en África del Norte, algunos altos funcionarios —militares, subrayémoslo— reconocen abiertamente la vanidad de la política gubernamental. En septiembre de 1942, una nota del Estado Mayor de la Marina señala que las crecientes exigencias de Alemania «están llevando al país a

40. Bridoux, «Note por les Délégations françaises près des Commissions d'armistice de Wiesbaden et de Turin», 12 de junio de 1942, AN, *AJ 41* 627, dr. Ejército de armisticio.

41. Yves Durand, *La Captivité: Histoire des prisonniers de guerre français 1939-1945*, FNCPG-CATM, 1980, pág. 34.

42. Véase, por ejemplo, la nota de Leroy-Beaulieu, «Note pour le Délégué général aux relations économiques franco-allemandes», 8 de julio de 1941, AN, *AJ 41* 167, dr. Explosivos.

una situación que no sería más trágica si, en junio de 1940, Francia se hubiese negado a firmar el armisticio y hubiese aceptado la ocupación total». Y: «La catástrofe de una ocupación (incluso total) no sería mucho peor de lo que de todos modos va a suceder, pues Alemania nos utilizará para ganar su guerra».[43]

43. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 557.

Capítulo 9

El retorno de Laval

Readmitiendo a Laval, Pétain muestra su voluntad de continuar la política de colaboración. O al menos, reconoce que no le queda otra alternativa. En el este, la ofensiva alemana es inminente. Vichy considera que ésta se coronará con el éxito, o en cualquier caso con la obtención de recursos sin los que la URSS quedará debilitada y Alemania saldrá reforzada. ¿Qué podrían hacer ellos contra unos anglosajones que están a la defensiva en todas partes? Laval detenta ahora los poderes extraordinarios que reclamaba desde el 13 de diciembre. Jefe del gobierno, el auvernés nombra a sus ministros y toma las riendas de la política gubernamental. Como medida de seguridad, se pone al frente de los Ministerios de Interior, Exterior e Información. Darlan conserva el título de sucesor y queda al frente de las Fuerzas Armadas; humillado, ve sus poderes arrebatados. El nuevo gobierno está compuesto por hombres leales al mariscal: por parte del antiguo equipo Worms, cada vez más desunido; por una serie de partidarios de Laval, algunos de ellos extraídos del personal de la III República; y finalmente, por un conjunto de hombres ilustres, entre los que figura un bullicioso académico, Abel Bonnard. La disminución del número de celebridades refuerza la tendencia colaboracionista.

Pétain conserva el poder constituyente y el de revocar al jefe del gobierno. Delegar parte de sus poderes le resulta desagradable. De ahí que sea reacio a readmitir a un hombre que no le gusta, pero cuya política está más próxima que nunca a la suya. El 19 de abril, anunciando a los franceses la formación del gobierno, subraya que éste se subordinará a su autoridad. Con el fin de borrar el pasado, Pétain recuerda el papel que ha desempeñado Laval en la creación del nuevo orden. «Hoy, en un momento tan decisivo como lo fue junio de 1940, vuelvo a encontrarme con él para reemprender esa obra de reconstrucción nacional y de organización europea que ambos iniciamos.»[1] El mariscal,

1. Pétain, *Discours aux Français*, *op. cit.*, pág. 245.

que en enero todavía mostraba sus cadenas y hablaba de «semilibertad», reajusta ahora su quepis.

Laval es plenamente consciente de las dificultades que le esperan, pero no duda ni un solo momento de la corrección de su política. En materia de política interior, hace todo lo posible para que el gobierno recupere la confianza de la opinión pública y consolide su autoridad. Para suavizar la imagen reaccionaria del régimen, que considera como una de las causas de su impopularidad, solicita el apoyo de quienes fueron elegidos democráticamente; intenta que algunos parlamentarios, entre los que se halla Marquet, acepten una cartera; resucita, aunque con otro nombre, los antiguos consejos generales. Hace cuanto puede para reconciliarse con los sindicalistas y con el mundo laboral. Pone freno a la lucha contra los francmasones, aunque sustituye a Vallat por un loco antisemita, Darquier de Pellepoix. Mete en cintura a la Legión de Combatientes, cuyo celo irrita a la administración y descontenta a la población. Juguetea públicamente con las palabras socialismo y república.

Pero la opinión no se conforma con simples palabras. Laval lo sabe muy bien, así que opta por una «República fuerte», con una prensa y una radio puestas a sus pies, una policía que se encarga de eliminar cualquier oposición, y por qué no, un partido único que hace las veces de guardia pretoriana. Su simpatía por el activismo no es ahora mayor. Ante la agitación y la propaganda siente indiferencia, o desconfianza. Pero, después de la experiencia del 13 de diciembre, considera importante contar con el apoyo de un partido, aunque sólo sea para afrontar el desafío de los hombres de París, sobre todo de Doriot, que en el verano de 1942 pretende auparse al poder. Mientras alienta a los rivales del gran Jacques a golpe de subvenciones y mientras Benoist-Méchin, siguiendo sus órdenes, pone a la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo (LVF) bajo la férula del Estado francés, en la zona libre juega la carta del Servicio de Orden Legionario (SOL), núcleo activista de la Legión de Combatientes, y nombra a su líder, Darnand, delegado del jefe del gobierno.

En materia de política exterior, Laval sabe que no es el momento oportuno para una política que se arriesgue a entrar en conflicto con Inglaterra, ni intentando reconquistar las colonias disidentes ni, peor aún, concediendo «facilidades» en el Imperio. Habiendo entrado en guerra la URSS, Japón y Estados Unidos, es dudoso que Alemania pueda hacerse con una victoria absoluta. Pero conservará su posición hegemónica en Europa, después de vencer a la URSS. Victoria probable, victoria deseable, pues dejaría al Reich satisfecho, en posesión de territorios que saciarían por completo sus ansias de poder y que le permitirían convertir el Continente en su fortaleza. Los anglosajones,

tras el duro golpe asestado por Japón, no querrán entrar en una guerra larga, sobre todo si Francia obtiene una posición digna en la nueva Europa. En ese caso, los franceses estarán en condiciones de hacer de mediadores y hasta de convertirse en los artífices de un compromiso de paz.

Laval ensarta las hipótesis en el collar de sus esperanzas: una victoria alemana en el este a corto plazo, los anglosajones en mal estado y cansados de la guerra, un Hitler que entra en razón. Y desecha hipótesis que, aun siendo más probables, no responden ni a sus deseos ni a sus intereses: la prolongación de la guerra en el este y el estrechamiento del cerco en el oeste. Pero la Francia ocupada será exprimida como un limón por el ocupante, los anglosajones atacarán primero el Imperio, después la metrópoli; Francia se convertirá en un campo de batalla, Vichy perderá sus últimas bazas. Un año antes, el régimen de Vichy pensaba que Francia debía jugar las bazas que le quedaban para lograr el reconocimiento de una Alemania a la que sólo podía esperarle la victoria, obteniendo los medios para reforzarse y protegerse en la medida de lo posible de las consecuencias indeseables de esa victoria. A partir de la primavera de 1942, en cambio, de lo que se trata es de ayudar a una Alemania cuya victoria parece problemática, pero cuya derrota sigue considerándose improbable, evitando todo compromiso militar, especialmente en el Imperio, que pudiese perjudicar la virtual función mediadora de Francia. De ahí la insistencia en la lucha contra el comunismo y la prudencia con los anglosajones: el discurso de Laval se torna pacifista, el auvernés declara no estar dispuesto a conducir a Francia a la guerra, una posición que lo concilia con Pétain.

El 27 de abril, Laval explica al almirante Leahy que la guerra se ha convertido en una lucha ideológica entre democracia y totalitarismo, que Francia no tiene por qué tomar partido por ninguna de esas dos posiciones, que él sólo mira por el bien de su país. Considera factible una alianza con Alemania, pues traería la paz a Europa; en cualquier caso, una victoria de los alemanes o, a ser posible, una paz negociada sería preferible a una victoria de los ingleses y de los soviéticos. Con Estados Unidos, quiere mantener buenas relaciones; no proporcionará ninguna ayuda militar a Alemania, pero defenderá el Imperio contra un ataque anglosajón.[2] Los norteamericanos no están dispuestos a darle crédito. Roosevelt llama a Leahy para deliberar y envía un representante a la Francia gaullista. Muestra su descontento en relación con las posesiones francesas en el Caribe, exigiendo la inmovilización de los buques de guerra que se encuentran allí y la aceptación de un amplio control. Considera correcto que los ingleses hayan desembarcado en Madagascar con el pretexto de anticiparse a una ocupación japonesa. Para Vichy sólo tiene duros reproches.

2. Leahy, 27 de abril de 1942, FRUS, 1942, págs. 181-182.

Laval se esfuerza por calmar a los norteamericanos. A los alemanes, les hace toda una serie de promesas, justamente cuando Berlín intensifica la explotación de los países ocupados. Göring reclama un avituallamiento mayor, ¿qué importa que los franceses pasen hambre? Speer, el arquitecto del führer convertido en ministro de Armamento, exige un aumento de la producción militar. El *gauleiter* Sauckel reclama mano de obra para la guerra total. La Wehrmacht, que necesita carne de cañón, recluta a la fuerza a los jóvenes alsacianos y loreneses; Vichy eleva su protesta a Wiesbaden, pero guarda silencio en público. Por su parte, las SS exigen ayuda para mantener el orden y dar una «solución final a la cuestión judía». Abetz debe abrirse paso a codazos: su proyecto de una Francia convertida en satélite de Alemania requiere tino, tacto, ciertas concesiones; pero él hace todo lo contrario.

Laval necesita desesperadamente mejoras. Por el bien de su política exterior, debe ganarse a la opinión, si es que no quiere verse completamente solo. Más allá de las concesiones cuya letanía apenas ha variado en los dos últimos años —liberación de prisioneros, restablecimiento de la unidad administrativa del país, reducción de los gastos de ocupación, etc.—, su objetivo es poner en marcha la gran negociación. Pero los interlocutores de segunda categoría que tantas exigencias le formulan escurren el bulto en cuanto toca el tema de una negociación general. Naturalmente, Laval vuelve a servirse de su viejo método: hacer promesas para inspirar confianza. Vuelve a ponerlo en práctica asintiendo a casi todo, a veces incluso anticipándose a sus interlocutores. Así, el 12 de mayo escribe a Ribbentrop: «En nuestra desgracia, quisiera decirle, espontánea y simplemente, que Francia está dispuesta, de acuerdo con sus posibilidades y sin demora alguna, a colaborar con ustedes. Por consiguiente, es mi deseo que haya franceses, cuantos más mejor, dispuestos a ocupar en las fábricas alemanas el lugar de quienes marchan al frente del este».[3] Laval sabe que Sauckel va a pedirle trabajadores. Ofreciendo la colaboración de Francia en este punto, espera abrir el camino para un encuentro de más alto nivel y ser recompensado posteriormente.

De abril a octubre, Laval no ceja en su empeño de entrevistarse con los dirigentes alemanes. Fijado en este objetivo y enfrentado a la continua presión alemana, toma decisiones cruciales, animado por los éxitos del Reich: Rommel entra en Egipto, la Wehrmacht se abre paso en el Cáucaso. La presión alemana, piensa, no durará demasiado tiempo. El 26 de junio, declara ante el Consejo de Ministros: «Entramos en una etapa difícil: la etapa de los "plazos". Probablemente, esta etapa durará tanto como la ofensiva alemana en el este. Para defender los intereses de Francia, el jefe del gobierno y los ministros deberán

3. Kupferman, *Laval*, Balland, 1987, págs. 333-334.

redoblar sus esfuerzos».[4] Hay que aceptar aquello a lo que no es posible negarse, aplazando en lo posible su cumplimiento, hasta que la victoria en el este traiga consigo una disminución de las exigencias de los alemanes, especialmente en el tema de la mano de obra. En Vichy, nadie parece ver los riesgos de esta apuesta y de este método. Ciertamente, la política de Laval no entraña ninguna innovación. Protección de Francia, si no de los franceses, recuperación de la soberanía y de su posición hegemónica, supervivencia del régimen: el combustible de la locomotora de Vichy sigue siendo el mismo.

Laval presta menos atención que Darlan y Pétain a los temas militares. Pero, al igual que ellos, se opone a una presencia alemana en el Imperio, pues ésta tendría como consecuencia la ruptura con Estados Unidos, y está decidido a defender los territorios franceses en África occidental y en África del Norte, desgraciadamente situados cerca de Europa. Pero durante la primavera y el verano de 1942, en la pequeña capital sólo se habla de una «invasión» que parece inminente. La alarma es comprensible, pues Vichy estaría ante una peligrosa alternativa: o no resistir, con lo que Alemania ocuparía toda la metrópoli; o resistir con la ayuda de Alemania, y entrar en conflicto con los anglosajones. Partidario de esta segunda solución, Benoist-Méchin propone solicitar ayuda a las fuerzas alemanas en una segunda fase. Pero Laval rechaza su propuesta temiendo una aproximación a los anglosajones.[5] La primera solución no la defiende nadie, al menos públicamente, pues equivaldría a renunciar a la política hecha hasta entonces. En definitiva, queda una solución mixta: resistir en solitario, lo más enérgicamente posible, pidiendo armas a los alemanes, pero sin reclamar la ayuda de sus fuerzas, o hacerlo lo más tarde posible.

Uno tras otro, los dirigentes franceses tratan de disuadir a los norteamericanos, advirtiéndoles de que defenderán el Imperio. Para dar más crédito a sus palabras, vuelven a solicitar medios de defensa. Pétain se muestra especialmente alarmado. A finales de mayo, sugiere a un diplomático alemán iniciar conversaciones de Estado Mayor sobre la defensa del Imperio.[6] Los alemanes declinan esta propuesta y ofrecen refuerzo militar para los territorios franceses en África occidental a cambio de la cesión del arqueo de los barcos inmovilizados en los puertos del Mediterráneo. Laval rechaza esta oferta, por considerar que comportaría el embargo de los barcos franceses en los puertos anglosajones. Pero la tentativa de desembarco anglocanadiense en Dieppe el 19 de agosto, le hace cambiar de opinión. A cambio del arqueo de los barcos, los territorios franceses en África occidental recibirán refuerzo militar justo antes del desembarco aliado.

4. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 221.
5. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 50.
6. Abetz, 1 de junio de 1942, en *Pétain et les Allemands*, *op. cit.*, pág. 179.

La operación de Dieppe confirma los temores de Vichy. Su fracaso alivia y reconforta. Pétain agradece a Von Rundstedt la heroica resistencia de sus tropas y dice a un diplomático alemán «que todos los franceses se sienten orgullosos de ese día tan dichoso». Emocionado, lanza una sarta de improperios contra los ingleses, hacia los que siente «horror» y que «tanto daño» han hecho a Francia. Laval felicita a los alemanes de forma más rotunda: «Vuestro éxito es el nuestro».[7] El acontecimiento reaviva la idea expresada unas semanas antes por Pétain, la participación del ejército de armisticio en la defensa de la costa atlántica de la metrópoli. La apertura de ese «espacio defensivo francés» posibilitaría volver a poner los pies en la zona ocupada, a cambio de una alianza con el ocupante contra los anglosajones. Dos días después de Dieppe, el mariscal hace esta oferta a Hitler en una carta cuya autenticidad será puesta en entredicho. Pero las memorias de Benoist-Méchin disipan toda duda. Es él quien expone la idea a Laval, que, reacio, propone informar al mariscal, de quien esperaba una negativa. Pero a Pétain le convence la idea, y Laval la suscribe, aunque dice que Hitler no responderá, y así fue, y que eso se volverá en su contra el día de la gran negociación.[8]

En el ámbito económico, las demandas de los alemanes no acaban nunca. Ven en Laval a un hombre que no vacila, ni siquiera en relación con la producción militar. Le piden que ceda la mitad de las reservas de municiones de la zona libre: la respuesta es sí. Le piden que fabrique explosivos en la zona libre: la respuesta es sí. Le exigen 30.000 vagones y 1.000 locomotoras, la entrega de un importante *stock* de cueros: la respuesta es siempre sí. No obstante, tras la aceptación inicial se producen constantes regateos. Pero, mientras tanto, Laval ya ha mostrado su buena voluntad y espera la famosa entrevista.

En el tema de la mano de obra, hay que saber negociar: los obreros franceses no son acciones de las minas de Bor. En mayo, Sauckel reclama 350.000 hombres, 150.000 de los cuales han de ser especialistas. Laval no duda ni un solo momento y comunica a Ribbentrop que el envío de trabajadores será la aportación de Francia a la lucha contra el comunismo. Tras este acuerdo inicial, Laval negocia duramente las compensaciones. Sabe perfectamente qué cartas puede jugar: el trabajo forzoso es contrario al derecho internacional; el MBF no está dispuesto a cargar con la responsabilidad; la embajada teme la reacción de la opinión y el fracaso de su proyecto; todos saben que la operación es irrealizable sin la colaboración de la administración francesa. Pero Sauckel

7. Krug, 20 de agosto de 1942, ADAP E/3, nº 205.
8. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 63-64.

cuenta con un importante instrumento de presión, la requisición de mano de obra en la zona ocupada; una amenaza que Laval quiere alejar para lograr que se respete la soberanía francesa y porque su aplicación significaría el fracaso de su política.

Sus esfuerzos durante los cuatro meses siguientes le permiten limitar las exigencias de los alemanes, evitar que el Estado francés tenga que recurrir a la coerción y obtener el máximo número de compensaciones, sobre todo aquellas que puedan impresionar a la opinión pública. Francia proporcionará el número de hombres solicitados a cambio de la liberación de un prisionero por cada trabajador que marche voluntariamente a Alemania. Para evitar una pugna de intereses, acaba aceptando la proporción menos ventajosa de un prisionero por cada tres obreros especializados. El 22 de junio, en un discurso muy sonado, anuncia este canje: la *Relève*. Los allí presentes retienen un pasaje del mismo: «Yo deseo la victoria de Alemania; sin ella, el bolchevismo nos invadiría. Francia no puede permanecer indiferente ante los inmensos sacrificios que está haciendo Alemania para construir una Europa en la que nosotros hemos de ocupar un lugar». Tratando de tocar la fibra del anticomunismo, con estas palabras Laval se compromete con Hitler de una forma que dice mucho de la debilidad de sus recursos y de su obstinación política.

El reclutamiento de trabajadores voluntarios, la solución propuesta por Laval, es un fracaso, por lo que las presiones alemanas se intensifican. A finales de agosto, Sauckel, enfadado, ordena el trabajo obligatorio de los hombres y las mujeres de la Europa occidental ocupada. Laval amenaza con dimitir si esta ley se aplica en Francia, pero después cede. El 4 de septiembre, hace adoptar una ley que moviliza a los hombres de 18 a 50 años y a las mujeres solteras de 21 a 35 años para realizar todos aquellos trabajos que el gobierno considere necesarios «en nombre del interés superior de la nación»; el envío de trabajadores a Alemania no se menciona. ¡En lugar de una ley alemana para la zona ocupada, una ley francesa válida en las dos zonas! Al menos, Laval intenta aplazar el uso de la fuerza, que no puede sino hacer más profundo el abismo existente entre el gobierno y la opinión. Interpreta la ley como una «designación para la *Relève*», y no como una movilización forzosa. Decide que no se aplicarán las sanciones previstas. Todo habría sido distinto, declara Barnaud, si los alemanes hubiesen accedido a la proporción de uno por uno. De haber sido así, «el gobierno se habría considerado en el derecho moral de movilizar a la clase obrera, incluso empleando la fuerza».[9]

9. Declaración de Barnaud, «Réunion franco-allemande du 27 septembre 1942 à l'Hôtel Majestic», AN, *AJ 41* 83. Véase Michel Gratier de Saint-Louis, «Les dessous d'une négociation...», *op. cit.*, págs. 48-51.

Consciente de la impopularidad de esta medida, Laval intenta mostrar que su acción responde a una exigencia del ocupante y que a los obreros les conviene obedecer antes a la ley francesa que a la coerción alemana. Solicita un plazo y Stülpnagel se lo concede. El 20 de octubre, en un nuevo discurso, alude a la necesidad de una «política de entendimiento» con Alemania, evitando pronunciar la palabra «colaboración». Asegura que un acuerdo con los alemanes «sigue siendo compatible con el honor y el respeto de los intereses vitales de nuestro país». Alude una vez más al peligro de una victoria soviética. Pero ahora, el tono y las palabras son sumamente defensivos; lo que verdaderamente importa, dice, es que «Francia no sea víctima de la victoria de Alemania y que el día de mañana pueda encontrar su lugar en un Continente organizado y reconciliado». Sobre todo, exhorta a los obreros a responder a la *Relève*, aludiendo a las sanciones y exponiendo claramente la alternativa: o la movilización voluntaria, con las ventajas materiales que comporta y sus consecuencias beneficiosas para los prisioneros, o el «trabajo forzoso, que sólo redundará en beneficio de Alemania».[10] A partir de diciembre, la policía y la gendarmería se encargan de comunicar la movilización forzosa a los afectados y de buscar a todos aquellos que pretenden eludir su deber.

A fin de cuentas, Laval no gana gran cosa con sus moratorias. Sauckel ha aceptado que, de los 350.000 obreros solicitados, 100.000 se queden en Francia y trabajen para la Organización Todt.* Serán necesarios seis meses para reunir el contingente exigido; un plazo que no se debe tanto a la táctica dilatoria de los negociadores de Vichy cuanto a la negativa de obreros y patronos: la alusión a la coerción alemana no basta para persuadirlos. Laval ha apostado por una victoria en el este; pero las tropas alemanas no han logrado derrotar a los soviéticos. Mientras tanto, ha hecho oficial el suministro de mano de obra y se ha implicado en el reclutamiento forzoso de trabajadores para Alemania.

La cuestión de la autonomía de la policía interesa menos a los franceses que la *Relève*. Pero es muy ilustrativa de la obsesiva preocupación por la soberanía del régimen de Vichy, de su voluntad de pervivir y reforzarse. Y lo es también por la figura del responsable de la policía, René Bousquet, un hombre joven (33 años en 1942), pero con una larga experiencia administrativa que le ha permitido entrar en el círculo de Laval. En septiembre de 1940, es nombrado

10. *La Vie industrielle*, 22 de octubre de 1942.

* «Organización Todt»: formación militar de la Alemania nazi dirigida por Fritz Todt y creada en 1938 para utilizar con fines económicos y estratégicos la actividad de los obreros parados. En 1944 encuadra más de 2.000.000 de trabajadores, la mayoría extranjeros (prisioneros, deportados, movilizados) *(N. del t.)*.

prefecto del Marne, y prefecto regional de Champaña once meses después. Competente, brillante, enérgico, este niño mimado de la III República, amigo de radicales y masones, un hombre que jamás ha mostrado inclinación alguna por las doctrinas autoritarias, ilustra de forma paradigmática el apoyo que gran parte de los funcionarios franceses dan a Vichy. Ciertamente, su carrera ha recibido un impulso que habría sido bastante improbable en el régimen anterior. En este sentido, se parece a sus interlocutores de las SS, Knochen en cabeza, que han gozado de un ascenso igual de fulgurante. Sin ser un ideólogo, es un hombre sinceramente comprometido con la revolución nacional, al menos en la versión «república autoritaria» de Laval.[11]

El prefecto Bousquet es un hombre informado e instruido, así lo demuestran las palabras que dirige, en octubre de 1941, al cónsul de Italia en Reims. Éste hace referencia a las «relaciones frecuentes y bastante estrechas» que Bousquet mantiene con Laval, pese a su contacto con Darlan. Lo describe como «una persona de una inteligencia poco común y de ideas políticas perfectamente ajustadas al principio de un acuerdo con el Eje». Bousquet comparte la idea de fundar un partido único, de la que se habla en aquel momento, y de paso felicita al régimen fascista: «Son ustedes, los italianos, quienes nos enseñan que, sin un partido único, no es posible un régimen autoritario». Por lo que se refiere a la colaboración, defiende una concepción paritaria «que no ofenda nuestro sentimiento de independencia». Se muestra favorable a un acuerdo con Italia, «evidentemente dentro del marco del Eje», que sustituiría, como también habría que hacerlo en el caso de Alemania, un estado de guerra por un estado de paz. Bastaría con ponerse de acuerdo sobre algunos principios, con cuya ayuda podrían resolverse, en el momento oportuno, todos los problemas pendientes, incluidas las cuestiones territoriales. Sería una especie de pacto confidencial, precedido de un acuerdo formal para preparar el terreno en la opinión pública.[12]

Un año después, Bousquet, jefe de policía, visita a Daladier a la cárcel y le expone las dificultades de una política de colaboración a la que él da todo su apoyo. «El gobierno ha de hacer frente a los alemanes, exigentes y despreciativos al mismo tiempo, y a la opinión francesa, que alimenta ilusiones y quimeras.» Bousquet «cree que los alemanes son muy fuertes». Los ve organizar, en previsión del invierno, los territorios rusos conquistados, invadir Irak y Oriente Próximo, ahuyentar a los ingleses del Mediterráneo. «Después, Alemania organizará Europa según los planes del *brain trust* de Hitler y dirá a los nor-

11. Véase Jean-Pierre Husson, «L'itinéraire d'un haut fonctionnaire: René Bousquet», en *Vichy et les Français*, *op. cit.*, págs. 287-302.

12. Panlucci, 16 de octubre de 1941, ASMAE, *Affari politici Francia*, B. 49.

teamericanos: "¿Queréis la paz? ¿No? Entonces luchad".»[13] En su diálogo con el cónsul de Italia y con Daladier, Bousquet se muestra tajante. Confianza en sí mismo hasta la presunción. Mezcla de condescendencia e indignación ante un pueblo francés que no comprende nada de nada. Deseo de independencia y de reciprocidad en una política de colaboración que considera realista. Fe en la fuerza de Alemania sin afecto por el ocupante. Finalmente, completa aceptación de un régimen autoritario.

Laval ha encontrado a un hombre de confianza y con experiencia, un hombre que conoce de primera mano las dificultades de la administración en la zona ocupada, sobre todo en materia policial, donde las injerencias alemanas se han multiplicado. Laval y Bousquet quieren devolver la autoridad al gobierno, y al mismo tiempo reforzar a la policía para poner orden en el país; aquí, la recuperación de la soberanía va ligada a la supervivencia del régimen. La cuestión de la policía ha cobrado importancia con la llegada de Oberg, quien empieza reclamando el control sobre la policía francesa. Pero ¿qué cabría esperar de una policía desmoralizada y tendente a la pasividad desde el comienzo de los fusilamientos de rehenes, si tuviese que recibir sus órdenes de un alemán? El terreno de un posible acuerdo queda así delimitado. Bousquet pide respeto e independencia para la policía francesa, «reorganizada sobre bases nuevas y dirigida enérgicamente», a cambio de un compromiso activo «contra el terrorismo, el anarquismo y el comunismo, enemigos de nuestros dos países».[14]

Según Bousquet, a lo que hay que poner fin es a la participación directa o indirecta en el asunto de los rehenes y a operaciones mixtas perjudiciales para el régimen, puesto que todo esto hace que la opinión confunda ambas policías. La policía alemana ha de limitarse a reprimir las acciones dirigidas contra las fuerzas de ocupación. La policía francesa actuará solamente para reprimir la resistencia cuando ésta sea de naturaleza puramente política. Ambas cooperarán en aquellos casos en que esté en juego la seguridad del Estado francés y la del ocupante. Además, Bousquet reclama más medios: creación de escuelas de policía, dotación de armas, extensión a la zona ocupada de los Grupos Móviles de Reserva (GMR), a los que le gustaría formar para la lucha callejera y dotar con vehículos blindados. Los GMR, explica a Oberg, permitirían restablecer el orden y garantizar la retaguardia de las tropas alemanas en caso de un desembarco. La población de París ha de verlos como «una policía que interviene enérgicamente en caso de protesta» y quedar «impactada» cuando los vea.[15]

13. Daladier, *Journal de captivité*, *op. cit.*, págs. 168-170 (16 de septiembre de 1942).
14. Bousquet a Oberg, 18 de junio de 1942, en Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 209.
15. Nota de Hagen, 4 de julio de 1942, sobre la entrevista mantenida el 2 de julio de 1942 entre Oberg y Bousquet, en *ibid.*, págs. 228-229.

Oberg responderá el 23 de julio, accediendo considerablemente a las solicitudes de su interlocutor. El 8 de agosto, el acuerdo Oberg-Bousquet es presentado a los responsables de las SS y a los prefectos regionales. Con este acuerdo, que ciertamente no ocupa la primera página de los periódicos, Vichy va más allá de los límites de lo tolerable. Para que los alemanes se abstengan de esa injerencia a la que propenden, la policía francesa deberá demostrar constantemente su fiabilidad y su eficacia. Efecto indirecto de este acuerdo: a partir de septiembre de 1942, los fusilamientos de rehenes quedan interrumpidos; los responsables de las SS llegan a la conclusión de que estos fusilamientos aumentan la resistencia en el pueblo francés, mientras que el envío a los campos de concentración produce un efecto disuasivo. Reconociendo compartir con el ocupante unos «enemigos comunes», Bousquet y Laval hacen explícita una connivencia ideológica que hasta entonces era solamente tácita. En vez de evitar que la población confunda ambas policías, el reparto de tareas hace todavía más evidente que la lucha contra el ocupante es indisociable de la lucha contra Vichy.

Los judíos no figuran entre los «enemigos comunes» que enumera Bousquet. No obstante, su suerte queda ligada a la discusión sobre la policía. Desde marzo de 1942, 6.000 judíos han sido trasladados al este. De ellos, más de mil son franceses y Vichy no ha intercedido en su favor. En junio, esta situación lleva a Himmler a imponer con carácter de urgencia la «solución final» en Europa occidental. La colaboración de Vichy y de su policía se hace imprescindible. En el mismo momento en que Bousquet inicia la negociación con Oberg, Laval trata de dar un nuevo impulso a la política de colaboración. Cuando las SS comunican su intención de efectuar unas batidas, los responsables de Vichy, preocupados por el éxito de su política, actúan como era de esperar.

Desde el comienzo, la policía nazi duda de que Bousquet pueda darles una negativa. En mayo, al enterarse por Heydrich de la próxima deportación de los judíos apátridas recluidos en Drancy, preguntaba si no podría aprovechase la ocasión para deportar también a los judíos extranjeros recluidos en la zona libre.[16] Todo parecía indicar que Bousquet actuaba por su propia cuenta con la intención de deshacerse de una pesada carga, de la que sus predecesores se habían desembarazado hasta el punto de dejar morir a más de 3.000 personas. Su solicitud reflejaba un sentir muy generalizado. En febrero, el cónsul de Alemania en Vichy consideraba, por las múltiples conversaciones mantenidas,

16. Schleier a AA, 9 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125 a.

que «el gobierno francés se alegraría de poder deshacerse de los judíos de cualquier forma, pero sin hacer demasiado ruido».[17]

Cuando las SS piden el arresto de 22.000 judíos en la región de París (el 40 % eran franceses) Bousquet declara que Pétain y Laval no desean una participación de la policía, precisando que «del lado francés, no se tenía nada en contra de los arrestos en sí mismos». «Sólo su ejecución por la policía francesa resultaba "incómoda" en París.» Ante la insistencia de sus interlocutores, Bousquet idea una fórmula alternativa: la policía entregará el total solicitado arrestando a judíos extranjeros en las dos zonas. Subraya que «para el gobierno francés, se trata de una forma de actuar completamente nueva y que es consciente de las dificultades que comportará».[18]

Al día siguiente, en Vichy, Pétain y Laval dan su visto bueno al acuerdo. El segundo declara en el Consejo de Ministros: «Hay que distinguir entre los judíos franceses y los desechos deportados por los propios alemanes. El deseo del gobierno alemán sería crear un Estado judío en el este de Europa. No perdería mi honor si un día decidiese enviar a ese Estado judío a todos los judíos extranjeros que viven en Francia».[19] Los alemanes habían previsto deportar inicialmente sólo a los adultos. A petición de Laval, aceptan que los niños sean enviados con sus padres. Es fácil adivinar el razonamiento del jefe del gobierno: la separación familiar conmoverá a la opinión, los niños quedarán a cargo del Estado francés; dado que los alemanes los reclaman, que se los lleven a todos.

En París, la policía francesa prepara, bajo la dirección de las SS, una gran batida que concluye con el arresto, los días 16 y 17 de julio de 1942, de 12.884 personas. En la zona libre, Bousquet entra en acción y entrega a los judíos encerrados por el régimen, a los que les siguen los judíos apátridas atrapados en las batidas policiales. Para obtener el contingente prometido, revisa los motivos de exención fijados por él mismo y ordena multiplicar los controles. Entre julio y septiembre, la colaboración francesa permitirá a los alemanes enviar a Auschwitz a 33.057 personas.[20] Nunca más obtendrán de los franceses una colaboración tan intensa y unos resultados tan grandes como éstos.

A Vichy nadie le había puesto un cuchillo en el cuello. Sin la colaboración de su policía, los responsables de las SS no hubiesen podido hacer nada. Se lo habrían pensado dos veces antes de provocar una crisis en relación con un tema que no contribuía en nada al éxito de la guerra y que dividía a los servi-

17. Zeitschel a Schleier, 28 de febrero de 1942, en Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 196.
18. *Ibid.*, pág. 231.
19. *Ibid.*, pág. 233.
20. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 192.

cios de ocupación. Pero los dirigentes franceses estaban completamente dispuestos a deshacerse de los judíos extranjeros. Knochen declaró después de la guerra: «En las distintas discusiones que mantuve con las autoridades francesas, siempre me pareció que éstas aceptaban la solución de la cuestión judía, especialmente en lo que respectaba a los judíos extranjeros».[21] En aquella época, Laval y Bousquet lo reconocían abiertamente. En una circular diplomática, Laval se refiere a las deportaciones como medidas de «profilaxis nacional».[22] Por su parte, Bousquet responde a las protestas del pastor Boegner diciendo que «independientemente del desenlace de la guerra, la cuestión judía deberá resolverse», añadiendo que solamente le importaban los judíos franceses, que serían sometidos a un régimen de «obligaciones estrictas» y de «derechos limitados». «Aquello por lo que hoy el gobierno es impopular, le dice, será una de sus mayores glorias en el futuro.»[23]

A los dirigentes de Vichy les importaban los judíos franceses por razones de opinión, de prestigio y de soberanía. Pero su destino no les preocupaba tanto como para creer necesario manifestar su rechazo más enérgico, ni menos todavía para exigir garantías para los judíos franceses a cambio de la operación contra los judíos extranjeros. Al contrario, Laval y Bousquet se muestran inmediatamente dispuestos a aceptar la desnaturalización de una parte de los judíos franceses.[24] Para poder reconocer en Vichy una defensa seria de estos últimos, habría que atribuir a un régimen que pretendía distinguir entre los «buenos» y los «malos» franceses (hasta el punto de desnaturalizar a más de 15.000 personas) un respeto por los ciudadanos que realmente no tenía. Sus dirigentes no sabían exactamente cuál debía ser el criterio para distinguir a los unos de los otros. Pero era obvio que el criterio del respeto de los derechos adquiridos no les era suficiente. Si el Reich hubiese ido de victoria en victoria, habríamos visto hasta dónde habrían sido capaces de llegar Pétain y Laval: probablemente, en su definición de los «buenos» franceses sólo habría cabido un escaso número de personas, rescatadas en virtud de una raigambre de varias generaciones.

Ignoramos qué sabían exactamente los dirigentes franceses acerca del destino de los deportados. Las cámaras de gas de Auschwitz apenas habían empezado a funcionar, circulaban rumores sobre la masacre de los judíos soviéticos, pero de ahí a imaginar un exterminio sistemático de todos los judíos de Europa... Sea como fuere, lo que resultaba inimaginable era la suerte que esperaba

21. Audiencia del 4 de enero de 1947, AN, *3W* 358.
22. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 184.
23. *Carnets du pasteur Boegner*, *op. cit.*, pág. 205 (11 de septiembre de 1942).
24. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 308 y 312.

a una población deportada en medio de una guerra como si de ganado se tratase. La opinión se lo olía: persecuciones, madres separadas a garrotazos de sus hijos, concentraciones de personas y temibles viajes forzosos, todo eso conmocionaba a la opinión pública, haciendo que algunos obispos de la zona libre protestasen públicamente y que el episcopado se pusiese en contacto con Pétain. A principios de septiembre, Laval se da cuenta del peligro que entraña la situación e intenta ponerle freno. Comunica a Oberg y a Abetz que, si bien está dispuesto a entregar a los judíos extranjeros y a los judíos franceses naturalizados después de 1933, no está en condiciones de satisfacer nuevas exigencias.[25]

A Laval le hubiese gustado poder matar dos pájaros de un tiro con la entrega de los judíos. Según Knochen, mientras que Pétain se limita a intervenir en determinados casos concretos, sin poner jamás en tela de juicio el fondo de la cuestión, Laval la convierte en un tema de «negociación» e intenta utilizarla como moneda de cambio, mostrándose dispuesto a ceder a cambio de concesiones que hagan avanzar su política. «Siempre en tono de broma, ha dicho muchas veces: "¿Por qué no hacéis trabajar a los judíos? Yo os doy todos los judíos que queráis, pero dejadme a los trabajadores franceses".» Pero los nazis no querían hacer trabajar a los judíos, querían exterminarlos. Si los dirigentes franceses les facilitaron la labor, fue porque la razón de Estado era inseparable de una connivencia ideológica. Al igual que el acuerdo en materia policial, cuya adopción quedó condicionada, tácitamente, a la entrega de los judíos, y que fue firmado inmediatamente después de producirse ésta.

La connivencia de Vichy con el ocupante se había manifestado ya en su política imperial, militar y económica. Ahora se extendía al ámbito de la política interior, en parte porque Laval, que puso freno a las exigencias de los alemanes en los planos imperial y militar, se servía del único recurso que le quedaba, en parte porque el debilitamiento del régimen impulsaba a estrechar los lazos con los alemanes. Reconociendo tener «enemigos comunes» entre sus propios compatriotas, entregando a una parte de los judíos residentes en su territorio, el Estado francés se solidarizaba ideológicamente con la Alemania nazi. De ese modo hacía sumamente evidentes los límites de su protección. El círculo de aquellos a los que estaba dispuesto a sacrificar era ahora mayor: alsacianos y loreneses, comunistas, miembros de la resistencia, judíos extranjeros, parte de los judíos franceses...

25. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 408.

Capítulo 11

Vichy fantoche

El 8 de noviembre, las tropas anglosajonas desembarcan en Marruecos y en Argelia. En Vichy, la noticia provoca una inmensa conmoción. Se pensaba que una operación como la de Dieppe no tendría lugar antes de la primavera siguiente. La actitud con la que los dirigentes franceses se enfrentan a la situación se trasluce en las palabras que Pétain, tres semanas después, dirige al príncipe Rohan, el director de la *Europäische Revue*. Se trata, como de costumbre, de un conjunto de esperanzas y deseos. Pétain cuenta con una victoria alemana en el este, pero antes que en una victoria absoluta, piensa en un fortalecimiento del frente que permita establecer una línea de defensa sólida. Espera que esta vez Inglaterra se desanime, y que se firme un compromiso de paz bajo la égida de Estados Unidos. De no ser así, Francia se convertiría en un campo de batalla, una posibilidad que le horroriza.

Su esperanza es que Hitler aproveche la pausa del invierno para «volver a la política» y para empezar «la construcción, aunque sólo sea provisional, de Europa». Si Europa se pusiese a la defensiva, Francia intentaría hallar en ella un lugar que le evitase convertirse en un campo de batalla. «A cambio de la restitución de su soberanía, declara, está dispuesta a hacer las veces de "barrera occidental", un papel muy importante para Europa.» Pétain, que desprecia la capacidad ofensiva de los anglosajones recordando que los ha puesto en su lugar, está seguro de poder contenerlos. Si Francia puede cumplir su papel de «barrera occidental», no habrá ningún desembarco. «Si de él dependiese, haría la guerra a los anglosajones, con los que tiene una cuenta pendiente, pero no a los norteamericanos.»[1]

Pétain considera incierto el desenlace de la guerra y sigue deseando un entendimiento con Alemania que devuelva a Francia su soberanía, preparando al

1. «Gespräch mit Marschall Pétain Vichy am 20. October», nota de Rohan transmitida el 20 de noviembre de 1942 por Von Grote, ADAP, E/4, n° 202.

mismo tiempo el famoso compromiso de paz. Si Francia se integrase voluntariamente en la nueva Europa —una Europa que estuviese a la defensiva, comprometiéndose lo menos posible con el Eje— y asumiese el papel de escudo de Occidente, los ingleses renunciarían a prolongar el conflicto y los franceses se convertirían en los mediadores de un compromiso de paz. Pero para que esto fuese posible, las partes enfrentadas tendrían que ver las cosas del mismo modo. Evidentemente, Pétain es incapaz de entender el carácter implacable del combate, así como de darse cuenta de que sólo una coyuntura muy concreta, fruto de la debilidad británica y del desinterés de Hitler por la guerra periférica, había permitido seguir alimentando la esperanza de substraerse al conflicto.

El desembarco en África del Norte pone a Vichy ante una situación que preocupaba a sus dirigentes desde hacía varios meses. ¿Qué pueden hacer para evitar perderlo todo? El 6 de noviembre, identificados los convoyes anglosajones, aunque se desconoce su destino —se cree que se dirigen a Dakar—, Laval, en conversación con un informador de los alemanes, pronuncia unas palabras que ilustran perfectamente su turbación. Ciertamente, él desea evitar una guerra con Estados Unidos, pero también quiere defender Dakar, lo que es incapaz de hacer con sus propios medios. En caso de necesidad, estaría dispuesto a aceptar la ayuda de las tropas alemanas para evitar la ocupación de la zona libre. Las cosas serían mucho más sencillas, suspira, si sólo hubiese que combatir a los ingleses.[2] Laval deberá hacer piruetas para evitar una guerra con Estados Unidos y conservar el Imperio y la zona libre, intentando al mismo tiempo llegar a un entendimiento con Alemania, potencia a la que ni él ni Pétain dan por derrotada. Vichy navega a ojo, negándose a arriar velas, pero siempre dispuesta a recogerlas para salvar algo.

El desembarco produce la reacción prevista: Pétain da la orden de atacar a los asaltantes. Una resistencia francesa coronada por el éxito sería lo ideal. Y aunque sea desesperada, dicha resistencia es necesaria para que el Eje renuncie a intervenir en el Imperio y a ocupar la zona libre. Pero los alemanes y los italianos se inquietan, instan a Vichy a resistir y preparan un contraataque para el que necesitan puntos de apoyo en el Imperio. Ese mismo 8 de noviembre, Hitler pregunta si Francia está decidida combatir a su lado, a romper sus relaciones con los anglosajones, a declararles la guerra; de ser así, él estaría dispuesto a sortear con ella «todos los obstáculos». En Vichy, el gobierno se limita a constatar que la acción de Estados Unidos equivale por sí misma a una ruptura de

2. Strack a la embajada de París, 6 de noviembre de 1942, *ibid.*, nº 141.

las relaciones diplomáticas. El gobierno permite que los aviones del Eje sobrevuelen África del Norte, sin autorizarlos a aterrizar.

Laval asegura al cónsul alemán que está totalmente dispuesto a declarar la guerra a los anglosajones, pero que primero ha de convencer a Pétain. Su deseo sería entrevistarse con Hitler para aclarar la cuestión y hablar del futuro. Evidentemente, a Laval no le bastan las vagas promesas del führer. En cambio, si sus promesas fuesen firmes, si se garantizase la integridad del Imperio y de la metrópoli, la moral de las tropas francesas se fortalecería y, en última instancia, sería posible aceptar la ayuda de Alemania, salvar algo en caso de perder África del Norte. Laval quiere creer que puede aprovechar la situación para presionar a los alemanes, que puede valerse de la posesión de la flota y de la resistencia de las tropas de Vichy. Hitler acepta recibirlo al día siguiente, el 9 de noviembre. Pero su única intención es alentar la resistencia francesa y lograr que Francia facilite una réplica del Eje. De hecho, la tarde anterior ha exigido a los franceses que pongan a su disposición las bases aéreas de Constantina y Túnez. Laval acepta: mejor la presencia de los alemanes en el Imperio que perder la zona libre. Viaja a Alemania con el propósito de rentabilizar la resistencia de las tropas francesas, pero lo único que se lleva es un gran chasco. Hitler no tiene ninguna intención de abrir una negociación política. El rumbo de los acontecimientos en África del Norte basta para disuadirlo.

El desembarco ha sorprendido a Darlan en Argel, a la cabecera de su hijo enfermo. Ante la superioridad de las fuerzas enemigas, el almirante acepta un alto el fuego local, que no general, siguiendo las órdenes de Pétain. La reacción de Darlan es la propia de un dirigente de Vichy: teme que un armisticio general en África del Norte tenga como consecuencia la ocupación de la zona libre y quiere creer que es posible sacar algún partido de la situación. El 9 de noviembre, escribe a Pétain: «Hemos de renunciar a solicitar la ayuda de los alemanes, a menos que Alemania sustituya el armisticio por una fórmula más ventajosa».[3] Ésta es la posición del mariscal y, por supuesto, la de Laval, que viaja a Munich. Pero, al día siguiente, Darlan cede a la presión de los norteamericanos y ordena un alto el fuego general. Éste es inmediatamente desautorizado por Pétain, que vuelve a dar la orden de resistir. El almirante se rinde a los norteamericanos y se convierte en su prisionero.

Al mismo tiempo, Laval se entrevista con Hitler y Ciano. La confusión sobre la situación en África del Norte comienza a disiparse. Los combates pierden intensidad, se emprenden negociaciones, la resistencia francesa llega a su fin. Hitler está decidido a ocupar la zona libre; pero, antes, quiere llegar a

3. Duroselle, *L'Abîme*, *op. cit.*, pág. 383; texto ligeramente diferente en Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, pág. 595.

un acuerdo con Laval que le permita desembarcar en Túnez. La entrevista es breve y fría. El auvernés vuelve a expresar su deseo de una victoria alemana, subraya que está «firmemente decidido» a ayudar a combatir el comunismo, repite su voluntad de proseguir la política de colaboración, aludiendo a la necesidad de proceder por etapas en la utilización de los limitados recursos militares de Francia. Y sobre todo, quiere «gestos», reclama más contactos con los responsables alemanes, solicita garantías, al menos en relación con el Imperio. Hitler, irritado, lo reprende y exige que le permita servirse de Túnez. Laval vacila, vuelve a solicitar la exclusión de posibles reivindicaciones de Italia sobre el Imperio (es fácil imaginarse la cara que debió de poner Ciano). Finalmente, acaba cediendo, no sin antes tomar sus precauciones. Alemania no tiene más que hacer un ultimátum. Vichy lo aceptará, conformándose con una protesta puramente formal que podría redactarse entre los dos gobiernos.[4]

Hitler pone en marcha los preparativos para la intervención en África del Norte, luego ordena la ocupación de la zona libre para el día siguiente. Al alba, Abetz se dirige a Laval para darle la noticia. Según contará a Benoist-Méchin dos días después, el auvernés queda profundamente afectado y, conteniéndose, dice: «¡Qué cara van a poner los judíos de la Costa Azul!».[5] Pero los habrá más desgraciados. En cualquier caso, Laval regresa con las manos vacías, sin obtener garantía alguna, abriendo Túnez a las tropas del Eje y perdiendo la zona libre.

Hitler informa por carta a Pétain. En esta ocasión, el jefe nazi sabe elegir las palabras adecuadas: la ocupación es tan sólo una medida de precaución que ni pone fin al armisticio ni atenta contra la soberanía de Vichy, y que terminará en cuanto las circunstancias lo permitan. Pétain no piensa abrir fuego, como acaba de hacer contra los anglosajones, ni abandonar la metrópoli, pese a los severos reproches de algunos de sus hombres más próximos; ni siquiera tiene la intención de volver a dar la orden de resistencia en África del Norte. El ejército de armisticio presencia en posición de descanso la llegada de los alemanes. Pétain lee a Von Rundstedt una carta de protesta, añadiendo que sólo lo hace para justificarse ante la opinión pública. La carta de Hitler, dice, no viene de un enemigo. Un diplomático alemán que asistió a la entrevista señaló, como un hecho digno de tener en cuenta, que los dos mariscales se estrecharon cordialmente la mano en dos ocasiones, cuando se encontraron y cuando se despidieron.[6] Pétain aprovecha la entrevista para pedir que la base de Tolón, desde donde había zarpado la flota, siga en manos francesas, a modo

4. Schmidt, 14 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nº 176.
5. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 238.
6. Schleier, 11 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nº 161.

de último vestigio de la zona libre. Hitler y Mussolini lo consienten a cambio de que los responsables de la base les den su palabra de que no emprenderán ninguna acción contra ellos y de que se defenderán contra cualquier ataque gaullista o anglosajón.

Durante este tiempo, a Vichy se le va de las manos África del Norte. Al enterarse de que los alemanes han franqueado la línea de demarcación, Darlan decide recobrar su libertad. Tras haber intentado neutralizar África del Norte, se alía con los norteamericanos, que necesitan la ayuda francesa para repeler la intervención del Eje en Túnez y que, a cambio, ponen al almirante al frente del Imperio. Pétain lo destituye y repite su orden de oponer resistencia a «la agresión anglosajona», pero no a las tropas del Eje en Túnez:[7] aquello de la defensa del Imperio «contra cualquiera» ya era cosa del pasado.

A su regreso de Munich, Laval encuentra una situación confusa y tensa. Pétain vacila entre dos opciones opuestas. Los partidarios a ultranza de la colaboración, en París y en Vichy, se han enterado de la oferta hecha por Hitler el 8 de noviembre, que Abetz les presenta como una propuesta de alianza y que ellos reprochan violentamente a Laval no haber aceptado. Reunidos, los partidos exigen declarar la guerra a los Aliados, remodelar el gobierno en su beneficio y enviar una tropa de voluntarios para reconquistar África del Norte. Por su parte, Abetz les pide una posición clara, que espera pueda calmar al führer. El 15 de noviembre, Laval y sus ministros discuten la posibilidad de declarar la guerra a los anglosajones. Una minoría, cuyo portavoz es Barthélemy, alerta contra sus dos posibles consecuencias: una generalización de la disidencia y una guerra civil.[8] La mayoría se pronuncia, como ya sucedió en enero, a favor de una conversación con Hitler, que permitiría analizar los términos de la supuesta oferta de alianza. «Francia estaría dispuesta a aceptar la propuesta de Hitler con dos condiciones: 1) que su soberanía sea formalmente reconocida; 2) que los gobiernos del Eje no atenten contra la posición de Francia, ni en Europa ni en su Imperio. En una palabra: Francia ya no debería ser tratada como un enemigo vencido, sino como un aliado.» Una condición previa sería obtener una profunda modificación del estatuto de los prisioneros, la única forma de influir en la opinión pública.[9]

Laval comunica inmediatamente esta decisión a los alemanes, hablándoles de una «profunda renovación de la alianza».[10] Su deseo es retomar la negocia-

7. *Discours aux Français*, *op. cit.*, pág. 288 (19 de noviembre de 1942); véase también el llamamiento de la AOF a los franceses del 23 de noviembre, pág. 289.

8. Barthélemy, *Ministre de la Justice*, *op. cit.*, págs. 388 y sigs.

9. AN, 2 AG 26, dr. Documentación especial AFN (recogida en Albert Kammerer, *Du débarquement africain au meurtre de Darlan*, Flammarion, 1949, págs. 675-676).

10. Abetz, 15 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nº 182.

ción al más alto nivel, poder hacer frente a la presión de los partidarios a ultranza de la colaboración y obtener nuevos poderes de Pétain.[11] Finalmente, no hubo declaración de guerra y Laval obtuvo una autoridad que jamás había tenido, y que ya no estaba contrarrestada por la presencia de Darlan. Pétain delega en él todos sus poderes y lo convierte en su sucesor, pero estableciendo unos límites a su acción. Laval ha de prometer que no llevará a Francia a la guerra, que garantizará la seguridad de los habitantes de Alsacia-Lorena y de los presos políticos, que respetará las tradiciones espirituales del país; un programa que, al parecer, Pétain cree no haber malogrado. El 19 de noviembre, anuncia a los franceses el cambio: «Yo sigo siendo vuestro guía. Vosotros sólo tenéis un deber: obedecer. Y un solo gobierno: aquel al que yo he dado el poder de gobernar. Y una sola patria, a la que yo personifico: Francia».[12]

Mientras tanto, el Eje desembarca en Túnez. Laval muestra su voluntad de defender lo que queda del Imperio. Quiere estar presente cuando los Aliados sean expulsados de África del Norte —los alemanes permanecerán durante seis meses en Túnez, lo que alimenta muchas esperanzas en Vichy—. Sigue intentando arrancar a los alemanes una garantía territorial. Así, envía a Túnez al almirante Platon, un ferviente colaboracionista, para asegurar a las tropas del Eje un desembarco sin problemas. Defiende la creación de una Legión africana, pero sin querer implicar oficialmente al Estado francés: ni hablar de entrar en guerra contra los anglosajones. El 22 de noviembre, comunica a Hitler que pone a su disposición la flota mercante del Mediterráneo. Le dice que desea contribuir a la lucha contra el bolchevismo y a la reconquista de África del Norte, que le gustaría hablar del tema con él y, especialmente, de una declaración sobre la salvaguarda de Francia y de su «potencial colonial».[13]

Hitler lo recibirá, pero solamente para darle nuevos disgustos. El führer sigue mirando de reojo la flota de Tolón y, poco después de haber consentido que permanezca bajo jurisdicción francesa, ordena preparar un golpe de mano; su objetivo no es apoderarse de ella —se la regala a los italianos, con eso está dicho todo—, sino salir de dudas. Asimismo, este golpe le permitiría desarmar las fuerzas de armisticio, que vegetan en los cuarteles. La mañana del 27 de noviembre, sus tropas cumplen esta doble misión. Conforme a las instrucciones recibidas, el ejército se somete, y se procede al hundimiento de la flota. El final lógico del reforzamiento militar de Vichy, objetivo obstinadamente perseguido, pagado tan caro, y que sólo sirvió contra los anglosajones, no podía ser más que la autodestrucción: la política realizada bajo el lema «Solamente Francia» era indisociable de la política de colaboración.

11. Abetz, 16 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nº 184.
12. *Discours aux Français*, *op. cit.*, pág. 288 (19 de noviembre de 1942).
13. Schleier, 22 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nos 217 y 220.

La víspera de la operación, Ribbentrop había escrito a Laval para informarle. Ahora, le decía irónicamente, Francia tendría unas Fuerzas Armadas más fiables, que podrían gozar de una relación de «camaradería» con Alemania. Asimismo, le anunciaba que el führer lo recibiría muy pronto. Lo demás no sería muy difícil de conseguir. Por su parte, Hitler se dirigió por escrito a Pétain. Menos atenta que la anterior, la carta del führer concluía asegurando su voluntad de colaboración y ofreciéndole su ayuda para reconquistar el Imperio.[14]

El 27 de noviembre de 1942, Vichy se queda sin zona libre, sin ejército, sin flota y sin Imperio, excepto Túnez, en manos del Eje, e Indochina, en manos de Japón. Italia ocupa ahora una parte considerable de la metrópoli, casi toda la ribera izquierda del Ródano y Córcega, regiones que codicia. Gran irritación, avivada por la protección que este país ofrece a los judíos y que contrasta enormemente con la severidad del Estado francés. Del lado alemán, por consideración a Vichy, la antigua zona libre, rebautizada con el nombre de zona sur, es declarada zona de operaciones, y no de ocupación. El organigrama de los servicios alemanes se complica singularmente. El MBF y la embajada carecen de competencias en la zona sur; solamente las SS cubren las dos zonas. El poder militar está en manos de Von Rundstedt, comandante en jefe del Frente Oeste (OB West), que destina a Lyon a un comandante de la región militar Francia Sur, con estados mayores que sirven de enlace con las prefecturas, y en Vichy a un representante suyo, el general Von Neubronn. Las comisiones de armisticio se mantienen, a pesar de que ya no hay ejército francés. Hemmen se convierte en el consejero del Estado francés en temas de economía y de finanzas; mientras tanto, los gastos de ocupación ascienden considerablemente: de 300 a 500 millones diarios. En principio, en la zona de operaciones los alemanes solamente tienen derechos militares, Vichy conserva sus competencias en materia de administración. Pero pronto extenderán su influencia en prácticamente todos los ámbitos de la vida pública.

El Estado francés ha perdido todas las bases que sustentaban su política de colaboración. Se ha convertido en una ficción mantenida por la voluntad de Hitler, quien considera «conveniente» conservar un gobierno Pétain, como una especie de fantasma, dice, que Laval se encargará de hacer reaparecer cada vez que amenace con desaparecer.[15] Para los alemanes, los inconvenientes de una completa desaparición del Estado francés son evidentes. Si así fuese, serían ellos quienes tendrían que administrar el país, para lo que no cuentan con el

14. Ribbentrop a Laval, y Hitler a Pétain, 26 de noviembre de 1942, ADAP, E/4, nº 226 y 227.
15. Jäckel, *La France dans l'Europe de Hitler*, *op. cit.*, pág. 372.

personal suficiente. Y Francia recuperaría su unidad en detrimento de Alemania, mientras que Vichy sigue introduciendo división en el país y absorbiendo una parte de las críticas.[16]

Por su parte, Pétain y Laval consideran que es preferible una ficción a quedarse sin nada. Habían vuelto la espalda a las posibilidades abiertas por los acontecimientos de noviembre, a saber, abandonar la metrópoli y volver a entrar en guerra, o dimitir, o establecer un gobierno tipo «Cruz Roja» que se limitase a aliviar las gravosas consecuencias de la ocupación. Pero ellos prefieren seguir adelante: la posición hegemónica de Francia, que se ha vuelto ilusoria, sigue acaparando todos sus esfuerzos; la soberanía, prácticamente inexistente, parece más deseable que nunca; la supervivencia del régimen se ha convertido en lo más importante. En el verano de 1940, Pétain había dicho que no abandonaría a sus compatriotas, ni siquiera en el caso de una ocupación total. Unas palabras que, sin duda, toma al pie de la letra; pero ¿hay en ellas una intención protectora? Él, que pretende personificar a la nación, se niega a reconocer la incorrección de su política y no renunciará a ella hasta que el rumbo de la guerra acabe con todas sus esperanzas. La recuperación de la soberanía y la supervivencia del régimen impulsan a seguir adelante, mientras que la Milicia y el STO contradicen claramente la supuesta voluntad de proteger el país.

Laval había solicitado otra entrevista con Hitler, que justifica apelando a los plenos poderes que acababa de recibir y al deseo de llegar a un acuerdo sobre su uso. Su objetivo es fortalecer el debilitado régimen de Vichy obteniendo concesiones con las que ganarse a la opinión pública, una libertad de acción en materia de política interior y la recuperación de algunos de los atributos de la soberanía estatal. Como dirá a Ribbentrop, si se lo considerase un protegido del Reich, su política de colaboración se volvería totalmente ineficaz.[17] Laval espera que la ocupación total sea beneficiosa para Francia, que al menos acabe con la línea de demarcación y permita restablecer la unidad administrativa del país. Solicita la transformación de los prisioneros en trabajadores civiles, el mantenimiento de los gastos de ocupación en su nivel anterior, una reducción del suministro de mano de obra a cambio de la duplicación de la producción de armamento en Francia.

En materia de política interior, su deseo sería extender la censura a todo el país. Y sobre todo, eliminar la oposición de los partidos de París, especialmente poner freno a la actitud desafiante de Doriot, que sigue haciéndole una guerra sin cuartel, y agruparlos en un partido único dotado de una milicia y

16. Memorándum del 23 de diciembre de 1942 sobre una reunión de los servicios alemanes en Francia, *OKW 131*, *Mfm IfZ* MA 167.

17. Schmidt, 19 de diciembre de 1942, ADAP, E/4, nº 310.

puesto bajo su dirección. Esta idea se apodera de él, y Abetz, que lo apoya, llega incluso a sugerir a sus superiores que se abandone la política de división seguida hasta entonces; esto le costará su traslado a Berlín, donde permanecerá durante un año.[18] Laval también quiere un ejército. Pétain insiste especialmente en este punto, explicando a Von Rundstedt que sería la única forma de afirmar la soberanía francesa y de garantizar el éxito de la colaboración francoalemana, causa con la que dice seguir estando totalmente comprometido.[19] Laval desea más presencia francesa en África del Norte y solicita autorización para que varios equipos de voluntarios, integrados por oficiales y por miembros del SOL, lleven a cabo una labor de subversión y de sabotaje en los territorios controlados por los anglosajones.[20] Finalmente, quiere que la Falange africana se convierta en el instrumento de la participación francesa en la reconquista del Imperio, evitando todo compromiso oficial. Propone, en suma, un nuevo reparto de tareas: limitación de la ocupación alemana a lo militar a cambio de una mayor colaboración de la administración francesa, sobre todo en el mantenimiento del orden, de una mayor ayuda económica y de una presencia militar simbólica en la lucha contra la URSS y los anglosajones.

El encuentro con Hitler tiene lugar el 19 de diciembre; es la segunda entrevista en cinco semanas. Al parecer, los malos tiempos son propicios para entrevistarse con el dueño del Reich, que pretende «levantar el ánimo» a los franceses y ayudarles a superar el mal momento que atraviesan. Laval ve primero a Ribbentrop, a quien le hace partícipe de sus deseos, insistiendo en la libertad de acción en política interior. Le dice que su voluntad es adaptar el sistema francés a los sistemas alemán e italiano. Recibido por Hitler, y en presencia de Ciano, Göring, Ribbentrop y Abetz, el auvernés retoma su alegato y expresa su «gran admiración» por los dirigentes del Eje. Hitler manifestó su desconfianza hacia Francia, y la confianza que tenía en la persona de Laval. ¡Pero un atentado, o un 13 de diciembre, había tardado tan poco en producirse! Así pues, había que ser prudente, Laval sería juzgado por sus actos.[21]

Al parecer, el auvernés estaba bastante satisfecho con el encuentro. Según Barthélemy, dio mucha importancia a la «confianza personal» de Hitler. «Esto constituye un nuevo punto de partida. Francia tuvo ya su oportunidad. Ahora se le da otra.»[22] La decepción vino doce días después. Ninguna de sus solicitudes había sido aceptada, ni siquiera la referida a la supresión de la línea de

18. Abetz a Ribbentrop y Ribbentrop a Abetz, 19 de noviembre de 1942, PA-AA, *Büro des Staatssekretärs, Frankreich*, vol. 10.
19. Von Rundstedt, 11 de diciembre de 1942, AN, *AJ 40* 1.382, dr. Asuntos políticos 1943/4.
20. Schleier, 15 de diciembre de 1942, *ibid.*
21. Schmidt, 19 y 24 de diciembre, ADAP, E/4, nº 310 y 314.
22. Barthélemy, *Ministre de la Justice, op. cit.*, pág. 351.

demarcación, que se flexibilizaría poco tiempo después. Los alemanes estaban dispuestos a examinar las propuestas sobre el nuevo ejército y la Falange africana. Pero rechazaban la disolución de los grupos de París y la creación de un partido único. Hitler no pensaba renunciar a su máxima de división.[23]

Laval se sintió frustrado por esta decisión, que llegó a calificar de «derrota política». Su mayor deseo era disolver el partido de Doriot, ¡y ahora los alemanes metían a los dos en el mismo saco! Como no se le permitía suprimir los grupos de París, declaró, prefería renunciar a su idea de formar un partido único.[24] Pero a lo que no renunció fue a la creación de las fuerzas de seguridad interior. Pocos días después, creaba el SOL a partir de la Legión de Combatientes. Ahora, Laval contaba con un instrumento para frenar a los extremistas de París. Consiguió calmar a Darnand, que amenazaba con escapar de su control. Coincidía con Pétain en la voluntad de defender el régimen. El 5 de enero de 1943, el mariscal declaraba en relación con el SOL: «Hoy, junto con la policía, es la única fuerza organizada capaz de mantener el orden. Si no existiese, deberíamos crearla, pues sólo ella puede hacer frente a las fuerzas ocultas y malvadas que intentan aniquilarnos».[25]

A principios de 1943, Laval expone a Von Rundstedt sus propuestas en materia militar. «La situación del país, le escribe, no solamente exige que preveamos operaciones policiales destinadas a mantener el orden en el conjunto del territorio, sino verdaderas acciones de guerra encaminadas a restablecerlo allí donde esté amenazado, sobre todo en la retaguardia de las operaciones de las tropas germano-italianas en el litoral mediterráneo o atlántico.» La guardia móvil contaba con 6.000 efectivos, que Laval quería aumentar a 25.000, para después convertirla en el núcleo del nuevo ejército. Solicitaba el reforzamiento de la guardia de comunicaciones y de la defensa antiaérea, y finalmente la formación de una Falange africana de 18.000 hombres, confiada a Darnand, que representaría la participación «inicial» de Francia en la reconquista de África del Norte. En total, las fuerzas armadas se compondrían de unos 50.000 hombres.[26] En respuesta a las solicitudes de Laval, los alemanes concedieron algunos refuerzos, fundamentalmente en los ámbitos que consideraron interesantes: la defensa antiaérea contra los anglosajones y la guardia móvil, encargada de frenar la resistencia. Siguiendo las instrucciones de Hitler, dieron largas al tema de la Falange africana. Laval no volvió a insistir; apenas se había logrado reclutar 1.500 hombres.[27] En cambio, accedieron al deseo de recons-

23. Abetz, 23 de diciembre de 1942, AN, *AJ 40* 1.382, dr. 8 Asuntos políticos 1943/4.
24. Schleier, 31 de diciembre de 1942, ADAP, E/4, nº 334.
25. *Discours aux Français*, *op. cit.*, pág. 297.
26. Laval a Rundstedt, 12 de enero de 1943, AN, *AJ 41* 615, dr. Ejército nuevo.
27. Jäckel, *La France dans l'Europe de Hitler*, *op. cit.*, pág. 376, n. 49.

trucción de un ejército autorizando la formación de un regimiento, al que Pétain bautizará con el nombre de 1.er Regimiento de Francia. Este regimiento se disolvió unos seis meses antes de que la unidad fuese dotada de armamento, pues Laval rechazó las armas alemanas que se le ofrecieron.[28]

Los alemanes hacen concesiones con cuentagotas, mientras que sus demandas son cada vez mayores. Desde la ocupación total del país, las negociaciones económicas son cada vez más escasas. Pero Sauckel aborda continuamente a Laval. Apenas cumplido el primer programa, vuelve a presentarse en París. El auvernés, que había dicho que no podía entregar más de 100.000 hombres durante 1943, acepta enviar 250.000 el 15 de marzo, no sin antes tratar de mejorar las condiciones de la *Relève*. Pero ha de contentarse con la promesa de convertir a 250.000 prisioneros en trabajadores civiles tras el envío del contingente solicitado. Pronto se hace evidente que no se alcanzará el número de efectivos prometido, y las presiones de los alemanes van en aumento. El 16 de febrero, el gobierno promulga la ley sobre el STO, que moviliza a distintos grupos de edad para ser enviados a Alemania.

Durante la primera mitad de 1943, a falta de un acuerdo, Laval sigue intentando arrancar promesas a los alemanes. El 9 de marzo, escribe a Hitler recordándole las concesiones hechas por Vichy. Admite que Francia ha de pagar su derrota, haciendo referencia a Alsacia-Lorena y a Túnez; asimismo, está dispuesto a aceptar una unión aduanera y una presencia militar de Alemania en la costa atlántica. Pero le gustaría que el Eje prometiese públicamente que, en la nueva Europa, Francia tendría un lugar acorde con su antigua posición hegemónica en el Continente y con su pasado imperial.[29] Será la última vez que Hitler se interese por Laval. En abril, en Vichy empieza a hablarse de un nuevo 13 de diciembre. El rumor crece, y Hitler alerta por carta a Pétain. El führer accede a recibir al jefe del gobierno el 29 de abril. Laval aboga por la unidad de los estados europeos, considera preferible la cooperación a la coerción y habla de la necesidad de un compromiso para el futuro. Hitler le responde enérgicamente que no está dispuesto a permitir que Francia espere tranquilamente el final de la guerra. La entrevista culmina en una verdadera sucesión de reproches. Laval regresa triste y desengañado.[30]

Se avecinan malos tiempos para Laval. La opinión pública le ha dado definitivamente la espalda, la administración desfallece, la resistencia se hace mayor. Los hombres de París siguen agitando; Darnand se aproxima a ellos y

28. Véase AN, *AJ 41* 615, dr. Ejército nuevo.

29. La carta de Laval a Hitler está reproducida en un telegrama de Schleier del 11 de marzo de 1943, ADAP, E/5, nº 193.

30. Hitler a Pétain, 28 de abril de 1943, ADAP, E/5, nº 353; sobre el encuentro Hitler-Laval, Schmidt, 3 de mayo de 1943, ADAP, E/6, nº 7.

busca el apoyo de las SS. El entorno de Pétain, nido de conspiradores, se hace ilusiones sobre el famoso compromiso de paz, incluyendo la destitución del jefe del gobierno. En el verano, la guerra toma un nuevo rumbo. En el frente del este, los soviéticos empiezan a avanzar. En el oeste, los Aliados ocupan Sicilia en julio, Mussolini es derrotado. Italia capitula en septiembre, Córcega es liberada poco después. Un gran viento de esperanza sopla sobre Europa y detiene la marcha de los trabajadores franceses a Alemania.

Laval no está ajeno de lo que ocurre a su alrededor. En agosto, cuando Sauckel le pide 500.000 hombres, se niega a concedérselos, lo que satisface a Speer, partidario de que los franceses trabajen en su propio país. Pone cierto freno a la persecución de los judíos. Después de haber firmado un proyecto de ley que desnaturalizaba a los judíos franceses a partir de 1932, después de haber desplazado la fecha a 1927, y después de haber ampliado el círculo a los cónyuges y a los descendientes de los desnaturalizados, aunque fuesen de nacionalidad francesa, detiene la promulgación de la ley el día de la derrota de Mussolini. Ciertamente, sigue permitiendo que los alemanes se sirvan de la policía francesa para detener a los judíos extranjeros. Pero, a cambio, pide que se exima a los judíos franceses. Esto explica su enfado con los italianos, que protegen en su zona a unos 15.000 judíos extranjeros, así como sus quejas ante los alemanes, a quienes pide que hagan algo con ellos. Le complace tensar las relaciones entre los Aliados. Pero lo que verdaderamente le gustaría sería satisfacer las demandas alemanas con judíos extranjeros.

El giro militar del verano de 1943 exige actuar con prudencia. Ciertamente, dicho giro no conduce a un cambio de bando, ni siquiera a un cambio de rumbo. Pétain y Laval no se pasan al bando aliado, como el italiano Badoglio. No hacen doble juego, como la mayoría de los aliados balcánicos de Alemania. Tampoco siguen el ejemplo del rey de Dinamarca, que dimite en agosto. Sin embargo, empieza a preocuparles el futuro, la posibilidad de la liberación, que no parece ser más que una cuestión de tiempo. De Gaulle, que cuenta con el reconocimiento de la resistencia interna, representa una temible contralegitimidad, sancionada por la Asamblea Consultiva provisional que se reúne en noviembre en Argelia. Tanto Laval como Pétain consideran la posibilidad de un «aggiornamento» que les permita hacer frente a ese desafío y, en el mejor de los casos, ganar la partida a los gaullistas. Si los norteamericanos tratan con Darlan, y posteriormente con Badoglio, es que no todo está perdido. Así piensan los dirigentes franceses. Paradoja: la carrera hacia la República acaba en el Estado policial.

Laval es el primero en arrancar. En noviembre, anuncia a los alemanes que desea remodelar el gobierno, integrar en él a algunos parlamentarios, orientar el régimen hacia la República. Por su parte, Pétain, que no puede destituir a

Laval a causa del veto de Hitler, decide limitarse al ámbito que se le ha reservado y ocuparse únicamente de la constitución y de la sucesión. En relación con el primer punto, y presionado por algunos de sus hombres de confianza, como Auphan y Bouthillier, acaba accediendo a la modificación del proyecto de constitución en el que se trabajaba desde hacía años, eliminando sus rasgos más autoritarios y dando cabida al sufragio universal. En cuanto a su sucesión, en noviembre comunica en un discurso radiofónico que, en el caso de que él fallezca antes de la entrada en vigor de la nueva constitución, este tema lo resolverá la Asamblea Nacional. Puestos al corriente de sus intenciones, los alemanes prohíben la transmisión del discurso, por lo que Pétain abandona su actividad como jefe de Estado.

Ribbentrop logra que Abetz se reincorpore al servicio y lo envía a solucionar la cuestión. En el futuro, cualquier modificación de la ley habrá de contar con la aprobación de los alemanes. Laval debe remodelar el gabinete en un sentido favorable a la colaboración. En la administración habrá que introducir a personas de confianza. Los alemanes consideran fríamente la posibilidad de una dimisión de Pétain y se lo hacen saber, aunque piensan que lo mejor sería que permaneciese en su puesto. El jefe del Estado, a quien parece que lo que más le molesta es la demora con la que Berlín responde a su gesto, cede paulatinamente. A finales de mes, accede a una remodelación ministerial, cuya forma se deja en manos de Laval. Abetz ha de emplearse a fondo para lograr convencer al auvernés, quien, al igual que Pétain, no considera conveniente que los extremistas formen parte del gobierno. Laval acaba aceptando a Henriot en Información y a Darnand en Mantenimiento del Orden, en sustitución de Bousquet, que emprendió prudentemente la retirada en otoño. El caso de Déat lleva más tiempo, pues Laval intenta relegarlo a un puesto secundario. En marzo, Déat entra en el gobierno como ministro de Trabajo, situándose de este modo al frente del STO.[31]

La vuelta de la Asamblea Nacional cierra el círculo del régimen y anuncia su fracaso. Ahora, hasta sus dirigentes dudan de su supervivencia: el último de sus objetivos se desvanece. Pero no extraen las consecuencias de sus dudas, y el divorcio existente entre unas convicciones hechas jirones y el respaldo que dan a una política aún más dura, hace todavía mayor su responsabilidad. Aunque siguen confiando en un compromiso de paz que raya en el milagro —primero deseaban que la victoria de Alemania no fuese total, ahora desean que no lo sea su derrota—, lo único que les importa es aferrarse al poder. El mantenimiento del orden es a la vez un valor y un principio de gobierno. En las actuales circunstancias, ofrece una garantía de supervivencia inmediata. Es lo único

31. Véase Marc Ferro, *Pétain*, *op. cit.*

que permite alimentar la esperanza de una transición pacífica en caso de producirse un desembarco, posibilitando negociar con quienes «emigraron». Una esperanza que alberga el propio Pétain, que conserva la popularidad y un halo de respeto.

A principios de 1944, el régimen de Vichy entra en su recta final. Sus dirigentes ya no albergan demasiadas esperanzas, pero tampoco les queda mucho valor. Ellos hubiesen preferido una transición pacífica, pero fomentaron una política de guerra civil. Quisieron distanciarse de los peores aspectos de la política del ocupante, pero dieron su nombre al equipo más colaboracionista de la historia del régimen, sosteniendo la Milicia, llamando a la acción, dando ejemplo. Espoleado por los extremistas, prisionero de su propia política, Laval vuelve a ponerse en marcha, como si no tuviese más remedio que emprender una huida hacia adelante, la misma que emprenden Déat y Darnand. El auvernés acepta las nuevas peticiones de Sauckel y extiende el trabajo forzoso a otras capas de la población. Extrema las sanciones, que llegan a la pena de muerte, para aquellos funcionarios que «saboteen» la política del gobierno. Ordena poner en manos de los alemanes las listas de judíos disponibles en las prefecturas, que incluyen a los judíos franceses, e implica a su policía en arrestos que ya no hacen distinción de nacionalidad, tanto en Burdeos como en Poitiers: varios miles de compatriotas son entregados a los alemanes.[32]

Desde 1942, la colaboración se reduce al ámbito de la política interior. Si la principal baza de los franceses era una fuerza militar cuya utilización entrañaba demasiados riesgos y que acabó desapareciendo, ahora sus bazas son de orden interno: hombres, judíos, y cada vez más el mantenimiento del orden, que protege al régimen y lo dota de cierto interés para los alemanes. Después de haberse ofrecido incesantemente como el escudo de la Europa nazi contra los anglosajones, Vichy se convierte en el escudo de los alemanes en suelo francés, y sobre todo en el escudo de sus propios dirigentes.

32. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 145 y sigs.; Susan Zuccotti, *The Holocaust, the French and the Jews*, Nueva York, Basic Books, 1993, págs. 190 y sigs.

Segunda parte

Adaptaciones

La ocupación no sólo pone cara a cara a los negociadores de dos Estados, con sus respectivos cálculos, intereses y posibilidades. También enfrenta a los invasores y a la sociedad invadida. La mesa de negociación es sustituida por múltiples puntos de contacto, que van desde los encuentros casuales a las relaciones profesionales establecidas por iniciativa de los unos o de los otros. Estos puntos de contacto son numerosos porque la sociedad francesa es una sociedad diferenciada, porque sus miembros, individuos y grupos, acostumbran a defender sus intereses y porque el ocupante también hace una política diferenciada, compuesta de negociación y de presión, y no sólo de explotación, represión y persecución. Sin el régimen de Vichy, la sociedad francesa se habría visto en esta misma situación. La existencia y la política del Estado francés no hacen sino impulsar una adaptación cuyos resortes son autónomos y actúan, por decirlo así, espontáneamente.

Entre 1940 y 1942, en un clima de repliegue generalizado, la adaptación es bastante común. Por su actitud o por su comportamiento, hay franceses que salen al paso, cuando no directamente al encuentro, del ocupante y de su política. Y no lo hacen necesariamente pensando en la posibilidad de un entendimiento político, pues suelen albergar en su interior sentimientos confusos u opiniones contrarias. Cuatro son los motivos que llevan a la adaptación: la sensación de coacción, el interés material, la complacencia personal y la connivencia ideológica. El motivo más fuerte es el interés, que suele estar teñido de cierta simpatía ideológica, y a veces va acompañado de complacencia con los nuevos señores. Los casos de coacción física son muy raros, normalmente se trata de una intimidación que siembra un temor difuso en los ocupados, haciendo que salgan al encuentro de los ocupantes para evitarse complicaciones. La población judía es un caso aparte: el ocupante ejerce sobre ella una violencia directa, unívoca, que confiere una dimensión dramática al problema de la adaptación. Las personalidades judías que aceptaron dirigir la Unión General

de Israelitas de Francia y velar por sus correligionarios discriminados, desposeídos, proletarizados y amenazados de deportación, se vieron obligadas a tomar dolorosas decisiones, que no siempre fueron afortunadas. Pero era realmente difícil ir más allá de ciertos horizontes mentales y hacerse una verdadera idea del peligro. En cualquier caso, su acción no estaba teñida de complacencia, y menos aún de connivencia ideológica.

La adaptación es cuestión de decisión personal, pero también colectiva, en el caso de las asociaciones o las instituciones. Frente al ocupante, los franceses tienden a comportarse como lo hacen en la vida social, en función de sus costumbres y de su mentalidad, de la fuerza de su sentimiento patriótico, a veces debilitado por condiciones sociales difíciles, del compromiso entre el patriotismo y la defensa de intereses particulares que puedan verse obligados a establecer. Además, la política del ocupante no afecta a todos por igual: el desafío no es el mismo para todos, varía según se trate de protegerse o de proteger una institución, de responder a una provocación o de favorecer unos intereses. No obstante, la cuestión que se plantea es siempre la misma: ¿hasta dónde se puede llegar? En lo sucesivo seguiremos esta lógica de adaptación social, practicando en ella una serie de cortes que, aunque ciertamente no pueden reflejar las situaciones y las decisiones en toda su complejidad, probablemente nos permitirán comprender cómo una multiplicidad de intereses, a menudo limitados y ocasionales, pudo dar lugar a esos años grises, facilitando la política del ocupante y haciendo más fácil la vida de algunos ocupados.

Capítulo 12

La opinión

Bernanos, que había pasado la guerra en Brasil, escribía a su regreso: «Si pudiésemos [...] trazar exactamente, mes a mes, la curva de probabilidad de una victoria aliada entre 1940 y 1945, comprobaríamos que dicha curva coincide perfectamente con la del aumento de efectivos del supuesto Partido de la Victoria, que, en virtud de una curiosa aplicación de un viejo principio de física elemental, el principio de los vasos comunicantes, fue sucesivamente el de la Victoria alemana y el de la Victoria aliada».[1] Bernanos, el panfletista que había realizado de forma tan inspirada el retrato moral de Vichy, se equivocaba sobre la actitud de la mayoría de sus compatriotas, a los que, en su opinión, lo único que les importaba era estar en el bando adecuado. Esta forma de ver las cosas está emparentada con otra, todavía más generalizada, que habla de la metamorfosis de cuarenta millones de partidarios de Pétain en cuarenta millones de gaullistas. Ni la una ni la otra reflejan correctamente la opinión de los franceses sobre la colaboración. Además de las grandes cifras y de su evolución, en este asunto lo que importa es conocer la cohesión y la fuerza interna de las corrientes de opinión, sin perder de vista su vaguedad y su movilidad. Claude Mauriac escribía con razón: «¿Qué francés sería capaz de asumir siquiera cuanto se pensó y se dijo durante la Ocupación?».[2]

Las dictaduras sienten curiosidad por conocer cómo piensan las gentes a las que amordazan. Vichy y el ocupante se esmeraron en tomar el pulso de los franceses. Las autoridades alemanas contaban con la red de Kommandanturen

1. Georges Bernanos, *Le Chemin de la Croix-des-Ames*, Gallimard, 1948, pág. VIII.
2. Claude Mauriac, *Bergère ô tour Eiffel: Le Temps immobile 8*, Grasset, 1985, pág. 462 (22 de septiembre de 1983).

y Propaganda-Staffel, con las antenas del SD y del Abwehr,* así como con el servicio de armamento de la Wehrmacht (el Wi.Rü.-Stab). Las comisiones de control, que circulan por la zona libre para comprobar si se respeta el armisticio, les proporcionan una idea general de lo que allí ocurre. Solamente la embajada carecía de ojos y de oídos. Para no quedarse atrás, crea un servicio de investigación, empleando en él a aquellos franceses que se interesan por su material propagandístico. En el verano de 1942, la embajada cuenta con 948 corresponsales, 348 de los cuales son «acreditados colaboracionistas» que cumplimentan para ella 43 cuestionarios.[3] Por su parte, el gobierno francés dispone de una administración que lo informa detalladamente. En la zona libre, donde obra a sus anchas, la curiosidad lo lleva a escrutar la correspondencia. Violando su secreto, ciertos militares se olvidan de su honor y escuchan conversaciones telefónicas, interceptan telegramas y abren semanalmente cientos de miles de cartas. Todo esto proporciona material para unos informes en los que se combinan la voluntad de informar y el temor a no gustar.[4]

El estudio de estas fuentes demuestra que la indecisión, provocada en el verano de 1940 por el golpe de la derrota y la corrección de los alemanes, no sobrevivió a la llegada del otoño, cuando a la resistencia británica se sumaron el agravamiento de la ocupación y la perspectiva de un duro invierno. A partir de entonces, la mayoría de la población desea la victoria de Inglaterra y sus opiniones sobre la colaboración van desde el escepticismo a la hostilidad. Desde mediados de 1941, el ataque alemán a la URSS y las ejecuciones de rehenes aumentan la amplitud y la fuerza de esta tendencia. En 1942, la *Relève* y el desembarco aliado en África del Norte acaban de desacreditar la colaboración. Ni siquiera los bombardeos ingleses, que cada vez provocan más víctimas, logran que los franceses cambien de opinión.

¿Por qué iba a ser de otro modo? La situación no es nada favorable a la política de Vichy. La imagen de Alemania, construida a partir de clisés y de prejuicios negativos, que ciertamente se vinieron abajo al inicio de la ocupación, eleva la muralla de una tradición. A los pies de esta muralla, el propio ocupante se encarga de abrir un abismo de odio con su política de represión y de persecución. Ciertamente, en el verano de 1941 los atentados comunistas provo-

3. «Zusammenfassung der seit 1940 bis heute von der Informationsabteilung der Deutschen Botschaft Paris geleisteten Arbeit», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125 b/2 (los informes en cuestión no parecen haberse conservado).

4. Denis Peschanski, «Le régime de Vichy a existé», en Denis Peschanski (comp.), *Vichy 1940-1944: Archives de guerre d'Angelo Tasca*, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, CNRS, y Feltrinelli, 1986, págs. 41 y sigs. Véase también Antoine Lefébure, *Les Conversations secrètes des Français sous l'occupation*, Plon, 1993.

* «Sicherheitsdienst» (SD): Servicio de seguridad de las fuerzas armadas; «Abwehr»: Servicio de espionaje y contraespionaje de las fuerzas armadas *(N. del t.)*.

can la repulsa de casi todos; pero la violencia de la represión alemana hará que los franceses cambien de opinión. A ello se añade una explotación económica que se intensifica más allá de lo imaginable, golpeando a una población empobrecida y, poco a poco, incluso a quienes al principio lograron salir del apuro.

El ocupante exprimía al país como un limón, y sólo contaba con la propaganda para persuadir a los franceses de que lo hacía por su propio bien. Se sirvió de ella de la forma más enérgica, repartiendo millones de folletos, octavillas y carteles, inundando la prensa y los cines de imágenes elaboradas cuidadosamente, a veces incluso con talento. Aunque no era su misión fundamental, la propia embajada distribuye en dos años más de 17 millones de folletos, 10 millones de octavillas y 400.000 ejemplares de 23 carteles diferentes,[5] se aventura en la producción de películas y de obras de teatro y crea un imperio que logra hacerse con más de la mitad de los periódicos de París.[6]

Pero los resultados obtenidos no compensaron tanto esfuerzo y tanto gasto. Muy pronto, los ocupantes no tuvieron más remedio que aceptar la supremacía de la propaganda inglesa y gaullista. Desde ese momento, lo único que podían hacer era tratar de frenar su influencia, y sobre todo intentar que los franceses no fuesen coherentes con sus simpatías. Mientras los ejércitos alemanes siguieron avanzando, la propaganda de Goebbels logró transmitir una imagen de poder y de capacidad destructiva lo suficientemente impresionante como para eliminar la tentación de ofrecer una resistencia activa.[7]

Por su parte, Vichy había puesto en marcha, bajo la batuta de Marion, un aparato propagandístico considerable, inspirado parcialmente en el del vencedor y que sufrió su mismo descrédito.[8] La sintonización de la BBC y la difusión de rumores hostiles al ocupante iban uniendo a los franceses, distanciándolos tanto de los ocupantes como de su gobierno.

La repulsa de la colaboración, que se torna rápidamente mayoritaria, varía notablemente de una zona a la otra. En Alsacia y Lorena, sus habitantes afrontan la realidad de la anexión y de la germanización. El sentimiento de abandono se apodera de ellos, pues consideran que la falta de protestas de Vichy prueba su conformidad con un hecho consumado. En la zona prohibida, la repulsa de la colaboración es inmediata y masiva, las medidas tomadas durante los primeros meses, que carecen de parangón, despiertan el recuerdo de la ocu-

5. «Kulturpolitische Arbeit in Frankreich» (finales de 1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125 b/2.

6. Véase Pierre-Marie Dioudonnat, *L'Argent nazi à la conquête de la presse française 1940-1944*, Jean Picollec, 1981.

7. François Garçon, «Nazi Film Propaganda in Occupied France», en David Welch (comp.), *Nazi Propaganda: The Power and the Limitations*, Londres, Croom Helm, 1983, pág. 173.

8. Denis Peschanski, «Contrôler ou encadrer? Information et propagande sous Vichy», *Vingtième Siècle*, nº 28, octubre-diciembre de 1990, págs. 65-75.

pación anterior: toma de rehenes en grandes cantidades, redadas de hombres que debían ser deportados al Reich, y en determinada localidad, hasta redadas de mujeres con la intención de someterlas a un examen ginecológico —ante la reacción de la opinión, los alemanes suspenden estas prácticas heredadas del pasado—.[9] Además, la anexión acrecienta el sentimiento de abandono por parte de Vichy, cuyas orientaciones políticas no resultan nada atractivas en este bastión del socialismo y del sindicalismo. Por otra parte, tradicionalmente los ingleses gozan de una imagen favorable, de modo que todo lleva a condenar el armisticio. El pétainismo, importante entre la burguesía, va unido casi siempre al rechazo de su política exterior.

En la zona ocupada, la repulsa de la colaboración, menos inmediata, se extiende con bastante rapidez. En su informe de septiembre de 1940, los militares del servicio de armamento de la Wehrmacht (el Wi.Rü.-Stab) describen en una sola frase la situación: «En general, la población se muestra tranquila, en ocasiones acogedora, pero la mayoría de las veces reservada, poco amistosa e incluso hostil».[10] En cuanto al gobierno, es más bien ignorado, criticado o tratado con desprecio. Está lejos, parece impotente, toma partido por la colaboración. A finales de 1940, el control postal resume así el estado de cosas: «Entre los habitantes de la zona ocupada, la sola mención de la palabra "colaboración" suscita la imagen de las expulsiones de los alsacianos y los loreneses, y la no menos horrible de la hambruna».[11] Pétain, sin embargo, no es objeto de críticas y goza de bastante consideración, la misma que se le niega a Laval. Pero a finales de 1941, el control postal admite que, en la zona ocupada, la opinión es «muy poco favorable» a Vichy y que aquí el «carisma» del mariscal no tiene demasiadas consecuencias.[12]

En la zona libre, la colaboración es motivo de división: la repulsa no es ni general ni inmediata. La gente está más expuesta a la propaganda de Vichy y es más receptiva a la popularidad de Pétain, al que ven como un protector contra una indeseable extensión de la ocupación. Mucho más que por su revolución nacional, que es recibida con «una indiferencia prácticamente absoluta»,[13] si el régimen no ha perdido del todo la confianza de la población es por tres razones: porque evita la presencia de los alemanes, porque intenta mejo-

9. Étienne Dejonghe, «Être occupant dans le Nord», *Revue du Nord*, 1983, nº 259, págs. 723-724. Véase, del mismo autor, «Le Nord isolé: occupation et opinion (mai 1940-mars 1942)», RHMC, vol. XXVI, enero-marzo de 1979, págs. 48-97.

10. «Lagebericht für die Zeit bis 31.8.40», BA-MA, *RW 24* 15.

11. «Synthèse hebdomadaire des interceptions des contrôles téléphoniques, télégraphiques et postaux, 20 décembre 1940-5 janvier 1941», AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

12. «Synthèse décadaire du contrôle téléphonique», 1-13 de mayo de 1941; 1-30 de julio de 1941, AN, *F* 7 14.930.

13. «Synthèse décadaire...», 1-15 de marzo de 1941, *ibid.*

rar las relaciones entre las dos zonas y porque trata de lograr el regreso de los prisioneros.

Pese al avance de la anglofilia, aquí el mariscal cuenta con más partidarios que en la zona ocupada, y lo seguirán siendo durante más tiempo,[14] aunque sea arrastrando los pies. A través del discurso de Pétain, Montoire deja en el espíritu de los franceses una mezcla de esperanza y de inquietud. Adhesión frágil unida a un escepticismo generalizado. «Esta colaboración con Alemania, que por otra parte muchos consideran imposible —"los *boches* siguen siendo los *boches*"—, no excluye una esperanza generalizada en la victoria inglesa, la única que podrá liberar a Francia del yugo del vencedor.»[15] A finales de año, la confianza en Pétain se hace mayor, incluso en la zona ocupada, gracias a la destitución de Laval, que muchos interpretan como voluntad de poner freno a la colaboración y como manifestación de las verdaderas intenciones del mariscal.

En la primavera de 1941, las negociaciones de París y el tema de Siria disipan parte de las ilusiones, radicalizando las posiciones de los unos y de los otros. La comisión de control habla de las «gravísimas consecuencias» de la colaboración, que «abre un abismo cada vez mayor entre los partidarios de esta política y sus adversarios».[16] Como sucedió después de Montoire, el discurso de Pétain, que justifica el encuentro de Laval con Hitler en mayo de 1941, tranquiliza y llama a una «resignación razonable», basada en la esperanza de concesiones sobre la línea de demarcación y los prisioneros.[17] El giro se produce con el ataque alemán contra la URSS, recibido con satisfacción por casi todos: unos se alegran de la destrucción del comunismo, otros del debilitamiento que esta guerra podría suponer para los alemanes, y otros por las dos cosas a la vez. Pese a que, bajo el efecto de la primera tendencia, la colaboración recupera su vigor, queda muy por detrás del deseo de una derrota o de un agotamiento de Alemania, dos hipótesis que la resistencia soviética viene a consolidar. En agosto, los servicios de control registran, por primera vez, una «bajada sensible» de la adhesión a la política de colaboración.[18]

Las comisiones de control alemanas, que circulan en la zona libre, ofrecen una imagen concordante de esta evolución. En el otoño anterior, sus miem-

14. «Synthèse des interceptions...», 7 de septiembre-7 de octubre de 1941, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

15. Inspección regional de Clermont-Ferrand, comisión telefónica, 1-10 de noviembre de 1940, AN, *F* 7 149.27.

16. «Sinthèse décadaire...», 1-13 de mayo de 1941, AN, *F* 7 14.930, dr. Comisión central de control telefónico.

17. «Synthèse hebdomadaire des interceptions...», 6 de junio de 1941, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

18. «Synthèse décadaire...», 1-31 de agosto de 1941, AN, *F* 7 14.930, dr. Comisión central de control telefónico.

bros daban cuenta del ascenso de la anglofilia y del debilitamiento del gobierno a causa de su política exterior. Pero no encontraban odio en ningún lugar, su paso raramente provocaba insultos.[19] En el verano de 1941, aparecen los insultos, algunos jóvenes les gritan «boches» o «cabrones».[20] Muchos franceses, dice el informe, se alegrarían de que Alemania encontrase dificultades en el este. El régimen de Vichy es cada vez más criticado, son muy pocos los franceses que confían en él, ahora el mariscal también es blanco de las críticas.[21]

Vichy percibe este cambio, lo que hace que Pétain pronuncie su discurso sobre los «malos vientos». De este modo da su apoyo a la corriente de opinión minoritaria que defiende la revolución nacional y endurece su denuncia de los adversarios. Pero el deterioro continúa. «La necesidad de la política de colaboración con Alemania sólo parece ser evidente para un número muy reducido de franceses»,[22] dice el penúltimo informe del año. La posición de Pétain continúa debilitándose, aunque el mariscal todavía goza de gran prestigio, que crece en algunas ocasiones, como a raíz de su discurso de enero de 1942, en el que hablaba de «semicautividad». En la primavera de 1942, las comisiones de control observan que *graffiti* como «¡Abajo Pétain!» son bastante frecuentes y que sus apariciones en público no siempre son recibidas con aplausos.[23]

El retorno de Laval trae consigo una nueva serie de interrogantes y de especulaciones, en medio de un clima de reserva y de desconfianza. Incluso en ese momento, una parte de la opinión no está convencida de que todo esfuerzo haya de ser vano. Pero no avalará el discurso de Laval. Su deseo de una victoria alemana provoca un «estupor general».[24] En el otoño de 1942, los servicios de Vichy observan el fracaso de la política gubernamental. «En general, podemos decir que entre los corresponsales va imponiéndose la idea de que, conforme "a los deseos de la mayoría de los franceses", lo mejor sería ser francos con Alemania, pese a los riesgos que esto pueda implicar, puesto que el Reich "manda tanto en la zona libre como en la zona ocupada". Esta solución tendría la ventaja de restablecer la unidad nacional que la línea de demarcación pone en peligro.»[25] Un mes antes del desembarco y de que Pétain ratifi-

19. Véanse los «Tätigkeitsberichte» de la *Kontrollinspektion* (K.I.), AN, *AJ 40* 1.232.

20. K. I., «Tätigkeitsbericht», 1 de agosto de 1941, AN, *AJ 40* 1.234.

21. Informes del 15 y del 25 de agosto de 1941, AN, *AJ 40* 1.234; informe del 16 de octubre de 1941, *AJ 40* 1.235.

22. «Synthèse des interceptions...», 7 de noviembre-7 de diciembre de 1941, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

23. K. I., «Tätigkeitsbericht», 7 de abril de 1942, AN, *AJ 40* 1.235.

24. «Synthèse hebdomadaire des interceptions...», 30 de junio de 1942, AN, *F* 7 14.926, dr. Dirección de controles técnicos.

25. «Synthèse des interceptions...», 10 de septiembre-10 de octubre de 1942, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

case su política, muchos franceses pensaban que Vichy carecía ya de justificación. El aura de Pétain no desaparece completamente. Sigue siendo respetado hasta el final por una parte de la población, por aquellos que sienten compasión por él y lo ven como el símbolo del sufrimiento de la patria. Una parte nada desdeñable, aunque cada vez más escasa, sigue considerándolo como el jefe del país y como el emblema de una lucha política.

Junto a la repulsa de la colaboración, tendencia mayoritaria, se instala una corriente favorable a la misma, cuya importancia va en aumento hasta 1942. Entre septiembre de 1941 y mayo de 1942, el control postal de la zona libre lee una media de 300.000 cartas por semana. El tema tratado con más frecuencia, el avituallamiento, sólo aparece en un 5 % de las cartas: los franceses hablan sobre todo de su familia y de su salud. Al cabo de algunas semanas, entre 2.000 y 3.500 cartas (entre el 0,5 y el 1 % del total) contienen alusiones a Pétain, mayoritariamente positivas. A la colaboración sólo se refieren entre 700 y 1.000 cartas (del 0,2 al 0,3 %), con valoraciones positivas que fluctúan entre el 20 y el 35 % en 1941 y que todavía se sitúan en torno al 25 % entre los meses de abril y mayo de 1942.[26]

Aunque estas cifras no pueden ser totalmente representativas, permiten hacer una valoración aproximada que coincide con las valoraciones alemanas, conforme a las cuales el 80 % rechaza la colaboración. No parece demasiado arriesgado afirmar que, hasta 1942, entre un cuarto y un quinto de los franceses de la zona libre son favorables a la colaboración, cifra que aumenta ligeramente si se toma en consideración el conjunto del país. No obstante, esto sumaría un total de varios millones de personas, superando con mucho el pequeño círculo de los partidos colaboracionistas.

Pero ¿qué significa esta adhesión a la política de colaboración? Sería ingenuo entenderla como una colaboración asegurada, coherente y continua. Partiendo de los informes de la censura de Vichy, podemos distinguir tres grandes concepciones de la misma. La primera es la colaboración-providencia. La misma derrota que ha puesto de manifiesto la debilidad de Francia, se dice, ofrece la ocasión de reformar el país, para lo cual es necesario llegar a un acuerdo con el vencedor. Para algunos, éste debe ser únicamente de carácter político y diplomático, mientras que otros exigen incluso una alianza militar y entrar en guerra contra los soviéticos, y hasta contra los anglosajones. Por otra parte, unos creen que la colaboración impone la adopción del modelo nazi,

26. «Statistique des controles techniques», AN, *F* 7 14.926, dr. Dirección de controles técnicos; *2 AG* 426, dr. Síntesis de controles.

mientras que otros la consideran compatible con un régimen autoritario de corte francés.

La segunda es la colaboración-realismo. Se quiera o no, Inglaterra mantendrá una posición hegemónica en Europa durante mucho tiempo. Si desea tener un futuro, Francia debe ajustar su política, empezando por defender sus posesiones contra los gaullistas y los británicos. Esta posición suele ir unida a la esperanza de alcanzar la paz, pues ésta devolvería cierto protagonismo al vencido y haría que Alemania, cuya derrota parece improbable, le concediese unas condiciones de paz favorables. Ésta es la principal inspiración de la política de Vichy, al lado de una corriente más influida por la primera concepción (Benoist-Méchin, Marion, Bonnard, etc.). Según se desprende del control postal, esta segunda concepción tiene sus partidarios entre la población. Así, en el informe del 18 de noviembre de 1941 puede leerse: «Algunos franceses siguen alegrándose de que alemanes y rusos sufran pérdidas importantes; esperan que Francia pueda actuar como mediadora en un compromiso de paz».[27]

La tercera es la colaboración-conveniencia: una política admitida con desconfianza y resignación, con la esperanza de conseguir mejoras tangibles en un futuro inmediato. A diferencia de Darlan, la mayoría de los franceses no creen que una victoria inglesa haya de resultar tan cara a su país como una victoria alemana. Pero no todos están seguros del triunfo de Inglaterra, y muchos temen que haya de pagarse con una prolongación de la guerra. Alemania no es un socio de confianza, pero si una política de adaptación al vencedor permite obtener algunas ventajas, ¿por qué desperdiciar la ocasión? Pero con una condición: que dicha política no comprometa el futuro y, sobre todo, que Francia no entre en guerra contra los anglosajones.

Es evidente que la importancia concedida a la colaboración es distinta en cada una de estas concepciones y que, en su mayoría, los franceses que se sienten atraídos por la política de Pétain pertenecen a la última categoría. Estos franceses siguen al gobierno fluctuando entre la esperanza, el escepticismo y la resignación, pero en último término están dispuestos a dejarse convencer por él. El informe de los prefectos de la zona libre correspondiente al mes de noviembre de 1941, tras afirmar que los franceses partidarios de la colaboración siguen siendo poco numerosos, dice a propósito de ella: «En su conjunto, la opinión rechaza esta política; sólo la soportará si se la imponen, considerándola como una solución completamente provisional y destinada a ganar tiempo, a aliviar el peso de la ocupación, a obtener cierto número de ventajas inmediatas (especialmente el retorno de los prisioneros), pero seguirá espe-

27. «Synthèse hebdomadaire des interceptions...», 18 de noviembre de 1941, AN, *F* 7 14.926, dr. Dirección de controles técnicos.

rando una victoria anglonorteamericana».[28] Vichy era consciente de que su política contaba con esta base e hizo cuanto pudo por conservarla.

A juzgar por los informes de la censura, los partidarios de la política de Vichy —si la palabra «partidarios» es adecuada para describir una actitud tan vaga, incierta y poco segura de sí misma— parecen proceder principalmente de la burguesía y de las clases medias. Pero también la apoyan los prisioneros de guerra y sus familias, a los que Vichy prestó mucha atención. En algunas notas dispersas, el control postal subraya el pétainismo de estos medios y su defensa de la colaboración. En el otoño de 1941, señala incluso que, en la zona ocupada, «sólo las familias de los prisioneros de guerra apoyan la colaboración».[29] Y siguen haciéndolo en noviembre de 1942, «distinguiéndose por su fidelidad al mariscal, por la confianza que depositan en el jefe del gobierno y por una tendencia anglófoba bastante generalizada».[30] Aunque los prisioneros tienen opiniones muy distintas —una fuerte adhesión a Pétain, una profunda división en el tema de la colaboración—,[31] la opinión de los repatriados parece haber sido más unánime. Según el control postal, «entre ellos hay un gran número de partidarios de la política de colaboración».[32] Así opinan también los alemanes, que consideran a los prisioneros como los mejores agentes propagandísticos de la colaboración.[33]

Así pues, la adhesión a la política de Vichy es minoritaria, frágil y en retroceso. Siendo así, lo lógico sería que fuese aplastada por la opinión mayoritaria, incluso en la zona libre. Pero la repulsa de la colaboración no siempre es absoluta o intransigente; ser contrario a ella no equivale directamente a optar por la resistencia. Sobre el primer punto, cabe preguntar si unas concesiones más tangibles por parte de los alemanes no habrían permitido a Vichy lograr más apoyo y atraer a un gran número de escépticos. Ésta era la esperanza de sus dirigentes, animados probablemente por los informes de la censura, según los

28. AN, *F1a* 3 689, dr. Informes de los prefectos de la zona libre.

29. «Synthèse des interceptions...», 7 de septiembre-7 de octubre de 1941, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

30. «Synthèse hebdomadaire des contrôles...», 17 de noviembre de 1942; 24 de noviembre de 1942, AN, *2 AG* 461, dr. Síntesis de controles. La obra de Sarah Fishman (*We Will Wait: Wives of French Prisoners of War, 1940-1945*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1991) deja de lado este aspecto del tema.

31. «État d'esprit des prisonniers», anexo II de la síntesis del 6 de junio de 1941, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos. Véase también Yves Durand, *La Captivité*, *op. cit.*, págs. 341 y sigs.

32. «Synthèse des interceptions...», 7 de octubre-7 de noviembre de 1941, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos.

33. K. I., «Tätigkeitsbericht», 20 de enero de 1942, AN, *AJ 40* 1.235.

cuales la colaboración, de obtener resultados tangibles, conseguiría el apoyo de la población.[34]

En relación con el segundo punto, conviene subrayar que la metáfora de los vasos comunicantes, para retomar la expresión de Bernanos, no es muy pertinente en materia de opinión.[35] La repulsa de la colaboración y el alejamiento de Vichy no hacen subir el nivel de la resistencia, o sólo de forma muy limitada. De hecho, van unidos a una pasividad que todos los observadores coinciden en señalar y que se debe a la incertidumbre del futuro, al peso de lo cotidiano y a la política de las autoridades francesas y alemanas.

La incertidumbre sobre el desenlace de la guerra es lo primero que hemos de recordar. Esta incertidumbre, enorme durante el primer año, hace que los franceses se replieguen literalmente en sí mismos. La mayoría reza por una victoria inglesa, que difícilmente podía considerarse probable, y mucho menos próxima. Aunque crece la esperanza, la evolución militar asesta continuos golpes. La excitación del verano de 1941, y la que se vive a finales de año, cuando Estados Unidos entra en guerra, decrece considerablemente a comienzos de 1942, y es seguida por la profunda decepción de la ofensiva alemana en el este y la inacción o los reveses de los Aliados. Personas fuertes, lúcidas, máximamente informadas, están sumidas en un mar de confusiones hasta el desembarco en África del Norte.[36] Nada presagia mejor el futuro como el brutal descenso, en el verano de 1943, tras la toma de Sicilia y la caída de Mussolini, del número de trabajadores forzosos que se trasladan a Alemania. En el primer trimestre del año, eran 179.371; en el último trimestre, la cifra se reduce a 12.953.[37] Si la obediencia había sido hasta entonces el comportamiento mayoritario, ahora lo es la desobediencia, pues la evolución militar hace pensar en una liberación inminente; los montes se llenan de jóvenes a quienes les espera un duro invierno. Sobre el fondo de esta reacción «media» de la opinión, destaca con fuerza el coraje de esa minoría que elige la resistencia durante los dos primeros años. Hacía falta una esperanza poco común, la misma que honra a estos hombres y a estas mujeres.

34. «Es la falta de resultados positivos de la colaboración, antes que sus principios mismos, lo que parece criticar la opinión» («Synthèse hebdomadaire des interceptions des contrôles téléphoniques, télégraphiques et postaux», 25 de noviembre-4 de diciembre de 1940, AN, *AJ 41* 25, dr. Controles técnicos). «Si el ocupante tuviese psicología, se ganaría a gran parte de la opinión» (1 de septiembre de 1942, *ibid.*).

35. Véase Pierre Laborie, *L'Opinion française sous Vichy*, *op. cit.*

36. Véase, por ejemplo, Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 233 (25 de enero de 1942) y pág. 260 (27 de mayo de 1942).

37. Hans Pfahlmann, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Wirtschaft 1939-1945*, tesis doctoral, Würzburg, 1964, págs. 77-78. Durante el mes de julio, viajan a Alemania 56.800 trabajadores procedentes de todos los países ocupados de Europa Occidental, mientras que en septiembre lo harán solamente 8.300 (*ibid.*, pág. 144).

El peso de lo cotidiano no era, hay que reconocerlo, simple retórica. Esta carga no disminuye, sino más bien todo lo contrario, cuando la situación militar empieza a cambiar, con una lentitud desesperante, y toma el buen camino. Hablando de la dureza de los tiempos, los franceses devolvían toda su fuerza a una expresión muy manida. Salarios congelados y precios en alza conducen a un descenso del salario real del 37 % entre 1938 y 1943; pero esto no es más que un dato estadístico.[38] La penuria se apodera de los débiles y desvalidos, provocando problemas de crecimiento en los niños, un enorme aumento del índice de mortalidad en los adultos, una fuerte subida del número de accidentes y enfermedades entre los obreros, muchos de los cuales son víctimas del paro hasta 1942.[39] A esto hay que añadir los sufrimientos causados por la separación, la división de las familias, los prisioneros de guerra, el gran número de desplazados o refugiados a raíz de los bombardeos aliados en la costa atlántica.

La existencia del régimen de Vichy añade sus propios efectos, introduciendo reflejos de legalismo, cuando no de legitimismo. En algunos, la revolución nacional provoca confusión, les hace dudar de quién es el enemigo, de cuáles son las prioridades. La aprobación de la política interior conduce incluso a algunos de los primeros miembros de la resistencia, como Frenay o el general Cochet, a posiciones verdaderamente acrobáticas en relación con Montoire.[40] La popularidad de Pétain, pese a su erosión, frena el rechazo de la colaboración y, sobre todo, su traducción en actos. El hastío de una guerra que se prolonga y el deseo de una solución rápida al conflicto, también hacen vacilar a aquellos franceses que rechazan la política de colaboración.

A su manera, los alemanes también alimentan la pasividad. En primer lugar, por sus victorias, que llevan a pensar que la adaptación es inevitable, y en segundo lugar por la represión, que se endurece a partir del verano de 1941 y que hace visibles los riesgos de una resistencia activa. Mientras que sus tribunales militares dictan 8 condenas a muerte en 1940, y 51 de enero a septiembre de 1941, el número se eleva a 236 entre septiembre de 1941 y marzo de 1942. A lo que hay que añadir, durante este último período, las ejecuciones de rehenes, que causan 353 víctimas.[41] Los franceses tenían motivos para lamentarse, y apenas podían consolarse comparando su suerte con la que corrían los

38. Charles Bettelheim, *Bilan de l'économie française 1919-1946*, Presses Universitaires de France, 1947, pág. 234.

39. Véase el coloquio «Les Ouvriers en France pendant la Seconde Guerre mondiale», en D. Peschanski y J.-L. Robert (comps.), *Actes du coloque Paris-CNRS*, 22-24 de octubre de 1992; así como el nº 158 del *Mouvement social* (enero-marzo de 1992) dedicado a los obreros franceses durante la Segunda Guerra Mundial.

40. Véase el Manifiesto de noviembre de 1940, Daniel Cordier, *Jean Moulin*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 25-28.

41. AN, *F 60* 408, dr. Condenas a muerte.

otros países de Europa central y oriental, de haberla conocido: en Serbia, en ese mismo período de septiembre de 1941 a marzo de 1942, 27.905 civiles son ejecutados, más de 20.000 a título de represalias.[42] En Francia, las reacciones habrían sido ciertamente mucho más enérgicas si los alemanes hubiesen tomado como rehenes a hombres ilustres, como solía hacerse en el pasado. Ejecutando a judíos y a comunistas, tratan de provocar, no sin cierto éxito, una resignación cómplice. Añadamos que, pese a la explotación y a la represión, su política deja espacios de libertad, vigilada, obviamente, como sucede en el ámbito de la cultura y de la diversión, lo que produce cierta ilusión de normalidad. ¿Qué habría sucedido si hubiesen cerrado, como en Polonia, los centros de enseñanza media, las universidades, los cines, los teatros y las editoriales?

Todo ello hace que gran parte de los franceses permanezcan encerrados en su caparazón hasta el final. La repulsa de la ocupación y de la colaboración se lleva bien con la voluntad de salir del paso: para muchos, «la drôle de guerre» dura hasta 1944. Andrzej Bobkowski, un emigrado polaco que nos ha dejado un valioso Diario de la ocupación, escribe en diciembre de 1940 que la empleada de la fábrica, al oírle hablar de un viaje a Inglaterra, le replicó: «Uno ha de ganarse la vida como pueda».[43] Una mentalidad que crispó, e incluso desesperó, a algunos miembros de la resistencia. En febrero de 1942, Guéhenno habla de «postración»; un año después, refiriéndose a la obediencia al STO, dice que «este país ya no es más que un temeroso protoplasma»; en la primavera de 1944, finalmente, escuchando las conversaciones de los alumnos del instituto en el que trabajaba, anota: «Es siempre el mismo miedo, la misma porquería. La gente tiembla. Desconfía de todos, alemanes, ingleses o rusos, y sólo piensa en "salir del paso"; es como si a la gente de este país sólo le importase sobrevivir, a cualquier precio».[44]

Al menos durante los dos primeros años, no existe una verdadera actitud solidaria y ofensiva. La prudencia y la discreción reinan por doquier. Paulhan escribe en marzo de 1941: «¿Te he comentado alguna vez que en la pequeña taberna en la que todas las mañanas tomo café con cinco o seis obreros, siempre distintos, que trabajan en el barrio, en tres meses jamás he escuchado ni una sola palabra sobre los alemanes (pese a las numerosas críticas que han salido de sus bocas)? Prudencia, discreción y miedo, eso es todo lo que hay

42. Hans Umbreit, «Auf dem Weg zur Kontinentalherrschaft», en *Das deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 5/1, 1988, pág. 199.

43. Bobkowski, *En guerre et en paix*, Les éditions Noir sur Blanc, Montricher (Suiza), 1991, pág. 178 (16 de diciembre de 1940).

44. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 242 (26 de febrero de 1942); pág. 320 (22 de febrero de 1943); pág. 406 (30 de abril de 1944).

allí».[45] El general Doyen cree que la mayoría desea una victoria británica, pero que es difícil saberlo con exactitud, pues la gente es muy prudente. «Los partidarios de Alemania no se muestran orgullosos de serlo, y los de Inglaterra temen que se apague la llama de su esperanza o tienen miedo a las posibles consecuencias de su opinión».[46] En mayo de 1942, Marc Bloch escribe a Lucien Febvre: «Uno de los rasgos del presente que más me llama la atención es que a cualquiera de nosotros le resulta imposible saber lo que piensa realmente su vecino. [...] A veces uno se lleva grandes sorpresas. Yo me las he llevado».[47] La prudencia puede deberse al miedo a ser denunciado, pero también al temor a equivocarse, o a pronunciarse en público. Grande es la incertidumbre, y constante la duda sobre lo que es bueno o justo, prudente u oportuno.

En estos primeros años, la colaboración es todavía un tema que divide, pero un tema sobre el que está permitido disentir. En mayo de 1941, Drieu envía su último libro (*Écrits de jeunesse*) a Guéhenno con esta dedicatoria: «En signo de total desacuerdo», lo que al destinatario le parece «más bien gentil».[48] En febrero de 1941, François Mauriac escribía a Ramon Fernandez: «Nuestras diferencias políticas no tienen importancia, somos franceses y bebemos en las mismas fuentes».[49] Una de las principales consecuencias de este clima, más fácilmente identificable en algunos medios, como el mundo de los negocios, es la tendencia a reservarse la propia opinión y a dejar que sean los demás quienes tomen la iniciativa, para no verse en un compromiso en el caso de que Alemania pierda la guerra, y para estar en el bando adecuado en el caso de que la gane.

A mediados de 1941, esta división se hace mayor y se populariza la referencia al caso Dreyfus. En el otoño de 1941, el prefecto de Finistère dice: «Hemos vuelto a los malos tiempos del caso Dreyfus, hasta las familias están profundamente divididas. Se clasifica a la gente en colaboracionistas o gaullistas».[50] Y en diciembre de 1942, Claude Mauriac escribe: «"Es un nuevo caso Dreyfus", decía esta mañana mi padre a su hermano Pierre, de paso por París. Ellos mismos están separados por un abismo tal que ya sólo osan hablarse con extrema prudencia».[51]

45. Paulhan a Jouhandeau (marzo de 1941), en Paulhan, *Choix de lettres*, vol. II, *1937-1945*, *op. cit.*, pág. 213.
46. Doyen, «Note sur l'état d'esprit en zone occupée», 28 de abril de 1941, AN, *F 60* 502, dr. Situación política interior.
47. Bloch a Febvre, 8 de mayo de 1942, AN, *318 Mi* 1.
48. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 141 (21 de mayo de 1941).
49. François Mauriac a Fernandez, 12 de febrero de 1941, *Lettres d'une vie*, *op. cit.*, pág. 238.
50. Informe del prefecto de Finistère, septiembre de 1941, AD Rennes, *43* W1.
51. Claude Mauriac, *Bergère ô tour Eiffel: Le Temps immobile 8*, *op. cit.*, pág. 209 (18 de diciembre de 1942). Pierre Mauriac, decano de la Facultad de Medicina de Burdeos, era un colaboracionista muy comprometido.

Con el tiempo, la alusión al caso Dreyfus pierde su pertinencia. A medida que la evolución de la guerra pone fin a la incertidumbre y a las disputas que ésta había originado, la colaboración ya no se considera tanto un asunto de opinión cuanto un acto de traición. Se prescinde del caso Dreyfus y se pasa directamente al castigo o a la purga, una idea que asoma desde el verano de 1941. En julio de ese mismo año, Angelo Tasca, un socialista defensor de Vichy, reproduce con estupor las palabras de su contacto en París: «Cuando los alemanes se vayan, habrá muchos muertos, miles de muertos. Todos esperan el día en que puedan lanzarse sobre ciertos tipos y hacerlos pedazos».[52] Una actitud palpable a finales del mes siguiente, cuando se conoce el atentado contra Laval y Déat. Al pueblo de París, escribe Guéhenno, «le cuesta mucho disimular su alegría», una «alegría llena de odio». Paulhan experimenta lo mismo en una pequeña taberna del siglo XIX, de cuyos clientes, obreros o parados, se apodera una «extraña alegría», profunda y silenciosa: «No olvidaré a ese viejo y diminuto encuadernador que *temblaba* de alegría, con esa mirada antes tan sabia y ahora extraviada. Así debió de comenzar, o al menos prepararse, la Comuna».[53] La idea del castigo se abre paso en todas partes: el 10 de septiembre de 1941, Fernand-Laurent habla a Jeanneney, el presidente del Senado, de un «ministerio de represalias».[54]

En el verano de 1941 se produce claramente un giro: es el inicio de un giro que tiene lugar gradualmente, aunque no sin brusquedades, y que no concluye hasta finales de 1942. El clima de los dos primeros años, dividido y polarizado, con una carga de odio silencioso que va en aumento, pero todavía lleno de incertidumbres, constituirá el contexto de múltiples adaptaciones.

52. Tasca, *Cahier B-B*, 27 de julio de 1941.

53. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 182 (26 de agosto de 1941); Paulhan a Jouhandeau, 5 de septiembre de 1941, *Choix de lettres*, vol. II, *1937-1945*, *op. cit.*, pág. 232.

54. Jules Jeanneney, *Journal politique (septembre 1939-juillet 1942)*, Armand Colin, 1972, pág. 192 (10 de septiembre de 1941).

Capítulo 13

Franceses y alemanes

En la zona que está bajo su poder, los alemanes están presentes en todas partes. Se los ve y se los escucha por doquier. Y aunque a veces no suceda ni lo uno ni lo otro, lo cierto es que se han instalado en la mente de los franceses, y hasta han logrado colarse en sus sueños. Esta constante presencia de intrusos, real o imaginaria, exige cierto aprendizaje de actitudes y de comportamientos. La cuestión se plantea con fuerza y de forma inmediata en cuanto se establecen puntos o superficies de contacto, especialmente cuando, en lugar de una tropa, se tiene delante a un individuo ataviado con el uniforme enemigo. Nadie puede evitar el contacto; algunos lo toleran; otros lo aceptan o lo buscan. Así sucede continuamente, ya sea en el momento en que se requisa una vivienda, o en el plano de las relaciones profesionales, mundanas, sexuales o sentimentales. Algunas veces, el contacto es anónimo e indirecto, como en el caso de las denuncias.

Los franceses tienen plena libertad en lo que se refiere a su forma de relacionarse con los alemanes. La memoria de experiencias anteriores, cuando la hay, o, en su defecto, una especie de instinto, pueden marcar una pauta de conducta. Pero el ocupante presenta un rostro agradable: ¿habrá que tratarlo conforme a patrones ancestrales? Por su política, el nuevo régimen parece invitar a una revisión; por su vaguedad, la opinión invita a lo mismo. Nada más significativo que la batalla de representaciones que, lejos de toda intervención oficial, empieza a librarse entonces.

A lo largo de su éxodo, Léon Werth centra toda su atención en este punto. Nacido en los Vosgos, conserva en la memoria relatos de su infancia, la historia cien veces contada por su tía: en 1870, un oficial alemán había intervenido para que ella pudiese visitar en la cárcel a su marido. Esto le planteó un problema moral: ¿cómo agradecérselo? ¿Inclinando la cabeza o con un apretón de manos? Ella optó por tenderle la mano, y treinta años después todavía no sa-

bía si había hecho bien.[1] Werth observa los primeros contactos, lamentando que algunos de sus compatriotas no sientan «que cada uno de estos contactos con el vencedor constituye un pequeño atentado contra nuestra dignidad».[2] La dignidad es la palabra clave. Hay que aceptar sin rebajarse, limitarse a una obediencia forzosa, como la que se debe a una autoridad ilegítima: «Toda aceptación de lo que el enemigo no puede imponer por la fuerza da siempre que pensar». Pero ¿y cuando el enemigo no impone nada y se muestra amable? Werth experimenta esta incómoda situación con un suboficial que trata de comprar su complicidad con paquetes de tabaco. Después, con los soldados instalados en la granja que lo invitan a escuchar música. Werth concilia su posición de vencido con un mínimo de cortesía: «Formamos dos grupos. Entre nosotros no hay hostilidad, pero tampoco unión».[3]

Desde el punto de vista simbólico, la actitud adecuada frente al ocupante constituye la gran cuestión de la resistencia y de la colaboración nacientes. En un texto publicado en uno de los primeros números de la *Nouvelle Revue Française* (NRF) de Drieu La Rochelle, Chardonne defiende la actitud del «a mal tiempo buena cara», dando su aprobación a la escena, según él verídica, de un viñador de Charente que dice a un oficial alemán: «Preferiría haberle invitado... Pero no puedo cambiar las cosas. Acepte usted mi coñac, se lo ofrezco gustosamente».[4] Aquí, el enemigo es elevado a la categoría de huésped, y mañana, quizá, a la de amigo. Chardonne es consciente de que su actitud no es la esperada. Frente a la lluvia de críticas que recibe, da la vuelta al argumento de la dignidad: «Con ese gesto, el campesino se situaba fuera de la tradición de la dignidad, rompía el fatal encadenamiento de los desastres».[5]

Para la resistencia, en cambio, lo importante es ofrecer una imagen unitaria del enemigo que torne insignificante su corrección, evite una cortesía fuera de lugar e impida distinguir al individuo que hay debajo del uniforme. Aquí, la descripción del comportamiento adecuado pretende elevar un muro entre los unos y los otros.[6] Con sus *Conseils à l'occupé*, de julio de 1940, el militante socialista Jean Texcier ofrece «un pequeño manual de dignidad». Recomienda ser «correcto» con el ocupante, pero sin tomar nunca la iniciativa; fingir ignorar su lengua; no entablar con él una conversación en francés; no mirar cómo

1. Werth, *33 jours*, *op. cit.*, págs. 134-135.
2. *Ibid.*, pág. 139.
3. *Ibid.*, ambas citas en la página 127.
4. Recogido en *Chronique privée de l'an 1940*, Stock, 1941, pág. 143.
5. Chardonne, *Voir la figure*, Stock, pág. 11.
6. Para la reconstrucción de la imagen unitaria del enemigo, véase Margaret Atack, *Literature and the French Resistance: Cultural Politics and Narrative Forms, 1940-1950*, Manchester, Manchester University Press, 1989, págs. 64 y sigs.

desfilan las tropas enemigas; hacer oídos sordos a su propaganda, incluso cuando ésta utiliza la prensa y la radio francesas. Este código de conducta se propone regir tanto los pensamientos como los gestos: la verdadera dignidad excluye cualquier «resignación fácil». Esto refleja el ambiente de aquel primer verano: ningún odio, ningún llamamiento a la lucha, una calma y un tono de humor que no menoscaba la firmeza del propósito. Se impone la cortesía: hay que responder cuando el alemán hace una pregunta en francés o pide fuego.[7] Estos consejos son válidos para aquellas personas que sólo tendrán con él un contacto ocasional y de carácter individual.

En *Le Silence de la mer*, Vercors cambia la calle por la intimidad doméstica y formula determinadas exigencias. La novela trata de un tío y una sobrina que se ven obligados a hospedar a un oficial alemán. Werner von Ebrennac es compositor, ama Francia, quiere creer en la posibilidad de un futuro en armonía. Pese a su confusión, los franceses se encierran en el silencio. El mensaje del autor es doble: en primer lugar, la dignidad del rechazo al enemigo, encarnada especialmente por la joven, que se niega a relacionarse con un hombre que personifica la buena Alemania, la de los pensadores y los músicos. Y, en segundo lugar, la imposibilidad de la colaboración: en cuanto individuo, el ocupante podrá tener todas las cualidades del mundo, pero sigue siendo parte de un sistema que quiere la perdición de Francia. Vercors pinta a un enemigo que no conoce realmente el poder al que sirve, y que se desespera cuando toma conciencia de él.

Vercors combate una imagen del alemán sin duda muy poco extendida, incluso durante los dos primeros años. Como el texto de Texcier, el suyo es representativo de una situación en la que la figura del ocupante es tan confusa como la reacción de los ocupados. Tentación de dejarse engañar por las apariencias, de tratar al enemigo, si no como huésped, al menos como un ser humano que merece cortesía y consideración; y en el fondo, un poderoso deseo de volver a la normalidad y una mentalidad individualista que lleva a distinguir al hombre del país del que procede y del régimen al que sirve. Como escribiría Merleau-Ponty después de la guerra, «teníamos que recuperar todas las conductas infantiles que nuestra educación había superado, juzgar al monje por el hábito, responder sin educación a su fingida corrección, vivir durante cuatro años a su lado sin vivir ni un solo instante con ellos, sentirnos bajo su mirada "franceses" y no seres humanos».[8]

La batalla de las representaciones sigue librándose fundamentalmente en el campo aéreo de las historias y de los rumores, lejos del ámbito propio del

7. Texto en anexo IV, Henri Noguères, *Histoire de la Résistance en France*, Laffont, 1967, vol. 1, págs. 468-471.

8. «La guerre a eu lieu», *Les Temps modernes*, nº 1, octubre de 1945, pág. 52.

historiador. En el verano de 1940, se habla de un desembarco fallido en Inglaterra, difundiéndose la noticia de cadáveres alemanes expulsados por el mar o quemados por las manchas de petróleo inflamadas: los elementos naturales se alían con los ingleses y los hacen invencibles. Empiezan a circular ciertas leyendas sobre los ocupantes que ponen en guardia a los franceses. Una de las primeras es la de las flores pisoteadas. Perplejo, Léautaud, se hace eco de ella: «Se cuenta (?) que el día que entraron los alemanes, en la plaza del Hôtel-de-Ville, una parisina (una dama, por lo tanto) se acercó a un oficial y le ofreció una rosa. El oficial echó la rosa al suelo y la pisoteó, diciendo estas palabras: "Madame, usted es una mala francesa"».[9] El ocupante da lecciones a los franceses que se olvidan de serlo.

La psicoanalista Marie Bonaparte señaló la indecisión que reinaba aquel verano: «Entre los vencidos, la agresividad y el odio solían dar paso a la admiración y a la fascinación por los vencedores».[10] Llegado el invierno, la autora recoge algunas historias que son prueba de la batalla librada en el espíritu de los franceses para acabar con la famosa «corrección» de los alemanes. «Un oficial alemán se hospeda en casa de una dama. Es encantador, un hombre muy amable. [...] Cuando llega la hora de partir, se despide de la dama y le da las gracias, añadiendo con una encantadora sonrisa: "Sí, lamento tener que partir, ¡me gustaría ver cómo os matan a todos!".»[11] Otras historias anuncian la marcha de los alemanes; lo peor está por llegar, no hay que hacerse ilusiones. «Una enfermera ha asistido a un oficial alemán. En señal de gratitud, él quiere hacerle un regalo; ella no lo acepta. Así que le regala un consejo: en el caso de que las tropas alemanas se vayan de París, debería poner a salvo a sus seres queridos, pues los alemanes han recibido la orden de matar a todos los franceses. Y así lo harán, aunque sea con lágrimas en los ojos.»[12]

Estas historias reaccionan contra una imagen relativamente positiva del ocupante, imagen que sigue circulando y que es reforzada por la campaña relámpago en los Balcanes durante la primavera de 1941.[13] Incluso los comentarios iniciales, convertidos ya en clisés, sobre la disciplina de las tropas alemanas, siguen creyéndose dos años después, aunque les cuesta mantenerse a flote

9. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 107 (25 de junio de 1940). Idéntico eco en Maurice Martin du Gard, *Chronique de Vichy*, *op. cit.*, pág 73. Algunas autoridades recibieron a los ocupantes con un ramo de flores, como el prefecto del departamento de Gironde (René Terrisse, *Bordeaux 1940-1944*, Perrin, 1993, pág. 18).

10. Marie Bonaparte, *Mythes de guerre*, Londres, Imago, 1946, pág. 103.

11. *Ibid.*, pág. 106.

12. *Ibid.*, págs. 76-77.

13. «Se aprecia cierta admiración por el poder del ejército alemán» («Synthèse hebdomadaire des interceptions des contrôles postaux, télégraphiques et téléphoniques», nº 136, 25 de abril de 1941, AN, *F* 7 14.926, dr. Dirección de controles técnicos).

en medio de un mar de críticas. Durante el verano de 1942, Léautaud toma nota de una conversación con un empleado de la NRF. «Al igual que yo, él elogia su higiene, la limpieza de su vestimenta e, incluso entre los soldados rasos, su educación. Por contraposición, me habla de un soldado francés que estaba de permiso y al que encontró con la gorra mal puesta, despeinado, el cigarrillo en la boca, los zapatos sin lustrar y caminando sin distinción.»[14] En cuanto a la organización alemana, sigue siendo valorada como al principio. En agosto de 1942, Bobkowski nos habla de un compañero de trabajo que se desquita: «Los alemanes nos calientan la cabeza con su grandeza y su genialidad, su sentido de la organización y su cultura, cuando en realidad nunca han sido capaces de organizar siquiera un buen tentempié».[15]

Son los últimos sobresaltos: después de las ejecuciones de rehenes y del inicio de la deportación de los judíos, se hace innecesario luchar contra la tentación de un acercamiento. La dignidad de la distancia y del silencio, considerada hasta entonces la actitud natural hacia los alemanes, es sustituida por el llamamiento a la lucha. Se borran las distinciones entre los alemanes y los nazis, entre el pueblo alemán y sus dirigentes, entre la buena y la mala Alemania. El odio se hace mayor —Guéhenno escribe en octubre de 1942: «He visto crecer el árbol del odio en los dos últimos años. Ahora empieza a dar sus frutos... ¡y qué frutos!»—,[16] impidiendo cualquier valoración positiva de los alemanes y extendiendo una imagen asesina de ellos, incluso entre los intelectuales próximos al pacifismo. El 1 de diciembre de 1943, Charles Braibant describe a un Claudel «tremendamente alegre» y frotándose las manos ante los recientes bombardeos de Berlín. «Quien nos oyese reír pensando que tres mil alemanes, entre los que había mujeres y niños, murieron en pocos minutos; quien así nos oyese reír a él, el mayor poeta cristiano de su tiempo, y a mí, el defensor de la armonía entre las naciones, diría: "Es necesario que los nazis sean unas verdaderas fieras para que sus crímenes hayan transformado de este modo a estos dos corazones".»[17]

En *Bola de sebo*, Maupassant describe un pueblo ocupado por los prusianos, en el que los soldados hacen las tareas cotidianas en compañía de las mujeres que se han quedado solas: «Entre pobres gentes, la ayuda es necesaria... Son los

14. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 688 (28 de agosto de 1942).
15. Bobkowski, *En guerre et en paix*, *op. cit.*, pág. 348-349 (26 de agoso de 1942).
16. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 293 (9 de octubre de 1942).
17. Charles Braibant, *La Guerre à Paris (8 novembre 1942-27 août 1944)*, Corréa, 1945, págs. 370-371 (1 de diciembre de 1943).

poderosos quienes hacen la guerra». Esta «*entente cordiale* entre los vencedores y los vencidos» provoca la indignación del republicano.[18] Este tipo de escenas eran muy poco probables en 1940. El adiestramiento militar ha dado sus frutos, el régimen nazi ha impuesto su totalitarismo. Si la corrección está al orden del día, no sucede lo mismo con la fraternidad, a la que en cualquier caso la lengua pondría serios impedimentos. La tropa tiene sus propios lugares de reunión, de ocio, de oración, e incluso de compras, lo que reduce las posibilidades de encuentro, especialmente en el caso de las tropas de operaciones.[19] Por su parte, los miembros de la administración militar, cuando están fuera de servicio, no pueden relacionarse con cierta clase de franceses, como los miembros del gobierno o los periodistas, y deben solicitar una autorización para cualquier otro tipo de relaciones, que se consideran «indeseables».[20]

Por lo que se refiere a los ocupados, la mayoría no desea contacto alguno con los alemanes. El código de conducta, espontáneo y no escrito, no solamente prescribe la distancia, sino también una verdadera huelga de los sentidos, gracias a la cual los invadidos conservan su integridad. Al ocupante, los mismos ojos han de negarle el derecho de ciudadanía. «Cuando subes al metro, escribe Guéhenno, nos apretamos para hacerte sitio. Tú eres el intocable. Yo bajo un poco la cabeza para que no veas adónde se dirigen mis ojos, para privarte de la dicha que procura la luz de un intercambio de miradas. Tú estás en medio de nosotros como una cosa, rodeado por el silencio y la frialdad.»[21] En septiembre de 1941, en la plaza del Panteón, Léautaud comprueba el aprendizaje de este código. Unos soldados vienen a visitar el monumento. «Pasa por mi lado un grupito de niñas de entre cinco y diez años, conducidas por otra de unos doce. Ésta, dirigiéndose a ellas, y sin detener la marcha, les dice: "¡No los miréis! ¡No los miréis!". Las niñas se apresuran a cambiar de acera y avanzan por delante de la Biblioteca, sin mirarlos en ningún momento.»[22]

Este código de conducta condena, con mayor razón, la mirada curiosa. En octubre de 1942, al pasar por delante de un hotel requisado, Léautaud escucha tocar a una orquesta alemana. «Un grupo de gente nos detuvimos ante la puerta de la cochera, que estaba abierta. Mientras nosotros mirábamos y escuchábamos, los que pasaban por allí nos decían cosas como éstas: "Curiosos, se ve

18. Maupassant, *Boule de suif et autres histoires de guerre*, CF-Flammarion, 1991, págs. 66-67.

19. Véase Étienne Dejongue, «Être occupant dans le Nord», *Revue du Nord*, 1983, nº 259, págs. 708-745; y Jacques Natali, «L'occupant allemand à Lyon de 1942 à 1944, d'après les sources allemandes», *Cahiers d'histoire*, XXII, nº 4, 1977, págs. 441-464.

20. Véase, por ejemplo, la orden del *Kommandostab Ic* del 17 de febrero de 1942, AN, *AJ 40* 451, dr. AG 106.

21. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 321 (22 de febrero de 1943).

22. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 178 (24 de septiembre de 1941).

que no tenéis nada que hacer, tontos...". Sirva esto como una pequeña muestra del sentir de los parisinos en general.»[23] Como vemos, el código de conducta todavía no es seguido por todos, aunque su observación viene impuesta por una presión social cada vez mayor.

Algunos ocupantes experimentan pronto la frialdad de esta «ciudad sin mirada». El escritor Felix Hartlaub, que trabaja en París desde diciembre de 1940 a septiembre de 1941, evoca en sus cartas el gélido círculo de silencio del que habla Guéhenno. Sus colegas y él no salen del centro de la ciudad, donde cada parisino actúa como un centinela. El clima es «glacial» y sabemos, escribe el 1 de junio de 1941, que ninguno de nosotros podrá volver aquí solo después de la paz.[24] Ernst Jünger, por su parte, descubre que la mirada, cuando no se evita, puede resultar insostenible. Uniformado, entra en una papelería, donde es atendido por una joven que lo mira fijamente, «con un odio indescriptible». Es la primera vez: todavía estamos en agosto de 1942. Jünger se preocupa, parece que comprende su situación.[25] Un año después, la situación ya le es familiar: «Cuando voy de uniforme, sorprendo miradas de profunda aversión, unida al deseo de matar».[26]

La «ciudad sin mirada» observa disimuladamente a los intrusos. Percibe cómo «el soldado apuesto y bien alimentado» del principio, cuyo aspecto impresionaba a los franceses asustados y hambrientos,[27] se parece cada vez más a ellos en su expresión y en su vestimenta, como si cambiase de piel y adoptase la del vencido en el que pronto iba a convertirse. En medio del «verdor» de los uniformes, de la masa compacta y no grata, a veces la mirada distingue al individuo. Con el paso de los días, Guéhenno descubre la amistad de un viejo soldado y de su caballo, lo que despierta en él el recuerdo de la buena Alemania.[28] En algunos diarios íntimos hay anotaciones que hablan de la fugaz emoción provocada por un comportamiento inesperado. «En el metro, un soldado alemán que está sentado, cuando ve la estrella en el pecho de Léon A., se levanta inmediatamente para ofrecerle su asiento.»[29]

Sin embargo, la distancia y el rechazo general se concilian con cierta cortesía y, en algunas ocasiones, con una especie de solidaridad elemental. El único

23. *Ibid.*, pág. 720 (17 de octubre de 1942).
24. Felix Hartlaub, *Das Gesamtwerk: Dichtungen, Tagebücher*, Francfort, Fischer, 1955, pág. 459.
25. Jünger, *Premier Journal parisien: Journal*, vol. II, *1941-1943*, Christian Bourgois, 1980, págs. 178-179 (18 de agosto de 1942).
26. Jünger, *Second Journal parisien: Journal*, vol. III, *1943-1945*, Christian Bourgois, 1980, pág. 170 (29 de septiembre de 1943).
27. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, pág. 45 (19 de septiembre de 1940).
28. *Ibid.*, pág. 324 (22 de febrero de 1943).
29. Braibant, *La Guerre à Paris*, *op. cit.*, pág. 271 (3 de septiembre de 1943).

contacto que muchos franceses establecen con los alemanes se produce cuando éstos les preguntan por una dirección. Sartre describió la mezcla de sentimientos que los franceses podían experimentar cuando el rechazo daba paso a «una vieja amabilidad humanista». «Entonces, uno resolvía la situación dependiendo del humor y de la ocasión, y respondía: "No lo sé" o "La segunda calle a la izquierda", y, en los dos casos, se alejaba enfadado consigo mismo.»[30]

Caminante infatigable, Léautaud solamente menciona en su diario tres encuentros ocasionales. Orienta a un soldado extraviado, entabla una conversación con otro en una librería, da con un tercero en enero de 1944: «A mi regreso, me encontré en el autobús con un soldado alemán, un pobre diablo a juzgar por su cara y por su atavío, nada parecido a los hermosos y fuertes jóvenes que estamos acostumbrados a ver. Como no sabía francés, no tuvo más remedio que presentar al conductor un papel que decía: Puerta de Orleáns. Autobús 94 bis. Todos los viajeros del autobús intentaron sacarle adónde iba, con el fin de decirle dónde tenía que apearse. En una de las paradas, subió otro viajero, al que el conductor le preguntó: "¿No sabrá usted alemán? Este hombre..."».[31]

Este espíritu servicial se dirige al enemigo solo y extraviado, cuya visión despierta una compasión casi instintiva. En algunas ocasiones, surge un verdadero impulso de solidaridad, como en esta escena que llamó la atención de Sartre: «Una vez, en el bulevar Saint-Germain, volcó un vehículo militar. Vi cómo una decena de franceses acudían a socorrer al coronel alemán que había quedado atrapado en él. Odiaban al ocupante, estoy seguro de ello [...]. Pero ¡cómo! ¿Era un ocupante ese hombre que gemía aplastado por su coche? ¿Y qué había que hacer? El concepto de enemigo solamente es un concepto unívoco y claro cuando está separado de nosotros por una trinchera».[32] A su modo, las escenas relatadas por Léautaud y Sartre son testimonio de la desmovilización de una parte de los franceses, de su voluntad de mantener separadas las esferas de la vida y de la guerra.

La distancia y el silencio no son un comportamiento constante, general, bien porque determinadas circunstancias tornan flexibles los límites del comportamiento digno, bien porque se considera acertada la regla de Chardonne. En ambos casos, las personas concernidas actúan, por lo general, con una discre-

30. Sartre, «Paris sous l'occupation», *Situations*, III, Gallimard, 1949, pág. 20. Guéhenno siente lo mismo, *op. cit.*, pág. 321 (22 de febrero de 1943).

31. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 999 (16 de enero de 1944).

32. «Paris sous l'occupation», *op. cit.*, págs. 20-21.

ción que delata la conciencia del código de conducta y la voluntad de substraerse a la mirada reprobadora de la opinión, que mantiene y extiende el respeto a dicho código. En un mar de indiferencia afectada y de distancia hostil, los islotes de encuentros han ido formando numerosos sembrados hasta 1942, antes de que éstos sean inundados por la marea creciente del odio. La connivencia ideológica, sin llegar a ser primordial, contribuyó a ello. A menudo, la complacencia y el interés fueron la razón principal, dando cabida al «en cuanto a mí» o a opiniones que no iban en sentido contrario.

La obligación de dar hospedaje a los alemanes afectó fundamentalmente a los medios burgueses y rurales. Los franceses la soportaron refunfuñando o, en el peor de los casos, la sufrieron como una intrusión de la catástrofe en sus hogares (Flaubert había sentido esta humillación en 1870: «¡Si supieses qué significa tener soldados prusianos en tu propia cama!»).[33] La incomodidad se agrava cuando los huéspedes forzosos son groseros o vengativos, como esos soldados que, para calentarse mejor, cierran y precintan los radiadores de las habitaciones utilizadas por los franceses.[34]

En general, todo esto sucede en medio de una adaptación recíproca, guiada por el deseo de cohabitar con la mínima tensión posible. La situación, pese a su incomodidad, no desemboca necesariamente en un conflicto. La presión social queda contenida; además del interés y de un prejuicio favorable a los alemanes, existen otros motivos que conducen a entablar relaciones con ellos: la curiosidad por el individuo, la sed de noticias, el deseo de encontrar un motivo de esperanza, o una cortesía difícil de eliminar. Los Mauriac han de hospedar a un oficial recién llegado. «Todos hacen un esfuerzo y sueltan las pocas palabras que se atreven a decir. El menos incómodo no es este mozarrón en posición de firme que, en cuanto tiene ocasión, da un taconazo y saluda. Lleva una cruz de hierro. La de la campaña de Francia. Le decimos que el marido de Luce está preso. Él no se atreve a irse. Nosotros no osamos darle a entender que queremos retirarnos. La situación se nos hace larga a todos. Ya no podemos más. Finalmente, el oficial decide ir a cenar.» Cuando él ha acabado, los Mauriac pasan al comedor. El comandante sale y ellos le proponen encontrarse en el salón. ¡Velada mortal! François Mauriac habla de regresar a París, su hijo lo comprende: «¡Cómo no preferir cualquier cosa a esta promiscuidad, cómo no intentar por todos los medios evitar una situación tan absurda como ésta!».[35]

33. Carta del 19 de diciembre de 1870, *Correspondance*, Librairie de France, 1938, vol. II, pág. 492.

34. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 173 (19 de septiembre de 1940); Rist, *Une saison gâtée*, *op. cit.*, pág. 120 (18 de diciembre de 1940).

35. Claude Mauriac, *Bergère ô tour Eiffel: Le Temps immobile 8*, *op. cit.*, págs. 464-465 (28 de diciembre de 1940). Después de la guerra, François Mauriac se pondrá a la defensiva y evocará esta situación refiriéndose a Vercors, cuya prescripción se había convertido en norma, justificándose así:

Entre febrero y junio de 1941, Ernst Jünger atraviesa con su regimiento la zona ocupada. La cohabitación de franceses y alemanes es perfecta en todas partes. Jünger es una persona atractiva, como el oficial de *Le Silence de la mer*. Pero a él nadie lo recibe con un mar de silencio. Así, por ejemplo, se aloja en casa de la esposa de un prisionero, a la que causa buena impresión, pues hace que una tía suya lo acoja en su casa y, un año después, le manda un pollo. Se hospeda también en casa de un campesino, su conversación le cautiva y, además, se interesa por él («¿Usted también tiene una dama?»).[36] El suyo no es un caso aislado. En Bretaña, el XXV Cuerpo de Ejército, en su informe de abril de 1942, afirma que la actitud de la población es correcta, y que no es la misma en público que en privado. «En general, hasta los sectores pro alemanes procuran no ser vistos en compañía de alemanes, mientras que hay oficiales y soldados que están hospedados en casa de franceses y viven en perfecta armonía con ellos.»[37] Esto me recuerda a Maupassant y a su evocación, en *Bola de sebo*, de los comienzos de la ocupación de Ruán en 1870, después de que la ausencia de las temidas masacres tranquilizara a la población. «En muchas familias, el oficial prusiano comía en la mesa. A veces, era una persona educada y, por educación, compadecía a Francia, manifestando que le repugnaba participar en esta guerra. Unas palabras que las familias le agradecían; además, algún día su protección podría resultar valiosa. [...] Incluso llegaba a argüirse, una razón que sólo puede tener su origen en la cortesía francesa, que era posible ser educado con el soldado extranjero en privado, siempre que no se hiciese lo mismo en público.»[38]

Junto a la cohabitación forzosa, hay varias formas de relación libre que varían de acuerdo con una geografía física y social. La presencia del ocupante no es la misma en todas partes: masiva en las principales ciudades, es escasa en ciertos ámbitos rurales, donde los uniformes sólo se ven de vez en cuando. Las

«Por lo que respecta a todo esto, vivimos aún en una época totalmente hipócrita y hará falta mucho tiempo para que cada cual relate libremente su propia experiencia» (Jean Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, La Manufacture, 1990, pág. 361).

36. Jünger, *Premier Journal parisien*, vol. II, *op. cit.*, pág. 14 (7 de marzo de 1941); pág. 115 (5 de marzo de 1942); págs. 38-39 (13 de junio de 1941).

37. Ministerio de Defensa, Estado Mayor del Ejército de Tierra, Servicio Histórico, *Rapports d'activité du XXV^e corps d'armée allemand en occupation en Bretagne (13 décembre 1940-20 novembre 1944)*, Château de Vincennes, 1978, pág. 95.

38. *Boule de suif et autres histoires de guerre*, *op. cit.*, págs. 45-46.

relaciones siguen rigiéndose por las pautas de los hábitos sociales. El código de conducta se adopta con más facilidad en unos medios que en otros. ¿Puede sorprendernos que el mundo obrero se sitúe a la zaga? Esto no se debe solamente al hecho de que, por lo general, las tropas alemanas se instalan lejos de los barrios obreros, aunque no los pierden de vista. Es también consecuencia de los hábitos sociales, de una cultura del distanciamiento y del rechazo a las autoridades que se transfiere fácilmente al invasor. En el otro extremo de la escala social, en la burguesía, el contacto, la relación, el vínculo, se ven favorecidos por los viajes, la educación y las maneras, por el hecho de estar acostumbrado a los trámites y a las gestiones, a las invitaciones y a las fiestas.

Los cafés constituyen un marco de relaciones en el que el ocupante suele convertirse en una figura familiar, especialmente en las zonas rurales, como ha observado el historiador Louis Chevalier en su pueblo de Vendée. Mientras que los campesinos siguen bebiendo de la barrica, los marineros conservan sus costumbres en el hotel del puerto. «Al comienzo, fingían no ver a los alemanes, hacían como si no estuviesen allí. [...] Y después, a fuerza de papeleo, de encontrarse y de beber por separado, acababan brindando y, cuando habían bebido un poco, terminaban tuteándose y llamándose por su nombre de pila.»[39] La patrona del hotel, su hija y sus sirvientas, mujeres poco hurañas, solían hacer de «contacto».

En Bretaña y en Normandía, regiones que visita en viaje de investigación a finales de 1940, el redactor jefe de Inter-France, agencia muy colaboracionista, comprueba la existencia de un «profundo abismo» entre los directores de periódicos, partidarios de la colaboración, y la opinión, anglófila «en un 99 %». Ahora bien, esta misma población —dice inmediatamente— mantiene relaciones «de lo más cordiales» con los ocupantes. Los comerciantes son muy atentos con ellos. «En las ciudades —incluso en las más importantes—, y aún más en los pueblos, los soldados alemanes suelen frecuentar los cafés y los restaurantes. En estos establecimientos, son personas conocidas, estimadas, incluso se los llama por su nombre, y no es extraño que el personal los aprecie y hasta sienta por ellos una simpatía —nacida del trato cotidiano— que se traduce en gestos de amabilidad que van mucho más allá del simple interés comercial [...].»[40]

En las grandes ciudades, algunos cafés son lugares de contacto. En marzo de 1942, Claude Mauriac anota en su Diario que un suboficial alemán le dirigió la palabra y que él no se negó a charlar con el alemán. «Nos unía una gran

39. Louis Chevalier, *Les Relais de la mer*, Fayard, 1983, pág. 382.

40. Georges Vigne, «Voyage d'enquête en Normandie et en Bretagne (15 novembre-1 décembre 1940)», AN, *2 AG* 454.

simpatía. Ambos teníamos la misma edad. Los dos éramos jóvenes europeos. Pero nos separaba tanta incomprensión, tanta sangre y tanto odio, que estábamos un poco incómodos y sentíamos cierta desconfianza.» El alemán dice que la colaboración es algo deseable. Mauriac responde: sí, pero después de la guerra. «Por otra parte, su uniforme me incomodaba cuando intentaba hablarme como a un amigo; hacía todo lo posible para que yo no me fijase en él.»[41]

El mundo de los negocios y de las relaciones mundanas son esferas mucho más delimitadas; relacionan entre sí a personas que tienen conciencia de pertenecer al mismo medio. El primero, al que los restaurantes procuran el decorado, integra al ocupante en una práctica habitual en ese ámbito. Los responsables alemanes son hombres a los que conviene conocer, una buena comida puede ser más efectiva que una discusión en la oficina, evitando al mismo tiempo el compromiso de tener que invitarlos a casa. Estos encuentros fueron muy numerosos, ni siquiera un Charles Rist se libró de ellos. Aunque era contrario a Vichy y a la política de colaboración, y aunque deseaba vivamente una victoria anglosajona, Rist era un gran burgués liberal que siguió defendiendo a su manera los intereses que representaba y que no dudó en hacer concesiones al ocupante cuando lo consideró necesario, sin sentir jamás que eso fuese contra su integridad y sus convicciones. Miembro de varios consejos de administración, Rist defendió con vehemencia los intereses de un banco al que el ocupante había impuesto un comisario, Falkenhausen. En octubre de 1940, cuando el responsable militar del sector bancario recibe a ambos, Rist habla alemán para hacerse comprender.[42] Mantiene relaciones cordiales con Falkenhausen, con el que almuerza en varias ocasiones, pero no después de noviembre de 1942.[43] Su interlocutor es un hombre de buena voluntad que hace todo lo posible para ayudarle.

Las invitaciones a domicilio son ya de otra índole: equivalen a tratar al ocupante como huésped. El Diario de Ernst Jünger pone de manifiesto que estas invitaciones tenían lugar con bastante frecuencia. En octubre de 1941, Jünger almuerza *ex officio* en casa de Brinon, que se burla de los «Youpins».* Están presentes Sacha Guitry y Arletty: «Para hacerla reír, basta decir la palabra "cornudo"; aquí, ella siempre lo pasa bien».[44] Durante los meses siguientes, es invitado por Guitry, Paul Morand (en varias ocasiones), Cocteau, De Fabre-

41. Claude Mauriac, *Bergère ô tour Eiffel: Le Temps immobile 8*, *op. cit.*, págs. 45-46 (2 de marzo de 1942).

42. Rist, *Une saison gâtée*, *op. cit.*, págs. 97-98 (17 de octubre de 1940).

43. *Ibid.*, pág. 240 (22 de marzo de 1942); págs. 262-263 (24 de julio de 1942); pág. 227 (24 de septiembre de 1942).

44. Jünger, *Premier Journal parisien*, vol. II, *op. cit.*, pág. 49 (8 de octubre de 1941).

* «Youpins»: «Judíos», insulto racista *(N. del t.)*.

Luce, Florence Gould... La esposa del magnate norteamericano del ferrocarril regenta un salón en el que Jünger conoce, entre otros, a Jouhandeau, Cocteau, Marie Laurencin y Giraudoux, y donde el joven Mauriac accede a almorzar, en febrero de 1943, con Gerhard Heller («Esa internacional de la simpatía y de la juventud, no menos que el champaña, lo hacían todo demasiado fácil. No hubiese tenido que aceptar la invitación»[45]). Sin duda, Jünger es un hombre extraordinario: escritor traducido al francés y un tanto crítico con el nazismo, formará parte del círculo de Stülpnagel, que quiere deshacerse de Hitler antes de que sea demasiado tarde. Picasso, con quien se encuentra en julio de 1942, lo juzga bien cuando le dice: «Aquí sentados, nosotros dos negociaríamos la paz esta misma tarde. Esta noche, la razón podría triunfar».[46] Éste es uno de los motivos por el que los franceses lo recibieron hasta el final. ¿Y al principio? ¿Acaso el escritor hizo que pasase desapercibido el oficial?

La esfera de lo mundano no se limita a este pequeño círculo de hombres de letras. Interrogados después de la liberación, los ocupantes no dudaron en facilitar los nombres de aquellos franceses que los habían recibido en sus casas como si la guerra ya hubiese terminado. Unos lo hicieron por complacencia, por necesidad de conocer a los poderosos del momento, por cosmopolitismo, o por razones de clase, como fue el caso de ciertos aristócratas, miembros de una sociedad que trascendía las fronteras y que estaba muy bien representada en el MBF. Otros lo hicieron movidos por la simpatía o por la admiración que sentían hacia el vencedor y hacia lo que éste representaba. Y otros, finalmente, los hombres de negocios, para obtener ayudas, como el barón Jean Empain, presidente del metro, que procuraba rodearse del máximo número de invitados, siempre útiles para algo: «Los había para el metro, para el aprovisionamiento, para el combustible».[47]

Los diplomáticos de la embajada también se relacionaban con la buena sociedad. Después de la guerra, Epting mencionó, entre otras, las invitaciones de Carbuccia, del conde de Bourbon-Busset, del conde Étienne de Beaumont, de la baronesa de Seillière, del marqués de Polignac, de René de Chambrun (el yerno de Laval), de Chappedelaine y de Lambert de Guise.[48] Schwendemann, el encargado de prensa, era recibido en casa de los Bunau-Varilla, donde solía pasar los fines de semana. En su agenda de entrevistas, que comprende fundamentalmente el período 1942-1944, figuran 64 nombres franceses, con 10 ape-

45. Claude Mauriac, *Bergère ô tour Eiffel: Le Temps immobile 8*, *op. cit.*, págs. 262-263 (19 de febrero de 1943). Sobre Gould, véase Gilles Cornut-Gentille y Philippe Michel-Thiriet, *Florence Gould, une Américaine à Paris*, Mercure de France, 1989.

46. Jünger, *Premier Journal parisien*, vol. II, *op. cit.*, pág. 159 (22 de julio de 1942).

47. Corinne Luchaire, *Ma drôle de vie*, Sun, 1949, pág. 138.

48. Audiencia del 10 de junio de 1947, AN, *3W* 358, dr. Epting.

llidos de abolengo, 7 de ellos de marquesas y condesas.[49] Las SS no eran menospreciadas. Knochen recordó la hospitalidad de la señora Gould y de la familia Dubonnet, que lo invitó a su castillo de los alrededores de París. «Las mansiones de las familias Mumm y Polignac eran los dos principales salones de París en los que se nos recibía y a los que acudía la alta sociedad.»[50]

Refiriéndose a la esfera de lo mundano, Fabre-Luce ha escrito con razón: «Cuando se encuentran en pie de igualdad, franceses y alemanes empiezan relacionándose con frialdad y acaban tratándose con cordialidad».[51] Y cuando evoca, a la manera de La Bruyère, la división de opiniones existente en la alta sociedad parisina, sus palabras son esclarecedoras. Relacionarse con el ocupante comporta determinadas «sanciones mundanas» en el seno de una jerarquía perfectamente ordenada. «Araminte ha estado en un concierto alemán; ya no será invitada a las veladas musicales. Damis ha sido vista en Maxim's; en adelante, se sentará en un extremo de la mesa. Clorinde ha invitado a alemanes; se le negará el saludo.»[52]

El 9 de julio de 1940, en Dijon, Copeau se da cuenta de que «las mujeres comienzan a interesarse por los alemanes», más atractivos que los «enclenques franceses excluidos del servicio» o los «viejos esqueléticos» que quedan en la ciudad. Es penoso, escribe, ver cómo «esta inmensa marea verdosa» se traga la «virilidad francesa».[53] Las relaciones sexuales son un asunto muy delicado en toda ocupación. Tocan estratos profundos de la conciencia colectiva y constituyen una cuestión crucial desde un punto de vista simbólico: angustia de la pérdida de parejas sexuales, humillación de la virilidad nacional que se suma a la de la derrota, recelo hacia el sexo débil, sospechoso de querer desquitarse con la ayuda de la llamada potencia ocupante. Puesto que el invadido debe ignorar completamente al invasor para poder defenderse y afirmar su integridad, este tipo de relaciones constituye el mayor atentado contra la exigencia de integridad y despierta el fantasma de la deshonra y de la contaminación, lo que conducirá, tras la liberación, a rapar a las mujeres que han mantenido relaciones con los alemanes, como si hubiese habido una epidemia.

Para el ocupante, lo más importante es regular la prostitución. El régimen nazi exacerba una preocupación por las enfermedades venéreas que ya se puso de manifiesto entre 1914-1918 y reserva ciertos burdeles para la *Wehrmacht*.

49. AN, *3W* 359, dr. Orígenes diversos.
50. Audiencia del 6 de enero de 1947, AN, *3W* 358.
51. Fabre-Luce, *Journal de la France*, vol. 2, pág. 133.
52. *Ibid.*, págs. 147-148.
53. Copeau, *Journal*, vol. 2, *op. cit.*, pág. 504.

En la primavera de 1941, en la región de París existen 29 establecimientos para la tropa y 3 para los oficiales.[54] En ellos no hay ni judías ni negras; el uso del preservativo es obligatorio; estas señoritas han de cumplir unas normas de higiene muy estrictas, a las que se suma un riguroso control médico, la vigilancia de sus desplazamientos y la prohibición de dejar el burdel sin el permiso de la Kommandantur. Los soldados reciben una tarjeta en la que figura el nombre del burdel, la fecha y el nombre de pila de la chica. Les está prohibido acercarse a las nativas. En la calle, unas 5.000 o 6.000 chicas llevan una tarjeta bilingüe que las reserva para los soldados alemanes. Pero esto no evita la explosión de la prostitución no reglamentada: según las autoridades alemanas, entre 80.000 y 100.000 mujeres de París ejercen la prostitución, consecuencia de la miseria, de las separaciones, de la fuerte atracción que ejerce sobre ellas el marco alemán; y principal fuente de infección.[55]

Los franceses se toman con filosofía este comercio sexual. A lo sumo, gustan de imaginarse, siguiendo a Maupassant,[56] que las «chicas sumisas», como se las llama entonces, vengan la violación, incluso profesional, de su dignidad depositando su veneno en los uniformados. Pero las otras relaciones no gozan de la misma indulgencia. En sus *Conseils*, el pacífico Texcier solamente apela a la violencia en este punto. Si las prostitutas se venden al ocupante, es inadmisible que las «mujeres decentes» coqueteen con él. Semejante comportamiento merece un castigo que Texcier toma del adversario: «Al otro lado del Rin, esa mujer sería azotada públicamente». Efectivamente, los alemanes ya habían recurrido a este tipo de castigos. Durante la ocupación de Renania, raparon a las mujeres que se habían acostado con soldados franceses.[57] A partir de 1940, algunos sectores del partido nazi infligen ese mismo castigo a las alemanas que habían mantenido relaciones con trabajadores extranjeros.[58]

Las autoridades francesas, en cambio, no reprimen las relaciones entre soldados y nativas. Hay de todo, desde el flirteo al gran amor, pasando por las relaciones de un día. El Diario de Michèle Bood muestra a una joven anglófila coqueteando con jóvenes soldados alemanes.[59] El Diario de Jünger pone de manifiesto que las almas gemelas se encuentran sin dificultad. El 1 de mayo de 1941, Jünger tiene una aventura con una vendedora: «París ofrece la posi-

54. Franz Seidler, *Prostitution, Homosexualität, Selbstverstümmelung: Probleme der deutschen Sanitätsführung 1939-1945*, Neckargemünd, Vowinkel Verlag, 1977, págs. 145 y 171.
55. *Ibid.*, págs. 156 y sigs.
56. Véase, por ejemplo, «Le lit 29», en *Boule de suif et autres histoires de guerre, op. cit.*
57. Ernst Fraenkel, *Military Occupation and the Rule of Law: Occupation Government in the Rhineland, 1918-1923*, Oxford University Press, 1944, pág. 143.
58. Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Drittes Reiches*, Berlín, Verlag Dietz, 1985, pág. 126.
59. Michèle Bood, *Les Années doubles: Journal d'une lycéenne sous l'occupation*, Laffont, 1974.

bilidad de relaciones como éstas, sin apenas tener que buscarlas».[60] Después conoce a una modista que lo invita a casa el día de su cumpleaños; luego se lía con una doctora, antes de suceder a un mayor de la Luftwaffe como amante de Florence Gould.

Algunas mujeres conocidas toman como amantes a oficiales alemanes. Es el caso de Arletty o de Coco Chanel, cuya conducta responde a una serie de motivaciones: una vida sentimental cosmopolita y atormentada, unas tendencias políticas marcadas por el *shock* de 1936, un resentimiento interesado que le lleva a tratar de recuperar una firma de perfumes cedida a la competencia judía antes de la guerra.[61] Pero la mayoría de estas mujeres proceden de medios modestos y suelen trabajar para los alemanes.[62] Criadas, costureras, camareras, enfermeras, y en ocasiones oficinistas, son cortejadas por soldados y oficiales. Algunas de ellas caen en la tentación y se dejan seducir. Las mujeres que trabajan en contacto directo con el público también están expuestas a este cortejo. Gran parte del millar de señoritas de Correos y Telégrafos (PTT), generalmente jóvenes auxiliares, se vieron afectadas por la depuración de la administración que tuvo lugar después de la liberación, acusadas de haber mantenido relaciones con soldados alemanes.[63] En *Hiroshima mon amour*, Marguerite Duras describe muy detalladamente una relación surgida detrás de un mostrador en los últimos tiempos de la ocupación. La joven de diecisiete años que trabaja en la farmacia familiar; la madre ausente y el padre apesadumbrado que se ha echado a la bebida; la ciudad sin hombres en la que vive; harta de la guerra, su juventud «puede más que ella». Un día, un soldado alemán se acerca a la farmacia para ser curado. «Yo le vendaba la mano como me habían enseñado, con odio.» El soldado vuelve, ella lo cura de nuevo. «Yo no apartaba los ojos de él, como me habían enseñado.» El soldado la asedia, ella acaba cediendo («Fui suya al anochecer, dichosa y avergonzada»). Pensando que a la gente no le preocupa su relación, se vuelven imprudentes. Después de la liberación, a él le quitan la vida, a ella la rapan.[64]

Sería inútil buscar un motivo común a todos estos amores, fugitivos o duraderos. La soledad de las mujeres de prisioneros o de las mujeres separadas,

60. Jünger, *Premier Journal parisien*, vol. II, *op. cit.*, pág. 22 (1 de mayo de 1941).

61. Véase Edmonde Charles-Roux, *L'Irrégulière ou mon itinéraire Chanel*, Grasset, 1974.

62. Pierre Gounand, *Carrefour de guerre: Dijon 1940-1944*, Besanzón, Éditions Franc-Albert, 1990, pág. 294; Paul Jankowski, *Communism and Collaboration: Simon Sabiani and Politics in Marseille, 1919-1944*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1989, pág. 132.

63. François Rouquet, *Une administration française face à la Seconde Guerre mondiale: les PTT*, Toulouse-Le-Mirail, vol. III, págs. 118 y sigs. (del mismo autor, *L'Épuration dans l'administration française*, CNRS, 1993).

64. Marguerite Duras, *Hiroshima mon amour*, Gallimard, «Folio», 1991, apéndices, págs. 125 y sigs. (trad. cast.: *Hiroshima mon amour*, Barcelona, Seix Barral, 1997).

la búsqueda de enchufes y de favores en medio de una situación material difícil, la necesidad de protección y a veces el gusto por la aventura, el resentimiento o el deseo de venganza, son algunas de las causas que reflejan la precaria situación en la que se encuentran muchas francesas, como lo demuestra el hecho de que, entre 1938 y 1944, se triplica el número de mujeres arrestadas en el Sena.[65] De vez en cuando, también existe una motivación política. Éste es el caso de una joven del departamento de Gard, nacida en 1924, que vive con sus padres en el campo y que da la bienvenida a los soldados alemanes tras la invasión de la zona libre. Su insensatez es agravada por los insultos que profiere contra sus compatriotas: «Los alemanes son valientes, los franceses sois unos cobardes, os van a dar una lección». En agosto de 1943, probablemente a causa del ostracismo social, decide marcharse a trabajar a Alemania, una decisión que tomaron muchas mujeres que se hallaban en la misma situación. El día antes de marcharse, un primo y cuatro camaradas suyos la rapan.[66]

Es muy difícil determinar la magnitud del fenómeno. La depuración judicial y profesional, que fue más intensa en los departamentos rurales, afectó a unas 10.000 o 20.000 mujeres.[67] En el campo, donde todo se sabe, la gente no olvidó. En la ciudad, en cambio, la mayor parte de las relaciones, sobre todo las que tuvieron lugar durante el primer período de la ocupación y las simples aventuras, no dejaron ningún recuerdo. Al menos varias decenas de miles de francesas mantuvieron relaciones con el ocupante.

Tampoco se conoce con mucha exactitud los frutos de esos amores, pese a la investigación que las SS encargaron a la Propaganda-Abteilung en 1942.[68] El servicio de propaganda sólo pudo hacer una valoración aproximada. Así, el número de niños nacidos de estas relaciones es de unos 3.000 o 4.000 en la región de Ruán. Allí se abrió una guardería para ayudar a las madres: algunas de ellas eran esposas de prisioneros, pero la mayoría eran novias de soldados alemanes que deseaban instalarse en el Reich después de la guerra. Según el informe alemán, en Francia habría habido entre 50.000 y 75.000 nacimientos de este tipo.[69]

Cuando se les exigió responsabilidades, algunas mujeres alegaron que sus amantes estaban en contra del nazismo, o que eran de origen austriaco. Ellas no se habían ligado a un régimen o a un sistema de ocupación, sino a hombres

65. Henri Michel, *Paris allemand*, Albin Michel, 1981, págs. 287-288.

66. AD Gard, *3 U* 7 314, dr. M.-L. R.

67. Marcel Baudot, «L'épuration: bilan chiffré», *Bulletin de l'Institut d'histoire du temps présent*, nº 25, septiembre de 1986, pág. 50.

68. Albath a Oberg, 4 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.206.

69. «Monatsbericht der Staffel für Dezember und Besprechung zwischen Herrn Oberstleutnant Schmidtke und Staffelführer Leutnant Knöbel am 15.1.43», AD Bourges, Prop. Staffel/2.

cuya situación no era muy distinta de la de los mismos ocupados. Otras mujeres reivindicaron su derecho a enamorarse y a entregar su cuerpo libremente. Y hubo hasta quien manifestó abiertamente que sólo había buscado en ellos una ayuda contra los malos tiempos, encontrándose muchas veces con hombres que, como ellas, sólo pensaban en sobrevivir —la *entente cordiale* de la pobre gente que tanto escandalizaba al republicano Maupassant—. Pero los amores con el ocupante son siempre sospechosos de querer rodearse del poder de este último. Significan protección y ventajas, equivalen a la voluntad de substraerse al destino común. Un comportamiento que obedece, en el fondo, a la debilidad del sentimiento nacional entre las mujeres y a su relativo desinterés por la política, consecuencia de la falta de derechos civiles.

La última forma de relación con el ocupante, indirecta y anónima, es la delación. Y la forma más reprobada, puesto que consiste en utilizar al ocupante para vengarse de los compatriotas. Sin duda, un fenómeno típico de las épocas de convulsión, y la liberación no fue una excepción. Pero en este caso las denuncias se dirigen a las autoridades de un Estado de derecho, y la víctima goza de las correspondientes garantías. En cambio, bajo la ocupación, la denuncia tiene enormes consecuencias. Aunque sea infundada, conduce al arresto, a un interrogatorio cuando menos desagradable, comporta el riesgo de convertirse en rehén o de ser deportado. El resultado está asegurado si el denunciado se halla en una situación irregular.

Se desconoce la magnitud exacta del fenómeno, pero su realidad es innegable. Algunos franceses se limitan, por decirlo así, a presentar sus denuncias ante la administración, la policía u organismos antisemitas.[70] Otros acuden directamente al ocupante, como lamentan muchos prefectos. En el otoño de 1941, uno de ellos habla de la existencia de montañas de cartas y añade que, según las autoridades alemanas, «la práctica totalidad de las denuncias por las que los tribunales alemanes han sancionado a franceses, han sido puestas por otros franceses».[71] La denuncia no debe hacer olvidar la amenaza de denunciar, práctica todavía más habitual, que tiene lugar entre vecinos o en el ámbito laboral con el objetivo de inquietar o de intimidar, una amenaza que a veces se cumple. El 9 de febrero de 1942, estalla una huelga en unas fábricas de Gentilly: la dirección amenaza con denunciar a los huelguistas ante las «policías

70. Véase André Halimi, *La Délation sous l'Occupation*, Alain Moreau, 1983, que versa sobre la denuncia de los judíos.

71. AD Rennes, *43 W* 1, informe del prefecto de Côtes-du-Nord, septiembre de 1941.

francesa y alemana». Al día siguiente, varios obreros son detenidos, 9 de ellos son deportados a Alemania.[72]

La delación suele deberse a algún interés: la obtención de una prima, la voluntad de zanjar un litigio sobre una herencia o de apropiarse de algún bien. Pero sobre todo la venganza: como en los crímenes de sangre, detrás hay un conflicto entre familiares o amigos, una pelea entre marido y mujer, un vecino al que se odia o cierta rivalidad. El *Berry républicain* proporciona algunos ejemplos ilustrativos. Un peón de 43 años es denunciado por la joven a la que acosa y sale del apuro denunciando a su propio sobrino, al que acusa de ocultar armas (7 de febrero de 1945). Una taquimecanógrafa de 19 años denuncia a su novio, pues éste viene de permiso a Francia, no regresa a Alemania y además la deja (21 de diciembre de 1944). Dos obreros que han sido despedidos por su patrón, lo denuncian por hablar mal de los alemanes (24 de diciembre de 1944). La encargada de un café, amante de un alemán, denuncia a su marido (8 de febrero de 1945). Un joven al que el padre reprende a causa de sus amistades, denuncia a su progenitor, al que acusa de haber escondido su fusil; el padre es deportado, él se marcha a trabajar a Alemania (22 de febrero de 1945).

Mientras que las mujeres son minoría en la cifra total de las personas afectadas por la depuración, son ellas las que protagonizan la mayoría de las denuncias. En Finistère, 54 de las 77 denuncias juzgadas por los tribunales han sido puestas por mujeres. En el departamento de Eure, también son ellas las que han puesto la mayor parte de las 63 denuncias de carácter político, como la denuncia de paracaidistas aliados y de miembros de la resistencia.[73] La delación es el arma de los débiles, y las mujeres que denuncian lo son doblemente: por ser mujeres y por pertenecer a las capas sociales más desfavorecidas. En las profesiones liberales, son muy pocos los hombres y las mujeres implicados en estos asuntos.[74] En realidad, la delación es el arma de los débiles que no resisten a la tentación de beneficiarse de la fuerza de un poder de excepción.

72. Annie Lacroix-Riz, «Les relations sociales dans les entreprises», en Peschanski y Robert (comp.), *Les Ouvriers en France pendant la Seconde Guerre mondiale*, *op. cit.*, págs. 225-226.

73. «Dossier Baudot» sobre la represión, IHTP; Julien Papp, *La Collaboration dans l'Eure 1940-1944*, Éditions Tirésias Michel Reynaud, 1993, pág. 181.

74. Véase la composición social en Marcel Ruby, *La Résistance à Lyon*, Lyon, L'Hermès, 1979, 2 vols.; y Jean Goueffon, «La cour de justice d'Orléans», RHDGM, nº 130, abril de 1983, pág. 59.

Capítulo 14

Iglesia y asociaciones

Al igual que los individuos, las asociaciones también han de adaptarse. Toda organización quiere perdurar, su voluntad es persistir y tener efectos, consolidarse y desarrollarse. ¿Habría que renunciar a ello a causa de la ocupación? Pero el mantenimiento de unas posiciones, la defensa de unos intereses y, con mayor razón, el logro de unos objetivos, es algo difícil de conciliar con la indiferencia ante el ocupante prescrita a los individuos. Aunque sigue estando vigente, este código de dignidad se hace flexible y se convierte en una política, la política de la presencia, o dicho de otra forma: la adaptación. Hay que subrayar que el hecho institucional impulsa a la adaptación, frena la divergencia y limita los riesgos, incluso cuando no existe ninguna connivencia ideológica.

Hay asociaciones que, aunque carecen de grandes pretensiones, no pueden ignorar al ocupante, pues éste lleva a cabo una activa política de presión y de intervención. Es el caso de la embajada. A la «disciplina» impuesta por el MBF, la embajada añade sus métodos de influencia y de manipulación con vistas a lograr su principal cometido: dividir a los franceses, presionar a Vichy, preparar el camino del sometimiento voluntario. Y para ello cuenta con el instrumento idóneo: la ordenanza del MBF del 28 de agosto de 1940, que prohíbe las asociaciones, salvo cuando éstas gozan de su autorización. El ocupante, que evidentemente puede hacer daño, también pone de manifiesto, sobre todo a través de Abetz, su deseo de atraer y de seducir, apostando por una convergencia de intereses. Aquellas asociaciones que se dejan seducir, se ven inmersas en una relación triangular cuyo tercer vértice es el Estado francés.

Paradójicamente, con quien primero negocia el ocupante es con uno de sus peores «enemigos ideológicos». Después de la derrota, el Partido Comunista francés queda profundamente debilitado por el encarcelamiento de muchos de sus militantes, el exilio y la derrota lo han desmembrado, la mayoría de sus afiliados han desertado de él. Pero todavía le quedan algunos dirigentes, su relación con Moscú, donde se ha refugiado Thorez, una doctrina y una identi-

dad. Lo suficiente para negociar la legalización de *L'Humanité*, que sigue publicándose clandestinamente. La primera reunión con la Propaganda-Abteilung, el 18 de junio, no puede tener lugar: la policía francesa detiene a los delegados. El tema vuelve a cobrar actualidad con la intervención de Abetz, deseoso de ganarse a la opinión. Es precisamente con este fin con el que acaba de crear *La France au travail*, que denuncia a Vichy, al capitalismo, a los judíos y a los responsables de la guerra. El 22 de junio, Abetz se dirige por escrito al MBF y lamenta que la censura haya permitido publicar la noticia de las detenciones. En su opinión, nadie debería saber que el ocupante aprueba la represión anticomunista de la policía francesa; si se permite que esto salga a la luz, también habría que dar a conocer la detención de patronos con comportamiento «antisocial».[1]

El 25 de junio, la jefatura de policía recibe la orden de soltar a los detenidos, así como a varias decenas de camaradas suyos. Las negociaciones se trasladan ahora a la embajada, donde se celebran tres reuniones entre el 26 de junio y el 13 de julio. En ellas participan dos miembros del Comité Central, Maurice Tréand y el diputado Jean Catelas, dirigidos a distancia por Duclos. Los comunistas explican que su periódico quiere hacer una política de reconstrucción, de denuncia de los responsables de la guerra y del imperialismo británico, en una palabra, una política de «pacificación europea».[2] Como Abetz les dice que no es posible legalizar *L'Humanité*, ellos proponen la legalización de *Ce Soir*.

El 7 de julio, Abetz dirige un memorándum al MBF solicitando la aprobación de su política. En él, el embajador pone las cartas boca arriba. En lugar de combatir el «peligro comunista» deteniendo a unos cuantos agitadores, hay que ser más hábil: hay que contactar con los dirigentes e intentar utilizarlos para lograr que los obreros colaboren en la reactivación de la economía; y para ello, hay que permitirles publicar un periódico. Los comunistas con los que él se ha entrevistado están dispuestos a detener la publicación clandestina de *L'Humanité*, a someter el nuevo periódico a la censura y a comulgar con *La France au travail* en las cuestiones políticas importantes. Naturalmente, lo que ellos quieren es aprovechar la línea apolítica, antiplutocrática y antibritánica del periódico para introducir subrepticiamente su doctrina. Pero cualquiera que preste atención se dará cuenta de ello, de forma que, gracias a este periódico «querido por ellos», concluye Abetz, los alemanes podrán influir en la clase obrera.[3]

1. Abetz a Speidel, 22 de junio de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.313.

2. Texto del 26 de junio de 1940, en Denis Peschanski, «La demande de parution légale de *L'Humanité* (17 juin 1940-27 août 1940)», *Le Mouvement social*, nº 113, octubre-diciembre de 1980, págs. 88-89.

3. «Aufzeichnung über die französische kommunistische Partei», 7 de julio de 1940, *AJ 40* 888, dr. 12.

La propuesta de Abetz no es bien recibida por los militares, ni en Berlín ni en París. Hitler, a quien intenta persuadir a comienzos de agosto, tampoco está a favor. Acepta no tomar medidas inmediatamente, pues los comunistas contribuyen a dividir a los franceses, pero exige poder hacerlo en cualquier momento.[4] Al cabo de un mes, Abetz regresa y comunica la mala noticia a los delegados del PCF. Para no romper su línea de actuación, propone reorganizar *La France au travail* y admitir a periodistas comunistas. Pero la otra parte se niega a seguir negociando. La intervención de Abetz había dado una dimensión al asunto que los militares jamás hubiesen permitido. El embajador no conocía bien a sus interlocutores, probablemente porque había supervalorado la convergencia, ciertamente real, entre su política y la de ellos: la crítica de Vichy, la denuncia de la guerra, los ataques contra Inglaterra, contra De Gaulle y «los demás agentes de las finanzas inglesas» que «querrían someter a los franceses a la City», según los términos empleados por *L'Humanité* en la clandestinidad.

Del lado comunista, como documentan los archivos soviéticos,[5] la orden de romper la negociación vino de Moscú; en el ínterin, diferencias de puntos de vista complicadas por los tiempos de espera. La reaparición del periódico formaba parte de una estrategia más amplia de retorno a la escena política y de reconstrucción del aparato del partido, mediante la liberación de los militantes encarcelados y su reincorporación a los municipios, los sindicatos y las asociaciones. Para ello era imprescindible contar con el apoyo del ocupante. En vista del pacto germanosoviético, este apoyo no era algo imposible. Ésta era al menos la esperanza de los comunistas, que empezaron a llamar a todas las puertas. Basta con dos ejemplos: los ferroviarios solicitan a Abetz «audiencia ante las autoridades alemanas» con el fin de que éstas les permitan reanudar la actividad del sindicato y recuperar sus locales;[6] con esta misma intención, los líderes parisinos de los Amigos de la Unión Soviética se dirigen al «señor gobernador militar», sin olvidar expresarle el «profundo respeto» que le profesan.[7]

La estrategia de retorno a la escena política, sin desmovilización del aparato ilegal, dejaba a Duclos un margen de interpretación. Y era natural que se sirviese de él. Ahora, tras la dura represión infligida por la República, que Vichy ardía en deseos de prolongar, la situación parecía más bien favorable. El partido podía aprovechar el vacío político engendrado por la derrota, hacer valer su lucha contra la guerra, presentarse como el defensor de una población

4. Nota de Best del 19 de agosto de 1940, CDJC, XXIV, 1 a.

5. Stéphane Courtois, «Un été 1940. Les négociations entre le PCF et l'occupant allemand à la lumière des archives de l'Internationale communiste», *Communisme*, nº 32, 33 y 34, 4º trimestre de 1992, 1º y 2º trimestre de 1993, págs. 85-128.

6. Carta del 26 de julio de 1940, AN, *AJ 40* 888, dr. 12.

7. Carta del 7 de agosto de 1940, AN, *AJ 40* 890, dr. 2.

profundamente afectada por la desorganización de la economía. Y todo esto al descubierto, gracias a la protección de un ocupante que intentaba debilitar el gobierno francés. En Moscú, en cambio, las negociaciones con Abetz causan gran preocupación, especialmente en Thorez, que teme una alianza. Ciertamente, la meta era lograr volver a la escena política, pero sin sacrificar la identidad del partido y sin parecer haberse aliado con el ocupante. Metido de lleno en el asunto, Duclos veía las cosas de otro modo, aunque siempre se mantuvo en guardia. Una vez iniciada la negociación, parecía difícil no esperar la respuesta de Abetz, que no llegó hasta el 22 de agosto. En ese momento, Moscú ya había ordenado el cese de los contactos.

La actuación comunista del verano de 1940 es inseparable de una política que hace uso de todos los medios a su disposición, sean éstos legales o ilegales, y de una mentalidad de obstinada lucha por el poder. La derrota de Francia y el pacto germanosoviético abren la perspectiva, considerada como algo positivo tanto en Moscú como en París, de reforzar el partido, de dotarlo de la capacidad de influir, cuando no de imponerse, y quizá hasta de negociar la paz. ¿Acaso Lenin no había concedido a Alemania importantes territorios en 1918 para lograr la supervivencia de su régimen? Política de adaptación, ciertamente, pero siempre vigilante y lejos de toda connivencia ideológica, a diferencia de las otras formas de adaptación, y que se sirve de un recurso atípico, un aparato clandestino que desarma la lógica de defensa institucional. Concluido el episodio, el PCF sigue su camino en solitario y se convierte en el blanco de una represión general, pues a partir de octubre de 1940 los alemanes no interfieren en la acción de la policía francesa. En junio de 1941, el ataque contra la URSS hace que el PCF tome el derrotero de la lucha armada contra el ocupante.

Los alemanes como protección contra Vichy: los comunistas no son los únicos que intentan ampararse en ellos. También lo hacen algunas asociaciones de antiguos combatientes, después de que Pétain las fusionase en el seno de la nueva Legión Francesa de Combatientes. Esta decisión no contentó demasiado a algunos dirigentes, que veían amenazada su posición y que además estaban decepcionados con la política del nuevo régimen. Por su parte, Abetz tampoco está a favor de un organismo con presencia en las dos zonas y que pueda servir de enlace a Vichy. Así, logra que el MBF prohíba la implantación de la legión en la zona ocupada y que autorice el funcionamiento de cuatro asociaciones.[8]

8. Estas organizaciones eran la Unión Federal de Asociaciones Francesas de Antiguos Combatientes, la Unión Nacional de Combatientes, la Unión Nacional de Mutilados, Inválidos y Antiguos Combatientes y el Comité de Inválidos de Guerra (véase «Dossier UF Randoux», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.302).

Su actuación no gusta a Pétain, que comprende inmediatamente la verdadera intención de los alemanes (un «*statu quo* ventajoso para ellos») y se enfurece con los dirigentes de dichas asociaciones («En el plano gubernamental, no puedo permitir que negociaciones privadas pongan en cuestión mi autoridad»).[9] Estos dirigentes prefirieron la protección del ocupante a la fusión impuesta por su gobierno. Como Vichy bloqueó los fondos de las viejas asociaciones, éstas no tuvieron más remedio que aceptar el dinero alemán para reanudar sus actividades y volver a sacar a la luz sus publicaciones.[10] Pero Abetz se dio cuenta inmediatamente de que estos aliados no eran demasiado útiles: un número elevadísimo de efectivos (1.500.000 en la zona ocupada), pero sin apenas cohesión interna, según sus propias palabras.[11] Era su forma de nombrar el pétainismo de este sector y su manera de distanciarse de una acción política directa contra Pétain. Cuando se hizo pública la adhesión de Rivollet a la Unión Nacional Popular (RNP) de Déat, en el seno de su asociación se alzaron voces de protesta, por lo que este dirigente se vio obligado a declarar que había tomado esta decisión a título personal.[12] Para Abetz, la única ventaja de todo esto era que impedía una unificación de las asociaciones bajo la égida de Vichy.

Idéntico proceder, y prácticamente idéntico resultado, en el caso de los sindicatos. Buscando elementos capaces de contrapesar el nuevo régimen, Abetz no puede por menos de interesarse por las asociaciones de trabajadores, mientras que la intención de Vichy es disolver sus confederaciones y crear una organización a su conveniencia, que no llegará hasta el otoño de 1941 con la promulgación de la Carta del Trabajo. Una vez más, el embajador presiona a los militares reacios: hay que autorizar los sindicatos antes de que Pétain proceda a la creación, según él inminente, de una organización única. De este modo, Abetz intenta dar la imagen de una Alemania nazi erigida en defensora de los trabajadores. A través de los sindicatos, argumenta el embajador, será posible remediar las restricciones económicas que padecen los obreros con compensaciones sociales: un seguro de invierno, guarderías infantiles, formas de ocio; la confiscación de los bienes de los judíos y de los responsables de la guerra permitirá financiar todos estos gastos.[13]

9. Pétain, «Note pour Monsieur le Secrétaire général aux Anciens Combatants», 8 de diciembre de 1940, AN, *F 41* 266.

10. Declaraciones de Schleier, nota de la Dirección de los Servicios de Documentación, 30 de julio de 1945, AN, *Z 6* 417.

11. «Besprechung in der Deutschen Botschaft am 7. Januar 1941», AN, *AJ 40* 551, dr. 3.

12. Circular de Rivollet del 24 de marzo de 1941, AN, *Z 6* 417.

13. Abetz, «Vorschlag zu einer Neuordnung des Gewerkschaftswesen und zu sozialistischen Massnahmen im besetzten Frankreich», 26 de septiembre de 1940, PA-AA, *Handakten Etzdorft* 20.

Las autoridades militares temen que esto pueda afectar a la política de colaboración y, sobre todo, que los sindicatos se conviertan en una fuerza política imposible de controlar.[14] En diciembre de 1940, tras un extenso debate, los militares acaban decidiéndose a favor de la autorización, excepto en el caso de los sindicatos de funcionarios, para así evitar un enfrentamiento con Vichy, que los ha prohibido. Los sindicatos deberán comprometerse a defender únicamente los intereses sociales y profesionales de sus miembros. Diecisiete federaciones de la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos (CFTC) y 25 de la Confederación General del Trabajo (CGT), más 3 sindicatos independientes, solicitan y obtienen su legalización.[15]

Como en el caso de los antiguos combatientes, Abetz logra evitar la creación de una organización única controlada por Vichy. Pero no mucho más. Según sus planes, los sindicatos autorizados, a los que habría que reagrupar y después fusionar bajo el liderazgo de hombres de confianza, debían dirigir a una clase obrera desorientada y conducirla por el camino de la colaboración, facilitando al mismo tiempo el reclutamiento de trabajadores voluntarios para Alemania.[16] Pero las familias sindicales (CGT, cristianos, sindicatos profesionales, etc) se niegan a renunciar a su identidad, con lo que abortan todo intento de integración, que fracasa incluso en el caso de las federaciones de la ex CGT, divididas entre partidarios y detractores de la presencia de Belin en el gobierno.[17] Por otra parte, la tendencia colaboracionista es muy minoritaria. La decisión de sus jefes de fila de crear un Centro de Propaganda Sindical, que pasaría a depender inmediatamente del RNP, significó la escisión definitiva. Finalmente, los sindicatos carecen de fuerza: según los alemanes, en la primavera de 1941 cuentan con unos 400.000 afiliados en la zona ocupada.[18] Los obreros dan la espalda a organizaciones a las que la prohibición de las huelgas y la congelación de los salarios privan de toda eficacia.

A diferencia de los dirigentes de las asociaciones de antiguos combatientes, los sindicalistas, en la medida en que solicitan la autorización de los sindicatos, siguen dependiendo de la decisión de Vichy, que todavía no ha renunciado a sus planes. Además, Belin desempeña un papel importante en estos procesos de legalización a través de Froideval, su jefe de gabinete. Belin quiere con-

14. Véase la correspondencia Abetz-Best en noviembre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.315.
15. Lista en 75.646, *Mfm IHTP* 61.
16. Abetz a AA, 14 de enero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.315.
17. Véase «Gewerkschaften» en AN, *AJ 40* 551, dr. MBF II V pol 21.
18. Schleier, «Französische Gewerkschaftswesen», 23 de abril de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.315; en 1943, un sindicalista calcula que entre 100.000 y 200.000 obreros están sindicados («Notes pour une doctrine du FST», *Informations ouvrières et syndicales*, 18 de marzo de 1943).

servar su influencia sobre sus colegas, no está dispuesto a que los obreros de la zona ocupada se aproximen al comunismo, y probablemente desea situar en los sindicatos a hombres partidarios de su concepción sindicalista de la organización profesional, cuestionada por el ala corporativista del régimen. Por lo que respecta a los dirigentes sindicales, las motivaciones sólo coinciden parcialmente. Todos optan por mantener su presencia con el objetivo de conservar sus puestos y posiciones, todos hacen uso del margen de maniobra frente a Vichy que les ofrece la tolerancia del ocupante. Ninguno de ellos quiere dejar vía libre a los comunistas, a quienes han combatido ferozmente en el pasado, especialmente los sindicatos de la ex CGT, cuyos dirigentes aprovecharon la represión de «la drôle de guerre» para recuperar las posiciones perdidas después de 1936 y para proceder a un ajuste de cuentas.

Por otra parte, se produce la escisión entre la minoría colaboracionista y la minoría que opta por la resistencia. Esta última se forma en noviembre de 1940, su «Manifiesto del sindicalismo francés» constituye una apuesta por los valores de la democracia y de la libertad sindical; manifiesto difundido a través de una circular y del que el ocupante hace caso omiso con la intención de debilitar a Vichy. Entre estas dos minorías, un conjunto de posiciones sin duda poco favorables a una victoria alemana, pero deseosas de encontrar un lugar en el nuevo orden profesional, hasta el punto de que expresan su apoyo a Laval. Con ocasión del 1 de mayo de 1942, los dirigentes de 18 federaciones de la ex CGT defienden públicamente la unión de los pueblos, condenan los atentados y apelan a «una Europa nueva y pacificada» en la que se respete «el honor y los intereses vitales de Francia».[19]

La política de Abetz ejercía una poderosa atracción. En febrero de 1941, André Delmas, el secretario general del Sindicato Nacional de Maestros, disuelto por Vichy, solicita permiso para instalarse en la zona ocupada.[20] Inicialmente, su demanda es acogida favorablemente por los ocupantes, contrarios al clericalismo de Vichy e interesados por ganarse las simpatías de los maestros; pero después, los alemanes la desestiman, pues quieren evitar una posible tensión con el régimen. Delmas, que se muestra discreto en público, pero que en privado manifiesta «cierta simpatía por Alemania y por la colaboración»,[21] sigue interesando a la embajada. En el otoño de 1941, ésta consigue que Vichy le haga un sitio en los sindicatos de profesores que hay que crear. Delmas considera a los alemanes como unos protectores y unos compañeros que

19. *L'Atelier*, 9 de mayo de 1942, pág. 3.

20. Delmas a Grosse, 25 de febrero de 1941, AN, *AJ 40* 551, dr. MBF II V pol 21. Véase la misma documentación en relación con el caso Delmas.

21. «Berufsverbände der Hochschullehrer», nota en la que Dahnke recoge una información de Grosse, *ibid.*

podrían reorientar la política francesa, antes de retirarse prudentemente en el año 1942.

A diferencia de los comunistas, de los antiguos combatientes y de los sindicatos, la Iglesia católica no busca la protección del ocupante: defiende sus intereses de una forma que la vuelve complaciente. Poder social y espiritual, si no político, la Iglesia católica recela del nazismo, pero también está vinculada al nuevo régimen francés de forma mucho más fuerte de lo que exige su tradición de obediencia al poder establecido. Es cierto que la política de este régimen supera todas las expectativas: una orientación escolar que vuelve a colocar a Dios en las clases y que subvenciona los centros privados; fomento de la familia y restauración de las costumbres, medidas que satisfacen viejas aspiraciones; finalmente, una ideología autoritaria que corre un tupido velo sobre los errores del período anterior a la guerra (como declara en febrero de 1941 el obispo de Dax: «Para nosotros, el año maldito no ha sido el año de nuestra derrota exterior, sino el año de nuestra derrota interior, aquel año de 1936»).[22] La Iglesia encuentra en la nueva Francia sus propios principios: la autoridad, la jerarquía, los pastores y el rebaño. Aliándose con el nuevo régimen, hace lo mismo que las Iglesias de Italia y Alemania, acepta la dictadura a poco que prometa salvaguardar sus derechos y libertades; aceptación no desprovista de ilusiones, basada en el reconocimiento de unos enemigos comunes, en la realidad de convergencias parciales, en la firme esperanza de restablecer una sociedad cristiana.

En la Francia derrotada, la Iglesia va viento en popa, al menos al principio. Las fuerzas sociales y políticas adversas han desaparecido, y con ellas una molesta competencia. Los católicos están en el gobierno y tienen un papel importante en las nuevas instituciones, especialmente en las organizaciones sociales y caritativas. En la base, una oleada de religiosidad hace que se llenen las iglesias. Son muchos los padres que buscan centros privados para la educación de sus hijos: entre 1939 y 1944, la proporción de escolares matriculados en centros privados aumenta del 17,7 al 22,6 %, y en la enseñanza secundaria del 40 al 53 % (cifras válidas para 1939 y 1942).[23] Finalmente, las asociaciones juveniles se multiplican: en 1941, de los 2,5 millones de jóvenes organizados, 2,3 millones pertenecen a algún movimiento juvenil.[24] Pero este éxito está acom-

22. Claude Langlois, «Le régime de Vichy et le clergé d'après les Semaines religieuses des diocèses de la zone libre», *Revue française de science politique*, vol. XXII, nº 4, agosto de 1972, pág. 762.
23. Wilfred D. Halls, *Les Jeunes et la Politique de Vichy*, Syros, 1988, pág. 108 y pág. 440, n. 9.
24. «Rapport sur la situation présente de la jeunesse et sur les conditions de son organisation et de son éducation» (finales de 1941), AN, *F1a* 3.687.

pañado de cierta preocupación, especialmente durante la era Darlan, que se hace manifiesta cuando se pone freno a las subvenciones escolares y, sobre todo, desde que empieza a hablarse de una juventud única. En el verano de 1941, los obispos hablan del respeto debido al poder legítimo, añadiendo «sin vasallaje». En septiembre, prohíben a los clérigos ocupar puestos de dirección en la Legión Francesa de Combatientes.[25] La Iglesia no es sorda a la opinión y se esfuerza por desmarcarse del régimen.[26] Pero la adhesión a Pétain, el hombre providencial, sigue siendo sólida, de una solidez a prueba de bombas.

Respecto a la colaboración, la Iglesia es muy discreta, nunca aprueba abierta y públicamente la política del gobierno. Son contados los prelados que le dan su apoyo después de Montoire: el obispo de Arras, el de Verdún, y sobre todo el viejo cardenal Baudrillart, que al año siguiente bendecirá la lucha contra el comunismo. En su opinión, la colaboración «se ajusta a la realidad presente». Promete un futuro para el país. De fracasar, sería muy difícil no «caer en calamidades todavía peores que aquellas de las que hasta ahora hemos sido víctimas».[27] Ninguno de estos prelados tiene palabras favorables, ni mucho menos elogiosas, para el ocupante. Su apoyo es siempre razonado y condicional: la colaboración es un mal menor, ha de aportar una paz duradera. En su discurso se traslucen continuamente consideraciones de política interior, como en el caso de ciertos profesores de las facultades católicas de Lille que arremeten contra esta falaz alternativa: «O la aceptación de la derrota con la esperanza de una renovación interior, o la victoria final, con el riesgo de prolongar los errores políticos anteriores».[28]

En parte, el silencio de los prelados se debe a reservas ampliamente compartidas, pues la Iglesia anima al patriotismo. Vichy colabora con un régimen cuya ideología ha sido condenada por el Papa y al que los obispos han atacado constantemente en sus sermones durante «la drôle de guerre». Asimismo, su

25. Jean-Paul Cointet, «L'Église catholique et le gouvernement de Vichy: Église et Légion», en Xavier de Montclos y otros (comps.), *Églises et Chrétiens dans la IIe Guerre mondiale*, vol. II, *La France*, Presses Universitaires de Lyon, 1982, págs. 438-439.

26. Después del verano de 1941, las publicaciones de la Iglesia ya no recogen los discursos de Pétain (Langlois, «Le régime de Vichy et le clergé...», *op. cit.*, pág. 755). Sobre la actuación de la Iglesia durante este período, véase Jacques Duquesne, *Les Catholiques français sous l'occupation*, Grasset, 1986; Renée Bédarida, «La hiérarchie catholique», y Étienne Fouilloux, «Le clergé», en Jean-Pierre Azéma y François Bédarida (comps.), *Vichy et les Français*, *op. cit.*, págs. 444-462 y 463-477.

27. Hubert Claude, «La hiérarchie catholique, le gouvernement de Vichy et l'occupant, dans la zone réservée», *Églises et Chrétiens pendant la Seconde Guerre mondiale dans le Nord-Pas-de-Calais*, 5-6 de noviembre de 1977, en *Revue du Nord*, vol. LX, nº 237, abril-junio de 1978, págs. 271-272; Pierre Barral, «Le clergé lorrain sous l'occupation», *Églises et Chrétiens dans la IIe Guerre mondiale*, vol. II, *La France*, *op. cit.*, pág. 94; Baudrillart, *Le Testament politique d'un Prince de l'Église*, Guillemot et Lamothe, 1942.

28. Hubert Claude, «La hiérarchie catholique...», *op. cit.*, págs. 272-273.

silencio se debe a la voluntad de congraciarse con la opinión y de no inmiscuirse en un ámbito que compete solamente al gobierno. Pese a todo, es difícil hablar de hostilidad del clero hacia la política de colaboración. Los partidarios de De Gaulle, como monseñor Chevrot en París, son sólo unos cuantos. Lo más común es, cuando menos, confiar en Pétain, como aconseja *La Croix* después de Montoire.[29] A decir verdad, parece difícil aprobar las decisiones internas del régimen y desaprobar su política exterior. El clero tiende a aceptar esta última en nombre del realismo o por conveniencia; una actitud favorecida por cierta convergencia ideológica con la política del ocupante. En el otoño de 1940, cuando el personal del SD de Dijon investiga 13 sedes episcopales de la región del nordeste, constata que varios obispos franceses aprueban su acción contra los francmasones, los judíos y los comunistas. Sobre todo, aprueban su acción contra los masones, los viejos enemigos de la Iglesia. El obispo de Verdún declara: «En este punto, estoy de acuerdo con ustedes y les estoy sinceramente agradecido». El obispo de Nancy, que se declara partidario de una «colaboración dirigida» —por el vencedor, naturalmente—, manifiesta «su especial gratitud a las autoridades alemanas por haber eliminado la francmasonería». El vicario general de Saint-Dié califica a Laval de buen francés, advierte del peligro comunista y dice que la política de Montoire es la mejor solución para el país: «Francia necesita en este momento una mano justa, pero firme».[30]

Así las cosas, no es de extrañar que una minoría apruebe la colaboración. Sin duda, son pocos los clérigos que frecuentan los servicios de ocupación. Así lo hacen el canónigo Tricot, del Instituto Católico de París, o el abad Renaud, párroco de Saint-Charles de Monceau, colaboracionista hasta el extremo de oponerse a Pétain e incluso al Papa, cuyas declaraciones contra los bombardeos anglosajones considera demasiado blandas; un par de bombas sobre el Vaticano, dice, lograrían despertarlo.[31] Sólo unos cuantos sacerdotes mantienen relaciones con los partidos de la colaboración, apoyan las organizaciones autonomistas (Gantois, Perrot) o escriben en la prensa parisina (el reverendo padre Gorce). Más numerosos son los que defienden la civilización cristiana contra el bolchevismo, o apoyan el endurecimiento del régimen por lealtad a Pétain, aunque no manifiesten públicamente su opinión.

29. *La Croix*, 9 de noviembre de 1940, citado por Alain Fleury, *La Croix et l'Allemagne*, Cerf, 1984, pág. 391.

30. «Bericht über die Aktion gegen die Erzbischöfe und Bischöfe im Bereich der Aussenstelle Dijon», 17 de diciembre de 1940, AN, *AJ 40* 927.

31. Sobre Tricot, véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372; y sobre Renaud, véase Von Bose, «Aufzeichnung», 19 de marzo de 1942, *Botschaft Paris* 1.299; y «Aufzeichnung», 24 de julio de 1943, *Botschaft Paris* 2.481.

Opción de una minoría, sin duda, pero que no está tan lejos del sentir de la media. Aunque el clero no aprueba abiertamente la colaboración, la apoya indirectamente cuando denuncia la adhesión a De Gaulle y la resistencia, cuando defiende la *Relève*, cuando participa en la inauguración de un instituto alemán y cuando celebra misas con ocasión del aniversario de la LVF o entierros de colaboracionistas, especialmente de milicianos. Confianza y obediencia: sin fanfarria, pero en fila, los cuadros del catolicismo siguen a Pétain.

Sin duda, todo habría sido distinto si el ocupante hubiese manifestado abiertamente su hostilidad a la Iglesia. En este punto, Abetz no tiene nada que envidiar a las SS. En octubre de 1942, afirma que, después de la guerra, la Iglesia será el principal enemigo del nazismo. Ya no habrá judíos en Europa, escribe, el comunismo habrá sido liquidado, la francmasonería aniquilada, al mismo tiempo que la influencia anglosajona. Pero quedará la Iglesia, a la que hay que empezar a combatir fomentando el anticlericalismo. Abetz precisa que evita proclamar este punto de vista, prefiriendo propagar la idea de que la Alemania nazi trata de conciliarse con la Iglesia.[32] De acuerdo con su estrategia, la actividad de las organizaciones católicas, que al principio estaba prohibida, es tolerada en la zona ocupada.

Esta estrategia tiene sus efectos en determinado sector del alto clero. El órgano supremo de la Iglesia francesa es la Asamblea de Cardenales y Arzobispos, un órgano de coordinación antes que de dirección y cuya acción está cada vez más obstaculizada por la división del país. Así pues, la personalidad de los prelados no carece de importancia, especialmente en el caso de los cardenales: Gerlier en Lyon, Liénart en Lille, y en París Baudrillart y Suhard, este último encargado de asegurar las relaciones con las autoridades de ocupación.

Inmediatamente antes de la guerra, Suhard es un hombre consciente del peligro que representa el nazismo para el cristianismo, pero condena todavía más enérgicamente el comunismo y critica severamente el régimen republicano (el 20 de octubre de 1939, anota en sus Cuadernos: «Visita al general Giraud: elevada conversación sobre Francia y sobre la necesidad de devolver al país el sentido del orden, el espíritu de sacrificio»).[33] Obsesionado con la falta de religiosidad de la población, da la bienvenida a un régimen cuya misión es volver a cristianizar el país. No obstante, procura no implicarse en exceso, negándose a formar parte del Congreso Nacional en febrero de 1941. Una «actitud de independencia leal», argumenta, sirve mejor al gobierno,

32. Abetz a AA, 12 de octubre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.481. Véase también Hans Umbreit, «Les services d'occupation allemands et les Églises chrétiennes en France», *Églises et Chrétiens pendant la Seconde Guerre mondiale dans le Nord-Pas-de-Calais*, 5-6 de noviembre de 1977, en *Revue du Nord*, vol. LX, n° 237, abril-junio de 1978, págs. 299-309.

33. Jean Vinatier, *Le Cardinal Suhard*, Le Centurion, 1983, pág. 121.

pues permite que el clero difunda un espíritu de obediencia sin dar la impresión de acatar sus órdenes. Además, esta actitud «ha demostrado ser de gran ayuda en las relaciones de Francia con las autoridades de ocupación. Los alemanes, en efecto, han manifestado un profundo respeto por el comportamiento del cardenal Suhard y del conjunto del clero francés [...]. Algún día, este clima de cordialidad podría ser de gran provecho para el desarrollo de las negociaciones». El final de este documento revela la verdadera identidad de todo un príncipe de la Iglesia: «No obstante, si el mariscal ordena, el cardenal de Francia, recordando que es francés, acatará su orden».[34]

Habrá quedado claro el segundo argumento: cierta distancia con Vichy facilita las relaciones con el ocupante. El prelado considera muy positivo su papel y la actitud de los alemanes, a los que intenta ofrecer su mejor cara. El 12 de diciembre de 1940, asegura a Abetz que el clero está totalmente dispuesto a poner su influencia al servicio de la colaboración, añadiendo que entre la Iglesia y el nazismo hay unas coincidencias que hacen posible un compromiso.[35] En el otoño de 1943, el prelado repite esta misma idea: el conflicto entre la Iglesia alemana y el régimen nazi sólo concierne a la delimitación de los órdenes espiritual y temporal, mientras que el comunismo representa la «negación radical de todas las fuerzas espirituales».[36] Evidentemente, el anticomunismo era el principal punto de coincidencia. En julio de 1941, según fuentes alemanas, Suhard y Baudrillart propusieron a sus colegas, sin éxito, seguir el ejemplo de la Iglesia alemana y aprobar públicamente la guerra contra la URSS.[37] El 27 de agosto de 1942, Suhard pronuncia las palabras sacramentales en una misa solemne celebrada en Notre-Dame en memoria de los LVF caídos en el este.[38]

El cardenal difícilmente podía estar en contra de la colaboración, pues no sólo consideraba posible un acuerdo entre ambos países, sino también entre la Iglesia y el nazismo. En noviembre de 1941, monseñor Beaussart, su mano derecha y portavoz, expresa su convicción de que «la colaboración es la única vía razonable para Francia y para la Iglesia». Beaussart representa al cardenal en la recepción que la embajada ofrece en honor de Göring el 2 de diciembre de

34. «Le Cardinal Suhard et le Conseil national», 6 de febrero de 1941, sin firma, pero de Suhard o de alguien de su círculo, *2 AG* 493, dr. CC74 17.

35. Abetz a AA, 13 de diciembre de 1940 y 28 de enero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372.

36. Klassen, «Aufzeichnung», 2 de diciembre de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.481.

37. Knochen a Abetz, 31 de julio de 1941, y Schleier a AA, 6 de agosto de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372.

38. AN, *F 37* 1, dr. b: el gobierno desea dar a la ceremonia «todo el esplendor compatible con las dificultades del momento». Véase Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 171 y sigs.

1941.[39] Expresando a Abetz sus mejores deseos para el año 1942, Beaussart le dice que confía en que «nuestros dos países lleguen a comprenderse mejor, condición de una completa reconciliación».[40] El prelado evita la palabra «colaboración» y hace referencia a la necesidad de una mayor comprensión por parte del vencedor, considerando posible la reconciliación con la Alemania nazi.

No todo el clero está de acuerdo con Suhard. Los alemanes captan con bastante rapidez la hostilidad del bajo clero, confirmada por otras fuentes, como esta carta escrita a Brinon a finales de 1941 por un vicario de Saint-Nicolas du Chardonnet, que manifiesta estar «horrorizado por la mentalidad de una gran parte del clero de la capital. ¡Los pobres esperan el triunfo de Inglaterra, creyendo que esto ha de traernos la salvación!».[41] En enero de 1941, Abetz distingue dos tendencias en el alto clero: la primera de ellas, liderada por Suhard, es favorable a la colaboración y procura desarrollar la actividad pastoral de la Iglesia fuera del terreno político; la segunda tendencia, encabezada por Gerlier, es contraria a Alemania y quiere convertir a la Iglesia en el pilar del Estado francés.[42] Abetz interpreta esta divergencia en la actitud de los dos prelados como un doble juego: mientras que los unos hablan de colaboración en la zona ocupada, los otros, en la zona libre, critican a Alemania. El embajador volvía a demostrar su anticlericalismo. A su juicio, Suhard y Gerlier tenían puntos de vista distintos sobre el lugar que debía ocupar la Iglesia en el nuevo régimen y sobre la forma adecuada de comportarse con el ocupante, y esta última divergencia se debía a una visión parcialmente distinta del nazismo. Pero en la práctica, el pétainismo situaba a ambos en la misma línea.

En público, el propio Suhard actúa con absoluta discreción. No intenta obtener una autorización para los movimientos católicos «porque teme comprometerse ante la opinión pública», se dice en Vichy.[43] Lo verdaderamente importante es que puedan seguir desarrollando su actividad. Así, les recomienda evitar cualquier incidente, interviniendo únicamente cuando hay algún problema. En mayo de 1941, cuando se precintan los locales de la JAC en Rennes y se detiene a dos de sus dirigentes, Suhard subraya a Abetz sus esfuerzos por mantener a la juventud católica fuera de cualquier actividad «que pueda preocupar a las autoridades de ocupación», antes de solicitarle, en un tono de amenaza velada, la supresión de esa «medida hostil a la Iglesia francesa».[44]

39. Nota de Von Thienen, 14 de noviembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372; lista de invitados a la embajada, *Botschaft Paris* 1.101 a.

40. Beaussart a Abetz, 5 de enero de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372.

41. 29 de diciembre de 1941, AN, *F 60* 1.492, dr. Chevrier.

42. Abetz a AA, 28 de enero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.372.

43. «Note pour le Ministre», sin firma, 10 de diciembre de 1941, AN, *F1a* 3.687.

44. Suhard a Abetz, 3 de mayo de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.452.

La firmeza que muestra en su defensa de los intereses de la Iglesia contrasta bastante con la tibieza de sus reacciones ante la persecución de los judíos. Tibieza compartida por la mayoría de los prelados, que han admitido el Estatuto y que, tras la gran batida de julio de 1942, callan para evitar posibles represalias contra los movimientos de Acción Católica (en la zona libre, donde no existe ese riesgo, solamente unos cuantos obispos critican, en agosto, la entrega de los judíos extranjeros). *In situ*, Suhard es el encargado de dirigirse por escrito a Pétain, manifestándole su protesta; «protesta bastante platónica», a juicio del nuncio.[45] En privado, si damos crédito a lo que comunican Laval y Bousquet a los alemanes, el cardenal se habría mostrado comprensivo con la deportación de los judíos extranjeros.[46] En este punto, la diferencia con Gerlier vuelve a ser notable. Laval, que los ve en octubre de 1942, afirma que el primero apoya su política, mientras que ha de convencer al segundo de las excelencias de su política antisemita y de la *Relève*.[47]

Entre los fieles, la actitud del alto clero provoca críticas. El 26 de mayo de 1942, Claudel envía al cardenal Gerlier una carta que debió de impresionarle: «He leído con mucho interés el relato del espléndido funeral, oficial y religioso, celebrado en honor de su eminencia el cardenal Baudrillart. Sobre el féretro del difundo había una corona enviada por las autoridades de ocupación. Tan ferviente colaborador merecía un homenaje como éste. Ese mismo día me enteraba de la ejecución de veintisiete rehenes en Nantes. Cuando los colaboradores los subieron a los camiones, esos franceses se pusieron a cantar *La Marsellesa*. Al otro lado de las alambradas, sus camaradas también se pusieron a cantar. Fueron fusilados en grupos de nueve. Uno de ellos, Gaston Mouquet (*sic*), un muchacho de diecisiete años, se había desmayado. También fue fusilado. [...] Cuando el cardenal llegue al otro lado, los veintisiete fusilados, al frente de un ejército que crece día a día, presentarán armas y le rendirán honores. Para Cauchon, la Iglesia francesa no ha tenido bastante incienso. Para los franceses inmolados, en cambio, ni una oración, ni siquiera un gesto de caridad o de indignación. Llegará el día en que... Atentamente [...]».[48]

Entre los resistentes católicos, la indignación es extrema. Un «Informe dirigido a los obispos de Francia» redactado en el verano de 1942, subraya la oposición de la inmensa mayoría de franceses a Vichy, que desaparecería «instantáneamente» de producirse un cambio de la situación militar. El prestigio

45. Carta del nuncio Valeri al cardenal Maglione, 29 de julio de 1942, en Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 297.
46. Reunión Laval-Knochen del 3 agosto de 1942, en *ibid.*, pág. 312, y entrevista Hagen-Bousquet, 8 de octubre de 1942, pág. 475.
47. Krug a Abetz, 30 de octubre de 1942, PA-AA, *Inland I D*, R 98.802.
48. Claudel, *Journal*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 400-401.

de Pétain también se resiente. Yendo «mucho más allá de la tradicional lealtad», la Iglesia se expone a graves riesgos. Por lo que se refiere a la colaboración, la considera totalmente condenable: «En el plano político, una verdadera estafa; en el plano psicológico, un grave error; en el plano espiritual, una claudicación de Francia; en el plano religioso, una apostasía». La victoria del nazismo daría lugar «a una persecución religiosa, a una tiranía estatal, a un totalitarismo pagano del que sólo conocemos el principio». Es absolutamente necesario que la Iglesia deje de elogiar a Pétain, que denuncie los atentados contra las libertades y proteste contra las medidas antisemitas, que se ponga en guardia contra la colaboración con el nazismo. ¿Qué esta actitud comporta riesgos? Sus riesgos son preferibles a la colaboración con el nazismo.[49]

Este mensaje no será escuchado, ni siquiera después de noviembre de 1942. El alto clero sigue siendo leal al mariscal. En junio de 1943, Suhard le escribe: «Francia necesita más que nunca de su persona. Dada la desorientación de los franceses, necesita una voz que le diga la dirección que hay que tomar».[50] Pero con la ocupación total, el endurecimiento de la represión alemana y el debilitamiento del régimen, la Iglesia siente la necesidad de consolidar su tradicional papel protector. En el verano de 1943, expresa claramente a Laval su oposición a la desnaturalización de los judíos franceses.[51] A principios de 1944, hace que Suhard solicite a la embajada, que ha intercedido muchas veces en favor de particulares, una mejora de la suerte de los franceses recluidos en Alemania.[52]

No obstante, la Iglesia sigue velando fundamentalmente por la defensa de sus propios intereses, entendidos de forma muy estrecha. A principios de 1943, ha de tomar una difícil decisión en relación con el STO, una decisión que llega a dividir a la misma jerarquía eclesiástica y que amplía el círculo de la resistencia católica. En mayo de 1943, la Asamblea de Cardenales y Arzobispos declara que la obediencia no es un deber moral, pero en el fondo recomienda someterse. Pese a su timidez, esta posición desvincula por primera vez a la Iglesia del gobierno. No obstante, Suhard afirma «que esta posición no significaba en absoluto una declaración de guerra, ni al gobierno ni a las autoridades de ocupación», que era más bien «un mal menor», pues impedía el surgimiento de «declaraciones personales» «que habrían podido causar muchas más dificultades».[53]

49. 30 de junio de 1942, AN, *2 AG* 492, dr. CC 72 AC.
50. Suhard a Pétain, 24 de junio de 1943, AN, *2 AG* 493.
51. Klarsfeld, *Vichy-Auschwitz*, *op. cit.*, pág. 106.
52. Suhard a Pétain, 22 de febrero de 1943, *2 AG* 492, dr. CC 72 AC; Suhard a Abetz, 18 de febrero de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.481.
53. Monseñor Chappoulie a Bérard, 15 de mayo de 1943, *2 AG* 492, dr. CC 72; Schleier a Krug, 24 de junio de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.481.

El cardenal temía posibles represalias del ocupante, que se hicieron efectivas. Gracias a su intercesión, los alemanes aceptan liberar a los detenidos, advirtiendo de que se producirían nuevos arrestos si el clero seguía pronunciándose sobre el STO y si la Iglesia no ponía fin a las actividades antialemanas de sus asociaciones juveniles.[54] Ambas partes ejercen presión, como lo demuestra la negociación sobre el envío de capellanes a Alemania. Suhard no duda en advertir a la embajada de que, a falta de un acuerdo, la Iglesia podría acentuar su oposición al STO, mientras que una concesión alemana permitiría restar fuerza a la oposición de una parte del clero.[55] Pese a la negativa de los alemanes, la amenaza se queda en papel mojado. Sin embargo, esto muestra que la Iglesia, cuando están en juego sus intereses, también sabe actuar. Por decisión del episcopado, una veintena de sacerdotes parten clandestinamente a Alemania; un gesto que las Iglesias belga y holandesa no osaron hacer [56] y que cabe interpretar como una manera de compensar la falta de condena del STO.

La precaución de Suhard guarda relación con su visión del conflicto. En 1943, desprecia a los alemanes ante un diplomático alemán.[57] Unos días antes del desembarco, escribe en sus Cuadernos: «El conflicto sigue dando a cada uno de los beligerantes unos aliados de los que desconfía y hace que se enfrente a unos enemigos que en el fondo desearía que fuesen sus aliados...». Y continúa diciendo: «Es posible que Estados Unidos se convierta en la más temible potencia imperialista que el mundo haya conocido jamás [...].»[58] Según Abetz, el cardenal habría dado a entender en varias ocasiones que, «en virtud de la amenaza bolchevique, que es cada día mayor, Alemania debería considerar la posibilidad de llegar a un acuerdo con Inglaterra».[59]

Aunque en el seno del alto clero había otras opiniones y otras sensibilidades, apenas tuvieron efectos reales. Ciertamente, la Iglesia francesa jamás apoyó oficialmente la política de colaboración. Incluso prescindió de recordar la condena pontifical del comunismo. Sus dignatarios se mostraron prudentes en sus relaciones con el ocupante. Pero durante aquellos años negros, guardó silencio sobre el nazismo, condenado incluso por el Papa, y sobre los crímenes del ocupante —las ejecuciones de rehenes, las deportaciones de miembros de la resistencia, la persecución de los judíos—, un silencio que solamente rom-

54. Gossmann, «Aufzeichnungen für Herrn Gesandten Schleier», 9 de junio de 1943; Schleier a Suhard, 28 de junio de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.841.

55. «Aufzeichnung für Herrn Gesandten Schleier», 4 de agosto de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.841.

56. Véase Marcus Eikel, «Die religiöse Betreuung der französischen Zivilarbeiter in Deutschland 1943-1945», *Revue d'Allemagne*, vol. XXIII, octubre-diciembre de 1991, págs. 467-485.

57. Klassen, «Aufzeichnung», 22 de marzo de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.481.

58. Vinatier, *Le Cardinal Suhard*, *op. cit.*, pág. 192.

59. Abetz a AA, 14 de julio de 1944, PA-AA, *Inland I-D*, R 98.802.

pió, ínfimamente, en relación con el STO. Mientras que la opinión pasa de la hostilidad pasiva al rechazo activo, la Iglesia francesa permanece imperturbable, aventajando al ocupante tanto en su silencio como en sus recomendaciones de obediencia. Un esfuerzo de disciplina eficaz, al menos durante los dos primeros años: desde el armisticio hasta septiembre de 1942, de los 329 profesores detenidos por las autoridades alemanas, sólo dos pertenecían a la enseñanza privada, y de los 339 alumnos arrestados, solamente 4 estudiaban en centros privados.[60]

La obcecada defensa de sus intereses —«Solamente la Iglesia», para retomar la expresión de Maurras— es una de las razones de su prudencia. ¿Iba acaso a destruir lo que había levantado con tanto esfuerzo? Pero la Iglesia belga, por ejemplo, aunque dio prueba de su prudencia y defendió tenazmente sus intereses, tuvo menos manga ancha y supo reconocer los límites de lo aceptable: en Bélgica, la Iglesia reconoce al ocupante como un «poder de hecho» al que se le debe obediencia, pero sólo «dentro de los límites de las convenciones internacionales». Consecuentemente, protesta públicamente contra el STO, recuerda la incompatibilidad entre el nazismo y el cristianismo, excomulga a Degrelle, el líder colaboracionista.[61] En Francia, la existencia del nuevo régimen siembra la confusión. La Iglesia cree que es su oportunidad para volver a ocupar un lugar central en la sociedad francesa. De este modo, su actitud hacia el ocupante viene determinada por su adhesión a un régimen que, a su vez, sólo se mantiene en pie en virtud de su adhesión al vencedor. A esto se añade una visión deformada del ocupante y de sus intenciones, que él fomenta hábilmente, y una convergencia ideológica inconfesada, pero real, sobre todo en relación con el comunismo.

Después de 1942, el alto clero sabe que una derrota alemana está dentro de lo probable y que el régimen de Vichy apenas tiene futuro. Sin embargo, sigue fiel a Pétain, e igual de prudente con el ocupante. La esperanza de un compromiso de paz, el deseo de una transición pacífica en el momento de la liberación, y del mantenimiento del orden hasta que ésta llegue, explican en parte su lealtad al mariscal. Pero, sobre todo, lo que paraliza a los prelados son sus valores y su mentalidad. La resistencia no sólo cuestiona a los alemanes y a Vichy, sino que constituye una amenaza para toda autoridad. Esto impide que la Iglesia se comporte de forma autónoma en relación con las autoridades francesas y alemanas. Un paralelismo de intereses que, en lo sucesivo, tiene menos

60. Informe semanal sobre la situación en los territorios ocupados, 8 de octubre de 1942, AN, *F 60* 1.536.

61. Alain Dantoing, *La «collaboration» du cardinal. L'Église de Belgique dans la guerre 40*, Bruselas, De Boeck, 1991.

que ver con expectativas políticas que con la crispada protección de los valores en los que se basa la institución eclesiástica.

La mejor prueba de esto es la insistencia con la que, en el otoño de 1943, Suhard defiende ante el ocupante el mantenimiento de las asociaciones católicas. Subraya que ésta es la única forma de seguir influyendo en la juventud en un sentido pacificador y de mantenerla alejada de la resistencia y del terrorismo, que condena rotundamente. Sus interlocutores comprendieron el mensaje: «En su opinión, mantener las asociaciones juveniles sería mucho menos peligroso para nosotros (los alemanes) que disolverlas, abandonando a la juventud católica a su propia suerte».[62] Suhard teme que los jóvenes católicos se comprometan políticamente y se pasen a una resistencia que él no aprueba ni comprende. Otra prueba de esta mentalidad: en octubre de 1943, la Asamblea de Cardenales y Arzobispos condena la resistencia católica por sus deplorables «actitudes de juicio personal y de independencia» y recuerda la autoridad exclusiva de la jerarquía.[63] El temor a socavar los fundamentos de la obediencia, el miedo al desorden y el temor a hacer el juego a otras fuerzas, todo ello bloquea el envío de sacerdotes a la resistencia, hasta la intervención del Papa en junio de 1944. Entre la creciente minoría de católicos cuyo compromiso con la resistencia salvaguardaba el futuro del catolicismo, después de la guerra este comportamiento abriría un interrogante sobre la autoridad de la jerarquía y sobre la autonomía de la conciencia cristiana.

62. Klassen, «Aufzeichnung», 2 de diciembre de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris*, 2.481.

63. Renée Bédarida, «Dans la tourmente 1940-1944: des droits de la personne aux droits de l'homme», en Pierre Colin (comp.), *Les Catholiques français et l'Héritage de 1789*, Beauchesne, 1989, pág. 205.

Capítulo 15

Los patronos

La actitud de la Iglesia, la actitud de los patronos: ¿cómo comparar dos comportamientos pertenecientes a mundos tan distintos? La liberación dejará a los segundos mucho más maltrechos, pues contra ellos se elevan acusaciones políticas, sociales y nacionales: pilares de Vichy, explotadores de la clase obrera, beneficiarios de la ocupación, cuando no aliados del ocupante... Los patronos son puestos en la picota, varias figuras relevantes son encarceladas; las nacionalizaciones se presentan como el castigo de una indignidad colectiva. Consecuencia del sufrimiento de la población trabajadora, fuertemente empobrecida, la más afectada por el STO, y cuya sed de justicia social ha sido agudizada por las privaciones.

Al igual que la Iglesia y el Ejército, la clase empresarial constituía una reserva de valores autoritarios cuya restauración parecía estar al alcance de la mano. Convencidos de sus prerrogativas, con las que se mezclaba un sentimiento de responsabilidad muy paternalista, de mentalidad mucho más patrimonial que empresarial, los empresarios franceses quedaron impactados por el movimiento social de 1936 que siguió a la gran crisis. Su entendimiento con el nuevo régimen es natural, pues éste afirma la necesidad de un poder fuerte y de devolver el protagonismo a las élites sociales. Ese entendimiento se basa en la revalorización de la empresa, donde trabajo rima con patria y familia. También puede basarse en la idea de una nueva organización de las relaciones sociales, discutible en sus detalles, pero en la que el elemento obrero sería minoritario, la autonomía sindical frenada y la huelga suprimida.

Sin embargo, la clase empresarial carece de la hermosa simplicidad de la Iglesia, y sobre todo de su fuerte unidad. En ella, las fisuras son tan numerosas como diversos los intereses. Entre quienes sólo piensan en mantenerse a flote y los directivos de una gran empresa que calculan sus decisiones a largo plazo, existe una distancia enorme, y muchos grados intermedios; el único

denominador común es la lógica empresarial, una visión utilitarista, un razonamiento pragmatista. Aunque la aprobación del nuevo régimen es mayoritaria, no es ni general ni unánime.[1] Cierta retórica anticapitalista, de la que se sirve el mismo Pétain, medidas como la disolución del Comité de Fundición, aunque fuese meramente simbólica, la Ley sobre las Sociedades Anónimas o la Carta del Trabajo, causan malestar entre el empresariado. Sobre todo, la política de colaboración provoca dudas y críticas, que surgen más o menos rápidamente dependiendo de las zonas. Al igual que la Iglesia, la clase empresarial no se opone abiertamente al ocupante hasta el final. Pero se aleja de Vichy cuando la política del ocupante se endurece y atenta contra sus intereses. La preocupación por el día después de la liberación no contrarresta el deseo de liberarse de la ocupación y de sus constricciones.

Los dirigentes de los Comités de Organización (CO) son la parte más importante de la clase empresarial durante este período.[2] Hacen visible el aumento del poder del empresariado y ponen de manifiesto el lugar que éste ocupa en el nuevo régimen. Ellos también se hallan en el centro de las relaciones con las autoridades de ocupación, lo que les da un papel en la colaboración. Una posición de cuyas dificultades no son plenamente conscientes cuando asumen su tarea al día siguiente del desastre.

Los comités nacen en agosto de 1940, en medio de una economía trastornada por la derrota, desorganizada por la división en zonas, privada de la mayoría de sus relaciones exteriores, debilitada por las requisiciones del ocupante. Fiel a su concepción de un Estado fuerte y limitado, el nuevo régimen decide que sea la empresa privada la que levante el país. A corto plazo, los comités deben hacer frente a la penuria, para lo que han de reagrupar las empresas del mismo sector, reunir los medios de producción disponibles y proceder al reparto de materias primas. A medio plazo, su papel es organizar la economía dotándola de directivos y de disciplina, palabras clave del régimen, pero también racionalizándola y modernizándola. Aquí se hace sentir la influencia de los tecnócratas y de un voluntarismo que se desarrollará en las políticas industriales de la posguerra. Multiplicando los acuerdos, haciendo más eficaces los

1. Véase Richard Vinen, *The Politics of French Business: 1936-1945*, Cambridge University Press, 1991 (una obra estimulante y discutible).

2. Sobre los CO, véase Henry Rousso, «L'organisation industrielle de Vichy», RHDGM, nº 116, 1979, págs. 27-44; Adrian Jones, «Illusions of Sovereignty: Business and the Organization of Committees of Vichy France», *Social History*, vol. II, nº 1, 1986, págs. 1-32; Richard F. Kuisel, *Le Capitalisme et l'État en France: Modernisation et dirigisme au XXᵉ siècle*, Gallimard, 1981, págs. 237 y sigs.; Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 511 y sigs.

métodos y fomentando la investigación aplicada, hay que lograr que las empresas francesas sean competitivas en el seno de una Europa alemana.

Los comités están en manos de dirigentes patronales. La mayoría son jefes de grandes empresas y muchos de ellos ocuparon cargos de responsabilidad en los sindicatos del período anterior a la guerra. Pero estos comités también dan protagonismo a personas más jóvenes y menos conocidas, directivos que todavía están en los cuarenta, como François Lehideux en el CO del automóvil, Jacques Guérard en seguros, Pierre Pucheu en industrias mecánicas; hombres que antes de la guerra ya fueron partidarios de una economía organizada y que ahora ocuparán cargos de máxima responsabilidad en los comités antes de formar parte del gobierno. De este modo, varios cientos de empresarios adquieren un protagonismo considerable. Los CO se benefician de una delegación del poder público que les permite gravar con una contribución a quienes dependen de ellos e imponer unas sanciones. El control que el Estado ejerce sobre ellos es más bien limitado, aunque es él quien nombra a los dirigentes y supervisa su labor a través de un comisario con derecho de veto. Muchos directivos de pequeñas y medianas empresas vieron en esto la venganza y el triunfo de los monopolios.

A priori, para los grandes empresarios esta situación es enormemente ventajosa, pues les ofrece la posibilidad de racionalizar la economía y satisfacer sus deseos de expansión. Pero hemos de señalar que los dirigentes de los comités se adaptan a una situación que no han elegido y que no siempre les parece la más deseable. Antes de la guerra, la organización profesional era un tema minoritario que afectaba más a las pequeñas y medianas empresas en dificultades que a un gran empresariado capaz de regular la competencia e interesado en la no intervención del Estado. La creación de los CO tiene la ventaja de bloquear el dirigismo administrativo. Además, la desorganización de la economía y la presencia indefinida de los alemanes impulsan al reagrupamiento, ya sea para obtener materias primas, para defenderse del afán de dominación o para poner en marcha la reforma de la economía nacional. Finalmente, los comités permitirán reanudar rápidamente la actividad y reducirán el paro, un objetivo perseguido tanto por el empresariado como por el gobierno en pro de la estabilidad social.

Sin el contrapeso que representaban el Parlamento, los partidos y los sindicatos, la influencia de los grandes empresarios es cada vez mayor. Sin duda, los grandes empresarios están muy bien situados para defender sus intereses, pues están dotados de competencias públicas, tienen mano en el reparto de materias primas y acceso a los altos funcionarios. Pero ¿están en condiciones de imponerlos? En realidad, su poder dista mucho de ser unitario en relación con las concepciones y los métodos, y su autonomía es bastante limitada. El grado

de cohesión varía mucho de un comité a otro, al igual que la capacidad de sus dirigentes, cuyos propósitos son muy distintos. Los unos, una minoría, se esfuerzan por sanear y racionalizar su sector. Los otros sólo piensan en proteger y consolidar las posiciones alcanzadas, para lo que a veces recurren a la expoliación de los judíos.[3] En 1943, los tecnócratas verán frustradas sus esperanzas.[4] De hecho, la gestión cotidiana de la penuria constituye el grueso de la actividad de organismos que chocan con la inercia, cuando no con la mala voluntad, de la mayoría de las empresas, insatisfechas con su asignación de materias primas, inseguras de su comité (a finales de 1941 existen 141 comités, y 231 en 1944), desesperadas por el papeleo que las absorbe y por el inmenso aparato administrativo, al que además han de mantener.[5]

Y sobre todo, la autonomía de los dirigentes de los comités se ve rápidamente limitada por una doble tutela. La del ocupante, que a medida que se prolonga la guerra adquiere más protagonismo, controlando la distribución de las materias primas, haciendo pedidos cada vez más grandes e incluso estableciendo, durante los últimos años, programas de fabricación que obedecen siempre a sus intereses. Y la del Estado francés, cuyos poderes de control y de dirección aumentan considerablemente, sobre todo a través de la distribución de materias primas, realizada por la Oficina Central de Reparto de Productos Industriales (OCRPI). Esto hace que los CO, que han perdido protagonismo en la distribución de las materias primas, estén estrechamente vinculados a la política de colaboración de Vichy, y por lo tanto sometidos a un estricto control. Aunque los comisarios del gobierno están abrumados por el trabajo, siguen atentamente las relaciones con las autoridades de ocupación, dan órdenes y supervisan la marcha de las negociaciones.[6]

Desde su nacimiento, los comités de organización están en el centro de las relaciones entre Vichy y el ocupante, y ambos intentan utilizarlos. De no haber habido un gobierno francés, los alemanes habrían impuesto una organización de este tipo, como lo hicieron en Bélgica, en Holanda y en el norte de Francia, zona dependiente de Bruselas. La creación de los CO les proporciona lo que les interesa: un instrumento para recabar información estadística al

3. Rousso, «L'aryanisation économique: Vichy, l'occupant et la spoliation des Juifs», *Yod*, nº 15-16, 1982, págs. 66-69.

4. Véanse los informes de 1943-1944 de los distintos departamentos del Ministerio de la Producción Industrial (MPI) en AN, *F 12* 10.030.

5. G. Liet-Veaux, «L'organisation professionnelle 1939-1946», *Revue d'économie politique*, nº 6, noviembre-diciembre de 1947, pág. 1.282.

6. Los directores de dos grandes departamentos del MPI (productos químicos y construcciones mecánicas) supervisan 35 comités («Étude sur les CO», realizado por el CETS, 10 de septiembre de 1941, AN, *F 37* 20, dr. Organización profesional). Para un ejemplo de las relaciones entre comisarios y CO, véase AN, *F 12* 10.070, dr. CO de energía eléctrica.

parecer muy deficiente, pero indispensable para una explotación eficaz; una correa de transmisión para la redistribución de materias primas, lo que les ahorra cientos de funcionarios;[7] una forma de aproximar las estructuras económicas de los dos países, preludio de la inserción de Francia en la Europa nazi.

Para Vichy, los CO no sólo han de hacer frente a la penuria y sentar las bases de la nueva economía nacional, también han de mediar entre el ocupante y las empresas. Una función cuya importancia crece con el fuerte incremento de los pedidos alemanes. Vichy creía que confiando a los comités la tarea de centralizar y reagrupar las empresas, sería posible proporcionar a los alemanes toda la ayuda económica solicitada y cobrársela con creces. Pero de los CO, el ocupante sólo quiere las ventajas, prefiriendo tratar directamente con las empresas, sobre las que cuenta con temibles medios de presión. Después de varios meses de una discusión salpicada de incidentes, Vichy acaba reconociendo la realidad. Los pedidos seguirán haciéndose directamente a las empresas, los CO no serán más que órganos de asesoramiento y de recopilación de datos.[8]

Igual de importante es su papel en el ámbito de las relaciones económicas francoalemanas, aunque las fuentes actuales no nos permiten conocer exactamente el punto de vista de sus dirigentes y su influencia en la política de Vichy. La impresión general es que los CO se adhieren a esta política, en ocasiones de mala gana, y raras veces la impulsan. Procuran estar en contacto permanente con los responsables ministeriales, se muestran deseosos de obtener de ellos directrices que justifiquen su actuación, suelen mostrarse respetuosos y prudentes antes que entusiastas. Los negociadores valoran sus opiniones, pero priman los intereses de la política gubernamental en las cuestiones importantes.

Esta dócil integración se debe, en primer lugar, al legalismo, la protección y la legitimación que la tutela del Estado extiende a las relaciones del empresariado con el ocupante. Pero, sobre todo, es el resultado de una fuerte convergencia de intereses. Evidentemente, los dirigentes de los comités desean poner en marcha la economía, quieren defender eficazmente su sector, cuando no su empresa, y fortalecerlo en la medida de lo posible, por lo que pueda ocurrir; con este fin, la mayoría de ellos están dispuestos a hacer concesiones, al menos temporalmente. La connivencia ideológica no es decisiva, aunque raras veces está ausente, al menos al principio, contribuyendo a la adhesión. Vichy procura que los nombramientos recaigan en hombres cuya lealtad esté fuera de dudas. Los alemanes, por su parte, están siempre vigilantes, reserván-

7. «Wirtschaftsberichte des MBF», abril-mayo de 1941, BA-MA, *RW 35* 303.

8. En relación con los incidentes, véase el informe de la *Rüstungsinspektion Paris*, 23 de mayo de 1941, BA-MA, *RW 24* 56; y para la negociación sobre el papel de los CO, véase AN, *AJ 40* 776, dr. 1.

dose el derecho de reconocer o no los nombramientos, y a veces solicitan la destitución de aquellos cuyo comportamiento juzgan demasiado tímido o poco fiable. Hasta 1944, esto da lugar a una rotación considerable (una tercera parte de los dirigentes de los 23 comités estudiados),[9] sin que sea posible ofrecer el número exacto de dimisiones y destituciones.

Una minoría toma la iniciativa, y estos pioneros, aunque no son casos aislados, tampoco pueden considerarse totalmente representativos. Su compromiso puede deberse a varias razones. Detrás de él puede haber una firme adhesión al nuevo régimen, como en el caso del secretario general del CO de la industria hotelera, que expresa al MBF su «más vivo deseo de hacer efectivo y duradero el espíritu de la colaboración que acaba de nacer» en Montoire.[10] O un interés sectorial específico: puesto que el ocupante no tiene el mismo interés por todos los sectores, también existen distintos grados de adaptación entre los dirigentes de los CO. Algunos de ellos ya tienen experiencia en materia de cooperación, desarrollada en el marco de acuerdos o de consorcios monopolísticos. Otros sienten desde antes de la guerra la necesidad de un acercamiento para hacer frente a una competencia común, como la que representan los norteamericanos en el sector del automóvil. Finalmente, su compromiso puede deberse a una voluntad de entendimiento expresada por el correspondiente sector alemán, lo que puede dar lugar, a través de la afirmación de un egoísmo sectorial compartido, al establecimiento de relaciones transversales.

El tema de la organización económica europea, difundido ampliamente por la propaganda alemana y por sus transmisores franceses, sobre todo por una publicación como *La Vie industrielle*, impulsa en esta misma dirección y no carece de eco, al menos en 1941. Sirva de ejemplo este presidente de la Unión Sindical de Curtidos que sueña con unos «Estados Unidos de Europa» y que desea dotar a su sector de un comité de organización a escala continental, una central europea y africana de curtidos.[11] Pero la mayoría de los dirigentes de los CO no son unos visionarios. Conocen perfectamente la situación y la relación de fuerzas existente, lo que los lleva a reaccionar antes que a tomar la iniciativa, a adaptarse a una política alemana que ha experimentado una considerable evolución, desde el saqueo inicial hasta la explotación de la economía francesa, que primero fue sectorial y después general.

9. Jones, «Illusions of Sovereignty...», *op. cit.*, pág. 5.
10. AN, *AJ 40* 781, dr. 3.
11. André Dubois, *La Collecte du cuir brut dans les temps présents et l'Organisation d'un marché dans une économie nouvelle*, abril de 1941, AN, *AJ 40* 777, dr. Cuero.

El primer contacto de los comités con el aparato de ocupación se produce en forma de «intercambio de experiencias». Por una cuestión de alineación y de eficacia, los alemanes desean que los franceses aprovechen su experiencia y quieren enseñarles a hacer frente a la penuria. Los funcionarios del MBF se dirigen con este fin a sus homólogos de los CO, los «grupos económicos», cuyos delegados pertenecen al «Centro de Organizaciones Económicas alemanas en Francia», la antigua Cámara de Comercio alemana de París. Desde principios de 1941, sucesivas conferencias reúnen a los responsables de distintos CO (maquinaria, acero, hierro, mecánica de precisión y óptica, automóviles, etc.) con los correspondientes «grupos económicos».[12] Alentados por los tecnócratas de Vichy, los franceses se muestran dispuestos a seguir los consejos que se les dan. Bichelonne está a favor de que las reuniones se celebren alternativamente en París y en Berlín, y de que en ellas se aborden temas más amplios, como la sustitución de materias primas, la coordinación de normas, la organización de la investigación técnica, e incluso la posibilidad de compartir el «futuro mercado económico europeo».[13]

Estas conferencias, que se convierten en una rutina, reúnen a los responsables de los más diversos CO, desde el comercio hasta el gas y la electricidad, pasando por la madera, para después ampliarse a las cámaras de comercio. En septiembre de 1941, éstas crean unas comisiones mixtas que se reúnen alternativamente en Alemania y en Francia. El objetivo sigue siendo el mismo: familiarizar a los franceses con la organización económica del Reich y armonizar concepciones y métodos. También existen objetivos a corto plazo, como la formación profesional, que los ocupantes desean impulsar en Francia.[14] Las cámaras francesas se prestan al juego, normalmente de buena gana. Cuando el presidente de la Cámara de Comercio de Rennes se dirige por escrito a su colega alemán agradeciéndole la acogida brindada a su delegación, le expresa la voluntad de que «estos contactos conduzcan a la tan deseable ampliación de las relaciones económicas entre nuestras dos patrias».[15]

El «intercambio de experiencias» es la forma en que el dócil alumno francés recibe la enseñanza del docto profesor alemán. Su importancia fue consi-

12. «Wirtschaftsberichte des MBF», informe de diciembre de 1940-enero de 1941, BA-MA, *RW 35* 303, e informe de febrero de 1941, *RW 24* 15.

13. Anteproyecto de Bichelonne para la reunión de enero de 1941, 7 de enero de 1941, en Jörg Raubaum, *Die Entwicklung der Kollaboration zwischen den deutschen und französischen Monopolen in einigen wichtigen Industriezweigen und der Raub von französischen Unternehmen und Beteiligungen durch deutsche Konzerne in der ersten Periode der faschistischen Okkupation (Juni 1940-Juni 1941)*, tesis doctoral, Berlín (Este), 1968, Anexos, pág. 9.

14. Véase AN, *F 37* 20, dr. Cámaras de Comercio.

15. Carta del 29 de enero de 1942, AN, *AJ 40* 784, dr. 2.

derable, pese a que los franceses no se desharían en agradecimientos después de la guerra. Los alemanes tenían mucha experiencia en la lucha contra el despilfarro de materias primas y en la búsqueda de sustitutivos. Y transmitieron gustosamente su experiencia a los franceses, pues esa ayuda redundaba en beneficio de sus propias necesidades a corto plazo y de sus intereses a largo plazo. Para los franceses, esta ayuda era de una utilidad inmediata, lo que explica la multiplicación del número de encuentros, como los viajes realizados a Alemania con un propósito técnico (a partir de febrero de 1941, ingenieros y técnicos franceses pueden trasladarse al Reich para familiarizarse con los métodos de producción)[16] o económico. En tan sólo un mes, en noviembre de 1941, viajan a Alemania las delegaciones de las cámaras de comercio, de la industria química, del sector ferroviario, de la industria del aluminio y de la industria aeronáutica.[17] La ocupación permitió que industriales y altos funcionarios franceses se hiciesen una idea, aunque limitada, de los métodos de organización y producción de su vecino, el país más industrializado del Continente. El resultado de todo ello es literalmente inapreciable, pero no es seguro que no fuese apreciado o apreciable en aquel momento.

Los pedidos de los alemanes constituyen la segunda forma de relación con el ocupante. En el otoño de 1940, Göring ordena transferir a los países ocupados parte de la producción civil del Reich, de modo que las empresas alemanas se concentren en la producción militar. Esta orden provoca fuertes reticencias: los industriales dudan en confiar sus pedidos a empresas extranjeras a las que no conocen; quieren proteger sus métodos de fabricación; temen dar ventaja a quienes serán sus competidores después de la guerra, cuando ellos mismos deban afrontar una dura reconversión.[18]

Aunque los pedidos se hacen directamente a las empresas, los CO pueden servir para crear un clima favorable a la aceptación de los mismos, esto es lo que el ocupante espera de los comités. Sus dirigentes envían circulares de aliento a las empresas. Algunos hacen todo lo posible para que las empresas de su sector acepten más pedidos, como el responsable del Comité de Instrumental Médico, quien logra que el número de entregas aumente considerablemente.[19] Y otros se manifiestan en la prensa, considerando la posibilidad de una

16. *La Vie industrielle*, 27 de febrero de 1941.

17. Nota del 4 de diciembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.382. Los viajes siguen hasta poco tiempo antes de la liberación (véase BAK, *R 13 XIII* 238).

18. Informe del *Wi-Rü. u. Rü.-Stab Frankreich* de noviembre de 1940, BA-MA, *RW 24* 15.

19. «Bericht über Verhandlungen in Paris vom 30. Oktober bis 3. November 1942», BAK, *R 13 VI* 55.

colaboración a largo plazo o asegurando la voluntad de entendimiento de los industriales alemanes. Así lo hace Pierre Pucheu, a la sazón dirigente del CO de las industrias mecánicas: «Los alemanes han manifestado claramente su deseo de que nuestros dos países colaboren económicamente». Los pedidos, subraya Pucheu, dan trabajo a los obreros; constituyen el primer paso hacia «una política de reconstrucción establecida de común acuerdo con los industriales alemanes, lo que permitirá sustituir las luchas económicas del pasado por una colaboración ordenada».[20]

Los comités apoyan tanto más el programa de pedidos cuanto más necesario es para su sector y cuanto más transigentes son sus interlocutores. La óptica y la mecánica de precisión, por ejemplo, han sido duramente afectadas por la requisición de maquinaria. Pero los alemanes prometen restituir el material requisado a cambio de la aceptación de pedidos militares. Una oferta aceptada con agradecimiento: el CO declara estar totalmente dispuesto a facilitar la mano de obra libre y a favorecer una ejecución rápida de los pedidos. Yvon, su responsable, tiene muy buena opinión de sus interlocutores y de sus intenciones. En una entrevista, subraya que los pedidos son de vital importancia para su sector, añadiendo que la industria alemana podría haber prescindido de los franceses. «Pero la vía por la que ha optado, la del trabajo en común, parece deberse antes a la razonable voluntad de preparar la paz futura que al deseo de satisfacer urgentemente unas necesidades inmediatas.»[21] Siguiendo las instrucciones del gobierno, intenta obtener las materias primas necesarias, que su homólogo le niega, aunque promete interceder en su favor ante el MBF. Si determinado sector alemán se niega a proporcionar las materias primas, presionará al MBF para que favorezca a este CO en el reparto de las mismas, en detrimento de otros sectores de la economía francesa. Así que la colaboración puede merecer la pena y crear cierta solidaridad. No es de extrañar que, a su regreso de una negociación en Berlín, Yvon exprese su voluntad de «colaborar estrechamente» con los alemanes.[22]

Los comités de organización se encuentran con los «grupos económicos» en otro terreno: los acuerdos entre sectores. La prolongación de la guerra obliga a servir los pedidos. Por su parte, los acuerdos sectoriales se incluyen en los proyectos de la industria alemana en el verano de 1940, fecha en la que, cre-

20. *La Vie industrielle*, 3 de febrero de 1941; véase también «Pucheu: Wir haben gleiche Interessen», *Pariser Zeitung*, 13 de abril de 1941, pág. 4.

21. *La Vie industrielle*, 19 de marzo de 1941.

22. Raubaum, *Die Entwicklung der Kollaboration...*, *op. cit.*, págs. 70-78.

yendo que la paz no tardaría en llegar, esta industria es instada a hacer una relación de sus *desiderata*. Prácticamente todos los sectores piden la reducción o la eliminación de los obstáculos con los que tropiezan sus exportaciones a Francia. Con el fin de asegurar sus privilegios, muchos de ellos solicitan que se prohíba la ampliación o la apertura de nuevas fábricas, e incluso que se proceda al cierre de algunas de ellas. Otros desean garantizar definitivamente sus privilegios mediante participaciones en sociedades, sobre todo en aquellas de las que fueron echados después de 1918, y mediante acuerdos sobre la regulación de los mercados.[23]

El cumplimiento de estos deseos queda aplazado indefinidamente, al igual que el tratado de paz que debía darles forma. Pero esto no impide que se establezcan acuerdos entre sectores y convenios entre consorcios monopolísticos, como el convenio sobre los textiles sintéticos (France-Rayonne).[24] Estos acuerdos sectoriales datan de los primeros meses de la ocupación. De hecho, son contratos de entrega de materias primas o de productos semielaborados que van unidos a convenios sobre la regulación de los mercados: hay que cumplir estos últimos para obtener los primeros. En la industria papelera o del azulejo, el sector francés ha de comprometerse a compartir mercados y condiciones de venta a cambio del suministro inmediato de materias primas o de pedidos. En este punto, los alemanes también prometen intervenir para facilitarles el suministro de carbón o de materias primas.[25] Evidentemente, el desequilibrio de fuerzas existente desempeña un papel muy importante, y sería erróneo concluir de estos acuerdos una voluntad de colaboración a largo plazo. Es significativo que, en lo sucesivo, no se haya producido ningún acuerdo de este tipo. En la industria eléctrica, por ejemplo, Siemens intenta formar un monopolio europeo bajo su dirección. Pero las discusiones son interminables, la temporada de éxitos alemanes toca a su fin y todo acaba en nada.[26]

El caso de los seguros ilustra perfectamente esta presión característica del primer período. El CO del sector está dirigido por Jacques Guérard, presidente de una compañía de seguros, miembro del equipo Worms, firme partidario de una colaboración positiva y duradera («La colaboración», declara, «no es o ya no debe ser un instrumento con el que poder atravesar los años más duros de nuestra vida nacional, una forma de ahorrarnos o de atemperar ciertos ma-

23. Véase el *Frankreich-Bericht* del *Reichsgruppe Industrie*, en Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945*, Berlín, Akademie-Verlag, 1969, págs. 352-364.

24. Raubaum, *Die Entwicklung der Kollaboration...*, *op. cit.*, págs. 181 y sigs.

25. AN, F 37 28, dr. Acuerdos francoalemanes.

26. Véase Hermann Wandschneider, «Pläne der deutschen Elektrokonzerne zur "Neuordnung der europäischen Wirtschaft" im Zweiten Weltkrieg», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1970/4, págs. 219-243.

les, un método por el que hayamos de pedir disculpas»).[27] En el otoño de 1940, su homólogo alemán reclama el derecho de establecerse en Francia con la intención de recuperar el sector del mercado que está en manos de las sociedades británicas (101 compañías y casi la décima parte del total de las primas cobradas en 1938). Su exigencia cuenta con el respaldo del MBF: éste introduce en las sociedades británicas comisarios que las tratan como bienes enemigos, hasta el punto de que las sumas debidas a los asegurados franceses víctimas de daños de guerra quedan congeladas y peligran de ser confiscadas.[28]

En septiembre de 1940, el gobierno comunica por boca de Gabriel Cheneaux de Leyritz, director de Seguros del Ministerio de Finanzas y comisario del gobierno para el CO de seguros, que está dispuesto a dar licencias para que las compañías alemanas se establezcan en Francia, siempre que Alemania haga lo mismo con las compañías francesas.[29] Ambos CO entablan negociaciones, y en marzo de 1941 firman un protocolo. Los franceses aceptan el establecimiento en Francia de una veintena de compañías alemanas y renuevan su solicitud de reciprocidad, pero no hacen de ésta un requisito. Los alemanes permiten que las compañías británicas sean administradas provisionalmente por franceses, pero éstos han de someterse al control de comisarios alemanes. La forma de renovar los contratos no queda zanjada: la solución puede ser un reaseguro por parte de las sociedades alemanas, con la posterior renovación de los contratos por el reasegurador, o su transferencia forzosa a las compañías alemanas, contemplando un plazo de anulación para los asegurados.[30]

Durante los meses siguientes, 17 compañías alemanas reciben el visto bueno de Vichy. El CO francés, deseoso de regular la actividad de estos nuevos competidores, logra que acepten una tarifa común, que se beneficia de un descuento de un 10 % durante cierto tiempo, una especie de prima de implantación. Pero las buenas intenciones van más allá: las compañías aseguradoras francesas apoyan la creación de una sociedad de reaseguro para grandes riesgos con sede en Munich (la *Pariser Zeitung* titula el 7 de junio de 1941: «Los seguros franceses se liberan del yugo británico»). Y Vichy acepta una participación minoritaria de tres compañías alemanas en tres sociedades francesas.[31]

27. Discurso de Guérard en el banquete de la Société de géographie el 17 de junio de 1941, AN, *F 37* 11, dr. Seguros.
28. AN, *AJ 40* 838, dr. 2.
29. G. Cheneaux de Leyritz, 11 de septiembre de 1940, *AJ 40* 835, dr. 1. Jean Fourastié califica a Cheneaux de Leyritz de «alto funcionario de extraordinario valor» («Les assurances», *Revue d'économie politique*, nº 5, septiembre-octubre de 1947, pág. 1.184).
30. AN, *AJ 40* 835, dr. 1.
31. Informe de Hemmen sobre el período julio-diciembre de 1941, BAK, *R 91* 721; véase también PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich*, R 107 478.

La negociación ha ido bien. Las compañías de seguros llegan a acuerdos tanto más fácilmente cuanto que éstos no afectan directamente a los intereses de los franceses, puesto que se trata de los despojos de las compañías británicas. Vichy, en cambio, no está satisfecho con el asunto; los verdaderos objetivos de su política salen a la luz. La protección no es completa: los comisarios alemanes siguen bloqueando las sumas debidas a los asegurados franceses aferrándose a la tesis de los bienes enemigos. Vichy quiere que se reconozca su derecho a regular el ámbito de los seguros en Francia, cualquiera que sea la nacionalidad de las compañías concernidas; pero los alemanes temen que en la posguerra se pongan en tela de juicio las posiciones adquiridas y reclaman una ley que los proteja; asimismo, siguen bloqueando los activos británicos. Finalmente, el gobierno alemán acaba haciendo caso omiso de la solicitud de reciprocidad que los franceses formularon desde el comienzo, y que fue aceptada por el CO alemán de seguros.[32]

En diciembre de 1941, Guérard y Cheneaux de Leyritz retoman las negociaciones en Berlín. Guérard afirma que «la colaboración de los dos países en materia de seguros, de la que se declara firme partidario, tropieza siempre con el mismo obstáculo: la falta de reciprocidad. Ésta es la objeción que se le hace constantemente en Francia». Guérard solicita que se permita el establecimiento de dos o tres compañías francesas en el Reich. «Sin duda, estas compañías harían pocos negocios en Alemania, pero están dispuestas a hacer algunos sacrificios económicos en beneficio de la causa francoalemana.»[33] Mientras que la negociación sobre el texto de ley avanza, jamás sucederá lo mismo en este asunto, a pesar de que, en noviembre de 1942, Cheneaux de Leyritz se traslada de nuevo a Berlín en calidad de presidente del CO.[34]

En el caso de la industria del automóvil, excepcionalmente, la iniciativa no es alemana, sino de Lehideux, el dirigente del CO francés.[35] La situación del sector se caracteriza por una rapidísima recuperación de la actividad y por un número relativamente bajo de desmantelamientos: los alemanes lo necesitan para su guerra motorizada. De este modo, los fabricantes franceses

32. Cheneaux de Leyritz, «Note pour M. le Kriegsverwaltungsrat Docteur Capitan», 12 de septiembre de 1941, AN, *AJ 40* 835, dr. 2.

33. «Conférence plénière au Reichswirtschaftsministerium le 16 décembre à 10 h.», *F 37* 11, dr. Seguros; véase también una nota del *RWiM*, «Vermerk», 18 de diciembre de 1941, *AJ 40* 836, dr. 17.

34. Doctor Sondermann, «Vermerk», 7 de noviembre de 1942, *AJ 40* 836, dr. 17. La negociación se quedará en este punto. En febrero de 1942, las compañías alemanas tendrán cerca del 20 % de las pólizas que anteriormente tenían las compañías británicas (nota del 16 de febrero de 1942, *F 37* 11, dr. Seguros).

35. Según dice *La Vie industrielle*, 5 de agosto de 1941, pág. 4, «Quelques précisions sur l'accord international de Berlin».

pueden compensar la falta de pedidos públicos, pero han de pagar un precio. Los comisarios, convertidos en verdaderos «mandatarios industriales», les imponen programas de fabricación que los alejan de la producción de turismos, lo que constituirá una importante limitación en el futuro. El deseo de ambas partes es prepararse para la posguerra. El 1 de marzo de 1941, un acuerdo firmado en Berlín permite la creación de un «Comité provisional para la colaboración de la industria del automóvil en Europa». Este comité agrupa a Alemania, Italia y Francia. A largo plazo, su objetivo es racionalizar la producción y la distribución de automóviles, y determinar las relaciones con los productores del resto del mundo —alusión a la competencia norteamericana—. Se constituyen cinco comisiones, que se reúnen regularmente hasta septiembre de 1942.[36] Del orden del día de estas reuniones se desprende con bastante claridad que el objetivo inmediato es poner las producciones al servicio del esfuerzo bélico del Eje. Lehideux quería sentar las bases de una colaboración entre los grupos industriales, en pie de igualdad y en una línea racionalizadora. Pero los vencedores no renuncian a ninguno de sus derechos y avanzan hacia la formación de un consorcio monopolístico del que establecerán los términos cuando lo consideren oportuno. Por el momento, se aprovechan de la buena voluntad de los franceses.

Tanto en el CO del automóvil como en el de seguros, el impulso de los dirigentes, que son al mismo tiempo firmes partidarios de la colaboración, es bastante importante. Pero, como demuestra el caso de los seguros, estos dirigentes están muy ligados a los altos funcionarios del Estado. Ninguna de estas negociaciones lleva a acuerdos relevantes. Más bien demuestran que la voluntad de los alemanes sigue siendo mantener al vencido en su lugar, pues las instancias gubernamentales, en particular el Ministerio de Economía, intervienen con regularidad para corregir políticamente unas negociaciones entre organizaciones de empresarios cuya naturaleza es esencialmente pragmática.

En este nivel, las relaciones parecen haber sido cordiales, pues estaban basadas en una convergencia de intereses. Pero esto no impidió que los alemanes hicieran uso de los numerosos medios de presión que les procuraba la situación. Tras algunas tomas de contacto agresivas, se multiplican los signos de buena voluntad.[37] En este sentido, es muy ilustrativa la observación que Norguet, director de industrias mecánicas, hace a finales de 1941: «Parece evidente que [...] los alemanes que se esfuerzan por llegar a acuerdos con empresas francesas no siempre lo hacen llevados por una voluntad de hegemonía o por

36. *La Vie industrielle*, 26-28 de septiembre de 1942, pág. 3.
37. Véanse, por ejemplo, las declaraciones de una delegación de industriales alemanes, AN, F 37 32, dr. Fabricación de pigmentos a base de plomo.

la sed de poder, sino más bien por previsión. Efectivamente, hay quien duda del éxito alemán, de la supervivencia del régimen nazi, y hay quien actúa como un burgués que trata de asociarse con burgueses extranjeros para convertirse en una persona influyente en su propio país».[38]

La última forma de relación con el ocupante es la *Relève*. A principios del verano de 1942, la visión del nuevo orden europeo ha perdido parte de su brillo. La intensa explotación de la economía, el cierre de varios miles de fábricas a causa de la concentración, operación ante la que los CO permanecen pasivos, prefiriendo que sea el Estado quien asuma todas las responsabilidades en el asunto, el inicio del reclutamiento forzoso de mano de obra, todo esto ensombrece el horizonte de los empresarios. Entre los dirigentes de los comités, la exhortación de Laval a contribuir al éxito de la *Relève* causa un perceptible malestar.[39] Convirtiéndose en los agentes del gobierno en esta materia, saben que se adentran en un terreno minado y en el que están en juego sus propios intereses.

Para lograr su objetivo, Laval les pide que apoyen la llamada *Relève* de empresa, es decir, el envío de equipos de obreros, dirigidos por encargados e ingenieros, a fábricas elegidas de mutuo acuerdo entre los CO franceses y alemanes; entre otras cosas, los primeros deben hacer lo posible para que los obreros se reúnan con los prisioneros que trabajan en Alemania, que habrían de ser transformados en trabajadores civiles.[40] Laval espera favorecer el reclutamiento prometiendo a los obreros que partirán en grupo, que el empleo y la estancia en Alemania serán debidamente supervisados y que se reunirán con compatriotas presos. A los patrones les promete que posteriormente podrán recuperar a sus obreros, que éstos permanecerán juntos y solamente trabajarán en su especialidad.

En julio se inician las conversaciones entre los CO franceses y alemanes de los sectores afectados por la *Relève*. Los segundos necesitan mano de obra; para complacer a su gobierno, los primeros intentan obtener «ventajas concretas destinadas a favorecer el reclutamiento de trabajadores voluntarios».[41] Así que presentan sus peticiones: envío de comisiones encargadas de supervi-

38. Norguet a Barnaud, «Avantages que l'industrie française peut retirer de sa situation actuelle vis-à-vis de l'industrie allemande», AN, *F 37 27*, dr. Ayuda aportada por Alemania a la economía francesa.

39. Benoist-Méchin, *De la défaite au désastre*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 124.

40. Informe semanal de la DGTO, 2 de julio de 1942, AN, *F 60* 1.536.

41. Reunión de los días 8 y 9 de julio de 1942 de los CO de la óptica e instrumentos de precisión, BA-MA, *RW 19 WiIA3* 156.

sar las condiciones de vida y de trabajo, agrupamiento de los prisioneros en las mismas fábricas a las que han de incorporarse sus camaradas franceses. Sobre el primer punto, los alemanes están básicamente de acuerdo. Sobre el segundo, las reacciones son muy distintas, como lo muestran las negociaciones de dos CO, de los que no es posible decir si son representativos.

Los responsables alemanes del CO de óptica e instrumentos de precisión se niegan rotundamente.[42] Los del curtido, en cambio, se muestran favorables. Aquí las relaciones son estrechas en el plano económico y cordiales en el personal. En la primavera, los franceses viajan a Berlín. En septiembre, los alemanes llegan a París y son recibidos como reyes: excursiones por los alrededores de la capital, comidas en los mejores restaurantes y visita a la Ópera. Reunidos, aceptan las listas de prisioneros preparadas por los franceses y prometen interceder ante la *Wehrmacht* para integrarlos en las mismas empresas a las que han de incorporarse los trabajadores voluntarios.[43] Esta diferencia de actitud sólo puede explicarse por una mayor necesidad de mano de obra o por una mayor comprensión. El CO alemán del curtido seguirá esforzándose en este sentido, pero en vano. En el otoño de 1943, su dirigente afirma que lo siente profundamente, pero que también corren malos tiempos para él: las autoridades destinan cada vez más mano de obra a la industria armamentística.[44]

Más allá de estas negociaciones, los CO se muestran muy cautos cuando se trata de reclutar trabajadores voluntarios. La mayoría de ellos se limitan a transmitir los llamamientos del gobierno. No obstante, algunos ponen de su parte, como Georges-Jean Painvin, dirigente del CO de industrias químicas y director de Ugine y Crédit commercial de France, que urge a sus colegas a reclutar nuevos voluntarios. Pero sin éxito: acompañados de un ingeniero de Ugine, en octubre viajan a Alemania menos de 100 obreros, mientras que el sector demandaba 7.000 trabajadores.[45]

Tras la creación del STO, los CO quedan liberados de esta tarea. Algunos de ellos siguen actuando, pero solamente para conservar su mano de obra y mejorar las condiciones de trabajo de los obreros que se han trasladado a Alemania. Los CO de la banca y de los seguros destacan en esta política de protección: aprovechando sus relaciones con las compañías alemanas y los servicios que les prestan, logran disminuir y aplazar la requisición de mano de obra.[46] En la primavera de 1944, cuando esta situación privilegiada toca a su

42. *Ibid.*
43. «Protokoll», BAK, *R 13 XIII* 236.
44. Carta del 2 de noviembre de 1943 al secretario general del CO de industrias del curtido, BAK, *R 13 XIII* 238.
45. AN, F 12 9.595, dr. Ugine.
46. Véase AN, *AJ 40* 824, dr. 1.

fin, solicitan a sus homólogos alemanes que los trabajadores trasladados a Alemania sean empleados en bancos o en compañías de seguros. Como escribe Cheneaux de Leyritz el 30 de mayo de 1944: «Para salvaguardar el sector industrial que está bajo mi responsabilidad, es mi deseo mantener relaciones cordiales con las compañías de seguros alemanas».[47] Sin duda, estos dirigentes se preocupan por mejorar la suerte de sus empleados, por ahorrarles trabajos penosos o peligrosos, por lograr que su estancia en el extranjero contribuya a su formación. Pero ¿quién puede negar que su política favorece la marcha de trabajadores a Alemania y facilita la tarea del ocupante?

Algunos CO siguen a Vichy hasta el final. Así lo prueba un sorprendente episodio que tiene lugar en el verano de 1943. Desde finales de 1941, los alemanes vinculan astutamente la cooperación de Francia a la explotación de los «territorios del este». Pero lo que realmente quieren es obtener una ayuda inmediata que les permita reanudar la actividad de determinados sectores. En marzo de 1943, Laval acaba concediendo el envío de algunas empresas a Alemania a cambio de una participación en la economía de Ucrania.[48] Mientras que el frente oriental de Alemania empieza a resquebrajarse, Vichy, imperturbable, crea una Compañía del Este Europeo. Una «delegación económica francesa en Ucrania», cuya dirección se confía a un fabricante de pinturas de Aubervilliers, el antiguo feudo electoral de Laval, envía dos comisiones de estudio de la que forman parte los delegados de algunos CO. Las conclusiones de estas comisiones no son demasiado alentadoras. «Contrariamente a las esperanzas que habían podido alimentar ciertas declaraciones oficiales alemanas, a Francia no se le ha propuesto crear en Ucrania grandes empresas industriales o agrícolas. La industria pesada y la agricultura [...] parecen ser más bien "cotos reservados" de los alemanes. De nuestro país sólo se espera que aporte una ayuda temporal en algunos sectores secundarios.»

Bichelonne, que supervisa el asunto, eleva su protesta ante el MBF. ¡A Francia sólo se le ofrecen contratos «precarios y susceptibles de revisión o de cancelación al final de la guerra»! El gobierno francés, en cambio, ha «sido muy generoso en sus decisiones, permitiendo que los beneficios obtenidos por las industrias establecidas en Ucrania y transferidos a Francia queden libres de impuestos». Días antes, Bichelonne había pedido a nueve comités que aportasen capital para la creación de la Compañía del Este Europeo. Cinco de es-

47. Carta al doctor Koebe, 30 de mayo de 1944, AN, *AJ 40* 838, dr. Personal de las compañías de seguros.

48. Doctor Michel, «Vermerk», 17 de marzo de 1943, AN, *AJ 40* 779, dr. 1.

tos comités no responden. Otro comunica que la situación militar desaconseja «apresurarse en la creación de la compañía» y pide un plazo de reflexión. Tres comités (obras públicas, industria hotelera e industrias químicas) aportan capital. Ciertamente, este episodio no tiene otra consecuencia que la creación de una nueva «Compañía de las Indias Orientales», pero muestra que Vichy todavía no había perdido totalmente el apoyo del mundo empresarial.[49]

49. Documentación en AN, 72 *AJ* 1.928.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] [redacted] [illegible]

[illegible]

Capítulo 16

Los grandes industriales

Después de la guerra, una imagen vino a resumir la actitud de los industriales durante la ocupación alemana: los almuerzos de La Table Ronde, las habituales reuniones de hombres de negocios de Francia y Alemania en el Ritz. Los «almuerzos de la traición», se decía entonces, ¡y vaya invitados! La flor y nata de la industria agasajando al ocupante y celebrando con los mejores vinos los beneficios de su consorcio. Triste imagen a la que cabría añadir, en un rincón, un puñado de muertos de hambre contemplando con resignación estos vergonzosos ágapes.

Como sus colegas de los otros países ocupados, los empresarios franceses se enfrentaron al drama de los pueblos sometidos en la época de la guerra industrial, cuando la ayuda brindada al ocupante puede acelerar su victoria y convertirlos definitivamente en esclavos. En la Europa nazi, el rechazo o la abstención no se presentaron nunca como la norma de comportamiento a seguir, ni siquiera allí donde la política alemana fue mucho más brutal que en Francia. Lo más común fue buscar la manera de sobrevivir sin tener que ofrecer al ocupante una ayuda demasiado grande. Equilibrio difícil, pues la balanza se inclina fuertemente de un lado, poniendo las cosas difíciles a los empresarios que, en esta situación, obtienen beneficios.

A finales de 1941, 7.000 empresas francesas ejecutan pedidos alemanes, civiles o militares. En 1944, esta cifra se ha duplicado.[1] Seguramente, entre ellas están la mayoría de las empresas de más de 50 empleados (en 1936, 279 empresas tienen más de 1.000 empleados, 2.473 entre 200 y 1.000, 9.188 entre 50 y 200) y parte de las empresas que tienen entre 25 y 50 empleados. Dicho de otro modo, la gran mayoría de los industriales importantes ejecutaron los

1. «Lagebericht des Wi- u. Rü.-Stabes Frankreich», diciembre de 1941, BA-MA, *RW 24* 17. Para una síntesis sobre la situación de las empresas, véase Michel Margairaz y Henry Rousso, «Vichy, la guerre et les entreprises», *Histoire, Économie et Société*, nº 3, 1992, págs. 337-367.

pedidos del ocupante, apoyando directa o indirectamente su esfuerzo bélico. Pero ¿con qué actitud?

Los informes de los servicios alemanes, especialmente los del servicio de armamento de la *Wehrmacht* (el *Wi.Rü.-Stab*), ofrecen algunas pistas. Los primeros contactos fueron difíciles. Hubo muestras de buena voluntad, pero también reservas que en ocasiones estuvieron cerca de la resistencia pasiva. Los industriales rechazaron los pedidos de armamento, al menos hasta que el gobierno les dio luz verde. En unas cincuenta empresas, el problema se solucionó nombrando a comisarios alemanes. Fue el caso de los principales fabricantes de automóviles y de la casa Schneider.[2]

En el otoño de 1940, la actitud de los industriales se considera «relativamente positiva», o en cualquier caso mejor que en julio y agosto. Una evolución contraria a la del conjunto de la opinión pública, como subrayan los alemanes.[3] A principios de 1941, sus informes dicen que los industriales dispuestos a integrarse en una economía continental bajo la dirección de Alemania son todavía «pocos, pero cada vez más numerosos». Por razones políticas: las relaciones que se establezcan con Alemania pueden influir en las condiciones de paz, y por lo tanto en el futuro de Francia. Por consideraciones económicas: la industria francesa ha salido perjudicada de la guerra, los pedidos alemanes permiten una rápida reconversión en la producción civil que dará a Francia una posición privilegiada en el mercado europeo de posguerra; una esperanza paralela al temor de los empresarios del otro lado del Rin. Los alemanes, subrayémoslo, no exageran la importancia de este círculo empresarial. Sus mejores aliados en la explotación de la economía francesa, escriben, son «el cansancio y la indiferencia» de una población que ya no cree que merezca la pena discutir de política y que se conforma con pan y trabajo.[4]

En la primavera de 1941, las relaciones entre industriales y servicios alemanes empiezan a normalizarse. En la región A (que abarca el noroeste del país), el *Wi.Rü.-Stab* señala que sus oficinas reciben un mayor número de visitantes. Tras la abstención inicial, se impone una especie de rutina. Los empresarios acuden a estas oficinas para solventar un problema, para pedir ayuda o consejo, para ofrecer sus servicios. Y es que una parte importante de la vida económica de la región depende ahora de los pedidos alemanes.[5]

Este cambio de actitud se percibe con ocasión del Salón Técnico e Industrial alemán, que se celebra de febrero a octubre de 1941 en el Petit Palais. La

2. Nota del 5 de septiembre de 1941, AN, *AJ 41* 73, dr. Comisarios alemanes.
3. «Lagebericht des Wi- u .Rü.-Stabes Frankreich», noviembre de 1940, BA-MA, *RW 24* 15.
4. Informes de febrero y marzo de 1941, *ibid.*
5. «Lagebericht der Rü In A », informe de febrero de 1941, BA-MA, *RW 24* 48.

avalancha de pedidos hacía difícil seguir dirigiéndose directamente a las empresas. De ahí la idea de exponer los productos que se deseaban fabricar y dejar que cada cual eligiese. Pese a la propaganda de los CO y la bendición de Vichy (Brinon y Stülpnagel inauguran la muestra), el éxito de la operación no estaba asegurado. Pero los alemanes se muestran encantados con los resultados. Al principio, el Salón se dirige a las grandes empresas capaces de suministrar los productos que interesan a la *Wehrmacht*. El Salón es «un gran éxito»: el 80 % de los 12.000 objetos expuestos encuentran fabricante. Después le toca al sector civil, dirigido a las pequeñas y medianas empresas: en este caso, el 75 % de los objetos expuestos encuentran fabricante. En total, 10.000 empresas de la construcción de maquinaria y de la industria eléctrica, la mayoría de ellas de la región de París y del noreste del país, han pasado por la exposición y presentado 26.000 propuestas de fabricación. Al comienzo, los visitantes se muestran un tanto distantes, pero después se impone una actitud más receptiva y positiva.[6]

Los industriales se han personado en busca de pedidos. Esta situación ya no se parece en nada a la que reinaba después de la derrota. Sin embargo, desde el verano de 1941 los informes alemanes registran un cambio de actitud, que se acentúa a finales de año. Los responsables de la región A afirman que incluso los industriales que hasta entonces eran partidarios de la colaboración, ahora «tienen sus dudas».[7] Hay que decir que las especulaciones sobre los beneficios de la colaboración económica para Francia en general, y para las empresas en particular, pasan de temporada. Los pedidos civiles dan paso a los pedidos militares. Con la *Relève*, los alemanes ya no dudan de la actitud negativa del mundo empresarial, favorecida por la evolución de la guerra, el crispamiento de la opinión y el descontento de los obreros.

Por lo que se refiere a los pedidos, no todos los sectores tienen la misma demanda y sus necesidades también son distintas. El sector hullero, por ejemplo, produce para un mercado en el que la demanda es muy superior a la oferta. Los empresarios del sector aprovechan esta circunstancia para dar salida al carbón de menor calidad, guardando el mejor para poder hacer frente a la competencia después de la guerra.[8] El carbón es esencial para ejecutar los pedidos alemanes, pero no se vende a los alemanes. En cambio, la producción de la metalurgia experimenta un importante retroceso; para sobrevivir, las empresas sólo cuentan con los pedidos alemanes. Así pues, no todos los industriales se encuentran en la misma situación.

6. «Schlussbericht über die Deutsche Technische Ausstellung im Petit Palais zu Paris», 11 de noviembre de 1941, AN, *AJ 40* 775, dr. 5.

7. «Lagebericht der Rü In A », BA-MA, *RW 24* 49.

8. Richard Vinen, «The French Coal Industry During the Occupation», *The Historical Journal*, marzo de 1990, págs. 105-130.

Desde el punto de vista de la lógica empresarial, los pedidos alemanes ofrecen innegables ventajas: supervivencia o incluso desarrollo de la empresa, mantenimiento del nivel de vida y de la posición social de los empresarios y, según se decía al principio, protección de la mano de obra a las puertas del invierno. Estos pedidos permiten reanudar la actividad y, rápidamente, producir al máximo. Los precios de venta, en marcos alemanes, y a veces la adquisición de nuevas técnicas, es decir, de secretos de fabricación transmitidos por el cliente para ajustar la producción a sus propias necesidades, hacen que el atractivo de los pedidos sea todavía mayor. A lo que se añade, a partir del verano de 1941, un aprovisionamiento garantizado de carbón y de materias primas, así como un avituallamiento especial para las cantinas. Todo esto beneficia principalmente a las grandes empresas, que explotan la subcontratación, pues dan trabajo pero no las materias primas; los subcontratados han de arreglárselas para obtenerlas por sí mismos. Con el aumento de la miseria, el cierre de miles de empresas en el marco del programa de concentración y los estragos del STO, los pedidos alemanes se vuelven literalmente vitales.

El optimismo que se respira en el ambiente constituye otro factor de atracción, que se hace sentir sobre todo en 1941. Tras los trastornos de la guerra y de la derrota, la vida económica se reanima y parece normalizarse. En algunos sectores (aluminio, carbón, gas, electricidad), incluso se recupera el nivel de producción del período anterior a la guerra. Alemania está en todo su apogeo, la paz podría llegar muy pronto, el régimen de Vichy ofrece una legitimación y fomenta la colaboración. En estas circunstancias, no es sorprendente que el ocupante perciba una actitud muy positiva hacia la colaboración en los empresarios que trabajan para él. Pero recordemos que sólo la percibía en una minoría. El interés por sus pedidos no significa adhesión, ni alineación, sino simplemente prolongada resignación.

Pero incluso desde el punto de vista de la pura lógica empresarial, los pedidos alemanes no carecen de inconvenientes. En el mercado francés, la demanda alemana conduce a la pérdida de clientes que pueden ser difíciles de recuperar. En el caso de las empresas que fabrican material de guerra, los pedidos alemanes comportan el riesgo de sufrir bombardeos. Por lo demás, tampoco son verdaderamente beneficiosos, sobre todo cuando se suceden vertiginosamente y lo hacen acompañados de indicaciones que obligan a modificar constantemente los procedimientos de fabricación.[9] Y sobre todo, ¿cómo olvidar su precariedad, cómo eludir la pregunta de lo que deparará el futuro en una

9. Peter Lessmann, «Industriebeziehungen zwischen Deutschland und Frankreich während der deutschen Besatzung 1940-1944. Das Beispiel Peugeot-Volkswagenwerk», *Francia*, vol. 17, nº 3, 1990, pág. 141.

Europa alemana? Es el caso de los industriales que miran a los mercados de ultramar o de aquellos para los que una victoria alemana sólo puede significar un aumento de la competencia. Es el caso de los patronos de la zona prohibida, que cuentan con un empeoramiento de su suerte, o de aquellos a los que el vencedor está ya perjudicando, como ocurre en la siderurgia, explotada al máximo, saqueada. No puede sorprender que un François de Wendel, pese a su conservadurismo, esté en contra de la ocupación y de Vichy.[10] Lo mismo puede decirse de Schneider, a quien las conquistas alemanas han arrebatado todas sus posiciones en Europa.

Los industriales dejan traslucir sus reparos constantemente, y de todas las formas posibles. Piden anticipos considerables, lo que los alemanes interpretan como la voluntad de inmovilizar el menor capital posible en este tipo de negocios.[11] Tratan de reducir al mínimo cualquier apariencia de cooperación voluntaria: Peugeot, fuertemente pétainista hasta 1942, no acepta ni el reparto de raciones adicionales ni la difusión de propaganda alemana en la fábrica.[12] Se muestran «extremadamente cautos» ante los esfuerzos de penetración de capital alemán, tanto es así que el número de tratos que llegan a cerrarse es bajísimo.[13] Se niegan rotundamente a cooperar en el reclutamiento de mano de obra, incluso en 1940 y 1941, cuando se generaliza el subempleo. A finales de 1941, el servicio de armamento habla del «sentimiento mayoritariamente nacionalista» de los industriales, que se niegan a contribuir a la economía de guerra alemana más allá de lo necesario para la supervivencia de Francia.[14]

Cuando comienza la requisición de mano de obra, los industriales defienden a sus obreros, movidos al mismo tiempo por intereses empresariales, por patriotismo y por la voluntad de preservar la paz social. En el amplio sector que trabaja para Alemania impera un acuerdo tácito y tenso entre patronos y obreros. Las aproximadamente 15.000 empresas de 1944 dan empleo a 1.500.000 obreros, a los que hay que sumar los 660.000 del ámbito de la subcontratación,[15] esto es, un 20 % de la población masculina activa (de 1936). La mayoría de estos trabajadores están exentos del STO, lo que provoca una con-

10. Philippe Mioche, «Les sidérurgistes», en Azéma y Bédarida (comps.), *Vichy et les Français*, *op. cit.*, págs. 604-605.
11. Informe final del *Groupe banque*, AN, *AJ 40* 820.
12. François Marcot, «Les ouvriers de Peugeot, le patronat et l'État», en Peschanski y Robert (comps.), *Les Ouvriers en France pendant la Seconde Guerre mondiale*, *op. cit.*, págs. 252-253.
13. Doctor Giebel a RWiM, 28 de mayo de 1941, y nota de Schlotterer, 23 de mayo de 1941, AN, *AJ 41* 813, dr. Inversiones de capital.
14. «Kriegsgeschichte des Wi-Rü, 1.Oktober 1940-31.Dezember 1941», BA-MA, *RW 24* 19.
15. *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich (1940-1944)*, *op. cit.*, doc. 221, extraído del informe sobre el período enero-abril de 1944 emitido por el *Feldwirtschaftsamt im OKW*, págs. 310-311.

tinua demanda de empleo por parte de los jóvenes que prefieren trabajar para Alemania en su propio país a hacerlo al otro lado del Rin. Esta solidaridad de conveniencia, de la que nadie se alegra, no impide que la clase obrera se refuerce clandestinamente y prepare la oleada de movilizaciones sociales que tendrá lugar después de la guerra.

Si la mayoría de los industriales ejecutan los pedidos alemanes para salir del paso, siguiendo una lógica empresarial en una situación caracterizada por la fuerte disminución de la actividad, por innumerables impedimentos y grandes incertidumbres —lo que seguramente no excluye la voluntad de obtener beneficios y de prepararse para una posible victoria alemana—, algunos de ellos actúan con avidez o con celo, o incluso aceptan establecer relaciones duraderas con los alemanes. En el primer caso, el objetivo es captar la clientela del ocupante. En principio, la diferencia entre aceptación y solicitud es evidente. Pero en la práctica, esta diferencia se borra fácilmente. La avidez se hace visible cuando se recurre a la publicidad, por ejemplo en la *Pariser Zeitung*. Sería fastidioso enumerar las docenas de empresas —dejando aparte a los empresarios que ponen a disposición sus salas de fiesta y sus restaurantes— que diariamente intentan llamar la atención, la mayoría de las veces empresas mecánicas, siderúrgicas y de obras públicas. Las firmas de la alta costura y de la perfumería, fuertemente afectadas por la paralización de las exportaciones, es verdad, publicitan regularmente sus novedades. ¿A quién puede dirigirse Elizabeth Arden sino a la clientela alemana, cuando subraya en su publicidad «tres veces más barato que en el extranjero»?[16]

Las cosas son todavía más claras cuando, de forma voraz, los industriales aceptan pedidos que conllevan la ampliación del aparato productivo y al abandono de la clientela francesa. O cuando industriales decididos a recuperar la actividad de sus fábricas a cualquier precio, se ofrecen para producir material militar. A Louis Renault, que toma a broma el reclutamiento forzoso de sus obreros, le enferma la idea de una posible requisición de su maquinaria. Para remediarlo, a principios de 1943 se muestra dispuesto a fabricar vehículos oruga y carros de combate. «Sólo importa una cosa, mi fábrica y yo», dice refiriéndose a la *Relève*, «¡que los demás hagan lo mismo!»[17]

En el segundo caso, los industriales franceses se asocian con industriales alemanes. Puede tratarse de la creación de una sociedad de capital mixto, de la formación de un consorcio para construir una fábrica, de un acuerdo para la ex-

16. *Pariser Zeitung*, 9 de abril de 1941.
17. Fernand Picard, *L'Épopée de Renault*, Albin Michel, 1976, pág. 185 (12 de enero de 1943).

plotación de una patente,[18] o de cualquier otra forma de relación duradera. En 1941, varios grandes almacenes de París —Printemps, Samaritaine, Nouvelles Galeries— negocian y, en algunos casos, acuerdan con sus homólogos alemanes (Karstadt, Erwege, Hertie...) la utilización recíproca de las centrales de compra. No se trata de satisfacer las necesidades inmediatas: el contrato entre Samaritaine y Hertie precisa que entrará en vigor con el tratado de paz. Aquí se está pensando en una colaboración a largo plazo, y por supuesto en la inminencia de la victoria de Alemania.[19]

Algunas grandes empresas francesas se asocian con empresas alemanas. Pero la iniciativa viene siempre de estas últimas, como en el caso de IG Farben, el gigante de la industria química. A diferencia de los miles de industriales que se limitan a aceptar pedidos alemanes, en estos casos los interlocutores se conocen, a veces desde hace mucho tiempo, sobre todo porque han formado parte de grandes consorcios monopolísticos. La presión alemana introduce al Estado francés en la negociación, lo que los empresarios aceptan gustosamente, pues su posición suele ser bastante débil. Como son exportadores y tienen filiales en el extranjero, sus empresas se han visto profundamente afectadas por el hundimiento de las exportaciones y la caída de los beneficios. Además, parte de sus fábricas están situadas en la zona ocupada o en países ocupados por Alemania. No obstante, la relación triangular que mantienen las empresas, Vichy y los alemanes presenta casos muy distintos, lo que pone de manifiesto la existencia de una diversidad de actitudes entre los industriales.

El caso de Michelin puede ilustrar la negativa a colaborar con los alemanes, a riesgo de chocar con la política del gobierno. En el verano de 1941, la brusca interrupción de la llegada de caucho desde Indochina pone en marcha una negociación a escala estatal. Alemania está dispuesta a suministrar caucho sintético, buna, a cambio de una participación financiera en el sector francés. El gobierno de Vichy está interesado; piensa en la posibilidad de una futura economía más o menos independiente de los países de ultramar. Michelin, en cambio, no lo está: los alemanes piden la cesión de los activos de la compañía en los países que ellos controlan. Michelin se niega a entregarles su filial belga, e incluso a aceptar una participación minoritaria de los alemanes en dicha filial. Ante esta negativa, los alemanes se interesan por Checoslovaquia y Holanda, pero Michelin vuelve a rechazar su petición, aunque sin darles un no

18. Véase, por ejemplo, el caso Basset en BA-MA, *Wi I A 3* 108, dr. James Basset; el dr. «Licencias» (AJ 40.812) no es muy completo; sobre las obras públicas, véase Dominique Barjot, «L'industrie française des travaux publics», *Histoire, Économie et Société*, nº 3, 1992, pág. 425.

19. Referat Handel, «Deutsch-französische Zusammenarbeit», *AJ 40* 782, dr. 2.

rotundo. Exige garantías de presencia en esos mercados «para después de la guerra», especialmente en el mercado holandés.[20]

La empresa se arriesga a no recibir buna y a verse desfavorecida en el reparto de caucho. «He tomado una decisión: sacrificar el presente para salvar el futuro», declara en agosto de 1941 uno de sus directivos refiriéndose a la filial belga. Una decisión de carácter político que sólo tiene sentido en función de una previsión, si no de una derrota alemana poco probable (así lo sugiere la referencia a la posguerra), sí de una victoria que no sea absoluta. Económicamente, dadas sus fuentes de aprovisionamiento, Michelin no puede por menos de desear la victoria de Inglaterra. Además, lo que se le propone es perder sus posiciones exteriores a cambio de un poco de buna. Interesado en que la negociación sea un éxito, ciertamente Vichy no lo anima a ceder, pero tampoco a resistir.[21] La actitud de Michelin hará que las cosas queden como estaban en un principio.

Otros industriales dan prueba de mayor flexibilidad. En el caso de Francolor, la negociación, que se inicia poco después de la derrota, lleva la huella del espíritu vindicativo de IG Farben. En 1918, la industria alemana pierde el control del mercado francés de sustancias colorantes, una situación con la que no se conforma, pese a la solución formal que se ha dado a la cuestión y a la creación de un consorcio monopolístico en 1927. Ahora es Francia la que ha sido derrotada, e IG Farben pretende recuperar su posición hegemónica agrupando a los principales fabricantes franceses del sector en una compañía de la que ella sería la principal accionista y a la que prohibiría exportar, obligándola además a acudir a ella para proveerse de todos los demás productos.

Puestos al tanto de estas pretensiones en una reunión convocada por Hemmen en Wiesbaden, los industriales concernidos apelan al gobierno. Mientras que los primeros quieren evitar una pérdida de control, la preocupación del segundo es impedir que esto siente un precedente. Hemmen acaba aceptando una participación alemana del 51 % a cambio de ciertas concesiones, como la garantía de que esto no sentará un precedente, el nombramiento de un presidente francés y de un número igual de administradores franceses y alemanes. La compañía Francolor se funda en noviembre de 1941 y está presidida por un hombre favorable a las posiciones alemanas.

Los industriales franceses no tenían ninguna baza. IG Farben goza de una superioridad industrial aplastante y no necesita a nadie. Sus relaciones con el MBF le permiten actuar con agresividad, y hasta puede lograr que se paralice

20. El director de industrias químicas, «Note pour Monsieur le Ministre», 11 de noviembre de 1941, AN, *F* 37 32, dr. Buna.

21. M. Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 662-664.

la actividad de las fábricas. Finalmente, se beneficia del clima que reina inmediatamente después de la derrota, cuando las autoridades alemanas todavía no tienen necesidad de extremar la precaución en su trato con los franceses. Los industriales afectados, especialmente Duchemin, director de Kuhlmann, la empresa más importante del sector, no consideran que estén perdiendo el control de sus fábricas. Pero cuando, una vez tomada la decisión, denuncian su «carácter unilateral» y elevan su protesta ante Vichy, su actitud no está libre de ambigüedad. Pucheu reprende severamente a Duchemin, recordándole que fue él quien dejó en manos del gobierno cualquier decisión sobre este asunto. «Si usted no ha dado su consentimiento, tampoco se le ha impuesto nada. Usted no sólo no pidió en ningún momento que cesasen las negociaciones, sino que en sus conversaciones con mis colaboradores, manifestó repetidamente cuánto le preocupaba la posibilidad de una ruptura de la mismas.»[22]

Duchemin traspasó todas sus responsabilidades al Estado. Quizá lo hizo con la mirada puesta en el futuro, por si la guerra se volvía en contra de Alemania. De momento, y gracias a la intervención del Estado, había sido posible frenar a IG Farben. La reanudación de la actividad de las fábricas quedaba asegurada, y a partir de 1942 la producción recupera el nivel que tuvo antes de la guerra, permitiendo el reparto de elevados dividendos. Finalmente, se obtienen condiciones financieras muy favorables: IG Farben paga su participación con parte de sus acciones, que cede a muy buen precio. Además, en 1942 los industriales franceses hacen uso del derecho de participación que acaban de adquirir y se convierten colectivamente en el quinto mayor accionista de la compañía. Esto no solamente equivalía a limitar posibles perjuicios, sino que era una forma de asegurar las ventajas de su integración en el gigante de la industria química alemana, en el caso de que Alemania saliese victoriosa de la guerra.[23]

Con la mayoría de sus filiales en la zona libre, Rhône-Poulenc estaba en mejores condiciones para hacer frente a la avidez de Bayer, una de las integrantes de IG Farben. La compañía alemana reclama indemnizaciones por la imitación fraudulenta de sus productos en el pasado y exige la protección de las marcas. Además, su objetivo es hacerse con el control de la compañía francesa, para lo que pide la creación de una sociedad común de distribución, en la que ella tendría una participación mayoritaria, y una participación minoritaria en el capital de la empresa francesa. Rhône-Poulenc acepta pagar cánones por

22. Pucheu a Duchemin, 23 de abril de 1941, *ibid.*, págs. 650-651.

23. Peter Hayes, «La stratégie industrielle de l'IG Farben en France occupée», *Histoire, Économie et Société*, nº 3, 1992, págs. 493-514, así como su obra, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987.

una serie de productos y, como mal menor, la propuesta de crear una sociedad de distribución (Theraplix, con un 49 % de capital alemán), logrando limitar el poder de ésta sobre sus productos. En suma, mediante el pago de cánones y la creación de una sociedad mixta, consigue proteger su capital, limitar el poder de Bayer sobre la comercialización de sus productos y preservar su derecho a exportar.

Ciertamente, Rhône-Poulenc defiende sus intereses como empresa, pero no sólo está a la defensiva. Si, no estando sus posiciones directamente amenazadas, decide embarcarse en estas negociaciones, es porque considera conveniente procurarse un socio que pueda servir a sus intereses en el caso de producirse una victoria alemana. Además, propone que la cooperación científica y técnica no se limite a la producción de fármacos, sino que se amplíe a los plásticos, las resinas y el caucho artificial, ámbitos que parecen tener un gran futuro y en los que la compañía alemana puede aportarle muchas cosas. Llega incluso a sugerir la generalización del sistema de cánones mediante una participación recíproca en los resultados de explotación de los dos grupos.[24] El vigor con el que invierte en investigación, que le permite duplicar el número de patentes registradas, habla de su interés por ser competitiva, un interés suscitado por la perspectiva del aumento de la competencia en un espacio económico menos protegido que en el pasado.

Alais, Froges et Camargue, más conocida con el nombre de Pechiney, también participa muy tempranamente en las negociaciones. Excepcionalmente, su posición es muy ventajosa, si exceptuamos una fábrica en la zona ocupada y unos activos embargados en Noruega. Siendo una de las empresas líder en el sector del aluminio, dispone de un importante potencial técnico y comercial; posee el 80 % de las acciones del consorcio monopolístico L'Aluminium Français, el resto está en manos de Ugine. El grueso de sus fábricas y de las materias primas está en la zona libre. Y Alemania necesita de ella, pues cada vez es más deficitaria en bauxita y aluminio, tan importantes en el sector aeronáutico, lo que hace que negocie con Vichy varios contratos de suministro. Pechiney, que participa en estas negociaciones, hace algunas objeciones y finalmente se ve obligada a subordinar su punto de vista al del Estado.

Estas objeciones se derivan fundamentalmente de sus intereses empresariales. Los directivos de Pechiney, en particular Raoul de Vitry, su director general, no consideran que deban entregar a Alemania una parte cada vez mayor de su producción, sobre todo cuando el mercado francés podría absorberla.

24. Pierre Cayez, «Négocier et survivre: la stratégie de Rhône-Poulenc pendant la Seconde Guerre mondiale», *Histoire, Économie et Société*, nº 3, 1992, págs. 483-484; del mismo autor, *Rhône-Poulenc 1895-1975*, Colin/Masson, 1988, págs. 147-150.

Temen perder clientela y ser acusados de entregar a Alemania un producto de utilidad para la economía nacional.[25] Tampoco consideran que deban comprometerse por el período de un año, hasta el 1 de febrero de 1942, como estipula el segundo contrato, sin que en éste figure una cláusula de anulación del mismo en el caso de que se firme la paz. Pechiney teme verse con las manos atadas en las negociaciones que podrían tener lugar en un futuro muy próximo. Teme, finalmente, que parte de sus entregas a Alemania sirva para suplantarla ante sus propios clientes. En abril de 1942, un directivo de la compañía solicita que el aluminio suministrado se destine «a cubrir necesidades exclusivamente militares» y no a sus «fieles clientes». Antes aviones para el Reich que perder un mercado exterior.[26]

En 1941, Pechiney participa en otra negociación, en la que, siguiendo la misma lógica empresarial, adopta una posición diferente. Si en el caso de los contratos de aluminio intenta frenar al Estado, tanto en cuestión de cantidades como de plazos, en este caso intenta arrancarle un compromiso mayor del que aquél está dispuesto a considerar. En junio de 1941, L'Aluminium Français informa al gobierno de que un consorcio alemán desea construir una fábrica de aluminio en el sur de Francia, proyecto en el que los alemanes estarían dispuestos a admitir como socio a Pechiney a cambio de una participación substancial en la nueva empresa; en caso de negativa, la fábrica podría construirse en Yugoslavia. El grupo pone el expediente en manos del gobierno, señalando al mismo tiempo su preferencia: habría que aceptar. Primer argumento: la duración de la construcción, la fábrica no estará acabada antes de finales de 1942: «Así pues, no parece que este proyecto pueda influir en la guerra». Segundo argumento: una negativa conduciría a la construcción de esta fábrica fuera de Francia, debilitando la posición de la industria francesa en la ordenación de los mercados después de la guerra. Los alemanes suministrarían el material para la construcción de la fábrica, pero a cambio, sugiere L'Aluminium Français, habría que pagarles con unas obligaciones que sólo se transformarían en acciones «en el momento y en la medida en que se llegase a un acuerdo sobre el reparto del mercado mundial del aluminio».[27] Mediante una participación inicialmente acordada, pero aplazada y condicionada en su realización, el grupo francés quiere lograr que, cuando llegue la paz, los alemanes negocien una ordenación de los mercados que no dañe sus intereses.

25. Resumen del informe de la junta general de accionistas, *La Vie industrielle*, 12 de noviembre de 1942, pág. 6.

26. Véase AN, *F* 37 32, dr. Aluminio, y Margairaz, *L'État, les Finances et l'Économie*, *op. cit.*, págs. 624-628.

27. Jean Dupin al ministro de la Producción Industrial, 11 de junio de 1941, AN, *F* 37 32, dr. Construcción de una fábrica de aluminio.

Los responsables de Vichy comparten el punto de vista de los industriales en lo que respecta a las ventajas de la operación. Pero, temiendo que se repita el caso Francolor, consideran necesario limitar al mínimo la participación alemana. El 4 de septiembre, los directivos de Pechiney presentan a Barnaud las bases del acuerdo al que han llegado con los industriales alemanes. El director general de la fábrica sería francés, el 60 % del capital sería francés y el 40 % alemán, con un posible incremento del 10 % para los alemanes en el caso de llegar a un acuerdo satisfactorio sobre el reparto de los mercados exteriores. Toda la producción de la fábrica estaría reservada para Alemania mientras durase la guerra. Los delegados del gobierno objetan que esta participación alemana es excesiva. Los industriales explican que las elevadas exigencias del gobierno alemán responden a la importancia militar de esta producción. Por otra parte, añaden, y de este modo revelan sus verdaderas intenciones, que «convendría que los alemanes participen lo más posible en este negocio, cuyo futuro después de la guerra no parece estar asegurado, pero sin perder las riendas de la nueva compañía».[28]

Los directivos de la empresa tratan de vencer en todos los frentes. La construcción de la fábrica en Francia les daría más peso en la negociación de la paz, pero probablemente conduciría a una sobreproducción, por lo que sería arriesgado invertir en ella. Una participación alemana importante permitiría compartir ese riesgo y mejoraría la posición francesa en la ordenación de los mercados. Pechiney prepara una especie de pequeño tratado de paz industrial, en el que aúna el deseo de conservar el control sobre el capital y la voluntad de optimizar sus intereses financieros y comerciales. Por su parte, los responsables del gobierno se quedan «estupefactos» al descubrir que la empresa puede levantarse con capital francés. Esto hace que consideren la posibilidad de una participación del Estado, para horror de sus interlocutores, que ven despuntar la nacionalización y les ordenan volver a discutir el proyecto con los industriales alemanes, quienes renuncian sin dificultad a una participación inmediata.

Según el nuevo acuerdo, que cuenta con la aprobación de Vichy, la fábrica será construida por el grupo francés y financiada con la ayuda del Estado, mientras que los alemanes se encargarán de suministrar los materiales de construcción. La producción queda reservada para Alemania por un período de diez años. Cuando llegue la paz, las dos partes llegarán a un acuerdo satisfactorio sobre el reparto de los mercados, y en este caso el grupo alemán podrá reivindicar una participación de hasta el 50 %. No obstante, en dos puntos no hay acuerdo: los industriales franceses quieren reducir las próximas

28. Nota de Terray, 4 de septiembre de 1941, *ibid.*

entregas de aluminio y que se ponga fin al embargo que pesa sobre la fábrica de Noruega; como vemos, intentan sacar el máximo partido posible a la negociación. Después, ésta se detiene: el gobierno alemán interviene para exigir una participación inmediata del 50 %; la dimensión política, incluido el prestigio, vuelve a prevalecer sobre el pragmatismo de los industriales. Varios meses después, la negociación sigue en punto muerto, pues ni Vichy ni los directivos de Pechiney están ya dispuestos a que haya alemanes en su consejo de administración; el tema se quedará aquí.

En cada negociación, la lógica empresarial y las consideraciones políticas intervienen en dosis distintas. Pero es difícil dar ejemplos de casos en los que las segundas hayan conducido a decisiones contrarias a la primera, mientras que ésta podía conducir a decisiones que, sin un examen atento, podrían atribuirse fácilmente a las segundas. Así sucede en el caso de Pechiney, cuyos directivos, seguramente partidarios de Pétain, no se distinguen, a diferencia de los de Ugine, por representar las posiciones más colaboracionistas. Raoul de Vitry se convertirá en uno de los pocos grandes empresarios de la resistencia. Pero en 1941, su máxima preocupación es todavía el futuro de su empresa, considerado desde la perspectiva de una victoria alemana inminente. La relativa solidez de su empresa, situación totalmente atípica, hace que no tema tanto la posible competencia en una Europa alemana —en la primavera de 1941, Hemmen llega a declarar que, como la industria francesa del aluminio trabaja a menor costo, sería natural que después de la guerra aumentase su producción y que la industria alemana redujese la suya—.[29] Una afirmación desmentida por la voluntad de control del gobierno alemán. Quizá fue así como Vitry se convenció de la necesidad de resistir.

La adhesión a Pétain de Georges-Jean Painvin, director de Ugine, y de los directivos de Rhône-Poulenc, constituye una de las razones de su mayor inclinación a adquirir compromisos duraderos con los alemanes. En el verano de 1941, y ante el rumbo que tomaba el caso Michelin, ambas compañías negocian con IG Farben la construcción de una fábrica de buna en la zona libre. El caucho artificial solamente tiene interés en el marco de una Europa alemana estable; aquí la inversión prevista es mucho más considerable que en el caso de la fábrica de aluminio; y el tiempo de construcción mucho mayor, puesto que la fábrica no comenzaría a funcionar hasta la primavera de 1945.[30] Los industriales no ignoran la incertidumbre de los mercados, pero los responsables del Estado, encabezados por Bichelonne, consideran que

29. Leroy-Beaulieu a Barnaud, «Entretien avec M. Hemmen», 23 de abril de 1941, AN, *F 37* 1, dr. b.

30. Milward, *The New Order and the French Economy*, *op. cit.*, pág. 105.

vale la pena asumir por entero su financiación. El tema sigue discutiéndose en 1943.[31]

No es sorprendente que la tendencia a la adaptación mostrada por estos grandes industriales en el ámbito económico se prolongue en el plano de sus relaciones con el ocupante. La cordialidad comercial tiene su mejor ejemplo en La Table Ronde, aunque ésta no es más que la punta del iceberg. Del lado francés, es el príncipe de Beauvau-Craon (administrador de empresas, presidente del Círculo Interaliado y del Polo de París) quien toma la iniciativa, secundado por François Dupré (presidente de la sociedad Grands Hôtels associés, director del Plazza y del George V, administrador de Ford), René de Chambrun (abogado del Tribunal de Apelación y yerno de Laval) y, del lado alemán, Carl Schaefer, comisario de la Banque de France.

A partir de febrero de 1942, estos almuerzos reúnen en el Ritz, cada tres semanas, a unos cincuenta alemanes y franceses, aunque los invitados no son siempre los mismos. Los responsables del sector económico de la administración militar y los representantes de grandes compañías alemanas comparten mesa con empresarios franceses, acompañados de ministros (Laval, Brinon, Bichelonne, Bousquet, etc.), políticos (Déat) y periodistas (Fabre-Luce, Morand, Rebatet). Entre estos hombres de negocios, además de distribuidores de materias primas (Henri Fayol) y dirigentes de comités de organización (Raoul Ploquin), hay banqueros (Ardant, de la Société générale; Pose, de la Banque nationale pour le commerce et l'industrie; André Laurent-Atthalin, de Paribas), grandes industriales del sector químico (François Albert-Buisson, de Rhône-Poulenc; el barón Pierre Hely d'Oissel, de Saint-Gobain; Georges-Jean Painvin, de Ugine; Roland Gadala, de Pont-à-Mousson), del sector del automóvil (Maurice Dollfus, de Ford), del sector eléctrico (Pierre de Cossé Brissac, de Matériel électrique; Émile Girardeau, de la Compagnie générale du téléphone sans fil), fabricantes de vinos y licores (André Dubonnet, de Éts Dubonnet; el marqués Charles Melchior de Polignac, de champañas Pommery), propietarios de grandes almacenes (Cognacq, de Samaritaine) y grandes del mundo de la moda (Lucien Lelong).[32]

Se trata del empresariado de los sectores más relacionados con Alemania, hombres importantes que dan muestras de buena voluntad, o que al menos no

31. Véase el expediente de depuración de Ugine, AN, *F 12* 9.595.

32. Según las listas de los asistentes a las reuniones del 13 de mayo, 1 de julio y 28 de octubre de 1942 (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101 b) y de la investigación policial que sucedió a la liberación (AN, *F 12* 9.559, dr. Documentos relativos a la banca).

evitan el trato con los alemanes. Quizá podríamos decir que representan la facción lavalista del empresariado, y no solamente por la habitual presencia del yerno de Laval en estas reuniones, sino por su posición ante la guerra, que Louis Renault resumiría bastante bien en febrero de 1942: éxito de la inminente ofensiva de Alemania en Rusia y probable compromiso de paz entre alemanes e ingleses por temor a una hegemonía norteamericana.[33] Sin duda, sería erróneo ponerlos a todos en el mismo saco y atribuirles firmes convicciones. Su presencia en el Ritz se debe fundamentalmente al interés de los alemanes por su producción, y su actitud es apoyada, cuando no alentada, por la política de Vichy; pero esa actitud también es indicio de un estado de ánimo. Los almuerzos, que comienzan en febrero de 1942, se interrumpen en el otoño de ese mismo año; el desembarco les aguó la fiesta. En enero de 1943, el mismo René de Chambrun parece estar desmoralizado, hasta el punto de decir a Achenbach: «Es duro, esto de colaborar»[34] (en francés en el informe alemán).

Pero otros grandes empresarios no tienen necesidad de almuerzos organizados para relacionarse con los servicios de ocupación. Marcel Boussac, primer fabricante de textiles y primer propietario de caballos de carreras, es un caso tanto más interesante por cuanto no es un empresario de extrema derecha. Es un hombre próximo a Flandin y a Bonnet, con relaciones en el centro izquierda, un industrial al que no le ha ido mal con el Frente Popular. La inflación y los aumentos de salarios favorecieron sus negocios. «Empresario social», se ahorró muchos problemas. Pero Boussac es también ese tipo de empresario que frecuenta los medios políticos para defender sus intereses, un hombre de negocios que no separa influencia política y negocios prósperos, sea cual sea el gobierno de turno.

Después de la derrota, facilita 150.000 francos a Luchaire para ayudarle a fundar *Les Nouveaux Temps*[35], y hace cuanto puede para que vuelva a haber carreras. Sus caballos estarán mejor alimentados que muchos franceses gracias al barón alemán que pone al frente de sus caballerizas. Nombrado miembro del Consejo Nacional, seguramente gracias a Flandin, y destituido en noviembre de 1941, miembro del CO del sector textil, Boussac recupera los favores del gobierno con el regreso de Laval, con quien está en contacto. En París, se lleva bien con todos los servicios alemanes, hasta con las SS, que intervienen para defender sus intereses en un asunto de expoliación de bienes judíos.[36] Después

33. Picard, *L'Épopée de Renault*, *op. cit.*, pág. 143 (27 de febrero de 1942).
34. Achenbach a AA, 7 de enero de 1943, ADAP, E/5, nº 20.
35. Claude Lévy, *«Les Nouveaux Temps» et l'Idéologie de la collaboration*, Presses de la FNSP, 1974, págs. 40-41.
36. Véase el caso de la Société cotonnière du Nord et de l'Est en AN, *AJ 40* 816, dr. 92 b.

de la guerra, Knochen declarará que Boussac les procuraba información «muy importante» sobre la situación económica. Este hombre aprobaba la política de Laval, aunque le reprochaba «no actuar con suficiente energía, y sobre todo descuidar la administración económica del país». «Era partidario de una colaboración absoluta con Alemania para aumentar la producción de Francia, una producción que habría podido beneficiar a ambos países.»[37] Boussac no sale demasiado perjudicado de la ocupación. La depuración apenas le afecta: éste es el trampolín que lo convertirá en el hombre más rico de Francia.

En períodos de normalidad, los empresarios no suelen sentirse atraídos por la política. Durante la ocupación, su actitud sigue siendo la misma. En los partidos colaboracionistas, su presencia es bastante escasa y raras veces están en primera línea. Su presencia es mucho mayor en el Círculo Europeo, fundado por Éduard Chaux en septiembre de 1941 y que por entonces se denomina «Comité de Colaboración Económica Europea». Una asociación única en el panorama parisino, pues es la primera que integra en pie de igualdad a franceses y alemanes, así como a hombres de los países del Eje. En el comité de honor figuran Laval, Brinon, Schleier, Achenbach, el doctor Michel, los cónsules de Italia, España, Hungría y Portugal, así como Déat, Doriot y hombres similares. Hay muy pocos hombres de negocios: Gabriel Cognacq, director general de Samaritaine, André Dubonnet, administrador de Éts Dubonnet, y René Lalou, presidente de Mumm y de Éts Dubonnet. Y por lo que se refiere a sus socios, cuyo número probablemente nunca superó los 1.500, alrededor de 200 son directivos de empresas. Hay muy pocos nombres conocidos: un director de Éts Kuhlmann y algunos diseñadores de moda, entre ellos Jacques Fath y Nina Ricci.[38]

La máxima preocupación de los patronos es que su empresa funcione. Pero cuando entran en política, sus intereses como empresarios no son siempre lo fundamental. Después de la derrota, Eugène Schueller, combativo empresario de los años treinta, desempeña un papel importante en el Movimiento Social Revolucionario de Deloncle. Schueller pretende reformar la economía, cree que ha llegado la hora de hacer triunfar la idea del salario proporcional. La política no es un trampolín para sus negocios. Las empresas que dirige, en particular Oréal, cuyo volumen de negocios se cuadruplica entre 1940 y 1944, prosperan gracias a la demanda francesa. Schueller no acepta pedidos alema-

37. Audiencia del 6 de enero de 1947, AN, *3 W* 358. El caso Boussac quedará cerrado. Véase Marie-France Pochna, *Bonjour, Monsieur Boussac*, Laffont, 1980.

38. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.122 y 1.309; el expediente de depuración de Chaux contiene un fichero con unas 1.000 fichas, AN, *Z 6* 249 y 250. Chaux era un heredero (banca, hostelería) arruinado a principios de los años treinta, que tendrá inmediatamente un importante papel en los círculos partidarios de la planificación de la economía.

nes hasta finales de 1942. Con estos pedidos, poco voluminosos, pretende reducir la requisición de mano de obra. Y en esa misma fecha se retira de la política.[39]

Los empresarios suelen aceptar la evidencia de los hechos, aunque algunos son más obstinados que otros. El empresario de Billancourt, por ejemplo... En septiembre de 1943, después del tercer bombardeo, uno de sus ejecutivos admite que la situación ya no da más de sí. «Louis Renault, que ahora está convencido de que la victoria ha cambiado de bando, parece querer valerse de este último bombardeo para ocultar sus responsabilidades, las presentes y las pasadas. Antes de volver a ponerse en marcha, quisiera que las autoridades alemanas tomasen una medida de fuerza a la que pudiese apelar para defenderse en caso de necesidad.»[40]

39. AN, *Z 6* N.L. 11.108.
40. Picard, *L'Épopée de Renault*, *op. cit.*, pág. 214 (23 de septiembre de 1943).

Capítulo 17

La banca

Los banqueros ejercen discretamente su profesión. Pero hay veces que su discreción deja bastante que desear, pues no siempre garantiza la corrección de sus decisiones. Paul Baudouin pasó de la Banque d'Indochine al gobierno, posteriormente los agentes de la banca Worms colocaron la bandera de la «sinarquía» sobre Vichy. Faltaba muy poco para levantar las velas de la sospecha, ya hinchadas antes de la guerra. La izquierda, al igual que cierta derecha anticapitalista, estaba convencida de las fechorías cometidas por «doscientas familias», los accionistas de la Banque de France, acusadas de haberse apoderado de la economía francesa. La banca se caracterizaba por la concentración, lo que no hablaba precisamente a favor de la profesión. En los años treinta, de los aproximadamente 2.000 bancos existentes, sólo 6 (la Société générale, el Crédit lyonnais, el Comptoir national d'escompte de Paris, el Crédit commercial de France, la Banque nationale pour le commerce et l'industrie, el Crédit commercial et industriel) concentran el 60 % de los depósitos.[1] Otras instituciones, los bancos de negocios (la Banque de Paris et des Pays-Bas, la Banque de l'Union parisienne) y la gran banca (Neuflize, Mirabaud, Vernes, Rothschild...), especialistas en gestión de fortunas, inversiones del Estado e inversión industrial, gozaban desde hacía tiempo de la reputación de fuerzas ocultas.

En este círculo de hombres poderosos, donde la época de los herederos toca a su fin, predomina un orleanismo teñido de reacción. La República es tolerada, pero sólo si se supedita al liberalismo (antes de la guerra, la mayoría de los banqueros no estaban por una organización corporativa de la profesión).[2] Aquí, como en otras partes, el autoritarismo va ganando terreno. Las quiebras, con-

1. Véase Henri Laufenburger, *Les Banques françaises depuis 1914*, Sirey, 1940; Jean Bouvier, *Un siècle de banque française*, Hachette, 1973; Hubert Bonin, *L'Argent en France depuis 1880: Banquiers, financiers, épargnants dans la vie économique et politique*, Masson, 1989.

2. Véase Claire Andrieu, *La Banque sous l'Occupation: Paradoxes de l'histoire d'une profession*, Presses de la FNSP, 1990.

secuencia de la crisis, restan fiabilidad a la banca privada. Ésta sufre, además, la competencia de las entidades públicas y semipúblicas, que cada vez absorben mayor número de depósitos. A esto hay que sumar la amenaza de un control estatal, que se hace insoportable cuando el Frente Nacional toma las riendas del Estado. Signo de los tiempos, muchos de los grandes bancos, y especialmente la gran banca, pero también la Banque nationale pour le commerce et l'industrie y la Banque d'Indochine, apoyan económicamente al PPF de Doriot entre 1936 y 1938,[3] pero también a la derecha moderada, que es su preferida durante mucho tiempo. La profesión estaba en el punto de mira, y después de la guerra fue acusada de haber contribuido al buen funcionamiento de la maquinaria de explotación enemiga. Mientras avanzan las nacionalizaciones de los grandes bancos de depósito, algunos grandes de la banca, como Henri Ardant y Gabriel Le Roy Ladurie, reflexionan en prisión sobre la grandeza y la miseria del oficio de banquero.

En cuanto llegan, los alemanes crean un Servicio de Control de la Banca. Omnisciente y omnipotente, este servicio puede suspender, cerrar o trasladar a su antojo. Introduce comisarios en los bancos judíos e ingleses. Lo examina todo: balances, valores, depósitos de divisas y de metales preciosos. Por comodidad, toma a su servicio a la principal asociación profesional, la Unión Sindical de Banqueros de París y de la provincia. Convertida en su secretaría, ésta se dedica a enviar circulares y cuestionarios, lo que le permite ahorrarse personal.[4] Cuando la profesión quede organizada, dos funcionarios alemanes, en vez de los ocho del principio, bastarán para supervisar el sector y a sus 80.000 empleados.[5] A principios de 1941, se produce el arresto de doce directivos del Crédit lyonnais, acusados de haber intentado sustraer al recuento de divisas unas cajas de caudales de sus clientes.[6] Pero este tipo de incidentes es muy poco habitual.

Tras varios meses de indecisión, la política alemana opta por una línea moderada. En parte, esto es consecuencia de las muestras de buena voluntad del lado francés. Pero, ante todo, es el resultado de la toma de conciencia, del lado alemán, de las ventajas que comporta actuar con prudencia. Los responsables del sector en la administración militar, que también proceden de la banca, ha-

3. Dieter Wolf, *Doriot*, Fayard, 1969, pág. 212.
4. «Bericht über die Tätigkeit des Bankenaufsichtsamtes in Paris (Juli 1940 bis August 1941)», AN, *AJ 40* 822, dr. 4.
5. Informe final del doctor Koebe, AN, *AJ 40* 820, dr. 2.
6. Nota de la embajada del 1 de marzo de 1941, PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich: Paket 7 Finanzwesen* 20, vol. 2.

cen prevalecer sus puntos de vista. Aunque exigen que Vichy les autorice a abrir sucursales de bancos alemanes y a obtener participaciones en las entidades francesas, en la práctica abandonan estas ideas. No conocen suficientemente los circuitos financieros del país: todo intento de derivar el ahorro francés hacia entidades alemanas parece estar condenado al fracaso. Además, ¿qué puede obtenerse por la fuerza? Es preferible actuar con prudencia, prepararse para el futuro llegando a acuerdos con las autoridades francesas y estando en contacto permanente con las grandes figuras del sector.[7] A diferencia de lo que sucede en Bélgica y en Holanda, en Francia los alemanes se conforman, excepto en dos casos, con abrir simples delegaciones. Seis bancos alemanes, con apenas una veintena de empleados llegados desde el Reich, se instalan en París durante la ocupación.[8]

La banca francesa se encuentra en una situación extremadamente favorable. Aquí no hay requisiciones de maquinaria ni de materias primas, ni «mandatarios industriales» instalados en las empresas, ni presiones para abrirse al capital del vencedor o renegociar mercados. Tampoco hay competidores ávidos de apoderarse de los despojos judíos o británicos, como ocurre en el sector de los seguros. Finalmente, el temor de que se produzcan importantes pérdidas en el extranjero es inexistente: en este ámbito, las filiales son poco numerosas, el único riesgo viene del lado de las participaciones. Aunque el ocupante sigue teniendo en sus manos la forma de imponer su voluntad, aquí las posibilidades de reanudar el *business as usual* son mayores que en cualquier otro sector.

Mientras la política alemana encuentra su línea de actuación, los banqueros franceses organizan su profesión. Ahora aceptan de buena gana la reglamentación que tanto les repugnaba antes de la guerra. La presencia del ocupante, su política de control, el riesgo de confiscación, así como la orientación tan poco liberal del nuevo régimen francés, son factores que llevan a aceptar una reglamentación, que hay que adoptar antes de que otros la impongan. Un factor adicional es la perspectiva del nuevo orden europeo, responsable de la aproximación a la estructura del sector bancario alemán. En septiembre de 1940, el artífice de la nueva organización profesional la justifica apelando a «la posibilidad de integrar nuestra economía nacional en un marco más amplio».[9] Director de la Société générale y vicepresidente de la Unión Sindical de Banqueros, Henri Ardant es un empresario autoritario y paternalista, cuyas opiniones lo inscriben en un catolicismo social reaccionario, de orientación

7. Scheffler al vicepresidente del Reichsbank, 11 de agosto de 1941, AN, *AJ 40* 833, dr. 5.
8. «Übersicht über den Einsatz deutscher Firmen im Bereich des MBF», 28 de junio de 1944, BA-MA, *RW 35* 854.
9. Adrieu, *La Banque sous l'Occupation*, *op. cit.*, pág. 155.

antiparlamentaria, cuando no antirrepublicana, y que en 1936 se había declarado partidario de un dirigismo corporativo.[10]

La creación del CO del sector bancario requiere casi un año de negociaciones, pero no con el ocupante, sino con el Estado francés. Ardant, nombrado presidente del comité provisional, defiende un proyecto corporativista y oligárquico. Su propósito es poner el CO en manos de las grandes entidades bancarias y al servicio de sus intereses: limitación de la competencia entre los grandes bancos, supresión del crédito público y semipúblico, estricta definición de la profesión y establecimiento de un capital mínimo que obstaculice la homologación de numerosas entidades, privando a los desafortunados aspirantes de la posibilidad de recurrir. La dureza de su proyecto suscita la crítica de los banqueros defensores del espíritu emprendedor. Asimismo, encuentra la terca oposición de los representantes del Estado y de la Banque de France, poco deseosos de dejar el campo libre a las grandes entidades parisinas.[11] La ley del 13 de junio de 1941, que instituye el Comité de Organización del sector bancario, ratifica el acuerdo alcanzado tras una batalla de proyectos y de contraproyectos: limitación de las competencias del CO a la banca privada, presencia del Estado como autoridad de control y de recurso, establecimiento de un nivel muy bajo del capital mínimo requerido. Asimismo, esta ley conferirá solidez a la organización y homogeneizará considerablemente la profesión, sin duda menos de lo que hubiese querido Ardant, cuyo proyecto pone de manifiesto el impulso xenófobo y antisemita que anima su política de concentración.[12]

Antes de dar su aprobación, el ocupante pidió que la ley recogiese, además de la posibilidad de obtener participaciones en bancos franceses —a reserva de la autorización del Estado francés—, el compromiso de éste de aceptar de oficio el establecimiento en la zona ocupada de aquellas entidades que el MBF considerase convenientes. Dos sociedades de capital alemán resultaron beneficiadas: Aerobank, la única filial de un banco alemán (el Bank der deutschen Luftfahrt AG) implantada en Francia durante la ocupación, cuya misión era financiar los pedidos aeronáuticos del Reich;[13] y una sociedad financiera (la Société de crédits et d'investissements), dotada de un capital de 400 millones de francos y destinada a comprar empresas y obtener participaciones.[14]

Promulgada la ley y constituido el Comité de organización de la banca, el ocupante suprime el Servicio de Control. Tiene frente a él un aparato francés

10. *Ibid.*, págs. 188 y sigs.
11. *Ibid.*, págs. 221 y sigs.
12. *Ibid.*, págs. 195-196.
13. Sobre el *Aerobank*, véase AN, *AJ 40* 824, dr. 3.
14. Para un balance de la actividad de esta sociedad, véase la nota del 17 de junio de 1943 en PA-AA, *Botschaft Paris* 2.405.

fiable, dirigido por un hombre apreciado por todos los servicios de París[15] y que no oculta su voluntad de establecer estrechas relaciones con la banca alemana. En la primavera de 1941, Ardant realiza un viaje oficial a Berlín, y a pesar de que se le cierran algunas puertas, a su regreso declara estar «más convencido que nunca de que la economía francesa debe buscar la colaboración con la economía alemana».[16] En septiembre, Ardant es una de las quince personalidades de la economía y del mundo de los negocios —en su mayoría delegados del gobierno, Bouthillier, Pucheu, Benoist-Méchin, Barnaud, Lehideux, Bichelonne, pero también Painvin (presidente del CO de las industrias químicas), Carmichaël (presidente del CO del sector textil), Marcel Ferrus (presidente de la Federación Nacional de Obras Públicas), Marcel Paul-Cavallier, de Pont à Mousson— invitadas por la embajada a una recepción en honor de Landfried, el ministro de Economía alemán. En la recepción, Ardant expresa sus buenos deseos para el futuro, que Pucheu y Bichelonne confirman inmediatamente. Después de la victoria, afirma Ardant, Alemania deberá ser lo bastante ambiciosa como «para eliminar las barreras aduaneras en el seno del gran espacio económico europeo e introducir lo antes posible una moneda única europea». Landfried manifestará su asombro al personal de la embajada: no imaginaba «hasta qué punto la idea de una economía europea había calado en el espíritu de estas gentes».[17]

Berlín sigue atrayendo a Ardant, y el agregado comercial de la embajada intenta, durante más de un año, que se le invite a Alemania. Ardant, escribe el agregado en marzo de 1942, «no solamente es el banquero francés más influyente del momento», sino también «uno de los franceses más próximos a nuestras ideas». Volviendo a la carga en octubre de ese mismo año, el agregado argumenta que una invitación de la organización de banqueros alemanes afianzaría a Ardant en la línea que defiende y fortalecería su autoridad frente a las críticas de algunos de sus colegas.[18] Pero en Berlín, la idea, aunque agrada a los banqueros, no interesa al Ministerio de Economía, que desconfía mucho de un acercamiento de los sectores bancarios de ambos países. El asunto parece bloqueado cuando, a principios de 1943, la embajada se entera de que Ardant ha viajado a Alemania con el apoyo de las SS. Éstas admitirán que el viaje debía facilitar la venta de una participación francesa en Rumania. Habían ayudado al banquero para recompensarle por la información que les facilitaba,

15. Véanse, por ejemplo, los comentarios de Scheffler en su carta al Reichsbank del 11 de agosto de 1941, *AJ 40* 833, dr. 5.
16. «Lagebericht des Wi- u. Rü.-Stabes Frankreich», marzo de 1941, BA-MA, *RW 24* 15.
17. Nota de Gerstner, 10 de septiembre de 1941, PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich*, R 107 413.
18. Gerstner a RWiM, 17 de marzo de 1942 y 6 de octubre de 1942, PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich*, R 107 017.

como confirmará Knochen después de la guerra: «Ardant nos procuraba toda la información que podíamos desear tanto desde el punto de vista bancario como desde el punto de vista financiero».[19]

Tenemos, pues, una profesión organizada bajo la batuta de los grandes bancos y dirigida por un hombre de plena confianza; un sector que apenas es objeto de la codicia de los alemanes y que, por añadidura, conoce una envidiable prosperidad. Los grandes bancos registran un fuerte incremento de los depósitos, superior al de los precios oficiales hasta principios de 1944. Alza que es el resultado del crecimiento vertiginoso de la masa monetaria engendrada por los gastos de ocupación y por la situación anémica de la economía. Dada la disminución del volumen de negocios, a los bancos les resulta cada vez más difícil emplear estos depósitos en efectos de comercio o en la concesión de créditos, de modo que empiezan a emplearlos en efectos públicos, inflando su cartera de bonos del Estado. Sus beneficios son muy importantes, sobre todo a causa de la intensa actividad del mercado de valores. Desde su reapertura a principios de 1941 hasta principios de 1943, la bolsa experimenta un alza continua. En el mercado de capitales, las empresas aprovechan su buena situación financiera y la caída de los tipos de interés para hacer conversiones, colocar préstamos y proceder a aumentos de capital.

Al mismo tiempo, los resultados de los grandes bancos son muy buenos, incluso excelentes, al menos durante los dos primeros años: fuerte progresión de los beneficios declarados, de las reservas y de los capitales.[20] Después pierden fuerza, se estabilizan o disminuyen; en 1944, la bajada es casi general. Incluso teniendo en cuenta la depreciación de la moneda, durante este período los grandes bancos, cuando menos, logran mantenerse: una situación mucho mejor que la que atraviesa el sector industrial, afectado por la requisición del material y el retraso de las inversiones, pero cuya precariedad a nadie pasa desapercibida.[21]

En esta situación de prosperidad, ¿cómo les va a los «negocios alemanes»? Charles Rist, a la salida de un consejo de administración de Paribas celebrado en agosto de 1942, señala con acritud: «Los negocios son nulos o relacionados exclusivamente con la guerra».[22] La paralización de la economía hizo inevita-

19. Nota del RSHA del 16 de abril de 1943, PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich, 20*, vol. 2; audiencia de Knochen del 6 de enero de 1947, AN, *3 W* 358.

20. Véase Annie Lacroix-Ruiz, «Les grandes banques françaises de la collaboration à l'épuration, 1940-1950: I. La collaboration bancaire», RHDGM, nº 141, enero de 1986, págs. 32 y sigs.

21. Véanse los informes de las juntas generales en *La Vie industrielle* de julio y agosto de 1942.

22. Rist, *Une saison gâtée*, *op. cit.*, pág. 267 (23 de agosto de 1942).

ble que las operaciones «relacionadas con la guerra» ganasen terreno, a pesar de que los responsables de la depuración, que se acercaron para echar un vistazo, ciertamente bastante indulgente, convinieron en que dichas operaciones sólo se tradujeron en una parte muy limitada —entre el 5 y el 15 %— de los beneficios brutos del período. Pero las cifras anuales son más elocuentes, pues demuestran que la mayor parte de estos beneficios se obtuvieron durante los dos primeros años y que en ese momento fueron una parte importante del beneficio global (en el caso de la banca Worms, el 24 % del beneficio neto en 1941);[23] la evolución posterior no refleja tanto una disminución de las posibilidades de obtener beneficios cuanto la voluntad, dictada por la prudencia, de arriesgar menos en este tipo de negocios.

A decir verdad, los beneficios no son lo único interesante. La escasa rentabilidad de las operaciones, en ocasiones deficitarias, también puede contribuir a explicar este estado de ánimo. Si creemos a la defensa de los bancos después de la liberación, la implicación de estos últimos en los negocios alemanes se habría debido fundamentalmente a tres razones. En primer lugar, a la necesidad de servir a los antiguos clientes que aceptaron ejecutar los pedidos alemanes y que, de no ofrecérseles este servicio, lo habrían buscado en la competencia. Argumento que no se sostiene, pues los bancos se esforzaron por captar nuevos clientes entre las empresas que trabajaban para Alemania. En segundo lugar, a la actitud del gobierno francés, que habría incitado a los banqueros a tomar una posición común y que incluso les habría dado órdenes, algo que resulta difícil de comprobar, a diferencia de lo ocurrido en el caso de las sociedades mixtas y en los casos de expoliación de bienes judíos, donde su incitación fue muy real. Una incitación a la que los bancos reaccionaron con una docilidad que fue más allá de la simple obediencia.[24] Y en tercer lugar, al control del ocupante, que hacía imposible un rechazo sistemático, a menos que se estuviese dispuesto a correr el riesgo de que esta negativa provocase el nombramiento de un comisario, que sin duda habría hecho uso de su poder para financiar más ampliamente los pedidos alemanes. Aunque no podemos despreciar este riesgo, no hay duda de que una posición común lo habría reduci-

23. Informe contable, AN, *Z 6* N.L. 74.

24. En enero de 1942, Bouthillier comunica al CO de la banca que no está dispuesto a cubrir a los bancos que concedan créditos a las compañías aeronáuticas que deseen servir a los alemanes, pero subraya que el gobierno está muy interesado en que estos pedidos se ejecuten, concluyendo: «Por consiguiente, creo que es muy importante que los bancos contribuyan en lo posible a la financiación de tales operaciones» (AN, *F 37* 35, Bouthillier a Ardant, 22 de enero de 1942). Sobre el papel del Estado en las sociedades mixtas y en los temas relacionados con la confiscación de bienes judíos, véanse las observaciones de Henry Rousso, «Vichy face à la mainmise allemande sur les entreprises françaises», en Carlier y Martens (comps.), *La France et l'Allemagne en guerre*, *op. cit.*, págs. 486-487, n. 40.

do, haciendo que el ocupante solicitase con más frecuencia los servicios de Aerobank.

La defensa de la empresa, la incitación de Vichy, el control alemán; la importancia de estos tres factores varía en función de las previsiones asociadas a ellos. La coacción alemana era menos real que imaginada, y la sanción tanto más temida cuanto más indispensable se consideraba contar con la benevolencia del ocupante en una Europa alemana. En cuanto a Vichy, su incitación era tanto mejor recibida cuanto menos disgustaba su política y cuanto más futuro parecía tener.

Hasta finales de 1942, ningún banco rechaza el dinero relacionado con negocios alemanes, ni siquiera el Comptoir national d'escompte de Paris, uno de los pocos bancos felicitados por su patriótica cautela durante la ocupación. En octubre de 1942, cuando la delegación del Commerzbank en París solicita condiciones más favorables para sus operaciones, el Comptoir national reduce inmediatamente sus comisiones, comunicándole: «Deseamos vivamente que la mejora de nuestras condiciones les permita reservarnos nuevos negocios, a los que siempre dedicaremos la mayor atención».[25]

Todos los grandes bancos realizan al menos dos tipos de operaciones que los integran en la máquina de la colaboración. En primer lugar, facilitan la liquidación de las participaciones francesas en Europa central y balcánica. Los alemanes se muestran insistentes, y Vichy da luz verde al asunto. La única preocupación del gobierno es obtener compensaciones reales, que prefiere al pago por *clearing*. Los bancos ponen a disposición sus ventanillas; algunos animan a sus clientes, incluso los instigan con visitas. Dan por perdidas sus inversiones, algunas de las cuales se habían convertido en auténticas pesadillas; y a fe mía que los alemanes no miran precios. En diciembre de 1941, Jahan, director general de Paribas, explica a su consejo de administración «las excelentes condiciones» en las que han sido cedidas algunas de las participaciones de su banco «en Europa central, donde las actuales circunstancias nos impiden desarrollar nuestra actividad».[26]

En segundo lugar, los bancos conceden créditos a las empresas que trabajan para Alemania. En particular, ofrecen fianzas que son muy útiles para el ocupante, pues sirven para garantizar los anticipos entregados, que los bancos se comprometen a restituir en caso de incumplimiento del contrato. Los alemanes ganan tiempo, pues pueden ordenar la inmediata ejecución del trabajo sin necesidad de averiguar la solvencia de las empresas a las que hacen sus pedidos. Por su parte, los bancos perciben una comisión dependiendo del riesgo

25. Boyer a Stiehr, 13 de octubre de 1942, AN, *32 AQ* 46.
26. Consejo de administración del 23 de diciembre de 1941, AN, *F 12* 9.565.

que asumen. Un riesgo que saben que es político y económico al mismo tiempo: según los informes alemanes, hicieron falta muchos estímulos y algunas presiones para lograr la colaboración de los bancos.[27]

Sin embargo, algunas operaciones demuestran complacencia y extrema diligencia. Mencionemos la liquidación de las filiales de Alsacia y Lorena, que la Banque nationale pour le commerce et l'industrie y el Crédit commercial de France (y sólo ellos, aparentemente) tratan de llevar a cabo desde el verano de 1940 negociando con los bancos alemanes. Mencionemos también el importantísimo papel desengañado por ciertas entidades en las transferencias financieras entre los dos países. En el verano de 1940, las autoridades de ocupación, de forma bastante oscura, conceden al Crédit lyonnais el monopolio de la transferencia de los ahorros de los trabajadores voluntarios en Alemania, antes de que el Ministerio de Finanzas, la Société générale, la Banque nationale pour le commerce et l'industrie y Aerobank le eximiesen de cumplir el reglamento de exportaciones, lo que supuso un verdadero trato de favor.[28]

El alcance de otras operaciones es mucho mayor, y aquí hay que romper una lanza a favor del Comptoir national d'escompte, el único gran banco que se mantuvo al margen. Una de las operaciones más importantes es la creación de una sociedad destinada a financiar los negocios francoalemanes en el sector de las sustancias colorantes, el caucho artificial y el aluminio. La propuesta viene de IG Farben, que ya había intentado hacer realidad este proyecto antes de la guerra. En la primavera de 1941, Paribas, la Société générale y la Banque de l'Union parisienne dan su aprobación, mientras que Crédit lyonnais sigue la recomendación del Estado. La reacción de Barnaud es bastante reveladora, y muy próxima a la poca fe del Ministerio de Economía alemán en la colaboración entre los dos países. El gobierno francés, dice Barnaud, podría verse en dificultades en futuras negociaciones, cuando los industriales y las autoridades alemanas traten directamente las cuestiones técnicas y cuando los grupos alemanes y los bancos franceses resuelvan de antemano los problemas financieros.[29] En la primavera de 1942, los cuatro bancos se asocian, pero sin llegar a constituir una sociedad. Su objetivo es «financiar los negocios de IG Farben-Industrie en Francia». La asociación establece su sede en los locales

27. Informe final del *Groupe Banque* del MBF, AN, *AJ 40* 820.

28. A estos cuatro bancos, el Instituto de Moneda Extranjera les abona inmediatamente las exportaciones a Alemania efectuadas por sus clientes, concediéndoles excepcionalmente el plazo de un mes para presentar los documentos justificativos. Estas facilidades tenían como objetivo atraer a nuevos clientes, y así será, y al mismo tiempo daba la oportunidad de obtener una comisión (Lacroix-Riz, «Les grancs banques françaises de la collaboration à l'épuration», *op. cit.*, pág. 28).

29. «Compte rendu de la visite de M. Masson (du Crédit Lyonnais) le 15 juillet 1941»; 21 de julio de 1941, AN, *F 37* 2.

de la Banque de l'Union parisienne y se constituye por cinco años: el Reich todavía parece tener mucho futuro por delante. Esta asociación procurará varios cientos de millones de francos en concepto de créditos a las compañías ligadas al gigante de la industria química alemana, permitiendo que ésta desarrolle sus negocios en el mercado francés.

Algunos bancos dan un paso más y participan en la creación de sociedades francoalemanas. En junio de 1941, por ejemplo, la Banque nationale pour le commerce et l'industrie, la Banque de l'Union parisienne, el Crédit commercial et industriel y la Société générale se convierten en accionistas mayoritarios de la sociedad «L'Industrie cinématographique», de la que los alemanes son accionistas minoritarios. Y en marzo de 1942, Paribas, la Banque de l'Union parisienne y la Banque des Pays du Nord contribuyen en partes iguales al capital de la nueva sociedad Radio Monte-Carlo.[30] En los gasógenos, Paribas lleva la voz cantante, aventajando a su rival, la Banque de l'Union parisienne, que por lo demás hace prácticamente las mismas operaciones, pero corriendo menos riesgos. A los ojos de los alemanes, esta sociedad «nunca ha sido muy *deutschlandfreundlich*» (favorable a Alemania), estando más bien próxima a Schneider.[31]

Paribas se había beneficiado de los empréstitos del Estado en la «Belle Époque», estableciendo relaciones con bancos alemanes que le costaron la acusación de antipatriota durante la Gran Guerra, para después cambiar de rumbo y centrarse en jugosos negocios coloniales y afortunadísimas inversiones industriales en los Balcanes.[32] Desde el principio de la ocupación, Paribas liga constantemente su actividad a negocios alemanes de toda índole, empezando por avalar a la mayoría de las compañías de seguros autorizadas para actuar en Francia (de las demás se ocupó la Société générale). En 1941, crea con una empresa alemana la Société des gazogènes Imbert y la Société de carburants français pour gazogènes, una decisión basada en la previsión de una futura economía continental capaz de prescindir de los suministros petroleros anglosajones. La duración de la guerra hizo que la primera sociedad fuese rentable; la segunda supuso una pérdida de al menos 100 millones de francos.[33]

¿Puede sorprendernos que la gran banca se situase a la cabeza de la colabo-

30. En relación con la primera sociedad: Ardant deseaba que la participación de los bancos tomase una forma colectiva, a través del Comité de la Banca. Pero acaba haciendo caso a Barnaud, que considera preferible que el CO no patrocine una sociedad destinada a funcionar como todas las sociedades privadas. Así pues, cada banco debió decidir su participación (véanse las notas del 17 y el 22 de abril de 1941, dr. Informes Terray, AN, *F 37* 2). En relación con la sociedad Radio Monte-Carlo, véase AN, *F 37* 27.

31. Nota del 12 de abril de 1943, *AJ 40* 823, dr. 1.

32. Véase Philippe Marguerat (con la colaboración de L. Jilek), *Banque et Investissement industriel: Paribas, le pétrole roumain et la politique française 1919-1939*, Ginebra, Droz, 1987.

33. Véase *F 12* 9.565, dr. Paribas.

ración? Habida cuenta de sus importantes intereses en los países de Europa central y oriental, la cesión de títulos franceses en el extranjero le concernía en el más alto grado. Y dada su amplia labor de asesoramiento y cooperación con el Estado francés, cuya acción exterior se jactó de respaldar cuando le tuvo en cuenta, lo sorprendente habría sido que se hubiese arriesgado a poner inconvenientes. Pero, en verdad, al igual que en el caso de Ardant, al oportunismo profesional se sumaron las preferencias políticas. Laurent-Atthalin, director general de Paribas, mantenía posiciones claramente colaboracionistas, y el retorno de Laval lo envalentonó considerablemente. Tanto es así que, el 12 de septiembre de 1942, manifestaba a Charles Rist «que deseaba colaborar a fondo con los alemanes».[34]

Fuentes alemanas y francesas prueban la existencia de un compromiso todavía mayor en una minoría de banqueros. El diario de Rist, que pertenece a varios consejos de administración (Paribas, Banque de Syrie, Banque ottomane, Suez), contiene interesantes notas sobre el sentir de algunos de sus colegas: odian la República, se alegran de la humillación que sufre Francia, su obsesión por el comunismo les lleva a decir: «El bolchevismo es mucho más temible que el nazismo, sus posiciones avanzan».[35] En el verano de 1942, Rist cree que la mayoría «espera y desea una victoria aliada». «Los otros son los que se consideran mejor informados o más inteligentes.»[36]

Después de la guerra, Carl Schaefer, el director del Servicio de Control de la Banca, evoca su «amistosa» relación con Pose y Jéquier, los directores de la Banque nationale pour le commerce et l'industrie y del Crédit commercial de France respectivamente, que lo invitan a los grandes restaurantes y lo reciben en su casa. Asimismo, menciona sus almuerzos con Ardant, hombre poco mundano, y los celebrados en el comedor de Paribas.[37] En octubre de 1941, cuando la embajada organiza un encuentro con los responsables de economía del Reich, invita a tres banqueros (Pose, de la Banque nationale pour le commerce et l'industrie; Henry Jahan, de Paribas; Jéquier, de Crédit commercial de France), a los que presenta como «los banqueros parisinos más favorables a Alemania», pues la mayoría de sus colegas no subscriben de forma tan clara la colaboración.[38]

34. Rist, *Une saison gâtée*, *op. cit.*, págs. 272-273. Rist presentó entonces su dimisión de la Banque des Pays de l'Europe centrale.

35. *Ibid.*, pág. 164 (24 de mayo de 1941); pág. 250 (21 de mayo de 1942).

36. *Ibid.*, pág. 267 (23 de agosto de 1942).

37. Declaración del 18 de octubre de 1945, AN, *F 12* 9.559.

38. Nota de Gerstner, 15 de octubre de 1941, PA-AA, *Ha Pol II a Frankreich, Paket* 7 *Finanzwesen* 20, vol. 2.

En estos hombres, su mentalidad, sus convicciones y a veces su prurito político refuerzan su obcecada persecución del éxito profesional y los llevan a manifestar claramente su voluntad de colaboración, pero sin que ésta se traduzca jamás en posiciones cuya rigidez pudiese impedirles retractarse a tiempo. Profesor de derecho convertido en banquero y, según dice uno de sus conocidos, hombre dotado de «una inteligencia superior unida a un orgullo y a una ambición sin límites»,[39] desde la llegada de los alemanes Alfred Pose ha demostrado estar dispuesto a hacer cualquier cosa para defender los intereses de un banco que consiguió levantar con mucho esfuerzo antes de la guerra. Tras lograr que un antiguo miembro del Comité Francia-Alemania haga de puente con las autoridades de ocupación, él mismo se encarga de establecer, a base de deferencias y de pequeños obsequios, cordiales relaciones con el responsable del sector bancario del MBF.[40] En el mundo de los negocios, Pose se muestra igual de consecuente. Un examen de cuentas realizado a principios de 1943 concluirá que la Banque nationale pour le commerce et l'industrie es, «posiblemente», «el banco que más ha contribuido a las buenas relaciones francoalemanas».[41]

Sin embargo, Pose parece haber dudado bastante pronto de la suerte de los alemanes en la guerra, pues a principios de 1941 pronosticaba una victoria anglosajona al término de una larga guerra. En el banco, protege a sus empleados judíos afectados por el Estatuto de junio de 1941, dándoles trabajo fuera de sus locales y pagando su tratamiento.[42] Tampoco ha de sorprendernos que en noviembre de 1942, encontrándose casualmente en África del Norte, se reúna con Darlan, que lo nombra ministro de Economía, ¡qué hombre tan poco fiable! Monárquico de fecha reciente, Pose implica al conde de París en una conspiración que acaba en el asesinato del almirante.[43] La ambición política tiene un coste profesional. En París, los alemanes reaccionan a su desafección poniendo un comisario al frente del banco que Pose quiso impulsar a toda costa.[44]

Al lado de la Banque nationale pour le commerce et l'industrie, Worms parece un enano. Pero su reputación política lo hace más alto. El banco se creó

39. Chéradame al MBF, 22 de marzo de 1943, AN, *AJ 40* 823, dr. 2. Pose es el autor de una obra publicada en 1942 (*La Monnaie et ses institutions*, Presses Universitaires de France, 2 vols.), en la que habla de «Francia en la escuela alemana» (vol. 2, págs. 818-820). En 1953, Chéradame será elegido miembro de la Académie des sciences morales et politiques.

40. Véanse los documentos en AN, *F 12* 9.566.

41. Chéradame en el MBF, 22 de marzo de 1943, AN, *AJ 40* 823, dr. 2.

42. Diversos testimonios en AN, *F 12* 9.564.

43. Coutau-Bégarie y Huan, *Darlan*, *op. cit.*, págs. 696 y sigs.; págs. 716 y sigs.

44. El comisario será cesado algunos meses después por la continua interferencia del banco en los asuntos alemanes y por la destitución de varios directivos de la sociedad, considerados poco fiables (AN, *AJ 40* 823, dr. 2).

para gestionar el grupo Worms, activo en el sector de la construcción naval, los servicios marítimos y el comercio de carbón, además de tener participaciones en más de cien sociedades (entre las que estaba Éts Jappy Frères, de la que Pucheu era director general). Administrada por dos socios gerentes, Hippolyte Worms y Jacques Barnaud, y un socio regular colectivo, la banca Worms llama inmediatamente la atención de los servicios alemanes por sus relaciones con Inglaterra (durante «la drôle de guerre», Worms dirigió el Comité británicofrancés de transportes marítimos) y por la «raza judía» del tercer socio. Pese a la dimisión de este último, el comisario alemán se mantiene en su puesto en virtud de una interpretación muy amplia de las ordenanzas alemanas.[45] El propósito era controlar y seguir presionando a Worms, un grupo cuyas fuertes relaciones con Vichy desataron una ruidosa campaña contra la «Sinarquía» entre los colaboracionistas parisinos.

Gabriel Le Roy Ladurie es el director de la banca Worms.[46] Hábil, experto y satisfecho con su papel de eminencia gris, la reputación política del banco es mérito suyo. Católico y monárquico, apoya sucesivamente a La Rocque y a Doriot, antes de dar su adhesión a Reynaud, al que posteriormente abandona y toma partido por el armisticio. Inmediatamente después de la derrota, se rodea de un equipo cuyos miembros entran en contacto con los servicios alemanes más importantes, la sección económica del MBF y la embajada, donde el 20 de enero de 1941 el equipo cena casi al completo: Le Roy Ladurie, Arrighi, Barnaud, Benoist-Méchin, Drieu, Lehideux, Marion, Pucheu...[47] Semanas después, Darlan integrará en su gobierno a la mayoría de los componentes de la banda.

Los dos comisarios alemanes que se suceden en Worms ofrecen una imagen concordante de Le Roy Ladurie. El primero de ellos, Ziegesar, que procede del Commerzbank, lo considera un gran profesional, el «alma de la casa» después de Worms, y lo presenta como un hombre convencido de la necesidad de una estrecha colaboración económica entre Francia y Alemania. El segundo, Falkenhausen, que procede del Deutsche Bank, lo describe más detalladamente en el otoño de 1941. Según él, Le Roy Ladurie no está ni absolutamente a favor ni absolutamente en contra de Inglaterra. Aprovecha todas las oportunidades que la política de colaboración ofrece a su país y a sus negocios, esforzándose por armonizar su patriotismo, su «gran ambición po-

45. Ziegesar al MBF, 5 de mayo de 1941, AN, *AJ 40* 827 B.

46. Su remuneración anual es de 500.000 francos en 1941 y de 700.000 en 1944 (AN, Z *6* N. L. 74).

47. Sobre el círculo de Le Roy Ladurie, véase Drieu La Rochelle, *Fragment de mémoires 1940-1941*, Gallimard, 1982, págs. 55-56, pág. 77; sobre la cena del 20 de enero de 1941, véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101 a.

lítica» y los intereses económicos de la empresa que dirige, intereses que para él son secundarios. Por lo que se refiere a la cuestión de si optará definitivamente por la colaboración, esto dependerá del desarrollo de las relaciones entre los dos países y de la evolución de la situación militar. Por razones políticas y económicas, Le Roy Ladurie preferiría que Alemania e Inglaterra firmasen un compromiso de paz, que Francia hiciese de intermediaria y que conservase el Imperio. En las preferencias de Le Roy Ladurie, compartidas mayoritariamente por el equipo Worms, reconocemos la concepción de Vichy. También reconocemos la base económica que subyace en esta concepción y que Falkenhausen subraya: a Worms le unen demasiados intereses con los anglosajones como para desear una victoria absoluta de Alemania.[48]

El banquero conocía de primera mano los riesgos de una victoria de este tipo. Durante su primera etapa en Worms, Ziegesar, animado por las victorias alemanas, había despertado el fantasma de la expoliación para justificar la necesidad de una participación alemana en la sociedad.[49] Una posibilidad que Le Roy Ladurie debió de tener en cuenta, pero que probablemente no logró sino reafirmar su voluntad de basar sus decisiones en razones políticas generales, como hizo constantemente a lo largo de su trayectoria profesional. En la primavera de 1941, impulsa un proyecto destinado a desarrollar las relaciones económicas francoalemanas, en el que se hace patente la perspectiva de una Europa de los banqueros y de los industriales. Del lado francés, los interesados son Worms, Jappy Frères, la Davum (la sociedad de comercialización del grupo siderúrgico Marine et Homécourt), Pont-à-Mousson y el Comptoir fluvial du Nord et de l'Est; y del lado alemán, el Commerzbank, Mannesmann y Roechling. Cada una de las partes debía crear una sociedad cediendo el 49 % de sus acciones. La sociedad francesa fue creada en agosto de 1941, pero el proyecto fracasó debido a que el Ministerio de Economía alemán no autorizó la creación de la sociedad alemana. La colaboración no pudo tener lugar.[50]

Le Roy Ladurie no descuida su oficio de banquero, y mucho menos sus relaciones con el Commerzbank, que datan de antes de la guerra y a las que quiere dar un trato preferencial. De ahí el deseo de establecer buenas relaciones personales, por ejemplo regalando libros de su propia biblioteca a uno de los administradores del banco alemán.[51] Y sobre todo el deseo de resultar útil

48. Informes de Ziegesar del 20 de noviembre de 1940 y del 20 de enero de 1941; informe de Falkenhausen, 24 de noviembre de 1941, AN, *AJ 40* 827B, dr. 1.

49. Véase la correspondencia de Ziegesar con Karl Hettlage, AN, *32 AQ* 35 (archivos de la delegación del Commerzbank en París).

50. «Gründung einer französischen Gesellschaft zur Entwicklung der wirtschaftlichen Beziehungen zwischen Frankreich und Deutschland», AN, *AJ 40* 75, dr. 5.

51. Véase AN, *32 AQ* 35, dr. doctor Hettlage.

en los negocios, multiplicando las muestras de buena voluntad. Le Roy Ladurie acepta en dos ocasiones una disminución de las comisiones («Esperamos que sigan teniendo a bien confiarnos una parte importante de sus negocios en Francia...»).[52] Asesora a los clientes del Commerzbank que desean adquirir participaciones en Francia.[53] Propone asociarse para financiar conjuntamente los pedidos alemanes, afirmando que es capaz de colocar hasta 200 millones de francos en pedidos entre sus conocidos.[54]

El banquero extrema la deferencia hasta el punto de facilitar la implantación del banco alemán en el mercado francés. La delegación del Commerzbank en París se instala en los locales de una sociedad financiera (la Société privée d'études et de banque), propiedad de Worms y que Le Roy Ladurie está dispuesto a venderle. El banco alemán se muestra interesado: una sociedad francesa sería más útil que una filial a la que su origen sólo podría perjudicar. Durante los meses de agosto y septiembre de 1941, Le Roy Ladurie hace todo lo posible para obtener la autorización de Vichy, asediando incluso al mismo Bouthillier. Éste teme que la implantación de un banco alemán bajo la tapadera de una sociedad financiera francesa siente un precedente, pero finalmente da su aprobación con tal de que se cumplan dos condiciones: que dicha sociedad no sea vendida a otro banco alemán y que se abstenga de adquirir participaciones en bancos franceses. El Commerzbank acepta ambos requisitos y obtiene el apoyo del MBF, antes de que el Ministerio de Economía alemán le dé un no rotundo.[55]

En 1942, la balanza de la victoria militar empieza a inclinarse del otro lado, enfriando el entusiasmo del banquero, y de todo el equipo Worms, que tras el desembarco en África del Norte carece de representación en el gobierno. En octubre, Falkenhausen comunica que, si bien las relaciones con Le Roy Ladurie siguen siendo cordiales, su voluntad de colaborar se ha vuelto dudosa: el miedo al comunismo lo pone del lado de Alemania, el temor a perder el Imperio lo pone del lado contrario.[56]

52. Carta de la banca Worms a la delegación parisina del Commerzbank, 23 de junio de 1942, AN, *32 AQ* 46.

53. Numerosos ejemplos en AN, *32 AQ* 6, 38, 42, etc.

54. Carta de Stiehr, París, a la sede en Berlín, 25 de septiembre de 1941, *32 AQ* 46. Como ejemplo de sus logros, véase *32 AQ* 42, dr. Moteurs Salmson, *32 AQ* 42.

55. Véase AN, *32 AQ* 42, dr. SPEB. La comparación de los archivos del Commerzbank y de las declaraciones de Le Roy Ladurie durante su proceso resulta muy esclarecedora.

56. Informe de Falkenhausen, 12 de octubre de 1942, AN, *AJ 40* 827B, dr. 1.

Drieu La Rochelle reprochaba a Le Roy Ladurie que tratase «los asuntos del país como trataba los negocios de su banco».[57] Banquero político, ciertamente, pero ante todo banquero, Le Roy Ladurie cambiaba la vela según soplase el viento. A partir de noviembre de 1942, los alemanes observan una mayor cautela entre la minoría comprometida, incluido Ardant. En el verano de 1943 se multiplican las críticas a la Société Générale, que cada vez actúa con más timidez en los negocios alemanes.[58] En calidad de presidente del CO de la banca, Ardant hace todo lo posible para proteger la mano de obra del sector, obteniendo algunos resultados (los empleados le estarán agradecidos y lo apoyarán en el momento de la depuración).[59] En abril de 1944, cuando se revisa esta situación ventajosa, Ardant habla de dimitir, indicando prudentemente a los alemanes que empieza a escuchar protestas contra el sabotaje de la administración francesa. Bastante crispados, los responsables del sector en el MBF consideran la posibilidad de arrestarlo y de sustituirlo por Laurent-Atthalin, antes de calmarse y decidir prolongar su mandato en la presidencia del comité de organización.[60]

Entre bastidores, la resistencia comienza a ser cortejada. En 1943, François Bloch-Lainé, su tesorero en la metrópoli, obtiene una negativa rotunda de todos bancos que visita, pese a haberse dirigido, según precisa él mismo, a las entidades menos comprometidas con Alemania. A principios de 1944, sin embargo, el dinero llega a raudales, al igual que las ofertas de locales y las facilidades administrativas. Muy pronto, el comité financiero de la resistencia se reúne en las oficinas que Paribas pone a su disposición.[61] Cuando se proceda a la depuración de responsabilidades, Le Roy Ladurie argumentará haber desembolsado 4 millones de francos —éste será su mejor argumento, además de la inspección de su domicilio por la policía alemana en marzo de 1944 y su encarcelamiento durante 12 días en Fresnes—.[62] Ardant también comienza a congraciarse con la resistencia a principios de 1944, aunque no duda en entregar 50.000 francos al PPF, sin duda por costumbre.[63] Un cambio de actitud que tiene todo el aspecto de ser una compra masiva de indulgencias.

57. Drieu La Rochelle, *Fragment de mémoires*, *op. cit.*, pág. 80.

58. «Lagebericht über Verwaltung und Wirtschaft Juli/September 1943», *AJ 40* 444.

59. Véase *La Lutte en France contre le travail forcé pendant l'Occupation: Monographie relative aux banques*, FDT, 1949, pág. 62.

60. Documentación en AN, *AJ 40* 833, dr. 1.

61. Bloch-Lainé, «Le financement de la résistance», RHDGM, nº 1, noviembre de 1950, pág. 13.

62. Audiencia del 18 de octubre de 1944, AN, *Z 6* N.L. 74. Le Roy Ladurie pondrá por testigo, entre otros, a Joliot-Curie, a quien desde finales de 1942 había procurado, probablemente con ocultas intenciones políticas, los medios financieros necesarios para hacer avanzar los estudios sobre la radiactividad, ámbito en el que Francia sufría un retraso en relación con otros países a consecuencia de la ocupación (Joliot-Curie, «Note pour M. Denivelle», AN, *F12* 9.566).

63. AN, *F12* 9.569, acusación del fiscal contra Ardant.

Capítulo 18

Bribones y granujas

Además de los empresarios que tienen acceso a los ministerios y a los que los alemanes tratan con cierta consideración, hay toda una serie de honorables comerciantes, de rufianes de alto rango, de gente que quiere prosperar o simplemente salir adelante. Mencionemos a los grandes comerciantes que controlan la distribución de aquellos productos que la escasez ha puesto por las nubes. Aquí no se necesita ni una estrategia empresarial ni un talento especial: basta con situarse a orillas del Pactolo, cerca de la fuente de riqueza. Es el caso del presidente del Grupo Interprofesional para el Abastecimiento de Frutas y Verduras: habiendo exportado productos agrícolas a Alemania antes de la guerra, Vichy le confía la tarea de repartir los pedidos alemanes entre los distintos sindicatos del sector, lo que le reporta un beneficio de 4 millones de francos; en concepto de prima, el ocupante le entrega el monopolio de las exportaciones de frutas y verduras a Alsacia-Lorena. El sector es tan rentable que atrae a otros. Cierto mayorista que hasta entonces se había dedicado a la importación, cambia rápidamente de actividad y empieza a exportar. Su volumen de negocios, que es de unos 10 millones de francos anuales antes de la guerra, ascenderá a los 738 millones durante la ocupación.[1]

Las bebidas alcohólicas también interesan a los germanos. El responsable de la distribución de vinos y licores es de Burdeos, como debe ser. A este bordelés, la ocupación tampoco le preocupa: su volumen de negocios se multiplica por seis. Llama «querido amigo» al responsable alemán de la compra de vinos y acostumbra a hacerle esos pequeños regalos que mantienen viva la amistad. Así, por ejemplo, en mayo de 1942 le regala una caja de «lafite», «un vinito digno de quien lo ofrece y de quien lo recibe».[2] Su relación con el alemán puede serle de mucha utilidad. El 18 de octubre de 1943, nuestro hombre le pide

1. AN, *F 12* 9619, dr. Gilet y Descas.
2. Descas a Boemers, 12 de mayo de 1942, *ibid.*

que ayude a un compatriota que se encuentra en apuros: «Querido amigo: tengo un joven protegido en Stuttgart [...] que es un trabajador civil. Es un voluntario que quiso ir a trabajar a Alemania. Le gusta mucho el país, pero se queja de que no encuentra vino, ni siquiera pagando. ¿Conoce usted a alguien en Stuttgart que quisiese venderle unas botellas de vino francés?».[3]

Al lado de estos honorables comerciantes, individuos salidos de la nada se convierten en millonarios con el mercado negro del ocupante. En cuanto llegan a Francia, los alemanes abren oficinas de compra; cada servicio quiere tener la suya: el Ejército, la Marina, la Aviación, las SS, el contraespionaje militar... El dinero, que procede de los gastos de ocupación, corre a raudales; este dinero hace que emerjan los productos y las mercancías ocultos y que escaseen los recursos que las empresas francesas necesitan para satisfacer los pedidos del Reich. Consciente de este enorme despilfarro, en 1943 Göring no tendrá más remedio que poner fin a esa situación.[4] Otto, la más importante de estas oficinas, fue creada por el Abwehr para darse cobertura y facilitar su financiación. En la primavera de 1941, esta oficina cuenta con 400 empleados. Nada de papeleo, nada de formalidades administrativas, ninguna pregunta: la receta del éxito es muy simple. Muy pronto, las dársenas de Saint-Ouen, tres hectáreas de almacenes cubiertos y de muelles, se quedan pequeñas. Cerca de 200 mozos, muy bien pagados, controlan y cargan las mercancías con destino a Alemania. Después de la guerra se estimará que el volumen de negocios de esta oficina ascendió a decenas de miles de millones de francos. Semejante oportunidad de negocio atraerá auténticas bandadas de comerciantes e intermediarios de todas las nacionalidades, la mayoría con antecedentes penales. Entre ellos hay varios peces gordos, como Joanovici, nacido en Besarabia e instalado en París en 1921; antes de la guerra, este hombre fue uno de los más importantes chatarreros de la región parisina, su volumen de negocios durante la ocupación se estima en 4 mil millones. O Michel Szkolnikoff,[5] judío ruso que se instala en Francia en 1933. Probó fortuna en diversos negocios y fue perseguido por la justicia. La ocupación le brinda la oportunidad de aprovechar su talento, garantizándole una inesperada protección contra la policía francesa y las leyes raciales de los unos y de los otros. Szkolnikoff amasa una fortuna de miles de millones de francos y lleva una vida a todo tren: frecuenta los restaurantes más caros y tiene reservada una mesa en una de las mejores salas de París, donde van a divertirse los miembros de las SS y los militares

3. Descas a Boemers, 18 de octubre de 1943, *ibid.*
4. Para lo que sigue, véase Jacques Delarue, «Les dessous du marché noir», en *Trafics et Crimes sous l'Occupation*, Fayard, 1968.
5. *Ibid.*, págs. 61 y sigs.

corruptos. Cuenta con proveedores de todo tipo; industriales y comerciantes respetables no dudan en reservarle parte de su producción. Todo esto le reporta enormes beneficios, que invierte en oro, joyas y casas, en París y en la Costa Azul: solamente en inversiones inmobiliarias desembolsa al menos dos mil millones de francos, los beneficios obtenidos en tan sólo tres años.

Además de los respetables comerciantes y los traficantes de toda calaña, existen auténticas cohortes de pequeñas empresas que, con tal de sobrevivir u obtener algún beneficio, están dispuestas a trabajar para el rey de Prusia. Son las más numerosas. En ellas, los alemanes encuentran diligentes proveedores que les ofrecen gustosamente sus servicios. Es el caso de algunos fabricantes de conservas, de varios negocios regionales, o el de ese fabricante de resortes de París que, guiado por su sentido de la obediencia, concluye su carta del 6 de enero de 1944 con un «a sus órdenes».[6]

A ciertos sectores, la demanda les atrae tanto como la luz a las mariposas. Los anticuarios, por ejemplo, son un sector tentado por el diablo. Los compradores alemanes acuden a sus tiendas por docenas, y entre ellos hay gente tan importante como Göring. Según un informe elaborado después de la guerra por los servicios secretos norteamericanos, París fue el mercado de arte más activo de la Europa nazi. Prácticamente todos los marchantes hicieron ventas a los alemanes, muchos de ellos aportaron valiosas piezas a la colección del Reichsmarschall, haciendo caso omiso de las órdenes dictadas para salvaguardar el patrimonio nacional. Algunos hasta visitaron a propietarios franceses en nombre de clientes alemanes. Además de los anticuarios, son muchos los nuevos intermediarios que se ven atraídos por un mercado en el que los objetos pasan de unas manos a otras, a menudo con varios ceros de más, antes de salir con rumbo a Alemania.[7]

No menos febril es la actividad que reina en el sector de las obras públicas, donde los neófitos crean empresas para recoger el maná alemán y los veteranos contratan los servicios de representantes o hacen uso de las rebajas y de las gratificaciones con tal de obtener contratos.[8] Fiebre que impera también en el sector del vestido: un pequeño fabricante de sujetadores, dirigente del sindicato del sector, ofrece sus servicios al Commerzbank y recibe tal cantidad de pedidos que, para poder sacarlos adelante, crea el «Consorcio parisino de

6. BAK, *R 121* 893.
7. Véanse los expedientes de depuración en AN, *F 12* 9.629, así como el informe de la OSS, «The Göring Collection», 15 de septiembre de 1945, en *F 12* 9.633.
8. Expedientes de depuración en AN, *F 12* 9.596.

fabricantes de sujetadores», supervisado por el correspondiente sindicato alemán.[9]

Los archivos alemanes guardan cientos de solicitudes dirigidas al «Centro de Organizaciones Económicas Alemanas en Francia», la antigua Cámara de Comercio alemana de París.[10] Estas solicitudes provienen de empresas más bien modestas que desean representar a empresas alemanas. Es la manera de sortear la miseria en una economía en la que la búsqueda del cliente ha dado paso a la búsqueda del objeto vendible. Pero la cosa es menos inocente de lo que parece, pues la adjudicación de los pedidos es mucho más selectiva que en el ámbito de la producción. Aquí, los criterios raciales del régimen nazi son observados con absoluto rigor: ningún judío debe representar a una empresa alemana.

Ante la obligación de presentar un «certificado de raza aria», los candidatos reaccionan de formas muy distintas. Uno de ellos responde indignado que representa a empresas alemanas desde hace cuarenta años y que su palabra de honor debería bastar: solicitud rechazada. Algunos dicen con valentía que, puestos así, prefieren quedarse sin nada. Los miedosos salen con un inesperado deterioro de su salud o con un brusco cambio de su situación. Otros, finalmente, se limitan a interrumpir la correspondencia. Pero la mayoría presenta el certificado, a veces titubeando, como ese oficial que primero esgrime su palabra de honor y después acaba cediendo.[11] Aunque reducido, el número de renuncias es significativo. Algunos se dan cuenta de que la relación comercial que deseaban establecer es una forma de implicarse en un régimen político.

Hay otras formas de engancharse al tren alemán, por ejemplo abriendo el capital de una empresa a la participación alemana. Comparados con las solicitudes de representación, estos casos no parecen haber sido muy numerosos. Algunas ofertas obedecen al deseo de venganza. «Les proponemos, escribe un accionista de dos empresas de papel de fumar, una colaboración leal y sincera y les agradeceríamos que nos librasen de las garras de esos ingleses, judíos y francmasones.»[12] Normalmente, lo que se pretende es salir del paso, como esa familia de El Havre que consiente una participación alemana mayoritaria en su compañía de seguros marítimos con tal de mantener a su antiguo propietario en el cargo de director.[13]

9. AN, *32 AQ* 38, Éts Sandéfo.
10. BAK, *R 9 I* 575-578.
11. BAK, *R 9 I* 578/1, carta del 9 de mayo de 1942.
12. AN, *AJ 40* 816, dr. 77, carta del 18 de junio de 1941.
13. AN, *AJ 40* 816, dr. 83. En este caso, los responsables de la sección de economía del MBF decidieron prescindir de la autorización del gobierno francés, considerando que este trámite daría a conocer el cambio de propietario y arruinaría las posibilidades de desarrollo de la compañía.

Muchas de las propuestas no encuentran quien las acepte. Una firma farmacéutica de París está dispuesta a conceder una participación minoritaria en la empresa a aquella sociedad alemana que le suministre las materias primas que necesita urgentemente para producir sueros y vitaminas. Como comunica su director a la delegación del Commerzbank en París, agradeciéndole haber transmitido a su clientela «los deseos de nuestro Consejo de Administración en lo que respecta a la colaboración»: «Ustedes saben que nuestro objetivo fundamental es asegurar el futuro de nuestra empresa manteniendo fructíferas relaciones con la gran Alemania [...]». Si bien algunas compañías alemanas se muestran interesadas, ninguna de ellas quiere arriesgarse, pues consideran insuficiente la calidad de los productos franceses.[14]

Inversamente, algunos franceses sólo cuentan con su espíritu emprendedor, y esperan que sean los ocupantes quienes les suministren una empresa. El oficio de testaferro está en boga durante estos años; y encuentra candidatos hasta el último momento, como si la coyuntura no le afectase en nada. A lo largo de 1943, el MBF registra 10 participaciones alemanas en empresas francesas que cuentan con la aprobación expresa del gobierno francés y otras 34 operaciones —por un total de casi 120 millones de francos— realizadas de forma encubierta.[15] El MBF no sólo tolera, sino que impulsa una práctica que, en 1941, enfurece al Ministerio de Economía alemán: ¿es el Reich tan poca cosa que se ve obligado a recurrir a intermediarios? A lo que el MBF replica que de este modo es posible burlar la legislación de Vichy y, sobre todo, hacerse con los bienes judíos sin parecer incumplir la promesa de Göring de dejar la parte más suculenta para Francia.[16]

Obviamente, los bienes judíos constituyen el objetivo de los nuevos emprendedores. Al menos 10.000 franceses trabajan durante la ocupación como administradores provisionales de las 40.000 propiedades judías expoliadas. En mayo de 1944, fecha en la que la expoliación se halla en un estadio muy avanzado, son todavía 5.522, junto a 119 comisarios alemanes.[17] Piden trabajo todo tipo de personas, muchas de ellas incompetentes, lo que obliga a la rotación. No podían faltar los antisemitas, como ese hombre que, «convencido de la magnitud de la amenaza judía y de su carácter europeo», expresa al MBF la «satis-

14. AN, *32AQ* 36, dr. Sociedades parisinas de investigaciones bioquímicas, 7 de octubre de 1941.

15. «Lagebericht ü. Verwaltung u. Wirtschaft Okt. Dez. 1943», AN, *AJ 40* 444.

16. Correspondencia en *AJ 40* 814, dr. 1.

17. «Übersicht der vom Generalkommissariat für Judenfrage erfassten jüdische Unternehmen von Aufnahme der Tätigkeit an», 10 de mayo de 1944, AN, *AJ 40* 615, dr. 4. Marrus y Paxton (*Vichy et les Juifs*, *op. cit.*, pág. 146) hablan de un total de 7.400 administradores provisionales nombrados en 1941, mientras que Henry Rousso afirma que son 10.500 («L'aryanisation économique: Vichy, l'occupant et la spoliation des Juifs», *Yod*, n.os 15 y 16, 1982, pág. 60).

facción moral» que siente al comprobar que sus ideas se traducen en actos.[18] Ni los timadores y estafadores, la mayoría de los cuales no son precisamente unos novatos. Ni comerciantes que han tenido un tropiezo y que quieren aprovechar la ocasión para regresar al mundo de los negocios.

Oficialmente, la selección de los candidatos es competencia de Vichy. Pero la mayoría de ellos acuden directamente a las autoridades de ocupación. Entre ellos, un ex combatiente condecorado, el director de una empresa de publicidad que ha tenido algunos tropiezos. «Francés de pura cepa», pide disculpas por no saber escribir en alemán, deficiencia que imagina tiene fácil remedio: «Si me relacionase más con alemanes, pronto podría tener un buen conocimiento de la lengua; el suficiente para leer y entender alemán». Una señora, ex gerente de una tienda de grabados, francesa, católica, abandonada por su marido y con su anciano padre a su cargo, muestra esta misma buena voluntad: «Aprendo alemán y empiezo a desenvolverme un poco».[19]

Además de los testaferros y de los administradores provisionales, están aquellos que sólo cuentan con sus propias manos y las alquilan al ocupante, en Francia y en Alemania. Las fuerzas armadas encuentran sin dificultad la mano de obra que necesitan. En el verano de 1941, el MBF contrata casi 45.000 franceses, en el segundo semestre de 1942 su número asciende a 70.000, en su inmensa mayoría personal de servicio (limpieza, lavandería, enfermería), cocineros, secretarias, intérpretes, mecánicos y chóferes.[20] Cifra a la que hay que añadir los que trabajan en otros servicios alemanes: a finales de 1941, 160.000 obreros trabajan para los alemanes, unos 100.000 en los servicios de la *Wehrmacht*. En 1944, 500.000 personas trabajan en los servicios de la *Wehrmacht* y en la Organización Todt.[21]

Es difícil saber exactamente cuántos de ellos fueron reclutados de oficio o por la fuerza, una práctica que se hizo habitual en los dos últimos años de ocupación. Entre 1940 y 1942, la mayoría de los enrolamientos fueron voluntarios. Como demuestran las crecientes protestas de los empresarios ante una competencia que consideran desleal, decenas de miles de trabajadores decidieron dejar un empleo seguro y entrar al servicio del ocupante. Ciertamente, las

18. Paul Pesquel a MBF, 17 de julio de 1941, AN, *AJ 40* 783, dr. 6.
19. Cartas del 12 de mayo de 1941 y del 8 de junio de 1941, AN, *AJ 40* 621, dr. 2.
20. *Intendant beim MBF*, «Tätigkeitsbericht für die Zeit vom 1.7.1942 bis 31.12.1942», BA-MA, *RW 35* 98.
21. «Lagebericht des Wi- u. Rü.-Stabes Frankreich», informe de diciembre de 1941, BA-MA, *RW 24* 17; *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich (1940-1944)*, *op. cit.*, doc. 221, extraído del informe de enero-abril de 1944 del *Feldwirtschaftsamt im OKW*, págs. 310-311.

condiciones de trabajo vencen cualquier tipo de escrúpulos, sobre todo si éstos no son demasiado fuertes: más sueldo, más trabajo, primas y facilidades de aprovisionamiento. Según la Organización Todt, en noviembre de 1941 un peón gana casi tres veces más que en una empresa francesa.[22]

Otros deciden marcharse a trabajar a Alemania. En marzo de 1941, el número de voluntarios reclutados en Francia ronda los 30.000; en enero de 1942 asciende a 121.653, situándose en 184.652 el 31 de mayo de 1942, fecha en la que empieza la *Relève*. Hasta noviembre de 1940, sólo el 15 % de los trabajadores reclutados son franceses. La mayoría son extranjeros —polacos, rusos, italianos, eslovacos, etc.—, gente más dispuesta a desplazarse, menos comprometida con el destino de Francia, más afectada por el paro a causa de las medidas discriminatorias adoptadas por Vichy. Después, la proporción de franceses aumenta constantemente, superando el 80 % en el verano de 1941.[23] En junio de 1942, el número de trabajadores voluntarios de nacionalidad francesa es de 132.700.[24]

Con la *Relève*, el trabajo voluntario obtiene la aprobación del gobierno: contribuye al retorno de los prisioneros. A partir de octubre, a la presión del Estado y, en ocasiones, a la que ejerce el empresariado, se suma la amenaza de sanciones. En febrero de 1943, el STO impone el trabajo obligatorio a capas enteras de la población. Pero el trabajo voluntario no se interrumpe, y el reducido número de personas que siguen trasladándose al este aumenta durante el último año, cuando algunos colaboracionistas franceses buscan refugio en el Reich. En la primera mitad de 1944, el número de voluntarios es incluso superior al de trabajadores reclutados por el STO (22.247 frente a 18.347).[25] En el mes de julio, 3.500 voluntarios toman el tren de la última oportunidad.[26]

En total, al menos 200.000 franceses se marchan voluntariamente a Alemania (incluidos los 32.530 voluntarios de la *Relève* entre junio y octubre de 1942, antes de comenzar el reclutamiento de oficio).[27] Pero hay que tener en cuenta que la cifra arriba indicada corresponde únicamente al total de traslados efectivos. Al menos un 25 % de los que se presentaron como voluntarios no llegaron a viajar a Alemania: en el examen médico obligatorio fueron des-

22. Jacqueline Sainclivier, «Le poids de la guerre sur l'emploi et la vie des ouvriers en Bretagne (1938-1944)», en *Les Ouvriers en France pendant la Seconde Guerre mondiale*, *op. cit.*, pág. 87. Véase también Rémy Desquesnes, «L'Organisation Todt en France (1940-1944)», *Histoire, Économie et Société*, nº 3, 1992, págs. 535-550.

23. Cifras extraídas de los «Lageberichte» de la *Abteilung I a*. AN, *AJ 40* 433.

24. *Pariser Zeitung*, 5 de julio de 1942, pág. 7.

25. Abetz a AA, 6 de julio de 1944, AN, *AJ 40* 846, dr. MBF C4 LVII IC4.

26. «Wochenkurzbericht für die Woche vom 23.7-29.7.44», AN, *AJ 40* 866, dr. 12.

27. Alan S. Milward, *The New Order and the French Economy*, *op. cit.*, pág. 124, tabla 13. Los datos varían de una fuente a otra, especialmente en relación con este período.

cartados entre un 2 y un 5 %, del resto no se tiene más información.[28] Con todo, teniendo en cuenta su población, Francia se sitúa a la cola de los países europeos occidentales: en septiembre de 1941, por ejemplo, el número de voluntarios franceses asciende a 48.567, mientras que en Dinamarca hay 28.895 voluntarios, en Holanda 92.995 y en Bélgica 121.501.[29]

Los voluntarios son reclutados fundamentalmente en la zona ocupada, sobre todo en la región de París (5 de cada 8 hasta octubre de 1941).[30] Varios miles vienen de la zona libre; en la primavera de 1941, Vichy autoriza que comisiones alemanas recluten trabajadores entre los prisioneros extranjeros. La mitad de ellos son obreros de la metalurgia, más de una cuarta parte pertenecen al sector de la construcción, el resto son mineros y jornaleros. Pero en el convoy del 25 de marzo de 1941, por ejemplo, también hay 2 jefes de comedor, 1 tipógrafo, 7 cocineros, 3 peluqueros y 2 ingenieros.[31]

Las mujeres también pueden enrolarse, y su número aumenta considerablemente en la primavera de 1941. En julio de 1942, de los 77.000 trabajadores de nacionalidad francesa presentes en el Reich, 23.000 son mujeres.[32] En septiembre de 1944, hay 42.654 francesas en territorio alemán.[33] Probablemente, algunas de ellas han aprovechado esta oportunidad para reunirse con sus maridos, que permanecen en Alemania como prisioneros de guerra.[34] La mayoría de estas mujeres trabajan en las fábricas, las demás en el servicio doméstico o en almacenes. Baja formación profesional, lamentable estado de salud. El examen médico es especialmente riguroso con ellas, la preocupación por el posible contagio de enfermedades venéreas es tal que puede llegar a frenar el reclutamiento de mano de obra. Solamente la mitad de las voluntarias superan sin dificultad el examen médico: entre el 10 y el 15 % son descartadas definitivamente, sobre todo por tuberculosis y por enfermedades venéreas (entre el 2 y el 5 %); antes de poder trasladarse a Alemania, un tercio de estas mujeres habrá de someterse a otros exámenes o seguir un tratamiento.[35]

¡Qué extraño que ciudadanas y ciudadanos franceses decidiesen emigrar a Alemania justamente después de una derrota y mientras su país estaba ocupado! Es difícil determinar exactamente los motivos. El paro —según cifras

28. Véanse los informes del doctor Petzsch del 27 de febrero y del 29 de mayo de 1941, AN, *AJ 40* 860, dr. 2.

29. Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter*, Berlín-Bonn, Verlag J.H.W. Dietz, 1985, pág. 99. Una pequeñísima minoría de trabajadores voluntarios fueron perseguidos tras la liberación.

30. Informe del doctor Petzsch, 15 de octubre de 1941, AN, *AJ 40* 860, dr. 2.

31. Véase AN, *AJ 40* 896, dr. 1.

32. Pfahlmann, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene*, *op. cit.*, pág. 134.

33. Herbert, *Fremdarbeiter*, *op. cit.*, pág. 272.

34. Pfahlmann, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene*, *op. cit.*, págs. 32-33.

35. Véanse los informes mensuales de las visitas médicas en AN, *AJ 40* 860, dr. 2.

oficiales, en julio de 1941 hay 230.000 parados— es un factor importante, al menos en un primer momento. Pero después, pese al descenso del paro, el número de trabajadores voluntarios va en aumento. La posibilidad de un mejor salario y de buenas condiciones laborales, aspectos que la propaganda alemana gusta de subrayar (contrato de seis meses, vacaciones pagadas durante dos semanas en caso de renovación del contrato, posibilidad de mandar a Francia hasta 1.500 francos mensuales), es el motivo más importante, sin excluir otros, como la voluntad de cambiar de vida o el deseo de escapar de una situación delicada o difícil.

Partiendo de la escasa información que nos proporcionan los archivos, podemos decir que estos emigrantes solían ser personas a las que la vida no había tratado demasiado bien, gente poco o mal integrada en la familia, en su profesión o en la sociedad. En el Var, por ejemplo, los voluntarios no proceden de las grandes empresas ni son obreros especializados; se trata más bien de un proletariado joven y «heterogéneo», sin formación ni trabajo.[36] Del mismo modo, en la región de París los voluntarios proceden fundamentalmente de medios marginales. Son personas que ven en Alemania su única salida, que se agarran a la idea del sobresueldo y que, sintiéndose maltratadas por su país, pueden estar más o menos dolidas con él.

Maurice Sachs se va a Alemania en el otoño de 1942. Su caso, aunque es extremo en muchos aspectos, no lo es en lo esencial. Colaborador de Gallimard, amigo de Cocteau, de Gide, de Maritain y de Max Jacob, Sachs había logrado hacerse un lugar en las letras parisinas antes de la guerra. Después de la derrota, este hombre se vuelve más inestable que nunca, se gana la vida de forma poco honesta, tira la casa por la ventana y acaba en un burdel para homosexuales. Después, ocultando sus orígenes judíos, se va a Hamburgo.[37] Otras trayectorias, en este caso de mujeres, muestran esa misma inestabilidad. Es el caso de una joven parisina que se marcha a Alemania en 1941, donde es detenida, acusada de complicidad en robo con violencia y condenada a pena de muerte (durante la guerra, los tribunales nazis son inexorables). Brinon intercede en su favor apelando a las circunstancias atenuantes: la madre, una modesta portera, se sacrifica para que la hija pueda hacer el bachillerato, ella se queda embarazada y es abandonada, su hijo muere durante el viaje, tiene grandes problemas de salud.[38] O el caso de una joven huérfana que trabaja como asistenta en la Kommandantur y que sale con militares; la joven se traslada a

36. Jean-Marie Guillon, «Y a-t-il un comportement ouvrier spécifique: Les ouvriers varois», en *Les Ouvriers en France pendant la Seconde Guerre mondiale*, *op. cit.*, págs. 472-473.

37. Véase Henri Raczymov, *Maurice Sachs*, Gallimard, 1988.

38. Brinon a la DFCAA, 24 de agosto de 1943, AN, *AJ 41* 461.

otra ciudad y trabaja como ayudante de cocina en un campamento alemán, después se emplea como asistenta en casa de un oficial que la echa por robo, acabando como criada en la Gestapo local, que la despide por dar cigarrillos a unos prisioneros. A finales de 1943, sin duda con el sentimiento de que ya no tiene nada que hacer en Francia, se marcha a trabajar a Alemania.[39]

Hasta 1942, las razones propiamente políticas no parecen haber tenido demasiada relevancia. Entre la documentación encontrada, hay una carta del 18 de abril de 1941 que dibuja todo un panorama social. La carta está dirigida a la Feldkommandantur del Marne y en ella puede leerse: «Señor, le escribo esta carta para preguntarle si podría ir a trabajar a Alemania y emplearme como peón en una fábrica de armamento o en una empresa de desescombro [...] Tengo 18 años y medio y creo que podría ser útil, pues ya he trabajado 4 meses como peón en una fábrica de Tulle (Corrèze). Si puede, respóndame pronto y así podré colaborar en la defensa de Alemania». Después de dar la dirección de unos labradores del Marne, el joven añade en la posdata: «Espero que me dé buenas noticias, pues me gustaría tener compañeros, soy huérfano y quisiera aprender un oficio para más adelante».[40] Una vez en Alemania, hay voluntarios que se inscriben en la Asociación de Trabajadores Franceses, fundada por la embajada. A mediados de 1942, ésta distribuía regularmente propaganda entre las 21.656 familias de los voluntarios, probablemente las de los miembros de la mencionada asociación.[41] Así pues, podemos decir que hasta ese momento uno de cada siete voluntarios había hecho ya un gesto político, que normalmente se debía a razones económicas, a la necesidad de obtener asesoramiento jurídico o ayuda para sus familiares en Francia.

La dimensión política de esta decisión está en la mente de todos: ¿cómo no ver su alcance político? Cuando no es así, familiares, amigos o vecinos se encargan de aclarar las cosas. En octubre de 1940, el propietario de una finca se entera de que uno de sus inquilinos ha firmado para Alemania y discute con él: «Váyanse al cuerno usted y esos cerdos alemanes». La mujer del voluntario escribe inmediatamente a las autoridades de ocupación denunciando los hechos.[42] En 1941, informes alemanes señalan el ostracismo que sufren los trabajadores voluntarios, ya sea antes de marcharse a Alemania o al regresar a Francia,[43] sobre todo si se muestran orgullosos de su decisión y elogian al país vecino.

39. AD Gard, CC 307/308.
40. BA-MA, *RW 35* 1.157.
41. F. Aubert-Weiss, «Tätigkeit der Abt. Auswertung», 22 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b/2.
42. Carta del 19 de octubre de 1940, AN, *AJ 40* 860, dr. 5.
43. Doctor Kohl, «Anwerbung von Arbeitskräften in Frankreich», 26 de agosto de 1941, AN, *AJ 40 846*.

La estancia en el Reich, que para los voluntarios suele ser su primera experiencia en el extranjero, parece haber sorprendido agradablemente a la mayoría de ellos, al menos durante el primer año. A finales de 1940, un obrero escribe a sus padres: «Cuando llegué a Alemania, me extrañó que se me recibiera tan bien, y aquí la vida es incluso mejor que la que llevábamos en nuestro país antes de la guerra. Pues aquí lo más importante es que todos somos iguales, incluso a la hora de la alimentación, que es muy buena, y los obreros tienen unas cantinas que nunca he visto en Francia. Sólo cuando salimos al extranjero, nos damos cuenta de que en nuestro país siempre se nos ha tomado el pelo, os aseguro que no me arrepiento de haber venido a trabajar aquí».[44] Las autoridades alemanas no dudaban de la opinión positiva de los voluntarios franceses, que llegaron a cifrar en un 90 % a finales de 1941.[45] Su satisfacción aumentaba cuando comprobaban su efecto propagandístico sobre los familiares y los conocidos de los voluntarios.[46]

Pero también hubo quejas. Cientos de voluntarios rompieron sus contratos en la primavera de 1941.[47] La fábrica a la que habían sido destinados no era la convenida, los salarios sufrían retenciones imprevistas, las condiciones de trabajo, alimentación y alojamiento no eran las esperadas. A ello se añadían los problemas de adaptación. Los alemanes, pese a tener una buena imagen de los franceses, mejor que los italianos por ejemplo, no carecían de prejuicios. La vigilancia policial hizo el resto, pues los informes de las autoridades ofrecían una imagen casi caricaturesca de los exiliados: las mujeres son desvergonzadas, los hombres alborotan y son unos desagradecidos con quienes los acogen.[48]

En algunas ocasiones, los trabajadores voluntarios se encuentran con compatriotas. Son encuentros «bastante tensos»: los prisioneros de guerra muestran «una gran desconfianza y un profundo rencor» hacia esos franceses que han decidido vender su trabajo al enemigo que los retiene.[49] Pero algunos de estos presos toman el mismo camino y en 1943 aceptan su «transformación» en trabajadores civiles.[50] De este modo los alemanes confiaban en aumentar su rendimiento y poder utilizar libremente esa mano de obra en la producción de armamento, pues la Convención de Ginebra prohibía la utilización de pri-

44. Otoño de 1940, AN, *AJ 40* 864, dr. 1.
45. MBF a la embajada, 27 de diciembre de 1941, AN, *AJ 40* 864, dr. 3.
46. Julien Papp confirma la eficacia de esta propaganda en el Eure, *La Collaboration dans l'Eure*, *op. cit.*, pág. 168.
47. Véase AN, *AJ 40* 856, dr. 3-5.
48. «Gastarbeiter: Bericht über das vierte Quartal 1941», BAK, *R 41* 264.
49. «Conditions d'existence d'un ouvrier français ayant travaillé en Allemagne», 10 de julio de 1942, AN, *AJ 41* 346, dr. Informaciones diversas.
50. Yves Durand, *La Captivité*, *op. cit.*, págs. 331 y sigs.

sioneros para tal fin. A los prisioneros, esta transformación también les resultaba ventajosa, pues implicaba una disminución de la vigilancia, un salario y sobre todo un permiso de estancia en Francia. Pero tampoco era tan fácil: había que dar el salto, cambiar la estancia forzosa en Alemania por la ambigua condición de trabajador casi voluntario. Aproximadamente 200.000 prisioneros aceptaron su transformación en trabajadores civiles, en unas condiciones que no siempre fueron regulares. Probablemente, el fenómeno hubiese adquirido una dimensión mucho mayor de haberse mantenido la promesa más importante, el permiso de estancia en Francia. Pero los alemanes tuvieron bastante con dos intentos: a finales de abril de 1943, de los 1.000 ex prisioneros que viajaron a Francia, 43 no regresaron a Alemania; en el mes de agosto, de un total de 8.000, 2.000 hicieron exactamente lo mismo.[51]

Finalmente, mencionaremos una forma de trabajo en Alemania que combina trabajo voluntario, del lado de los obreros, y negocios alemanes, del lado de los empresarios. En el otoño de 1940, los alemanes impulsan la formación de equipos de voluntarios reclutados en la misma empresa. Ésta se desembaraza de la mano de obra que le sobra y la conserva para el futuro. La fórmula tiene poco éxito. Hasta agosto de 1941, sólo unas diez empresas se prestan a este juego: en total, algo menos de 3.000 obreros, la mayoría de los cuales pasan a trabajar para IG Farben, empresa capaz de absorber gran cantidad de mano de obra, por lo que desempeñará un importante papel en el sistema de concentración.[52]

Con la *Relève*, la idea cobra fuerza a escala oficial gracias a Laval, pero también a la iniciativa privada. En el otoño de 1942, 6 empresas parisinas de fontanería y techumbre metálica crean una asociación llamada «Panoma». El Gremio de Artesanos de Hamburgo la contrata para restaurar edificios dañados. «Panoma» envía 60 obreros a Alemania; a modo de compensación, estas seis empresas son eximidas de la requisición de mano de obra. Ciertamente, estas empresas entregan parte de sus obreros, pero, a diferencia de las empresas afectadas por la *Relève*, siguen empleándolos: Hamburgo paga a la asociación los salarios de los obreros, más una pequeña suma para cubrir gastos adicionales.

Siguiendo esta misma fórmula, la asociación «Paros» agrupa a 14 empresas parisinas de calefacción, fontanería y techumbre metálica. Firma contratos

51. *Dommages subis par la France*, vol. 9, Monografía D.P.I.: Explotación de la mano de obra francesa por Alemania, págs. 108-110.
52. AN, *AJ 40* 859, dr. 1 y 2.

con dos empresas para trabajar en Alta Silesia, una de ellas es IG Farben. Los socios aportan fondos y se comprometen a poner a disposición determinado número de obreros. Los estatutos prevén un reparto de beneficios entre los socios, una situación que resultó incómoda tras la implantación del STO. Por esta razón, en abril de 1943 se decide repartir los beneficios entre el personal trasladado a Alemania.

A los obreros, sus patronos les habían prometido salarios más elevados, estancia en grupo, permisos frecuentes y su reunión con los prisioneros de guerra transformados en trabajadores civiles. Algunas de estas condiciones sólo fueron cumplidas a medias o incluso se modificaron cuando se creó el STO, que suprimió las vacaciones. En cualquier caso, los obreros traslados a Alemania habían tomado su decisión libremente. Los alemanes cumplieron una de sus promesas: los expatriados serían protegidos de los bombardeos. Los obreros destinados a Alta Silesia, a la fábrica de productos sintéticos de IG Farben, comunicaron su satisfacción de haber sido enviados allí.[53] Bombardeado una sola vez, en julio de 1944, ¿no era acaso Auschwitz uno de los lugares más seguros del Reich?

53. AN, *F 12* 9.610, dr. Panoma et Paros.

[illegible]

Capítulo 19

Sprechen Sie Deutsch?

En el año de gracia de 1759, las tropas del rey de Francia ocupan Francfort. El comandante instala su cuartel en casa de uno de los hombres ilustres de la ciudad, un hecho que este último, importunado y partidario de los prusianos, sólo acepta a regañadientes. Su hijo, en cambio, acepta muy gustosamente esta ruptura de la rutina, tomando cariño al oficial francés y frecuentando el teatro que acompaña a las tropas. El padre lo amonesta. Está en contra de esa pasión de su hijo por el teatro, que interpreta como presagio de futuras desgracias. No le importa que ese teatro sea francés. En cuanto observa los progresos del joven Goethe en la lengua francesa, el padre se reconcilia con las tablas.[1]

El francés es entonces un signo de civilización, todo alemán bien nacido debería hablarlo. El ocupante es un militar; su teatro no sirve ni para propagar una lengua y una cultura, ni para preparar una sujeción política, que no exige ninguna uniformidad lingüística. Habrá que esperar hasta la Revolución Francesa, unas décadas después, para que la cultura se convierta deliberadamente en un instrumento de presión y de dominación política. Y unas cuantas décadas más para que la lengua, a través de la enseñanza obligatoria, el servicio militar y la prensa, pase a ser un signo inequívoco de identidad nacional. La Francia de la III República convertirá la lengua y la cultura en una de las armas de su política exterior, y de su política de ocupación. En la Renania posterior a la Gran Guerra, la III República no sólo intenta desviar hacia Francia las corrientes económicas, también trata de atraer a los espíritus creando una revista en francés, enviando artistas, ofreciendo cursos de lengua y organizando exposiciones.[2]

1. Goethe, *Aus meinem Leben: Dichtung und Wahrheit*, Leipzig, Inselverlag, 1922, pág. 116.

2. Véase Martin Süss, *Rheinhessen unter französischer Besatzung: Vom Waffenstillstand im November 1918 bis zum Ende der Separatistenunruhen im Februar 1924*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1988, págs. 41 y sigs., y 136; y Gerhard Brunn, «Französische Kulturpolitik in den Rheinlanden

En cambio, las dos veces que ocupa Francia, en 1870-1873 y en 1914-1918, Alemania no sigue este camino. Al otro lado del Rin, la identidad nacional se ha construido sobre la base del particularismo cultural y lingüístico. Hasta 1914, el gobierno imperial no delineará una política cultural para el extranjero dirigida a un público más amplio que el constituido por las minorías alemanas. La república de Weimar hace suyo este proyecto, desarrollado posteriormente por el régimen nazi, que de este modo sigue, paradójicamente, los pasos de la Revolución Francesa. Aunque el nazismo es la antítesis más radical de los valores de la Revolución, comparte con ella, al igual que el fascismo italiano, el gusto por la propaganda y la movilización de las masas.

El vencedor se apropia de la política francesa para volverla contra Francia. Y lo hace a gran escala, en todos los ámbitos, con la vista puesta en el futuro ¿Habría puesto tanto empeño en reestructurar los manuales de historia del vencido, si no se hubiese planteado una dominación a largo plazo, el establecimiento de un protectorado que tomase las riendas de la misma cultura? Aunque se dirige a los franceses de formas muy distintas, siempre analiza a su público y jamás pierde de vista sus objetivos.

Cada día, el ocupante vierte cantidades ingentes de propaganda en pantallas y periódicos. Pero, además de martillar y pregonar, de provocar e insinuar, también se sirve de medios que le permiten hacer más atractiva la política. Hasta 1942, son varias las exposiciones concebidas para los ocupados, a quienes dirigen dos mensajes: su futuro está en la integración voluntaria en la Europa alemana; sus enemigos son los mismos que los del vencedor. La organización de estas exposiciones corre a cargo de los franceses. Situados en un segundo plano, los alemanes —casi siempre la embajada— financian, orientan, controlan.

La primera exposición, dirigida por Jacques de Lesdain y Jean Marquès-Rivière, está dedicada a la francmasonería. Durante los tres primeros días —estamos a mediados de octubre de 1940, cuatro meses después del desastre—, 120.000 visitantes se agolpan a la entrada del Petit Palais, a veces las colas son de doscientos metros, informa Abetz con satisfacción.[3] Toda esa gente se aglomera para contemplar los objetos, muebles y documentos incautados

---

nach 1918 und die Wiesbadener Kunstausstellung des Jahrhes 1921», en Peter Hüttenberger y Hansgeorg Molitor (comps.), *Franzosen und Deutsche am Rhein 1789-1918-1945*, Essen, Klartext, 1989, págs. 219-242.

3. Abetz a AA, 15 de octubre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.319. Los periódicos muestran con satisfacción las grandes colas (*Paris-Soir*, 15 de octubre de 1940, y *L'Oeuvre*, 16 de octubre de 1940).

en las logias. La estrella de la exposición: una reconstrucción del templo del 33er grado del Gran Oriente de Francia. Los paneles y los comentarios denuncian el poder de la francmasonería y su influencia en la vida política, revelando sus relaciones con ingleses y judíos, subrayando su culpa en la decadencia y en la derrota del país.

En cinco semanas, la exposición recibe más de 900.000 visitantes. Después inicia su periplo por provincias, donde es visitada por 113.930 personas.[4] El personal de la embajada está encantado. Toda esa gente, explican, ha comprendido que los francmasones y los judíos son responsables de las desgracias de su país, y que éste sólo podrá volver a levantarse acabando con ellos y aproximándose a las ideas de la Alemania nazi.[5]

La exposición atraía por su halo de misterio, por lo que prometía descubrir y porque hacía pública la lista de los periodistas y parlamentarios francmasones, que podía adquirirse allí mismo. Esta exposición, a diferencia de las que le siguieron, era gratuita. Y las medidas tomadas por Vichy habían sensibilizado al público en este tema.[6] Sin duda, la mayoría de los visitantes eran curiosos, gente ávida de sensaciones y con los habituales prejuicios. También había gente modesta y bastantes religiosos, señalan los alemanes (sin embargo, en Burdeos el obispo se negó rotundamente a acudir a la exposición).[7] Y una importante minoría de gente metida en el tema, dispuesta a perder el tiempo asistiendo a las conferencias de pago de Marquès-Rivière o a comprar el catálogo elaborado bajo su supervisión, del que se vendieron 31.472 ejemplares.

La segunda exposición tiene lugar en el Grand Palais de junio a octubre de 1941. «La Francia europea»: el título dice adiós a la Europa francesa. El vencido ha de tomar conciencia de su lugar subordinado en un continente en el que Alemania se ha ganado el derecho de llevar la voz cantante. Inaugurada por Brinon, Stülpnagel, Laval y un representante del arzobispado, la exposición permite admirar las riquezas del país, centrándose en la agricultura, pues es ésta la que reserva a Francia un lugar en la nueva Europa, que se presenta de forma atractiva. Por la exposición pasan 635.000 visitantes; 15.000 de ellos consideran provechoso asistir a una conferencia que aborda el tema desde el punto de vista político.[8]

4. 49.428 visitantes en Burdeos durante los meses de febrero y marzo de 1941, 42.805 en Lille durante agosto y septiembre, 21.697 en Ruán durante diciembre de 1941 y enero de 1942 (sobre esta exposición, véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.339-1.340 y 2.497).

5. «Bericht über die Freimaurerausstellung in Paris», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.339.

6. Véase Dominique Rossignol, *Vichy et les Francs-Maçons*, J.-C. Lattès, 1981.

7. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.340.

8. «Zusammenfassung der seit 1940 bis heute von der Informationsabteilung der Deutschen Botschaft Paris geleisteten Arbeit», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b/2.

Parte del material se presenta de nuevo en «La vie nouvelle» (mayo-agosto de 1942). En su programa: la familia, el trabajo, el urbanismo, la alegría de vivir. La granja modelo es sustituida por el jardín de descanso de una fábrica: promesa de un venturoso futuro social en la nueva Europa, de la que se exalta la belleza y la solidaridad de sus componentes; ejemplo de esta solidaridad es el trabajo voluntario en Alemania y la lucha de la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo. Juntas, las dos exposiciones dirigidas por el infatigable Jacques de Lesdain reciben el mismo número de visitantes que la exposición antimasónica de París, aunque la segunda acusa un fuerte descenso de visitantes: a la «La vie nouvelle» acuden 295.925 personas.[9] Los franceses tuvieron la oportunidad de asistir al espectáculo de la integración armoniosa en la Europa nazi.

Poco antes de la clausura de «La Francia europea», el Palais Berlitz presenta la exposición «Los judíos y Francia» (septiembre de 1941-enero de 1942).[10] Su comisario es el capitán Paul Sézille, director del Instituto de Estudios de Temas Judíos, un organismo controlado por la embajada y el SD. La muestra, que se sirve del material procedente de la exposición nazi titulada «El eterno judío», quiere poner de manifiesto la identidad racial de los judíos y su invasión de la vida nacional. Para ello utiliza gran cantidad de textos, dibujos, fotografías y esculturas que enseñan a identificar «al judío» y tratan de presentarlo como un ser repulsivo. El único mensaje de la exposición, escrito en mayúsculas en su catálogo, es el siguiente: «Los judíos nunca pudieron, ni pueden ni podrán integrarse en los otros pueblos».

Sézille se jacta de haber vendido un millón de entradas; la embajada registra tan sólo 250.623 visitantes.[11] A la exposición acuden grupos de escolares y miembros de los servicios de ocupación; la mayoría de los visitantes son franceses que acuden a ella voluntariamente. La exposición se traslada a Burdeos, donde permanece abierta de marzo a mayo de 1942 (61.213 visitantes), y posteriormente, los meses de julio y agosto, a Nancy (33.482).[12] El número total de visitantes asciende a 345.318, resultado muy inferior al de las primeras exposiciones. Los alemanes no intentaron prolongarla más allá del verano de 1942. La conmoción causada por las deportaciones prometía un estrepitoso fracaso.

9. *Ibid.*

10. André Kaspi, «Le Juif et la France, une exposition à Paris en 1941», *Le Monde juif*, nº 79, julio-septiembre de 1975, págs. 8-20; del mismo autor, *Les Juifs pendant l'occupation*, Seuil, 1992, págs. 104-110.

11. Véase documentación en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.191.

12. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.192.

Finalmente, en marzo de 1942 la sala Wagram presenta «El bolchevismo contra Europa». La iniciativa es de la Propaganda-Abteilung, que no está dispuesta a permitir que la embajada siga ganando terreno. Aunque utiliza los servicios de una asociación francesa, el Comité de Acción Antibolchevique de Paul Chack, alardea de que la muestra goza del patrocinio del Reich y de sus aliados en la lucha contra el comunismo (Italia, Hungría, Rumania, Finlandia, España y Portugal). Francia, que no figura entre ellos, insiste en prestar su colaboración; Brinon representa a Pétain en la inauguración. Antes de la clausura, y con el propósito de dar un último impulso a la exposición, ésta recibe grupos de visitantes que acuden a ella más o menos voluntariamente: empleados de la SNCF, a los que la Propaganda-Abteilung quiere explicar la amenaza que supone el comunismo,[13] y dos o tres mil bachilleres de París, acompañados por 152 profesores que han considerado conveniente cumplir el deseo de su ministro, Abel Bonnard.[14] Después de París, donde es vista por 370.000 personas, la exposición puede visitarse de julio a agosto en Lille (160.000 visitantes) y de octubre a diciembre de 1942 en Burdeos (140.000).[15] Entre el 6 de mayo y el 8 de junio de 1944, la muestra es visitada en Toulouse por 29.855 personas (el 10 % son alemanes).[16]

En el verano de 1942 se cierra el ciclo de las grandes exposiciones. El público francés no verá la exposición dedicada a Albert Speer que Abetz quería ofrecerle. Los responsables de propaganda se dan cuenta de que las cosas están cambiando y temen que la exposición sea un fracaso. Las solicitudes de autorización llegan hasta Hitler, quien ya no quiere saber nada de las exposiciones que antes satisfacían su gusto por el espectáculo. En el verano de 1942, Abetz le habla de una nueva exposición titulada «La grandeza alemana». Hitler se enfurece: ya puestos ¿por qué no mostramos a los franceses una colección de las mejores armas alemanas? ¡Qué gran error, querer enseñarles los logros del nazismo y darles la oportunidad de copiarlos! El objetivo de Alemania es someter a Francia manteniéndola dividida. Naturalmente, hay que ser astuto, hay que saber adaptar la política de ocupación a las circunstancias; ¡pero el objetivo final deber seguir siendo el mismo![17]

13. Véanse los informes de la Propaganda-Abteilung para los meses de junio y julio de 1942, BAK, *R 55* 1.337.

14. Una nota de Gidel a Bonnard del 16 de julio de 1942 (AN, *F 17* 13.360) contiene la lista de los profesores que han organizado la visita de la exposición. Condorcet se sitúa en primer lugar (45 profesores), muy por delante de Janson (16 nombres), Voltaire (13), Pasteur (11), Carlomagno (10), Enrique IV (2), Luis el Grande y Montaigne (1), etc.

15. Taubert a Goebbels, 31 de marzo de 1943, BAK, *R 55* 964.

16. Nota del consulado alemán en Toulouse, 13 de junio de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.111b.

17. Luther a Krüger, 8 de septiembre de 1942, PA-AA, *Handakten Luther* 13.

En total, hasta finales de 1942 estas grandes exposiciones atrajeron a más de 3 millones de visitantes.[18] Se beneficiaron del gusto del público por las galerías, los museos, los teatros y las exposiciones de todo tipo. Sin embargo, no lograron ocultar totalmente la instigación y el apoyo del ocupante. Al día siguiente de la inauguración de la exposición antimasónica, Jacques de Lesdain recibía una carta firmada por una tal Marie-Françoise Defrance. Esta mujer le acusaba de servir a un ocupante que «no respeta a Dios, que no tiene ni honor ni palabra», concluyendo con esta reprimenda: «Señor, no sé cuánto le pagan por sus escritos, seguramente más de treinta denarios; no le estoy llamando Judas, esto sería poco, le estoy diciendo: "Usted es un Pierre Laval"».[19]

Sería exagerado interpretar esta afluencia de visitantes como una adhesión a la propaganda del nazismo o de Vichy, y más aún como una aprobación explícita de la colaboración. Estas exposiciones atraen porque despiertan una curiosidad vaga y, sobre todo, porque canalizan antipatías, prejuicios y prevenciones presentes de forma difusa, y a veces de forma concentrada, en la sociedad francesa. En cierto modo, su éxito demuestra que una parte importante de la población tiene una visión lo suficientemente confusa de la situación y de las consecuencias de sus propias decisiones como para entregarse a una convergencia, por más breve y limitada que sea, con ciertos aspectos de la ideología del ocupante. Por otra parte, el éxito desigual de estas exposiciones refleja la importancia variable de tales convergencias. La francmasonería atrae mucho más que el antisemitismo, e incluso que el anticomunismo, que despierta interés hasta el final. Todo esto indica, cuando menos, que los franceses han bajado la guardia y permite que el ocupante desvíe la atención hacia sus propios enemigos, frenando una eventual repulsa de su dominación.

Durante este tiempo, otras exposiciones se dirigen al público culto, invitándolo a gozar de los productos más refinados de la cultura alemana. Extraña idea, podríamos pensar, esta promoción de la cultura, cuando persiste el estado de guerra entre los dos países y todavía resuena el fragor del combate. Pero el objetivo de los responsables de la propaganda alemana es demostrar la superioridad de su cultura para fundar en ella su pretensión de liderazgo político, así como obtener la adhesión de los franceses alimentando la ilusión de una

18. 2.559.038 personas visitaron las exposiciones de la embajada («Zusammenfassung der seit 1940 bis heute von der Informationsabteilung der Deutschen Botschaft Paris geleisteten Arbeit», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b/2), y más de medio millón la de la Propaganda-Abteilung.

19. Carta del 25 de octubre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.339.

colaboración, o al menos volverlos inofensivos potenciando el sentimiento de una vuelta a la normalidad.

En esta labor, la Propaganda-Abteilung rivaliza una vez más con la embajada. Concretamente, con el Instituto Alemán, creado por Abetz en el otoño de 1940 e instalado en el palacete de Sagan, antigua sede de la embajada polaca; su director, Karl Epting, se afana en esta labor y es un buen conocedor del mundo parisino. La feroz competencia existente entre los dos servicios alemanes no impide que sigan una misma línea de actuación y que, aprovechando reputaciones y gustos bien consolidados, sitúen en primer plano la cultura clásica alemana. Una política atractiva que, sin embargo, puede llevar a cometer alguna que otra pifia. Es el caso de Charles Vildrac, futuro miembro del Comité Nacional de Ecritores, quien, en una tertulia sobre Rilke celebrada en marzo de 1942 y organizada por el Instituto y el Grupo Colaboración, aporta el testimonio de su amistad con el poeta alemán.[20]

No todas las esferas de la cultura se prestaban por igual a esta promoción. El teatro resultaba de escaso valor: las cuatro compañías alemanas que presentaron sus espectáculos en alemán no lograron atraer mucho público; la Propaganda-Abteilung se replanteó el tema y en adelante centró sus esfuerzos, sin demasiado éxito, en la representación de obras traducidas al francés.[21] La música carece del obstáculo que es la lengua, y la música alemana goza de una gran reputación. Varias novelas de la resistencia, empezando por *Le Silence de la mer*, cuando tratan de alertar a los franceses, presentan la música como el medio privilegiado para lograr el acercamiento que ellos han de evitar: seducción de un arte que, permitiendo la comunicación entre los hombres, aquí sirve a una política.

En este punto, la voz de la resistencia no fue escuchada: los conciertos alemanes llenaron las salas. En septiembre de 1941, la afluencia de público era tal que la Orquesta Filarmónica de Berlín tuvo que ofrecer un tercer concierto.[22] Ciertamente, pocas veces los melómanos habían tenido tantos motivos para sentirse satisfechos. Lo mejor del panorama musical alemán desfiló por París: Eugen Jochum, Herbert von Karajan, Hans von Benda, Wolfgang Abendroth, Clemens Krauss, Hans Knappertbusch, los solistas Wilhelm Kempff, Elizabeth Schwarzkopf, Lore Fischer... y las grandes orquestas de cámara.[23]

20. Feger, «Rilkes schöpferische Freundschaft», *Pariser Zeitung*, 7 de marzo de 1942, pág. 5. Sobre el Instituto Alemán, véase Eckard Michels, *Das Deutsche Institut in Paris 1940-1944*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1993.

21. Serge Added, *Le Théâtre dans les années Vichy: 1940-1944*, Ramsay, 1992, págs. 104-107.

22. «La musique allemande à Paris», *Pariser Zeitung*, 13 de septiembre de 1941, pág. 7.

23. Gertrud vom Steeg, «Zwei Jahre deutscher Musik und deutschen Theaters in Frankreich. Ein Tätigkeitsbericht des Deutschen Instituts», *Deutschland-Frankreich*, nº 3, 1943, págs. 134-137.

Al parecer, la demanda no cayó con el tiempo. Entre mayo de 1942 y julio de 1943, el Instituto Alemán organizó 71 conciertos (31 en París, 40 en provincias), es decir, más de un concierto por semana.[24] Evidentemente, el público había decidido no hacer ascos a tan sabrosa oferta. Fabre-Luce dice de uno de esos conciertos: «La música deja atrás las guerras, las naciones».[25] Efectivamente, los cobres wagnerianos eran capaces de ahogar los gritos de los torturados y las descargas de los fusiles.

Otros actos, de los que el Instituto Alemán tenía la exclusiva, combinaban cultura y política. Podía parecer imposible encontrar público para conferencias patrocinadas por el ocupante y ofrecidas por oradores que, aunque hablaban francés, eran alemanes. Pero no hay nada imposible: solamente entre octubre de 1940 y julio de 1941, el Instituto Alemán organizó 46 conferencias, 12 de ellas en provincias.[26] El ritmo apenas decayó durante los dos años siguientes y los temas tratados siguieron yendo desde la literatura hasta la medicina, pasando por la arquitectura, el derecho, la economía, la historia y la filosofía. Algunas de esas conferencias abordaban temas clásicos de la cultura nacional: Georg Gadamer habló sobre «Pueblo e historia en Herder». Otras, las más habituales y las más concurridas, presentaban la «nueva Alemania» o tocaban temas de actualidad, como las de los economistas Ferdinand Fried y Anton Zischka, o la del jurista Carl Scmitt.[27] Otras, finalmente, trataban cuestiones estrechamente relacionadas con el nazismo; como el racismo, sobre el que se pronunciaron eminencias como Eugen Fischer u Otmar von Verschuer. Más allá del patrocinio alemán, la mayoría de estas conferencias tenían una clara dimensión propagandística.

Epting aprovechó la ocasión para hacer contactos o cultivar sus relaciones. En septiembre de 1941, después de una conferencia pronunciada ante 900 personas por el doctor Leonardo Conti, la mayor autoridad médica del Reich, tuvo lugar una recepción a la que asistieron unos cien representantes de la medicina francesa.[28] En abril de 1942, Friedrich von Falkenhausen habló sobre «Los hugonotes en Prusia». Epting comprobó con satisfacción que esta conferencia había logrado atraer por vez primera —y última, podemos añadir sin temor a equivocarnos— a un cierto número de protestantes,[29] un medio que

24. «Arbeitsbericht Mai 1942-Juli 1943», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.124.
25. Fabre-Luce, *Journal de la France*, Imprimerie J. E. P., 1942, vol. 2, pág. 154.
26. «Akademische Abteilung» (verano de 1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.112 a.
27. Véanse sus artículos, «Die Formung des französischen Geistes durch den Legisten», *Deutschland-Frankreich*, n° 2, 1942; y «Souveraineté d'État et liberté des mers», en *Quelques Aspects du droit allemand*, Sorlot, Cahiers de l'Institut allemand, n° 6, 1943.
28. Schleier a AA, 16.9.1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.376.
29. Epting, 1 de mayo de 1942, PA-AA, *Pol. II Richtlinien* 15, *Deutsches Institut (Berichtsdoppel)*.

miraba con el mismo recelo a Vichy que al ocupante. Charles Rist asistió al acto en compañía de su comisario alemán, pariente del conferenciante.[30]

Hasta el verano de 1942, en un año y medio, solamente en la capital las conferencias lograron convocar a 25.000 personas,[31] mientras que la cifra total durante la ocupación debió de rondar las 50.000. Éxito verdaderamente sorprendente, si se tiene en cuenta el nivel de las conferencias, y que superó con creces los resultados obtenidos por el mismo Epting antes de la guerra, cuando logró que varios miles de personas acudiesen cada año a los conciertos y conferencias que él organizaba.[32] Al parecer, con el éxito militar la Alemania nazi cosechaba los laureles de la gran cultura.

Las invasiones también hacen viajar a las palabras: Ausweis, Ersatz, Kommandantur...* Como éstas eran desagradables, Alemania hizo lo posible para dar a conocer otras. El interés no debía ser unilateral: algunos ocupantes quisieron introducirse o profundizar en la lengua de los nativos; en la primavera de 1941, el rectorado de París, atendiendo la petición del MBF, pone a disposición varias salas y pide voluntarios; 16 profesores de instituto responden a esa llamada.[33] Pero los vencidos eran los primeros que tenían que interesarse por aprender. Quizá porque estaban influidos por la cultura francesa, o porque eran originarios del sur de Alemania, Abetz y su gente dieron mucha importancia al tema, esforzándose tanto por dar a conocer el alemán como sus colegas de Alsacia-Lorena por suprimir el francés.

Vichy respondió a su demanda con algunos gestos: la creación de un segundo puesto de inspector general de alemán, como en el caso del inglés; de este modo, el inglés y el alemán se convertían en las dos primeras lenguas extranjeras obligatorias.[34] Pero la intervención del Estado no suele ser demasiado efectiva en este ámbito: en definitiva, son los padres los que tienen la última palabra, y su decisión refleja la imagen que una sociedad se forma de una lengua y del pueblo que la habla. En 1914, la preeminencia de la que gozaba el alemán en la enseñanza secundaria desde la victoria de Prusia en 1870 se

30. Rist, *Une saison gâtée*, *op. cit.*, pág. 247 (27 de abril de 1942).

31. «Akademische Abteilung» (verano de 1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.112 a.

32. Véanse sus informes anuales en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.053/4.

33. Carta del rectorado de París al ministro de Educación Nacional, 8 de junio de 1941, *AJ 16 provisoire/6*, dr. Informes del rectorado.

34. *Abt. Ia*, «Lageberichte», informe de marzo de 1941, AN, *AJ 40* 443; Schleier, 22 de noviembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.374.

* «Ausweis» (documentación), «Ersatz» (reemplazo, reclutas), «Kommandantur» (comandancia), términos alemanes *(N. del t.)*.

esfumó de un día para otro. El estallido de la guerra hizo infame la lengua del enemigo y situó la del aliado inglés en una posición altísima que ya no perdería jamás. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el número de bachilleres franceses que aprenden inglés es dos veces mayor que el de los que aprenden alemán (el 60 % y el 30 % respectivamente, el 10 % restante se lo reparten el italiano y el español).

Al inicio del curso escolar 1939-1940, se repite el mismo fenómeno que en 1914, pero en una proporción menor: el número de alumnos que aprenden alemán desciende del 29,2 % al 26,4 %.[35] Se repite el rechazo de la lengua del enemigo, como si su aprendizaje pudiese contaminar el espíritu o poner en duda el patriotismo. Pero esta vez, en lugar de acentuarse, la tendencia se invierte: los franceses abandonan la actitud que mantuvieron durante el primer otoño de guerra. El número de estudiantes que aprenden alemán asciende al 27,8 % en el otoño de 1940, se sitúa en el 29,8 % en 1941, para llegar al 31,4 % en 1942, el mayor nivel alcanzado desde la Primera Guerra Mundial —ascenso que es todavía más acentuado en París, donde pasa del 30,9 % en 1939 al 38 % en 1941 (última fecha sobre la que hay información)—.[36] Después, el porcentaje empieza a descender: 27,9 % en 1943 y 24,8 % en 1944, con lo que se vuelve al nivel de los años veinte, para situarse en un 20 % a principios de la década siguiente.

El cambio, que puede parecer insignificante, es realmente importante. Las cifras se refieren al conjunto de la enseñanza secundaria. Los alumnos se deciden por una u otra lengua extranjera al principio del curso y no pueden volverse atrás. El aumento de 5 puntos entre 1939 y 1942 indica que el alemán es la lengua preferida por los nuevos alumnos y que, como reflejan los valores alcanzados en 1941 y 1942, ha invertido en su favor la proporción de los dos tercios de la que anteriormente gozaba su rival.[37] En vísperas de la guerra, una de cada tres familias animaba a sus hijos a optar por el alemán. Después de la derrota, lo harán dos de cada tres. Si este cambio de actitud es significativo, es

35. Paul Lévy, *La Langue allemande en France*, *op. cit.*, pág. 212.

36. *Id.*, «Les incidences des guerres sur l'enseignement des langues vivantes», *Revue universitaire*, nº 3, mayo-junio de 1947, pág. 135.

37. A falta de estadísticas referidas únicamente a la elección de lengua de los nuevos alumnos, el cálculo se ha efectuado relacionando el aumento del número de alumnos de los cursos de alemán entre 1940 y 1941 con el número estimado de los alumnos que ingresan en la enseñanza secundaria. Epting confirma esta proporción de dos tercios en uno de sus informes («Entwicklung der Germanistik in Frankreich», 11 de diciembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.374). Los datos iniciales han sido extraídos de Paul Lévy (*La Langue allemande en France*, *op. cit.*, págs. 215-216), así como de estadísticas sobre los años 1939-1945 amablemente ofrecidas por el *Centre de documentation de la Direction de l'évaluation et de la prospective* (Ministerio de Educación Nacional). No disponemos de estadísticas por sexos sobre el período posterior a 1941. No he logrado encontrar estadísticas referidas a la enseñanza privada.

porque es espontáneo, y es esto lo que lo hace interesante. Obliga a matizar la hipótesis de la anglofilia dominante entre la burguesía (en ese momento, sólo un 5 % de los jóvenes de entre 11 y 17 años están escolarizados). ¿Impresión causada por la victoria alemana?, ¿necesidad de volver a la escuela del prusiano, como sucedió después de 1870, para poder ofrecerle mayor resistencia?, ¿más padres que habían aprendido alemán en lugar de inglés? De todo un poco, y sin duda en dosis variables. Sea como fuere, lo que todo esto demuestra es la existencia de una predisposición bastante amplia a adaptarse, aunque fuese de mala gana. (Alfred Fabre-Luce, que era un buen observador, escribía en 1941: «El burgués francés echa pestes de la colaboración, pero aprende alemán: si es así, es porque la considera duradera»).[38]

Y algo todavía más relevante: mientras que, antes de la guerra, el porcentaje de chicas que aprendían alemán era inferior al porcentaje de chicos (el 20 % frente al 35 %), entre 1940 y 1941 modifican su opción en una proporción cinco veces mayor que los chicos. Al inicio del curso escolar 1941-1942, y a diferencia de lo que ocurría antes de la guerra, una familia de cada dos, en lugar de una familia de cada cinco, matricula a su hija en el curso de alemán. Decisión verdaderamente sorprendente, si se tiene en cuenta que afecta a un tema muy delicado: cuando la burguesía anima a sus hijas a aprender la lengua de los vencedores, ¿no está reconociéndolos como los yernos más idóneos? Inconscientemente, la burguesía parece admitir la posibilidad de un futuro entendimiento con los alemanes incluso en sus propios hogares.

Pero el interés por el alemán va más allá de los pupitres de los colegios. Sería interesante inventariar los cursos que ofrecen todo tipo de instituciones, desde las cámaras de comercio a la SNCF, con el propósito de facilitar el trabajo en común.[39] La demanda no se queda atrás, como lo demuestra la proliferación de manuales, diccionarios y léxicos. Y está presente en los medios más diversos. El 15 de diciembre de 1940, Bobkowski escribe: «En la fábrica, algunas compañeras también aprenden alemán. Anteayer, una de ellas presumía de tomar lecciones: "Ich lerne deutsch". "¿Con oficiales o con soldados?", le pregunté yo con indiferencia. Ella se puso a reír y se fue. Y todo porque el marco está a 20 francos».[40]

Lo difícil es encontrar dónde aprender. Las escuelas de idiomas son tomadas por asalto. En 1939, la escuela Berlitz tenía 939 alumnos de alemán y 2.470 alumnos de inglés; en el otoño de 1941, los primeros son 7.920 y los

38. Fabre-Luce, *Journal de la France*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 121.
39. Pierre Girard, «La SNCF sous l'occupation», en Institut Hoover, *La Vie de la France sous l'occupation (1940-1944)*, 1957, vol. 1, pág. 327.
40. Bobkowski, *En guerre et en paix*, *op. cit.*, pág. 178.

segundos 625.[41] Algunos franceses se dirigen por escrito a la administración militar proponiendo a los oficiales intercambiar cursos de lengua.[42] Otros recurren a los anuncios para encontrar un profesor particular; los más exigentes especifican «ario, y a ser posible de origen alemán».[43]

El momento es propicio para el desarrollo de nuevos métodos. «Miméphone» introduce el método audiovisual: los alumnos repiten en grupo las frases pronunciadas en la pantalla. Su inventor se esfuerza por darlo a conocer y recorre las administraciones, convence al director de las escuelas de la Marina, al Estado Mayor de los campos de trabajo juveniles y de la Legión Francesa, asedia los servicios que se ocupan de los prisioneros y de la *Relève*. Ensalza las virtudes de su método, subrayando su utilidad para el estrechamiento de las relaciones francoalemanas. No olvida el Ministerio de Educación Nacional, al que presenta su experiencia: 3.000 alumnos en 1941-1942, cuarenta de los cuales son profesores de inglés en institutos y colegios de enseñanza media de París que quieren reciclar sus conocimientos (el ministerio considerará que el método es mecánico y superficial). En 1943, la lengua del futuro ya no es el alemán: el director de «Miméphone» propondrá «el aprendizaje del inglés a través de la imagen».[44]

Deseosos de aprender alemán, otros franceses piensan que es mejor rezar a Dios que a los santos. En el otoño de 1940, Epting, que había tenido varios cientos de alumnos en la década de 1930, ve incrementarse por miles las matrículas en los cursos del Instituto Alemán de París. Esto le anima a abrir otros institutos en las grandes ciudades de la zona ocupada. Su inauguración suele hacerse con mucha pompa, con la presencia de autoridades alemanas y francesas, entre las que figuran, como sucede en Orleáns y en Poitiers, el prefecto, el alcalde, el obispo y un decano de facultad.[45] Tras la ocupación de la zona libre, la red se extiende a Marsella, Toulouse y Lyon. En 1944, hay 15 institutos alemanes y 56 delegaciones prestando sus servicios en Dax (30 alumnos matriculados en 1943), Saintes (38), Arcachon (57), Capbreton (23), Cholet (50) y Roquefort (18).[46]

Una parte del personal docente es francés, profesores de alemán de institutos o colegios de enseñanza secundaria que hacen horas extraordinarias. En Dijon, casi la mitad de los 51 profesores son franceses. Algunos se toman muy a

41. Cifras facilitadas por Richard Cobb (*Vivre avec l'ennemi: La France sous deux occupations: 1914-1918 et 1940-1944*, Éditions du Sorbier, 1985, pág. 146) sin indicar las fuentes.
42. AN, *AJ 40* 563, dr. V Kult 409.
43. *L'Oeuvre*, 19 de diciembre de 1940.
44. Véase «Miméphone», especialmente la nota «Résultats de la première année du Miméphone», en AN, *AJ 16 provisoire* 1939-1944, carpeta 39.
45. BAK, *R 51* 61, véase también Bensanzón, *R 51* 64.
46. «Arbeitsbericht Mai 1942-Juli 1943», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.124.

pecho su trabajo. En Wassy (Alto Marne), pueblecito de 3.500 habitantes, un profesor de instituto logra que aumente considerablemente el número de alumnos matriculados: de 32 en julio de 1942 a 68 en mayo de 1943. En esta última fecha, él y sus fieles reciben al responsable alemán del Instituto de Dijón, su superior. Emocionado, el visitante informa que los alumnos lo han recibido de pie, que le han cantado en alemán «J'avais un camarade» y «Mon beau sapin».[47]

Sin la ayuda de los franceses, los alemanes no habrían podido hacer frente a tanta demanda. En el otoño de 1940, el número de alumnos matriculados ronda los 5.000. Muchos aspirantes no han podido ser admitidos por falta de plazas. Un año después, el número de alumnos matriculados asciende a 12.000. Epting vuelve a lamentar no haber podido admitir a todos. «Si contásemos con más profesores y más espacio», escribe a Abetz, «podríamos admitir a más de 20.000».[48] En el otoño de 1942, hay casi 15.000 alumnos matriculados (en esa misma fecha, en Bélgica sólo hay 2.500 y en Italia 6.000).[49] Después empieza el descenso: 11.000 a principios de 1943, 9.500 en junio de 1943 y algo menos de 9.000 en 1944. La extensión de la red al conjunto del país permite moderar el descenso, que es más acusado en París (6.169 alumnos matriculados en diciembre de 1941, 3.551 en junio de 1943).[50]

En sus informes, los directores de estos centros atribuyen el descenso a la situación militar y señalan que sus alumnos empiezan a tener problemas y a sufrir cierto ostracismo social. Pero también subrayan la relativa resistencia a la coyuntura. No hay una caída brutal, sino sólo un descenso lento y continuo del número de alumnos, como un negocio que, aunque pierde paulatinamente su vitalidad, se recupera de vez en cuando. En diciembre de 1943, el Instituto Alemán de Marsella abre sus puertas y en tan sólo tres semanas matricula a 750 alumnos; algo parecido sucede en abril de 1944 en Toulouse, donde en una semana se matriculan 330 alumnos.[51] En junio de 1944, en el Instituto de París se inscriben cerca de 1.000 alumnos en los cursos de verano, que han de empezar el 7 de agosto.[52]

Al menos 30.000 personas hicieron algún curso en un instituto alemán,[53] mayoritariamente a título individual. Por los cursos para grupos —destinados

47. «Liste der Lehrkräfte», 15 de enero de 1943; «Einzelbericht über eine Inspektionsreise zur Zweigstelle Wassy am 19.5.1943», BAK, *R 51* 110.

48. Epting a Abetz, 17 y 28 de octubre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.368.

49. «Vergleichszahlen der Kursteilnehmer von 1942/43 und 1943/44», BAK, *R 51* 476.

50. «Arbeitsbericht Mai 1942-Juli 1943», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.124.

51. «Bericht der Sprachabteilung des Deutschen Instituts [...] vom 1.11.1943 bis 30.6.1944», BAK, *R 51* 171.

52. «Bericht über die Arbeit des Lektorats Paris für die Monate Mai-Juni 1944», BAK, *R 51* 171.

53. Cifra aproximada obtenida suponiendo una reinscripción del 50 % del total de alumnos existentes al final del año escolar.

a jóvenes enfermeras y empleados de grandes almacenes de París o de productoras alemanas (Agfa, ACA, Tobis), y a algunas secciones parisinas del RNP y del Grupo Colaboración— sólo pasaron unos cientos de personas. El porcentaje de hombres y de mujeres matriculados en estos cursos es prácticamente idéntico, con una ligera mayoría de mujeres que se incrementa con el tiempo. Pese al importante número de escolares matriculados,[54] la mayoría de los alumnos son adultos y proceden de medios muy diversos.[55] Casi un 40 % (el 38,2 %) es personal de oficina, la mitad empleados y funcionarios y la otra mitad secretarias y taquígrafas. Un tercio son personas sin profesión (18,8 %), la mayoría mujeres, y escolares y estudiantes (18,1 %). Casi el 20 % de los alumnos procede del mundo empresarial y obrero (el 4,1 % son comerciantes y empresarios, el 5,6 % son artesanos y obreros cualificados, el 9,5 % tiene profesiones liberales y artísticas); a lo que hay que sumar el personal docente (2,7 %) y otros profesionales (otro 2,7 %).

Los cursos de alemán atraen a una clientela urbana y activa en el sector terciario. El número de campesinos es bajísimo, al igual que el de obreros (en cualquier caso, 150 obreros estudian alemán en París en octubre de 1942), y el clero está prácticamente ausente. Desde el punto de vista de la estructura social, son las capas medias y altas —los funcionarios, especialmente profesores, pero sobre todo las profesiones liberales— las que constituyen el grueso de la clientela de los institutos alemanes.[56] Si añadimos los directivos de empresas, los estudiantes de enseñanza media y los universitarios, así como las personas sin profesión, que proceden fundamentalmente de medios burgueses, tenemos la mitad del total de los alumnos matriculados. Por otra parte, por lo que se refiere a estos empleados, sobre todo mujeres, y a esta pequeña minoría de artesanos y obreros, hemos de señalar que es la primera vez que aprenden una lengua extranjera y que, dado el esfuerzo y el tiempo que ello requiere, son los primeros en abandonar apenas empezado el curso.

54. En Burdeos, de las 1.783 personas inscritas al final del año 1942, el 30 % tiene menos de 20 años, el 23 % entre 20 y 30 años, el 24 % entre 30 y 40 años, el 20 % entre 40 y 60 años, el 3 % más de 60 años (BAK, *R 51* 110).

55. Agrupación de distintos datos comparables —las categorías no estaban perfectamente definidas durante los dos primeros años— en distintas fechas entre 1941 y 1942 en los casos de París (BAK, *R 51* 169-170), Angers (*R 51* 93), Dijon (*R 51* 131) y Nantes (*R 51* 159).

56. Las cifras del Instituto de París relativas al mes de febrero de 1943 (4.284 casos conocidos) permiten definir ciertas categorías. El 6 % son comerciantes (254 personas); los artesanos y los obreros están separados, los primeros son el 3 % (137) y los segundos el 2,6 % (114). En el caso de las profesiones liberales (9 %), el 5 % tiene un título universitario (médicos, farmacéuticos, etc.). Finalmente, hay un 13 % de funcionarios, subdivididos así: el 7,3 % son pequeños funcionarios (317), el 1,6 % son altos funcionarios (71), el 2,2 % son maestros de primaria (97) y el 1,5 % profesores de secundaria (66). Fuente: BAK, *R 51* 170.

Evidentemente, muchos se matriculan en estos cursos por una cuestión práctica, empezando por los escolares y los estudiantes que buscan clases de repaso, o de recuperación, en el caso de aquellos que no habían elegido alemán. Idéntico interés guía a empleados, secretarias, comerciantes y funcionarios: probablemente, la mayoría es gente que trabaja en contacto con alemanes y que decide aprender su lengua, ya *motu proprio*, ya aconsejada o presionada por sus superiores.[57] En otros, el interés práctico resulta mucho menos evidente. ¿Qué motivos pueden llevar al Instituto de Dijon, que a finales de 1941 cuenta con 1.055 alumnos, a 162 personas sin profesión, 8 jubilados, 9 médicos, 4 farmacéuticos, 3 jueces, 2 abogados, 3 notarios, 3 arquitectos, 8 dibujantes, 10 ingenieros y 3 artistas? ¿Y cuáles eran, en octubre de 1942, los motivos de los 66 profesores de secundaria y los 85 de primaria que se matricularon en el Instituto Alemán de París?[58]

Seguramente, algunos de ellos pertenecen a grupos colaboracionistas, posiblemente una minoría. La mayoría de los alumnos no acuden a estos centros en busca de propaganda política, para eso ya están la prensa y los partidos. Las cerca de 1.000 personas que sacan libros de la biblioteca del Instituto Alemán de París durante el curso 1942-1943, se llevan a casa fundamentalmente obras literarias: durante este año escolar, la biblioteca presta menos de diez libros dedicados a la «cuestión judía».[59] No obstante, es innegable que entre los alumnos del Instituto Alemán existe un prejuicio o al menos cierta curiosidad por el tema, una predisposición que el centro intenta fortalecer mediante actividades extraescolares, reuniones y fiestas, actos muy frecuentados: entre mayo de 1942 y julio de 1943, 7.600 personas participan en ellos.[60] Y sobre todo, mediante numerosos actos culturales (entre 4 y 6 cada mes) que pretenden dar a conocer la cultura alemana e inculcar, en pequeñas dosis, la visión del mundo del nazismo. Así, en abril de 1941, el Instituto de París organiza una proyección de *Juif Süss*, a la que asisten 3.600 alumnos.[61]

A partir de noviembre de 1942, la clientela de estos centros ya no es tan variada, mientras que la propaganda se intensifica. Proporcionalmente, ciertos grupos experimentan un retroceso: las profesiones liberales, los trabajadores independientes, los artesanos, los funcionarios, y sobre todo los obreros. Otros grupos son menos sensibles a la coyuntura: los empleados, los estudiantes, las personas sin profesión y las mujeres en general. Al parecer, esta gente

57. Véase el informe del comisario especial de Besanzón sobre la clientela del Instituto Alemán local, 19 de agosto de 1941, AN, *F 60* 408, dr. Propaganda antinacional en la zona ocupada.
58. BAK, *R 51* 131 y *R 51* 170.
59. «Arbeitsbericht Mai 1942-Juli 1943», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.124.
60. *Ibid.*
61. Nota de Funke, 8 de abril de 1941, BAK, *R 51* 64.

acude fundamentalmente a estos centros en busca de un servicio o de una oferta de ocio, y no para aproximarse al vencedor, como hacen otros grupos. Esto puede explicar el moderado descenso del número matrículas, que coincide con la caída en picado del número de afiliados de los partidos colaboracionistas.

¿Cuántos franceses se pusieron a aprender alemán? Si consideramos la totalidad de los centros que imparten esta lengua —desde los institutos de enseñanza secundaria a los institutos alemanes, pasando por las escuelas de idiomas, los cursos especiales y las clases particulares—, probablemente fueron al menos cien mil. ¿Y qué quedó de todo ello? ¿Un par de palabras, algunas frases sueltas, el molesto recuerdo de un esfuerzo inútil? En cualquier caso, quienes tomaron la decisión de aprender alemán pensaban en el futuro: los frutos de un esfuerzo así no se recogen inmediatamente. ¿Podemos creer que los franceses decidieron aprender la lengua del ocupante convencidos de que su dominación no tenía futuro? ¡Y qué aceptación del orden nuevo, o qué esperanza de ocupar una posición privilegiada en él, no habría detrás de este esfuerzo por aprender la lengua de Goethe y de Hitler!

Capítulo 20

Ciencia y presencia

Además de los consumidores de la cultura alemana, están los creadores de la cultura francesa. También ellos, artistas, escritores y científicos, se enfrentan a los dilemas que plantea la ocupación. En esta esfera, la adaptación a las nuevas condiciones, ya por necesidad o por convicción ideológica, ya por interés material o por complacencia personal, también presenta formas y grados que hay que distinguir y ordenar. En el capítulo siguiente, examinaremos los motivos que condujeron a editores y a autores a hacer concesiones para poder editar o publicar sus obras. Asimismo, veremos cómo artistas, escritores y profesores universitarios se aproximan al ocupante.

Para empezar, detengámonos en las decisiones tomadas por hombres que no sentían ningún tipo de inclinación por la colaboración y que, sin embargo, en cierto modo optaron por ajustarse, por adaptarse al marco establecido por el ocupante. Más que a ningún otro, al intelectual se le reprocha no haberse quedado al margen, cuando su situación, menos ligada a intereses materiales que, por ejemplo, la del empresario, debería habérselo permitido. Pero el comportamiento de los intelectuales, o al menos el de muchos de ellos, es susceptible del mismo análisis que el de las asociaciones y las empresas. Y es que no todos pueden hacer lo que les da la gana. Muchos de ellos tienen a su cargo instrumentos de trabajo: un laboratorio, sin el que sus investigaciones se detendrían, o una revista, que garantiza la circulación de ideas y de resultados. En cuanto el ocupante se interesa por sus instrumentos de trabajo, se ven en la necesidad de optar por determinada línea de actuación y de determinar qué es aceptable y qué no lo es.

La historia de los grandes establecimientos de enseñanza durante la ocupación es extremadamente oscura, empezando por la del más prestigioso de todos ellos: el Collège de France. Este centro concede a las primeras figuras de cada

disciplina el privilegio de consagrarse a sus investigaciones, liberándolas en gran medida de las tareas universitarias. En 1940, el centro está dirigido por Edmond Faral, un especialista en literatura latina de la Edad Media. Inmediatamente después del armisticio, Faral hace un llamamiento a los profesores. Una rápida reapertura del centro podría evitar su requisición. Como medida de seguridad, decide adelantar la apertura del curso. Se trata de una decisión personal, precisa Faral a sus colegas; él no obliga a nadie a nada, y menos a regresar a París. «Obviamente, alguno de nosotros, por razones muy concretas, correría riesgos (corresponde a cada cual sopesarlos) que nadie puede obligarle a aceptar.»[1]

Faral se ha propuesto proteger la institución, pero no logra mantenerla al margen de los acontecimientos. La legislación antisemita de Vichy afecta a varios profesores; los alemanes encarcelan a otros tantos por su pasado antifascista (Langevin, Tonnelat, Wallon). Hábil, prudente y sin duda pétainista, pero de un péitainismo que jamás se revela claramente en su correspondencia oficial, Faral aplica la ley antisemita, pero sin cumplirla rigurosamente. La discriminación racial afecta a cuatro profesores; él apoya la inhabilitación de dos de ellos.

Pero ¿se limita realmente a aplicar la ley? En una carta enviada en enero de 1941 a la delegación del gobierno en los territorios ocupados, y en la que intenta lavar la imagen del Collège de France después de los arrestos, figura el siguiente pasaje: «Cuestión judía. Ningún judío ha impartido clases en el Collège de France desde el inicio del año escolar. Esta decisión fue tomada antes de que entrase en vigor la ley del 3 de octubre de 1940 [...]». En el borrador de la carta, la última frase, que después fue tachada, comenzaba así: «El director tomó la decisión...».[2] Faral no menciona ninguna intervención alemana. Poco importa que en su fuero interno aprobase o no la ley antisemita, y aunque en esa carta reconociese abiertamente que fue él quien tomó aquella decisión, esto tampoco cambiaría demasiado las cosas. Su comportamiento refleja perfectamente el encadenamiento de voluntades, en ocasiones anticipadoras, que permite poner en marcha la política de discriminación. Faral también se esfuerza por evitar cualquier incidente con las autoridades de ocupación. Tras el arresto de Langevin, ve un cartel que llama a los estudiantes de la Sorbona a manifestarse en el Collège de France. Faral decide cerrar las puertas inmediatamente y pide a la policía que instale un servicio de orden delante del centro. «Es fundamental que ninguna manifestación, ni siquiera silenciosa,

1. Circular de Faral, 5 de agosto de 1940, *Archives du Collège de France*, H-II-e-36.
2. Texto escrito a lápiz «enviado a la Delegación General el 25 de enero de 1941», *ibid.*, II-II-e-65.

se produzca en el Collège de France», escribe al comisario del 5° distrito de París.[3]

Pero es justo reconocer que casi todas las autoridades universitarias se comportan como Faral. Ya se trate de la discriminación racial o de las relaciones con el ocupante, la prudencia, cuando no la complacencia, conduce con demasiada facilidad a transigir, cuando no a tomar la iniciativa. El subdirector de la École libre des sciences politiques, Roger Seydoux, se pondrá en contacto con Epting «para hablar con él del futuro de la institución». A petición de este último, Seydoux despedirá a los profesores judíos o antialemanes.[4] Sin ni siquiera esperar a que el ocupante o Vichy se lo ordenen, sacrifica a algunos de sus colegas para asegurar la supervivencia de la institución que dirige. Al mismo tiempo, ofrece a Benoist-Méchin un puesto como profesor adjunto.[5] Algunas de las grandes personalidades del momento se convertirán muy pronto en profesores de esta escuela: Borotra, Bichelonne, los prefectos Jean Legay y Jean-Pierre Ingrand... En el otoño de 1943, el viento sopla ya en otra dirección. Así, Seydoux pide a Joseph Barthélemy, antiguo profesor que retomó su cátedra tras dimitir del cargo de ministro de Justicia, que abandone el centro.[6]

Las grandes personalidades de la universidad francesa tratan a Epting de forma cortés, cuando no cordial. Aunque dista mucho de ocupar una posición relevante en el aparato de ocupación, se le considera un hombre importante. En una lista de las personas que en enero y febrero de 1941 asisten a los desayunos que él organiza en el Instituto Alemán, figuran los nombres de Joseph Denis, director del Servicio Nacional de Universidades y Escuelas Francesas, Jean Baillou, secretario general de la École normale, Roger Seydoux y André Siegfried, profesor del Collège de France y de la École des sciences politiques.[7]

En el Collège de France, la política de Faral no parece haber causado ningún malestar. Entre los profesores, la discriminación racial no suscita protesta alguna, ni a título individual ni a título colectivo, pese a que el régimen de Vichy no goza de su simpatía, salvo en algunos casos, como el de René Leriche o Bernard Fay, nombrado director de la Bibliothèque nationale y que

3. 7 de noviembre de 1940, *ibid.*, H-II-e-62.

4. Informe de la *Abteilung Verwaltung* del mes de octubre de 1940, AN, *AJ 40* 566, dr. École libre des sciences politiques.

5. Benoist-Méchin, *A l'épreuve du temps*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 28.

6. Pierre Birnbaum, *La France aux Français*, Seuil, 1993, pág. 176; Joseph-Barthélemy, *Ministre de la Justice*, *op. cit.*, págs. 303-304, n. 6.

7. Epting, «Liste der deutschen und französischen Persönlichkeiten, die in den Monaten Januar und Februar an Frühstücksveranstaltungen des Deutschen Instituts teilgenommen haben», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.368. Sobre Siegfried, véase Birnbaum, *La France aux Français*, *op. cit.*, págs. 145-186.

emprende una lucha contra los francmasones. Aparentemente, dirección y profesores mantienen la misma actitud ante las vacantes ocasionadas por el Estatuto de los Judíos y ante las detenciones del ocupante. ¿Hay que mantener estos puestos vacantes, a modo de protesta silenciosa? ¿O más bien hay que volver a cubrirlos, aun a riesgo de parecer aprobar la situación? Pero lo primero podría llevar al gobierno a reducir el presupuesto destinado al centro y, quizá, a tomarla con los estatutos de una institución que considera contraria a su política.[8] La solución de Pétain al problema de los puestos vacantes (no cubrirlos, por temor a incurrir en nombramientos indeseables), podía evitar la necesidad de elegir. Pero Faral intervendrá con éxito, defendiendo el mantenimiento de la «fuerza francesa».[9]

Al menos, el profesorado es muy exigente con los nuevos nombramientos. No está dispuesto a elegir a candidatos con méritos dudosos, ni a candidatos valiosos cuya elección pudiese hacer pensar en la influencia de las autoridades. Después de la liberación, Faral alegará en su favor haber bloqueado varias candidaturas «oficiales», mencionando los nombres de Hourticq, Julia y Montandon.[10] Los profesores del Collège de France actúan de la misma forma que la mayoría de los profesores universitarios, mientras que en Bélgica y en Holanda la depuración desencadena la protesta de la opinión pública. Ahora bien, mientras que en estos países es el ocupante quien impone la depuración, en Francia ésta emana del propio gobierno. El respeto de la legalidad, el temor a las sanciones, la incertidumbre sobre las reacciones del país vecino y un futuro imprevisible, son factores que frenan la protesta. En estas circunstancias, los profesores universitarios optan por la defensa institucional.

Aguantar, mantenerse: ésta es la norma de comportamiento que hicieron suya, cada cual a su manera, dos profesores del Collège de France, Frédéric Joliot-Curie y Lucien Febvre, ambos detractores de los acuerdos de Munich de 1938. Basándonos en estos dos ejemplos, intentaremos mostrar la cantidad y la cualidad de las posibles opciones, y el progresivo cambio de perspectivas. ¿Había una opción que se impusiese de forma evidente? ¿Podía la mejor opción ser distinta de la opción menos insatisfactoria? Estas preguntas son absolutamente pertinentes en relación con el período inicial de la ocupación, cuando el peso de la derrota aplasta a los franceses y las victorias de los alemanes

8. Leriche transmite a Ménétrel el temor de sus colegas a una posible modificación de los estatutos del Collège de France (carta del 22 de mayo de 1941, AN, 2 *AG* 77). Sobre la mala reputación que la institución tenía en Vichy, véase AN, 2 *AG* 459, dr. Educación nacional. Para Béraud, el Collège era una guarida de judíos (*Sans haine et sans crainte*, Les Éditions de France, 1942, pág. 233).

9. Faral al ministro de Educación Nacional, 23 de agosto de 1941, *Archives du Collège de France*, H-II-e-62.

10. Nota manuscrita (1944), *ibid.*, H-II-e dr. Reparaciones y sanciones.

impiden ver más allá. Si estos dos casos son interesantes, es porque ilustran a la perfección un estado de cosas que iba a desaparecer poco tiempo después, y en el que el deseo de volver a la normalidad se mezclaba con la voluntad de salvar de la forma más ventajosa posible una situación cuyo desenlace era incierto.

En 1935, Frédéric Joliot-Curie y su esposa Irène, hija de Marie Curie, reciben el Premio Nobel de Química. A sus 35 años, Joliot es una de las grandes figuras de la ciencia francesa, así lo confirma su incorporación al Collège de France dos años después. Este brillante científico es también un hombre comprometido, como su maestro Langevin. Milita en el Partido Socialista, en el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas y en la Liga de los Derechos del Hombre. Cercano a los comunistas y detractor de los acuerdos de Munich de 1938, el pacto germanosoviético hará que se distancie del Partido Comunista. En 1941 se convierte en una de las figuras más relevantes de la resistencia universitaria, situada en la esfera de influencia del PCF. Tras la liberación, su compromiso da al Partido Comunista un lustre inestimable, que en 1950 le costará su cargo de alto comisario para la energía atómica.[11]

En la segunda mitad de la década de 1930, Joliot se ocupa ya de la energía atómica. Los trabajos realizados por él y su esposa sitúan a Francia, junto a Alemania y Estados Unidos, a la cabeza de este campo de investigación. A principios de 1939, los investigadores de estos tres países descubren casi simultáneamente la fisión nuclear. Sus posibles consecuencias se reconocen inmediatamente: o una reacción en cadena controlada, y la producción de energía en gran escala; o una reacción incontrolada, y un arma explosiva de una potencia hasta entonces desconocida. Cuando se declara la guerra, nadie sabe si es posible construir estas máquinas nucleares, ni cuánto tiempo se precisa para su construcción, ni el papel que podrían tener en este conflicto bélico. Todos tratan de evitar que el adversario se adelante. Puesto al servicio de la Defensa Nacional, el trabajo de Joliot se centra más en la construcción de un reactor nuclear, para el que produce reservas de uranio y agua pesada, que en la bomba, cuya construcción le parece demasiado difícil. Paralelamente, inicia la construcción de un ciclotrón en el laboratorio del Collège de France.

Cuando sobreviene la derrota, las investigaciones sobre el reactor se encuentran todavía en su fase inicial, y el montaje del ciclotrón aún no está aca-

11. Véase la reseña de Nicole Racine en Jean Maîtron (comp.), *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, Éditions ouvrières, vol. 32, 1988.

bado. Ante el avance enemigo, el uranio y el agua pesada son sacados del país. Pese a las invitaciones que recibe desde Inglaterra, Joliot decide quedarse en Francia. Desde entonces, se ha hablado mucho del protagonismo que habría podido adquirir su país si él hubiese participado en la aventura nuclear de los Aliados.[12] En el verano de 1940, sin embargo, esto era muy difícil de prever, y la decisión de Joliot parece haber obedecido a motivos personales e inmediatos: la negativa a abandonar a una familia diseminada y a su esposa enferma; un sentimiento de responsabilidad para con su equipo; el temor a sentirse extraño en un país, Inglaterra, que no conocía y cuya lengua no hablaba. A lo que se sumaba la creencia en una inminente victoria alemana y la convicción de que abandonar el país podría costarle un largo exilio.

El 14 de julio de 1940, Joliot escribe a su madre que los alemanes se portan «correctamente» y que ha ido a Vichy para recibir instrucciones. Le habla de la necesidad de ser paciente, de lo feliz que le hace haber encontrado a su familia, de la esperanza de estar en París el próximo invierno.[13] La carta no pone de manifiesto ni su aprobación ni su rechazo del nuevo régimen, que se presenta como un poder legal. Esta primera reacción no tiene nada de extraordinario, es común incluso en la izquierda, pues en ese momento Vichy todavía no ha mostrado su verdadero rostro. Se da mucha importancia a la reunión de la familia y a la virtud de la paciencia. Hay que prepararse para aguantar, para mantenerse durante un período de tiempo indefinido.

La vuelta a París se produce antes de lo previsto. El 15 de julio, las autoridades de ocupación intervienen el laboratorio de química nuclear del Collège de France. Puesto al corriente por Faral, que le urge a regresar, Joliot recibe instrucciones en Vichy. Durante dos semanas, él y Faral mantienen una larga negociación con los alemanes.[14] Frente a ellos, un equipo dirigido por el general Erich Schumann, consejero científico de Keitel, y en el que hay una cara conocida, Wolfgang Gentner, un joven físico que trabajó a las órdenes de Joliot entre 1933 y 1935.

La victoria ofrece la oportunidad de hacer avanzar la investigación nuclear del Reich. Los alemanes lamentan la desaparición de las reservas de agua pesada; en cuanto al uranio, ya tienen en abundancia, pues se han apropiado de las reservas de los belgas; el examen del reactor nuclear les indica que Joliot

12. Spencer R. Weart, *Scientists in Power*, Harvard University Press, 1979, pág. 155; Bertrand Goldschmidt, *Les Rivalités atomiques 1939-1966*, Fayard, 1967, págs. 55-56.

13. Carta citada por Maurice Goldsmith, *Frédéric Joliot-Curie: A Biography*, Londres, Lawrence and Wishart, 1976, pág. 97. Véase también Rosalynd Pflaum, *Marie Curie et sa fille Irène: Deux femmes, trois Nobel*, Belfond, 1992.

14. Véase el «Historial» dejado por Faral, *Archives du Collège de France*, H-II-e-66, dr. Ocupación del laboratorio Joliot.

no ha avanzado mucho más que ellos.[15] Queda el ciclotrón, en construcción en los sótanos del Collège de France y del que no existe ningún ejemplar en Alemania. Los ocupantes quieren desmontarlo y llevárselo. Pero esta idea tropieza con dificultades de orden práctico,[16] y en cualquier caso les faltaría la experiencia de los científicos franceses.

Los alemanes comunican a Faral y a Joliot que tienen derecho a requisar el material de un laboratorio que ha trabajado para la Defensa Nacional. Pero inmediatamente después les dicen que renunciarán a hacerlo si Joliot se compromete por escrito a acoger a un equipo de científicos alemanes, cuya misión sería trabajar «con él» en algunos temas («pruebas con el ciclotrón, física general del núcleo, puesta en marcha de los aparatos»). Según Faral, Schumann «ha subrayado que hablaba como hombre de ciencia, y no como militar; que los temas que interesan a los alemanes son estrictamente científicos y desligados de todo fin bélico; que estos temas serían definidos de antemano y que jamás podrían atentar contra los intereses nacionales de Francia». En el caso de que su propuesta fuese rechazada, los franceses no tendrían acceso al laboratorio, que se pondría a disposición de los científicos alemanes; éstos trabajarían solos, «esperando días mejores».[17]

Faral y Joliot podían rechazar esta propuesta o abstenerse de tomar una decisión, o simplemente dejar que fuese el gobierno quien decidiese. Pero optan por reformular el compromiso solicitado a Joliot, antes de pedir la mediación de las autoridades. Han tomado una decisión: asegurarse la utilización del laboratorio. No obstante, consideran inaceptable el *Diktat* mientras no se garantice el carácter no militar de las investigaciones, la libertad de trabajo de los científicos franceses y la conservación de su material. Según el texto modificado que los franceses proponen a Schumann, los científicos alemanes no trabajarían «con» Joliot, sino «a las órdenes» de Joliot, y solamente «sobre temas que no atenten contra los intereses nacionales de Francia» (a continuación se detallan las condiciones citadas anteriormente). Los dos profesores piden, además, que la operación se mantenga en secreto, «con el fin de evitar los malentendidos que pudiesen resultar de conversaciones deformadas». Evidentemente, temen que los alemanes hagan un uso propagandístico del asunto. Pero tratando de ocultar la operación a la que dan su consentimiento, dejan asomar su malestar.

15. David Irving, *The German Atomic Bomb: The History of Nuclear Research in Nazi Germany*, Nueva York, Da Capo Press, 1983, pág. 71.

16. Wolfgang Gentner, *Entretiens avec Frédéric Joliot-Curie à Paris occupé 1940-1942*, Heidelberg, Max-Planck-Institut für Kernphysik, 1980, pág. 2 (doy las gracias a Nicole Racine por haberme facilitado una copia de este texto).

17. Todas las citas que siguen han sido extraídas del dr. Laboratorio Joliot-Curie (AN, *AJ 41* 71) y fundamentalmente del informe general de Faral (18 de agosto de 1940).

Después de lograr que sus interlocutores alemanes acepten las modificaciones que ellos proponen, los profesores se dirigen a Vichy para obtener la aprobación del gobierno. Pero Mireaux, el ministro de Educación Nacional, da una respuesta negativa: «Este ámbito de investigación es un ámbito reservado. No. Si aceptamos, se dirá que cedemos a su presión». Faral y Joliot abordan al delegado del gobierno en la zona ocupada, Léon Noël, que acepta interceder ante Vichy, mientras que ellos dirigen al ministro un informe más completo «sugiriéndole que revise la cuestión». Creen que es aconsejable aceptar la propuesta alemana, una vez modificada, por varias razones: porque conserva su carácter de «decisión unilateral», con lo que prueba la presión ejercida sobre ellos; porque los temas sobre los que hay que trabajar «no guardan absolutamente ninguna relación con la guerra» (aquí se hacen eco de las promesas de los alemanes); porque a Joliot se le da la posibilidad de velar por el cumplimiento del acuerdo; porque el silenciamiento del asunto «impide cualquier uso propagandístico de las condiciones de trabajo»; y, finalmente, porque el acuerdo libra al laboratorio de una posible requisición. Conclusión: «Aceptar no resulta agradable. Pero una negativa conduciría, probablemente, a exigencias mayores y a medidas más rigurosas; éstas nos excluirían del trabajo y nos privarían de nuestro material».

Transmitido a Vichy el 18 de agosto, dos días después el informe recibe una respuesta positiva, siempre que la obligación de silenciar la operación prevea una excepción para «el jefe del Estado francés o para una persona designada por él».[18] La decisión del gobierno, soplada por los dos profesores, será duramente criticada por Jules Basdevant, el jurisconsulto del Ministerio de Asuntos Exteriores, que considera contraria al derecho la pretensión alemana de requisar los laboratorios científicos. Basdevant critica la actuación de Faral y de Joliot, no considera correcto que éstos hayan propuesto a Schumann una nueva redacción del texto. «Pese al hecho de que, en la forma, debió de tratarse de una decisión unilateral, el hecho de haber propuesto sus términos implica ya cierta aceptación del contenido, y por lo tanto una aceptación del derecho de la potencia ocupante a regular el funcionamiento del laboratorio y a introducir en él a colaboradores alemanes.» Puesto que, pese al armisticio, persiste el estado de guerra, estos científicos corren el riesgo de que se les acuse de pactar con el enemigo. Asimismo, Basdevant critica abiertamente la posición del gobierno. En su opinión, reclamar un derecho de información para el jefe del Estado equivale a «pedir que se cumpla un punto par-

18. Anotación del general Koeltz en el documento, *ibid.* La cláusula de información no parece haber sido utilizada.

ticular y secundario, renunciando a ver satisfechos nuestros derechos fundamentales».[19]

Para proteger su laboratorio, Joliot ha optado por la vía de la aceptación, instando a Vichy a hacer lo mismo. Trabaja con cinco científicos alemanes que, dirigidos por Gentner, tienen como misión terminar el montaje del ciclotrón y ponerlo en funcionamiento. Joliot se esfuerza mucho por organizar esta singular cohabitación para reducir al mínimo los riesgos que comporta. El laboratorio y algunos técnicos, excluidos los investigadores, son puestos a disposición de los alemanes. Éstos trabajan en determinados locales y no pueden acceder al resto del laboratorio sin el permiso de Joliot, que conserva el derecho de circular por todas partes, y así de controlarlo todo.[20]

Pero, por más claramente definida que estuviese, la situación era delicada, y muy pronto empiezan a circular rumores de «colaboración».[21] La detención de Langevin, que se produce a finales de octubre, no arregla las cosas. Colegas y estudiantes reprochan a Joliot seguir trabajando mientras su maestro es encarcelado. El físico comunica a los alemanes que estas críticas le obligan a suspender su trabajo. Joliot paraliza de golpe la actividad del equipo alemán, lo que hace que el servicio del que éste depende, el Servicio de Armamento del Ejército (Heereswaffenamt), interceda ante el MBF para que dé una solución al caso Langevin. «Hasta entonces», se aduce, la cooperación de Joliot había sido «satisfactoria». Sin duda, él no era mejor que Langevin, ambos son antialemanes. Pero era «indispensable para el trabajo en el Instituto, trabajo del que obviamente desconocía el objetivo».[22] A principios de diciembre, Langevin es confinado en Troyes, y el laboratorio reanuda su actividad. Como vemos, Joliot dice que interrumpe su actividad a causa de las críticas de sus colegas. Sin embargo, no supedita la reanudación de su actividad a la liberación de Langevin, sino que se limita a pedir que se mejore su suerte.[23] Aunque actúa con prudencia para evitar posibles sanciones, se arriesga y juega la carta

19. «Note pour le secrétaire d'État à l'Instruction publique», 3 de octubre de 1940, AN, *F 17* 13.385, dr. Collège de France.

20. Gentner, *Entretiens avec Frédéric Joliot-Curie...*, *op. cit.*, pág. 7.

21. Pierre Biquard, *Frédéric Joliot-Curie et l'Énergie atomique*, Seghers, 1961, pág. 74.

22. *Kommandostab Ic (I)*, «Aktennotiz», 20 de noviembre de 1940, *AJ 40* 566, dr. 21. Joliot está bajo sospecha. Así lo demuestra el hecho de que, en marzo de 1941, cuando la embajada se entera por el SD del rumor según el cual Joliot iba a ser nombrado administrador del Collège de France, comunica inmediatamente su oposición al Ministerio de Educación Nacional (notas del 24 y del 29 de marzo de 1941, dr. 19, *AJ 40* 566).

23. *Kommandostab Ic (I)*, «Aktennotiz», 23 de noviembre de 1940, *AJ 40* 566, dr. 21. La detención de Langevin había sido realizada por el SD a petición de Epting, sin que el MBF, el único organismo legitimado para ordenar su arresto, hubiese sido informado. Esta disputa de competencias favoreció el éxito de la presión de Joliot y de la intervención del Heereswaffenamt.

que le queda. Evidentemente, sigue pensando que la mejor política es aguantar y mantenerse, aun cuando las consecuencias sean muy desagradables.

Un episodio ocurrido a principios de 1941 arroja luz sobre las circunstancias que rodearon su decisión. El 15 de febrero de 1941, los parisinos descubren en la primera página del periódico de Luchaire, *Les Nouveaux Temps*, una entrevista titulada: «Primero hay que reformar los espíritus, nos dice el señor Joliot-Curie». «Nosotros, los científicos franceses, profundamente comprometidos con nuestro país, debemos tener el valor de extraer las consecuencias de nuestra derrota. ¿Y qué observamos? Un descenso de la calidad de los hombres que se habían convertido en nuestros jefes, descenso que desgraciadamente afecta casi por igual a los distintos ámbitos de la actividad creadora.» La entrevista es fundamentalmente una crítica a la École polytechnique, a la que se acusa de haber obstaculizado la investigación y de haber conducido a la industria armamentística a una situación calamitosa, a fuerza de producir «grandes teóricos» y de despreciar las aplicaciones prácticas. Había llegado el momento de acabar con esa «hegemonía» y de aprovechar «los talentos más diversos y productivos, dondequiera que estén». Joliot se ponía a sí mismo como ejemplo: él se había limitado a cursar estudios en la École de physique et chimie, para después trabajar en una fábrica, actividad que lo había «desintoxicado de las abstracciones» y «curado de ciertos vicios intelectuales».

Ciertamente, el periodista pudo exagerar las ideas de Joliot o expresarlas con sus propias palabras. Pero es muy dudoso que deformase lo sustancial. Además, la hipótesis de una deformación no explica la aceptación de una entrevista en un periódico que nunca escondió su verdadero color, cuando habría podido rechazarla tranquilamente. Unos días antes, el noticiario de la zona ocupada, controlado por los alemanes, había solicitado permiso para hacer un reportaje sobre su laboratorio y sobre los físicos alemanes que trabajaban en él. El objetivo del reportaje era ilustrar «un caso concreto de colaboración técnica». Pero a Joliot no le interesaba esa publicidad y rechazó rotundamente la propuesta, una negativa que hizo ratificar por el servicio alemán del que dependía su laboratorio. La cláusula de secreto mostraba su utilidad.[24]

Todo indicaba que la entrevista en *Les Nouveaux Temps* había sido un error. Pese a la presencia del ocupante, Joliot no resistió a la tentación de exponer sus puntos de vista y de reprender a la École polytechnique, tachándola de intelectualista y de elitista. Por otra parte, algunas de sus ideas pueden sugerir una convergencia con Vichy: la necesidad de extraer las consecuencias de la

24. Cartas del 10 y 11 de febrero de 1941, *Archives du Collège de France*, H-II-e-66.

derrota, la denuncia del intelectualismo y la urgencia de un cambio. Pero dicha convergencia carece de fundamento: en la entrevista no se menciona Vichy, no hay ni una sola muestra de simpatía por el nuevo régimen, en ningún momento se hace alusión al ocupante. Si estas declaraciones son de interés, es porque revelan un paisaje mental. Muestran a un Joliot que sigue estando influido por la corriente, tan típica del año 1940, que pide una investigación de responsabilidades y desea una renovación. De esta última, evidentemente Joliot tiene una concepción muy distinta de la de Vichy. Lo interesante es que pueda seguir pensando en una renovación, aunque limitada a la investigación científica: la lucha contra el ocupante no se impone todavía como la máxima prioridad. En este sentido, podemos preguntarnos si Joliot, pese a haber condenado el pacto germanosoviético, no tuvo, después de la derrota, un punto de vista cercano al PCF, entendiendo la guerra como la lucha de dos imperialismos entre los que no era posible elegir.

En cualquier caso, no nos lo imaginamos diciendo lo mismo después de la primavera de 1941, una vez comprometido con la resistencia activa. ¿Y podemos imaginárnoslo, en esta nueva posición, aceptando cooperar con científicos alemanes? Sin duda, la cooperación no solamente tenía inconvenientes. No hablemos de Faral, que en 1941 se vale de ella para solicitar a Vichy que cubra los puestos vacantes («Las autoridades de ocupación conocen el valor del trabajo científico que se hace en el Collège de France. Ustedes saben que, por decisión del alto mando alemán, oficiales y científicos alemanes trabajan desde el pasado mes de agosto en nuestro laboratorio de química nuclear, donde son instruidos por nuestros científicos»).[25] Entre Joliot y sus colegas alemanes, las relaciones son buenas, sobre todo gracias a la presencia de Gentner, que mejora las condiciones de vida del equipo francés y posibilita la liberación de Joliot tras su arresto en junio de 1941. La policía alemana sospechaba que Joliot tenía relaciones con la resistencia; de haber sido descubierto, la protección de Gentner no le habría servido de nada.

Pese a servir de tapadera para la resistencia, la situación era muy escabrosa. Cuando dijo al gobierno que las cuestiones que interesaban a los alemanes no «tenían nada que ver con la guerra», Joliot pintó las cosas como mejor le convino. El trabajo sobre el ciclotrón difícilmente podía carecer de implicaciones militares, aunque éstas no fuesen inmediatas. El aparato fue montado por los científicos alemanes, que hicieron venir del Reich las piezas indispensables para tal fin. Pero, tal como afirma Gentner, los alemanes recibieron la ayuda «eficaz» del laboratorio y de los técnicos franceses.[26] Con el montaje de

25. Carta de Faral al ministro de Educación Nacional, 23 de agosto de 1941, H-II-e-62.
26. Gentner, *Entretiens avec Frédéric Joliot-Curie...*, *op. cit.*, pág. 5.

este acelerador de partículas y con su posterior puesta en funcionamiento, tareas que en su país todavía estaban muy atrasadas, los alemanes se ahorran tiempo y, sobre todo, adquieren una valiosa experiencia, especialmente en dos ámbitos de aplicación militar. En primer lugar, en materia de radiación, puesto que utilizan el ciclotrón de París para experimentar el uso de la radiactividad en armas de combate. En segundo lugar, en materia de aceleración de partículas: el ciclotrón puede proporcionar pequeñas cantidades de plutonio, que sirve de explosivo nuclear.[27]

Más allá de esta utilización inmediata, su interés por el ciclotrón se inscribía en el marco de su proyecto nuclear. Es imposible que Joliot no se diese cuenta de ello y que subestimase el alcance de este ámbito de investigación, civil y militar al mismo tiempo.[28] (Sorprendentemente, se empieza a hablar de la bomba atómica durante la ocupación, con o sin conocimiento de causa; en marzo de 1942, Bobkowski escucha decir a unos conserjes que, en el bombardeo de Billancourt, los ingleses han lanzado «bombas atómicas».)[29] Lo único que Joliot subestimó fue el papel de las armas nucleares en aquel conflicto. Estaba convencido de que para eso todavía faltaban varios años de investigación. Una opinión compartida por los responsables alemanes, aunque por razones distintas: éstos consideraban que el final de la guerra estaba relativamente próximo. De este modo, a principios de 1942 el proyecto atómico del Reich fue relegado a un segundo plano, mientras que los norteamericanos, considerando que la guerra se prolongaría durante mucho tiempo, se lanzaron a la aventura.[30] Si los alemanes hubiesen tomado el mismo camino, hoy se

27. Gracias a la experiencia que adquirieron en París, los alemanes pudieron construir sus ciclotrones, lo que les condujo a modificar sus planes (véase *Archiv Max Plank Gesellschaft*, *Nachlass Walter Bothe* 78, Bothe al *Bauinspektor* Treiber, 10 de marzo de 1941) y familiarizarse con la radioactividad artificial (*ibid.*). Doy las gracias a Mark Walter por haberme proporcionado información sobre los trabajos del laboratorio Joliot procedente de otros archivos alemanes y norteamericanos, así como por sus valiosos puntos de vista.

28. Refiriéndose a la investigación nuclear en general, Joliot escribía en 1943: «En caso de concluirse, estos trabajos pueden tener grandes consecuencias; en Francia, la investigación está paralizada desde junio de 1940» («Note remise à M. Trefouel, directeur de l'Institut Pasteur le 22 novembre 1943», AN Fontainebleau, *Archives du CNRS*, 800 284-55, dr. Documentos Joliot-Curie).

29. Bobkowski, *En guerre et en paix*, *op. cit.*, págs. 303-304 (4 de marzo de 1942). En *L'Avenir de la science* (Plon, «Présences», 1941), al lado de la docta descripción de Louis de Broglie, encontramos una descripción de ciencia ficción que debemos a Pierre Devaux, y sobre todo esa situación que tendría el éxito que todos sabemos después de 1945: «Pese a la rigurosa supervisión de los desintegradores, controlados por el contraespionaje, un exaltado se hace con una masa desintegrable grande como el puño y la lanza con un cohete sobre una capital extranjera, que se inflama y se derrumba como un castillo de naipes. La réplica llega, París se hunde; los supervivientes fabrican hachas de piedra» («Prophètes et inventeurs», pág. 212).

30. Véase Mark Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power*, Cambridge University Press, 1989.

consideraría que el trabajo realizado en el laboratorio de Joliot fue parte del proyecto nazi de fabricación de la bomba atómica.

Aguantar, mantenerse: en el caso de Lucien Febvre no se trataba de un laboratorio, sino de una revista cuya reaparición exigía adaptarse a las condiciones impuestas por el ocupante. Mayoritariamente, la comunidad universitaria toma este camino. Enfrascarse en el estudio reconforta, el lenguaje científico es un caparazón que aísla de la realidad, las reducidas tiradas de las publicaciones científicas no atraen excesivamente la atención del ocupante, aunque tampoco las pierde de vista. En este sentido, la revista que Febvre quiere volver a publicar no tiene nada de especial. Excepto que uno de sus dos directores-propietarios es judío y que la reaparición de la revista pasa por su eliminación. A diferencia de la situación en la que se halla Joliot, aquí no hay nada que apremie a tomar una decisión. Abstenerse no tiene ninguna consecuencia en el plano profesional.

Cuando Marc Bloch y Lucien Febvre fundan en 1929 los *Annales d'histoire économique et sociale*, su propósito es acabar con la preponderancia de la historia política, pasar del «événement» (suceso) a la «longue durée» (larga duración), ampliar el campo de la historia a la economía, la sociología y la psicología. Muy pronto, la revista logra hacerse un lugar gracias a su novedosa perspectiva, a la calidad de sus artículos y a la punzante pluma de Febvre, que se enzarza en vivas discusiones con los carcamales de la profesión. El éxito jalona la carrera de estos dos hombres, profesores en Estrasburgo desde 1919. Febvre se incorpora al Collège de France en 1933, Bloch a la Sorbona en 1936. Sus relaciones son estrechas, sin llegar a ser familiares, y en ocasiones muy tensas, como en 1938, cuando Febvre acusa a su colega de querer convertirlo en una figura de segunda fila.[31]

Después de la derrota, ambos se hallan en la zona libre. Bloch, afectado por el Estatuto de los Judíos, se siente profundamente herido en su identidad como francés. Solicita inmunidad y es uno de los pocos que la obtienen. Primero trabaja en la Universidad de Estrasburgo replegada en Clermont-Ferrand, y después en la Universidad de Montpellier, pero su deseo es exiliarse a Estados Unidos, deseo al que acaba renunciando por razones familiares. Por su parte, Febvre está en Saint-Amour, muy cerca de Léon Werth. En el otoño de 1940, su esposa viaja a París, y él transmite a Bloch lo que ella le cuenta. «No hay periódicos, o más bien una prensa "en francés" que roza lo inmundo»; «gente

31. Véase la carta de Bloch a Febvre del 22 de junio de 1938, AN, *318 Mi* 1. Sobre Bloch, véase Carol Fink, *Marc Bloch: A Life in History*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.

silenciosa, abatida, aplastada»; afortunadamente, «como siempre, un pueblo que aguanta» (aquí reconocemos al admirador de Michelet). Febvre anuncia su regreso a París, pues el Collège de France vuelve a abrir sus puertas. «¿Qué otra cosa podemos hacer? Y después de todo, puede que los directores tengan razón; hay que reforzar ese frente... Pero es muy duro.»[32]

Desde ese momento, Febvre empieza a preocuparse por el futuro de la revista y baraja varias posibilidades. La primera es «dejarla dormir». «Pero existen riesgos, y en cualquier caso, eso supondría una pérdida de influencia y de posición.» La segunda es «solicitar y considerar la posibilidad de que la revista vuelva a salir a la luz satisfaciendo las condiciones exigidas». Pero la benevolencia no es precisamente la especialidad de la casa, y «la pretendida tolerancia científica no es más que una frase». La tercera es trasladar la revista a la zona libre, o quizá incluso a América, con Bloch. «Quizá. Él tiene la palabra. Sólo que el proyecto perderá sus verdaderas raíces»; la revista dejaría de ser francesa y llegaría con dificultad a Francia.[33] La idea de que la revista reaparezca en la zona ocupada se apodera de Febvre, que se informa y hace los primeros preparativos. Bloch se muestra muy reacio y sugiere que la revista reaparezca en la zona libre. En la primavera de 1941, Febvre, decidido, escribe a su colega pidiéndole que acepte su punto de vista. Sigue una correspondencia áspera y emotiva, en la que los argumentos en pro y en contra se cruzan y se mezclan con motivaciones personales que nunca llegan a hacerse explícitas.

La carta de Febvre es torrencial. «*Annales* desea seguir apareciendo», escribe atribuyendo a la revista personalidad propia. «Pero ¿qué condiciones ha de satisfacer? Condiciones difíciles, y duras. En parte, por la voluntad de los ocupantes; en parte, por una funesta torpeza.» Esta «funesta torpeza», que le merece un sinfín de reproches, es el contrato que convierte a Bloch en codirector y copropietario de la revista. «Desde hace dos meses, ese documento sólo me causa problemas. Es un obstáculo para todo.» «Sin ese absurdo documento, la revista pertenecería a Lucien Febvre. Pero el documento está ahí. Documento absurdo en sí mismo, en virtud de su contenido. Yo lo he permitido, *mea culpa*; mi constante deseo de no contrariar, de conciliar puntos de vista, de aceptar sin más lo que me disgusta con tal de ahorrarme el fastidio de una controversia, todo eso ha hecho que confíe la redacción del texto a un hombre avezado en las habilidades del Consejo de Estado.»[34]

32. Febvre a Bloch (otoño de 1940), AN, *318 Mi* 1.
33. «Memento de questions à traiter oralement» (otoño-invierno de 1940), *ibid.*; carta (otoño de 1940), AN, *318 Mi* 2.
34. Febvre a Bloch, 13 de abril de 1941, *ibid.*

La falta de tacto deja bastante perplejo. Febvre no se extiende en la iniquidad de las medidas impuestas por el ocupante, ni en las que ha impuesto Vichy; esto equivaldría a debilitar su posición. Más bien presenta la voluntad de los ocupantes y el famoso «documento» como obstáculos similares a la voluntad de *Annales*. Leyendo su carta, uno tiene la impresión de que sólo el pudor le impide atacar directamente a Bloch, reprocharle que él, el judío, entorpece un proyecto cuya legitimidad jamás parece ponerse en duda. En cualquier caso, su posición es clara: Febvre quiere la reaparición de la revista, y en París; para que así sea, Bloch debe renunciar a su título de propiedad.

No es difícil imaginar el desconcierto de su colega al leer estas páginas. Tendría que desaparecer de la revista que él mismo ha creado y borrar la marca de su identidad profesional, después de haberse sentido herido en su identidad como francés. Bloch responde que, muy a su pesar, había considerado la posibilidad de publicar la revista en la zona libre; que no quiere que reaparezca en la zona ocupada y sin su nombre. ¿En la zona ocupada? La censura podría ser temible. «Empezaría por la dirección, y después continuaría con los colaboradores. ¿Tendría fin la depuración?» Ciertamente, en la zona libre también hay censura: «Pero ¿qué quiere que le diga? Yo no tengo ninguna duda: entre un censor francés, cualquiera que sean sus criterios, y un *feldgrau*,* yo haría siempre una diferencia. Mi dignidad se aviene más fácilmente al primero que al segundo.» ¿Sin su nombre? Su carácter le impide condescender. «Si nuestra labor tuvo algún fin, éste fue su independencia, su negativa a someterse a la presión de lo que Péguy [...] llamaba lo "temporal" [...]. La supresión de mi nombre equivaldría a una abdicación. Y, créame usted, nadie la interpretaría de otra forma.» Si Febvre no está dispuesto a dejar dormir la revista, entonces la única alternativa es crear una nueva revista, con otra portada y utilizando, si es preciso, los fondos de financiación de *Annales*.[35]

Febvre reacciona expresando un «amargo sentimiento de disidencia moral». «La voluntad de mantenerme, lo más, lo mejor posible: esto es lo que me ha dado fuerzas para escribirle, después de mucho dudar, mi última carta.» Le presenta sus respetos, dice, «con lágrimas en los ojos», e inmediatamente retoma su alegato. ¿Crear una nueva revista? Eso equivaldría a hacer concesiones al ocupante, a renunciar a la subvención del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS), a abandonar a los abonados que ya han pagado las cuotas de 1941. ¿Publicar en zona libre? *Annales* no se distribuiría en la zona ocupada, no podría «llegar a los franceses que más sufren, a los que verdade-

35. Bloch a Febvre, 16 de abril de 1941, AN, *318 Mi* 1.
* «Feldgrau»: soldado *(N. del t.)*.

ramente necesitan la revista, a aquellos que piden su ayuda». Desde París, en cambio, la revista podría llegar a todas partes, incluso al extranjero.

Febvre percibe la dificultad de debilitar la posición de Bloch, pues se trata de una cuestión de principios. Por eso le reprocha sucumbir a «uno de esos "Mitos de la Pureza" que ha hecho innumerables estragos en la historia» y esgrime el argumento del patriotismo, hablando de los sacrificios que éste tiene derecho a exigir y de la necesidad de evitar la deserción. Deserción de sus deberes para con los abonados y los lectores: «Puede que algún día [...], en una situación completamente distinta, sea posible plantearse la cuestión de crear unos *Annales* similares, pero no idénticos, a los de ayer; pero no será entonces cuando, quienes amaban la revista, necesiten de ella». Deserción de sus deberes para con Francia: si le aflige la «sentencia de muerte» pronunciada por Bloch, «es porque *Annales* es una revista francesa. Y porque su muerte significaría otra muerte para mi país». «Para mi país»: el *lapsus* es tremendo, y no tiene nada de sorprendente.[36]

No insistiremos en la grandilocuencia de ciertos argumentos de Febvre, como el referido al consuelo que la revista podría procurar a «los franceses que más sufren»; como vemos, no sólo Vichy se servía de la grandilocuencia. Tampoco precisamos insistir en la valoración, jamás explícita, del judaísmo de Bloch, del que Febvre deduce, implícitamente, la negativa a atenerse a sus razones. Bloch se da cuenta de ello y le escribe: «No crea que todos mis actos son una reacción al "Estatuto"». Si no fuese judío, obraría del mismo modo y se negaría a dimitir.[37] La suposición de Febvre, que lleva el signo de la época, permite imaginar el malestar que debieron de sentir tantos franceses judíos al ver cómo interpretaban sus decisiones aquellos que los conocían y apreciaban.

Pero la disputa entre Febvre y Bloch no se reduce a esto, y no hay ninguna razón para pensar que el primero se deleitase en ella. Febvre teme que, de producirse una demora, la reaparición de la revista sea todavía más difícil, o incluso imposible; también teme perder posiciones —abonados, reputación, influencia— en beneficio de otras revistas históricas. El miedo a la competencia, la voluntad de que la revista tenga un buen lanzamiento y la convicción de la noble misión que aquélla tiene encomendada, son las razones que explican su negativa a que reaparezca en la zona libre, con una difusión limitada. Febvre quiere asegurar su presencia ante un futuro que considera terriblemente incierto.

36. Febvre a Bloch, 19 de abril de 1941, AN, *318 Mi* 2 (hay dos versiones de esta carta). El último pasaje ya ha sido citado por Massimo Mastrogregori, «Le manuscrit interrompu. *Métier d'historien* de Marc Bloch», *Annales ESC*, enero-febrero de 1989, pág. 149.

37. Bloch a Febvre, 16 de abril de 1941, AN, *318 Mi* 1.

A los ojos de Bloch, hacer concesiones «con tal de salvar algo»[38], es una política nefasta, tanto desde un punto de vista moral como desde un punto de vista práctico. Pero también él ama la revista, por lo que, antes que encerrarse en una negativa rotunda, prefiere alertar de los peligros del futuro: su eliminación se interpretaría como un compromiso con el ocupante; éste aumentaría paulatinamente su control y eliminaría la libertad editorial, etc. En su posición se adivina, además, el temor a verse excluido de la obra común, otra de las cosas que jamás se hacen explícitas en la correspondencia. En resumen, su valoración de la situación no es muy diferente de la de Febvre, pero su actitud es distinta: «Ignoro lo que nos deparará el futuro. Pero no desespero».[39]

Aunque reitera sus motivos de oposición, finalmente Bloch decide atenerse a las razones de Febvre.[40] El deseo de no enemistarse con su colega, cuyos argumentos le ponen a la defensiva, explica probablemente su decisión. En 1942, considerará que, a fin de cuentas, aquella decisión fue una decisión aceptable. La revista, que cambia de título y pasa a llamarse *Mélanges d'histoire sociale*, va abriéndose camino. El ocupante tiene otras cosas que hacer y no ejerce un control directo sobre ella. Retomando una actividad que le es familiar (publica bajo seudónimo), Bloch parece haber aliviado parte de su sufrimiento. Pero la resistencia lo acapara muy pronto. En 1943, pasa a la clandestinidad. Detenido en marzo de 1944, es torturado y fusilado.

Consintiendo su propia eliminación, Bloch hizo posible la reaparición de la revista. Tras la liberación, su martirio servirá de aval, influyendo incluso en la mirada retrospectiva de historiadores profesionales que, a decir verdad, no siempre han sido muy aptos para la historia inmediata. Febvre quiere recuperar el título de la revista y obtener papel. Pero primero ha de justificar la trayectoria de *Annales* durante la ocupación. El ministro de Información es Jacques Soustelle, miembro del comité de redacción. «Estoy seguro, le escribe Febvre, que me bastará comunicar mi doble deseo a Jacques Soustelle para que el ministro de Información conceda a *Annales* —la única revista histórica francesa que mantuvo durante cuatro años el espíritu "de antes", con la cooperación, hasta el último momento, del propio Marc Bloch— tanto la autorización como el papel que necesita.»[41]

Prescindamos de la indirecta, completamente gratuita, que Febvre lanza a las otras revistas. El espíritu competitivo que impulsaba a reaparecer sigue vivo. Febvre convierte en un desafío la presencia de la revista durante la ocu-

38. Bloch a Febvre, 16 de mayo de 1941, *ibid.*
39. Bloch a Febvre, 7 de mayo de 1941, *ibid.*
40. Bloch a Febvre, 16 de mayo de 1941, *ibid.*
41. Febvre a Soustelle, 16 de julio de 1945, AN, *F 41* 1.028, dr. *Annales ESC.*

pación. La revista ha sido «uno de los centros más vivos de la resistencia intelectual a la opresión». Afirmación que basa en el martirio de Bloch y en las hojas de servicio de algunos miembros de la redacción, e incluso en su cambio de título en 1942, que justifica apelando a la necesidad de librarse de la «persecución de Vichy».[42] En relación con este punto, la verdad, más simple, menos gloriosa, es que el ocupante había impuesto restricciones de papel y que la revista de Febvre, como muchas otras, había sido víctima de ellas. Pero jamás sufrió la persecución de Vichy: en mayo de 1942, una comisión de publicaciones científicas constituida por el Ministerio de Educación Nacional, a la sazón bajo Bonnard, la incluye en una lista de publicaciones cuya autorización se «solicita encarecidamente».[43] Como la respuesta fue negativa, Febvre adoptó la fórmula *Mélanges*, que esquivaba mejor los golpes.

Todas las dudas y las incertidumbres de la época se eliminan, el pasado se presenta en su mejor forma, y hasta se retoca si es necesario,[44] no se duda en tergiversar las motivaciones. En 1941, Febvre estaba convencido de que la dominación alemana se prolongaría durante mucho tiempo, y de que era mejor adaptarse a ella. Si Joliot quería conservar su laboratorio, Febvre quería mantener su revista. Un deseo que no se diferencia del comportamiento de muchos empresarios; esfuerzo por recuperar la normalidad, por conservar el mundo de ayer para restar dureza al presente y esclarecer el futuro, sin que ello suponga la menor simpatía por el vencedor. Pero la prioridad dada a la presencia sobre la defensa de valores o de principios, y la cordial aceptación de la purga que la acompañaba, no carecía de significación. En la medida en que se hacía situándose en la perspectiva, ciertamente indeseable, de una dominación alemana, equivalía a inscribirse voluntariamente en un horizonte del que los judíos habrían desaparecido.

42. Febvre al responsable de prensa, 14 de septiembre de 1945, *ibid.*

43. «Note pour M. Roy», 8 de febrero de 1943, AN, *F 17* 13.381, dr. Prensa pedagógica y científica.

44. En el formulario en el que se solicita la reaparición de la revista, cumplimentado por Charles Morazé (10 de agosto de 1945, *F 41* 1.028, dr. *Annales ESC*), a la pregunta de si la publicación de la revista ha sido «suspendida voluntariamente», la respuesta es la siguiente: «Sí, en su forma regular». «En qué fecha»: «En junio de 1940. Ha seguido publicándose con el título de *Mélanges*». Así se pasaba por alto la solicitud de autorización formulada a las autoridades alemanas en 1941, y la publicación de la revista, con el título de *Annales*, durante un año. Febvre, por su parte, en su carta al responsable de prensa (véase arriba, n. 42), alude al cambio de título en 1942, pero lo presenta como una especie de acto de resistencia a la «censura» de Vichy.

Capítulo 21

Inter arma silent Musae

El 23 de septiembre de 1944, Cocteau anota en su Diario: «Durante la ocupación alemana, Francia tenía el derecho y la obligación de mostrarse insolente, de resplandecer, de enfrentarse y desafiar al opresor, diciéndole: "Me lo quitas todo y me queda todo"».[1] Efectivamente, las artes y las letras resplandecieron, proporcionando momentos de diversión y de deleite a una población abatida. Nuevos nombres y nuevas obras quedaron registradas en el libro de la cultura francesa. *Inter arma silent Musae*: el fragor de las armas hace callar a las musas. Cuando elevan su voz en la jaula construida por el ocupante, ¿es para «desafiar al opresor»?

Después de la liberación, el argumento de Cocteau se escucha en todas partes. Cada película rodada, cada libro publicado y cada obra interpretada, se decía, había sido un desafío de la cultura francesa a los destructores de la cultura. En el exterior, efectivamente, el ocupante quiso apagar la llama de la cultura francesa en Europa. Aunque también pretendió aprovecharse momentáneamente de ella: la exportación de películas francesas, por ejemplo, debía favorecer, mediante un sistema de cuotas, la penetración del cine alemán, hasta que un día éste fuese lo suficientemente vigoroso como para dominar el mercado europeo.[2] En el interior del país, en cambio, los alemanes nunca pretendieron «meter en cintura» a la cultura francesa, como hicieron en los países «germánicos», ni reprimirla militarmente, como hicieron en Polonia. Al contrario, permitieron que la cultura francesa floreciese en toda su diversidad —tras eliminar a judíos y opositores—, sin imponer jamás las normas vigentes en el Reich. Léautaud recoge las palabras de Bremer, ayudante de Epting, a quien se le reprochaba haber autorizado la publicación de un periódico: «En

1. Cocteau, *Journal 1942-1945*, Gallimard, 1989, pág. 557 (23 de septiembre de 1944).
2. Evelyn Ehrlich, *Cinema of Paradox: French Filmmaking under the German Occupation*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, págs. 148-150.

Alemania, esto no sería posible... Nosotros no conocemos el liberalismo. Así que nos permitimos este placer aquí».[3] Raramente se ha visto a un ocupante tan marcial adoptar con tanto interés la mentalidad propia de un civil.

Pese a las tensiones existentes entre los distintos servicios alemanes (la Propaganda-Abteilung, la sección «École et culture» del MBF, la embajada, el Instituto Alemán, y las mismas SS, que cada vez lograban imponerse un poco más), esta política de liberalismo vigilado persigue varios objetivos. En primer lugar, intenta facilitar el mantenimiento del orden divirtiendo a la población; en 1942, Hitler recordaba que había que distraer a los franceses para que se olvidasen de la ocupación.[4] En segundo lugar, su propósito es fomentar la colaboración alimentando la esperanza del futuro de la cultura francesa en la Europa nazi; además, la escena parisina ha de deslumbrar a los países neutrales de Europa y de América, impidiendo que éstos se muevan de sus puestos. Finalmente, el objetivo de esta política es despertar los numerosos gérmenes reaccionarios existentes, según los nazis, en el seno de la sociedad francesa, y aprovechar cualquier ocasión para fomentar la discordia entre los franceses. Así, en la zona ocupada, cuando las películas autorizadas por la censura alemana desencadenan las protestas de los defensores de las buenas costumbres o son prohibidas por la prefectura por atentar contra la moral, el ocupante se encarga de hacerlo saber inmediatamente.[5] Asimismo, trata de enfrentar a los habitantes de las dos zonas: la escena parisina debe seducir a los creadores de la zona libre y marcar la diferencia existente entre la estúpida censura de Vichy y la tolerancia del ocupante.[6]

Editores y escritores no dejaron de subrayar esta diferencia.[7] Los alemanes estimularon la aversión que los intelectuales sentían por Vichy, animándolos a reemprender la actividad de los tiempos de paz, a hacer como si la paz fuese ya una realidad. Poderosa tentación en nombre de un mal menor que, aquí, beneficiaba al control alemán: en materia de cultura, la zona libre no era lo que parecía ser. Tentación tanto más poderosa por cuanto el público, cautivo, demandaba cultura con una avidez inusitada. Por lo que se refiere a la oferta, aunque la falta de papel y la escasez de energía imponían las mismas limitaciones que en el resto del país, la producción cultural formaba una cadena menos dependiente de los círculos superiores. Era una producción francesa para fran-

3. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 464 (11 de diciembre de 1941).

4. *Adjudantur der Wehrmacht beim Führer*, 31 de marzo de 1942, distribuido en forma de circular por la Propaganda-Abteilung, AD Bourges, *Aussenstelle Bourges der Prop: Staffel NW*, dr. 2.

5. Jean-Pierre Bertin-Maghit, *Le Cinéma sous l'occupation*, Olivier Orban, 1989, págs. 98-99.

6. Bremer, «Lage des französischen Schriftums», 17 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.

7. Véase, por ejemplo, Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 447 (26 de noviembre de 1941).

ceses, sin intervención alemana, y las profesiones relacionadas con el mundo del espectáculo gozaban incluso de un trato de favor en materia de STO.[8] En estas condiciones, los creadores reanudan tranquilamente su actividad en un ámbito del que la competencia ha sido erradicada mediante el exilio, las purgas y la represión, y debilitada por la interrupción de las relaciones con ultramar, la prohibición de las películas anglosajonas y, poco después, de las traducciones del inglés.

A diferencia del resto de las esferas de la vida social, el ocupante convierte la escena cultural en un espacio depurado y controlado, pero bastante abierto. Paradoja de esta situación: las películas más libres, las más atentatorias a la trilogía de Vichy, fueron producidas por los alemanes.[9] Por lo general, los creadores no están sometidos a ninguna presión, el ocupante no les exige nada. Y es muy difícil decir no cuando la censura es liberal, la demanda fuerte y la competencia escasa. Una situación tan anormalmente favorable transmitía cierta sensación de normalidad.

El mundo editorial difícilmente puede enorgullecerse de su actuación durante la ocupación. Digamos que se atuvo fundamentalmente a la lógica empresarial: voluntad de mantenerse, preocupación por la competencia, disminución de la actividad en la zona libre, debido a la censura de Vichy y al hecho de que los recursos y el grueso del público se hallaban en la zona ocupada. De ese modo se vio frente a un ocupante que, utilizando el palo y la zanahoria, consiguió meterlo en cintura. Y fue así desde el principio: en la lista Otto, fueron los propios editores quienes se encargaron de enumerar las obras que podían disgustar. El ocupante se quitará el sombrero en el preámbulo de la lista impresa, reconociéndoles «la voluntad de establecer las condiciones necesarias para una valoración más justa y más objetiva de los problemas europeos». Extremadamente molestos, los editores, representados por René Philippon, dirigente de su sindicato, deciden callar en bien de la negociación fundamental, que debe determinar las obras que hay que censurar. Según el acuerdo alcanzado en octubre de 1940, los editores pueden seguir publicando bajo su responsabilidad, evitando así la censura previa y las inevitables demoras que ésta trae consigo. Pero, a cambio, se comprometen a respetar la lista Otto y a no publicar ningún libro que pueda «ir contra el honor y los intereses alemanes», ni obras de autores prohibidos en Alemania.[10]

8. Added, *Le Théâtre dans les années Vichy*, *op. cit.*, pág. 129.
9. Ehrlich, *Cinema of Paradox*, *op. cit.*, págs. 43 y sigs.
10. Pascal Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 19 y sigs.

La Propaganda-Abteilung valoró positivamente la flexibilidad mostrada por los editores, que le ahorraba tener que imponer su voluntad por vía oficial. Pero eso suponía un problema para los editores: como parecía que entregaban voluntariamente a los alemanes los libros incluidos en la lista Otto, se arriesgaban a que posteriormente el Estado francés no les indemnizara. Por eso solicitaron que, cuando ellos entregasen los libros, los alemanes certificasen, *a posteriori*, su incautación. Y así se hizo.[11] Este espíritu de colaboración debió de ser de mucha ayuda para Gerhard Heller, director del equipo *Schrifttum* (literatura) de la Propaganda-Abteilung. Hasta la primavera de 1941, fecha en la que recibe dos ayudantes, este hombre celoso de su trabajo no necesita a nadie para controlar a los editores y tener su fichero al día. Cuando la expoliación de bienes judíos apenas ha empezado a abrirse camino, él ya aboga por una participación alemana en Ferenczi y Nathan. Asimismo, antes de que el MBF lo ordene, él hace todo lo posible para impedir la publicación de obras de autores judíos (en aquel momento sólo estaba prohibido publicar obras de judíos alemanes o emigrados). A principios de 1941, Heller explicaba a los editores que, pese a no haber una prohibición oficial, no era oportuno publicar obras de autores judíos.[12] Al parecer, no precisó elevar el tono de voz para que se le escuchase.

Lo mismo puede decirse de las traducciones del alemán. En noviembre de 1940, Epting crea una comisión francoalemana integrada por autores (Benoist-Méchin, Chateaubriant, Drieu), representantes de editores (Grasset, Payot y Plon, tres editoriales bien vistas en 1941), traductores y críticos (Albert-Marie Schmidt, Maurice Boucher),[13] y encargada de confeccionar una lista de las obras cuya traducción se considera deseable. Según la opinión de sus mentores, los editores dan muestras de muy buena voluntad.[14] Durante la ocupación se publican alrededor de 300 traducciones del alemán, la mayoría de las cuales se deciden después de la derrota.[15]

Este resultado indica un claro ascenso en relación con los dos años anteriores a la guerra, pero queda muy por detrás del punto máximo alcanzado a principios de los años treinta, sobre todo en el caso de las editoriales tradicionalmente activas en este ámbito. Algunos editores publican más que antes, como

11. *Ibid.*, pág. 52.
12. Heller, «Arbeits-und Lagebericht», 20 de marzo de 1942; «Für das Tätigkeitsbericht», 27 de diciembre de 1941; «Tätigkeitsbericht vom 17.5- bis 23.5.41»; «Tätigkeitsbericht vom 15.-bis 22.1.41», AN, *AJ 40* 1.005, dr. 7.
13. Nota de Epting, 31 de enero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.
14. «Kulturpolitische Arbeit in Frankreich» (finales de 1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b.
15. Claire Girou de Buzareingues, «La traduction en France», en Julien Cain, Robert Escarpit y Henri-Jean Martin (comps.), *Le Livre français*, Imprimerie nationale, 1972, pág. 269; Herbert Lottman, *La Rive gauche*, Seuil, 1981, pág. 209.

si de pronto descubriesen el interés o las virtudes de la traducción. Es el caso de Mercure de France, de Denoël, de PUF, de Masson, por no hablar de Hachette, requisada por el ocupante.[16] El número de contratos firmados, que no de traducciones publicadas, es todavía más interesante, pues permite calibrar la magnitud de la adaptación, su carácter a la vez general y coyuntural. Ningún editor creyó poder prescindir de comprar algunos derechos. La mayoría de los contratos se firman entre 1941 y 1942; en muchos casos, estos derechos no se pagarán, o al menos no antes de la guerra. Prescindamos de las editoriales expoliadas a los judíos, como Balzac (antes Calmann-Lévy), que compran derechos a montones. Algunas editoriales, las más diligentes, firman muchos contratos, pero no publican todas las obras. Albin Michel, que publica una sola traducción, ha comprado los derechos de 14 obras; Fayard ha firmado 8 contratos y publica 4 traducciones; Payot firma 28 y publica 15; Grasset firma 9 y publica 6, etc. En otros casos, el número de contratos es inferior al de traducciones publicadas; se trata de editoriales con vocación literaria, que dan muestras de buena voluntad publicando más clásicos. Gallimard compra los derechos de 14 libros (9 en 1941, 3 en 1942, 2 en 1943) y publica 20 traducciones. Aubier, que publica 34 traducciones de clásicos, sólo compra los derechos de 5 obras.[17]

La prudencia se lleva bien con la adaptación. A diferencia de lo que ocurre en los años treinta, entre los libros traducidos no hay libros censurados. La mayor parte de ellos son clásicos, con una minoría bastante importante de obras autorizadas en la Alemania nazi; sólo unas pocas son de autores nazis en el sentido propio del término. Antes de la guerra, Sorlot había tramitado la compra de *Le Mythe du XX^{e} siècle*, de Rosenberg. Cuando sobreviene la derrota, la traducción está lista, y Mercure de France le disputa el honor de publicar la obra de este teórico racista; una idea que no desagrada al Instituto Alemán, dada la reputación de que goza la segunda editorial.[18] Denoël, que, como Sorlot, se abre al capital alemán, no sorprende a nadie publicando una selección de discursos de Hitler. Pero Flammarion desea compartir ese privilegio y así lo comunica al Instituto Alemán;[19] obtendrá una obra de Friedrich Grimm prologada por Brinon (*Le Testament politique de Richelieu*, 1941). Gras-

16. Entre 1940 y 1944, Mercure de France publica 6 traducciones, de un total de 10 durante el período 1919-1944; Denoël 4 de un total de 8; PUF 7 de un total de 17; Masson 2 de un total de 8; Hachette 8 de un total de 14 (cifras obtenidas a partir del examen de la obra de Liselotte Bihl y Karl Epting, *Bibliographie französischer Übersetzungen aus dem Deutschen 1487-1944*, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 1987).

17. AN, *AJ 40* 1.007, dr. 1.

18. Nota de Epting, 8 de febrero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.

19. Nota de Bremer, 15 de febrero de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.

set quiere dar a conocer a Goebbels y da la lata al Instituto para adquirir sus derechos, proponiendo de paso la creación de una revista mensual colaboracionista, *L'Europe littéraire*.[20] Firmado el contrato y lista la traducción, Grasset ordena la impresión. Han pasado varios meses, estamos en diciembre de 1942.

Entretanto, Grasset ha publicado obras de autores de segunda fila: dos libros de Friedrich Sieburg y el *Napoléon* de Philipp Bouhler, uno de los dirigentes del partido nazi. Plon y Flammarion entregan al público francés obras de actualidad económica y social que huelen a nazismo (Anton Zischka, August Winnig, Ernst Friedrich Wagemann...). La venerable Librairie générale de droit et de jurisprudence apuesta por Carl Schmitt, el «jurista de la corona» del régimen nazi, del que ha publicado un libro antes de la guerra y del que ahora compra dos títulos (*Leviathan* y *Begriff des Politischen*): el segundo aparece en 1942 con el título *Considérations politiques*; está traducido y prologado por William Gueydan de Roussel, activista de la lucha «antijudeomasónica»). Masson compra el *Manuel d'eugénique et d'hérédité humaine* de Otto von Verschuer, uno de los principales genetistas del régimen nazi —el famoso doctor Mengele, después de haber sido su ayudante, hará la carrera que todos conocemos—, y confía su traducción al etnólogo y teórico racista George Montandon.

Naturalmente, todas las editoriales publican obras de franceses partidarios de la colaboración. *Le Miroir des livres nouveaux*, catálogo colectivo publicado en el otoño de 1941 con la ayuda de la Propaganda-Abteilung, es muy ilustrativo a este respecto. Entre los editores que lo patrocinan están Albin Michel, Gallimard, Grasset, Payot, Plon y Stock, junto a varias editoriales expoliadas a los judíos, que de este modo reciben un certificado de buena conducta. Una quinta parte de los autores promocionados son alemanes, Hitler en cabeza. Se trata, en parte, de obras comprometidas (Drieu, Chateaubriant...), y en parte de literatura, de escritores con buenas relaciones, claro está.[21]

Finalmente, algunos editores se muestran dispuestos a encontrarse con sus colegas alemanes o se trasladan a Alemania, como lo hace Henri Flammarion.[22] A principios de 1941, el Instituto Alemán promueve las relaciones entre los editores de literatura médica de ambos países. En el verano de 1941, Masson participa en un encuentro de editores en Stuttgart, del que sale un comité mixto encargado de fomentar las relaciones. Asimismo, se establecen contactos entre editores de literatura científica: en el lado francés, PUF está en primera

20. Heller, «Tätigkeitsbericht vom 13.- 19.2.41», AN, *AJ 40* 1.005, dr. 7.
21. Gérard Loiseaux, *La Littérature de la défaite et de la collaboration*, Publications de la Sorbonne, 1984, págs. 91-92; Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, vol. 1, pág. 268, págs. 389-406.
22. Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 231.

línea.[23] Ya fuesen fruto de la convicción o del interés, el caso es que estas relaciones no parecen haber tenido demasiadas consecuencias.

En resumen, estamos ante una profesión que da prueba de una complacencia casi general, resultado de una importante connivencia ideológica. Gran parte de los editores parisinos publican discursos de Pétain, de Laval o de miembros del gobierno. Algunos simpatizan con el nazismo: Grasset, Sorlot, Denoël, Jacques Bernard, de Mercure de France, y Chardonne, director de Stock. A otros, la ocupación les sirve únicamente de catapulta. Maurice Girodias tiene 21 años cuando funda las Éditions du Chêne, que se convertirán muy pronto en una de las editoriales más importantes en el ámbito del arte. En octubre de 1941, Girodias publica *Le Meuble*, primer volumen de una «Collection de la tradition française», del que envía un ejemplar a Abetz solicitándole una entrevista para hablar de las relaciones culturales francoalemanas.[24]

A tal señor, tal honor: Gallimard está en el centro de las discusiones editoriales de la época. Un caso verdaderamente interesante, pues obliga a matizar un juicio que tiende a reducir la actuación de los editores a puras posiciones políticas o ideológicas, al pétainismo de la mayoría y al nazismo de unos cuantos. La combinación de motivos fue más compleja, y varió bastante de un editor a otro, aunque en ningún caso se alejó radicalmente de la media.

Cuando sobreviene la derrota, Gallimard se halla en el Midi, y está realmente preocupado. El editor de Freud, de Kafka y de Thomas Mann no espera que el vencedor sea amable con él; de hecho, será el editor más afectado por la lista Otto. Pero sus autores lo presionan: deseando ver publicadas sus obras, teme que se dirijan a la competencia, sobre todo a Grasset, que vuelve a abrir sus puertas. En octubre de 1940, Gide recibe noticias suyas. «Piensa volver a publicar la *Nouvelle Revue Française* y prevé algunas modificaciones indispensables, pues teme que los alemanes tomen sus locales. Al parecer, cree que puede llegar a entenderse más fácilmente con ellos que con el gobierno de Vichy».[25] Estas «modificaciones indispensables» son la sustitución de Paulhan por Drieu en la dirección de la revista y la formación de un comité de dirección en el que estén Gide, Giono, Montherlant y Saint-Exupéry («Quieren

23. Heller, «Tätigkeitsbericht vom 20.- bis 27. September 1941» y «Tätigkeitsbericht vom 28.9. bis 4.10.41», AN, *AJ 40* 1.005, dr. 7.

24. Girodias a Hartmann, 22 de octubre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.378; Hartmann, que lo recomienda a Abetz, lo califica de «absolut deutschfreundlich» (totalmente favorable a Alemania), 23 de octubre de 1941, *ibid.*

25. *Les Cahiers de la Petite Dame*, 1937-1945, *Cahiers André Gide*, nº 6, Gallimard, 1975, pág. 198 (5 de octubre de 1940).

gente que calme al ocupante», escribe Montherlant).[26] Tras un breve cierre de la casa editorial por la Propaganda-Abteilung, fruto de una equivocación,[27] Drieu asume la dirección de la revista y adquiere el derecho de controlar la producción editorial durante cinco años.

Para poder reanudar su actividad, Gallimard ha tenido que hacer algunas concesiones. ¿No debió de tener la sensación de sacrificarse en vano, en vista del conformismo de tantos autores y de esa indecisión que llevó, en un primer momento, a Alain, Eluard, Gide y Valéry a las páginas de la nueva *NRF*? El episodio del cierre es imposible de olvidar; la sensación de amenaza persiste durante toda la ocupación debido a los ataques de un sector de la prensa colaboracionista. Así pues, Gallimard se ve obligado a dar muestras de buena voluntad. Publica obras de carácter político, empezando por los escritos de Drieu, pero desanima a Rebatet cuando éste le propone su bomba, *Les Décombres*. Traduce obras alemanas, sobre todo clásicos (Goethe, Hoffmann), y lo anuncia en la *Pariser Zeitung*, algunas veces mediante un folleto en alemán: ¡publicidad en alemán para anunciar la traducción francesa de obras alemanas![28] Evidentemente, su intención no era tanto ganar lectores cuanto seguir dando muestras de buena voluntad. No descuida a los autores contemporáneos y compra los derechos de 14 obras,[29] cuatro de Jünger (3 de ellas se publican durante la ocupación, la cuarta, la más política —*Le Travailleur*— aparece en Bourgois en 1989), y una de Heidegger, *Ser y tiempo*, cuya publicación no tendrá lugar hasta 1964. Dos «valores» cuya actitud hacia el nazismo es, cuando menos, ambigua. Desgraciadamente, Freud y Kafka ya no están ahí para hacer de la elección de Gallimard un gesto de apertura y tolerancia.

Gallimard también intentó aprovechar las oportunidades que se le presentaron, por ejemplo en materia de expoliación de bienes judíos. El Sindicato de Editores quería encontrar una solución corporativa para las editoriales Nathan y Calmann-Lévy, con el objetivo de prevenir una intromisión alemana y preservar el equilibrio del sector, impidiendo el crecimiento desproporcionado de alguno de sus miembros. Tras el fracaso de esta solución corporativa, un grupo formado por 9 editoriales (Gallimard, Plon, Flammarion, Grasset, Fayard, Albin Michel, etc.) hace una oferta de compra, pero tampoco tiene éxito. Es

26. *Henry de Montherlant-Roger Peyrefitte: Correspondance*, Laffont, 1983, pág. 122 (octubre de 1940).

27. Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, págs. 68 y sigs.

28. *Pariser Zeitung*, 19 de agosto de 1942, pág. 5. En este mismo periódico se puede leer el 18 de septiembre de 1941 (A. Salar, «Le programme de la NRF», pág. 7): «He pedido al señor Queneau, el amable director literario de la *NRF*, que tenga a bien contarme someramente sus proyectos, y he podido comprobar que va a hacerse un notable esfuerzo para dar a conocer al público francés algunas de las obras más importantes de la literatura alemana».

29. AN, *AJ 40* 1.007, dr. 1.

entonces cuando distintos editores hacen ofertas de compra individuales: Fayard ofrece 2,2 millones y dice que confiará la dirección de su editorial a Paul Morand (el objetivo es inspirar confianza); Gallimard ofrece 2,5 millones y propone un comité literario formado por Drieu y Morand. El asunto concluye con la venta de Calmann-Lévy a unos testaferros de la embajada.[30]

Pero esta política no logra que los riesgos desaparezcan como por arte de magia. En junio de 1941, la publicación de una novela de Violet Trefusis enfurece a la censura. En la primavera de 1942, Drieu, desengañado, manifiesta su intención de abandonar la dirección de la *NRF*. Alarmado, Gallimard le convence de que se quede.[31] Nuevo incidente en julio de 1942: una gacetilla escrita para ser publicada en *Je suis partout*, denuncia la difusión de obras de Jean-Richard Bloch, escritor judío y, para colmo, refugiado en Moscú. Conminado a dar una explicación, el editor manifiesta que no es responsable de lo sucedido. «En septiembre de 1940, dimos la orden de no publicar ninguna obra de J. R. Bloch, [...] pese a que la lista Otto no incluía ningún título de este autor.»[32] Gallimard subraya que, si bien no ha retirado de la venta las obras de Bloch, sí ha prohibido nuevas entregas, y eso que no estaba obligado a hacerlo. Como vemos, en este ámbito la labor de los alemanes también habría sido mucho más ardua de no haber contado con la ayuda de franceses que, para evitarse problemas, ampliaron e incluso se anticiparon a las medidas tomadas por el ocupante.

En agosto de 1942, Gallimard almuerza con un diplomático de la embajada. Al editor le preocupa el abandono del acuerdo alcanzado en el otoño de 1940, que daba a los editores el poder de decidir qué debía publicarse, y la transferencia de este poder de decisión a una comisión de control nombrada por Vichy. Ahora, los alemanes consideran más ventajoso dejar en manos de las autoridades francesas la decisión de prohibir una publicación, reservándose para ellos el derecho de conceder su autorización definitiva a través del suministro de papel. Gallimard está preocupado porque este cambio ha tenido como consecuencia la prohibición de reeditar las obras de Fargue y de Valéry, y porque teme que los autores de renombre opten por publicar sus obras en Suiza. «Sabía que las autoridades alemanas no querían que los editores france-

30. Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, págs. 126 y sigs.

31. Drieu, *Journal 1939-1945*, *op. cit.*, págs. 289 y sigs.; Paulhan, *Choix de lettres*, vol. II, *1937-1945*, *op. cit.*, págs. 266 y sigs. Tras la liberación, cuando tenga lugar la depuración, Paulhan hablará de «entera» y «absoluta escisión» entre la casa editorial y la revista, «de la que las autoridades alemanas se apoderaron en 1940» (Pierre Assouline, *Gaston Gallimard*, Balland, 1984, pág. 382).

32. Carta del 7 de julio de 1942, sin firma (pero muy probablemente de Gaston Gallimard), *Botschaft Paris* 1.203. La segunda lista Otto, que aparecerá poco después, excluirá todos los libros de autores judíos, salvo los textos científicos.

ses se viesen obligados a emigrar», explicó; así pues, lo más acertado sería volver a la anterior situación.

Gallimard tenía pocas posibilidades de salirse con la suya, por más que defendiese los intereses de las dos partes. Sin embargo, no parecía ser un hombre del que se pudiese prescindir sin más. Arguyendo la nula colaboración de Philippon (el mismo que, en abril de 1941, presentaba la recién inaugurada librería Rive Gauche como modelo de colaboración entre los dos países),[33] el diplomático alemán proponía sustituirlo por Gallimard, hombre que, pese a sus conocidas «debilidades», cooperaría «más lealmente con las autoridades alemanas que Philippon».[34] Pero esto no era más que su opinión personal, y sin duda otros responsables alemanes la hubiesen puesto en duda, sobre todo a principios de 1943, cuando la publicación de obras de Saint-Exupéry y de Aragon desencadena una nueva lluvia de críticas en un sector de la prensa colaboracionista. En marzo de 1943, el SD incluye a Gallimard (junto a Fayard, Cerf, Spes, etc.) en la lista de editoriales que podrían cerrarse o cuya actividad podría reducirse considerablemente en beneficio del STO;[35] una propuesta que no tendrá consecuencias.

Gallimard es un caso interesante, pues en él no encontramos nada parecido al filonazismo de un Grasset o al pétainismo de otros editores. A decir verdad, esto habría sido sorprendente en un hombre que había hecho todo lo posible para eludir el servicio militar durante la Gran Guerra.[36] Aunque el editor no tiene dudas sobre lo que sería preferible, una victoria anglosajona, no es un hombre osado, y lo único que ahora le importa es su editorial y sus autores. Condicionado por una situación arriesgada, su actuación ilustra bastante bien una forma de salir del paso que consiste en tomar todas las precauciones, echar lastre y salvar obstáculos, pero sin desperdiciar las oportunidades que se le presentan en el camino. Entre Escila y Caribdis, Gallimard pilota su embarcación tratando de evitar tanto el peligro del compromiso con el ocupante como la ruinosa intransigencia con él.

¿Qué sería de Gallimard y de sus colegas sin sus autores? Pero ellos no son más papistas que el papa. En las librerías, los lectores encuentran las obras de los grandes escritores: Aragon, Audiberti, Bataille, Blanchot, Camus, Claudel, Eluard, Guillevic, Guilloux, Mauriac, Michaux, Paulhan, Ponge, Queneau,

33. «Neues deutsch-französisches Kulturzentrum in der Hauptstadt», *Pariser Zeitung*, 22 de abril de 1941, pág. 4.

34. Wiemer a Abetz, «Aufzeichnung», 12 de agosto de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.139 a.

35. Nota del Sipo/SD, 19 de marzo de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.141b.

36. Véase Assouline, *Gallimard*, *op. cit.*

Romain Rolland, Sartre, Triolet, Troyat, Valéry, Vialar..., sin que falten las primeras novelas de Marguerite Duras (*Les Impudents*, Plon, 1943), de Simone de Beauvoir (*L'Invitée*, Gallimard, 1943) y de René Barjavel (*Ravage*, Denoël, 1943). No obstante, los autores no corren tanto riesgo: carecen de la responsabilidad que tienen las casas editoriales; de haber algún problema, la censura las tomará con su editor; la mayoría de ellos pueden vivir sin publicar. Entre los otros, la tentación es grande, incluso irresistible, ya sabemos por qué.

¿Era necesario publicar? Aquí, el código de la dignidad parece ser inoperante, pues los franceses se dirigen a los franceses. Guéhenno critica el irresistible deseo de publicar en el hombre de letras que se arma de buenas razones: «"Es necesario", dice, "que la literatura francesa no muera". Se cree la personificación de la literatura y del pensamiento francés, que morirían sin él.» Él, en cambio, se niega a olvidar que «Francia y Europa están en prisión». O bien: «Hoy se escribe para nada, por puro placer».[37] Actitud demasiado exigente para la inmensa mayoría de los autores, incluidos los académicos, que consideran que la publicación de un libro no debería entenderse como un reconocimiento del ocupante, ni aún menos de su política.

Pero lo que se convierte rápidamente en objeto de discusión y divide bastante la opinión es escribir en los periódicos. Aquí, el nombre del director, la línea política del periódico y la proximidad de ciertas firmas dan que pensar. Inmediatamente después de publicar en la *NRF*, Gide recibe cartas muy críticas que le llevan a retirarse. «Usted ignora la contribución que está haciendo a la propaganda enemiga, los alemanes presentarán la colaboración de usted como prueba de su liberalismo...», le reprocha uno de sus conocidos.[38] Pero muchos autores piensan de otra forma, y no solamente durante los dos primeros años. En el verano de 1940, Léautaud sólo tiene sarcasmos para los colegas que publican en la prensa controlada, especialmente para «los escritores reaccionarios, conformistas, oficiales y académicos que ensalzan la patria, el patriotismo, el honor y los grandes sentimientos, como Abel Hermant, Pierre Benoit o Abel Bonnard», mientras que él, escritor «rebelde», se mantiene al margen y dice: «Jamás».[39] Unos meses después, Léautaud colabora en la *NRF* de Drieu y en *Comoedia*, semanario cultural de corte liberal elegido por el ocupante para atraer las plumas. Y las hay de todos los plumajes, hasta buenas: Marcel Arland, que dirige la página literaria, Paulhan, Jean Grenier, Valéry, Fargue, Cocteau, Audiberti, Giraudoux... Algunos de estos escritores quieren

37. Guéhenno, *Journal des années noires*, *op. cit.*, págs. 73-74 (30 de noviembre de 1940).
38. *Les Cahiers de la Petite Dame, 1937-1945*, *op. cit.*, carta del profesor A. Marcou, pág. 217 (4 de enero de 1941).
39. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 172 (18 de septiembre de 1940).

desmarcarse de Drieu. Paulhan escribirá en 1943: «No he olvidado la época en la que la colaboración de Valéry, de Claudel o de Vildrac en *C(omoedia)* equivalía a la negativa a seguir colaborando en la *NRF*».[40]

El caso de Paulhan pone de manifiesto la diversidad de puntos de vista, al mismo tiempo que la permanencia de la cuestión de fondo. En su opinión, escribe a Louis Guilloux en 1941, un escritor nunca es responsable de la opinión de los que escriben en la página siguiente. ¿Callar para no hacer el juego a los alemanes? Pero ¿cómo estar seguro de que su contribución no los perjudica antes que beneficia? Y si los alemanes quieren artículos de calidad, ¿no es ésta una razón de más para escribir, pero mal?[41] Hay muchas piruetas en esta argumentación, y Paulhan sabe que no es válida para todas las publicaciones periódicas, ni estaría dispuesto a aceptar todo lo que ella implica. No nos lo imaginamos escribiendo artículos, ni siquiera literarios, en periódicos políticos, como hace Marcel Aymé en *Je suis partout*, o Colette y Morand en *Combats*, el periódico de la Milicia. Esta posición, que viene de un hombre cuya opción por la resistencia no admite duda alguna y que mantendrá su punto de vista durante la depuración, demuestra la existencia de un margen de interpretación difícilmente reducible.

Pero la cuestión del código de conducta adquiere cada vez más importancia, de modo que, a partir de 1942, los escritores comprometidos con la resistencia se mantienen al margen de las publicaciones periódicas. Ello no impide que la inmensa mayoría de los autores sigan publicando sus obras, y es aquí donde conviene poner de manifiesto la apreciación de la situación, así como el posterior cambio de punto de vista. La apariencia de normalidad hace que los autores se sientan impulsados a publicar. El ocupante no ejerce una censura directa. De eso se ocupa el editor, que sólo somete un manuscrito a la Propaganda-Abteilung en caso de temor o de duda. El autor, aunque no se enfrenta directamente al control del enemigo, lo conoce lo suficiente como para instalar la autocensura en su mesa de trabajo. Pero el deseo de normalidad acaba venciendo: mejor una libertad vigilada que el silencio absoluto. Para poder desempeñar su tarea de guías, los intelectuales también necesitan puntos de referencia. Lo más cómodo es volver al trabajo, enfrascarse en él, intentar superar la impotencia y la incertidumbre mediante la escritura. La tentación es tan grande que, a finales de los años treinta, los intelectuales se borran de la escena, dimiten, están ajenos a todo cuanto sucede a su alrededor.

Así se comportan, durante la primera etapa de la ocupación, incluso los escritores que se convertirán en los portavoces o en los estandartes del compro-

40. Paulhan, *Choix de lettres*, vol. II, *1937-1945*, *op. cit.*, carta a Mauriac, pág. 333 (28 de agosto de 1943).

miso después de la liberación. Es el caso de Sartre: tras mantenerse al margen de la política durante el período anterior a la guerra, en 1941 su experiencia como prisionero lo acercó a la resistencia, pero poco después se apartó de ella. Aunque volvió la espalda a la prensa autorizada que le abría los brazos, publicó y dirigió obras de teatro. En 1943, volvió a pasarse a la resistencia, esta vez definitivamente. La concentración en la escritura y la búsqueda del éxito lo desviaron de la acción. Pero, en verdad, en Sartre la literatura es una forma de compromiso y, de hecho, su obra contiene, aunque no siempre se perciba con claridad, una crítica radical de los poderes autoritarios.[42]

En otros autores, el camino hacia el compromiso zigzaguea, oscilando entre la confusión y la tentación de los extremos. Desde el final de la Guerra Civil española, Roger Vailland, antiguo surrealista, está desmovilizado. En agosto de 1940, encuentra en Vichy a Déat, que fue su profesor de filosofía, y le dice que «sueña con un acercamiento intelectual francoalemán».[43] Al año siguiente, está a dos pasos de ingresar en el RNP. En el verano de 1942, se identifica con la actitud de Stendhal durante la Restauración, etapa en la que triunfa la inacción: «Nada de lo que aquí sucede puede afectarme», escribía Stendhal; «yo no soy más que un simple espectador. Lo único que me importa es tener tranquilidad y buenos espectáculos...».[44] Poco después, Vailland se desintoxica y entra en la resistencia.

En algunos casos, la adaptación va más allá del mero hecho de publicar. Así sucede cuando la publicación se paga con alguna concesión al ocupante, por más simbólica que ésta sea. Puede tratarse, por ejemplo, de una visita al Instituto Alemán: es el precio pagado por Mauriac y Duhamel. Después de la derrota, François Mauriac encuentra consuelo en la escritura. Cuando Drieu le pide que escriba en la *NRF*, acepta entusiasmado y dice: «No estoy de acuerdo con ninguno de sus artículos. Pero su punto de vista me parece defendible. Usted es de las pocas personas que puede contribuir dignamente y sin retractarse a nuestra causa».[45] He aquí un ejemplo de esta actitud, si no de apoyo, al menos de comprensión hacia los colaboracionistas durante la primera etapa —el 9 de diciembre de 1940, Mauriac confiesa a Guillemin estar «convencido de que, para Francia, la única política posible es la colaboración»—.[46]

41. Louis Guilloux, *Carnets: 1921-1944*, Gallimard, 1978, págs. 270-271.

42. Sobre la recepción del teatro de Sartre, véase Ingrid Galster, *Le Théâtre de Jean-Paul Sartre devant ses premiers critiques*, Jean-Michel Place, 1986, vol. 1. Véase también Annie Cohen-Solal, *Sartre*, Gallimard, 1985 (trad. cast.: *Sartre*, Barcelona, Edhasa, 1990).

43. Déat, *Journal de guerre*, 26 de agosto de 1940.

44. Roger Vailland, *Écrits intimes*, Gallimard, 1968, págs. 72-73 (6 de junio de 1942).

45. Carta a Drieu, 11 de diciembre de 1940, en François Mauriac, *Lettres d'une vie*, *op. cit.*, págs. 244-245.

46. Henri Guillemin, *Parcours*, Seuil, 1989, pág. 401.

Pero, en vista del primer número de la *NRF*, Mauriac rectifica y se niega a publicar en ella.

Cuando termina de escribir su novela *La Pharisienne*, Grasset, su editor, le pide que ahuyente las sospechas que se ciernen sobre él con un artículo en *La Gerbe* o con una visita a Epting. Mauriac acepta visitar el Instituto Alemán. Una decisión que presenta a su esposa como un «simple paso que ha dado Giraudoux y que no compromete a nada, aunque evidentemente tiene un sentido». Es recibido por Epting y Bremer. «Me han dado un cursillo sobre la Europa del mañana. Creo que no van a ponerme pegas.»[47] Por prudencia o por gratitud, les envía un ejemplar dedicado de su novela, gesto que se hará público y que lo atormentará después de la liberación. Pero Bremer todavía no ha acabado con él. Por una parte, limita la tirada de la novela a 5.000 ejemplares, un gran perjuicio para Grasset, que hace todo cuanto puede para revocar esta decisión. Por otra parte, organiza una campaña de prensa contra él, a la que decide poner fin para no enfadar demasiado a Mauriac y para evitar convertirlo en un mártir ante la opinión pública. Dos pájaros de un tiro, se dice a sí mismo con satisfacción: con la campaña de prensa demuestra a sus amigos alemanes que está con ellos, mientras que la autorización de la novela prueba la tolerancia del ocupante. A continuación, prohíbe la publicación de recensiones de la obra con el fin de que Mauriac se pronuncie públicamente.[48]

Mauriac comprende sus intenciones: «Evidentemente», escribe a su esposa el 7 de junio, «lo que quieren es que me pronuncie, que salga de mi silencio. Explicaré mi posición: lealtad absoluta al vencedor, aceptación de la colaboración, pero reservas a nivel intelectual, ideológico».[49] Mauriac no hizo ninguna declaración pública, pero debió de enseñar la patita en privado. En cualquier caso, los alemanes, para gran satisfacción de Grasset, anulan la limitación impuesta a la edición de su novela: en pocas semanas salen 25.000 ejemplares. La flexibilidad que muestra Mauriac es inseparable de sus dudas de entonces. Debatiéndose entre el rechazo y la resignación, turbado por los golpes atestados al comunismo, el escritor tiende a creer, como otros católicos, que «probablemente el nazismo evolucionará después de la victoria; ésta es la impresión que me producen todas las conversaciones que he mantenido con los ocupantes».[50] Muy pronto, en un acto de valentía, Mauriac toma partido y se convier-

47. Cartas de Mauriac a su esposa, 24 de febrero y 1 de marzo de 1941, citado por Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, *op. cit.*, págs. 31-32.

48. Bremer, «Lage des französischen Schriftums», 17 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.

49. Carta a su esposa, 7 de junio de 1941, citada por Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, *op. cit.*, pág. 34.

50. Carta a Drieu, 18 de julio de 1941, *Lettres d'une vie*, *op. cit.*, pág. 255.

te en el único miembro de la Académie française en la resistencia activa. Recuerdo de una bifurcación: el *Cahier noir*, una de las obras cumbre de la resistencia intelectual, publicada clandestinamente por Minuit en 1943, empezó siendo un *Examen de conciencia*, que Grasset se proponía publicar, para acabar cambiando de contenido y de dirección.[51]

Otro monumento de las letras francesas es Georges Duhamel, sobre el que también recaía la sospecha del ocupante, que en diciembre de 1940 prohibió su libro de memorias sobre el exilio, *Lieu d'asile*, cuando ya estaba impreso. En junio de 1941, Bremer informaba de la visita que el escritor hizo al Instituto Alemán asegurando que no iba a escribir ni una sola línea contra Alemania. Según Bremer, Duhamel «consideraba interesante el proyecto alemán de una nueva organización de Europa y estaba convencido de que, si los alemanes no desfallecían como los vencedores de Versalles, los franceses no dudarían en seguirlos». Palabras prudentes que no excluyen la posibilidad de un cambio de actitud. Como en el caso de Mauriac, el verdadero motivo de la visita era obtener la autorización para publicar el tomo IX de la *Chronique des Pasquier* y un ensayo, *Confessions sans pénitence*, obras que aparecen en el otoño de 1941. Bremer concluía su informe expresando su desconfianza.[52] Unos días después, Léautaud recogía en su Diario un encuentro con Duhamel: «Le he contado la anécdota de aquel oficial alemán que quería que el ejército retirase a una mujer la prestación que recibía de él: "Ha contagiado la sífilis a todos mis hombres". Sin reírse, Duhamel dijo: "Deberían condecorarla y hacer que pegase la sífilis a todos los alemanes"».[53] El escritor no publicará nada más durante la ocupación, pues las autoridades alemanas prohíben incluso la reimpresión de sus obras anteriores. Como en el caso de Mauriac, su gesto sería inimaginable poco tiempo después.

En ocasiones, publicar se paga con recortes, como le ocurre a Camus y a Saint-Exupéry. A decir verdad, lo interesante no son tanto las supresiones del texto que sus autores consienten con tal de publicar, cuanto su voluntad de publicar en París. Camus, que reside en Argelia desde enero de 1941 hasta agosto de 1942, prefiere la capital ocupada a su editor de Argel. Una novela, *El extranjero*, y un ensayo, *El mito de Sísifo*, publicados por Gallimard en 1942, le dan renombre y una carrera fulgurante. Pero primero ha tenido que suprimir el capítulo dedicado a Kafka del segundo libro; el deseo de publicar era más

51. Touzot, *Mauriac sous l'Occupation*, *op. cit.*, pág. 56.

52. Bremer, «Lage des französischen Schriftums», 17 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377. Duhamel escribe después de la guerra: «Acudí a la cita en el Instituto Alemán y sólo recibí advertencias teñidas de amenaza» (Georges Duhamel, *Le Livre de l'amertume*, Mercure de France, 1983, pág. 377).

53. Léautaud, *Journal littéraire*, *op. cit.*, pág. 363 (26 de junio de 1941).

fuerte. Camus sigue preso del desencanto que se apoderó de él a finales de los años treinta, tras su ingreso en el Partido Comunista. Pero, como en el caso de Sartre, la historia no tardará en liberarlo y en hacer que se identifique con la resistencia.[54]

Saint-Exupéry es más original, pues está en América, donde su libro *Pilote de guerre* aparece en inglés y en francés. Pero él quiere que se publique también en Francia, en la Francia ocupada. Decisión que no carece de relación con sus ideas: confía en Pétain, del que dice que, «si acepta cooperar, es solamente para salvar la "substancia" del país».[55] La autorización alemana es tan llamativa como la decisión del autor. Pero hay que tener en cuenta que, para los ocupantes, Saint-Exupéry no es un desconocido. Antes de la guerra, el escritor ya estuvo dos veces en Alemania, la segunda en 1939, donde fue recibido por Abetz. Éste organizó para él y para Henry Bordeaux una visita a las escuelas militares de élite, de la que Bordeaux informa alarmado (*Étapes allemandes*, 1939).[56] Saint-Exupéry, que criticaba severamente el nazismo, no fue capaz de vencer la mórbida curiosidad de verlo de cerca, y por una vía casi oficial. *Pilote de nuit* y *Terre des hommes* se traducen en la Alemania nazi, donde gozan de una calurosa acogida.[57]

En 1941, la *Pariser Zeitung* le dedica varias reseñas que, aunque de procedencia incierta, prueban el interés que despierta. En agosto, anuncia el inminente retorno del autor, «uno de los mejores y más simpáticos escritores» franceses; en octubre, comunica que su vuelta ha sido aplazada.[58] Obtuvo permiso para publicar su libro, pero primero tuvo que suprimir una frase contra Hitler. La limitación de la tirada a 2.100 ejemplares indica, por otra parte, que la aprobación no era completa. El libro fue atacado inmediatamente por la prensa de extrema derecha y quedó prohibido en febrero de 1943. Ni la autorización ni la prohibición están injustificadas ante un libro que tiene dos caras opuestas: por un lado, profundo humanismo, fe en el futuro, la derrota como inicio de la renovación y como promesa de la victoria final; por otro, decadencia de Francia, fatalidad de la derrota y llamamiento al sacrificio como condición del lento resurgimiento del país, una temática de resonancias pétainistas que impulsaba a la resignación.

54. Véase Jean-Marc Morjean, «Camus ou le prix des mots (juin 1940-août 1944)», en *La Littérature française sous l'Occupation*, Presses universitaires de Reims, 1989, págs. 27-41; y Jean-Pierre Rioux, «Camus et la Seconde Guerre mondiale», en Jeanyves Guérin (comp.), *Camus et la Politique*, L'Harmattan, 1986, págs. 97-106.

55. Saint-Exupéry, *Écrits de guerre*, *op. cit.*, pág. 255.

56. Pierre Chevrier, *Antoine de Saint-Exupéry*, Gallimard, 1949, pág. 177.

57. Véase «Saint-Exupéry traduit en allemand», *Pariser Zeitung*, 5 de febrero de 1941.

58. *Pariser Zeitung*, 2 de agosto de 1941, «Tagebuch aus dem Kulturleben», pág. 8; 14 de octubre de 1941, pág. 5.

En otras ocasiones, el precio que hubo que pagar para poder publicar excedió los simples recortes del texto y se tradujo en la completa alteración del mismo, como le sucedió a la obra de Aragon *Les Voyageurs de l'impériale*. Escrita mucho antes de la derrota, esta novela decadente toca temas que se han vuelto muy delicados, como las relaciones francoalemanas y el caso Dreyfus. El manuscrito, que Gallimard entrega a las autoridades alemanas en la primavera de 1941, es censurado a causa del pasado político de Aragon, que se encuentra en la zona libre. Pero su rechazo no es definitivo, y en el otoño de 1941 ya está lista una versión expurgada de la obra; no obstante, el libro no se publicará hasta diciembre de 1942, tras superar las dificultades con la censura de Vichy y obtener la autorización alemana. Para más desgracia, el libro aparece en el momento en que se desencadenan las críticas contra Saint-Exupéry. Gallimard, que no lo ha publicitado, lo retira de la venta semanas después. Aragon ofrecerá una «edición definitiva» en 1947.[59]

Los recortes de la edición de 1942 son considerables: más de veinte páginas, dos alusiones a Heinrich Heine, varios pasajes enteros sobre el espionaje alemán y sobre todo los que tocan el caso Dreyfus.[60] Independientemente del pasado político de Aragon, que sin duda hubiese bastado para desencadenar la crítica, la recepción de la obra habría sido muy embarazosa. Esta novela de la primer época es una durísima crítica al individualismo de un hombre, un burgués, un parásito, que vive y se empobrece encerrado en su yo, antes de entregarse a la gran carnicería de 1914. Sin duda, un fascista podía identificarse con esta denuncia de un mundo mediocre, y hasta aprobarla. Sobre todo en un momento en el que el antisemitismo gana terreno, como sucede a finales de la década de 1930, y logra imponerse tras la extirpación de toda actitud crítica, de todo distanciamiento y de toda ironía.

No sabemos exactamente qué parte de responsabilidad tuvo Aragon en la alteración de su libro. Después de la guerra, el escritor manifestará que sólo dio su consentimiento a algunas modificaciones menores e imputará la alteración del texto a cierto asesor alemán con artes «diabólicas» («Jamás un francés hubiese tenido habilidad suficiente para alterar el texto de ese modo»).[61] Hoy se sabe que fueron Paulhan y Gallimard quienes alteraron el texto a partir de dos juegos de pruebas sucesivos. Es dudoso que lo hicieran *motu proprio*, sin consultar al autor.[62] En cualquier caso, la decisión se tomó en la primavera

59. En relación con estas peripecias editoriales, véase Fouché, *L'Édition française sous l'Occupation*, *op. cit.*, vol. 1, págs. 174-175; vol. 2, págs. 110-111.

60. Michel Apel-Muller, «L'édition de 1942 des *Voyageurs de l'impériale*: une entreprise "diabolique"», *Recherches croisées*, 1988, págs. 196 y sigs.

61. Citado en *ibid.*, pág. 188.

62. Así lo cree Apel-Muller, *ibid.*, pág. 204.

de 1941, cuando el texto fue rechazado por los alemanes. Y Aragon estaba al corriente; su correspondencia con Gallimard muestra que desea ver publicado su libro y que le irritan los contratiempos.[63] Sin duda, consintió que se alterase el texto por múltiples razones: por vanidad, porque necesitaba dinero o quizá porque, en ese momento, los comunistas no se consideraban en guerra con Alemania. Después, debió de dejar que las cosas siguiesen su curso. Cuando recibe un ejemplar y comprueba la reducción que ha sufrido el libro, no se escandaliza: el libro «sufrió durante la trifulca», le dice a Paulhan, «las erratas eran muy numerosas, para decirlo de una forma suave. Espero que esto no haya afectado demasiado a Gaston».[64] Aragon parece satisfecho con la reducción de su libro, que habría «sufrido en la trifulca». Si está aludiendo a las dificultades que hubo para publicarlo, «trifulca» es una palabra demasiado fuerte: autor y editor agacharon la cabeza con tal de conseguir su propósito.

Interés profesional y compromiso, he aquí otros de los extremos entre los que se mueve la sociedad francesa: del repliegue al deseo irresistible de publicar, y en algunos, como Mauriac, Saint-Exupéry y Aragon, a la lucha por conseguirlo. En el caso de la novela de Aragon, el resultado es una edición hecha pedazos que el autor recompone y presenta como edición definitiva. De la una a la otra, la línea que separa lo aceptable de lo inaceptable se ha difuminado.

63. Véanse los extractos de la correspondencia en *ibid.*, págs. 180-181.
64. Aragon a Paulhan, 8 de abril de 1943, citado en *ibid.*, pág. 203.

Capítulo 22
Las musas enroladas

Cuando Göring viaja a Francia para encontrarse con Pétain en diciembre de 1941, Abetz da una recepción en su honor para la que confecciona él mismo la lista de invitados. En ella están fundamentalmente las autoridades y lo mejorcito de la colaboración política, pero también hay un lugar para el mundo de la cultura. Abetz invita a escritores y periodistas: Brasillach, Blond, Luchaire, Crouzet y Bunau-Varilla, pero también a Pierre Benoit, Abel Bonnard, Jacques Chardonne, Alphonse de Chateaubriant, Drieu La Rochelle, Henry de Montherlant y Paul Morand. Tampoco falta la gente del mundo del espectáculo: el actor Sacha Guitry, las actrices Arletty, Alice Cocéa, Danielle Darrieux, Annie Ducaux, Edwige Feuillère, Jacqueline Delubac e Ivonne Printemps, la cantante Germaine Lubin, el bailarín Serge Lifar, los violinistas Marius Casadesus y Jacques Thibaud.[1]

Con ellos nos situamos más allá de las adaptaciones puntuales y de la cuestión del precio que hay que pagar para lograr hacerse un lugar en un escenario controlado, la cuestión que se le plantea a la gente poco sospechosa de simpatizar con el ocupante. Estamos en presencia de personas que suelen tener trato con él, que le hacen favores, que participan en los actos que organiza. Sin duda, se trata de una pequeñísima minoría, pero suelen ser personas conocidas y proceden de los más diversos ámbitos de la vida social. Si se relacionan con el ocupante, es para servir a la cultura, esto es, para ponerla al servicio de las relaciones francoalemanas. La complacencia y la connivencia ideológica están claramente presentes, pero sin llegar a generar convicciones a toda prueba. No se trata de militantes, ni siquiera de simples afiliados de los partidos colaboracionistas. Hasta 1942, su actitud permite que los servicios alemanes encuentren invitados para los actos que organizan.

1. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101 a.

Una pequeña cohorte de escritores y ensayistas circula por la embajada y por el Instituto Alemán. Los hay prudentes y discretos por naturaleza o por deformación profesional, los hay medio convencidos y simples «husmeadores», pero todos ellos evitan el compromiso de un Drieu o de un Chardonne. Comencemos por el caso límite de Bertrand de Jouvenel. En el verano de 1940, pide a Bergery y a Déat que se desplacen a París, imitando así a Abetz, con el que ha restablecido el contacto y con el que sigue viéndose durante los dos años siguientes, siempre con absoluta discreción.[2] Una relación que justificará afirmando que estaba cumpliendo una labor de información encomendada por Vichy.

Su libro *Après la défaite*, publicado en 1941, establece un paralelismo entre el fracaso de Francia y el éxito de Alemania desde el final de la Gran Guerra. Es comprensible que fuese uno de los pocos libros traducidos al alemán en aquellos años. Jouvenel propone otra *Reforma moral e intelectual*, en este caso basada en nuevas ciencias sociales. Así, la «biopolítica» dará a Francia una población sana, fuerte y numerosa (evita hablar de la «raza»). La «geopolítica», ciencia alemana, escribe Jouvenel, determinará el papel del país de acuerdo con su posición y su configuración. La «psicopolítica», que podría ser una ciencia francesa, nos dará unas instituciones acordes con la «tradición» y la «idiosincrasia nacional», abriendo el camino para una «transfiguración» del pueblo y de las élites.[3] La sociedad francesa debe ser saneada y dirigida atendiendo a los consejos de los expertos en ciencias sociales, prescindiendo de toda referencia a la humanidad o a los derechos del hombre.

Pero Jouvenel se detiene ante una conclusión a favor de la colaboración que se desprendería bastante lógicamente de su argumentación.[4] Francia, escribe, está en el ojo del huracán; calma engañosa que hay que aprovechar para «cegar las vías de agua y reparar el barco».[5] Ni resistencia ni colaboración, sino una tregua para reforzarse: Jouvenel es partidario de la política de espera. Quiere la conciliación con los alemanes, pero sin enemistarse con los anglosajones. En febrero de 1941, cuando Déat funda la Unión Nacional Popular, Jouvenel le dice: «A un pueblo no puede unirlo la colaboración, sólo puede

2. Jouvenel asiste en dos ocasiones (el 29 de octubre de 1941 y el 2 de junio de 1942) a estos desayunos que el embajador gusta de dar (PA-AA, *ibid.*). Él mismo menciona en sus Memorias otras visitas (*Un voyageur dans le siècle*, *op. cit.*, págs. 402 y sigs., y 426 y sigs.). Figura en la lista de invitados del departamento comercial de la embajada para la «Heldengedenkfeier» (conmemoración de los héroes) que había de celebrarse en el Grand Palais el 15 de marzo de 1942 (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101b).

3. Jouvenel, *Après la défaite*, Plon, 1941, págs. 229 y sigs.

4. «La France en Europe. A propos d'un livre de Bertrand de Jouvenel», *Pariser Zeitung*, 13 de febrero de 1941.

5. *Après la défaite*, *op. cit.*, pág. 238.

unirlo un enemigo; en Alemania, el pueblo se ha unido contra Francia; aquí sólo podríamos hacer lo contrario. Si es imposible, entonces habrá que esperar».[6] Su marcha a Suiza en septiembre de 1943 pone de manifiesto su negativa a elegir y consuma su alejamiento de la acción política.

Algunos hombres de letras mariposean alrededor del Instituto Alemán. Así lo hace Giraudoux: después de comprobar que, pese a su paso por el Ministerio de Información durante «la drôle de guerre», es persona grata, se deja ver de vez en cuando. O Marcel Arland, quien, conociendo ya a Bremer, decide restablecer el contacto con él y mantenerlo discretamente; Bremer apoyará la traducción de su novela *Terre natale*.[7] O Montherlant, caso extraordinariamente interesante: su amor a la guerra, su culto al cuerpo y al deporte, su heroísmo amoral y su paganismo lo acercan al nazismo; pero su elitismo e individualismo intransigentes, y una moral aristocrática que ve en el abandono de todos los valores heredados un signo de superioridad espiritual, lo alejan de él.

En *Le solstice de juin*, escrito en julio de 1940, Montherlant presenta la victoria de Alemania como una revolución que pone fin a un mundo podrido (en otro texto, el autor se identifica con el enemigo y con sus aviones «exterminadores»: «¿Que no soy uno de ellos? ¿Que no puedo alegrarme con ellos?»).[8] Triunfo de los paganos, la cruz gamada en las torres de Notre-Dame proclama: «Habéis sido vencidos, cristianos». Los franceses han de ser unos «buenos perdedores» y «aprovechar todas lecciones que le da el vencedor».[9]

Vichy le agrada por su autoritarismo y su elitismo, pero su santurronería le repugna. Sus problemas con la policía por temas relacionados con la pederastia, hacen que acabe hartándose de la zona libre, donde dice asfixiarse,[10] mientras que Grasset le hace una suculenta oferta y Bremer, que fue su traductor antes de la guerra, lo invita a regresar a París con la intención de mostrarlo como ejemplo a seguir.[11] Montherlant está convencido de que allí «tiene una misión política que cumplir, tal como desean los alemanes»; está seguro de que éstos acabarán venciendo, y de que Francia contribuirá al establecimiento del nuevo orden. A Roger Peyrefitte, cómplice y confidente en temas de pederastia (en el otoño de 1940, Peyrefitte tuvo que dejar su carrera por el escándalo que protagonizó en Vichy), le aconseja que se traslade también a la capital.[12]

6. Déat, *Journal de guerre*, 10 de febrero de 1941.
7. Nota de Bremer, 18 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.
8. «Midi», en *Le Solstice de juin*, Grasset, 1941, pág. 89.
9. *Ibid.*, págs. 292, 310 y 311-312.
10. Pierre Sipriot, *Montherlant sans masque*, Laffont, 1990, vol. 2, págs. 177 y sigs.
11. Bremer cita en un informe una carta de Montherlant en la que éste se queja de que la zona libre le asfixia, Bremer, «Lage des französischen Schrifttums», 17 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.377.
12. *Henry de Montherlant-Roger Peyrefitte, Correspondance*, *op. cit.*, pág. 282 (27 de abril de 1941).

Pero éste no necesita que lo fuercen a «aprobar lo que está ocurriendo en Europa». Espera que su amigo obtenga los permisos necesarios para volver a París y que le reserve un lugar en la nueva Europa. «Será la venganza del nuevo orden de ideas y de sentimientos. ¡Y quién sabe hasta dónde puede llegar ese famoso Orden Nuevo, si gente como usted lucha por establecerlo! Sin duda alguna, el ideal germánico está más próximo al ideal antiguo, y por lo tanto al nuestro, que el de la civilización de la Virgen y de las modistillas. Digo todo esto, que usted conoce tan bien, para recordarle, si no es ya demasiado tarde, que ante el "hombre de Weimar", o mejor dicho, de Munich (Hitler), usted no sólo se representa a sí mismo, lo que ya es mucho, sino a una combativa élite (tenemos razones para llamarla así) que gime, que sufre la estupidez y la incomprensión de lo que se llamaba la Civilización.»[13] Como vemos, el nazismo era capaz de despertar todo tipo de fantasías, incluso homosexuales, aunque no fuese precisamente su santo protector.

Una vez en París, Montherlant actúa con discreción, aun cuando mantiene «muy estrechas relaciones de amistad» con el Instituto Alemán.[14] *Le solstice de juin* constituía su posición más clara en materia de colaboración. Sin embargo, en el otoño de 1941, cuando publica el texto en el volumen del mismo título, añade un *post scriptum* que lo vacía totalmente de contenido («En verdad, los acontecimientos nunca me han importado. Sólo me han interesado en la medida en que me han afectado personalmente. Así pues, que sean los que quieran ser, y que el mundo se adapte a ellos como mejor pueda»).[15]

En enero de 1942, en una entrevista en *La Gerbe*, Montherlant aludía a la lucha de «la élite heroica de la nueva civilización europea contra los europeos inferiores». ¿Era esto una aprobación implícita de la guerra alemana en el este? ¿O más bien una alusión a la lucha que opondría a los héroes y a los esclavos en todas las sociedades, incluida la alemana, y a la que ninguna «paz europea» podría poner fin? La interpretación sigue abierta. Preguntado sobre la construcción de Europa, Montherlant aprueba el proyecto, pero se desdice inmediatamente. «La construcción de Europa por la vía heroica es una aventura. Una aventura arriesgada. Se corre el peligro de fracasar. Y el de que esta construcción no sea más que una quimera.» La máxima suprema sigue siendo el desarrollo individual, «cualquiera que sea la estructura social y política del mundo, y cualesquiera que sean los dioses que resulten victoriosos». El perio-

13. Peyrefitte a Montherlant, *ibid.*, págs. 284-285 (2 de mayo de 1941).

14. Epting al consulado de Vichy, 18 de abril de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.111 a. El 3 de noviembre de 1942, Montherlant participa en una velada muy «intelectual» en la embajada (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101b).

15. *Le Solstice de juin*, *op. cit.*, págs. 316-317.

dista le preguntó qué lugar concedía su heroísmo a las masas. A lo que él respondió: «Cuando ciertas comunidades hayan demostrado que su naturaleza es la esclavitud, los héroes de estas comunidades sabrán desligarse moralmente de ellas para formar un grupo bien cohesionado en otra parte [...]. La noción de patria está en plena evolución. Quienes la han entendido en un sentido demasiado estrecho se han equivocado».[16] Como puede verse, su concepción del individuo heroico contiene potencialmente la disolución del concepto tradicional de patria. Montherlant señalaba el camino que tomarían los fanáticos de la colaboración: el abandono de los suyos para sumarse al vencedor. Él toma otro, el que conduce a la escritura de *La Reine morte*.

Por su parte, Peyrefitte trabajaba en *Les Amitiés particulières*, una novela de costumbres con la que se hará un nombre como escritor. En mayo de 1943, vuelve a su puesto gracias a Achenbach, que intercede con Laval. En cuanto se pone al servicio de Brinon, le escribe una carta de agradecimiento que no responde precisamente al modelo griego de mesura que tanto ensalza («Pondré todo mi celo, y, si me permite la expresión, todo mi corazón en secundar, en la modestísima parte que a mí me toca, la labor tan noble y tan importante que usted cumple tan gloriosamente. Respondiendo a la confianza que ha tenido a bien depositar en mi persona, será para mí un honor aprender de usted y de su ejemplo»).[17]

Paul Morand es otro diplomático-escritor. Autor elegante y cosmopolita, escribe con tanta facilidad y tan deprisa que, sin apenas darse cuenta, alrededor de 1933 se encuentra chapoteando en el barro de la xenofobia. Después de la derrota, es un hombre disponible; en junio de 1940, regresa sin permiso de Londres y Baudouin lo pone de patitas en la calle. El retorno de Laval le valdrá su rehabilitación y la presidencia de la Comisión de Censura Cinematográfica. Mientras esto sucede, Morand pasa la mayor parte de su tiempo en París, donde brilla en los círculos próximos al ocupante, para lo que no duda en corregir sus anteriores puntos de vista. En 1941 se reedita su libro *1900*, publicado diez años antes, del que el autor suprime el siguiente pasaje: «El antisemitismo, que desempeñó un papel tan importante en aquella época para desaparecer unos años después, hoy nos resulta incomprensible; es una especie de neurosis colectiva. Francia no tenía motivos para tomarla con sus judíos, los mejores y los más integrados de todos [...]».[18]

En las *Chroniques de l'homme maigre* (1941), Morand nos ofrece su visión del mundo. Aunque no habla directamente de la colaboración, orienta perfec-

16. Citado por Sipriot, *Motherlant sans masque*, *op. cit.*, págs. 192-194.
17. Peyrefitte a Brinon, 17 de mayo de 1943, AN *F 60* 1.496.
18. Ginette Guitard-Auviste, *Paul Morand*, Hachette, 1981, págs. 172-173.

tamente al lector en esta dirección al alabar los beneficios de la derrota: el debilitamiento de Francia, el redescubrimiento de lo verdaderamente indispensable, el hecho de «sentirse extraño en su propia casa», «sin norteamericanos y sin judíos polacos», la posibilidad de liberarse de los políticos y de quienes controlan la economía, el nuevo horizonte europeo. Según Morand, el mundo está asistiendo a «un fabuloso e irresistible asentamiento de las masas étnicas y a la ciclópea construcción de una economía verdaderamente mundial».[19] Como prueba de su clarividencia, el autor trae a colación sus antiguas afirmaciones, especialmente las referidas a la inmigración. Después, se pone la bufanda alrededor del cuello y se despide: seguirá su camino, conformándose con «poner al tiempo por testigo». En 1943, sin embargo, el tiempo ya no parece ser un testigo válido y Morand acepta el cargo de embajador en Rumania. «El otoño llega», escribe Jünger, «y las golondrinas se van».[20]

A unos ocupantes que se afanan tanto en hacer desfilar a los representantes de su cultura, les complace que los ocupados se muestren hospitalarios y traten a los intrusos como invitados. Artistas y músicos aceptan colaborar con grupos alemanes. En mayo de 1941, con ocasión del 25 aniversario de la muerte de Max Reger, la cantante Irène Joachim se presenta con el Quatuor Pasanni.[21] Ese mismo mes, Germaine Lubin, afamada especialista en Wagner, interpreta el papel de Isolda en las representaciones ofrecidas por la Staatsoper de Berlín bajo la dirección de Karajan; y vuelve a hacerlo, señala Bremer con cierta sorpresa, en la sesión reservada a los miembros de la *Wehrmacht*.[22] Satisfaciendo los deseos del Instituto Alemán, después de la Semana Mozart que éste organiza en julio de 1941, distintos músicos y musicólogos fundan la Société Mozart, cuyo objetivo es estrechar las relaciones con el Mozarteum de Salzburgo; su presidente es Adolphe Boschot, del Instituto, y el comité de honor está formado por el director del Conservatorio, el secretario general de la Ópera de París y varios profesores.[23] Por su parte, Lifar organiza con el apoyo del ocupante una exposición dedicada a la danza y al ballet románticos; para el acto de inauguración, solicita la presencia de Baldur von Schirach, jefe de las Juventudes Hitlerianas y gobernador de Viena.[24]

19. *Chroniques de l'homme maigre*, Grasset, 1941, págs. 64, 66, 98-99 y 182.
20. Jünger, *Second Journal parisien*, *op. cit.*, 29 de agosto de 1943, pág. 144.
21. Gertrud vom Steeg, «Zwei Jahre deutscher Musik und deutschen Theaters in Frankreich. Ein Tätigkeitsbericht des Deutschen Instituts», *Deutschland-Frankreich*, nº 3, 1943, págs. 134-137.
22. Bremer a Schleier, 13 de noviembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.379.
23. Nota a Bremer, 19 de agosto de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.380.
24. Schleier a Epting, 15 de enero de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.379.

La exposición del escultor Arno Breker durante el verano de 1942 es el punto culminante de esta hospitalidad artística. El comité de honor, formado fundamentalmente por miembros del Grupo Colaboración, lo preside Bonnard y lo compone una serie de artistas (Belmondo, Derain, Despiau, Van Dongen, Segonzac, Friesz, Landowski, Vlaminck), el arquitecto Auguste Perret y René Delange, el director de *Comoedia*.[25] Más interesante para nosotros es el «Saludo a Breker» de Cocteau, publicado en *Comoedia* el 23 de mayo de 1942: «Le doy mi bienvenida, Breker. Y lo hago desde la excelsa patria de los poetas, patria en la que las patrias no existen, salvo en la medida en que cada cual aporta a ella el tesoro del trabajo nacional».

Después de la derrota, Cocteau vive enfrascado en su arte. Su Diario muestra que algunos franceses vivían en otro planeta: ¿eran muchos los que, en 1942, se extasiaban ante la «prodigiosa belleza de París»?[26] En su actividad, el escritor tiene la oportunidad de comprobar que la tolerancia es una invención del nazismo. En 1941, la policía de París prohíbe *La máquina de escribir*; decisión revocada por la Propaganda-Abteilung, que, haciéndose la mosquita muerta, manifiesta su «deseo de permitir el desarrollo armonioso de la vida artística parisina». «Cada pueblo tiene sus propias concepciones artísticas y culturales. La autoridad ocupante desea preservar la originalidad del país, por eso quiere que los grandes artistas franceses conserven su libertad.»[27]

Dando la bienvenida a Breker, Cocteau, que declaraba estar al margen de la política, acaba tomando partido de forma perversa. Y su posición es acorde con sus ideas: en 1942, él, que no es un hombre de guerra, manifiesta su deseo de una paz rápida, resultado del agotamiento de los contendientes. «Quizá llegue el día», escribe, «en que se considere que el honor de Francia sea precisamente haberse negado a luchar.»[28] Siente atracción por la Alemania nazi, y sobre todo por Hitler, del que tiene una idea bastante irreal. Cocteau se cree a pie juntillas las palabras de Breker sobre el jefe nazi: según el escultor, será en tiempos de paz cuando Hitler despliegue todo su genio. A Cocteau le fascina la idea del jefe-artista, político todopoderoso a la vez que mecenas y protector de las artes, Napoleón y poeta al mismo tiempo («Aquellos espíritus serviles no supieron ver el poeta que hay en Hitler»,[29] escribe aludiendo a los políticos franceses del período anterior a la guerra).

25. Véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.111b; véase también Laurence Bertrand Dorléac, *Histoire de l'art, Paris 1940-1944*, Publications de la Sorbonne, 1986.

26. Cocteau, *Journal 1942-1945*, *op. cit.*, pág. 34 (13 de marzo de 1942).

27. Propaganda-Abteilung a Brinon, 6 de mayo de 1941, AN, *F 60* 1.488.

28. Cocteau, *Journal*, *op. cit.*, 5 de mayo de 1942, pág. 111.

29. *Ibid.*, pág. 188 (24 de julio de 1942).

También le seduce la perspectiva de la unificación de Europa. El 2 de julio de 1942, Cocteau se hace eco de las palabras del nuevo intendente de la policía municipal: «Habla de Hitler con orgullo y sin afectación. Al igual que yo, piensa que sería un grave error impedir a semejante espíritu cumplir su tarea. Los carnets "de europeo" ya están listos en la prefectura. *Señor Untel, europeo (distrito francés)*. No más aduanas. No más fronteras [...]». ¡Comparado con Hitler, cuán pequeño se nos antoja Pétain, que carece de todo «sentido del gran teatro» y se comporta como un simple «acomodador»![30] A principios de 1943, el escritor sigue teniendo una imagen sorprendente del jefe nazi: «Hitler es un civil. Los militares lo perderán. [...] Él detesta la guerra. Su pacifismo está condenado al fracaso». Poco tiempo después, emprende la retirada: «¡Que la dramática frivolidad de la guerra no distraiga a nadie de las cosas verdaderamente importantes!».[31]

Muchos artistas y escritores están dispuestos a viajar a Alemania. La mayor parte de los viajes tienen lugar entre mediados de 1941 y mediados de 1942. Los organizadores conciben estos desplazamientos como estrategias de seducción, lejos de todo contacto con el público alemán; en el mejor de los casos, se producen encuentros con franceses que residen forzosa o voluntariamente en el Reich. Están dirigidos fundamentalmente a los artistas y directores de las instituciones que han acogido a sus colegas alemanes. Algunos de ellos se quedan en meros proyectos, como el de un grupo de arquitectos que debía viajar a Alemania en 1942, o el de los representantes del mundo artístico, previsto para el mes de agosto de 1941 y en cuya lista provisional figuraban los compositores Marcel Delannoy y Marcel Dupré, los violinistas Jean Fournier y Ginette Neveu, los directores de teatro Charles Dullin, Gaston Baty y Pierre Renoir, las actrices Annie Ducaux, Elvire Popesco y Madeleine Renaud, y cantantes y directores de ópera, treinta personas en total.[32]

Los viajes más importantes están pensados para el mundo de la música, las artes y el cine. En noviembre de 1941, con ocasión de las fiestas en honor a Mozart, se desplazan a Viena los compositores Arthur Honegger, Florent Schmitt, Marcel Delannoy y Gustave Samazeuilh, director de la Ópera de París, así como Jacques Rouché, algunos periodistas y críticos musicales, entre los que están Delange, Rebatet, Robert Bernard, director de *La Revue musicale*, y Paul-Marie Masson, profesor de historia de la música en la Facultad de Letras de París.[33] A principios del año siguiente, les llega el turno a los artistas: los es-

30. *Ibid.*, pág. 173 (2 de julio de 1942).
31. *Ibid.*, pág. 234 (9 de enero de 1943); pág. 335 (18 de agosto de 1943).
32. Nota para Schleier, 7 de agosto de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.379.
33. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.142.

cultores Paul Belmondo, Charles Despiau y Paul Landowski, los pintores André Derain, Cornelis van Dongen, André Dunoyer de Segonzac, Othon Friesz y Maurice de Vlaminck; a su regreso, algunos de ellos manifiestan su entusiasmo por el respeto del que gozan los artistas en el régimen nazi.[34] Posteriormente, en el mes de marzo, viajan actrices y actores de cine, como Albert Préjean, Danielle Darrieux, Viviane Romance, Junie Astor y Suzy Delair. Un viaje previsto para el verano de 1942 y dirigido a la gente del mundo del espectáculo, con Henri Decoin, Marcel L'Herbier, Abel Gance, Edwige Feuillère y Gaby Morlay, no tendrá lugar.[35] Otros, como Maurice Chevalier, Édith Piaf, Charles Trenet, Raymond Souplex, etc., también se desplazan más allá del Rin para divertir a los trabajadores voluntarios.

Los dos desplazamientos de escritores abren y cierran la temporada de viajes. La organización del primero de ellos, en el verano de 1941, suscita tal rivalidad entre la embajada y la Propaganda-Abteilung que Berlín interviene para ordenarles que se pongan de acuerdo. En octubre, Drieu, Ramón Fernández, André Fraigneau, Brasillach, Jacques Chardonne, Abel Bonnard y Jouhandeau viajan a Weimar para honrar con su presencia el primer congreso de escritores de la nueva Europa, congreso que se celebra, como debe ser, en el marco de la «Semana del libro de guerra alemán» (Arland, Baroncelli, Combelle y Morand figuraban en las listas provisionales).[36] Un año después, este grupito, un tanto modificado —Drieu, Fraigneau, Chardonne, Thérive y Georges Blond—, vuelve a desplazarse a Weimar para asistir al segundo congreso de la Asociación de Escritores Europeos, asociación creada por Goebbels para unir, bajo su dirección, a los representantes de la cultura europea.

Jouhandeau había tenido bastante con el primer viaje. Su Diario expresa su malestar: «¿Cómo justificar, cómo legitimar mi presencia en ese país enemigo en ese momento?». Y ésta es su respuesta: por amor a Alemania y a su cultura, por la necesidad de llegar a un entendimiento con ella. «Mi única intención es demostrar que el francés no es necesariamente germanófobo, ni siquiera en las actuales circunstancias. Es más, mi mayor deseo sería hacer de mi cuerpo un puente fraternal entre Alemania y nosotros.»[37] Lo que es más que una metáfora, pues en aquel momento Jouhandeau iba detrás de un joven poeta alemán. A principios de 1942, el escritor empieza a moderar su posición, aunque sigue estando a favor de Alemania, en cierto modo por temor a una hegemonía soviética y a una dominación norteamericana.

34. Bertrand Dorléac, *Histoire de l'art, Paris 1940-1944*, *op. cit.*, págs. 94 y sigs.
35. Rita Thalmann, *La Mise au pas*, *op. cit.*, págs. 209-212.
36. Heller, «Tätigkeitsberich vom 6. bis 13. September 1941», *AJ 40* 1.005, dr. 7; PA-AA, *Botschaft Paris* 1.378.
37. Jouhandeau, *Journal sous l'Occupation*, Gallimard, 1980, págs. 83-84 (5 de octubre de 1941).

Hubo otro escritor que tampoco participó en el segundo viaje a Weimar. Giono, que reside en la zona libre, se traslada a París a principios de 1942, donde contacta «inmediatamente» y «por propia iniciativa» con Heller, que lo considera un hombre «muy favorable» a la colaboración.[38] Invitado a Weimar, no irá. En septiembre, comunica al consulado de Alemania en Marsella que no puede viajar porque tiene a su madre enferma. Con su énfasis, Giono logra eliminar las sospechas que levanta semejante excusa. El escritor dice sentirse «afligido» por no poder participar en el viaje, «un viaje que esperaba con impaciencia y que me hubiese permitido proseguir con más fe la labor de acercamiento francoalemán que vengo cumpliendo desde 1931». Y con su insistencia: «Me siento realmente desconsolado, pero espero poder participar en el próximo viaje, en la próxima reunión de la Asociación de Escritores Europeos, a la que me siento orgulloso de pertenecer.»[39] Cocteau y Giono ilustran una misma forma de admiración por Hitler, por el personaje más que por su régimen. «¿Qué es Hitler, en realidad, sino un poeta en acción?», dijo Giono a Fabre-Luce.[40] Hitler maravilla al mundo con su fuerza, con su poder, con su misterio...

Por lo general, estas actividades culturales están faltas de reciprocidad. Los artistas se dan cuenta de ello y las críticas van en aumento, incluso entre los más favorables a Alemania. Los músicos denuncian la prohibición que pesa sobre la música francesa en Alemania y el ostracismo que sufren los artistas franceses en aquel país. Ciertamente, Alfred Cortot es invitado a participar en los Berliner Festspiele de 1942, pero esta excepción se explica por la talla del personaje, ferviente pétainista, miembro del Consejo Nacional y presidente del Comité de Organización de la Música. Al año siguiente, Cortot hace una gira de 15 conciertos; en el caso del violonchelista Pierre Fournier, otro partidario de la colaboración, esta misma actitud le vale tres conciertos en Alemania. La embajada, que empieza a tener dificultades para organizar recitales, considera que estas medidas son insuficientes y reclama otras. En noviembre de 1943, el ministerio de Goebbels, en un gesto de generosidad, autoriza la interpretación de música francesa en el Reich, siempre que ésta no supere la cuarta parte de la programación.[41]

38. Heller, «Kurzbericht», 7 de marzo de 1942, AN, *AJ 40* 1.005, dr. 7.

39. Giono al cónsul de Alemania en Marsella, 27 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.111 a.

40. Fabre-Luce, *Journal de la France*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 195.

41. Knothe a AA, 23 de agosto de 1943, y respuesta de Berlín del 15 de noviembre de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.142; sobre el reproche de falta de reciprocidad en el teatro, véase Added, *Le Théâtre dans les années Vichy*, *op. cit.*, pág. 120.

Las relaciones científicas se cultivan sin necesidad de llamar la atención de la opinión pública. Aquí existe cierta reciprocidad, pero por razones tácticas. En el verano de 1940, el ocupante tenía la intención de ordenar el traslado a Berlín de las organizaciones y asociaciones internacionales con sede en París. Este objetivo quedó aplazado para no perjudicar la política de colaboración. Fue cambiado por la idea de reanudar los contactos, con el propósito de acostumbrar a la comunidad científica francesa al papel dirigente de la comunidad alemana, que debería formalizarse después de la guerra.[42] En julio de 1941, se vuelve a dar vía libre a las invitaciones de científicos franceses al Reich.[43] Llegan numerosas invitaciones de parte de asociaciones (dermatólogos, botánicos, matemáticos, geógrafos, economistas, etc.) que desean que sus colegas franceses participen en sus congresos anuales o en algún coloquio. La embajada supervisa estas invitaciones y propone los nombres que considera oportunos. Algunos científicos son invitados a título personal, como sucede en las áreas de botánica, agronomía y astronomía, pero normalmente sin éxito.[44] Es muy difícil decir si esta iniciativa alemana era fruto de la espontaneidad, es decir, de la voluntad de prolongar las relaciones anteriores, o si obedecía simplemente a la orden de controlar la ciencia francesa.

En Vichy despierta interés la colaboración cultural, que se quiere recíproca. En el verano de 1941, el rector de la universidad de Dijon, Jean-Édouard Spenlé, afamado germanista y hombre comprometido con la colaboración, solicita al gobierno la creación de un organismo que sea el equivalente en Berlín del Instituto Alemán. Esto «podría acabar con ciertas susceptibilidades que siguen provocando indecisión a la hora de aceptar una invitación o un llamamiento considerado "unilateral"».[45] La idea reaparece cuando Bonnard llega al Ministerio de Educación Nacional. Entonces se habla de crear un «Comité cultural francoeuropeo» cuya misión sería fomentar las relaciones universitarias y promover la convalidación de títulos, e incluso crear un liceo francoalemán. El propósito era «que la cultura francesa de la zona de influencia se beneficiase de la cultura alemana y viceversa».[46] Ni que decir tiene que esa idea no estaba en la mente de los vencedores.

El impulso de Bonnard se propaga en varias direcciones. Los decanos de las distintas facultades son invitados a colaborar en una revista alemana que

42. Gr.4 a Best, 20 de agosto de 1941, AN, *AJ 40* 567, dr. *Angeleg. der intern. wissenschaft. Organis. in Frankreich.*

43. Nota de Best, 8 de julio de 1941, *AJ 40* 567, dr. *Wissensch. Beziehungen D. zu Fr.*

44. Véase *AJ 40* 567, dr. *Wissensch. Beziehungen D. zu Fr.*; así como PA-AA *Botschaft Paris* 1.382.

45. Spenlé a Brinon, 5 de julio de 1941, AN, *F 60* 1.496. De Spenlé, véase su *Nietzsche et le Problème européen*, Armand Colin, 1943.

46. AN, *F 17* 13.359, dr. Comité francoeuropeo.

concentra la información científica y universitaria.[47] Alguna que otra autoridad universitaria aporta su iniciativa, como Jean Joseph Bertrand, germanista y rector de la Universidad de Besanzón, que propone un intercambio de publicaciones con las universidades alemanas.[48] Los intercambios escolares son supervisados por una comisión mixta, compuesta por un representante del Instituto Alemán y 5 profesores franceses (René Lasne, Georges Lefranc, André Meyer, Robert Fortier y Pierre Velut). De aquí surge la idea de un campamento de vacaciones francoalemán, idea que agrada mucho al Ministerio, entusiasmado con esta «incipiente colaboración universitaria francoalemana».[49] También se hacen esfuerzos para enviar a becarios y lectores a Alemania. En 1942, por primera vez, los alemanes dan becas para cursos de verano en Munich,[50] unas ayudas que se obtienen sin demasiada dificultad; en ese momento, el Instituto Alemán recibe semanalmente entre cinco y seis solicitudes de becas para realizar estudios, viajes de estudios o cursos de verano en Alemania.[51] Al inicio del curso universitario 1943-1944, los alemanes llegan incluso a contratar a germanistas franceses como ayudantes de universidad para cubrir los puestos de los reservistas que han sido movilizados.[52]

En casi todas las disciplinas hay personas, y hasta personalidades, que se prestan a estos contactos y relaciones, como mostrarán algunos ejemplos. Los más solicitados, tanto por el gobierno como por los ocupantes, son los germanistas; algunos se muestran encantados con este repentino reconocimiento de su valor. Como mínimo, la situación exige dar muestras de buena voluntad: en la primavera de 1941, el Instituto de Estudios Germánicos de la Sorbona organiza, con la ayuda de Epting, una serie de conferencias públicas (Maurice Boucher, Henri Gouhier, Spenlé, etc.) sobre la cultura alemana, que la *Pariser Zeitung* se encarga de publicitar con regularidad.[53] Sin embargo, en el otoño de 1941 Epting se muestra bastante pesimista. La mayoría de los germanistas tienen una actitud reservada u hostil, aunque los jóvenes, es decir, los profesores que estuvieron en Alemania antes de la guerra, muestran una actitud más

47. Circular de Mouraille, 25 de diciembre de 1942, AN, *F 17* 13.343, dr. Correspondencia con los directores 1942.

48. Bertrand al gabinete del ministro de Educación Nacional, 23 de octubre de 1942, *F 17* 13.359.

49. Velut a Bonnard, 11 de julio de 1942, y nota del gabinete del ministro sobre el informe de Velut, AN, *F 17* 13.359, dr. Velut. El campamento previsto para finales del verano de 1942 no parece haber tenido lugar.

50. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.210.

51. «Akademische Abt.» (1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.112 a.

52. AN, *AJ 40* 556, dr. *Franz. Germanisten an d.*

53. Conferencias reunidas en el volumen *Esquisses allemandes*, Cahiers de l'Institut d'Études germaniques, nº 1, Aubier, 1942. Véase la reseña en la *Pariser Zeitung*, 5 de julio de 1942, pág. 5 (Alfred Buesche, «Erneuerte Universitas»).

positiva. Por eso, piensa Epting, habría que volver a poner en marcha los programas de intercambio.[54]

La encuesta solicitada por Bonnard en 1942 sobre «los profesores a los que su actividad los pone en relación con el extranjero», confirma esta situación. El objetivo de la investigación es cerciorarse de que los profesores de inglés no son anglófilos y de que los profesores de alemán son germanófilos. Pero, entre estos últimos, sólo una pequeñísima minoría expresa una opinión colaboracionista.[55] Algunos hacen alarde de ella en su trabajo o en sus escritos: además de Spenlé y Bertrand, hay que citar a André Meyer, René Lasne —que publica con Georg Rabuse una *Anthologie de la poésie allemande* (Stock, 1943)—, Maurice Boucher, Maurice Betz, Philippe Lavastine, Eugène Bestaux y Robert Pitrou.[56]

Entre los historiadores, son muy pocos los que muestran una actitud positiva. Michel Lhéritier, profesor adjunto en Dijon y especialista en la Revolución en Burdeos, tiene muy poco peso. Pero es secretario general del Comité Internacional de Ciencias Históricas desde 1926, y un defensor de la vocación universal de este organismo, por lo que es contrario a la ruptura de relaciones con la Alemania nazi.[57] En agosto de 1940, se pone en contacto con Epting y le pide autorización para volver a publicar el Boletín. Epting acoge favorablemente esta solicitud; su intención es trasladar la asociación a Berlín.[58] Lhéritier considera que el comité ha de proseguir su actividad, aunque sea sin los ingleses y pese a la oposición de los norteamericanos. En el primer número del boletín, el historiador justifica esta necesidad con una frase cargada de complicidad: «Al igual que los monumentos franceses que el canciller Hitler ha querido respetar en esta guerra, (el comité) no es solamente una obra de la ciencia, sino también una obra imparcial y desinteresada de la civilización que hemos de legar a la humanidad».[59] Lhéritier consigue papel incluso cuando se restringe su suministro, prometiendo reservar más espacio para los historiadores alemanes que escriban sobre temas como pueblo, historia y raza.[60]

54. Epting, «Entwicklung von der Germanistik in Frankreich», 11 de diciembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.374.

55. AN, *F 17* 13.360, dr. Relaciones culturales con el extranjero.

56. La mayoría de ellos escriben en la revista *Deutschland-Frankreich*. Véase también Lionel Richard, *Le Nazisme et la Culture*, Maspero, 1978, págs. 297 y sigs.

57. Véase la correspondencia en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.055 a.

58. Epting a AA, 7 de agosto de 1940, y respuesta del 19 de agosto de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.138.

59. «Avant-propos», *Bulletin of the International Committee of Historial Sciences*, nº 46, junio de 1941, págs. 6-8; véase también «L'activité du Comité international des sciences historiques en 1940-41», archivos del CISH, Dorigny Lausanne, dr. 1941-1944.

60. Correspondencia en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.138.

Asimismo, pone todo su empeño en organizar un coloquio francoalemán que debía celebrarse en Wiesbaden en el otoño de 1942; el coloquio no tendrá lugar, pues los historiadores franceses deciden no asistir.[61] En reconocimiento de su labor, y tras algunas gestiones, Bonnard lo nombra profesor en la Sorbona.[62]

Con los matemáticos, los alemanes tienen las cosas mucho más fáciles. Gaston Julia, que combatió en la Primera Guerra Mundial y que desde entonces oculta las graves heridas de su rostro con una máscara negra, es profesor en la Sorbona y en la École polytechnique, miembro de la Académie des sciences, comendador de la Legión de Honor, hombre muy premiado y secretario de la Unión Internacional de Matemáticos. A finales de 1940, un colega alemán encargado de preparar la futura reorganización de la asociación se pone en contacto con él y comprueba satisfecho su voluntad de colaborar.[63] Probablemente, esta actitud estuvo favorecida por la existencia de una auténtica comunidad científica, que yo sepa la única que se mostró solidaria durante la guerra. Los matemáticos alemanes median con el Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW) en favor de sus colegas franceses prisioneros, apoyando las solicitudes de liberación y obteniendo el derecho de intercambiar una correspondencia científica.[64]

En Francia, Julia se pone en contacto con los profesores universitarios y trata de convencerlos, al parecer sin demasiado éxito, de que reemprendan las publicaciones y el intercambio de artículos.[65] Invitado a Gotinga en julio de 1942, pronuncia una conferencia en la que se presenta a sí mismo como amigo del nacionalsocialismo.[66] Probablemente, la fuerza de sus convicciones y sus excelentes contactos hicieron que Bonnard pensara en él para dirigir el Comité Cultural Francoeuropeo anteriormente mencionado.[67] Julia será uno de los pocos profesores invitados a una universidad alemana, al igual que Louis Dunoyer, otra personalidad de las ciencias exactas, profesor de física en la Fa-

61. Karl-Dietrich Erdmann, *Die Oekumene der Historiker: Geschichte der Internationalen Historikerkongresse und des Comité International des Sciences historiques*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1987, pág. 257.

62. AN, *F 17* 13.343, dr. Lhéritier.

63. Informe de H. Geppert, 20 de diciembre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.382. Sobre los planes nazis en relación con las matemáticas, véase Reinhard Siegmund-Schultze, «Faschistische Pläne zur "Neuordnung" der europäischen Wissenschaft. Das Beispiel Mathematik», *NTM-Schriftenreihe für die Geschichte der Naturwissenschaft, Technik und Medizin*, 1986/2, págs. 1-17.

64. AN, *AJ 40* 567, dr. *Wissensch. Beziehungen D. zu F.*

65. Nota del 5 de diciembre de 1941, *ibid.*

66. Nota del 10 de octubre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.115 a.

67. AN, *F 17* 13.359, dr. Comité franco-europeo. La liberación no parece haber preocupado excesivamente a Julia.

cultad de Ciencias de París, presidente de la Sociedad Francesa de Física y pétainista convencido.[68]

La medicina parece haber sido una disciplina especialmente proclive a los contactos. Instado por los alemanes a fomentar los intercambios de profesores, Carcopino, el ministro de Educación Nacional, respondía en febrero de 1942: «En el caso de que estos intercambios se experimenten en París, la Facultad de Medicina tendrá las mayores posibilidades de éxito».[69] Esto se debe, en parte, a la existencia de una actitud bastante favorable al gobierno de Vichy, que satisface antiguas reivindicaciones profesionales, y, en parte, a la popularidad de las tesis higienistas entre estos profesionales, que podía predisponerlos a favor de ciertos aspectos de la política nazi. Lógicamente, esta predisposición es mucho mayor en los pequeños círculos interesados por el racismo, que en esta época todavía mantiene un discurso y una práctica con pretensiones científicas.[70]

En cualquier caso, algunas personalidades del mundo de la medicina muestran una actitud favorable, resultado de la combinación de pétainismo, ambición profesional, defensa institucional y de las relaciones profesionales establecidas con sus colegas alemanes antes de la guerra. Al frente del Instituto Pasteur, Gaston Ramon acude a Pétain como quien va de peregrinación.[71] En el otoño de 1941, Ramon viaja a Alemania y comprueba los «progresos allí realizados en materia de vacunación contra la fiebre aftosa».[72] En abril de 1942, los alemanes le piden veinte litros de vacuna contra el tifus. Ramon los entrega sin rechistar: «El mariscal, dice, está convencido de que esto también se anotará en el haber de Francia».[73]

68. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.138; sobre sus esfuerzos por mejorar la suerte de sus dos hijos prisioneros transfiriéndolos a la industria alemana, véase Dunoyer a Bonnard, 15 de julio de 1942, carta acompañada de la carta de los hijos al padre, 23 de junio de 1942, en AN, *F 17* 13.360, dr. Profesores de alemán y de historia prisioneros.

69. Nota del 11 de febrero de 1942 sobre una entrevista de Carcopino con el doctor Rilke en el Majestic el 10 de febrero de 1942, AN, *AJ 16 provisoire* 6.

70. En la conferencia del Instituto de Antroposociología, creado por la Comisaría para Asuntos Judíos, participaron celebridades como Claude Vacher de Lapouge (doctor en medicina y en derecho), Saint-Germes (profesor de economía política en la Facultad de Caen), el profesor Achard (secretario general de la Academia de Medicina), el profesor Gruveilhier (del Instituto Pasteur), el profesor Guillermond (miembro de la Academia de las Ciencias), el profesor Martial (Facultad de Medicina) y el reverendo Bergougnioux, profesor en la Universidad Católica de Toulouse («Antijüdische Propaganda», sin firma, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.190).

71. «Como siempre, regreso de mi viaje reconfortado y optimista después de haber visto al mariscal. Él es el pilar que sostiene todo el edificio y este pilar me parece más sólido que nunca. Que Dios [...] nos lo conserve por mucho tiempo y Francia, una vez más, será salvada por él» (Ramon a Ménétrel, 2 de abril de 1942, AN, *2 AG* 77).

72. Ramon a Ménétrel, 16 de noviembre de 1941, *ibid.*

73. Ramon a Ménétrel, 2 de abril de 1942, *ibid.*

Emmanuel Leclainché, presidente de la Academia de Ciencias, ex presidente de la Academia de Medicina y antiguo presidente del consejo de administración del Instituto Pasteur, dirige el Instituto Internacional de Enfermedades Epizoóticas. En 1941, Leclainché declara estar «de acuerdo y actuar bajo la dirección de las autoridades de ocupación».[74] Al año siguiente, prepara un congreso internacional de veterinaria y los alemanes le indican a qué países ha de invitar.[75] En noviembre de 1941, el profesor Rist, considerado por los ocupantes como el mejor especialista francés en materia de tuberculosis,[76] participa en el congreso de asociaciones alemanas de lucha contra la tuberculosis. Por no mencionar a los médicos más comprometidos, para los que el Instituto Alemán organiza un viaje a Alemania en marzo de 1942; entre ellos está el doctor Céline.[77]

El reducido círculo del psicoanálisis también se ve afectado en la persona de René Laforgue, una de sus figuras históricas. Laforgue nace en Alsacia, en la Gran Guerra lucha al lado de los alemanes, en 1918 adquiere la nacionalidad francesa y en los años treinta es miembro de la Liga Internacional contra el Antisemitismo (LICA). Pero Laforgue se siente tan atraído por los logros de la Alemania nazi que desea recuperar su primera nacionalidad. Intentará, sin éxito, fundar una sociedad alineada con la versión nazi de la psicoterapia y que pueda adherirse a la Sociedad Internacional de Psicoterapia, en manos de los alemanes.[78]

Para finalizar, mencionaremos el caso de Alexis Carrel. Instalado desde 1904 en Estados Unidos, donde trabaja en el Instituto Rockefeller, Carrel recibe el Premio Nobel en 1912, antes de hacerse célebre con su libro *El hombre, ese desconocido*. En él, Carrel esboza un proyecto de reorganización de la sociedad basado en las ideas más características de la extrema derecha, desde la desigualdad de los sexos hasta la existencia de una jerarquía racial; el autor no sorprendió a nadie manifestando su simpatía por La Rocque y Doriot en los años treinta. A principios de 1941, regresa a Francia y propone a Vichy la creación de una «especie de máquina inteligente que daría al jefe del gobierno la solución de todos los problemas fundamentales», especialmente los referidos «a la

74. Leclainché a Brinon, 10 de julio de 1941, AN, *F 60* 1.494.
75. Nota de la DGTO del 8 de julio de 1942, AN, *F 60* 1.494.
76. Véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.376.
77. François Gibault, *Céline 1932-1944*, Mercure de France, 1985, pág. 245.
78. Véase Élisabeth Roudinesco, *Histoire de la psychanalyse en France*, Seuil, 1986, vol. 2, págs. 170 y sigs.; de la misma autora, «Documents concernant l'histoire de la psychanalyse en France durant l'Occupation», *Confrontation*, otoño de 1986, págs. 243-278; Alain de Mijolla, «La psychanalyse et les psychanalystes en France entre 1939 et 1945», *Revue internationale d'histoire de la psychanalyse*, nº 1, 1988, págs. 167-222; del mismo autor, «Documents inédits. Les psychanalystes en France durant l'occupation allemande, Paris, novembre 1943», *ibid.*, nº 2, 1989, págs. 463-473.

regeneración, la protección y el progreso del individuo y de la raza». E inmediatamente añade: «Por razones psicológicas, es necesario evitar la palabra raza».[79]

En noviembre de 1941, se crea la Fundación Francesa para el Estudio de los Problemas Humanos, cuya misión es «salvaguardar y mejorar la población francesa en todos los sentidos». Aunque desea el advenimiento de una «Biocracia», Carrel sigue comportándose prudentemente y sitúa en un segundo plano aspectos tales como el eugenismo.[80] No hacerlo significaría ir a remolque del régimen nazi e hipotecar el futuro de su trabajo. Como nos muestra este ejemplo, a veces la convergencia intelectual, en vez de favorecer la aproximación al ocupante, la frena.

En junio de 1941, Carrel se traslada a París, donde es recibido con los brazos abiertos y obtiene todo tipo de facilidades para instalar la sede de su fundación. Sus relaciones con la embajada son fluidas y cordiales. Carrel solicita recibir informaciones científicas, como las relacionadas con el perfeccionamiento de las razas.[81] En mayo de 1942, sus principales colaboradores, los doctores André Gros y Jacques Ménétrier, dos especialistas en medicina laboral, se desplazan a Alemania en viaje de estudios.[82] Por discreción, Carrel sigue callando sus relaciones con los ocupantes.[83] No cree estar haciendo política, la cual sólo le merece desprecio. Siente poca simpatía por los alemanes. Y aunque sus afinidades con el nazismo son evidentes —Carrel comparte sus ideas antidemocráticas y sus puntos de vista sobre el tratamiento biológico de la sociedad—, le disgusta enormemente su política, muy alejada de su ideal de un equipo de científicos encargado de mostrar al príncipe el camino de la regeneración. A pesar de esto, en septiembre de 1943 escribe que «solamente los alemanes podrían imponer el orden en Europa y especialmente en Francia» y que están «muy lejos de la derrota».[84]

Interrogado después de la guerra, Epting dará una lista de 36 profesores con los que mantuvo relaciones durante la ocupación; la mayoría son profesores de las facultades de derecho y de letras, solamente una cuarta parte son

79. AN, *2 AG* 75, carta del 16 de junio de 1941, reproducida en Alain Drouard, *Alexis Carrel et la Fondation française pour l'étude des problèmes humains*, Universidad de París-IV, 1989, Anexo II/21, págs. 113-115 (tesis publicada con el título *Une inconnue des sciences sociales: la fondation Alexis Carrel, 1941-1945*, Maison des sciences de l'homme, 1992).

80. Alexis Carrel, *Jour après jour 1893-1944*, Plon, 1956, pág. 235 (véase el 4 de diciembre de 1942).

81. Nota de Unger para Schleier, 12 de agosto de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.376.

82. Carrel a Schleier, 13 de mayo y 22 de julio de 1942, *ibid.*

83. Alice Epting-Kullmann, *Pariser Begegnungen*, Hänner-über-Säckingen, Privatdruck, 1972, pág. 73.

84. Carta del 14 de septiembre de 1943 en Drouard, *Alexis Carrel et la Fondation française*, *op. cit.*, pág. 524. Carrel muere poco después de la liberación.

científicos.[85] Algunos de ellos estaban fuertemente comprometidos con el ocupante (Bardèche, Fay, Fourneau, Labroue, Le Fur). A otros, como Gidel o Ripert, sus cargos en la universidad les impedían convertirse en opositores de la política del gobierno. Otros, finalmente, son hombres con los que ya hemos dado (Boucher, Carrel, Dunoyer, Julia, Lhéritier, Pitrou, Schmidt, Spenlé...) o con los que hubiésemos podido dar (Dauphin-Meunier, Louis Hourticq, Édouard Dolléans, Jean Thomas, Georges Dumézil...). Digno de mención es René Maunier, profesor de la Facultad de Derecho de París, gran especialista en temas de imperialismo y, junto a Emmanuel Leclainché, uno de los pocos profesores franceses que publicó en una revista alemana durante la guerra.[86] Como vemos, tan sólo unos pocos representantes del mundo de la ciencia. Pero el fenómeno no es irrelevante, pues demuestra que ningún medio se abstuvo de mantener relaciones con el ocupante, ni siquiera aquellos de los que cabría esperar una actitud crítica. El nazismo distaba mucho de ser considerado por todos como la más radical negación de la inteligencia y de sus valores.

85. Las personas citadas por Epting, en ocasiones con el nombre de pila, son las siguientes: Angelloz, Marcel Aubert, Maurice Bardèche, Georges Blondel, Boucher, Carrel, Cazamian, Clement, Dauphin-Meunier, Desmarets, Dolléans, Dumézil, Dunoyer, Esmein, Fauconnet, Bernard Fay, Fourneau, Gilbert Gidel, Gouhier, Paul Hazard, Hourticq, Julia, Henri Labroue, Le Fur, Lhéritier, René Maunier, Mestre, Mignon, Robert Pitrou, Réau, Ripert, Roussy, Albert-Marie Schmidt, Jacques Seydoux, Spenlé y Jean Thomas (audiencia del 10 de junio de 1947, AN, *3 W* 358, dr. Epting). Puede que Epting cometiese algún error, por ejemplo confundiendo a Jacques Seydoux y Roger Seydoux o equivocándose al citar a Paul Hazard, que estuvo en la resistencia (aunque aquella época no fue en blanco y negro). La mención de Dumézil, entonces completamente desconocido, impide dar por cerrada la cuestión de su filonazismo (véase Didier Eribon, *Faut-il brûler Dumézil?*, Flammarion, 1992).

86. El 21 de octubre de 1941, René Maunier asiste al almuerzo ofrecido por Abetz en honor a Carl Schmitt, al igual que Gidel, Le Fur, Pierre Gide, Ripert y Germain Martin (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101 a). Maunier publica dos veces en el *Weltwirtschaftliches Archiv* (julio de 1942 y enero de 1943), lo mismo que Joseph Saint-Germès, profesor de economía en Caen (*ibid.*, julio-septiembre de 1944). Emmanuel Leclainché publica en revistas de medicina alemanas en 1942 y 1943 (véase la *Bibliographie der deutschen Zeitschriftenliteratur*).

Tercera parte
Compromiso

En el seno de la sociedad, hombres y mujeres toman partido por la colaboración. A diferencia de aquellos compatriotas que se saltan el código de la dignidad o lo desdeñan por razones fundamentalmente políticas e ideológicas, ellos niegan su validez porque, al igual que Chardonne, piensan que es necesario poner fin al encadenamiento de los desastres. En lugar de practicar subrepticiamente la adaptación, asumen opiniones y adoptan comportamientos que los convierten en colaboracionistas, en partidarios de la política de colaboración.

Sus cabecillas comparten con el Estado francés una misma ambición: llegar a un acuerdo con el ocupante antes de que finalice el conflicto, y así obtener las mejores condiciones de paz. Pero no tienen el poder, y por lo tanto carecen de los elementos con los que cuenta el Estado: un territorio, unas fuerzas armadas y una libertad de acción. Sus únicos recursos son el discurso y la persuasión; su esperanza, lograr el mayor apoyo posible y auparse al poder, tomando las riendas de una colaboración estatal que aseguran ser capaces de coronar con el éxito. Mientras llega ese momento, hacen uso de un espacio político organizado y controlado por el ocupante, un escenario que, por su amplitud y diversidad, carece de parangón en la Europa nazi. La diferenciación existente en el seno de la sociedad francesa favorece el surgimiento de múltiples formas de adaptación. Asimismo, la existencia de una pluralidad de familias políticas confiere diversidad al colaboracionismo, que recurre a ellas para aumentar su poder de atracción y de convocatoria.

A partir de 1942, esta diversidad se reduce considerablemente. Mientras que la inmensa mayoría de los franceses se distancia definitivamente del ocupante en noviembre de 1942, y mientras que el régimen de Vichy protagoniza dos rupturas parciales —la primera en noviembre de 1943, cuando trata de concentrarse en la política interior, y la segunda en el verano de 1944, cuando sus principales dirigentes dejan sus puestos, aunque no dimiten formalmente—, los colaboracionistas toman un rumbo muy distinto. Si bien es cierto que una

parte de ellos sigue a la sociedad en su movimiento de retirada, el resto continúa acercándose a un ocupante cuya victoria es cada vez más incierta y radicaliza fanáticamente su compromiso. Esto pone de manifiesto que el colaboracionismo es más que una forma de adaptación. Nacido de la sociedad, se sitúa fuera de ella y pretende rehacerla con la ayuda del enemigo. Si empieza jactándose de defender a la nación, acaba afirmando que los intereses de los ocupados y de los ocupantes son los mismos.

Capítulo 23

La Anti-Francia

En la época moderna, las ocupaciones suelen aprovechar alguna de las múltiples fisuras existentes en el seno de una sociedad. La fisura más grande, y la más tentadora, es el separatismo, esto es, el relajamiento o la disminución, dentro de las mismas fronteras estatales, de la lealtad de una parte de la población. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, todos los beligerantes empuñaron el arma de las reivindicaciones nacionales para acabar con sus adversarios y preparar un orden internacional que sirviese a sus propios intereses. Si las potencias centrales aceleraban la descomposición del Imperio ruso, las potencias aliadas hacían lo mismo con el Imperio austrohúngaro y el Imperio otomano. En Europa occidental, donde el Estado-nación tenía cierta antigüedad, la estabilidad de las fronteras tampoco estaba completamente garantizada. Los alemanes apoyaron el movimiento flamenco para disgregar Bélgica y preparar su dominación sobre las costas del canal de la Mancha. Entre 1918 y 1923, los franceses intentaron aprovechar la identidad regional de los renanos para crear una Renania autónoma o independiente, algo que no se les perdonará.

Pero, sin duda, el más dispuesto a jugar esta carta es el régimen nazi. Sus principios racistas y sus victorias militares constituyen un poderoso estímulo para las distintas nacionalidades, que se lanzan a la satisfacción de sus reivindicaciones. Objetivo cumplido en el caso de Croacia y de Eslovaquia, pero no en el de Ucrania y en el de todas aquellas nacionalidades que ocupan el «espacio vital» del señor de todos los pueblos, el pueblo alemán. Al oeste, el ocupante retoma la cuestión flamenca y, por primera vez, se ocupa de los franceses. Durante el verano de 1940, en la euforia de la victoria, en Berlín proliferan los proyectos de desmembración de Francia, proyectos que en ocasiones se inspiran en el extranjero. En 1938, fecha en la que se traduce su libro al alemán, el escritor «borgoñón» Johannès Thomasset había propuesto un despedazamiento de Francia en toda regla. Según esta propuesta, el Midi debería con-

vertirse en un protectorado italiano, Bretaña debería ser independiente o incorporarse a Irlanda, el País Vasco a Cataluña, Flandes a los Países Bajos, y una vasta región «germánica», que abarcaría Borgoña, Champaña, Alsacia y Lorena, debería convertirse en protectorado del Reich. No es sorprendente que, en el verano de 1940, el periódico de las SS publicara una elogiosa recensión de este libro, que su autor enviará en julio de 1942 a un defensor de la autonomía alsaciana con esta dedicatoria: «Homenaje de la Borgoña que espera, a la Alsacia liberada».[1]

El Estado francés tampoco se queda atrás: el 11 de julio de 1940, Pétain habla de provincias y de gobernadores, lo que hace prever un posible reconocimiento de las identidades regionales y una descentralización de la administración. Es difícil saber si lo hace por temor a posibles movimientos proalemanes o si se limita a hacerse eco de las reivindicaciones históricas de la derecha tradicionalista. En cualquier caso, los defensores del regionalismo moderado encuentran en estas palabras una razón para esperar y para dar su apoyo al nuevo régimen, pero no tardan en comprobar que lo que en realidad se está produciendo, en gran medida a consecuencia de las circunstancias, es un reforzamiento del centralismo.[2] Los autonomistas, y sobre todo los separatistas, están cansados de buenas palabras y de simples reformas. A sus dirigentes encarcelados, la victoria alemana les reporta un beneficio inmediato, pues recuperan la libertad. Ellos esperan que les reporte un beneficio todavía más importante: lograr su objetivo. Pero el milagro no se producirá.

Los autonomistas alsacianos son los primeros en descubrir que la victoria alemana tiene dos caras. Los 15 dirigentes detenidos al comienzo de «la drôle de guerre» y posteriormente trasladados al Midi son entregados por Vichy a las autoridades de ocupación. En este pequeño grupo están representadas todas las tendencias del autonomismo, desde el ala cristiana de un Rossé al ala pronazi de un Bickler. No obstante, todas estas tendencias comparten un mismo deseo: que Alsacia afirme su personalidad y goce de una especie de soberanía. Entre los nuevos señores, algunos comparten esta aspiración. Son los que en

1. Sobre los proyectos alemanes del verano de 1940, véase Lothar Kettenacker, *Nationalsozialistische Volkstumspolitik im Elsass*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1973, págs. 49-51. La obra de Thomasset (*Pages bourguignonnes*, Bruselas, Éditions de la Phalange, 1938) es discutido en *Das Schwarze Korps*, 22 de agosto de 1940 (véase Robert Specklin, «La frontière franco-allemande dans les projets d'Adolf Hitler», *Recherches géographiques à Strasbourg*, nº 24, 2º trimestre de 1986, pág. 21, n. 36).

2. Véase Pierre Barral, «Idéal et pratique du régionalisme dans le régime de Vichy», *Revue française de science politique*, XXIV, octubre de 1974, págs. 911-939.

1919 optaron por Alemania, como Ernst, el dirigente de los alsacianos y loreneses del Reich. Ernst era partidario de convertir Alsacia-Lorena en otro de los Estados vasallos situados en el flanco occidental y meridional del Reich, reforzando así el cinturón que se extendería desde los Países Bajos hasta Liechtenstein pasando por Luxemburgo, Flandes y la Suiza de lengua alemana. Una esperanza de autonomía que los nazis de los territorios de los Sudetes y de Austria alimentaron antes que Mussert y Quisling.

Pero lo que Hitler quería era anexionar Alsacia-Lorena. Así, confió Alsacia a Robert Wagner, el *gauleiter* de Baden. Éste consideraba conveniente proceder por etapas y, después de quitarle las esperanzas a Ernst, dejó en sus manos la tarea de utilizar el autonomismo para hacer que la población se volviese favorable a la anexión. Para lograr este objetivo, Ernst creó el Servicio Auxiliar Alsaciano (el EHD: Elsässischer Hilfsdienst), en el que enroló a los líderes autonomistas. Previamente, les pidió que firmasen una declaración dirigida a Hitler, en la que le «rogaban que incorporase su tierra natal al Reich». Los partidarios del nazismo, como Bickler, firman muy gustosamente el documento. Otros aceptan hacerlo porque están convencidos de que, dado el poderío de Alemania, el separatismo es inviable. Otros, como Rossé y sus amigos del autonomismo cristiano, se resisten a firmar, pues quieren que se consulte al pueblo alsaciano, que Francia haga explícita su renuncia en un tratado de paz y que el Reich les garantice que respetará la libertad religiosa.[3] Pero también ellos acaban firmando: la victoria alemana les ha impresionado, creen que Francia va a perder Alsacia y que ya se ha resignado a ello, así que lo mejor es entrar en el juego.

Y no son los únicos que reaccionan así. Dos tercios de los casi 410.000 alsacianos evacuados o refugiados deciden regresar, mientras que el resto opta por permanecer en la zona libre.[4] Naturalmente, esta vuelta no es un plebiscito, no equivale a una aprobación de la dominación alemana. Después de la horrible experiencia de la evacuación y de haber vivido durante casi un año como refugiados en el Midi, la idea de volver a casa es bastante atractiva. No obstante, volver es optar por vivir en una región que todos saben que va a ser anexionada. La esperanza de que la región obtenga un estatuto especial también impulsa a volver, lo mismo que el retorno de los prisioneros alsacianos, autorizado por Hitler. Así pues, en un principio las cosas no pintan mal.

El objetivo de los autonomistas era convertir el EHD en una plataforma para la defensa de los intereses alsacianos, en la base de una futura administra-

3. Philip Bankwitz, *Les Chefs autonomistes alsaciens 1919-1947*, *Saisons d'Alsace*, nº 71, 2º trimestre de 1980, pág. 76.
4. Kettenacker, *Nationalsozialistische Volkstumspolitik im Elsass*, *op. cit.*, pág. 320, n. 47.

ción autónoma. Pero mientras llega ese momento, Wagner les tiene reservadas tareas más inmediatas: el control policial de los evacuados y los prisioneros que regresan, la ayuda a los necesitados y la propaganda (contra la opresión francesa y a favor de la nueva era). Además, los líderes autonomistas asisten a los mítines del verano de 1940 y transmiten eficazmente el mensaje que se les inculca. Durante este tiempo, Wagner construye una administración que llena de funcionarios venidos de Baden.[5] En otoño, el EHD queda integrado en el Opferring, organización nazi implantada en Alsacia y por la que hay que pasar para poder ingresar en el partido nazi. A principios de 1941, el EHD es disuelto y Wagner coloca a los dirigentes autonomistas en su administración, pero siempre en puestos subordinados. Inmediatamente después, los autonomistas son admitidos en el partido nazi y en 1942 adquieren la nacionalidad alemana.[6]

Los líderes autonomistas se han convertido en simples ayudantes de los nuevos señores. Tanto es así que, en agosto de 1942, aprueban la incorporación de sus jóvenes compatriotas al ejército alemán (de los 130.000 jóvenes enrolados, casi 36.000 morirán o desaparecerán). En vez de defender la identidad alsaciana, su política progermana y pronazi ensalza las bondades de la política del Imperio alemán, y posteriormente las de la República francesa. Un duro golpe, especialmente para los autonomistas católicos. Ellos habían luchado para defender la identidad religiosa de Alsacia contra el laicismo republicano, y ahora se ven obligados a aceptar el asalto nazi al catolicismo (supresión del concordato, cierre de las escuelas católicas, expulsión de los jesuitas...). Católicos o no, habrán de soportar una política que, a diferencia de lo que ellos deseaban, no se limita a «librar» la vida alsaciana «de la influencia de Francia», germanizando nombres y apellidos y prohibiendo la lengua francesa, sino que además arremete contra el dialecto alsaciano y prohíbe su uso en la administración.[7]

Así pues, con la esperanza de lograr cierta autonomía, los alsacianos sirvieron a los intereses del Reich: antes de la guerra, preparando una actitud favorable a los nazis; después de la derrota, fomentando el conformismo y la resignación. Ciertamente, el hecho de que dos tercios de los alsacianos pertenecieran a distintas organizaciones nazis no es demasiado significativo, pues lo único que prueba es la existencia de fortísimas presiones que los obligaron a ingresar en ellas, como les sucedió especialmente a los funcionarios y a los trabajadores de determinadas empresas. Esto también es válido para el Opferring,

5. *Ibid.*, págs. 115 y sigs.
6. Bankwitz, *Les Chefs autonomistes alsaciens*, *op. cit.*, págs. 83-84.
7. Véase Kettenacker, *Nationalsozialistische Volkstumspolitik*, *op. cit.*, págs. 163 y sigs.

que en junio de 1942 cuenta con 169.235 miembros. Sin embargo, en 1944 el partido nazi tiene 30.000 afiliados, de los que 20.000 son alsacianos.[8] Y antes de la implantación del servicio militar obligatorio, 2.100 alsacianos se enrolaron voluntariamente en la Wehrmacht y en la Waffen-SS.[9] Según informes alemanes, en 1941 el 20 % de la población habría estado a favor del Reich, y en 1944 el 10% todavía confiaba en la victoria de Alemania.[10] Después de esta experiencia, la inmensa mayoría de los alsacianos reforzará su adhesión a Francia.

La victoria de Alemania entusiasma a los separatistas flamencos, especialmente a los defensores de la «gran patria neerlandesa». En Bélgica, Staff de Clercq, el líder del VNV, se presenta a sí mismo como el artífice de la futura unificación y exige la reunión de todos los flamencos en un solo Estado. Poco tiempo después, pedirá que los prisioneros flamencos franceses sean liberados, al igual que los flamencos de Bélgica, y que el Flandes francés se convierta en el «espacio vital» del pueblo flamenco, para lo que hay que expulsar a la población de origen francés que vive en el norte del Somme y repoblar el territorio con colonos flamencos.[11]

El abad Gantois, al que el cardenal Liénart obliga a elegir entre la religión y la política, también toma partido por el vencedor. En una nota que hace llegar a las autoridades de ocupación antes de la firma del armisticio, habla del norte de Francia, el Somme incluido, como un territorio de raza germánica. Asimismo, subraya el valor estratégico que tiene para Alemania un territorio que comprende Boloña, Calais y Dunkerque. Pide la creación de un Estado federal flamenco que comprendería, además de Holanda y el Flandes belga, un «Estado de Flandes del sur».[12] A finales de año, se dirige directamente a Hitler abogando, una vez más, por la integración de «Flandes del sur» «en el seno de Dietschland», lo que significaría «el avance del pueblo germánico y del Reich hacia el oeste, contra el mar y las influencias romanas». En la nota, Gantois reconoce a Hitler como «el führer de todos los germanos» y se pronuncia a favor de la integración en el Reich: «Nosotros somos bajoalemanes y

8. *Ibid.*, págs. 212-213.
9. *Ibid.*, pág. 218.
10. Bankwitz, *Les Chefs autonomistes alsaciens*, *op. cit.*, págs. 78 y 95. En Alsacia no hubo ejecuciones sumarias ni durante la guerra ni después de ella, por lo que tampoco hubo una violenta reacción de la población contra el autonomismo, que tras la liberación se identificará con la colaboración: por lo que se refiere a las sentencias condenatorias de las cámaras de lo civil, Alsacia (6.953) se sitúa justo después de París (8.245).
11. Véase Willem Meyers, «Les collaborateurs flamands de France et les contacts avec les milieux flamingants belges», *Revue du Nord*, 1978, nº 237, págs. 337-349.
12. Nota de Gantois del 11 de junio de 1940, AN, *AJ 40* 12, dr. 5.

queremos volver a formar parte del Reich», pero sin renunciar a la esperanza de que, en él, los flamencos gocen de cierta autonomía.[13]

Ocupando Francia, la Alemania nazi elimina uno de los obstáculos que bloquean el camino del separatismo, pero introduce inmediatamente otro igual de importante: los nazis quieren absorber a sus primos flamencos. En Lille, las autoridades militares piensan en la posibilidad de anexionar la región que gobiernan —las guías distribuidas entre la tropa subrayan su carácter germánico—, y consideran interesante fomentar el regionalismo. Por eso permiten que Gantois reanime su asociación y vuelva a publicar *Le Lion des Flandres*, publicación mensual bilingüe. Pero le prohíben que propague el espíritu separatista de la «gran patria neerlandesa», convencidos de que eso sólo podría acercar aún más a la población a De Gaulle y traerles problemas con Vichy. Por su parte, las autoridades alemanas de Bruselas prohíben al VNV difundir el proyecto de la «gran patria neerlandesa» y la idea de un «espacio vital» en el Flandes francés.

A Gantois no le interesaba comprometerse políticamente, en parte porque deseaba evitar una ruptura con sus superiores, en parte porque el activismo político no pertenecía a su mundo de valores tradicionalistas. Así que se conforma con denunciar el «yugo» francés, protestando contra la República (muerte de las provincias, disminución de la natalidad, nivelación social, alejamiento del cristianismo) y contra la Francia latina, protestas que presentan un cariz racista próximo a la prensa nazi. Al mismo tiempo, trata de fomentar la identidad flamenca de los «Países Bajos franceses» e insiste en su pertenencia a la comunidad germánica. Con la ayuda del ocupante, funda asociaciones, abre bibliotecas y hasta crea un Instituto Flamenco que ofrece cursos de historia de Flandes, sesgada en el sentido que todos podemos imaginar. Infatigable, organiza exposiciones de arte, congresos sobre la cultura flamenca y hasta un movimiento juvenil («La Juventud de Flandes del Sur»).

Su esfuerzo se ve recompensado. En 1942, el congreso de folclore flamenco reúne a 1.200 participantes; ese mismo año, las jornadas de arte flamenco atraen a 12.000 personas.[14] Para los alemanes, estos resultados confirman su idea de que el regionalismo es mejor baza que el separatismo, aunque su impacto político sea difuso y menos inmediato. Por eso favorecen la creación de una revista ilustrada, *La Vie du Nord*, que, haciendo gala de «apoliticismo», fomenta el sentimiento regionalista e intenta convencer a la población

13. Documento reproducido en Étienne Dejonghe, «Un mouvement séparatiste dans le Nord et le Pas-de-Calais sous l'occupation (1940-1944), le "Vlaamsch Verbond van Frankrijk"», RHMC, enero-marzo de 1970, pág. 74.

14. *Ibid.*, pág. 61.

de su condición de minoría explotada por el resto de Francia, sin olvidar los comentarios racistas y antisemitas.

Pero una cosa es el regionalismo cultural, dotado de un relativo poder de atracción, y otra el separatismo, cuyos resultados son insignificantes. El movimiento de Gantois sólo logra reunir a varios cientos de ciudadanos, casi siempre procedentes de los medios católicos conservadores, a los que se suman algunos activistas, que en 1943 dejan el movimiento para formar una organización subordinada a las SS. Y es que, a diferencia de lo que ocurría en Alsacia o en Bretaña, aquí no existía una base lingüística importante, ni el problema de la cohabitación de comunidades, como sucedía en Bélgica. Por otra parte, el arcaísmo del movimiento de Gantois era algo bastante raro entre las organizaciones que se sentían atraídas por el nazismo. En este movimiento, la asunción del racismo había dejado intacta su base, constituida por ideas profundamente reaccionarias, ajenas al discurso social e incluso al anticomunismo, y que se reduce a la nostalgia de una sociedad católica, rural y patriarcal.

Los dirigentes bretones hacía mucho tiempo que habían superado los prejuicios que podían detener a un Gantois. Habiendo optado por el nazismo antes de la guerra, tuvieron que refugiarse en Alemania, donde trataron de obtener apoyos para su causa. Durante «la drôle de guerre», gozaron de la protección del Abwehr, que les confió la preparación de programas de radio dirigidos a sus compatriotas y el reclutamiento de soldados entre los prisioneros bretones; el escaso número de soldados hechos prisioneros dificultó su tarea, que retomaron cuando se produjo el ataque alemán.[15] En ese caso, los dirigentes autonomistas sí pudieron seleccionar a los prisioneros bretones; después regresaron a Francia.[16]

El regreso a Bretaña en los furgones del ocupante abre un breve período de esperanza y de confusión. Como los alemanes se oponen a la proclamación inmediata de un Estado bretón, el 3 de julio los separatistas constituyen el Consejo Nacional Bretón. Obtienen los medios necesarios para publicar un semanario, *L'Heure bretonne*, que logra cierto eco seduciendo a la población con la inminente liberación de los presos bretones. Solicitan ayuda a los servicios de ocupación para proclamar la independencia de Bretaña, una Bretaña nacionalsocialista que sería el «centinela» del nuevo orden en el oeste del continente europeo. El punto culminante de este período lo constituye el comunicado de prensa alemán del 25 de julio, en el que se anuncia el nombramiento de un go-

15. Nota del Abwehr II/1W, 27 de mayo de 1940, AN, *559 Mi*.
16. Alain Déniel, *Le Mouvement breton (1919-1945)*, Maspero, 1976, pág. 224.

bernador militar de Bretaña, decisión que los separatistas bretones interpretan como el primer paso hacia la independencia de la región.

Pero la causa separatista no goza de la misma simpatía en todos los círculos alemanes. Como hemos visto, cuenta con el favor del Abwehr. Para éste, aunque la cuestión bretona no tiene la prioridad de las causas defendidas por algunas poblaciones alemanas o germánicas, carece de sus inconvenientes, esto es, de las dificultades que plantea su integración en el Reich. Los celtas están muy bien situados en la jerarquía de las razas, y su posición estratégica puede ser beneficiosa para el Reich. El director de la sección administrativa del MBF, Werner Best, miembro de la Sociedad Alemana de Estudios Celtas, se interesa desde hace varios años por la cuestión bretona y apoya firmemente la independencia de la región. Si los alemanes pudiesen estacionar sus tropas en territorio bretón, Bretaña sería, junto con Noruega, otro punto clave para controlar la costa occidental del Continente, para vigilar a Inglaterra una vez derrotada —con la ventaja añadida de poder intervenir en sus asuntos internos aprovechando el parentesco existente entre bretones, galeses e irlandeses— y para proteger el Continente contra Estados Unidos.[17]

Otros servicios alemanes, siguiendo el ejemplo de Ribbentrop, dan prioridad a las necesidades del momento, y la primera de ellas es mantener buenas relaciones con el régimen francés. El propio Himmler, al enterarse de la creación del Consejo Nacional Bretón, declara que a Alemania no le interesa debilitar a Pétain. Tras afirmar que antes que los bretones están los pueblos germánicos, introduce un segundo argumento completamente opuesto al de Best —¡ductilidad de los razonamientos racistas!—, a saber, la posibilidad de que un Estado bretón se sienta inclinado a entrar en la órbita de galeses e irlandeses y termine perjudicando los intereses de Alemania.[18]

Después de la falsa noticia del nombramiento del gobernador militar de Bretaña, que sobresalta a Vichy, resulta necesario clarificar la situación.[19] Si lo que se pretende es mantener buenas relaciones con Francia, no hay que ponerse las cosas difíciles. Abetz insiste en reservarse la posibilidad de apoyar el independentismo bretón; cree que lo más conveniente es guardarse la carta del separatismo. Tras obtener el consentimiento de Best, que no se resignará

17. Best, «Die Bretagne als Eckpfeiler der deutschen Wacht am Atlantik» (julio de 1940), AN, *AJ 40* 547, dr. MBF III Vin 40; véase la traducción en Henri Fréville, *Archives secrètes de la Bretagne 1940-1944*, Rennes, Éditions Ouest-France, 1985, págs. 29-31.

18. Himmler a Heydrich, 4 de julio de 1940, AN, *F* 7 15.144, dr. 1.

19. Véase AN, *AJ 40* 547, dr. MBF III Vin 40; los documentos más importantes fueron traducidos por Henri Fréville, *Archives secrètes*, *op. cit.* Véase también Hans Umbreit, «Zur Behandlung der Bretonenbewegung durch die deutsche Besatzungsmacht im Sommer 1940», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, nº 1, 1968, págs. 145-165.

y volverá a la carga en julio de 1941,[20] deciden no apoyar oficialmente el movimiento bretón, aunque lo apoyarán de forma encubierta, sobre todo tratando de impedir que el Estado francés se meta con él.

Los líderes bretones se sienten profundamente decepcionados: como los flamencos, también ellos acaban sufriendo las consecuencias de la estrategia de colaboración del Reich con Vichy. Pero a esto se añaden pronto otras sorpresas. Como en el norte, los alemanes intentan sacar partido de varias situaciones. Por una parte, conocen la escasa implantación del separatismo entre la población; su anglofobia y su filonazismo resultan chocantes y, además, la Iglesia los ha condenado públicamente: ha amonestado a un grupo de sacerdotes que ha publicado un manifiesto favorable a la causa separatista; ha prohibido dar la absolución a los nacionalistas bretones.[21] Por otra parte, la administración francesa libra con ellos una tenaz batalla que la protección alemana no siempre logra contener.

En el otoño de 1940, los ocupantes toman dos decisiones. Lo primero que hacen es depurar la dirección del Partido Nacionalista Bretón (PNB) y quitar de en medio a sus líderes históricos, que se han vuelto demasiado molestos (acaban de condenar Montoire); Mordrel es enviado a Alemania. Con los hermanos Delaport en la dirección del partido, la moderación y la lealtad están garantizadas. A continuación, los alemanes deciden pescar a río revuelto y sacar partido de la confusión existente en el seno de regionalismo. Así, empiezan a emitir semanalmente un programa de radio en bretón y al mismo tiempo apoyan la creación de un periódico, *La Bretagne*, cuyo director, Yann Fouéré, joven subprefecto de Morlaix, se ha dirigido a ellos en septiembre de 1940, en compañía de otros seis responsables de asociaciones culturales, para solicitarles que fomenten la enseñanza del bretón.[22] Contrario al separatismo, aunque no ha roto los lazos con él, Fouéré es partidario de que Bretaña goce de una amplia autonomía. El apoyo alemán también le permitirá meter mano en *La Dépêche de Brest* y disponer de una tirada de cerca de 100.000 ejemplares.[23]

Desde el punto de vista alemán, separatismo y autonomismo forman una combinación ideal. Como apunta el responsable de la Staffel de Rennes: «Para que una organización moderada sea eficaz, es necesario que la organización

20. Best a Schilling, 17 de julio de 1941, AN, *F7* 15.144, dr. 1.

21. Déniel, *Le Mouvement breton*, *op. cit.*, pág. 232.

22. Fréville, *Archives secrètes*, *op. cit.*, pág. 65. Sobre las emisiones en bretón de Radio-Rennes, véase el informe de Weisgerber en Gerd Simon, «Zündschnur zum Sprengstoff. Leo Weisgerbers keltologische Forschungen und seine Tätigkeit als Zensuroffizier in Rennes während des 2. Weltkriegs», *Linguistische Berichte*, nº 79, junio de 1982, págs. 47-50.

23. *La Bretagne* figura en la lista de publicaciones periódicas en poder o bajo la influencia de la embajada (nota de Feihl, 2 de abril de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.134).

extremista subsista y siga teniendo apoyo».[24] El separatismo queda como una opción para el futuro; en el presente, el regionalismo y el autonomismo, cultivando la identidad bretona, preparan una eventual separación, pero sin chocar frontalmente con Vichy. La existencia del separatismo valoriza la posición de Fouéré. Aunque ataca al gobierno y a la administración francesa, él se declara leal a Pétain, por lo que los alemanes lo consideran como el menos malo de los interlocutores posibles y como un político con el que conviene llevarse bien.

Fouéré logra atraer a bastantes personalidades y se convierte en el portavoz de las reivindicaciones que proliferan en Bretaña después de la derrota. Reivindicaciones institucionales que van desde la creación de una provincia bretona hasta la de un Estado bretón, pasando por la autonomía en materia fiscal y la «bretonización» de la administración. O reivindicaciones culturales, responsables de la proliferación de asociaciones que se proponen revivir y difundir la cultura bretona (Centro de Estudios Bretones, Escuela Superior de Bretón, Instituto Celta y Círculos Celtas...). Para impedir un posible desplazamiento hacia el extremismo, Vichy hace algunas concesiones. La principal de ellas es la creación, en octubre de 1942, del Comité Consultivo de Bretaña. Formado por representantes de las asociaciones bretonas, a excepción del PNB, el comité obtiene el nombramiento de funcionarios bretones, una prueba de lengua bretona para ciertos concursos administrativos, la creación de organismos de defensa de los intereses bretones en el ámbito socioeconómico, incluida una Asociación de Defensa de los Obreros Bretones en Alemania. Es evidente que este autonomismo moderado, que aprovecha la situación para imponer progresivamente sus intereses, es de una gran utilidad para el ocupante. Aunque no es precisamente un modelo de colaboración, refuerza la propaganda alemana, pues se hace eco de su discurso anglófobo, anticomunista y antisemita. A partir de noviembre de 1942, Fouéré adoptará una posición neutralista —«Solamente Bretaña», para decirlo en los términos de Maurras— que al menos tiene la ventaja de frenar el paso a la resistencia.

En cuanto al PNB, la política alemana lo mantiene en una posición subordinada, a pesar de que los nacionalistas se han moderado y hasta han tendido la mano a Vichy, conformándose con una solución federal para la cuestión bretona. Huelga decir que sus dirigentes desean el fracaso de la política francesa, tanto la de Vichy como la de los partidos de París, que le inspiran la misma desconfianza.[25] Lo único que pueden hacer es esperar a que el Reich cam-

24. H. von Delwig Tiesenhausen a Roeder, 13 de diciembre de 1940, AN, *AJ 40* 547, traducción en Fréville, *Archives secrètes*, *op. cit.*, págs. 52-53.

25. Véase, por ejemplo, el informe del prefecto de Ille-et-Vilaine del 16 de agosto de 1941, *F1 CIII* 1156.

bie su política y, mientras esto se produce, aprovechar cualquier ocasión para demostrar su apoyo al nuevo orden europeo y seguir pidiendo una solución para la cuestión bretona. Deseosos de participar en la lucha contra el comunismo, se niegan a enrolarse en la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo y piden, en vano, que se les dé permiso para formar una unidad de voluntarios integrada en la Waffen-SS.[26]

En esta posición subordinada en la que lo mantienen los alemanes, el PNB no puede celebrar actos públicos, lo que limita su influencia, que, aunque escasa, no es insignificante: el partido tiene al menos 3.000 militantes y, gracias a su periódico, sus ideas llegan a unas 10.000 personas.[27] Durante el verano de 1942, sus dirigentes vuelven a solicitar su legalización, pero tampoco tienen éxito. Los alemanes consideran que un cambio de política molestaría a Laval, que desconfía mucho de los separatistas. Abetz está de acuerdo y subraya lo peligroso que podría ser reforzar el elemento católico en Europa; además, teniendo en cuenta el estado en que se halla Francia, no considera necesario utilizar la independencia bretona para debilitar al país.[28]

En noviembre de 1942, con la ocupación de la zona libre, los separatistas recobran la esperanza. Pero la odiosa relación Vichy-Berlín sigue bloqueando el eje Rennes-Berlín. A partir de la primavera de 1943, la mayoría de los dirigentes del PNB viran hacia el neutralismo e intentan disociar su lucha de la de Alemania. Una minoría sigue a Célestin Lainé, el jefe del grupo de combate del partido, y opta por el compromiso total. Después del asesinato del abad Perrot en 1943, esta minoría crea la formación Perrot, —la «Bezen Perrot»—, una milicia auxiliar del SD que Lainé presenta como «la primera formación bretona armada desde la dispersión del ejército chuán*».[29] Cuando se produce la liberación, estos extremistas se marchan con los mismos furgones que los habían traído.

Así pues, los alemanes no aprovecharon al máximo las posibilidades que les ofrecían el autonomismo y el separatismo. Pero si no aprovecharon totalmente estas dos fisuras, no fue por falta de interés: era el precio que debían pagar para mantener buenas relaciones con Vichy. Además, habían de tener en cuenta los intereses de los Estados amigos o aliados. En el otoño de 1941, cuando

26. Véase la correspondencia en AN, *F* 7 15.144, dr. 1.

27. Christian y Solange Gras, *La Révolte des régions d'Europe occidentale de 1916 à nos jours*, Presses Universitaires de France, 1982, pág. 164; Déniel, *Le Mouvement breton*, *op. cit.*, págs. 268-269.

28. Nota del VI B, 13 de agosto de 1942, «Sprachregelung in der Frage der Umorganisation der PNB in MvtNB zwecks evtl. Erlangung der offiziellen Zulassung»; VI, «Aktennotiz», 20 de agosto de 1942, AN, *F* 7 15.144, dr. 1.

29. Arzalier, *Les Perdants*, *op. cit.*, pág. 115

* «Chuán», de Jean Chouan, sobrenombre de uno de los jefes insurrectos realistas que combatieron en el oeste a los partidarios de la Revolución. *(N. del t.)*

los militares señalaron las posibilidades que ofrecía el autonomismo vasco, la embajada aconsejó actuar con prudencia para evitar dañar las relaciones con Madrid.[30] Por lo que se refiere a Córcega, durante el año que duró la ocupación italiana, de noviembre de 1942 a octubre de 1943, los alemanes sólo pudieron aprovechar los pocos apoyos que encontraron entre los antiguos partidarios de Rocca. Les quedaban los nacionalistas de África del Norte. Si Weygand desconfiaba de ellos, ellos desconfiaban de las ambiciones coloniales de Italia. A partir de noviembre de 1942, los alemanes intentaron utilizarlos contra los anglosajones, pero con muy poco éxito, pues sólo obtuvieron el apoyo de una facción del Neo-Destur en Túnez, mientras que Burgiba se mantuvo al margen.

30. Achenbach a MBF, 14 de octubre de 1941, AN, *AJ 40* 547, dr. MBF III Vin 42.

Capítulo 24
La fronda parisina

Si los ocupantes miden su apoyo a los separatistas bretones y flamencos, en la capital no dudan en alentar la oposición política a Vichy. En 1941, una serie de partidos flanqueados por escritores toman París. Todos ellos defienden la colaboración y arremeten contra el gobierno. Cuando se produce la derrota, Weygand se imagina un retorno de la Comuna. Al igual que en 1871, la capital hace frente a un gobierno que se ha instalado en provincias. Pero, lejos de albergar al extremismo patriótico, en esta ocasión el París invadido da cobijo a hombres y a grupos partidarios de la colaboración y que, más que con la Comuna, enlazan con la Fronda:* revuelta de vasallos que no rompen ni con el régimen ni con su señor.

Esta fronda no surge repentinamente después de la derrota, sino que se forma paulatinamente a partir de distintas aportaciones y con el apoyo del ocupante, deseoso de que su política penetre en todos los recovecos de la sociedad francesa. En cuanto se instalan, Abetz y la Propaganda-Abteilung la toman con la prensa, aprovechando el repliegue de la mayoría de los grandes periódicos para remodelar el paisaje mediático: unas veces, cambiando el equipo de dirección o llegando a un acuerdo provisional con sus propietarios; otras, creando periódicos cuya forma y contenido están perfectamente estudiados para suscitar el interés de distintos sectores de la sociedad (*Aujourd'hui*, *La Vie industrielle*, *Les Nouveaux Temps*, *La France au travail*, *La Gerbe*...).

En cuestión de política, Abetz tiene vía libre. Establece las habituales relaciones, pero no olvida ponerse en contacto con otras personas que para él son igual de interesantes. Cuando se trata de prisioneros de guerra, interviene para lograr su liberación: es el caso de Bucard, encarcelado en Suiza, de Benoist-

* Históricamente, «fronda» (motín, revolución) hace referencia a la sedición que tuvo lugar en Francia durante la minoría de edad de Luis XIV contra Mazarino y la reina madre Ana de Austria (*N. del t.*).

Méchin, Gustave Bonvoisin, Marcel Braibant, Brasillach, Darquier de Pellepoix, Marion, Roger de Saivre...[1] En París, contacta con los comunistas, pero también con toda una serie de agitadores de extrema derecha. Algunos le deben su liberación, como Boissel, acusado de maquinaciones hitlerianas. Otros se esfuerzan por contactar con él: así Costantini, que pide una declaración de guerra a Inglaterra y se ofrece para formar una legión de aviadores, o Deloncle, el jefe de *La Cagoule*, que no parece ver en la derrota más que la posibilidad de hacer carrera como conspirador.

Abetz mostraba poco interés por estos grupúsculos de dudosa reputación y por su desordenada actividad: actos vandálicos contra comercios judíos, enfrentamientos entre grupos, rivalidades internas, denuncias recíprocas ante los alemanes. El oscuro Christian Message, jefe del PNSF (Partido Nacionalsocialista Francés), protagonista de distintos incidentes con la policía francesa, pues su servicio de orden —uniformes negros con calaveras— se arroga el derecho de controlar la calle e incluso las casas de algunos vecinos,[2] termina con la paciencia a los ocupantes y acaba en la cárcel. Igual de oscuro que Message, Robert Hersant, jefe del Frente Joven —una rama del PFNC de Clémenti—, que se hace notar rompiendo las vitrinas de comercios judíos en los Campos Elíseos, es denunciado por uno de sus militantes, al que acusa de nazi: «No quiero a esos alemanes cerca de mí. Yo uso a los alemanes, pero los odio».[3] Hersant deja poco después a Clémenti para dirigir el Centro Mariscal Pétain en Brévannes, que depende de la secretaría de Juventud. Lejos de la escena parisina, no rompe con la colaboración: en el verano de 1941, organiza una gala benéfica a favor de los prisioneros de guerra liberados. Una gala que está «bajo el signo de la colaboración», precisa su ayudante Balestre —una vieja promesa de la LICA de Lecache que ingresará en la Waffen-SS en 1943— en una carta en la que invita a los servicios alemanes a asistir al acto.[4]

Pero a Abetz le interesa atrapar peces más gordos. Y para hacerlo no necesita esforzarse demasiado. Son los demás los que acuden a él con la intención

1. PA-AA, *Kult. Pol. II*, R 67.018. Algunos prisioneros fueron liberados gracias a otros servicios alemanes —Pierre Brisson, el redactor jefe de *Le Figaro*, gracias a la intervención del ministro alemán de Asuntos Exteriores, dos miembros de la familia Polignac a petición de Ribbentrop, Fernand de Rohan-Chabot gracias a la intervención de un alto mando de las SS— o de dirigentes franceses —Georges Izard a petición de Laval, el general Bridoux por Brinon (PA-AA, *Kult. Pol. II*, R 67018). Algunos de estos hombres, entre ellos Izard, se pasarán después a la resistencia.

2. AN, *AJ 40* 551, dr. V pol. 256/01.

3. Informe emitido por la Propaganda-Staffel de París, 12 de septiembre de 1940, AN, *AJ 40* 888, dr. 12.

4. Balestre al jefe del SD, 5 de agosto de 1941; Hersant a Brinon, 30 de septiembre de 1941, AN, *F 60* 1.480/2. Hersant está en la lista de personas que habían sido invitadas a tomar el té en la embajada el 31 de enero de 1942, en la que también figuran Marc Augier, Blond, Bonnard, Benoist-Méchin, Brasillach, Fraigneau, Luchaire y Drieu (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101b).

de informarse o por puro interés. En el seno del nuevo gobierno había hombres descontentos, como Marquet, que en cuanto las SS se instalaron en París, les hizo saber que el gobierno no daba la talla: Pétain era demasiado viejo, Laval demasiado amigo del parlamentarismo, y Vichy estaba infestada de judíos.[5] Fuera, el número de decepcionados era cada vez mayor. Flandin, que regresó a la zona ocupada, contactó con la embajada y le expresó sus dudas sobre el gobierno, señalando que había aconsejado a Laval que tomase medidas contra los judíos y los francmasones. Para él, Francia y Alemania tenían dos enemigos comunes: Rusia, que tarde o temprano intentaría avanzar hacia el oeste, y Estados Unidos, el gran competidor económico del futuro. Europa debía olvidar definitivamente sus rivalidades y unirse. Lo primero que debía hacer era acabar con la presencia de Inglaterra en el Continente y en el Mediterráneo, y después repartir las esferas de influencia: el Mediterráneo oriental para Italia, el Mediterráneo occidental y África del Norte para Francia, Europa central y la Europa danubiana para Alemania. La cooperación entre estas esferas de influencia debía culminar en la unión aduanera y económica.[6] Poco después, hombres próximos al antiguo presidente del consejo creaban, con la ayuda de la Propaganda-Abteilung, un periódico dirigido al mundo de los negocios, *La Vie industrielle*.

Déat y Bergery, defensores de la creación de un partido único, también miraban hacia París, sobre todo después de que Pétain rechazase su propuesta. Al enterarse de su decepción, Abetz comprendió que había llegado el momento de fortalecer a la oposición de izquierda. Los propietarios de *L'Oeuvre*, que querían volver a publicar en París, animaban a Déat a trasladarse a la capital ofreciéndole la dirección del periódico. A diferencia de Bergery, Déat volvió a París con el beneplácito de Laval, a quien consideraba su mentor desde su llegada a Vichy y a quien se proponía apoyar con su periódico, con la esperanza de entrar en el gobierno en el caso de que se procediese a su remodelación. Entretanto, y para satisfacción de Abetz, cumplió a la perfección el papel de opositor de izquierda, tomando partido por los parlamentarios, los alcaldes y los maestros, denunciando con virulencia el «nuevo terror blanco»* clerical, militar y maurrasiano, y defendiendo firmemente la colaboración.

Destituido de su cargo en el gobierno en septiembre, Marquet tomó el mismo camino. Si Déat volvía a poner en marcha *L'Oeuvre*, él quería hacer lo mismo con *Le Petit Parisien*, cuyos propietarios también buscaban un pro-

5. Heydrich a Ribbentrop, 27 de julio de 1940, ADAP, D/10, nº 247.
6. Grimm, informe del 16 de julio de 1940, BAK, *Nachlass Grimm, Frankreich-Berichte*.
* «Terror blanco» alude al terror que los realistas hicieron reinar en Francia en dos períodos distintos, el primero en 1795, el segundo en 1815. *(N. del t).*

tector. Pero, apenas instalado en la dirección, el equipo del alcalde de Burdeos es apartado de ella por la Propaganda-Abteilung, que pone en su lugar a unos partidarios de Doriot, encabezados por Claude Jeantet. Doriot, aunque se presentaba a sí mismo como el «hombre del mariscal», pensaba que era necesario estar en París. Su partido no fue autorizado,[7] pero se le permitió crear un periódico. Abetz, que sentía mucha desconfianza hacia él y quería evitar a toda costa la presencia de una misma fuerza política en las dos zonas, temía arrojarlo al campo enemigo. Por eso le permitió lanzar *El Cri du peuple*, periódico subvencionado por el gabinete de Pétain.[8]

En el otoño de 1940, en un París en el que las intrigas florecen a destiempo, la idea de unirse se abre paso entre aquellos que, aunque aplauden la política exterior de Vichy, desaprueban su política interior. Su unión los fortalecería frente a los alemanes y sobre todo frente al gobierno, acorralado en la zona libre. En ese momento, a ninguno de ellos se le ocurre unirse contra el gobierno, ni siquiera a Déat, cuyo futuro político dependía de Laval; todos consideran imprescindible cerrar filas en torno a Pétain, a menos que quieran verse excluidos de un juego que gira en torno a él y que se les considere simples servidores del ocupante. El 13 de octubre, el senador Portmann, brazo derecho de Flandin, se dirige a la embajada para explicar que un grupo de personalidades —Flandin, Marquet, Déat, Doriot...— deseaba entrar en contacto con la población y procurarse una base para desarrollar una acción política.[9] Como los militares habían prohibido cualquier actividad política, los interesados pensaban utilizar como tapadera una asociación de ayuda social. Abetz asintió inmediatamente:[10] era el momento oportuno para formar un equipo de reserva, que inicialmente se mantendría al margen y que entraría en juego después. El 19 de octubre, los sediciosos se reúnen en la sede del PPF. Predomina la derecha y la izquierda moderadas, Doriot y los suyos son minoría. Además de los amigos de Flandin, que no estaba presente, y de antiguos neosocialistas encabezados por Déat, había dirigentes de asociaciones de ex combatientes (Goy, Rivollet), sindicalistas (Bureau, Guiraud, Delmas), socialistas (Paul Faure, Spinasse), también estaban Chateau y algunos pacifistas, Benoist-Méchin y Barthélemy, que representaba a Doriot.[11] Laval, que siempre

7. Janvier a MFB, 12 de septiembre de 1940, y respuesta del 19 de septiembre de 1940, AN, *AJ 40* 888, dr. 12.

8. Entre 100.000 y 150.000 francos mensuales según Fossati (audiencia del 27 de junio de 1946, AN, *Z 6* 99).

9. Nota de Schleier, 16 de octubre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.328.

10. Abetz a MBF, «Aufz. über die wichtigsten politischen Besprechungen in der Zeit vom 1. bis 20. Oktober 1940», AN, *AJ 40* 1.367, dr. 43; Déat, *Journal de guerre*, 15 de octubre de 1940.

11. *Ibid.*, 19 de octubre de 1940.

andaba en busca de clientela y deseaba meter la mano en todo, siguió la operación y logró que Pétain aprobase el proyecto.[12] El 5 de noviembre, el general La Laurencie anunciaba la creación de la «Ayuda Mutua de Invierno» (Entr'aide d'hiver), dependiente del «Socorro Nacional».

Pero, en plena celebración de Montoire, se produce la destitución de Laval, que cambiará totalmente las cosas. Flandin, que entra en el gobierno, pasa a ser considerado un hombre desleal, cuando no un traidor. Doriot, que se comporta más que nunca como «el hombre del mariscal», aprueba la destitución del auvernés. Déat, que había confiado en la inminente remodelación del gabinete ministerial y precipitado su crisis con sus artículos, lo que le costó una breve estancia en la cárcel, rabia: se hundía el último puente que podía conducirle a Vichy. El infortunio lo reúne con Laval, a quien Abetz hace volver a París. Ambos arremeten contra Pétain, convencidos de que lo ocurrido es una catástrofe nacional, una convicción que la embajada se encarga de reforzar difundiendo noticias falsas. Así, hace llegar a sus oídos el rumor de que los alemanes habían preparado unas condiciones de paz sorprendentemente favorables: Francia sólo perdería Alsacia-Lorena, no habría indemnizaciones de guerra más allá de los gastos de ocupación, se llegaría a un acuerdo económico y la conservación del Imperio en África del Norte quedaría garantizada ¡Todo cuanto la estupidez y la irresponsabilidad de Vichy habían echado a perder![13]

Abetz lamenta la facilidad con que Laval ha sido destituido: la razón es que Laval está solo. Así que anima a Déat a formar un partido político para darle apoyo. Al mismo tiempo, y de acuerdo con su estrategia de división, gestiona la autorización de otros partidos políticos. El 7 de enero, el embajador explica a los demás servicios de ocupación la necesidad de atraer a los hombres favorables a Alemania y así demostrar que la colaboración no es impopular. Abetz menciona a Boissel, a Bucard, a Clémenti, a Darquier de Pellepoix, a Deloncle, a Costantini y a Delaunay, y recomienda la «máxima discreción» con Doriot a causa de sus relaciones con Vichy.[14] No menciona ni a Laval ni a Déat: está buscándoles unos rivales.

Déat se siente profundamente decepcionado cuando Abetz le comunica que su partido no será el único. Escucha de mala gana las explicaciones del embajador: «Por lo que he podido entender, los alemanes practican la jardinería política, siembran aquí y allá con la esperanza de que crezca algo. Al parecer, Abetz cree que algún día se verán recompensados».[15] Sin embargo, se plie-

12. *Ibid.*, 31 de octubre y 1 de noviembre de 1940.
13. *Ibid.*, 26 de diciembre de 1940.
14. «Besprechung in der Deutschen Botschaft am 7. Januar 1941», AN, *AJ 40* 551, dr. 3.
15. *Journal de guerre*, 3 de enero de 1941.

ga a sus razones en bien de la causa. El grupo lo forman prácticamente los mismos hombres que el otoño anterior, pero en él ya no están los seguidores de Flandin y de Doriot, que han sido apartados, y se ha sumado Deloncle, al que entonces nadie quiso y que, fiel a sí mismo, baraja la posibilidad de hacer uso de la fuerza si el gobierno se niega a atenerse a razones.[16]

Hecho ignorado, Laval desempeña un papel fundamental en el nacimiento del futuro partido. Está de acuerdo con el proyecto, pues cree que esto presionará a Vichy y convencerá a los alemanes de que la colaboración cuenta con un apoyo popular. El auvernés sigue de cerca su desarrollo, personalmente o a través de Cathala, su hombre de confianza.[17] Achenbach no sólo le atribuye la decisión de fundar el partido, sino también la intención de presidirlo.[18] En ese momento, el partido todavía se concibe como una organización destinada a apoyar a Laval tras su reincorporación al gobierno, que se considera inminente, y no como el partido de la oposición en la zona ocupada, aquello en lo que acabará convirtiéndose. Además, el auvernés tiene sus propias ideas al respecto: Deloncle debe formar una «Milicia» destinada a protegerlo; él mismo se encarga de dar la lata a Déat para que lo denomine «Legión Popular».[19] Quiere una guardia pretoriana que lo ponga a salvo en caso de necesidad. Esto explica la presencia de Deloncle —probablemente contra la voluntad de Déat—, que desanima profundamente a los viejos izquierdistas. Cuando cree la Milicia en 1943, Laval, que siempre ha desconfiado de los partidos y siempre ha querido tener una guardia de protección, no hará más que retomar su vieja línea de actuación.

A principios de febrero se anuncia la creación del RNP. En la dirección del partido están Cathala, Déat, Deloncle y sus lugartenientes Fontenoy y Vanor, Goy, que dirige la asociación de ex combatientes más importante, y el sindicalista Perrot. Días después, algunos de ellos se retiran.[20] En el caso de Perrot y de sus amigos sindicalistas, el motivo es la presencia de Deloncle. Cathala y otros hombres próximos a Laval se van por otra razón. Abetz acaba de comunicar al auvernés, que a finales de enero todavía se muestra esperanzado, que no formará parte del gobierno. Laval se distancia inmediatamente del RNP: si se queda fuera del gobierno, su pertenencia a un partido que circunscribe su acción a la zona ocupada y que, por sus críticas a Vichy, será considerado como un agente del ocupante, sólo le haría perder credibilidad ante Pétain y ante la

16. *Ibid.*, 6 de enero de 1941.
17. *Ibid.*, 31 de diciembre de 1940; 19 de enero de 1941.
18. Mayor Schuchardt, «Aufzeichnung über politische Morgenbesprechung in der Botschaft am 22.1.41», AN, *AJ 40* 1.202, dr. *V.O. zur Deutsch Bot. Paris.*
19. Déat, *Journal de guerre*, 16 de enero de 1941.
20. «La première semaine du RNP», sin firma, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.312.

población. Y trata de convencer a Déat para que actúe como él: primero, ofreciéndole «varios cientos de miles de francos» que le han facilitado sus amistades; después, dándole a entender que podría tomar la palabra en un acto público, o luciendo oportunamente la insignia del partido.[21] No obstante, Laval sabe perfectamente que el nuevo partido le ofrece la posibilidad de presentarse como una alternativa moderada. A Déat, que se mantiene en sus trece, Fontenoy le hará saber su sospecha de que, «al socaire del RNP y sin comprometerse totalmente», Laval juega «a presentarse ante Vichy del modo que más le conviene, unas veces como incendiario y otras como bombero».[22] Pero, en definitiva, es Abetz quien sale ganando: como deseaba Hitler, esta retirada incompleta de Laval elimina la amenaza de un contragobierno.

A principios de 1941, todos los grupos de la escena política parisina dependen del apoyo o del favor del ocupante. En el centro se encuentra la mejor presa de Abetz, Laval, cuya presencia en París, anterior a la de Déat en Vichy en 1944, muestra que se va y viene de una capital a otra y que los marginales no son los únicos que permiten que el ocupante participe en su juego político. El auvernés está presente en los grandes actos del París colaboracionista, como en la inauguración de la exposición «La Francia europea», o en el acto de despedida de la LVF en agosto, durante la cual él y Déat sufrieron un atentado. La mayor parte de su tiempo se dedica a tejer su tela de araña, estableciendo tantos contactos como es capaz, combinando los distintos hilos, manipulando.

Abetz apoya constantemente a Laval e intenta repetidamente hacer que vuelva al gobierno. Pero las órdenes de sus superiores y la lógica de su política se lo impiden. De ser Darlan quien se entrevistase con Hitler, el auvernés quedaría inmediatamente devaluado. Durante el verano de 1941, el embajador, que confía en una victoria rápida en Rusia, quiere aproximar a los equipos de París y de Vichy en previsión del próximo desplazamiento de las operaciones militares hacia el oeste y de la participación de Francia en el conflicto que tanto desea. En el gobierno bicéfalo Laval (Exteriores e Interior) – Darlan (Fuerzas Armadas) que goza de su preferencia, Déat estaría en Educación Nacional, Luchaire en Prensa e Información, Georges Bonnet en Finanzas, Marquet en Obras Públicas, Pucheu en Economía, Barnaud y Lehideux en sus puestos, Marion en Propaganda y Doriot en Cuestiones Judías.[23] Laval deberá esperar hasta la primavera siguiente. El auvernés reacciona a este duro golpe como lo hizo la primera vez: aunque se siente frustrado, está convencido de que sólo

21. Déat, *Journal de guerre*, 13 de febrero de 1941; 4 de marzo de 1941; 12 de abril de 1941.
22. *Ibid.*, 4 de marzo de 1941.
23. *Ibid.*, 21 de agosto de 1941.

él sería capaz de aprovechar las ocasiones que los otros desperdiciarán. Pero ¿qué podía hacer? Él depende tanto del apoyo alemán como los líderes de los partidos, cuyo dilema comparte. Sólo le cabe esperar hacerse con las riendas del gobierno si Vichy descontenta a los alemanes o si las cosas se estropean, y en ese caso todavía podría depender más del ocupante.

Algunos de los parlamentarios que ahora rodean a Laval participaron en los conciliábulos del otoño de 1940. Aunque no desean comprometerse públicamente, no desdeñan escribir en la prensa parisina y se esfuerzan por mantener las mejores relaciones con la embajada, al menos hasta 1942. Entre ellos hay varios ministros de la difunta República. Fernand Bouisson, socialista disidente, antiguo presidente del Parlamento, efímero presidente del Consejo en 1935 y uno de los directores de *L'Oeuvre*, deseaba obtener el apoyo de los nazis para resucitar el parlamentarismo en Vichy. A principios de diciembre de 1940, él, Laval y la embajada diseñan un nuevo gobierno, del que debían formar parte Paul Faure, Flandin y Déat.[24] Marquet, que participó en la creación del RNP y que después se distanció de él en compañía de los hombres próximos a Laval, crea en Burdeos un «Centro de Propaganda Francesa para la Reconstrucción Europea», pero sin descuidar en ningún momento sus relaciones en París. Georges Bonnet, antiguo ministro de Exteriores, mantiene estrechas relaciones con la embajada, donde el 11 de marzo de 1941 almuerza con Laval, Déat y Scapini, antes de asistir, precisamente con Marquet,[25] a la recepción celebrada en honor de Göring el 2 de diciembre de 1941. Abetz lo estima lo suficiente como para incluirlo en el gobierno que diseña en 1941. Bonnet mantiene el contacto con Déat y Laval, con quien vuelve a encontrarse en el desayuno que Achenbach ofrece en el Ritz en diciembre de 1941, ocasión que el auvernés aprovecha para hacerles reír contándoles algunas de las anécdotas protagonizadas por los judíos y los francmasones del Senado.[26]

Otro de los ministros de la difunta República es Anatole de Monzie, que el 5 de noviembre de 1940 se dirige por escrito a Brinon y lo invita a almorzar en su casa en compañía de Abetz. Monzie es consciente de que ha violado el código de dignidad: «He pedido al señor Achenbach que invite de mi parte al señor Abetz a almorzar en mi casa. Si he dicho "en mi casa", ha sido con el deseo de hacer todavía más cordiales las relaciones impulsadas por usted»[27]. Monzie tiene en mente un proyecto de colaboración intelectual relacionado con la

24. *Ibid.*, 9 de diciembre de 1940.
25. PA-AA, *Botschaft Paris* 1.101 a.
26. Sobre Bonnet y Déat, *Journal de guerre*, 30 de octubre de 1941; 12 de marzo de 1942. Sobre el desayuno en el Ritz, véase «Aktenvermerkung über Besprechung am 4.12.41», AN, *AJ 40* 544, dr. MBF II F 22.
27. Monzie a Brinon, 5 de noviembre de 1940, *F 60* 1.495.

Encyclopédie française, cuya edición dirige desde hace años. Al igual que Déat, piensa que una reorientación de la política interior haría que los franceses retomasen la vía de la colaboración.[28] En público, Monzie no habla demasiado de sus relaciones con la embajada, con cuyo asesoramiento publica su libro *Ci-devant* (Flammarion, 1941).[29] A principios de 1942, previendo el retorno de Laval al poder, asiste con Bonnet y Montigny a las reuniones de antiguos parlamentarios organizadas por Déat, que ha logrado quitarse de encima a Deloncle, para examinar la posibilidad de convocar la Asamblea nacional en caso de fallecimiento de Pétain.[30] En noviembre de 1943, al tanto de la situación, pide a Pétain que convoque la Asamblea Nacional y posibilite la «pacificación interna mediante el retorno a la normalidad que representa la República».[31]

A este mismo círculo pertenecen también algunos seguidores de Flandin y de Caillaux, entre los que destacan los diputados Montigny y Roche. El primero mantiene frecuentes contactos con la embajada, donde es recibido junto con Brinon el 21 de abril de 1941, para volver el 17 de julio de ese mismo año, esta vez en compañía de Monzie. El segundo, que a principios de febrero de 1941 forma parte de la comisión de propaganda y de organización del RNP y que después se distancia del partido, mantiene contacto con Déat, con quien diseña un gabinete ministerial en noviembre de 1941.[32] Estos parlamentarios, que han sido acérrimos defensores de los acuerdos de Munich de 1938 y que ven en Vichy un régimen reaccionario, hacen todo lo posible por mantenerse en el juego, pero sin asumir ningún riesgo. Otra manifestación más del clima reinante durante los dos primeros años, período en el que algunos franceses ven su futuro al lado de los alemanes.

Los partidarios de la colaboración salen a la luz y ocupan el centro de la escena. Lógicamente, los más visibles son los partidos autorizados por el ocupante: el «Fuego» y el Grupo Colaboración en enero, el RNP y la Liga Francesa de Costantini en febrero, el Frente Franco de Boissel en abril y el francismo de Bucard en mayo. El PPF de Doriot no será autorizado hasta el otoño. Otros grupos, aunque tolerados, no son autorizados. Es el caso del PNB o de algunos movimientos pétainistas, como los Amigos del Mariscal, implantado únicamente en las regiones de Burdeos y de Ruán, y las Juventudes del Mariscal.

28. Déat, *Journal de guerre*, 29 de noviembre de 1940.
29. «Tätigkeit Dr. Klassen» (1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b/2.
30. Déat, *Journal de guerre*, 18 de diciembre de 1941, 29 de enero de 1942, 6 de marzo de 1942.
31. Carta reproducida en Martin du Gard, *Chronique de Vichy*, *op. cit.*, págs. 390-392.
32. «La première semaine du RNP», sin firma, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.312; Déat, *Journal de guerre*, 18 de noviembre de 1941. Roche participa en un almuerzo de La Table Ronde en 1942 (audición de Roche, 13 de diciembre de 1945, AN, *F 12* 9.559, dr. Documentos relativos a los bancos).

Los líderes de estos grupos han optado por hacer política bajo el control del ocupante, las autoridades militares al principio y las SS a partir de 1942. Su actividad está sometida a una serie de normas. Han de solicitar permiso para sus actos públicos, sus uniformes y sus desfiles. Pueden exhibir banderas francesas y banderines en lugares cerrados, pero entonar o interpretar «La Marsellesa» está absolutamente prohibido.[33] Los alemanes no están dispuestos a cometer ningún error, ni a permitir que estos grupos aumenten su popularidad sirviéndose del nacionalismo francés. Evitan apoyarlos abiertamente, pues no desean que sus ideas calen en la opinión pública y tampoco quieren adquirir ningún compromiso con ellos. Cuando están fuera de servicio, los miembros de los servicios de ocupación tienen prohibido participar en las reuniones o en los actos políticos organizados por los grupos colaboracionistas.[34]

Estas reglas, además de una severa censura, son las únicas limitaciones de estos grupos. Fuera de eso, son totalmente libres para hacer y deshacer, para reclutar y organizarse a su antojo. Pero ¿con qué fin? En esta situación artificial, la lucha por el poder no tiene ningún sentido, pues las elecciones han sido borradas del panorama político. Sólo Pétain y el ocupante tienen la llave de acceso al poder. Lo único que pueden hacer los líderes parisinos es obtener el mayor apoyo posible, demostrar que son imprescindibles como interlocutores, que su lugar está en el gobierno, que a los alemanes les interesa tratar con generosidad a Francia.

Cuando entran en acción, saben que son minoría en el país. El día que Hitler se encuentra con Pétain en Montoire, Déat escribe en su Diario: «Los parisinos, excitados por la radio inglesa, no dicen más que disparates».[35] En enero de 1941, Doriot escribe que «levantar a los franceses» será «un proceso largo y costoso», y señala acertadamente dónde reside la dificultad: «No es fácil arrastrar a un país de larga tradición democrática a un régimen autoritario. Cambiar la orientación exterior de Francia, tampoco lo es».[36] François Mauriac, que el 26 de febrero de 1941 cena con Fernandez y Drieu La Rochelle, dice: «Tienen miedo, hablan de las represalias a las que se exponen en el caso de producirse una derrota, se consideran unos héroes...».[37]

33. Véanse las circulares del MBF del 23 de junio de 1941 y del 15 de marzo de 1942, así como la del *Befehlshaber der Sipo und des SD* del 7 de julio de 1942, AN, *AJ 40* 551 y *F* 7 15.145.

34. Circular del 17 de febrero de 1942 y nota del MBF del 5 de marzo de 1943, AN, *AJ 40* 451, dr. AG 106.

35. Déat, *Journal de guerre*, 24 de octubre de 1940.

36. Doriot, «Ordre nouveau», *Le Cri du peuple*, 3 de enero de 1941; «La collaboration franco-allemande», *ibid.*, 4 de enero de 1941.

37. Citado por Jean Lacouture, *Mauriac*, Seuil, 1980, pág. 364.

En este batiburrillo, los profesionales del grupúsculo en busca de socios estables se encuentran con oportunistas e iluminados, pero también con hombres que no actúan movidos por intereses bastardos. En general, podemos decir que se trata de *outsiders*, de hombres que han roto con una familia política y que arrastran las frustraciones de los años anteriores a la guerra, hombres cuyas aspiraciones y esperanzas han sido fuertemente estimuladas por el entrecruzamiento de la crisis francesa y los éxitos del fascismo. A su rechazo del viejo régimen y a su tendencia a la venganza politicoideológica, se suma su concepción de la política como una profesión en la que no caben la retirada y la abstención. Aunque saben perfectamente cómo sienten y piensan la mayoría de sus compatriotas, confían en hacerles entrar en razón, aunque hayan de emplear la fuerza para conseguirlo. Una idea que se abre paso progresivamente: en agosto de 1941, el mismo Pétain dice que salvará a los franceses de sí mismos.

Por su parte, la gente de la embajada se anda con halagos y cumplidos. Ofrece un apoyo importante a Delaunay, antiguo diputado moderado que ahora lidera el «Fuego», movimiento cuyo propósito es lograr que los franceses entiendan cuál es su papel en la nueva Europa, «del mismo modo que los bretones han comprendido cuál es su papel en Francia».[38] Abetz lo considera un hombre de ideas un tanto confusas, pero a fin de cuentas, y según sus propias palabras, va decidido por el buen camino.[39] Traduzcamos: está completamente dispuesto a subordinarse. El «Fuego», primer partido autorizado y lanzado con un prodigioso derroche de propaganda, no será más que una llamarada. Su líder, hecho excepcional, abandonará la política meses después.

Abetz y Achenbach alimentan las esperanzas de Déat, diciéndole que Hitler muestra interés por su partido y hablándole del famoso conflicto de tendencias existente en el seno del régimen nazi, en el que convendría participar para preparar el futuro. En realidad, Hitler mira a sus seguidores parisinos con indiferencia, cinismo y desprecio. Cuando habla de ellos, se mueve entre la sorpresa ante una actitud que no comprende, su vieja desconfianza hacia los franceses, cualesquiera que éstos sean, y la satisfacción que le procura el hecho de que esos hombres odiados, impotentes, necesiten de su protección.[40] Jamás les dará la menor importancia, no tiene ninguna intención de auparlos al poder, al menos mientras Pétain, Darlan o Laval cumplan su papel. Para él, no son más que medios, y no demasiado valiosos, para cumplir su objetivo: dividir a los franceses y contener a Vichy.

38. Delaunay a Abetz, 9 de octubre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.301.
39. «Besprechung in der Deutschen Botschaft am 7. Januar 1941», AN, *AJ 40* 551, dr. 3.
40. Nota de Etzdorf, 20 de febrero de 1942, «Führer über die "Cooperation" mit Frankreich», PA-AA, *Handakte Etzdorf* 3.

Pero, a decir verdad, si los líderes parisinos entran tan fácilmente en el juego de los alemanes, es porque todavía no dan por cerrado el tema de Vichy. A todos ellos, la legitimidad de Pétain les parece esencial: cada uno lo alista en sus filas a su manera. La prohibición de la Legión Francesa de Combatientes en la zona ocupada les reserva un espacio en el que pueden presentarse como la emanación directa del mariscal, aun criticando su gobierno. Sin duda, su actuación disgusta profundamente a Vichy. El régimen, afirmando su autoridad, no tolera más que la adhesión y condena cualquier desviación, venga de donde venga. Orgulloso, mira con desprecio a esos hombres sin prestigio, como el antiguo comunista Doriot o el mismo profesor Déat, por no hablar de los demás. Para Pétain, esa gente pone en peligro la unidad del país, se opone a la autoridad de su gobierno, contradice su pretensión de saber cómo hay que dirigir el país, no hace más que reintroducir ese debate político al que él desea poner fin para poder salvar Francia.

Sin embargo, sería un error pensar que sus posiciones son absolutamente irreconciliables. Las relaciones entre las dos capitales constituyen una tela hecha de rivalidad y de complicidad al mismo tiempo. Déat no es todo París: los otros líderes mantienen relaciones con Vichy, son recibidos por Pétain o por alguno de sus ministros, gozan de ayudas y de subvenciones. En noviembre de 1941, Darlan autoriza la implantación del Grupo Colaboración en la zona libre, donde la actividad de los partidos estaba suspendida desde el verano; y abre la zona libre, y después África del Norte, al reclutamiento de hombres para la LVF, que subvencionará a principios de 1942.[41] Pétain, Darlan y los distintos ministerios, sobre todo Información, suelen pasar sobres a Bucard, Clémenti, Deloncle y Doriot. Cuando Laval vuelve al gobierno, el grifo se abre del todo para el RNP, sin cerrarse para los demás, y el auvernés se vale ampliamente de la presión financiera.[42]

Y es que las divergencias entre Vichy y los parisinos no conciernen a los principios. Pétain señala el buen camino: la revolución nacional y la colaboración. Pero los principios se aplican mal o se traducen en medidas incorrectas. Los líderes parisinos son rivales, no opositores, son *ultras* del pétainismo, no antipétainistas. En materia de política exterior, las diferencias tampoco son demasiado importantes. Aunque se muestran más agresivos con los anglosajones y en ocasiones apelan a la necesidad de recuperar las colonias disidentes,

41. Darlan a Pucheu, 9 de diciembre de 1941, AN, *F1A* 3.652, dr. LVF; Déat, *Journal de guerre*, 26 de enero de 1942.

42. Véanse los expedientes de depuración de Lebrun (AN, *Z 6* 580), Buchard (*Z 6* 181), Ménétrel (*Z 6* N.L. 10.605), Albertini (*Z 6* 8) y Fossati (*Z6* 99). O también Pierre Assouline, *Une éminence grise: Jean Jardin*, Balland, 1986, págs. 94 y 96-97; Soulès-Abellio, *Ma dernière mémoire*, vol. III, *Sol Invictus 1939-1947*, Ramsay, 1980, pág. 313.

de devolverles el golpe, no piden la guerra contra Inglaterra hasta noviembre de 1942, fecha en la que empiezan a defender una alianza militar con el ocupante. Sin duda, nada gustaría tanto a Pétain, a Darlan o a Laval como retorcerles el pescuezo, al menos a algunos de ellos. Pero evitan una condena pública que podría volverse en su contra. Así que se conforman con impulsar una política de corrupción y de división, lanzando a los unos contra los otros: en 1941, a Bucard y a Doriot contra Déat, y al año siguiente, cuando Laval vuelve al gobierno, a todos los partidos contra Doriot. En esas condiciones, los líderes parisinos no se consideran a sí mismos unos simples protegidos del ocupante, aunque su dependencia es cada vez mayor, debido a la falta de apoyo popular y al hecho de que Vichy mantiene cerrada la puerta que ellos quisieran franquear.

Abetz se entregará a la jardinería política, para emplear la expresión de Déat. La disposición de la escena parisina, partidos y periodistas juntos, es de lo más tradicional: una izquierda, un centro y una derecha. Pero es una escena mutilada, reducida y controlada: sus actores deben defender la colaboración en materia de política exterior y saber modular sus ataques contra Vichy, siguiendo la batuta de la embajada y de la censura militar. Con todo, su diversidad no conoce parangón en el resto de la Europa nazi. El colaboracionismo reúne a todas las familias políticas de antes de la guerra, salvo a los radicales y a los demócratacristianos. Cada una de estas familias elabora su propio discurso a partir de su herencia, deformándola obviamente, pero conforme a una ley de deformación, si se me permite la expresión, que permite identificar el punto de partida y encauza su evolución. Esta pluralidad inicial demuestra hasta qué punto la difícil década de 1930 y el golpe de la derrota han conmovido el mundo político francés.

Vengan de donde vengan, los argumentos a favor de la colaboración se basan siempre en la idea de que la adaptación es necesaria e inevitable. Ésta es la base de los cuatro temas que cada corriente acentúa de forma distinta. La colaboración como política que obedece al interés nacional: Francia debe colaborar por su propio interés; por lo tanto, puede asumir el saludable egoísmo del nacionalismo. La colaboración como instrumento de lucha eficaz contra unos enemigos comunes, los judíos o los comunistas, pues el aislamiento puede poner en peligro las naciones. La colaboración como medio para lograr la paz: deseo de poner fin al ciclo de las guerras francoalemanas, de hacer que reine la concordia entre los dos países vecinos. Finalmente, la colaboración como camino hacia la construcción de Europa, necesaria para poder hacer frente a la competencia intercontinental, para salvaguardar unas posiciones y una civilización.

Al principio, tiende a predominar el argumento del interés nacional, por definición distinto del argumento del ocupante. Después prevalece la idea de que las dos partes tienen un mismo interés: la lucha contra unos enemigos comunes. Al mismo tiempo, se amplía y se generaliza un discurso «europeo» que coincide con el de la propaganda nazi, mientras que, en los primeros años, ese discurso prolongaba una temática presente en el período anterior a la guerra, sobre todo en la izquierda y el centro. Ahora, esta Europa es una comunidad negativa cuya propaganda jamás define con claridad los principios de su futura organización, a la espera de que la victoria dé libertad de acción a Hitler.[43]

43. Véase Paul Kluke, «Nationalsozialistische Europaideologie», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, nº 3, julio de 1955, págs. 240-274, y Peter Longerich, *Propagandisten im Krieg: Die Presseabteilung des Auswärtigen Amtes unter Ribbentrop*, Munich, Oldenbourg, págs. 77 y sigs.

Capítulo 25

La izquierda de Abetz

En el jardín de Abetz, el parterre de la izquierda es pequeño, pero muy bello y variado. Los hombres que lo forman se niegan a condenar en bloque el pasado y rechazan la sentencia de Vichy sobre las responsabilidades de la derrota. La orientación del nuevo régimen es fundamental para entender su posición. Dicha orientación les irrita tanto que deciden aceptar la protección del ocupante, convencidos de que así permanecen fieles a sus principios republicanos o, en cualquier caso, a su antiguo compromiso con la causa de la paz y de la reconciliación con Alemania. Una fidelidad y una continuidad que son bastante artificiales: la derrota acelera la revisión de los valores.

Vichy es objeto de una crítica áspera, incisiva, y sin embargo limitada. Los viejos izquierdistas declaran su lealtad a Pétain, subrayan la necesidad de la revolución nacional y de la colaboración, reclaman un régimen autoritario que se apoye en un gran partido popular y que introduzca cambios profundos. Aunque critican la Carta del trabajo, aprueban sus principios, la prohibición de las huelgas y el cierre de fábricas (*lock-out*), el sindicato único y la magistratura del trabajo. Son los paladines de un socialismo nacional que rechaza el marxismo y se inspira en determinados pensadores franceses premarxistas o antimarxistas.

Marcada por la denuncia del nacionalismo y receptiva a la idea de una organización económica del Continente, esta izquierda está totalmente dispuesta a tragarse el anzuelo de la propaganda «europea» del ocupante. ¡Una Europa organizada y dirigida por la Alemania nazi, y al mismo tiempo conforme al ideario de Briand y Jaurès! Una unificación funcional conciliaría la paz y el respeto de los países miembros, pues establecería «una interdependencia tal que aparecería como la condición misma de la independencia de cada país».[1] El nazismo sería la vanguardia de una transformación histórica cuya necesidad se

1. Charles Albert, *L'Angleterre contre l'Europe*, prefacio de M. Déat, Denoël, 1941, pág. 113.

impondría en todas partes. «Por su carácter anticapitalista y popular, la revolución de la que ha surgido la nueva Alemania superaba ya el marco nacional, tomaba un valor universal y, para empezar, un valor europeo.»[2] En el régimen del vencedor, estos hombres subrayan la política social y el anticapitalismo, el anticlericalismo, cuando no el anticristianismo, y la primacía de la comunidad sobre el individuo. El desconocimiento alcanza su grado máximo en esta minoría de izquierdistas admiradores de Hitler, del que tienen una imagen harto deformada. Además del genio militar respetado por Vichy, del artista genial y del grandioso mecenas tan caro a Cocteau, ellos reconocen en él al hombre del pueblo, al socialista y al constructor de Europa. El 29 de junio de 1940, Déat anota en su Diario con incredulidad: «Chateau pretende que el führer se aloje en un modesto hotel de París sito en la calle Jean-Goujon, y que pague su habitación...».

¿Hemos de sorprendernos de que Abetz sienta predilección por esta izquierda? Nada puede complacerle tanto como la disputa sobre las responsabilidades de la derrota que tiene lugar en las dos zonas del país, los unos culpando al sistema educativo, los otros al ejército. El embajador considera que puede utilizar a esa gente para librar a la población de la influencia del régimen de Vichy y, en el mejor de los casos, para ponerla contra éste. Su pacifismo, su denuncia del nacionalismo y su ligera inclinación por Alemania pueden favorecer su proyecto de una Francia subordinada voluntariamente al Reich. Este apoyo a gente que sigue invocando la República y el socialismo provoca la irritación de otros servicios alemanes, que acusarán a la embajada de servir al liberalismo, sin comprender la eficacia de su política, al menos durante los dos primeros años.

Déat venía aunando a estos izquierdistas desde el otoño de 1940. Su posterior asociación con Deloncle los dispersará. Aunque los viejos izquierdistas comparten un pasado político y un perfil socioprofesional —son profesores, periodistas o sindicalistas—, entre ellos existen bastantes diferencias, que obedecen a la mayor o menor antigüedad de su ruptura, y sobre todo a los efectos persistentes de la fragmentación de la izquierda francesa.

Entre ellos están los viejos pacifistas integrales, individualistas poco propensos a organizarse, pero muy proclives a expresarse, siempre convencidos de que tienen la razón. Los encontramos en *Aujourd'hui*, periódico que aparece en septiembre de 1940 bajo la dirección de Henri Jeanson, un veterano del *Canard enchaîné* que fue encarcelado por pacifista durante «la drôle de gue-

2. *Ibid.*, págs. 90-91.

rre» y que ahora denuncia el carácter reaccionario de Vichy y defiende la colaboración con la Alemania nazi, que, según él, lidera la «cruzada de la emancipación de los pueblos de Europa».[3] Jeanson no tardará en ser despedido e incluso encarcelado: en el nuevo escenario no habrá lugar para ningún sustituto del *Canard.* No obstante, los demás pacifistas siguen escribiendo, algunos de ellos hasta el final, en los órganos de la izquierda colaboracionista, que pueden preciarse de contar con las plumas de Victor Margueritte (que muere en 1942), René Gérin, Georges Pioch, Félicien Challaye, Marcelle Capy, Robert Jospin...

Los sindicalistas están representados por un grupo de hombres hartos del pétainismo de Belin y del grueso de la corriente *Syndicats.* Más críticos con el nuevo régimen y más claros en materia de colaboración, están decididos a actuar en la zona ocupada.[4] *L'Atelier*, que aparece a principios de diciembre de 1940, les permite pasar a la acción, aunque el «semanario del trabajo francés» está subvencionado por la embajada y, de forma subsidiaria, por Eugène Schueller, que también ha escrito alguna vez en él.[5] El equipo, dirigido por Gabriel Lafaye y René Mesnard, está compuesto por sindicalistas de la vieja CGT, algunos de ellos bastante conocidos, como Georges Dumoulin, Aimé Rey, Pierre Vigne, Marcel Roy, Gaston Guiraud o Marcel Lapierre.

Este equipo declara su fidelidad al «socialismo» y exige la construcción de un «Estado comunitario», entendido como una «verdadera asociación de productores, que serían copropietarios de los bienes, organizarían conjuntamente la producción y se repartirían equitativamente los beneficios».[6] Movido por la voluntad de conservar las posiciones adquiridas, estimulado por un profundo antiliberalismo que favorece la adopción de concepciones corporativistas y autoritarias, y empujado por su pacifismo y su virulento anticomunismo, este equipo se comprometerá muy pronto con la causa colaboracionista. Sus miembros siguen al Jaurès partidario de la reconciliación francoalemana, y se toman muy en serio el «socialismo» del nazismo. Aimé Rey, viejo sindicalista, se siente cautivado por la Alemania «popular, anticapitalista y socialista, cuyo poder militar y revolucionario maravilla al mundo». Para él, «la realización del socialismo en Europa depende de la colaboración de los movimientos populares y anticapitalistas alemanes y franceses».[7] En marzo de 1941, una delegación

3. «Aujourd'hui: sa raison d'être», *Aujourd'hui*, 10 de septiembre de 1940, pág. 3.

4. «Bericht über einen Besuch des Herrn Vigne», 3 de octubre de 1940, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.315.

5. Informe de Feihl sobre la prensa controlada por la embajada, 2 de abril de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.134. Sobre las subvenciones de Schueller, véase el informe del administrador provisional del periódico, 15 de octubre de 1944, AN, *Z 6* 561 (G. Lafaye).

6. Discurso de Roger Paul en la Conferencia Nacional Sindical. *L'Atelier*, 22 de noviembre de 1941.

7. Rey, «Pourquoi nous sommes collaborationistes», *ibid.*, 21 de febrero de 1942.

encabezada por Dumoulin se desplaza a Alemania en un viaje organizado por la embajada, que quiere facilitar el reclutamiento de trabajadores voluntarios. A su regreso, los sindicalistas destacan la limpieza que reina en vestuarios y cuartos de baño, lo espaciosas y confortables que son las cantinas, lo bien organizado que está el tiempo libre.[8]

En abril de 1941, el grupo crea el Centro Sindicalista de Propaganda (CSP), en el que se nota la llegada de Georges Albertini, profesor socialista y sindicalista perteneciente a la corriente «Resurgimiento». Poco después, el CSP se integra en el RNP, al que aporta cerca de 800 miembros.[9] El reclutamiento en el mundo obrero ha sido un fracaso. En junio de 1941, Dumoulin, que acaba de hacer una campaña propagandística, afirma: «La base es hostil, indiferente o refractaria».[10] El equipo encuentra más eco arriba, sobre todo entre los dirigentes de la vieja CGT. Los líderes de una quincena de federaciones escriben en el periódico, que en julio de 1941 tiene una tirada de 21.000 ejemplares, con un remanente de ejemplares no vendidos del 64 %; posteriormente disminuye su tirada, que se sitúa entre los 15.000 y los 18.000 ejemplares.[11] En marzo de 1944, el CSP logra reunir en una conferencia nacional a 685 delegados, venidos de 70 departamentos. La mayoría de ellos son presidentes de sindicatos locales, de modo que están representadas aproximadamente la mitad de las uniones departamentales importantes.[12] Esto permite hacerse una idea del carácter minoritario, pero bastante importante a escala de cuadros, de esta nueva forma de sindicalismo, que se concilia con la autoridad en nombre de la organización y con la Alemania nazi en pro de una reconstrucción «socialista» y anticomunista.

Varios grupos se separan de la SFIO, especialmente los seguidores de Paul Faure. Éste actúa con discreción, intrigando en París y en Vichy, pero sobre todo presionando a Pétain para que lleve a cabo «la unión sagrada»,* elimine «las luchas partidistas, los conflictos sociales, las disputas religiosas y filosóficas», «con el fin de asegurar, en la medida de lo posible, la salvación y la independencia de la patria».[13] Algunos de sus viejos seguidores están decididos a

8. Dumoulin, «On n'a pas voulu de moi à Vichy», *L'Atelier*, 4 de abril de 1941.

9. Audiencia de Lafaye del 14 de febrero de 1945, AN, *Z 6* 561, dr. G. Lafaye.

10. Dumoulin, «Convient-il d'organiser un congrès syndical national?», *L'Atelier*, 28 de junio de 1941.

11. Pierre Albert y otros, *Documents pour l'histoire de la presse aux XIX^e^ et XX^e^ siècles*, CNRS, 1977, pág. 78.

12. Abetz a AA, 29 de febrero de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.315. Véase también *L'Atelier*, 4 de marzo de 1944.

13. Véase su carta al gabinete de Pétain, 6 de diciembre de 1941, AN, *2 AG* 449. Véase Marc Sadoun, *Les Socialistes sous l'Occupation: Résistance et collaboration*, Presses de la FNSP, 1982.

* «L'union sacrée», varias veces en el texto. Palabras empleadas en 1914 por Raymond Poincaré para referirse a la unión de todos los franceses contra el enemigo. Bajo su presión, Viviani transformó su gobierno en un «Ministerio de la Unión Sagrada» de todos los partidos *(N. del t.)*.

actuar abiertamente, y en París. Su jefe es Francis Desphelippon, que participa en la creación del RNP y posteriormente se distancia del partido en compañía de Laval.[14] Poco tiempo después, Desphelippon forma con René Chateau, diputado radical, pacifista y miembro de la Liga de los Derechos del Hombre, y Paul Rives, diputado socialista, un grupo cuyo nombre está muy en consonancia con la época, Francia-Europa, para el que trata de obtener la autorización de la embajada. La mayor parte de sus camaradas proceden de la SFIO. Entre ellos hay directivos (Charles Pivert, secretario federal del departamento de Seine), sindicalistas (Raymond Froideval, Roland Silly, secretario del Sindicato Nacional de Ingenieros, CGT), alcaldes y diputados (Paul Perrin, Jean Garchery, Camile Planche, Louis Sellier), e intelectuales, entre ellos Claude Jamet. El grupo carece de hombres de primera fila, sólo cuenta con cierto número de dirigentes situados en el nivel medio de la jerarquía, y probablemente sus efectivos se reducen a unos cientos de personas.

Francia-Europa defiende una República autoritaria y popular: un jefe de Estado designado por el país, aconsejado y controlado por unas asambleas elegidas por sufragio universal, un partido revolucionario único y jerarquizado, la nacionalización de las industrias clave y la gestión de la economía a través de corporaciones tripartitas. En política exterior, exige la «construcción de una Europa que garantice finalmente la paz» y afirma que la reconciliación francoalemana sólo se logrará «por una parte, si Francia renuncia sinceramente a la política de aislamiento o de revancha, y, por otra, si Alemania renuncia a una paz concebida como un desagravio del tratado de Versalles».[15]

Procedente asimismo de la corriente representada por Paul Faure, Charles Spinasse, profesor en el Escuela Nacional de Artes y Oficios, fue ministro de Economía, y después ministro de Finanzas con el Frente Popular. En el verano de 1940, tomó la dirección de *L'Effort*, creado en la zona libre y concebido como sucesor del periódico *Populaire*. El cambio de título es elocuente, y el de contenido muy instructivo. El periódico, en el que participan más de veinte parlamentarios, proclama la muerte del Partido Socialista y la continuación del socialismo. Asimismo, aprueba la colaboración, siempre que ésta sea digna, en nombre de la paz.[16] En el verano de 1941, Spinasse solicita a la embajada que le permita publicar en París un semanario dirigido a las clases obreras de la capital.[17]

14. Desphelippon a Achenbach, 2 de septiembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.304.
15. Desphelippon a Achenbach, 16 de septiembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.311.
16. Spinasse, «Au service de la France», *L'Effort*, 5 de septiembre de 1940; «Il n'y a pas de collaboration sans espoir», *ibid.*, 10 de octubre de 1940.
17. Spinasse a Feihl, 30 de julio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.242.

En *Le Rouge et le Bleu*, «la revista del pensamiento socialista francés», que comienza a publicarse en noviembre de 1941, desarrolla la concepción de un orden comunitario inspirado en Proudhon, pero al mismo tiempo afirma la necesidad de un Estado autoritario transitorio, apoyado en un gran partido popular.[18] Por lo que se refiere a la colaboración francoalemana, exige la igualdad de derechos, declarándose dispuesto a abandonar cierta concepción de la soberanía nacional: Francia debería renunciar a sus aspiraciones como potencia y conformarse con el bienestar económico y con ejercer su influencia intelectual.[19] El semanario lleva la firma de varios diputados socialistas, entre los que están Georges Lefranc, que procede de la corriente «Resurgimiento», Anatole de Monzie y los escritores Pierre Hamp y Nino Frank. Su tirada es de unos 35.000 ejemplares.[20]

El último grupo se separa del PCF después del pacto germanosoviético, cuando un tercio de los diputados se distancia del partido. No así quienes están en la dirección, que permanecen leales, excepto algunos de ellos, como Marcel Gitton.[21] Después de la derrota, Gitton y sus amigos (Capron, Clamamus, Parsal) se aproximan a Doriot, como si el malestar de la ruptura sólo se pudiese remediar uniéndose al primero que se distanció del partido. Pero entre ellos no hay acuerdo, y en la primavera de 1941 Gitton crea el Partido Obrero y Campesino Francés (POPF).[22] Su programa: en materia de política exterior, defensa de la colaboración como única forma de lograr un tratado de paz que garantice la independencia política y la integridad territorial de Francia; en política interior, nacionalización de cierto número de industrias, creación de una organización corporativa respetuosa con el sindicalismo, promulgación de una constitución que prevea un jefe de Estado responsable, unas asambleas consultivas electas y un partido único.[23] Con una implantación limitada a la región de París, el POPF no parece haber tenido más de mil afiliados. El partido dirige su acción a los medios comunistas, exponiéndose a la venganza del PCF, que manda asesinar a Gitton y a otros camaradas suyos.

La embajada suelta varias liebres al mismo tiempo. Chateau, Spinasse y Gitton insisten en una concepción igualitaria de la colaboración y hacen brillar

18. Spinasse, «Ce que nous voulons», *Le Rouge et le Bleu*, 15 de noviembre de 1941; «La République des sages», *ibid.*, 20 de junio de 1942.

19. Spinasse, «Réponse à des amis», *ibid.*, 17 de enero de 1942.

20. *Documents pour l'histoire de la presse*, *op. cit.*

21. Claude Pennetier y Denis Peschanski, «Partir, se taire, rester: les choix des élus de la Seine», Azéma, Prost y Rioux (comps.), *Le Parti communiste français des années sombres 1938-1941*, Seuil, 1986, págs. 222-223.

22. Nota de Von Nostitz sobre una entrevista con Gitton y Capron, 10 de mayo de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.304.

23. Véase AN, *AJ 40* 1.008, dr. 5.

la perspectiva de una Europa unida y pacificada. El compromiso militar no está en su horizonte. Rechazan la alineación de los métodos y de las concepciones. Y no dicen prácticamente nada sobre el antisemitismo o la lucha contra los francmasones.

Durante este tiempo, Déat y Deloncle han apostado fuertemente por el RNP. Desde hace varios años, el primero afirma la necesidad de superar la división entre la izquierda y la derecha. Sigue defendiendo la idea de crear un partido único, aunque no ha vuelto a hablar de ello desde su regreso a París. Asimismo, está convencido de que la colaboración es vital para Francia. Según él, el partido ha de lograr dos cosas: «hacer la revolución nacional, prometida en julio y traicionada por el gobierno de Vichy», y «salvar todo lo que pueda salvarse, asegurando el triunfo de la política de colaboración».[24] «Salvar» significa «mantenerse, evitar que Francia sufra importantes amputaciones. Y conservar nuestra parte de África».[25] Déat quiere creer que su partido puede desempeñar un papel decisivo relevando a un gobierno irresponsable. A finales de enero de 1941, cuando Achenbach habla con bastante pesimismo sobre la actitud de Hitler, escribe: «Razón de más para reforzar el RNP, la única forma de lograr que Francia no comparezca como país vencido en el momento de la paz, sino en calidad de socio europeo».[26] Sin duda, Déat está convencido de obrar por el bien del país. Así lo dice en la carta que el RNP escribe a Pétain en marzo de 1941: «Queremos decirle, señor mariscal, que no permitiremos que se asesine a Francia, y que estamos dispuestos a todo con tal de salvarla».[27] En julio de 1941, Déat llegará incluso a decir a Abetz que «la salvación de Francia se ha convertido en un asunto privado».[28] Exactamente igual que la resistencia al margen de las instituciones, si no contra ellas.

Déat es un hombre cuya presuntuosidad intelectual lo aísla del mundo. A ello se suma un gusto muy banal por el poder, el propio de un hombre que ejerció intermitentemente como diputado y que fue ministro a principios de 1936, una experiencia que lo cegó. Pero también una tendencia al activismo, le fascina la idea de un gran partido dinámico, capaz de unir a sus miembros en un proyecto común. Y además, una pretensión de organizar la sociedad que se pone de manifiesto en su concepción de la colaboración, en su ideal de una Europa

24. Declaración de Déat en la reunión de dirigentes de la RP, noticia de la AFIP, 15 de febrero de 1941, AN, 72 *AJ* 1.832, dr. RNP.
25. *L'Œuvre*, 8 de enero de 1941.
26. Déat, *Journal de guerre*, 28 de enero de 1941.
27. Carta citada por Martin du Gard, *Chronique de Vichy*, *op. cit.*, págs. 170-171.
28. Déat, *Journal de guerre*, 9 de julio de 1941.

cuya unidad estaría garantizada por la similitud de sus regímenes y la conexión de sus economías. Francia se insertaría en ella cambiando su integridad territorial por una integración económica con la que el vencedor se daría por satisfecho. Una idea que no duda en atribuir a Hitler: «A fin de cuentas, tenemos mucha suerte de que el vencedor sea un gran hombre. [...] Mucha suerte de que, habiendo conducido a Alemania a la victoria, conciba su hegemonía como una responsabilidad más elevada, considerando que su verdadera misión es reconstruir Europa. Pues, evidentemente, las cosas hubieran podido ser distintas...».[29]

Déat es un hombre austero e íntegro, no actúa movido por el dinero. De carácter más bien tímido, carece de espíritu de liderazgo. Le costará mucho afirmarse a sí mismo y hacer frente a Laval, de quien depende su carrera política y que durante mucho tiempo lo maneja a su antojo. En el fondo es un ingenuo, pues parece ignorar que la manipulación es parte esencial de la política, y que en política la fuerza de los argumentos no sólo depende de su validez interna, sino del uso que pueda hacerse de ellos. Abetz y Achenbach lo guían con mucha habilidad, convenciéndolo de que «la colaboración económica hará converger los intereses europeos» y «ningún país habrá de renunciar a su soberanía territorial».[30]

Cuando Déat se une a Deloncle, sus posiciones todavía son moderadas. Su idea de convertir al RNP en la base del futuro partido único responde a una concepción autoritaria, no totalitaria: «Cuando el partido haya encontrado un líder, lo seguirá. Pero no es seguro que en Francia encontremos un líder único e indiscutido».[31] Moderada es también su posición en política exterior cuando desmiente toda intención de sellar una alianza con Alemania: «¿Cómo podría Francia retractarse de ese modo y convertirse en la aliada de Alemania, después de haberlo sido de Inglaterra?».[32]

El RNP no obtendrá los resultados esperados. Pronto aparecen las primeras diferencias con los integrantes de *La Cagoule*, diferencias que no sólo reflejan el antagonismo de experiencias, mentalidades y formas de reaccionar, sino también una divergencia fundamental sobre la manera de entender el partido. Déat deseaba «un partido lo más amplio posible, un partido que admita en su seno el mayor número de voluntades posible», mientras que Deloncle quería «un partido minoritario, firme y puro, antes que una masa amorfa e invertebrada».[33]

29. «Aspects d'un grand destin», *L'Œuvre*, 20 de abril de 1941.
30. Déat, *Journal de guerre*, 15 de octubre de 1940, 5 y 17 de diciembre de 1941.
31. Déat, «Structure et fonction du Parti», *L'Œuvre*, 23 de diciembre de 1940.
32. Déat, «Les Allemands n'ont rien demandé», *ibid.*, 25 de enero de 1941.
33. Fontenoy, «Nous savons ce que nous voulons», *Révolution*, 12 de octubre de 1941. Véase también el informe de Bard del 1 de julio de 1941, AN, *2 AG* 520, dr. CC 104 H; véase también AN, *F 60* 234.

Las tensiones se agudizan durante el verano, cuando Deloncle se aproxima a Vichy, después de producirse el atentado contra Laval y Déat, en el que ambos reconocen su mano. Finalmente, la intervención de la embajada precipita la escisión, dejando el RNP en manos de Déat e invitándole a volver a dirigirse a las masas populares. Tras un rápido despegue, el número de afiliados se estabiliza, situándose en unos veinte mil.[34]

La separación tiene consecuencias paradójicas. Por una parte, se produce un esfuerzo de aproximación a la vieja izquierda, lo que conduce a la integración de grupos que habían preferido mantenerse al margen y al resurgimiento de conciliábulos con los parlamentarios. Por otra parte, tiene lugar una radicalización de las concepciones que conduce a la alineación con el modelo nazi y a una colaboración prácticamente ilimitada. En primavera, el equipo de *L'Atelier* se había unido al RNP; ahora, Albertini es secretario general del partido. Francia-Europa se asocia al RNP, dando lugar al Frente Social del Trabajo (FST), cuyo objetivo es agrupar a los afiliados por categorías profesionales. La embajada no escatima medios y los dota de un órgano de prensa, el periódico *La France socialiste*. Chateau se sitúa en la dirección del periódico y lo convierte en la tribuna de un republicanismo renovado, socialista y autoritario, abriéndolo a todas las corrientes de la izquierda colaboracionista. El éxito es considerable: su tirada media es de unos 110.000 ó 115.000 ejemplares, casi igual que la de *L'Œuvre*. El periódico provoca la ira de la derecha colaboracionista y las críticas de la Propaganda-Abteilung y del Abwehr, a los que escandaliza su defensa de la República y, sobre todo, su discreción en materia de antisemitismo. La embajada cubre a sus protegidos recordando que el objetivo era atraer a los círculos izquierdistas.[35]

Esta integración en el RNP, a la que el POPF y Spinasse logran substraerse, no será más sólida que la asociación con los miembros de *La Cagoule*. Cuando las cosas empiezan a ponerse feas, Déat y sus hombres radicalizan sus posiciones. La posibilidad de que Laval vuelva al poder se aleja, la embajada se arregla con Darlan, la colaboración se estanca, la población se muestra hostil, la guerra se prolonga. En el verano de 1941, después del ataque alemán contra la URSS, Déat se muestra pesimista. «Hay que aceptar las cosas como son: antes de veinte años, el tiempo necesario para que crezca y madure la nueva generación, en este país no habrá una mayoría para aceptar el orden nuevo, y menos aún para promoverlo.» Conclusión: «Así pues, el renacimiento espiri-

34. Sobre el RNP, véase Reinhold Brender, *Kollaboration in Frankreich im Zweiten Weltkrieg: Marcel Déat und das Rassemblement National Populaire*, Munich, Oldenbourg, 1992.

35. Notas de la Propaganda-Abteilung del 23 de abril y del 30 de junio de 1942, respuesta de la embajada del 11 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.238.

tual de Francia sólo puede ser el fruto del enorme esfuerzo de un gran partido, que no permitirá que nada se interponga en su camino».[36]

Ahora, Déat subraya la dimensión militar de la colaboración: habla de recuperar las colonias disidentes y Siria, en manos de los británicos, y apoya la idea de la creación de un ejército europeo «que no sea simplemente la suma de contingentes nacionales».[37] Asimismo, se manifiesta contrario a una colaboración de Estado entendida como un toma y daca, a la que opone la idea de un compromiso sin regateos. «Para recibir, hay que dar sin pedir nada a cambio. Una actitud inconcebible para nuestros interesados diplomáticos.»[38] Además, adopta algunas ideas nazis, como el principio de la subordinación al líder y la vocación totalitaria del partido.

Esta radicalización se ve reforzada por las frustraciones provocadas por el cambio de gobierno en abril de 1942. Laval lo deja fuera de juego y lo consuela con buenas palabras, animándolo a preparar el partido único, para después aplazar su nombramiento sirviéndose de varias excusas. Déat, al que se empieza a ver en uniforme, lleva a cabo la transformación del RNP. El partido debe convertirse en el pilar del régimen, garantizar el relevo de las élites, encauzar el país por la vía del totalitarismo, garantizar el orden (Albertini: «¿Quién puede negar que la marcha del ejército alemán causaría una gravísima crisis interna y social?»[39]).

La acentuación del antisemitismo, que hasta entonces ocupaba un lugar relativamente modesto, va unida a la reactivación del racismo. Déat exige que «la reproducción se atenga a criterios de racionalidad y de selección», defiende la esterilización y proclama: «Nosotros somos mestizos, pero mestizos arios».[40] En sus actos, el partido adopta el ritual nazi, pero con una importante diferencia: en octubre de 1942, cuando se dan a conocer los nombres de los miembros del partido que han muerto con el uniforme de la LVF, un legionario responde: «Caídos por Europa».[41] Cuando se produce el desembarco en África del Norte, Déat se une a los ultraderechistas para exigir una alianza ilimitada con el ocupante. Cada vez necesita más de él, pues ya no puede contar con Laval para entrar en el gobierno. Si al principio su fuerte interés por la potencia francesa le condujo a radicalizar sus posiciones, ahora rechaza abier-

36. Déat, «Incompréhensions majeures», *L'Œuvre*, 21-22 de julio de 1941.
37. «Valeurs anciennes, valeurs nouvelles», *ibid.*, 13 de enero de 1942.
38. «Nous n'avons rien à marchander», *ibid.*, 2 de enero de 1942.
39. Informe al Consejo Nacional, *Le National populaire*, 8 de agosto de 1942. Véanse también los artículos de Déat en *L'Œuvre*, 13 y 20 de julio de 1942.
40. Déat, «Le sol et le sang», *ibid.*, 25 de septiembre de 1942; discurso de Déat en el congreso de las JNP, *Le National populaire*, 10 de octubre de 1942.
41. «Jugendpressedienst», 6 de octubre de 1942, en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.374.

tamente los principios de la colaboración de Estado. Reprochando severamente a Laval que entienda la colaboración como un toma y daca, el 24 de noviembre de 1942 le dice: «¿No sería mejor, no sería más conforme a la naturaleza de las cosas y a la concepción de Hitler, empezar a dar muestras de buena voluntad y correr rápidamente a su encuentro?».[42]

Todo esto provoca la ruptura con Spinasse, y después con Chateau y el grupo Francia-Europa. En julio de 1942, cuando Déat vuelve a lanzar la idea del partido único, Spinasse lo acusa de «mimetismo». «¿Qué podemos decir de la concepción del líder fundador de una religión y creador de mitos, del líder que está solo ante su conciencia, ante Dios y ante su pueblo, del líder que guía porque su ley coincide con la de su raza? ¿Qué otra cosa podemos decir sino que esta idea es totalmente incomprensible para los franceses?» En su opinión, lo que hay que hacer es «eliminar la anarquía organizando la sociedad», construir una sociedad en la que los poderes se limiten mutuamente, en vez de imponerle la camisa de fuerza de un partido único, una idea que enlaza con la herejía leninista condenada por el socialismo francés en 1920. Su deseo es la unión de los pueblos en el seno de una Europa pluralista.[43] La revista es prohibida poco después, y Spinasse desaparece de la escena política.

Republicano que rinde culto a la voluntad general, Chateau acepta un partido único, pero entendido como un instrumento pedagógico: no como un cuartel, sino como una «escuela en la que se ilustre a los hombres, en la que se les enseñe todo aquello que han de saber para poder pronunciarse, en la que se les libre de errores y prejuicios».[44] La concepción totalitaria de Déat es motivo de desacuerdo: en las circunstancias actuales, reconoce Chateau, el partido único implica el uso de la fuerza.[45] El desacuerdo se zanja con su exclusión del RNP a finales de año, con su cese de la dirección de *La France socialiste* durante el verano siguiente y con su alejamiento del equipo de Francia-Europa.[46]

En el otoño de 1942, Chateau crea una nueva asociación, la Liga del Pensamiento Francés, cuyo objetivo es unir a los franceses en torno a la libertad de conciencia y establecer la paz entre todos los pueblos europeos. El grupo no lleva la libertad de pensamiento hasta sus últimas consecuencias, es el precio que paga para obtener la autorización alemana: no admite judíos, y los antiguos dignatarios de la francmasonería son expulsados de los puestos de responsabilidad. El grupo, dirigido por Chateau y Jamet, está formado por paci-

42. Déat, *Journal de guerre*, 24 de noviembre de 1942.
43. Spinasse, «Contre tout mimétisme», *Le Rouge et le Bleu*, 4 de julio de 1942; «La fuite en avant», *ibid.*, 1 de agosto de 1942.
44. Chateau, «Partis et parti», *La France socialiste*, 8 de abril de 1942.
45. Chateau, «Le parti unique et le climat présent», *ibid.*, 26-27 de septiembre de 1942.
46. Schleier, 6 de septiembre de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.463.

fistas integrales (René Gérin, Robert Jospin), Alain y sus discípulos, un gran número de sindicalistas, socialistas y miembros del POPF, así como algunas personalidades, entre las que están Robert Denoël, Lucienne Delforge, Marcelle Capy, Germaine Decaris, André Salmon, Édouard Chaux y Gabriel Cognacq.[47] La mayoría de ellos se había expresado con bastante claridad sobre la colaboración entre 1941 y 1942. Ahora emprenden prudentemente la retirada y abogan por la paz universal y la concordia interior, para lo que cuentan con el apoyo de Laval, que se opone a Déat, y con la autorización de los ocupantes, que prefieren el pacifismo a la resistencia. Chateau y la Liga se esforzarán hasta el final: en 1944 solicitarán a Pétain y a Laval que reconcilien a los franceses, que hagan un llamamiento a la paz y que propongan la creación de una «comunidad económica europea».[48]

Déat y sus amigos, por su parte, marchan hacia la colaboración ilimitada con la esperanza de obtener la confianza del ocupante. Pero no hay que olvidar que, anteriormente, Déat había logrado llegar a bastante gente, pues atacaba a Vichy en nombre de valores que podían resultar familiares a oyentes poco dispuestos a elegir. El 1 de marzo de 1942, habla en Orleáns ante un público muy numeroso: muchos curiosos, según la policía, entre los que hay «bastantes seguidores del Frente Popular y antiguos dirigentes de la francmasonería, que aplaudieron con entusiasmo la crítica de la política interior del gobierno hecha por el señor Marcel Déat».[49] A principios de 1943, si hemos de dar crédito a una nota del departamento de policía nacional de Seine-et-Marne, Déat todavía es un hombre influyente: «Por su anticlericalismo, sus virulentas críticas al (*sic*) "paternalismo" y el tono satírico que ha sabido mantener en *L'Œuvre*, sin duda goza de muy buena reputación entre muchos empleados y maestros, es decir, en gran parte de los viejos lectores del periódico de la calle Louis-le-Grand».[50]

Aunque se ha distanciado considerablemente de la mayoría de la izquierda colaboracionista, en Déat todavía queda algo de su pasado común. Tras adoptar gran parte de la ideología nazi, intenta anclarla, a modo de compensación, en el terreno ideológico de la izquierda francesa: referencia a Jaurès en relación con la aproximación francoalemana, a Rousseau en relación con la demo-

47. *La France socialiste*, 23-24 de enero de 1943, pág. 2; 16 de febrero de 1943. Delmas y Lefranc figuran en la primera lista del comité central de la Liga (PA-AA, *Botschaft Paris* 1.308). Sobre los estatutos, véase AN, *Z 5* 270 (Chateau).

48. Chateau a Pétain, 25 de abril de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.308; cartas de la Liga a Pétain y Laval del 10 de enero y del 16 de febrero de 1944, MAE, *Alger-CFLN* 1942.

49. Informe del prefecto para marzo de 1942, AN, *F1 CIII* 1.163.

50. Departamento de la policía nacional francesa, Melun, 18 de marzo de 1943, AN, *F 7* 14.904.

cracia totalitaria, a la Revolución Francesa cuando establece un paralelismo con la «revolución nacionalsocialista»... Este pasado izquierdista, esta huella es prácticamente invisible, pero Déat todavía la siente como parte de su propia identidad: en marzo de 1944, con ocasión de su cincuenta cumpleaños, el jefe Déat es obsequiado por sus lugartenientes con la *Encyclopédie* de Diderot y Alambert.[51]

51. *Le National populaire*, 11 de marzo de 1944.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[redacted] [illegible]

[illegible]

Capítulo 26
Hombres ilustres

Al lado de los viejos militantes de izquierda, hay todo un centro cuyos miembros se distinguen perfectamente desde el comienzo por su tono y por sus métodos. Poco inclinados a la militancia, y menos todavía a la actividad política, despliegan su discurso en la prensa, dan conferencias y escriben libros, confiriendo a la colaboración un nombre, una notoriedad, una dimensión social. Si en la izquierda abundan los profesores universitarios y los grupos siguen las complejas líneas políticas del período anterior a la guerra, el sector moderado está compuesto por personalidades cuyas relaciones están reguladas por unas redes y unos humores. Es una colaboración para gente bien, defendida por gente bien, que ya no lo es tanto cuando se entrega a su causa con la pasión típica de un vulgar militante.

A decir verdad, estos hombres se dividen en dos grupos. Unos son liberales que han suscrito la idea de un orden nuevo, pero sin renunciar a determinados elementos del liberalismo. Otros son conservadores o reaccionarios, normalmente de inspiración católica, a veces maurrasiana, que dejan atrás el conformismo. Todos ellos respetan profundamente a Pétain, están de acuerdo con el homenaje que se ha rendido al viejo soldado y su crítica del gobierno es muy comedida. Para ellos, el verdadero peligro es el comunismo; sus ataques contra los anglosajones son moderados, al menos hasta 1942, al igual que su denuncia de los judíos y de los francmasones.

En el origen de esta adhesión al orden nuevo está el rechazo de la reivindicación popular, del «populacho convertido en rey», y, en el fondo, la resistencia a la sociedad de masas y a la evolución histórica de la que es resultado; protesta antimaterialista de liberales delicados, de nostálgicos de las grandes epocas de espiritualidad, de reaccionarios bienpensantes. Lejos de su dimensión plebeya y «socialista», lo que verdaderamente les atrae de la Alemania nazi es su promesa de restaurar el orden y la jerarquía, así como la fe y la «espiritualidad». Cuando aboga por la colaboración, este sector insiste en el «inte-

rés nacional»: lo más razonable es aceptar lo que no puede ser de otro modo. Aunque no es nacionalista, le preocupa el prestigio y la grandeza de su país, al mismo tiempo que Europa y su unidad económica, o Europa y la civilización cristiana, que contrapone a la competencia, es decir, a la agresión extranjera, el bolchevismo asiático y el imperialismo anglosajón.

¿Qué pueden ver los liberales en una Europa nazi? Ciertamente no el respeto de los derechos del hombre, la limitación del poder, el desarrollo del individuo... Pero es que estos liberales han evolucionado durante los años de crisis, combinando extrañamente dirigismo y libertad económica, revisando su aceptación de la democracia y regresando a los valores elitistas de los orígenes. Reaccionan a la derrota defendiendo el compromiso, la adaptación, la resignación, mostrándose preocupados por el coste de una eventual prolongación del conflicto. Además, la economía no conoce fronteras, quizá haya llegado la hora de suprimir molestas barreras; la necesidad y el interés fundamentan una argumentación bastante conocida. Fieles al optimismo moderado o, si se prefiere, al escepticismo propio de su temperamento, se niegan a ver las cosas negras: ni Francia era libre antes de la guerra, ni será esclava de nadie cuando llegue la paz. En esta nueva situación, tienen sus puntos de referencia, sus guías: Briand en lo que respecta al proyecto europeo, Caillaux en lo que se refiere a la reconciliación francoalemana.

Algunos periódicos y periodistas reivindican esta continuidad, empezando por Jean Luchaire, director de *Les Nouveaux Temps*, cuyo briandismo no es nuevo. Su periódico se dirige a un público centrista, próximo al radicalismo de derecha, anticomunista y partidario de los acuerdos de Munich de 1938, representado bastante bien por Émile Roche, quien publica varios artículos en el periódico, al lado de toda una serie de hombres de diversa orientación (desde la derecha liberal al socialismo conciliador).[1] El periódico sigue la línea de la embajada, dando su apoyo a Laval y criticando a Vichy. Justifica la colaboración mediante un arsenal de argumentos extraídos de la historia y del sentido común. En Montoire, Hitler habría dado el primer paso, habría demostrando que no era un vencedor como los demás, que deseaba el entendimiento y el bien de Europa, que Francia saldría beneficiada si estrechaba la mano que se le había tendido.

Más a la derecha, *La Vie industrielle* es el órgano del ala flandista de la Alianza Democrática, que, en el período anterior a la guerra, evolucionó hacia

1. Claude Lévy, *Les Nouveaux Temps et l'Idéologie de la collaboration*, Armand Colin, 1974, págs. 88-89.

la reforma de las instituciones y la aceptación de un capitalismo organizado. Austero y didáctico, el periódico es el paladín de la corriente liberal defensora de Pétain y de la autoridad en nombre de la competencia, la eficacia y la estabilidad. Adhesión salpicada de críticas al dirigismo excesivo y a la hipertrofia administrativa del Estado francés. Dirigido al mundo de los negocios, el periódico defiende un colaboracionismo «positivo» que argumenta en términos económicos y propone un europeísmo de tipo funcional. Muchos de sus argumentos se retomarán en la década de 1950.

Antes de incorporarse al gobierno, Flandin había establecido la línea de este colaboracionismo. La nueva Europa debería ser un gran espacio económico que permitiese la libre circulación de mercancías y capitales, a lo que contribuiría la adopción de una moneda única y la construcción de una unión monetaria. Ésta se conseguiría «fijando el valor relativo de las monedas europeas mediante la unificación de los métodos de emisión y de gestión de los bancos centrales».[2] El periódico prolonga esta línea después de la marcha de Flandin y sigue mostrándose favorable a la organización del Continente, conservando el mayor liberalismo posible y potenciando las relaciones con el resto del mundo. El 4 de junio de 1941, el periódico publicaba un editorial titulado «La comunidad económica europea», en el que decía: «La unidad económica de Europa no comportará la desaparición de las naciones, sino que la comunidad de intereses creará en gran medida una comunidad política».

Estas posiciones prolongan las tesis de la Alianza Democrática y de ciertos círculos tecnocráticos, como los *Nouveaux Cahiers* y el *Redressement français*, defensores de una Europa unida a través de la racionalización de la producción y de la interdependencia económica. Por otra parte, convergen con el enfoque de los responsables alemanes y remiten a una corriente europea que piensa en términos macroeconómicos. Aunque su insistencia en la economía las acerca a las posiciones de la izquierda colaboracionista, se distinguen de éstas por hacer hincapié en la racionalización y en el productivismo, lejos de la perspectiva social de un Déat o de un Spinasse. No obstante, al igual que ocurre en la izquierda, aquí tampoco se plantea la cuestión de la relación de fuerzas y de los derechos que se arrogará Alemania en la nueva Europa. Supuestamente, la economía francesa resultará beneficiada: instrumentos no le faltan, la competencia estimulará su modernización, una integración voluntaria podría contribuir a suavizar las consecuencias territoriales de la derrota.

El número de lectores de *La Vie industrielle* es más bien limitado: su tirada está entre los 15.000 y los 20.000 ejemplares. Pero entre ellos hay hombres de

2. Flandin, «Échangisme européen», *La Vie industrielle*, 11 de diciembre de 1940; véase también, del mismo autor, «Collaboration», 21 de noviembre de 1940.

negocios que no debieron de quedarse indiferentes ante los argumentos y las posibilidades que se les presentaban. El periódico cambia de línea a finales de 1942, cuando la evidencia de la explotación de la economía francesa acaba con las esperanzas de una colaboración económica.[3]

Entre estos fabricantes de un colaboracionismo moderado y razonable, alejado del proyecto de una sociedad encuadrada y movilizada por un partido único, y partidario de encontrar una salida a la guerra que permita la reconciliación con los anglosajones, hay algunos intelectuales provenientes del liberalismo. Drieu asociaba correctamente los nombres de Chardonne, Fabre-Luce y Monzie, a los que calificaba de «espíritus liberales cuya liberalidad les lleva a aceptar lo contrario del liberalismo». Y añadía que eran incapaces de llevar hasta sus últimas consecuencias esta contradicción, una razón de más para reavivar su odio a los liberales: «Por eso nosotros (yo y no sé quién más) estamos a favor de la violencia»[4].

Dejaremos de lado a Monzie, cuyo compromiso público fue tan limitado como prudente. De los dos restantes, uno tenía un pasado político. Espíritu ágil, muy perspicaz para los detalles, pero a menudo incapaz de formarse una visión de conjunto, Alfred Fabre-Luce es un hombre frustrado, un consejero que jamás encontrará príncipe alguno que le escuche. En los años veinte, al igual que Luchaire y Jouvenel, Fabre-Luce critica severamente a Poincaré y al nacionalismo francés, erigiéndose en defensor de la Sociedad de Naciones, la reconciliación francoalemana y la construcción de Europa. Durante la década siguiente, asiste al declive del liberalismo y se acerca a la autoridad, lo que le lleva a Doriot, del que se aleja después de Munich. Cuando sobreviene la derrota, toma partido por la colaboración, pero moderada e indirectamente, sobre todo en el segundo volumen de su *Journal de la France*, que abarca el período que va desde la derrota al regreso de Laval en 1942: un hermoso ejemplo del liberalismo calculado del ocupante.

Aunque es una crónica bastante informada y contiene agudas observaciones sobre la vida de los franceses, el libro está escrito con cierta ligereza. Fabre-Luce fustiga a quienes denuncian la colaboración y a los que se aprovechan de ella, critica el Estatuto de los Judíos por sus «innecesarias ofensas a la humanidad, a la propiedad, a los derechos de los antiguos combatientes»,[5] pero obviamente sin cuestionarlo de forma radical. A lo largo del libro, aduce toda una serie de argumentos que recomiendan la colaboración como la única

3. Véase Olivier Wieviorka, «Une droite moderniste et libérale sous l'occupation: l'exemple de *La Vie industrielle*», *Histoire, Économie et Société*, 1985, nº 3, págs. 397-431.

4. Drieu La Rochelle, «Libéraux», NRF, noviembre de 1942, pág. 607.

5. *Journal de France*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 300.

política razonable, lamentándose de que la opinión no lo crea así. «La "opinión" siempre ha sido partidaria de las políticas de suicidio nacional», escribe con rotundidad.[6] Para persuadir al lector, emplea sucesivamente los argumentos de la necesidad histórica y del interés nacional, y no duda en señalar una alternativa muy poco lisonjera para ese vencedor con el que desea llegar a un entendimiento: «La alternativa que se nos ofrece es muy sencilla. Se está construyendo una nueva Europa. Se nos invita a participar en su construcción. Si aceptamos la invitación, formaremos parte de la aristocracia de la sangre, gozaremos de sus privilegios. Si la rechazamos, en la posguerra nos espera la esclavitud».[7]

Fabre-Luce considera el retorno de Laval como una nueva oportunidad para la colaboración y nos revela su visión del futuro: «Hoy hemos de partir de un hecho: la victoria alemana. [...] La historia de Europa nos muestra cuán frágiles son las conquistas de la violencia cuando carecen de todo apoyo. El Imperio romano sigue siendo el ideal de los pueblos civilizados, pero ninguno de ellos ha podido jamás volver a levantarlo solo. Lo que hay que construir es una Roma colectiva. Nosotros no seremos los artífices de esta obra, sino sus colaboradores; pero, al final, puede que imperemos a su lado».[8] Aunque considera probable la victoria alemana, Fabre-Luce desea «la reconciliación de los combatientes», en la que Francia hará de puente con el mundo anglosajón. Lo importante es que Europa pueda hacer frente a los otros continentes: «Nuestro conflicto con Alemania nos ha ocultado el verdadero peligro: la decadencia de Europa».[9]

Francia no reniega de sí misma tomando la vía de la colaboración, sino que, por el contrario, encuentra lo mejor de sí misma. En la *Anthologie de la nouvelle Europe*, en la que trabaja a mediados de 1941, Fabre-Luce quiere demostrar que las letras francesas tienen reservados «un lugar de honor y una responsabilidad en el mundo en el que entramos».[10] En este curioso florilegio, el autor coloca a Hitler, Mussolini, Maurras, Gobineau y Barrès al lado de Valéry, Péguy, Gide y Bergson, con el solo propósito de poner de manifiesto la contribución francesa a las ideas que triunfan, y de ofrecer una tabla de los valores sobre los que podrían ponerse de acuerdo los fundadores de la «Roma colectiva»: rehabilitación de la fuerza, cesión de la soberanía del pueblo a su jefe, transposición del imperialismo desde el plano nacional al plano europeo. Fabre-Luce, que rechaza la importación del nazismo, cree en la existencia de

6. *Ibid.*, pág. 119.
7. *Ibid.*, pág. 285.
8. *Ibid.*, pág. 307.
9. *Ibid.*
10. *Anthologie de la nouvelle Europe*, Plon, 1942, pág. VI.

un movimiento de sentido contrario en los dos países. «La guerra habrá propagado en las democracias el socialismo nacional, cierta austeridad en las costumbres, el gusto por la autoridad, el instinto de conservación biológica. Habrá enfrentado a las dictaduras con problemas supranacionales y les habrá inspirado cierto deseo de paz. [...] Vistas desde Sirio, estas terribles convulsiones no habrán sido más que el alumbramiento de un mundo nuevo.»[11]

Aunque está escrita en los astros, la reconciliación será impulsada por el reto que comparten los dos países: «En el crepúsculo de esta larga guerra, cuando las ideologías empiezan a atenuarse, 1789 y 1933 ya no aparecen como dos hitos antagónicos, sino como una misma Revolución amenazada por el bolchevismo». Fabre-Luce, que escribe estas líneas en el verano de 1941, pone fecha al banquete de la victoria: «Europa sólo podrá organizarse de forma duradera inspirándose en la doctrina nacional y social cuyos elementos hemos reunido aquí. Me complace formular esta afirmación en plena batalla, cuando el futuro es todavía incierto».[12] En 1943 el futuro ya no parece tan incierto, y Fabre-Luce hace imprimir el tercer volumen de su *Journal de la France* sin pasar por la censura y sin contar con la debida autorización. Esta estudiada pirueta provocará la cólera de los alemanes, que habían confiado en él.[13] Encarcelado durante varias semanas, Fabre-Luce volverá a la cárcel después de la liberación; haber sido perseguido por los dos bandos será para él motivo de orgullo y de indignación. Era lo menos que cabía esperar de un hombre al que su editor alemán, haciéndose eco de la opinión de Chardonne, había presentado al público como «el hombre más inteligente de Francia».[14]

Si el liberalismo es la delimitación de una esfera privada y su protección, Jacques Chardonne es un liberal consumado: novelista de los sentimientos íntimos, defensor del matiz, de la cualidad, de las formas delicadas de civilización y cantor de Barbezieux, pequeño cantón del departamento de Charente que el escritor convierte en el ideal de una Francia burguesa y provinciana, laboriosa, apacible y virtuosa. Curiosamente, durante los años treinta Chardonne no

11. *Journal de la France*, *op. cit.*, vol 2, págs. 308-309.

12. *Anthologie de la nouvelle Europe*, *op. cit.*, pág. XLV (la misma página para la cita anterior).

13. Véanse las notas sobre el tema en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.139b. La Propaganda-Abteilung había considerado el segundo volumen del *Journal de la France*, que además había sido preparado en estrecha colaboración con la embajada («Tätigkeit Dr. Klassen», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125b/2), especialmente apropiado para los prisioneros de guerra franceses; desde el punto de vista de la propaganda alemana, ofrecía una visión interesante sobre lo ocurrido en Francia desde la derrota (Heller, «Kurzbericht», 10 de julio de 1942, *AJ 40* 1.005, dr. 7).

14. Cuando acude por primera vez a un concierto ofrecido por el Instituto Alemán, Chardonne observa cuidadosamente los rostros de los allí presentes y se tranquiliza cuando descubre entre ellos a Fabre-Luce: «Uno se siente tranquilo cuando ve a su lado al hombre más inteligente de Francia» (*Voir la figure*, Grasset, 1941, pág. 42).

se comprometió públicamente, es la derrota la que lo hace salir a escena, mientras que, durante «la drôle de guerre», arremetió violentamente contra la Alemania nazi y denunció los totalitarismos.[15] Chardonne justifica la aceptación de la derrota apelando al juicio de la historia —como Fabre-Luce, como Montherlant: hay que aceptar lo que es porque está ahí, y, si es necesario, acudir a la historia y especular sobre los efectos sorprendentemente saludables de los grandes desastres; una manera de ver las cosas que Raymond Aron denunció desde Londres—.[16] El sentimiento nacional, sigue diciendo Chardonne, podrá rebelarse. Pero es necesario dominar esa mala inclinación y, en vez de despreciar al vencedor, tratar de ver las consecuencias positivas de la derrota. Ésta es la manifestación de una gravísima enfermedad que no es de índole militar, sino civil, y cuyo remedio es claro: «Para curarnos, aprenderemos de quienes nos han vencido».[17]

Chardonne emplea la palabra «conversión» para calificar su cambio de actitud. Al parecer, ha captado repentinamente el peligro que corre Barbezieux y la oportunidad histórica de alejarlo. En *Voir la figure*, Chardonne evoca los primeros años del siglo, aquellos tiempos felices en los que «los obreros estaban contentos», tiempos en los que se vivía apaciblemente, sin las despreciables distracciones de la prensa y el cine.[18] El primer efecto positivo de la derrota es precisamente éste: Barbezieux se recupera de la «embriaguez del bienestar que se ha apoderado de todas las clases sociales», recobra la saludable austeridad de los viejos tiempos, «una concepción más justa de la dignidad humana»[19] —hermoso ejemplo de las aspiraciones restauradoras que, desbordando su marco reaccionario inicial, se apoderan de ciertos liberales, de aquellos que, como Chardonne, sienten la amenaza que se cierne sobre el individuo y el burgués.

Convertido, trata de convertir a algunos compatriotas poco comprensivos. Como Fabre-Luce, también él los mira con desprecio: «Nunca antes he tenido el privilegio de ver tan claramente la verdad reservada a unos pocos, y la miseria de la mayoría».[20] Magnánimo, les enseñará a «ver la figura», a entender los elementos dispersos como partes de un todo que les da sentido: la colaboración, política necesaria, política deseable. Exhortando a sus pobres compatriotas a «pensar contra sus inclinaciones naturales y contra una vieja

15. Véase su *Chronique privée*, Stock, 1940.
16. Raymond Aron, «Au service de l'ennemi» (I y II), en *L'Homme contre les tyrans*, Nueva York, La Maison française, 1944, págs. 186 y sigs.
17. *Chronique privée de l'an 1940*, Stock, 1941, pág. 118.
18. *Voir la figure*, *op. cit.*, págs. 48 y 52.
19. *Ibid.*, págs. 198 y 206.
20. *Ibid.*, pág. 43.

educación muchas veces errónea»,[21] a aceptar lo inevitable y a buscar lo positivo en todo cuanto existe, Chardonne expone sus argumentos. Algunos se refieren a la situación de Francia: la derrota estaba escrita, la superioridad alemana es aplastante; una reconquista inglesa, de ser viable, arruinaría Francia; Francia ha de recomponerse internamente. Otros se refieren al vencedor, que se ha comportado con moderación y ha demostrado haber comprendido perfectamente su misión histórica. Argumento acompañado de la insinuación de que el vencedor podría comportarse de otro modo: negándose a reconocer «las bondades de la ocupación alemana», los franceses corren el riesgo de procurarse «una servidumbre mucho más trágica».[22]

Chardonne no hace elogio del nazismo. La Alemania nazi es una necesidad histórica, su revolución viene exigida por el estado en el que se halla el Continente; también los franceses aspiran a ella, sólo que confusamente, o secretamente, pero son incapaces de liderarla. Al igual que Fabre-Luce, él está convencido de que Francia y Alemania se reconciliarán a través de una asimilación parcial y recíproca de sus concepciones del mundo. «Ahora, Francia desea más rigor en la sociedad; Alemania querrá relajar un poco este rigor.»[23] La primera no ha cumplido su misión: «El fin es el individuo. [...] El ideal comunitario es tan sólo una etapa necesaria pero transitoria, una cura del individualismo malo».[24] Así pues, Barbezieux tiene su lugar en la Europa de Berchtesgaden: «Las gentes de Barbezieux eran gentes de otra época; sin cambiar demasiado, serán las gentes del futuro».[25] Volviendo al presente, Chardonne termina con una nueva denuncia: «Urge hacer callar a los franceses. [...] Necesitamos un gobierno implacable. Necesitamos unos tiranos, pero que conozcan su oficio».[26] En Chardonne, en Bonnard y en otros muchos «escritores ilustres», está presente este mismo desprecio por los franceses, para los que no encuentran palabras bastante duras para reprobarles su desorientación, su ceguera, su intoxicación y su delirio. Nadie está dispuesto a atenerse a las razones de estos compatriotas que piensan de otro modo, todos se empeñan en adoptar esa actitud de superioridad propia de quienes, dándose cuenta de su debilidad, pretenden pasar por hombres duros.

Después de 1942, Chardonne no permanece fiel a su teoría de la necesidad histórica: pese a ser probable, y después cierta, la victoria aliada no le atrae lo suficiente. Ahora se reserva sus opiniones y sigue obsesionado con la amena-

21. *Ibid.*, pág. 78.
22. *Ibid.*, pág. 80.
23. *Ibid.*, pág. 63.
24. *Ibid.*, pág. 62.
25. *Ibid.*, pág. 72.
26. *Ibid.*, pág. 89.

za comunista («Veo con gran desesperación cómo se están destruyendo las ciudades alemanas. Nuestra fortaleza se hunde»),[27] pero es prudente y renuncia a publicar un libro que estaba listo para ser impreso, *Le Ciel de Nieflheim*, que habría manchado su nombre. «El nacionalsocialismo ha creado un mundo nuevo en torno al ser humano.» O: «Las SS se sirven adecuadamente de su poder absoluto, y la población, una vez se ha acostumbrado, ya no se queja»...[28]

Las personalidades que ornan con su nombre el frontispicio del Grupo Colaboración dan mayor resonancia a sus posiciones que los simples escritores. No obstante, conservan las formas: aunque se comprometen políticamente, lo hacen de buena ley, y en buena compañía. El Grupo es una continuación del Comité Francia-Alemania (CFA), y su objetivo sigue siendo el mismo: incorporar en sus filas a la élite nacional. Para ello cuenta con unos cuantos recursos, empezando por su legitimismo. Patrocinado por Fernand de Brinon, el Grupo apela constantemente a Pétain, manifestando su absoluta adhesión a la revolución nacional y a la política de Montoire. Por otra parte, en Vichy goza del apoyo de Darlan, que autoriza su implantación en la zona libre en noviembre de 1941, y de Laval, que, en enero de 1943, ordena a los prefectos que le den su apoyo. Asimismo, el Grupo afirma continuamente que no es un partido, que está más allá de los partidos; de hecho, no formula ninguna de esas críticas o amonestaciones tan habituales en los discursos de los otros grupos parisinos. Finalmente, propone actividades poco bulliciosas, sobre todo conferencias públicas y actos culturales. Su propaganda no va más allá de los comunicados de prensa, y la inscripción se hace normalmente de forma personalizada o en los mismos actos que organiza.

Su carácter ilustre se refleja en su comité de honor, formado por cinco miembros del Instituto, el cardenal Baudrillart, Georges Claude, Pierre Benoit, Abel Hermant y Abel Bonnard —los tres últimos pertenecen a la Académie française—. Están, además, Drieu La Rochelle, Melchior de Polignac, Claire Croiza (profesor del Conservatorio de Música) y René Moulin (miembro del Consejo Superior de las Colonias). En la dirección están Alphonse de Chateaubriant, presidente del Grupo, Jean Weiland y René Richard du Page, sus dos vicepresidentes, y Ernest Fornairon, su secretario general. Desde los tiempos del Comité Francia-Alemania, se han producido importantes bajas. Sólo tres de los hombres que forman el nuevo comité de honor figuraban en

27. Guitard-Auviste, *Chardonne*, *op. cit.*, pág. 224.
28. *Ibid.*, pág. 227.

los puestos directivos del CFA (Drieu, Benoit y Polignac). Alphonse de Chateaubriant, que entonces habría parecido demasiado irascible, ocupa ahora la presidencia. Ya no hay parlamentarios, ni políticos, ni embajadores.

El predominio de la vida cultural se refleja en la organización del grupo: una sección económica y social (dirigida por el arquitecto Paul Marme); una sección científica (el cirujano Charles Claoué, con Charles Laville, François Maignan y el doctor Robert Soupault en la administración); una sección literaria (Bonnard, José Germain); otra jurídica (Le Fur); y finalmente, una sección artística, subdividida en tres: arte dramático (el dramaturgo Jean Sarment, que en 1944 sucede a Vaudoyer en la dirección de la Comédie-Française); musical (Max d'Ollone, director de la Opéra-Comique, cuyos presidentes de honor son Alfred Bachelet y Florent Schmitt, ambos del Instituto); artes plásticas (Georges Grappe, subdirector del Museo Rodin, y Othon Friesz y Paul Belmondo como vicepresidentes). A lo que hemos de añadir una asociación juvenil, las Juventudes de la Europa Nueva (JEN), dirigida por Marc Augier, que viene de la izquierda y se enrola en la LVF en el otoño de 1941; lo relevará Jacques Schweizer, que estuvo al frente de las Juventudes de Taittinger. Las JEN conservan el elitismo de este último grupo, reclutando a estudiantes de secundaria y a hijos de hombres ilustres.

Pese a ser una minoría, juntos, estos hombres confieren al Grupo Colaboración una dimensión social que dista mucho de ser insignificante y de la que ningún otro grupo puede preciarse. La mayor parte de sus dirigentes son personas de cierta edad, y su compromiso, que responde a motivos muy diversos, es como un compendio de los conflictos y las inclinaciones que viene experimentando una parte de los franceses desde la Gran Guerra; al igual que Chardonne, algunos de ellos sólo se han comprometido públicamente después de la derrota. Pero todos presentan unas tendencias antidemocráticas, unas inclinaciones al conservadurismo, cuando no al tradicionalismo, y una imagen de Alemania deformada por la repugnancia que les produce el estado en el que se halla su propio país.

El caso del cardenal Baudrillart, rector del Instituto Católico de París, es muy representativo. El mismo hombre que en la Primera Guerra Mundial dirigió un comité católico encargado de defender la causa aliada en el extranjero y denunciar los crímenes alemanes, y que en 1939 denunció el nazismo como una «renovación de la barbarie pagana»,[29] ahora ha cambiado de opinión, sin duda como resultado de una reflexión interior que se ha prolongado durante años. Su odio hacia el comunismo anula su animadversión por Alemania y su

29. Paul Christophe, «Le cardinal Baudrillart et ses choix pendant la Seconde Guerre mondiale», *op. cit.*, pág. 58.

desconfianza hacia el nazismo, una dificultad con la que no se encontró en el primer conflicto mundial. El miedo al comunismo soviético y el temor a una nueva Comuna en Francia, le hacen «ver la figura» y considerar la Alemania nazi como un mal menor, e incluso, a partir del 22 de junio de 1941, como un mal del que podría salir algo muy bueno.

Alphonse de Chateaubriant, otro católico, pero sin influencia maurrasiana, fue conquistado antes de la guerra por el nazismo, régimen que interpreta desde el punto de vista de sus aspiraciones restauradoras y desde un espiritualismo cristiano heterodoxo. Según él, el mundo ha entrado en una fase de «decadencia» porque ha perdido el vínculo con la religión y con sus símbolos en beneficio del materialismo, del *homo oeconomicus*, del oro y de la máquina, y el comunismo es la consecuencia lógica de esta pérdida. Así pues, es necesario volver a espiritualizarlo en aquellos marcos comunitarios que permiten a los individuos volver a sentir el calor de la solidaridad y de unas creencias compartidas. Desde este punto de vista, la colaboración es el remedio para un mal de la civilización, y no solamente para un mal francés, es la promesa de un nuevo ciclo histórico, que vuelve a justificarse apelando a la coyuntura: la unidad de Europa bajo el liderazgo de Alemania responde a una especie de ley de unificación continental y de competencia intercontinental.[30]

Influido por el maurrasismo, Abel Bonnard comparte muchos de los elementos de esta concepción, y en esta medida forma parte de una corriente tradicionalista que cree encontrar en Vichy una máquina para viajar al pasado, y a la que también pertenecen otros académicos, como Henri Bordeaux, Maurice Donnay, La Varende, Pesquidoux... Pero Bonnard se enfureció a mediados de los años treinta. Denunció a los «moderados», a la derecha liberal y conservadora, la verdadera responsable de la decadencia de Francia. Se aproximó a Doriot y al PPF, aunque aproximarse a un partido es muy poco maurrasiano. Y empezó a sentir una profunda admiración por la Alemania nazi, lo que desde luego no es nada maurrasiano. Pero es en 1941 cuando rompe definitivamente con el maurrasismo: después de los «moderados», denuncia a los «reaccionarios», es decir, a Maurras, quien, según él, se obstina en un «patriotismo que no conduce a ninguna parte», en vez de «admitir plenamente la asociación de Francia y Alemania en la gran Europa».[31] Curioso caso, el de este «académico de choque», para emplear la expresión de Céline: un hombre tradicionalista en muchos aspectos, ligado a una Francia rural, virtuosa, inmóvil, pero al mismo tiempo tentado por el fascismo, la movilización y la unión en la acción, lo que resume bastante bien el tipo de sociedad que desea: «Vivi-

30. Véase L.-A. Maugendre, *Alphonse de Chateaubriant*, André Bonne, 1977.
31. Bonnard, «Les réactionnaires», *Je suis partout*, 26 de mayo de 1941.

remos en una sociedad organizada jerárquicamente, animados por un espíritu de fraternidad».[32]

Al lado de las letras, la ciencia ocupa un lugar importante en el Grupo Colaboración. Charles Laville o Ernest Fourneau son hombres muy prestigiosos, y también tienen las ideas muy claras. El segundo es partidario de la reconciliación con Alemania desde hace mucho tiempo, y después de la derrota no duda en ayudar al ocupante examinando por él, a finales de 1940, las revistas científicas e indicando aquellas cuya aparición cree indispensable.[33] La trayectoria de Georges Claude es menos convencional, la de un inventor muy capacitado para las aplicaciones prácticas, lejos de la teoría y de la ciencia pura. Este hombre rico y prestigioso fracasó en la política en 1928, cuando se presentó a diputado. Tras este fracaso, se aproximó al maurrasismo, pero sin demasiado entusiasmo, pues poco después defendió la reconciliación de Francia y Alemania. Convertido en uno de los conferenciantes estrella del Grupo Colaboración, a finales de 1942 sufre una profunda depresión y tiene la extraña idea de suicidarse en público al término de una conferencia, después de explicar sus razones y de preparar un comunicado titulado: «Morir por Francia». Pero, en realidad, Claude dirigía su gesto a otro destinatario: «Deseo que mi sacrificio sea aceptado por el führer, que sin duda comprenderá mis sentimientos, y que lo acepte como la viva expresión de mi confianza en que Alemania e Italia, indulgentes con este pueblo cuya desgracia fue no haber sabido librarse de sus miserables jefes, reservarán para la Francia regenerada un lugar digno de ella en esta Europa nueva que los franceses, así lo espero, ayudarán a construir y a organizar».[34]

Con tal ramillete de hombres ilustres, no es sorprendente que el discurso del Grupo Colaboración sea fundamentalmente un discurso histórico y cultural. Sus conferenciantes quieren enseñar a discernir «la Alemania real»,[35] hacer comprender las «afinidades intelectuales» existentes entre los dos países y la complementariedad de los dos pueblos, así como la necesidad de una reconciliación, cuya «conducción» habrá de concederse a Alemania en razón de sus particulares responsabilidades. El Grupo transmitirá fielmente la propaganda «europeísta» de Goebbels: la construcción de una Europa formada por pue-

32. Bonnard, *Pensées dans l'action*, Grasset, 1941, pág. 93. Véase J. Mièvre, «L'évolution politique d'Abel Bonnard», RHDGM, n° 108, octubre de 1977, págs. 1-26.

33. Heller, «Tätigkeitsbericht vom 19.12 bis 25.12.40», AN, *AJ 40* 1.005, dr. 7; nota de la Abt. Verw. del MBF, 5 de febrero de 1941, *AJ 40* 560, dr. 4.

34. *Procès Georges Claude* (Bleuet, BDIC), págs. 90-91.

35. «Les statuts de notre groupement», *Collaboration*, mayo-junio de 1944, pág. 14. Véase Catherine Brice, *Le Groupe Collaboration 1940-1944*, Universidad de París I, 1977-1978; y Barbara Unteutsch, *Vom Sohlbergkreis zur Gruppe «Collaboration»*, *op. cit.*

blos libres e independientes exige sacrificios, pues hay que ayudar a Alemania a proteger el Continente contra las malignas potencias que lo agreden.

El perfil de sus dirigentes, el aval del gobierno y la naturaleza de sus actividades garantizan al Grupo un eco bastante importante. La tirada de *La Gerbe*, el semanario de Chateaubriant, es de 130.000 ejemplares, de los que se venden 100.000.[36] En su giras, sus conferenciantes, franceses o alemanes, como el profesor Grimm, hablan ante salas repletas de público, el aval oficial resulta efectivo. En la primera fila suelen sentarse el prefecto o su representante, las autoridades regionales y municipales, los delegados de los servicios de Vichy, representantes del Colegio de Médicos, de las cámaras de comercio, y a veces de la Iglesia, además de los grupos colaboracionistas.

En junio de 1942, Grimm va de gira por la zona libre. Todas sus conferencias, 10 en total (Lyon, Aviñón, Cannes, Marsella, Nimes, Narbona, Perpiñán, Carcasona, Montpellier, Toulouse), consiguen llenar la sala. La multitud suele concentrarse fuera del edificio, escuchando al conferenciante a través de un altavoz. El número de oyentes supera siempre las 2.000 personas, que aplauden y celebran las referencias a Hitler y a sus buenas intenciones en relación con Francia. El profesor alemán asiste a recepciones particulares organizadas por la Cámara de Comercio (Marsella y Toulouse), por el rector de la Universidad de Toulouse, por un comité de honor formado por el alcalde, la Cámara de Comercio y las autoridades universitarias (Montpellier). Según Grimm, el público ya no es el de antes de la guerra, cuando daba conferencias para el Comité Francia-Alemania: ahora hay menos burguesía, hay gente de todas las clases sociales, probablemente gracias al público que aportan los partidos colaboracionistas.[37]

Según la embajada, las conferencias del Grupo Colaboración habrían llegado hasta 200.000 personas.[38] Sin duda, algunos son simples curiosos, pero la curiosidad es indicativa de una actitud. El 1 de junio de 1942, Abetz informa de que el Grupo cuenta con 38.000 miembros, 12.000 de ellos en la zona libre; a finales del año, uno de sus responsables da la cifra de 100.000, y después, en mayo de 1944, la embajada aporta un informe detallado que registra un total de 42.283 miembros.[39] Entre esta gente, hay un gran número de hombres ilustres, pero también de exaltados, dos cualidades que no siempre se excluyen. El director del Grupo en Lyon, doctor en ciencias, es ayudante en la Facultad de

36. *Documents pour l'histoire de la presse*, *op. cit.*, pág. 78.

37. «Bericht über ein Vertragsreise in das unbesetzte Gebiet Frankreichs vom 4.-22. Juni 1942», BAK, *Nachlass Grimm.*

38. Schleier, 6 de septiembre de 1943, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.463.

39. Abetz, «Notiz für III», 19 de junio de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.122; Schleier, 19 de enero de 1943, *Botschaft Paris* 1.121/3; Von Bose, 16 de junio de 1944, *Botschaft Paris* 1.304.

Ciencias; en junio de 1942, solicita a Abetz ayuda financiera para su sección: «Le ruego, excelencia, que disculpe mi petición, pero es la misma que le formulan todos aquellos que se esfuerzan por hacer comprender a los franceses los méritos del führer y el amor del pueblo alemán por sus hermanos franceses, con quienes ha compartido durante siglos el "collar" de la esclavitud británica». La carta acaba así: «¡Por la nueva Europa! ¡Heil Hitler!».[40]

40. G. Duch a Abetz, 19 de junio de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* I.134.

Capítulo 27
La derecha autoritaria

Con la derecha, o más bien con la extrema derecha, volvemos a encontrarnos con la militancia. Pero aquí, a diferencia de lo que ocurre en la izquierda de Abetz, la referencia es militar, la voz alta y crispada, el valor primordial la autoridad, fundamento de un rechazo absoluto de la democracia. Estos militantes están en todo con el mariscal, su partidismo les lleva incluso a pedir al gobierno que actúe con dureza, empezando por castigar a los responsables de la guerra, medida de justicia o de venganza, pero sobre todo signo inequívoco de una ruptura con el pasado. Hay que abrir un abismo, exigen los doriotistas a finales de 1940. «Y, para hacerlo insalvable, derramar en él un poco de sangre. La de los responsables de todos nuestros males.»[1] La purga, la exclusión y la represión están en el centro de su programa, que llama insistentemente a actuar con severidad contra los responsables de la guerra, los oponentes, la resistencia, los comunistas, los francmasones, los judíos... El antisemitismo ocupa un lugar muy importante, se toma como modelo la política nazi.

Estos nacionalistas piensan que la colaboración devolverá a Francia su poder, que se asociará o se coordinará con el del vencedor. El Ejército y el Imperio son las dos arcas de la alianza, el fundamento mismo de la vida nacional. Inicialmente, el discurso sobre la colaboración gira exclusivamente en torno al interés nacional: no hay una alabanza entusiasta y exagerada de Europa. Poco o nulo interés por la economía, por la interdependencia y la supresión de las fronteras, y el interés por la dimensión «socialista» del nazismo es muy limitado. Lo que verdaderamente atrae del nazismo es su capacidad de generar fuerza y energía, de alinear y disciplinar a su pueblo.

En un medio como éste, Déat, incluso el último Déat, sólo puede despertar antipatías, al igual que Laval, que sólo levanta odios. Aquí, la evolución de la guerra no desencadena un movimiento de retirada tan amplio como en

1. Henri Lèbre, «Le fossé», *Le Cri du peuple*, 12 de diciembre de 1940.

otras partes, y en el plano de los valores la diferencia entre el principio y el final es menor. No obstante, sí hay cierta evolución, aunque sólo sea la que introduce el abandono de la germanofobia que caracterizaba al nacionalismo francés, aversión que empezó a relajarse en el período anterior a la guerra. Así lo prueba fehacientemente la vil revisión de la que son objeto algunas obras. La *Histoire du cinéma* de Maurice Bardèche y Robert Brasillach, publicada en 1935, contenía este pasaje sobre el cine alemán: «Alemania satisfacía en él su profundo romanticismo, y ese gusto por el sadismo, el temor y el temblor, esa unión de sexualidad y muerte que embriagó a tantos hijos suyos después de la guerra». En la reedición que aparece después de la derrota, el final de la frase se altera y se completa con una coletilla: «...esa unión de sexualidad y muerte que embriagó a tantos de sus judíos después de la guerra. Pues, como en todas partes, en Alemania los judíos se habían hecho con el cine».[2] Lo que antes se decía de Alemania, ahora se atribuye a los judíos; señalando al enemigo común, se da el primer paso hacia la reconciliación entre los dos países.

Esta evolución se refleja también en la orgullosa afirmación del totalitarismo, en la radicalización del racismo y en la equiparación de acción política y lucha militar. El empleo de la fuerza contra los adversarios políticos se considera ahora legítimo y natural. El imaginario de guerra civil, que había aflorado a mediados de la década anterior, se apodera de una situación en la que las amenazas se apoyan en la fuerza del ocupante. Asimismo, la evolución se refleja en el plano del nacionalismo, que, después del ataque alemán contra la URSS, incorpora en su discurso el tema «europeo». Después de noviembre de 1942, la convergencia de intereses franceses y alemanes se acepta en nombre de una «revolución europea» que se entiende fundamentalmente como la lucha contra unos enemigos comunes, ampliando a escala continental la doble lucha interna contra la democracia y el comunismo. El vencedor ya no aparece como una nación, sino como un régimen que puede servir de modelo para fundar sobre nuevas bases la nación francesa.

Esta extrema derecha se nutre, en primer lugar, de la pequeña cohorte de cabecillas de antes de la guerra que adoptó parte del oropel de los fascismos, camisas y brazo levantado, insignias y banderas, juramento y culto a los muertos, y que estableció relaciones más o menos estrechas, a veces retribuidas, con los regímenes vecinos. Ninguno de ellos logró destacar, salvo Doriot, pero por muy poco tiempo, entre 1936 y 1937; después de la derrota, la mayoría de

2. Alice Yaeger Kaplan, «Fascist Film Aesthetics: Brasillach and Bardèche's "Histoire du cinéma"», *Modern Language Notes*, vol. 95, nº 4, mayo de 1980, pág. 867.

ellos no pasarán de ser meros profesionales de la sedición. Periodista que se lanza a la vida política en 1934 ganándose persecuciones y condenas, Clémenti sólo es digno de mención por su decisión de instalarse en Lyon en el otoño de 1941, donde publica su diario, *Le Pays libre*, con la ayuda de Vichy, para caer inmediatamente en el olvido. A Jean Boissel, ex combatiente mutilado y pensionado, arquitecto fracasado en la vida civil, una vidente le reveló que estaba predestinado a reconciliar a Francia con Alemania e Italia, lo que trató de hacer por la vía del racismo y del antisemitismo. Acusado de espiar para Alemania en 1939, se somete a un examen psiquiátrico que lo describe como «un hombre atormentado por su destino que deberá triunfar sobre aquellos que quieren su perdición».[3] Excarcelado por los alemanes, retoma su lucha con la misma obsesión. Auguste Féval, redactor jefe de su periódico, *Le Réveil du peuple*, compartía con él esa obsesión. Féval ve francmasones por todas partes y atribuye a unos enemigos ocultos su ruina económica y la enfermedad mental de su esposa.[4] En cuanto a Pierre Costantini, que, como buen corso, era ferviente admirador de Napoleón, tuvo una caótica trayectoria profesional antes de la guerra y entró en la política después de la derrota, antes de acabar en un manicomio.

Deloncle, Bucard y Doriot son personajes de mayor envergadura. Ingeniero y administrador de sociedades, Deloncle entra en la escena política a raíz de la violenta manifestación antiparlamentaria del 6 de febrero de 1934. Se separa de una Acción Francesa (AF) que le parece impotente y opta por el alzamiento, formando unos grupos que arma con la ayuda de la Italia fascista, a la que paga asesinando a algunos de sus oponentes en el exilio. Apuesta por la estrategia de la tensión y de los atentados provocadores para lograr su objetivo: acabar con la República. Es comprensible que aprovechase la ocasión que le ofrecía la derrota, a diferencia de algunos de sus compañeros, que se pusieron al servicio de Vichy o se unieron a De Gaulle.

Astuto, misterioso, vanidoso, Deloncle se rodea de secuaces y aventureros, de personas honorables como el general Lavigne-Delville y el industrial Eugène Schueller, y de unos cuantos intelectuales, entre los que destaca Georges Soulès. Antiguo alumno de la École polytechnique al igual que su jefe, militante de la SFIO durante los años treinta, concretamente en la corriente «Resurgimiento», Soulès se siente atraído por este «hombre sin ideas».[5] Antiguo

3. Véase AN, *Z 6* 233 (Boissel).
4. Informe Féval, AN, *AJ 40* 1.014, dr. 5 bis.
5. Raymond Abellio (seudónimo de Georges Soulès), *Ma dernière mémoire*, vol. III, *Sol invictus*, *op. cit.*, pág. 192. Véase también Philippe Bourdrel, *La Cagoule*, Albin Michel, 1970; y Bertram Gordon, «The Condottieri of Collaboration: Mouvement social révolutionnaire», *Journal of Contemporary History*, abril de 1975, págs. 261-275.

militante de izquierda, trata de organizar el Movimiento Social Revolucionario (MSR), lo que lo aleja de Deloncle. Éste, que tiene a todos sus hombres en sus manos, sólo se preocupa por la organización militar y por las actividades de información. A él no le interesa compartir unas ideas, lo único que le importa es que la banda funcione. En su acción, sigue mostrando un gusto por la violencia que lo separa definitivamente de Déat. Así, en el mes de junio de 1941, propone a los alemanes perseguir a los judíos y a los partidarios de De Gaulle a cambio de la liberación de prisioneros de guerra.[6] En octubre, hace volar siete sinagogas parisinas con el visto bueno del SD, que le procura los explosivos.[7]

Después de separarse de Déat, renueva su juramento de lealtad a Pétain, poniendo a disposición del mariscal su movimiento, en el que destaca el importantísimo Servicio de Información, con sus 24 departamentos dedicados a investigaciones especializadas.[8] Al mismo tiempo, se entrega a la diplomacia paralela, tratando con emisarios de las SS, de la Italia fascista y de la España franquista.[9] En París, la embajada desconfía de él y mantiene al MSR en la lista de los partidos tolerados. Sin embargo, Deloncle es muy claro en sus manifestaciones. «Hoy es Alemania la que nos da el ejemplo que hemos de seguir para realizar la verdad del siglo XX. Gracias al impulso genial del hombre que se ha dado como jefe, a costa de un esfuerzo y un valor extremos, Alemania ha construido el prototipo del régimen nacionalsocialista europeo.» El deber de los franceses es apoyar «con su acción política a la nación que ha asumido la tarea de unificar Europa».[10]

En mayo de 1942, el conspirador es víctima de una conspiración de Soulès.[11] Se multiplican las protestas sobre su forma de dirigir el partido, sus relaciones con Vichy y sus dudosas compañías. Pero la ruina de Deloncle llega con la vuelta de Laval, que, desde el atentado que sufrió el año anterior, desconfía del antiguo jefe de *La Cagoule*. Los conspiradores toman la sede del partido y prohíben la entrada a los hombres de Deloncle, que anuncia su retirada de la vida política, seguido por Schueller. Muchos miembros del partido se pasan al PPF. Sorprendente final para un hombre tan temido, que continuará conspirando, antes de que la policía alemana se lo cargue en 1944, al parecer por equivocación.

Reducido a unos cientos de militantes, el discurso del MSR de Soulès, financiado por Laval, se centra en «la raza y el suelo». Se presenta como «el

6. Schleier a Knochen, 23 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.311.
7. Véase la documentación del caso, IHTP, *Mfm all.* 110, H 2.646.
8. Deloncle, «Organisation du MSR en zone occupée» (otoño de 1941), AN, *F1A* 3.684.
9. Véase ASMAE, *Affari politici Francia*, nº 49, y *Archivio del Gabinetto*, bobina 11, UC 62.
10. Discurso de Deloncle del 23 de noviembre de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.313.
11. Abellio, *Sol invictus*, *op. cit.*, págs. 282 y sigs.

partido más próximo al partido nacionalsocialista alemán por su ética, su doctrina y sus métodos». En su programa, afirma su voluntad de «purificar racialmente Europa, eliminado a los judíos» y de unirla «política, económica y espiritualmente», siguiendo el «grandioso ejemplo» de Hitler y del nazismo. Lo específico del segundo MSR es su pretensión de formar «una nueva caballería», pero sin jefe, para facilitar el agrupamiento de las fuerzas colaboracionistas.[12] Tras colaborar con Déat en su proyecto de crear un partido único, el MSR se centra en la ideología, alejándose de la actividad pública y soñando con la reconciliación francofrancesa.

Antiguo combatiente profundamente marcado por su experiencia en la guerra, Bucard ha trabajado como agitador profesional para otros (Valois, Coty, Hervé), y a partir de 1933 para sí mismo. De todos los líderes parisinos, es el que mejores relaciones mantiene con Vichy; Pétain lo recibe en varias ocasiones y está seguro de su lealtad. Mantiene buenas relaciones con Darlan, y después con Laval, al menos hasta finales de 1942. Su partido sólo está autorizado en la zona libre, pero su periódico *Le Franciste* se publica en Marsella y en París. Bucard trata de aprovechar al máximo sus contactos en las dos zonas.

Nacionalista convertido al totalitarismo fascista, Bucard conserva algo de su pasado católico, subrayando gustosamente el espiritualismo y el «misticismo» del francismo. Aparte de esto, un lenguaje plebeyo y populachero («Hemos de hacer esa maldita limpieza y sacarnos la mierda de encima»), una retórica de la indignación que sustituye al análisis y al razonamiento, y un llamamiento a la represión.[13] Inicialmente, Bucard prolonga el lenguaje de la grandeza, del honor y del heroísmo propio del nacionalismo, tratando de definir su postura en materia de colaboración. Dice que no está de acuerdo con una «colaboración estúpida»,[14] denuncia el servilismo de los demás y exige respeto a la integridad territorial del vencido. En una reunión celebrada en Orleans en febrero de 1942, Guiraud, su ayudante, declara que no podría hablarse de colaboración si Francia tuviera que perder el norte y Alsacia-Lorena, para acabar el acto cantando «La Marsellesa»; doble error que le cuesta una amonestación de los alemanes.[15] El francismo está siempre con la misma canción. En 1943, aludiendo a Laval, critica «la vileza y la humillación» de esta forma de colabora-

12. «Note sur le Mouvement social révolutionnaire», 23 de mayo de 1942, sin firma, CDJC, XIXa-15.

13. Bucard, «Hardi! La France!», *Le Franciste* (París), junio de 1941; «Où sont les guillotines?», *ibid.*, 30 de junio de 1941. Véase Alain Deniel, *Bucard et le Francisme*, Jean Picollec, 1979.

14. Discurso de Bucard en el congreso celebrado en la zona ocupada, *ibid.*, 11 de octubre de 1941.

15. Asegurará por escrito que no volverá a cometer ese error (carta del 14 de abril de 1942, AN, *AJ 40* 1.008, dr. Francismo).

ción y exige un gobierno capaz de negociar con Alemania «abiertamente y sin ambages».[16]

De hecho, en el otoño de 1941, Bucard ya había formulado los términos del dilema y tomado una decisión: «¿Hemos de desear la victoria de Inglaterra, y por lo tanto de la URSS, con el pretexto de que estos dos países prometen mantener la integridad territorial de Francia? ¿O conviene aceptar una victoria de Alemania, que actualmente está liderando una cruzada para salvar a Europa de todas las fuerzas comunistas judeomasónicas internacionales? Para nosotros, la elección es sencilla. ¡Deseamos la victoria de los que liberarán a Europa del bolchevismo y del poder judeocapitalista, pues sólo entonces Europa será libre!».[17]

En la primavera de 1942, después del incidente de Orleans, el francismo se achica y pide a sus militantes que dejen para la posguerra la exigencia de una igualdad de derechos y de deberes entre vencedor y vencido y que, por el momento, acepten solamente deberes: si Francia no ayuda a Alemania ahora, tampoco podrá colaborar con ella en pie de igualdad en el futuro. Por lo tanto, hay que «confiar» en el vencedor, una posición que se justifica con un argumento muy débil: Hitler habría podido destruir Francia en 1940, pero no la destruyó, sino que le tendió la mano.[18] Después de noviembre de 1942, el francismo incorpora en su discurso el tema de «Europa», realidad superior a la nación que, más allá de una simple federación de estados europeos, se concibe incluso como un Estado-nación.[19] Bucard seguirá su camino, pero observado de cerca por los alemanes: su pétainismo y los rumores sobre su homosexualidad le obligarán a ganarse su confianza «día a día».[20] Probablemente, su partido jamás superó los diez mil afiliados.

De entre todos los líderes parisinos, Doriot es el hombre de mayor talla.[21] Su partido tiene más efectivos que ningún otro, entre 40.000 y 50.000, incluidos los de África del Norte. En este sector de la derecha, Doriot es el único que goza del apoyo de periodistas profesionales y de un círculo de intelectuales. Hombre vigoroso y sin escrúpulos, de su militancia comunista conserva la capacidad de organización, el sentido de la estrategia, el análisis de la situación en términos de relaciones de fuerzas y la comprensión de las cuestiones inter-

16. Véase dr. Francismo, AN, *F 41* 347.

17. Discurso de Bucard en el congreso celebrado en la zona ocupada, *Le Franciste* (París), 11 de octubre de 1941.

18. «Quelques idées premières du francisme», *ibid.*, 11 de abril de 1942, pág. 4.

19. F. Antona, «Faire de l'Europe une réalité vivante», *ibid.*, 6 de febrero de 1943.

20. Röhring, 28 de octubre de 1943, «Note sur la conversation avec le SD-Hauptsturmführer Dr. Kuntze a. s. de Bucard», PA-AA, *Nachlass Schleier*, vol. III, nº 14.

21. Véase Dieter Wolf, *Doriot*, Fayard, 1969; y Jean-Paul Brunet, *Doriot*, Balland, 1986.

nacionales. Durante el invierno de 1940-1941, sigue la línea del gobierno. La colaboración es una política realista, explica a uno de sus colaboradores; como la victoria alemana es probable, hemos de evitar cualquier conflicto con los alemanes y aprovechar el tiempo que nos ofrece la prolongación de la guerra para acercarnos a ellos. «Si sólo fuésemos unos cuantos los que estamos con el mariscal», le dice, «podría hablarse de traición; pero somos varios millones, y por lo tanto una corriente de opinión.»[22] Sin embargo, él pronto cambiará de parecer.

En la primavera de 1941, Doriot siente que no progresa. Aunque ha hecho avanzar a su partido en las dos zonas, con un órgano de prensa en cada una de ellas (*L'Émancipation nationale* en Marsella y *Le Cri du peuple* en París), y aunque su formación goza de una fuerte implantación en África del Norte, el horizonte político no está del todo claro. *Le Cri du peuple* ha sido un fracaso, su tirada pasa de los 150.000 a los 16.000 ejemplares en marzo de 1941.[23] En la zona ocupada, el PPF es solamente un partido tolerado, por lo que no le está permitido celebrar actos públicos. La falta de perspectivas en Vichy, el estancamiento del partido en las dos zonas y las dificultades financieras hacen que Doriot acentúe su política de colaboración.

En el congreso del PPF de la zona ocupada, que tiene lugar en mayo de 1941, Doriot se compromete claramente, combinando por primera vez el argumento del interés nacional con el argumento «europeo». «Tengo tres razones para apoyar la política de colaboración: como francés, evito lo peor a mi país; como europeo, contribuyo a la unificación del Continente; como revolucionario, hago que Francia tome el camino de la revolución nacional y social, el único camino capaz de devolverle su unidad.»[24] En este congreso, Doriot presenta un programa racista, inexistente antes de la guerra, en el que no sólo exige el endurecimiento del Estatuto de los Judíos, sino también la prohibición de los matrimonios mixtos e incluso, indirectamente, la esterilización de los «mestizos» judíos: lo mismo que exigen las SS.[25]

El ataque alemán contra la URSS le da la oportunidad de extremar su colaboración. Así, crea la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo, formación propuesta por los líderes de los partidos, apoyada por Abetz y frenada por Hitler. En esta nueva guerra, Doriot vislumbra una salida: con una victoria rápida, Alemania quedaría satisfecha, Francia recibiría un mejor trato y él sería recompensado. Se enrola y parte en otoño con el primer contin-

22. *Cahiers Beugras*, 1939-1941/1. Doy las gracias a Marie Chaix por haberme permitido consultar esta fuente.
23. «Pariser Journalisten 1941» y «Aufbau der Pariser Presse» (en los dos casos, primavera de 1941), AN, *AJ 40* 1.008, dr. 3.
24. Discurso reproducido en Doriot, *Réalités*, Éditions de France, 1942, pág. 106.
25. *Ibid.*, pág. 114.

gente. Doriot tratará de servirse de la LVF para sus propios fines. Pero esa politización desagrada a los alemanes, que le obligan a regresar a Francia a principios de 1942. Doriot considera que ha llegado el momento de ocuparse de su partido.

Entre la primavera y el invierno de 1942, París es testigo de la original política de Doriot, especialmente de su gran ambición y de su aptitud para la intriga. Mientras Laval estuvo en París, Doriot mantuvo el contacto con él, aunque nunca confiaron plenamente el uno en el otro.[26] Cuando vuelve al poder, Laval le da algo de dinero, pero le niega un puesto en el gobierno, y después la autorización para hacer una gira de conferencias por la zona libre y por África del Norte. Entonces Doriot inicia una gran campaña propagandística en la zona ocupada, en la que critica duramente, aunque nunca de forma directa, la insuficiencia de la política interior y exterior de Laval, y en la que se presenta a sí mismo como la alternativa al auvernés. Este desafío habría sido ridículo de no contar con el apoyo del ocupante. Solo entre los líderes parisinos, Doriot trata de sacar provecho de la diversidad de tendencias existente en el seno del aparato de ocupación.[27] Se ha granjeado las simpatías de los dirigentes de la Propaganda-Abteilung haciendo que sus militantes realicen campañas de propaganda, y las del Abwehr facilitando información sobre la resistencia. Y ha establecido buenas relaciones con las SS, cuya importancia crece con la llegada de Oberg, de quien se sirve para presionar a Laval, de la misma forma que la embajada se había servido del auvernés y de Déat para presionar a Darlan. Doriot se aprovecha de que los alemanes necesitan más cooperación de los franceses.

Pero el apoyo que obtiene de los servicios alemanes no le bastará para salir adelante, a pesar de la publicidad que da al congreso que organiza en París a principios de noviembre, con el que trata de impresionar a los unos y a los otros. Laval, que protesta ante las autoridades alemanas,[28] acabará dominando la situación. Hitler necesita de él y así lo hace saber, lo que pone fin a la campaña de Doriot. A finales de 1942, el PPF está muy debilitado: tiene muchas deudas, la embajada le ha retirado la subvención y, además, se expone a una posible disolución.[29] A principios de 1943, Doriot vuelve a partir al frente del

26. Véase el informe del Abwehr, «Bericht über die Beziehungen Laval-Doriot», 21 de octubre de 1942, IHTP, *Mfm all.* 85, III C A *Heeresarchiv Potsdam.*

27. Véase su análisis de la situación, un análisis que fluctúa entre el realismo y la fantasía, *Cahiers Beugras*, 1941-1944/1.

28. Nota de Lischka, 12 de agosto de 1942, AN, *F* 7 14.937, dr. PPF.

29. A finales de noviembre de 1942, el PPF tiene una deuda de seis millones, lo que obligó a Doriot a reducir la plantilla del partido (Knochen a Schellenberg, 25 de noviembre de 1942, AN, *F* 7 15.145, dr. 3). En el partido empieza a hablarse de una eventual disolución, sus responsables hablan de una posible ilegalización (véanse informes del norte, *F* 7 14.610).

este, confiando en que se premiará su lealtad renovándole la subvención. Ciertamente, el anticomunismo constituye uno de los principales motivos de su acción. Ahora que aumenta el peligro, es imposible dar marcha atrás, retirarse, y sobre todo cambiar de rumbo, aunque él hubiese tenido agallas para hacerlo.

El antisemitismo reina en toda la esfera de influencia de la derecha; los partidos transmiten fielmente la propaganda alemana, y en ocasiones incluso secundan su acción. Así, el PPF coopera con la policía en la batida del Vel'd'Hiv'.* Algunos individuos y grupos hacen de esto su especialidad, continuando la labor que empezaron antes de la guerra. Aquí no preocupa demasiado el interés nacional, o, más bien, éste es identificado sin más con el triunfo de la causa nazi, que se considera siempre desde esta misma perspectiva. Ciertamente, el nazismo va a las raíces del problema y da vía libre a los impulsos más extremos de los antisemitas de todos los países. Los antisemitas franceses no se quedan atrás, apoyan la política del ocupante y exigen a gritos medidas más duras. Consideran que todas las medidas que se tomen para discriminar, desposeer y castigar a los judíos siempre serán pocas, su deseo es verlos desaparecer de Europa.

Su acción se ve recompensada. Entusiasmados, dan la bienvenida a una situación en la que el hecho de entregarse a su pasión se premia con ayudas oficiales, empleos seguros y generosas remuneraciones. En carta dirigida al responsable de cuestiones judías de la embajada, Jacques Ménard, presidente de la Asociación de Periodistas Antijudíos (AJA) y redactor jefe de *Le Matin*, le expresa «la sincera gratitud de los miembros de la Asociación de Periodistas Antijudíos, de la que usted es fundador y el mejor apoyo que hemos podido encontrar para nuestra causa».[30]

El antisemitismo profesional cuenta con sus centros especializados. El Instituto de Estudios de Cuestiones Judías (IEQJ), subvencionado por los alemanes, está dirigido por Paul Sézille, un capitán de infantería jubilado, alcohólico y pendenciero, cuya torpeza acaba con la paciencia de sus protectores.[31] Según él, el IEQJ cuenta con 30.000 efectivos entre socios y simpatizantes, más 7.000 contribuyentes, que procederían de todas las clases sociales y entre los que habría médicos, ingenieros, comerciantes, abogados, empleados y obre-

30. Ménard a Zeitschel, 27 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.125 a.
31. *Ibid.*
* «Vel' d'Hiv'» o «Vélodrome d'Hiver», recinto en el que fueron encerrados los judíos detenidos en París los días 16 y 17 de julio de 1942 *(N. del t.)*.

ros.[32] El Centro de Acción y de Documentación, instalado en la sede de la Gran Logia de Francia, está dirigido por Henry Coston, hombre próximo al nazismo desde los años treinta. En el verano de 1942, Coston, considerando que la propaganda «a favor de la reconciliación entre Alemania y Francia» es insuficiente, recomienda a los alemanes que hagan obligatoria la proyección de la película *Le Péril juif*; a su entender, ésta es la única forma de que la población entienda «las excelentes medidas administrativas y policiales» que han sido tomadas para atajar el peligro que representan los judíos.[33]

El antisemitismo dispone también de sus propios órganos de prensa. El más importante es *Au pilori*, dirigido por Jean Lestandi, quien, a finales de 1941, imprime unos 60.000 ejemplares, de los que vende casi 50.000. Éxito considerable para una prosa tan extremadamente rencorosa: durante un tiempo, una pequeña minoría de franceses pudo sacar todo su odio. ¿Estaba entre los lectores del *Pilori* esa viuda parisina que, a finales de 1943, felicita a Brinon? «Disculpe que me tome la libertad de escribirle. Feliz año 1944 y, sobre todo, mucha salud. Por favor, evite usted las bebidas gaseosas. Los judíos ponen en ellas polvo de diamantes. Este polvo invisible es mortal, corta todas las fibras intestinales. Los médicos no lo detectan y hablan de muerte natural. Creo que este año será terrible, espero que los alemanes venzan, por el bien de Francia. En fin, esperemos que vengan días mejores; mi vida es triste, tengo 68 años, soy jubilada e inválida. Si usted pudiese mandarme algo, me ayudaría a pagar mi alquiler.»[34]

Unos cuantos escritores, algunos de ellos bastante conocidos, avalan con su talento el odio a los judíos y lo mezclan indiscerniblemente con su compromiso colaboracionista. Destaca el equipo de *Je suis partout*. Su antisemitismo se agudiza, si cabe, durante los años anteriores a la guerra y sus posiciones políticas lo alejan cada vez más de su viejo maestro. Maurras es un fervoroso partidario de Pétain y dedica la mayor parte de su tiempo a denunciar a los enemigos internos de Francia. Desconfía de la colaboración, aunque no llega a criticarla por respeto al mariscal, pero en cualquier caso está totalmente en contra del colaboracionismo. «Yo no soy europeo», declara a los parisinos, «solamente soy francés».[35] Sus discípulos, en cambio, rompen con la ortodoxia y adoptan las ideas del jefe y del partido único, dos principios básicos de los regímenes totalitarios; el primero de ellos conserva cierto aire de familia con

32. Sézille, «Création de l'IEQJ» (primavera de 1942), PA-AA, *Botschaft Paris* 1.190.

33. Coston a Buscher, 3 de agosto de 1942, con dos notas en el anexo, «Note sur la propagande en faveur du rapprochement franco-allemand» y «Note sur la propagande anti-judéo-maçonnique», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.170.

34. AN, *F 60* 1.498.

35. Maurras, *La Seule France*, *op. cit.*, pág. 36.

la institución monárquica, pero el segundo no. Con la colaboración, sueltan las últimas amarras. Después de defenderla en nombre del realismo y del interés nacional, la defienden en nombre de una lucha común, viendo en el nazismo el régimen que ha de hacer posible la regeneración de Europa y de Francia.[36] Pero su elitismo y su desconfianza hacia los movimientos de masas los apartan de la militancia política. Y cuando se comprometen, prefieren la Waffen-SS, en la que proyectan su heroísmo aristocrático. En diciembre de 1941, la tirada de su periódico es de unos 78.000 ejemplares; de los 64.000 ejemplares puestos a la venta por Hachette, se venden 55.000, a los que hay que sumar las suscripciones.[37] Su tirada será de más de 150.000 ejemplares en 1943; en esta fecha, esa cifra no refleja tanto la disponibilidad de un público cuanto el apoyo del ocupante.

Por su parte, Céline pasa los años anteriores a la guerra alejado de los partidos, pero sin ocultar su simpatía por Doriot. Entusiasmado con la guerra contra la URSS, tiene la intención de enrolarse en el cuerpo sanitario de la LVF. En la primavera de 1942, está pendiente de la ofensiva alemana y acoge favorablemente el retorno de Laval.[38] Céline se pronuncia en las cartas abiertas que dirige a los periódicos más comprometidos con la colaboración (*Au pilori*, *Je suis partout*, *L'Appel*, etc.), siguiendo una línea de pensamiento muy coherente.[39] Además de antisemita, es racista: la eliminación de los judíos, aunque deseable e indispensable, no basta. También hay que purificar la raza francesa, someterla a una cura de abstinencia, reeducarla física y psíquicamente. En *Les Beaux Draps* (1941), cuyo tono refleja la profunda amargura de sus camaradas, vitupera a los franceses que no han entendido nada y que siguen viendo su salvación en Inglaterra y en De Gaulle. Vichy es lo peor que hay, y en espera de que la nueva educación termine su obra, hay que atraer con el comunismo a esos avarientos franceses que sólo piensan en el dinero. Por ejemplo, repartiendo los bienes de los judíos, la única forma de despertar la conciencia racista que tanta falta hace.

Junto con Céline, Drieu La Rochelle es el intelectual francés más próximo al racismo nazi, el más proclive a pensar en términos de raza, de diferencia biológica, de superioridad e inferioridad, de corrupción, de mestizaje, de decadencia e, inversamente, de purga, purificación y limpieza. He aquí la conclusión lógica, escrita el 8 de noviembre de 1942: «Yo pertenezco a una raza y no a una nación».[40] Mientras que, después de la guerra, Céline basa su racis-

36. Dioudonnat, *Je suis partout*, *op. cit.*, págs. 356 y 437.
37. AN, *AJ 40* 1.013, dr. S.P. 10.
38. François Gibault, *Céline 1932-1944*, *op. cit.*, págs. 229 y 249.
39. Philippe Alméras, *Les Idées de Céline*, *op. cit.*, págs. 149 y sigs.
40. *Journal 1939-1945*, *op. cit.*, pág. 302.

mo en un sorprendente e interesante filosemitismo —los judíos se convierten en los compañeros de la raza blanca contra las razas peligrosas, la amarilla y la negra—, Drieu, observando en los Campos Elíseos a los jóvenes de las SS en sus carros de combate, escribe en junio de 1944: «Yo he amado esta raza blanca a la que pertenezco, pero a la que también pertenecen los ingleses, los norteamericanos y los rusos».[41] Este filosovietismo tardío no tiene nada que ver con una aproximación ideológica, sólo expresa su admiración por la fuerza triunfante.

Además del concepto de raza, está el concepto de imperio, una forma política que la época del Estado-nación había barrido de Europa y que resurge cuando se acepta la hegemonía alemana. Pero el imperio del futuro deberá proteger las naciones, tendrá que ser un imperio de naciones —una «Roma colectiva», como decía Fabre-Luce—, una organización política «capaz de conciliar la idea de nación y la idea de imperio o de federación».[42] Es la única manera de devolver a Europa su poder en una época de lucha intercontinental y de permitir que recupere el «espacio vital» al que tiene derecho en África, en Oriente Próximo y en Rusia.[43] Drieu, que no deseaba una guerra con Alemania y no soñaba con la expansión de Francia, esboza un futuro de grandeza y de expansión para la Europa unificada por Hitler.

41. *Ibid.*, pág. 385.

42. «Le sens du tragique», *Idées*, noviembre de 1941, en *Chronique politique 1934-1942*, Gallimard, 1943, pág. 329.

43. «Nécessité continentale», *La Gerbe*, 9 de julio de 1942, en *ibid.*, págs. 363-364.

Capítulo 28

Gente de partidos y gente de armas

Los voceros de la colaboración no claman en el desierto. ¿Hubiesen puesto tanto empeño en su labor de no haber percibido que algo estaba empezando a fermentar en la masa de sus compatriotas? Recordemos lo que decía Doriot en el otoño de 1940: «Si sólo fuésemos unos cuantos los que estamos con el mariscal, podría hablarse de traición; pero somos varios millones, y por lo tanto una corriente de opinión». No todos los que compartían esa opinión favorable a la colaboración ingresaron en un partido político. La mayoría no lo hizo. Y sin embargo, entre la población había cierta efervescencia, como revelan a su modo las formas extremas de esta opinión, por ejemplo el culto a Hitler. En 1941 y en 1942, varias decenas de franceses escriben cartas al führer para felicitarle por su cumpleaños o para desearle un buen año, y a veces, normalmente las mujeres, adjuntan un poema.[1] También poeta, cierto profesor jubilado solicita a Brinon que haga llegar a Hitler el soneto que ha compuesto para darle las gracias por haber liberado a los prisioneros de la región de Dieppe tras el fracaso del desembarco canadiense en agosto de 1942 («¡Ah! Qué excelente diplomático es el führer / Y en todos los campos un triunfador»)...[2] Otros desearían tener el honor de recibir una fotografía suya, que lamentablemente no está a la venta. Es el caso de este veterano del Comité Francia-Alemania que trabaja para uno de los servicios de ocupación: «Si le fuese posible, me gustaría que me enviase una fotografía de Hitler para ponerla en la mesa de nuestro despacho. Ya tengo al mariscal Rommel y me gustaría que estuviese también el führer, como debe ser».[3]

Los movimientos colaboracionistas agrupan a los elementos activos de una corriente de opinión que los rebasa ampliamente. Hasta 1942, estos partidos

1. Véase PA-AA, *Botschaft Paris* 1.344.
2. Ernest Lacroix a Brinon, 23 de septiembre de 1942, AN, *F 60* 1.494.
3. A. Caruel al Ministerio alemán de Propaganda, 2 de septiembre de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.187.

se sirven básicamente de los métodos clásicos de la acción política: la propaganda, el reclutamiento, el encuadramiento y la movilización de sus miembros, con el objetivo de salir a la luz pública y demostrar su importancia. Sus gastos son considerables, pues cuentan con un personal fijo y remunerado e invierten mucho dinero en propaganda. El dinero procede de las cuotas y de los donativos de sus miembros, y sobre todo de las subvenciones de Vichy y de los servicios alemanes, fundamentalmente de la embajada, que abre y cierra el grifo según cree conveniente. Algunos partidos, especialmente el PPF, reciben una ayuda complementaria de la Propaganda-Abteilung, que financia gran parte de sus campañas de propaganda, pues su orientación es la misma.[4]

Los partidos intentan engrosar sus filas dirigiéndose a las diferentes profesiones, a los intelectuales y a los jóvenes. Con este fin, algunos de ellos, especialmente el PPF, realizan una intensa labor de ayuda social en beneficio de los prisioneros o de los jubilados, e interceden en su favor ante las autoridades francesas y alemanas. También se dirigen a las familias de los prisioneros, prometiéndoles mediar con las autoridades —es la especialidad del RNP y del MSR en 1941—, o a los trabajadores voluntarios en Alemania, a los que todos quisieran incorporar a sus filas, pero sólo puede hacerlo el Grupo Colaboración.[5] Asimismo, intentan ganarse a la población dando empleos en los servicios que trabajan para los alemanes, en los centros de reclutamiento o en el mercado negro.

Los partidos mantienen el contacto con sus miembros a través de su periódico, las reuniones y, sobre todo, los actos públicos. Entre 1941 y 1942, Déat y Doriot congregan en provincias a un público muy numeroso, especialmente el segundo, que entre abril y mayo de 1942 organiza una gira en favor de la LVF. El anticomunismo es el tema más taquillero, en todas las acepciones del término. Las empresas contribuyen gustosamente con sus donativos,[6] y es el único tema que llena el Vel' d'Hiv'. Así sucede el 1 de febrero de 1942: 20.000 espectadores acuden a ver a Doriot, que acaba de regresar del frente del este.[7] En el otoño de ese mismo año, justo antes del desembarco, los principales partidos celebran sus congresos y logran reunir a miles de militantes. Se trata de ver quién puede más, de impresionar a los demás. Los asistentes han de hacer bulto, y el acto ha de ser lo más espectacular posible, conforme al ritual nazi. Estos Nuremberg en miniatura les ofrecen la oportunidad de exhibir los ser-

4. Véase AN, *AJ 40* 1.011.
5. Véase, por ejemplo, la carta de Beugras, «Rapport sur les travailleurs français en Allemagne», 20 octubre de 1941, y su segundo informe del 15 de diciembre de 1941, AN, *AJ 40* 864; y PA-AA, *Botschaft Paris* 2.445.
6. Véase el caso de los grandes almacenes de París, AN, *F 12* 9.621.
7. Véase el informe de Schmidtke, 2 de febrero de 1942, BAK, *R 55* 1.337.

vicios de orden, que cada vez adquieren más protagonismo, sobre todo en los actos del francismo y del PPF.

Aunque su implantación no es demasiado fuerte, en 1942 los partidos están presentes en todas partes. Su actividad se acentúa entre la primavera y el otoño de 1942 y, según las autoridades francesas y alemanas, el PPF es el más dinámico y el mejor organizado. En los militantes, especialmente entre los más jóvenes, el activismo adquiere formas que reflejan el aumento de la agresividad contra un medio que cada vez es más intolerante con ellos. Se enfrentan incluso con la policía. En mayo de 1942, tras la clausura de su congreso, quinientos jóvenes doriotistas uniformados circulan por las calles de París y se enfrentan con los agentes del orden, hiriendo a veinticuatro de ellos. Otros militantes la toman con los bustos y los rótulos de las calles relacionados con la República, y con todo aquello que recuerda a los anglosajones. Ese mismo mes de mayo de 1942, unos jóvenes del PPF penetran en una tintorería de París y arrancan un letrero con la palabra «pressing», mientras que unos jóvenes del RNP exigen que se retire una fotografía de Roosevelt expuesta en el escaparate de un fotógrafo.[8] En Marsella, el 14 de julio de 1942, unos militantes del PPF disparan a un grupo de gente que se manifiesta ante la sede de su partido y matan a dos mujeres.

En la sombra se desarrolla otra forma de activismo igual de preocupante, pero mucho más peligroso: el fichaje, la toma de datos y la delación. El MSR de Deloncle, y sobre todo el PPF, se especializan en esta actividad. En el caso de este último, un departamento dirigido por Beugras reúne información política y militar, sobre todo relacionada con la resistencia, que transmite al Abwehr a cambio de una subvención.[9] El RNP no participa en esta actividad hasta el retorno de Laval al poder, momento en el que decide convertirse en un partido gubernamental. Entonces empieza a vigilar la administración y la vida pública, control que intensifica después del desembarco en África del Norte, pidiendo a los responsables locales que «le indiquen aquellas personas que puedan resultar peligrosas para el gobierno y para las autoridades de ocupación».[10]

Todo ello no mejoraba precisamente una imagen que era mala desde el principio. La administración no suele atender de muy buena gana las solicitudes que le formulan los partidarios de la colaboración. En enero de 1942, el señor de un castillo del departamento de Maine-et-Loire escribe a Abetz y le

8. Prefectura de policía, «Incidents quotidiens signalés», notas de los días 22, 25 y 26 de mayo de 1942, AN, *AJ 40* 884.

9. Véase el proceso Beugras y sus *Cahiers* 1941-1944/1.

10. Carta del responsable del RNP de Beauvais a Levillain, 23 de noviembre de 1942, AN, *F* 7 14.904, dr. Oise.

expone sus quejas. «Desde el advenimiento del régimen que ha hecho grande a Alemania y que la ha convertido en la nación guía de Europa, mi familia y yo somos fervientes admiradores de su doctrina y de su führer. Y siempre hemos apoyado con todas nuestras fuerzas los movimientos políticos cuya meta es "la colaboración".» El conde, la condesa y su hijo querían propagar las ideas colaboracionistas en los pueblos vecinos con la ayuda de un proyector. Habían obtenido inmediatamente la autorización de la Staffel de Angers, pero esperaban desde hacía meses el permiso de la prefectura y de la cámara de comercio. «¿Qué podemos hacer, excelencia? Nuestro deseo es dar a conocer su país a nuestros compatriotas, y sobre todo quisiéramos mostrarles que este país puede ser nuestro mejor amigo. Y que cuando uno lo conoce, no puede por menos de amarlo.»[11]

Los militantes suscitan desconfianza, cuando no hostilidad. El gélido círculo del que hablaba Guéhenno en relación con el ocupante, se extiende también a sus amigos. En el verano de 1941, esta hostilidad se salda con la rotura de unos cuantos escaparates y algunas advertencias a los líderes locales, que luego se convierten en amenazas. Pero en el otoño de ese mismo año se cometen algunas agresiones. En 1942 se producen algunos atentados mortales; aunque son casos aislados, no dejan de ser preocupantes: los militantes empiezan a sentirse amenazados, los simples afiliados se vuelven más cautos. La mayoría de ellos fueron discretos desde el principio. Pero ahora aumentan su discreción, y algunos empiezan a retirarse. El informe emitido por el jefe del RNP de Bernay (departamento de Eure) ilustra muy bien la situación de las pequeñas ciudades de provincia en el verano de 1942. Según este informe, de los 7.000 habitantes de Bernay, sólo 50 pertenecían al partido; y, además, aquella gente había ingresado en él «con la condición de que su inscripción se mantuviese en riguroso secreto».[12]

En general, la mayor parte de las inscripciones se produce durante los dos primeros años y alcanza su punto álgido en 1942, en claro contraste con la curva de la opinión. Así pues, el clima general, pese a ser muy desfavorable a la colaboración, no ejerce una presión clara y uniforme, pues la incertidumbre sobre el desenlace de la guerra influye en la gente. Algunos deciden inscribirse precisamente a consecuencia de la prolongación de la campaña del este, que parece revelar que el peligro comunista es mayor de lo que se pensaba; la esperanza de una victoria final de Alemania anima a comprometerse. Otros se movilizan a causa del debilitamiento de la revolución nacional, del deterioro

11. Lucien d'Avvigné a Abetz, 16 de enero de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.186.

12. Carta del responsable de Bernay al responsable departamental, 15 de agosto de 1942, AN, *F* 7 14.610, dr. Eure.

del clima interior y del ascenso de los viejos adversarios, reacción que explica ampliamente el fenómeno de la Milicia.

Los partidarios de la colaboración constituyen una pequeña sociedad en el seno de la sociedad civil, a la que los unen todo tipo de lazos. Pero esos lazos no son siempre igual de estrechos y pronto se produce una divergencia: mientras que los unos vuelven a unirse a la mayoría, los otros se distancian de ella y optan por el extremismo.

La adhesión a los grupos colaboracionistas es fundamentalmente un fenómeno masculino: la presencia de las mujeres es muy escasa, situándose aproximadamente en el 15 %; no obstante, la cifra es bastante alta para una época en la que las mujeres carecen de derechos políticos. Es, además, un fenómeno fundamentalmente urbano, propio de las grandes ciudades. Por sí sola, la región de París concentra gran parte de los efectivos de cada partido. En mayo de 1944, el Grupo Colaboración tiene 42.283 miembros, 9.401 en la zona libre y 32.882 en la zona norte, 21.983 de ellos en París.[13] Esta concentración obedece a una lógica social: la vida urbana se caracteriza por la separación de los lugares de residencia, de trabajo y de ocio, multiplica las redes de relaciones y las ocasiones de adquirir un compromiso político. La adhesión es más fácil, menos visible, y también menos estigmatizadora.

Si consideramos todo el período de 1940-1944, el mundo del colaboracionismo presenta una gran diversidad desde el punto de vista socioprofesional. La sociedad francesa se refleja en este microcosmos, pero de manera harto deformada.[14] Los campesinos y los obreros están muy poco representados (el 27,5 % frente al 62,9 % de la población activa de 1936); no obstante, son una cuarta parte del total. Las clases medias y altas son las más representadas (el 71,4 % frente al 30,3 % en 1936). Los empresarios (industriales, comerciantes y artesanos) son tan numerosos como los obreros y los campesinos juntos. Su representación es muy alta (el 27 % frente al 13,8 %), al igual que la del personal administrativo (directivos, empleados y funcionarios: el 36,3 % frente al 16 %), aunque está muy por detrás de las profesiones liberales (el 7,2 % frente al 0,5 %). Algunas de ellas tienen una presencia desproporcionada: es el caso de los médicos, mientras que los abogados, por ejemplo, están prácticamente ausentes. Y es el caso de viajantes, representantes comerciales, etc., pro-

13. Von Bose, 16 de junio de 1944, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.304; tras la liberación, la policía encontró en la sede del Grupo Colaboración un fichero con 18.226 fichas, nota de la policía nacional, 16 de octubre de 1945, AN, *3W* 145.

14. Véanse las tablas del apéndice.

fesiones de las que resulta difícil decir si su compromiso es algo más que el reflejo de una tendencia normal de la acción política. En general, el peso de las clases acomodadas atrae el colaboracionismo hacia el polo de una reacción social clásica. Pero la fuerte participación de las clases medias asalariadas y la presencia minoritaria, pero no desdeñable, de las clases populares (obreros, personal de servicio), indica una capacidad de atracción mucho mayor, que confiere a estos movimientos un carácter interclasista bastante acentuado.

Proseguiremos nuestro análisis interpretando una muestra nacional compuesta de personas que fueron juzgadas por las salas de lo civil por haber pertenecido a algún partido de la colaboración, en cierto modo la infantería de las tropas colaboracionistas.[15] Si examinamos, año tras año, la composición socioprofesional de los nuevos adeptos, aparecen claramente dos subconjuntos a ambos lados de 1942. La estadística global que hemos dado anteriormente es la media de dos perfiles muy bien definidos, por lo que oculta una continua e importante modificación del peso de las distintas categorías: con el tiempo, la presencia de los peldaños inferiores de la escala social se hace mayor. En términos relativos, los comerciantes, los funcionarios, los empresarios, las profesiones liberales y los jubilados tienen más peso en 1941. En 1942 tienen más peso los directivos, los profesores, los empleados, las personas sin profesión y los técnicos. En 1943, los artesanos y el personal de servicio; en 1944, los estudiantes, los obreros y los jornaleros. En este último año, la muestra no incluye ningún nuevo adepto entre los agricultores, los profesores, los empresarios, las profesiones liberales y los jubilados.

Si agrupamos los tramos por pares, este comportamiento diferenciado de las categorías sociales se manifiesta con toda claridad. De todos los empresarios de la muestra, el 87,5 % ingresa en un partido colaboracionista entre 1941 y 1942, al igual que el 83 % de los comerciantes, profesiones liberales y jubi-

15. La muestra consta de 648 personas juzgadas por las cámaras de lo civil por pertenencia a un movimiento colaboracionista. Así pues, se trata de gente que no ha sido acusada de ningún delito grave, como tenencia de armas, delación, etc. Sus expedientes, en grupos de cincuenta, fueron examinados en los siguientes archivos: Aix-en-Provence, Amiens, Angers, Besanzón, Burdeos, Caen, Chambéry, Lille, Limoges, Lyon, Montpellier, Nancy, Nimes, Rennes, Ruán y Toulouse. De estas 648 personas, 158 eran miembros del PPF, 99 del RNP, 96 del Grupo Colaboración, 74 del francismo, 73 de la Milicia, 31 de la LVF, 28 del SOL, 19 del MSR, 17 de las JEN, etc. El escalonamiento de las adhesiones es el siguiente: 12 en 1940, 152 en 1941, 220 en 1942, 137 en 1943 y 52 en 1944. La composición socioprofesional no difiere significativamente de la tabla 1 del apéndice, salvo en el caso de los obreros, que son un 21,1 % en vez de un 8,1 %, lo que puede deberse a varias razones, la principal es que los corresponsales del IHTP sólo han incluido en esta categoría a los obreros de la industria, mientras que yo he preferido incluir también en ella a los obreros del artesanado, en vez de situarlos bajo la categoría «artesanos».

Para un análisis pionero, véase François Marcot y Jean-Pierre Massonie, «Les collaborateurs dans le Doubs (analyse factorielle)», RHDGM, nº 115, julio de 1979, págs. 29-54.

lados, el 81 % de los profesores, el 80 % de los técnicos y el 70 % de los funcionarios. Entre 1942 y 1943 se produce la adhesión del 73 % de los empleados, del 72 % del personal de servicio, del 70 % de los artesanos, del 67 % de las personas sin profesión, del 66 % de los agricultores y del 58 % de los obreros. Finalmente, la adhesión del 75% de los estudiantes y del 83 % de los jornaleros se produce entre 1943 y 1944 (la fuerte presencia de los estudiantes en 1943 está relacionada con la creación del STO y de la Milicia: el 40 % de los estudiantes de la muestra ingresan en la Milicia). El fenómeno se repite en el caso de las mujeres (15 % de la muestra), por lo general más jóvenes y menos instruidas. Las mujeres del principio, inactivas y procedentes de medios acomodados, son sustituidas por jóvenes obreras o empleadas, cuya adhesión se produce fundamentalmente en 1943.

Este relevo de categorías socioprofesionales va acompañado de un rejuvenecimiento considerable, de un descenso del nivel de formación y de un aumento de la inestabilidad profesional. Las personas de más edad se incorporan antes (la media de edad es de 42 años en 1941, y de 26 en 1944), y también se retiran antes. Algunas profesiones están muy relacionadas con la edad, como la dirección de una empresa o el ejercicio de una profesión liberal, de ahí su concentración en los dos primeros años. En el caso de otras categorías, especialmente de aquellas que parecen menos dependientes de la bisectriz de 1942, el factor generacional proporciona una explicación. Así, la proporción de artesanos es prácticamente la misma en 1942 y en 1943. En el primer caso, su año de nacimiento suele ser 1891, y en el segundo caso 1913. Una cuarta parte de los funcionarios de la muestra se incorpora en 1943: estos funcionarios no sólo son más jóvenes, sino que además ocupan los escalafones inferiores, la mayor parte de ellos son auxiliares de Correos y Telégrafos (PTT) o jóvenes empleados de la Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses (SNCF).

Finalmente, la trayectoria profesional es al menos tan importante como la categoría socioprofesional. Si sumamos las personas con una trayectoria profesional inestable y las que han sido objeto de alguna condena judicial —llamémoslas «desarraigadas»—, obtenemos el 19 % de la muestra, es decir, una quinta parte del total. El 38 % de los jornaleros, el 36 % de los obreros, el 30 % de los técnicos y el 25 % del personal de servicio presentan alguno de estos rasgos. Eso no ocurre nunca entre los agricultores, los profesores y los empresarios, y prácticamente nunca en las profesiones liberales, en los jubilados y en los funcionarios. Así, incluso en el primer período, la minoría proveniente de las clases populares y de cierto sector de las clases medias se caracteriza por unos rasgos, fundamentalmente la inestabilidad social, que la distinguen de la mayoría, formada por gente acomodada, estable y enraizada. Después de 1942, la retirada de estos últimos va acompañada de un relevo generacional y de

una acentuación de la inestabilidad entre los primeros (rasgo que caracteriza al 68 % de los obreros que se incorporan en 1944). Si de esta muestra puede extraerse alguna conclusión, es que el carácter relativamente interclasista de la colaboración oculta una realidad más compleja, a saber: la yuxtaposición de gente representativa de su posición social —gente mayor, formada, que se incorpora pronto y se retira pronto, en una palabra, gente que se comporta en política como lo hace en el resto de esferas de su vida—, y de personas que muchas veces han roto los lazos con su medio de origen, o a las que determinadas circunstancias han arrancado de él. Dicho brevemente, mientras que los primeros son simples afiliados de los grupos colaboracionistas, los segundos son sus militantes, y la mayoría de los que engrosan las filas de las formaciones militares con uniforme alemán.

Una de cada cuatro personas de la muestra tenía un pasado político. Los comerciantes, los profesores, los funcionarios y las profesiones liberales se sitúan por encima de la media. Este rasgo está prácticamente ausente entre las personas sin profesión y entre los jornaleros, y los empresarios se sitúan claramente por debajo de la media. Después de 1942, el pasado político es muy poco frecuente: mientras que un tercio de quienes se incorporan en 1941 presentan este rasgo, en 1944 sólo está presente en el 7 %. A medida que pasa el tiempo, la memoria política del período anterior a la guerra se vuelve cada vez menos relevante para explicar el compromiso, que ahora está motivado fundamentalmente por la desorientación provocada por la ocupación en sectores muy dispersos de las capas populares.

De las personas con un pasado político, algo más de dos tercios proceden de la extrema derecha (de los 108 casos, 43 son antiguos militantes de La Rocque, 38 son miembros del PPF, 10 del AF, etc.), el 22 % de la izquierda (de los 35 casos, 15 proceden de la SFIO, 4 del USR, 6 del PCF, etc.) y sólo el 8 % de la derecha moderada; los pilares del régimen anterior, especialmente los radicales, brillan por su ausencia. Esta gente se reparte entre los distintos grupos colaboracionistas, aunque conforme a cierta polarización. El RNP recoge 3 militantes de la extrema derecha y 18 de la izquierda; el PPF 57 de la derecha y 8 de la izquierda, el francismo 17 y 3, y el Grupo Colaboración 6 y 4. En resumen, junto a una presencia no desdeñable de antiguos hombres de izquierda, constatamos una continuidad más acentuada con la extrema derecha, pero acompañada de una considerable disminución numérica. Los grupos colaboracionistas sólo recuperan una pequeña parte de los efectivos de esta familia durante los años treinta.

El PPF presenta la mayor proporción de adeptos con un pasado político (el 41 %), seguido del francismo; ambos datan del período anterior a la guerra. Pero sólo el 23 % de quienes ingresan en el PPF durante la ocupación habían

pertenecido anteriormente a este partido; y además, la mayoría renueva su carnet tras una interrupción de varios años. Por lo que se refiere a los francistas, si bien el 32 % tiene un pasado político, sólo el 10 % ingresó en el partido de Bucard antes de la guerra. Así pues, estos partidos han crecido fundamentalmente durante la ocupación. Lo mismo cabe decir de sus cuadros. De los aproximadamente treinta nombres de responsables departamentales anunciados en la prensa del PPF entre 1937 y 1938, sólo diez reaparecen después de 1940. En 1942, el semanario del partido cita los nombres de los 17 responsables departamentales que se han incorporado después de la derrota.[16]

Nuevos o viejos, los grupos colaboracionistas son muy inestables, un rasgo que se acentúa con el tiempo. Un tercio de los que ingresan en el partido en 1941, lo abandonan al año siguiente; cerca de la mitad de los inscritos en 1942 han desaparecido un año después; no obstante, uno de cada dos nuevos miembros de 1941 y de 1942 permanece hasta el final. Los dirigentes parecen todavía más inestables; ciertamente su posición es más comprometida. De los 38 responsables departamentales que tiene el PPF de la zona ocupada a principios de 1942, sólo 7 siguen en sus puestos a finales de 1943; algunos de ellos han sido trasladados o ascendidos, la mayoría parece haberse retirado en noviembre de 1942. En el caso del RNP, de los 36 responsables departamentales que tenía en 1942, sólo 5 siguen en sus puestos en el verano de 1943.[17] Así pues, la fragilidad de estos partidos no sólo se mide por lo que ocurre en sus bases, sino también por la suerte de sus responsables locales, mucho más sensibles al medio y a la atmósfera que se respira en cada momento.

A juzgar por nuestra muestra, los grupos colaboracionistas sólo lograron mantenerse atrayendo a gente que hasta entonces no había adquirido ningún compromiso político; lo que no significa que careciese de inclinaciones políticas. Aunque su movilización obedeció a los motivos más dispares, podemos identificarlos atendiendo a sus declaraciones ante los tribunales de depuración. El interés es un móvil digno de tener en cuenta; está presente en la declaración de uno de cada cinco afiliados, e incluso en uno de cada cuatro en 1942: un carnet de partido facilitaba las relaciones con el ocupante. Motivos como la búsqueda de protección, la influencia o incluso la presión ejercida por un miembro de la familia o por un superior, están presentes en una de cada diez personas, pero en más de un tercio de los inscritos entre 1943 y 1944. Sin embargo,

16. *L'Émancipation nationale*, 28 de noviembre de 1942, pág. 3; véase también Canobbio, el responsable de la organización: «El número de nuevos militantes que se acercan a nosotros es [...] considerable» (Canobbio, «Où en sommes-nous?», *L'Émancipation nationale*, nº 8, agosto de 1942).

17. Listas de responsables de los partidos de la colaboración, AD Bourges, Archivos de la Propaganda Staffel, nº 6; y prensa del PPF y del RNP, especialmente para este último el *Bulletin des cadres*, septiembre de 1943.

la principal motivación es la convicción, presente en el 75 % de los casos (en términos medios): explica el 80 % de las afiliaciones de 1941, y el 41 % de 1944. En las declaraciones de los tiempos de la depuración destacan tres elementos: el apoyo a Pétain, al que se alude con frecuencia; el anticomunismo, omnipresente; y cierta idea de la justicia, que se menciona en relación con la dureza de la vida durante la ocupación. Este último elemento, aducido fundamentalmente por personas pertenecientes a las clases populares, no convierte a estos grupos en movimientos disidentes. Pese a sus críticas al gobierno, dichos grupos apoyan una política oficial, la política de Pétain y del Estado francés.

Por lo que se refiere al número de efectivos, sólo podemos dar cifras aproximadas. Hasta finales de 1942, todos los grupos juntos pueden haber tenido unos 150.000 afiliados.[18] Suponiendo que los afiliados de 1943-1944 sean la mitad de los inscritos en 1941-1942, como sucede en nuestra muestra, el total de efectivos durante la ocupación, incluyendo la Milicia, podría situarse en 250.000, es decir, el número de afiliados que tenía la SFIO en la época del Frente Popular. Evidentemente, alrededor de este núcleo existe un amplio círculo de simpatizantes, gente que no se afilia por distintas razones —desinterés o poca confianza en la «política», indecisión o simple prudencia—, pero que tiene unas opiniones políticas muy claras. Es el caso de esa mujer del departamento de Eure que, como si quisiera dar la razón al Queneau de *Un rude hiver*, clama: «Los alemanes nos gobiernan mejor que los franceses, pues ahora hay más disciplina. Mientras los alemanes hacían armas, los franceses no hacían más que comilonas. Da vergüenza ser francés».[19]

El círculo de lectores de la prensa política semanal ofrece una indicación muy imprecisa del número de simpatizantes, pero en cualquier caso más certera que la tirada de los periódicos, cuya lectura suele estar guiada por la búsqueda de información administrativa y cuya venta disminuye considerablemente: en París se venden menos de la mitad de periódicos que antes de la guerra.[20] La compra de prensa política es muy significativa, pues carece de una justificación práctica. En 1942, la tirada total de estos semanarios, todos ellos creados después de la derrota, excepto *Je suis partout*, es de unos 500.000 ejemplares. Teniendo en cuenta un remanente considerable, en la zona ocupada debieron

18. El cálculo se ha hecho así: entre 40.000 y 50.000 efectivos del PPF; 50.000 del Grupo Colaboración; de 15.000 a 20.000 efectivos del RNP; 10.000 del francismo; varios miles repartidos entre el resto de partidos, más los separatistas. A lo que habría que añadir unas 20.000 personas inscritas en la Asociación de Amigos de los Trabajadores Franceses en Alemania, y al menos otras tantas en Amigos de la LVF.

19. Papp, *La Collaboration dans l'Eure*, *op. cit.*, págs. 154-155; Papp destaca la importancia de la colaboración de los simpatizantes.

20. Claude Lévy y Henri Michel, «La presse autorisée de 1940 à 1944», en Claude Bellanger y otros, *Histoire de la presse française*, Presses Universitaires de France, vol. IV, págs. 36-37.

de venderse semanalmente alrededor de 300.000 ejemplares.[21] Suponiendo un círculo de lectores doble o triple, y sumando los lectores de periódicos de la zona libre como *Gringoire* y *Candide*, cuya tirada es de varios cientos de miles de ejemplares, podemos decir que uno o dos millones de franceses se interesaron por este tipo de prensa.

Además de los afiliados y de los simpatizantes de un partido político, están los franceses que visten el uniforme del ocupante. La Legión de Voluntarios contra el bolchevismo recibe el apoyo de los partidos parisinos. Pero estos partidos sólo proporcionan una mínima parte de los efectivos de la Legión; la mayoría se enrola en ella voluntariamente. El anticomunismo es un sentimiento muy profundo y extendido. En algunos franceses, el conflicto germanosoviético, en vez de llevar al distanciamiento, como hace en la mayoría de sus compatriotas, afianza o despierta inclinaciones colaboracionistas. Es el caso de una pareja de aristócratas residentes en Versalles que, «vibrando de emoción», escriben a Abetz para felicitarle por este gran acontecimiento, que, según ellos, confiere al gesto de Montoire «su más noble y profunda significación»: «Llenos de entusiasmo, mi esposa y yo nos atrevemos a dirigirnos a usted para expresarle nuestra más profunda admiración por el heroísmo de las fuerzas alemanas, conducidas por el genio de su führer al más noble de los combates. Nuestro corazón de franceses está al lado de estos caballeros servidores de Europa, cuyo arrojo nos liberará para siempre de la chusma judía, angloamericana y bolchevique».[22]

Algunos franceses se enrolan, se ponen el uniforme alemán y juran lealtad a Hitler, su jefe en la lucha contra el comunismo. A veces lo hacen animados por el asentimiento de Pétain, propagado a bombo y platillo por los alemanes y confirmado públicamente por el mariscal en noviembre de 1941 («con vosotros va parte de nuestro honor militar»...). Entre esos voluntarios no faltan ni los convencidos («Estoy orgulloso de luchar con uniforme alemán al lado de nuestros camaradas alemanes y bajo la bandera del Reich») ni los exaltados. Es el caso de este teniente, católico practicante y militante del PPF, que, seguro de la victoria, escribe en octubre de 1941: «Después llegará el turno de Inglaterra y Francia, pues es sobre todo en nuestra amada patria donde queremos usar la bomba, la granada, la metralleta y el puñal». Y termina su carta diciendo: «¡Viva Francia! ¡Heil Hitler!».[23]

21. AN, *AJ 40* 1013, dr. S.P.10 y S.P.11.
22. De Saint-Quentin a Abetz, 27 de junio de 1941, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.313.
23. Cartas del 10 y del 12 de octubre de 1941, AN, *F1A* 3684, dr. LVF.

En el otoño de 1943, los alemanes estiman que entre un 30 y un 40 % de los hombres que se enrolan en la Legión son unos idealistas; el resto son aventureros y parados.[24] Seguramente, entre los primeros hay mucha gente mayor, ex combatientes de 1914, un hecho que al principio llamó la atención de los observadores. En marzo de 1942, los alemanes se quejan de que, de un numeroso grupo de hombres llegado de Marsella, no han podido seleccionar a nadie, pues el más joven de ellos tiene 45 años.[25] Y es que el anticomunismo tiene una dimensión generacional; probablemente, los primeros en movilizarse fueron los que lo combatían desde hacía mucho tiempo. A su lado, un gran número de parados, de desarraigados, de hombres que han roto su matrimonio, de aventureros o de viejos militares, cuya presencia convierte a la LVF en una formación muy poco disciplinada. En el verano de 1943, a su regreso de un visita realizada en compañía de Brinon, Brasillach y otros, uno de los participantes describe el desorden y el conflicto reinantes en el seno de la LVF: «Hay golpes, algunos se pelean con los oficiales, varios oficiales han sido asesinados».[26]

La formación conserva hasta el final su carácter heterogéneo, con una disminución de los elementos «idealistas». Entre éstos, hay gente de la vieja Francia, como el conde Mayol de Lupé, que se enrola a los 67 años. Para él, la palabra «cruzada» sigue siendo sagrada. En noviembre de 1943, se muestra satisfecho con el nivel de reclutamiento, que «aumenta considerablemente» gracias a la llegada de gente de «la sociedad»: «Si hemos perdido a Bernard de Polignac, tenemos entre nosotros a los suboficiales o legionarios de Villefranche, de Montfort, de Lapeyrouse, de Parzie, etc., hombres que hacen honor a su ilustre nombre».[27]

En el primer semestre de 1944, el control postal nos muestra a hombres que han ingresado en la LVF movidos por la sed de aventura («Ya conoces mi carácter aventurero: me gusta la acción, los viajes y el peligro, y aquí vivo de verdad»), por las necesidades materiales («La paga llega, esto es lo principal, aunque esta puta guerra no acaba nunca») y por los desengaños amorosos («Me he enrolado en la LVF porque presentía que iba a hacerte daño»). Las motivaciones políticas sólo están presentes en una minoría, en hombres que están convencidos de la amenaza comunista, que hablan de su verdadera camaradería con los alemanes y están orgullosos de su decisión: «Me he enrola-

24. MBF a OKW, 23 de septiembre de 1941, AN, *AJ 40* 1.204, dr. *Akte* Nr. 40; véase también Rémy Ourdan, «Rapport concernant l'esprit, l'organisation et l'activité de la LVF», 12 de diciembre de 1941, Service historique de l'armée de terre (SHAT), *2P* 14, dr. 4.

25. Acta de la sesión del 13 de marzo del Comité central de la LVF, AN, *F* 7 14.956.

26. «Rapport d'un membre de la mission de Brinon à son retour d'un voyage en Pologne et en Russie», 16 de julio de 1943, AN, *F1A* 3748, dr. LVF.

27. Mayol de Lupé a Brinon, 5 de noviembre de 1943, AN, *F 60* 1.495.

do en la LVF porque los alemanes eran y son los únicos que pueden acabar con el bolchevismo. Lo único que me paraba era el uniforme verde, pero ahora lo aprecio más que el nuestro, pues está libre de toda deshonra».[28]

Franceses con uniforme alemán, los legionarios sufren la división de lealtades, una situación difícil de soportar. Como escribe uno de ellos, se han enemistado con sus familias, son recibidos con frialdad cuando regresan de permiso, se sienten abandonados por el gobierno y por la administración; en una palabra, sufren la exclusión de la comunidad francesa.[29] Algunos asumen su doble lealtad, pero se marcan una prioridad. Así lo hace este teniente que, en marzo de 1943, declara que la LVF ha prestado juramento a Hitler, y no a Pétain, que respeta al mariscal, pero que en caso de producirse alguna desavenencia entre ellos, él obedecería al jefe que se ha dado libremente a sí mismo: Hitler.[30] Otros optan simplemente por deshacerse de su nacionalidad, sin identificarse con nada en particular. Charles Braibant escribe el 7 de septiembre de 1943: «El otro día, uno de nuestros amigos médicos se encontró con un *boche* que hablaba un alemán muy malo. Fue a informarse. Le dijeron que era un tipo de la Legión "francesa" contra el bolchevismo. Hartos de recibir insultos de sus compatriotas, estos miserables se ponen en el bolsillo la escarapela tricolor de su uniforme y chapurrean el alemán, tratando de hacerse pasar por *boches*».[31] En la LVF ingresaron 5.800 franceses, 3.000 de ellos durante el primer trimestre de reclutamiento. Para el dinero invertido, la cifra no estuvo mal. No obstante, se presentaron 13.400 voluntarios, muchos de los cuales fueron rechazados por razones de salud o por sus antecedentes.[32]

A partir de 1943, otra formación militar va en pos de reclutas franceses, la Waffen-SS. En diciembre de 1942, Himmler, preocupado por el elevado número de bajas alemanas, propone a Hitler formar una unidad francesa para la que sugiere el nombre de Gobineau o de Carlomagno.[33] Al cabo de una larga negociación, en la que Laval vuelve a intentar obtener alguna contrapartida política, el auvernés autoriza el reclutamiento de voluntarios (ley del 23 de julio de 1943), después de asegurarse de que dicha unidad no actuará en territorio francés ni contra la Francia libre, y de que sus miembros serán desarmados en el mismo momento de su desmovilización.[34]

28. Informes estadísticos sobre la LVF, mayo-julio de 1944, AN, *F* 7 14.933, dr. Milicia y LVF.
29. Jefe de batallón Simoni, «Rapport sur la situation de la LVF dans l'Est», mayo de 1943, SHAT, *2P* 14, dr. 4.
30. Nota del prefecto, 11 de marzo de 1943, AN, *F* 7 14.904, dr. Viena.
31. Charles Braibant, *La Guerre à Paris*, *op. cit.*, pág. 275.
32. Maurice Delarue, *Trafics et Crimes sous l'Occupation*, *op. cit.*, págs. 225-226.
33. Nota de Himmler para Hitler, 12 de diciembre de 1942, *Mfm IfZ*, MA 326 (T 175).
34. Brinon a Laval (julio de 1943), AN, *F 60* 1479, dr. Laval 1942-1944.

En este momento, la nueva formación, que además compite con la LVF, no puede hacer milagros, aunque despierta la curiosidad de algunos. En enero de 1944, los alemanes organizan en París una exposición fotográfica sobre la Waffen-SS que se prolonga durante diez días. Para su satisfacción, cerca de 2.000 personas visitan diariamente la exposición, cifra que aumenta los fines de semana.[35] El resultado no está mal: hasta el verano de 1944 se logra reclutar un total de 3.000 hombres, seleccionados de entre un asombroso número de voluntarios, probablemente el doble.[36] Los voluntarios juran lealtad a Hitler como «führer germánico y reformador de Europa», y no solamente como el jefe de la lucha contra el comunismo. La mayoría de ellos provienen de las clases populares, muchos se enrolan al término de una trayectoria caótica. Algunos proceden del STO y a veces su reclutamiento se ha logrado a base de presiones, otros son pequeños delincuentes que sólo pueden elegir entre la cárcel y el alistamiento. Sólo una minoría parece haberse enrolado por motivos políticos. En la formación no hay prácticamente ningún oficial y ningún mando de valor, excepto algunos venidos de la Milicia: la Waffen-SS tiene el mismo problema que la LVF.

Otros franceses optan por el uniforme de ciertas unidades auxiliares de la Wehrmacht. Unos 2.000 franceses se enrolan en la Kriegsmarine, para el mantenimiento de barcos o como guardias armados en las bases submarinas.[37] El NSKK-Motorgruppe Luftwaffe es un cuerpo motorizado del partido nazi con misiones militares, en este caso transportes para la Luftwaffe. Los voluntarios, que harán de chóferes o un poco de todo, visten el uniforme del Ejército del Aire alemán, al que se ha incorporado un escudo con los colores de la bandera francesa. Su misión es «luchar con Alemania y sus aliados contra los enemigos del orden nuevo en Europa, dondequiera que sea y hasta la victoria final».[38] En junio de 1943, el número de hombres reclutados era de 1.982;[39] probablemente alcanzó los 3.000. El número de voluntarios no aceptados es muy elevado: hasta el 31 de marzo de 1943, se han seleccionado a 1.374 hombres de un total de 3.755 voluntarios.[40] Otros entran en la Organización Todt como mandos en los campos de trabajo o como guardias armados, y visten el unifor-

35. Reinbold, «Bericht über die Propagandaausstellung für die Gründung einer französischen Waffen-SS Division», PA-AA, *Botschaft Paris* 1.111b.

36. Cifra dada por Abetz, 14 de junio de 1944, PA-AA, *Inland II g* 304. En diciembre de 1943 hay 154 voluntarios, sólo la mitad se presenta a la inspección y sólo 64 son admitidos (*Germanische Leitstelle*, «Montasbericht für Dezember 1943», PA-AA, *Inland II g* 294).

37. Albert Merglen, «Soldats français sous uniformes allemands 1941-1945: LVF et *Waffen-SS* français», RHDGM, nº 108, octubre de 1977, pág. 80.

38. Ejemplar de contrato en PA-AA, *Botschaft Paris* 1.175.

39. Schleier a AA, 5 de junio de 1943, PA-AA, *Inland II g* 304.

40. Véase AN, *AJ 40* 848, dr. 1.

me caqui de la organización, que lleva incorporado un escudo con los colores de la bandera francesa. En la primavera de 1943, los guardias armados franceses son ya más de 3.000.[41]

Hasta el verano de 1944, 9.000 franceses han sido enrolados en distintas formaciones militares, a los que se sumarán, unos años después, los 1.800 milicianos de la división Carlomagno y varios cientos de colaboracionistas refugiados en Alemania, lo que hace un total de unos 12.000 hombres. Por otra parte, al menos 10.000 franceses vistieron el uniforme de determinadas unidades auxiliares del ejército alemán. Siendo éste el número de hombres reclutados, hay que suponer un número de voluntarios dos veces mayor, de modo que al menos 40.000 franceses estuvieron dispuestos a vestir el uniforme alemán. Si prescindimos de los militantes y de los que se enrolan por motivos políticos, muchos de esos hombres, si no la mayoría, parecen haber tomado su decisión en unas condiciones y por unas razones muy similares a las de los trabajadores voluntarios en Alemania, con quienes suelen compartir una procedencia humilde, un bajo nivel de formación y una vida llena de dificultades. A lo que hay que añadir, en su caso, un baño de propaganda, una gran admiración por la fuerza de Alemania y una serie de antipatías o de prejuicios políticos. Aunque no todos la percibieron con la misma claridad, la significación política de su decisión jamás pasó desapercibida.

41. Abetz, «Notiz für Herrn LR Wagner», 10 de abril de 1943, PA-AA, *Inland II g* 304. Según Merglen (*op. cit.*, pág. 80), habría habido unos 5.000 mandos de campos de trabajo.

[illegible]

[illegible]

Capítulo 29
Milicias

El desembarco en África del Norte subleva a los colaboracionistas. Si el gobierno de Vichy pierde sus bazas, ellos también salen perdiendo. Lo único que pueden hacer es radicalizar su posición, apostar más fuerte. Todos exigen la alianza militar y la colaboración ilimitada con Alemania, todos critican violentamente a Laval; al propio Déat le cuesta moderar su crítica. El tema de Europa está presente en todas partes, unido a declaraciones de solidaridad con la Alemania nazi. «El ideal de los dirigentes del Reich es nuestro ideal», manifiesta un líder del PPF. Costantini habla de transformar su partido en una «sección francesa de la unión europea de fuerzas nacionalsocialistas». «El deber de Francia coincide con el deber de Europa. Nos ordena alcanzar nuestro objetivo: la unión a través del nacionalsocialismo.»[1]

La situación coloca una campana de vacío sobre la colaboración, mientras que una pesada atmósfera de hostilidad envuelve a los colaboracionistas, especialmente a los que siguen expresando su opinión o manifestando su compromiso. Muchos deciden retirarse o dimitir. A principios de 1943, extramuros de las grandes ciudades, los leales se reúnen casi clandestinamente. Los partidos se repliegan en sus cuadros y en un puñado de hombres leales que consideran a sus compatriotas como un pueblo remiso. Nada más revelador, a este respecto, que la reacción de un ilustre miembro del Grupo Colaboración, presidente de la Sociedad de Fomento de la Industria Nacional y profesor de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. En 1941, escribe a Brinon, los franceses que eran partidarios de la colaboración podían actuar a la luz del día. En 1942, la situación es totalmente distinta. Ahora, «los franceses leales actúan en la noche». ¿Qué hay que hacer con los demás, con la gran mayoría de franceses que se niega a atenerse a razones? «Obedecerán a la fuerza.»[2]

1. Nota del prefecto de Vosgos, 2 de diciembre de 1942, AN, *F* 7 14.904, dr. Vosgos; nota de la comisaría de policía de Amiens, 10 de marzo de 1943, *ibid.*, dr. Somme; informe de Costantini, 16 de abril de 1943, AN, *AJ 40* 1.007, dr. 1.
2. H. M. Magne a Brinon, 18 de enero de 1943, AN, *F 60* 1.495.

En los partidos, los métodos clásicos son sustituidos por la organización paramilitar y la actividad policial. Como no pueden probar que la colaboración goza de una base popular, los extremistas demostrarán de otra forma su utilidad. Ha llegado la hora de las milicias, de los hombres uniformados, de la actividad subterránea. Pero, ahora, los partidos parisinos ya no están solos. Del seno de Vichy sale la Milicia, nuevo actor en la escena colaboracionista.

París nunca tuvo la exclusiva del colaboracionismo. En la zona libre, la colaboración constituía una corriente de opinión, se expresaba en la prensa, se manifestaba en la acción de partidos que, como el PPF y el francismo, estaban presentes en las dos zonas. Asimismo, algunos grupos de Vichy habían adoptado una línea idéntica a la de los partidos parisinos. El más importante era el Servicio de Orden Legionario (SOL), nacido en 1941 de la pétainista Legión Francesa de Combatientes con el beneplácito de Darlan y el apoyo de Pucheu, que pensaba convertirlo en una policía auxiliar. El SOL agrupa a los legionarios más intransigentes, a aquellos que profesan un odio extremo a los parlamentarios, a los comunistas y a los judíos. Su jefe, Joseph Darnand, es un antiguo combatiente, un activista de la extrema derecha que ha pasado de Maurras a *La Cagoule*. De los aproximadamente 15.000 hombres que logra reclutar, la mayoría procede de la extrema derecha, o por lo menos de la derecha. Habida cuenta de sus desfiles, de sus juramentos públicos, y sobre todo de una acción que no duda en salirse de la legalidad, no es sorprendente que la población francesa considerase inmediatamente al SOL como una imitación de las SA o de las SS.[3]

La carrera de Darnand se beneficiará del retorno de Laval. Los dos hombres, el antiguo miembro de *La Cagoule* y el antiguo parlamentario, se miran con la misma desconfianza, pero el interés es más fuerte. Laval busca el instrumento que no tuvo en 1940, quiere imponerse a Doriot, y cree que Darnand es un hombre fácil de manejar. Éste, por su parte, desea liberarse de la tutela de la Legión y quiere hacerse un lugar en el poder más allá de la zona libre: en junio de 1942, pide a los alemanes que autoricen el SOL en la zona ocupada, argumentando que todos saldrían ganando.[4]

Poco después, Darnand se presenta públicamente como el más ferviente defensor de la colaboración. Laval lo había enviado a Polonia a visitar a la LVF,

3. Véase J. Delperrie de Bayac, *Histoire de la Milice*, Fayard, 1969; Jean-Paul Cointet, *La Légion française des combattants*, *op. cit.*; Jean-Pierre Azéma, «La Milice», *Vingtième Siècle*, nº 28, octubre-diciembre de 1990, págs. 83-105.

4. Krug, 11 de junio de 1942, PA-AA, *Botschaft Paris* 1.303.

a la que quería poner bajo la férula del Estado francés. Darnand regresa impresionado por el aplastamiento del enemigo, pero sobre todo por su encuentro con el pueblo vencedor. «He visto a este pueblo unido y combatiendo al lado de sus jefes. He sentido el sincero deseo de este pueblo de evitar el retorno de las inútiles guerras que desde hace siglos lo enfrentan con una Francia que, aunque derrotada, sigue inspirándole afecto y respeto. He notado con pesar su asombro ante las dudas y los reparos de nuestro pueblo, que no parece comprender la generosidad del gesto alemán.» De ahí la necesidad de una colaboración clara, y la LVF es el primer paso en esta dirección, aunque los franceses no comprendan el comportamiento de estos legionarios, aunque no alcancen a entender «lo sacrificado que es aceptar un uniforme y unos jefes extranjeros, pues significa olvidar nuestras tradiciones, nuestras preferencias, todo cuanto ha modelado nuestras almas para centrarse en lo fundamental: la lúcida voluntad de sacrificarse por el país, cualesquiera que sean las condiciones del sacrificio». Ahora, el gobierno quiere crear una Legión tricolor: el deber del SOL es estar presente en esta «vanguardia de la lucha europea».[5] Esta posición abiertamente colaboracionista sitúa a Darnand en la línea de los líderes parisinos. En noviembre, después del desembarco, volverá a la carga y defenderá la necesidad de aliarse con los alemanes y luchar contra los anglosajones para reconquistar África del Norte.

La Milicia, creada a principios del año siguiente, deriva del proyecto de Laval de reunir los partidos colaboracionistas en una formación única, proyecto que, pese al «extraordinario interés» que él le atribuía, no logra realizar.[6] En su lugar, el auvernés crea una milicia encargada de proteger el partido único. El régimen, que ya no tiene ejército, necesita una guardia pretoriana. Darnand, por su parte, no pierde de vista su objetivo político, y subraya desde el principio la doble misión de la Milicia francesa: el mantenimiento del orden y el encuadramiento político del país, el camino más directo hacia el poder.[7]

La Milicia se organiza siguiendo el modelo del partido nazi. Al lado de la Milicia general, en la que tienen cabida todos, tanto los hombres como las mujeres, y de la «Avant-Garde», reservada para los y las jóvenes de entre 14 y 18 años, está la «Franc-Garde» (FG), subdividida en dos formaciones: la FG voluntaria, que agrupa a los militantes en edad de combatir, y la FG permanente, unidad militarizada y acuartelada que debe servir de brazo armado. Un anexo de los estatutos prevé la posibilidad de que la «Franc-Garde» tenga una

5. *Investiture des SOL de Lyon 12 juillet 1942: Discours du Chef Darnand.*

6. Abetz, «Vorschläge Lavals nach seinem Empfang im Führerhauptquartier», transmitido el 23 de diciembre de 1942 por el Amt Ausland del Abwehr, *OKW 999, Mfm IfZ* MA 190/5.

7. *Mission politique de la Milice française: Discours prononcé par J. Darnand à Vichy le 30 janvier 1943.*

unidad exterior, «una formación política y militar compuesta de personas deseosas de afirmar su fe política combatiendo el bolchevismo fuera del territorio francés, al lado de formaciones similares de otros países europeos».[8] El objetivo de Darnand es absorber la LVF.

Desde el SOL a la Milicia, la pérdida parece haber sido importante. Una parte de los milicianos ha seguido la evolución de Darnand. La otra está formada por jóvenes que buscan un empleo, que sienten atracción por el ejercicio de la autoridad o que desean librarse del STO enrolándose en la FG permanente. En comparación con los partidos parisinos, en las filas de la Milicia hay muchos más agricultores —una proporción en claro descenso en el SOL—, más presencia de estudiantes, del ejército y de la policía, y muy pocos profesores. Entre sus responsables, muchos hombres ilustres e incluso pequeños aristócratas, signo de una desviación católica conservadora, a menudo tradicionalista y maurrasiana. El anticomunismo es fundamental, condensa las fobias y los odios de este medio, y es el responsable de la continua revisión de las ideas sobre Alemania que se produce desde el verano de 1941.[9] En términos generales, los milicianos son hombres de orden, acérrimos defensores de la legitimidad de Pétain y del Estado francés, y el aumento de la resistencia les resulta mucho más insoportable que la presencia del ocupante: para ellos, esta resistencia justifica la aproximación y la cooperación con los alemanes. Mientras que los colaboracionistas de la zona ocupada defienden una opción política en medio de una población replegada en sí misma, aunque contraria a la colaboración, la Milicia es desde el principio una retaguardia, la de un régimen que ya no tiene futuro en la opinión, y por lo tanto una tropa de guerra civil.

El reclutamiento está por debajo de las expectativas, como reconoce el mismo Darnand, que señala la desproporción existente entre un gran aparato administrativo y una tropa de militantes poco numerosa e insuficientemente activa. Pero Darnand se mantiene en sus trece. «Nuestros enemigos quisieran que no fuésemos más que un movimiento militarizado, jerarquizado y con las misiones propias de una policía auxiliar.» Mientras que su objetivo es crear «el único movimiento político capaz de ejercer una influencia profunda en el país y de dar los líderes que Francia tanto necesita».[10]

La decepción se prolonga en el plano político. Darnand quiere implantar la Milicia en la zona norte. Laval se opone, teme que Darnand se convierta en un nuevo Doriot, pero más poderoso. Siguiendo su costumbre, no dice que no y le

8. «Annexe aux statuts de la Milice française», 3 de julio de 1943, AN, *F 60* 514, dr. Milicia.

9. Véase Jean Boudet-Gheusi, «Avec un camarade retour du front de l'Est», *Combats*, 10 de julio de 1943.

10. Carta de Darnand a los jefes departamentales del 7 de junio de 1943, AN, *F1A* 3.747, dr. Milicia.

pide que estudie el asunto con los alemanes. El propósito de Darnand es agrupar los partidos en torno a sus 25.000 milicianos. Esto haría un total de 40.000 o 50.000 hombres, y la Milicia se convertiría en el partido único. Las negociaciones tienen lugar en París durante el mes de julio y son auspiciadas por la embajada. Los líderes parisinos no están dispuestos a ir más allá de un comité de coordinación,[11] y la embajada, que está a favor de una agrupación, no puede imponerla, pues ha de acatar la orden de dividir a los franceses. Laval se alegra de no tener que modificar su posición, y no lo hace, a pesar de que los alemanes se muestran favorables al establecimiento de la Milicia en la zona norte.[12]

El verano trae una fuerte corriente de dimisiones, provocada por dificultades de todo tipo y fundamentalmente por el rumbo que ha tomado la guerra.[13] Darnand, que entre mayo y junio no parece haber excluido la posibilidad de adherirse a la Francia libre,[14] comunica a Laval su dimisión. Se queja de las vacilaciones de la administración, de la falta de medios, sobre todo para armar a los milicianos, y de los subterfugios del auvernés. Repite que sólo la colaboración «puede hacer que Francia recupere entre las naciones reconciliadas un lugar y un rango dignos de su pasado». Sigue mostrándose «convencido de que la posibilidad de un entendimiento entre las naciones europeas dependerá de la unidad del ideal político y de la armonía interna de los distintos países». En otras palabras, exhorta a Laval a poner su política interior a la altura de su política exterior.[15]

Si dimite, las cosas no se arreglarán. Entre sus lugartenientes, los ánimos están igual de revueltos. Algunos milicianos sufren atentados, la resistencia se hace mayor. Ante la falta de armas, Laval alega la desconfianza de los servicios alemanes. Los jefes departamentales de la Milicia, con los que se entrevista en agosto, no se fían de él y deciden dirigirse a las autoridades de ocupación locales, diciendo que necesitan armarse para mantener el orden y para afrontar el alzamiento gaullista o comunista que seguirá al desembarco anglosajón.[16]

11. Guilbaud, «Note sur l'organisation des forces collaborationistes en France», 21 de junio de 1943, y «Annexe à la note du 21 juin», 19 de julio de 1943, este último remitido a Laval, la embajada y las SS, PA-AA, *Botschaft Paris* 2.463/2.

12. En junio de 1943, Schleier indica que la embajada está a favor de esta extensión de la Milicia (CDJC, CLXXXIV-30 a, 13 de junio de 1943).

13. Véase AN, *AJ 40* 1.210, dr. *Frz. Miliz.*, y *AJ 40* 1.261, dr. *Heer*/19; según la Milicia, el 30 de junio de 1943 tenía 30.412 efectivos, 12.945 de ellos procedentes de la «Franc-Garde»; los alemanes tienen sus dudas («Sonderbericht Nr. 9 betr. die frz. Miliz», 1 de diciembre de 1943, *AJ 40* 1.210, dr. indicado abajo).

14. Azéma, «La Milice», *op. cit.*, pág. 93.

15. Darnand a Laval, 14 de julio de 1943, IHTP, *Mfm all.* 155, OKW 1.056.

16. Informe del coronel Tessier, DWStK a KK de Bourges, 22 de agosto de 1943, OKW 1.362, *Mfm IfZ* MA 34.

En esta situación de estancamiento y de desconfianza hacia Laval, Darnand busca aliados. Desde el otoño anterior, mantiene contactos con Déat. Ambos dependen de Laval, ambos tienen razones para estar descontentos con él, pero ahora pueden ayudarse mutuamente, Déat facilitando la implantación de la Milicia en la zona norte, Darnand facilitando la creación del partido único en todo el país: es la combinación de partido único y milicia. Déat da un nuevo impulso a la unión con Bucard, el Grupo Colaboración y el MSR de Soulès que ya intentó el otoño anterior, pero esta vez se ocupa de la agrupación de sus milicias, preludio de su asociación con Darnand.

De este modo, el elemento paramilitar adquiere también protagonismo en la zona norte. Las milicias de los partidos compiten por ocupar el primer plano de la escena y causar impresión. En la primavera de 1943, los alemanes les dan su autorización para desfilar por las calles. Esto les permite demostrar su resolución y su combatividad, es su manera de advertir a sus oponentes y a la población. Las principales milicias desfilan entre los meses de abril y agosto, ninguna de ellas cuenta con más de 2.500 hombres, la milicia del RNP es la menos numerosa.[17] El PPF desfila en último lugar, y también es el último partido que se dota de una milicia, pues hasta entonces se había conformado con su servicio de orden. Según un observador de la resistencia, el Vel' d'Hiv' está medio lleno, en el desfile por los Campos Elíseos participan solamente 2.200 personas, mujeres y jóvenes incluidas. En medio de las fuerzas de asalto del partido, ve a un jorobado y a varios cojos. La mayoría de estos hombres, delgados y encorvados, parecen desnutridos —proceden de las capas populares, las más afectadas por las restricciones—. Muchos de los curiosos allí reunidos no ocultan su hostilidad, y los pocos simpatizantes que hay entre el público no reaccionan ante los insultos y las burlas de los demás. En resumen, este observador considera que los alemanes se han desinteresado completamente de la acción política y que lo único que les importa es fomentar la creación de grupos de combate para utilizarlos como fuerzas auxiliares en su lucha contra la resistencia.[18]

La aproximación Déat-Darnand desembocó en un manifiesto, el Plan del 4 de septiembre, dirigido a los principales dirigentes nazis. Los dos hombres, acompañados por Luchaire, solicitan la ayuda de Alemania para unir las milicias, crear el partido único y remodelar el gobierno. Asimismo, piden que se les garantice que Francia, a cambio de su ayuda militar, conservará la integri-

17. Según el responsable de la Milicia del RNP (un jefe de bomberos de París), en mayo de 1943 este grupo tendría 1.463 hombres («Note de renseignement», 25 de mayo de 1943, AN, *F* 7 15.301, dr. Milicia, varios 1943-1944).

18. Nota sin firma, «Paris au 3 août 1943», AN, *F1A* 3.956.

dad nacional, la soberanía administrativa y política, y obtendrá ayuda para reconquistar su Imperio.[19]

Mientras tanto, Darnand ha buscado apoyo en otra parte, en las SS, que también necesitan ayuda para formar la unidad francesa de la Waffen-SS. Doriot no ha acogido favorablemente la propuesta de Oberg, empezó diciéndole que no aceptaría una germanización, pero después cambió de actitud y prometió ayudar a reclutar hombres para esta unidad en nombre de la lucha europea.[20] Darnand, en cambio, se muestra más favorable y se compromete a aportar entre 200 y 300 hombres de la «Franc-Garde». Para más garantía, ingresa en las SS y presta juramento a Hitler, «führer germánico y reformador de Europa», jurándole obediencia hasta la muerte. Hay que subrayar la importancia de este gesto: Darnand es el primer político francés que jura lealtad absoluta a Hitler, y no sólo en el marco de la lucha contra el bolchevismo, como hicieron Doriot y los legionarios de la LVF. Él entra en las SS, basadas en una lealtad de hombre a hombre situada más allá de las nacionalidades, como supuesto súbdito de un pueblo «germánico». Y se compromete a prestar servicio en el momento en que lo decidan sus nuevos superiores, atándose las manos en caso de desavenencia.

Darnand ha dado este paso para obtener ayuda y aliados, para hacer que Laval cambie de posición y seguir avanzando hacia el poder, que es ya su único objetivo. Por el momento, lo que quiere son armas para la FG permanente. Le preocupa el aumento del número de atentados y sobre todo, como explica a los alemanes, quiere disponer de una fuerza apropiada para evitar una intervención alemana en el caso de que haya problemas: el Estado francés debe ser capaz de mantener el orden solo, argumento que coincide con el de Pétain y Laval.[21]

A finales de septiembre, los servicios de ocupación deciden procurar a los colaboracionistas los medios necesarios para protegerse. Se les daría permiso para armarse, aunque dentro de ciertos límites. Se aseguraría la protección de sus familias y se planearía una retirada por si se producía una «invasión». Las SS permitirían que la Milicia abriese en 21 departamentos centros de formación para un total de 600 milicianos, que recibirían una instrucción policial y militar supervisada por un oficial del SD. Por lo que se refiere al armamento, tendría que procurárselo ella misma en los escondites de la resistencia. En cuanto a sus jefes, recibirían armas para defenderse.[22]

19. AN, *3 W* 145.

20. Nota de Achenbach, 19 de marzo de 1943, véase también la nota de Abetz del 10 de abril de 1943, PA-AA, *Inland II g* 304.

21. Bran, *Frankreich-Komitee*, «Bericht über die Sitzung am 4.11.», PA-AA, *Inland II g* 304.

22. «Besprechungsnotiz betr. Besprechung beim Militärbefehlshaber wegen französ. Milizbewaffnung am 23.11.43», IHTP, *Mfm all.* 152, *OKW* 1.492; véase también AN, *AJ 40* 1.210, dr. *Frz. Miliz.*

Los alemanes se muestran menos generosos con los partidos parisinos, lo que demuestra la importancia que ha adquirido la Milicia en detrimento, por ejemplo, de un Doriot, que un año antes gozaba de los favores de las SS. Se les darían algunas armas, pero sus hombres quedarían a la disposición de la policía alemana. Así, en noviembre de 1943 se decide crear una Selbstschutz (Fuerza de Autoprotección), unidad paramilitar compuesta de miembros de los grupos colaboracionistas e instruida durante dos semanas en Taverny.[23]

A finales de 1943, el número de militantes ha disminuido. No obstante, la cifra dada por los responsables colaboracionistas resulta aceptable: tras la pausa del verano, entre 40.000 y 50.000 hombres permanecen leales. La situación los une más que nunca. Darnand comparte el lenguaje «europeo» de los líderes parisinos y habla de la necesidad de que Europa permanezca unida frente al peligro que supone el imperialismo norteamericano y, sobre todo, el comunismo. «A la Internacional Comunista y a sus aliados, hemos de responder con la unión de los nacionalistas europeos. Pues esta guerra no es un conflicto más, lo que está en juego no son un par de provincias. Esta guerra enfrenta, a escala mundial, a las mismas concepciones que se opusieron en la Alemania de 1920 y en la España de 1936.»[24] Esta nueva forma de ver las cosas ha hecho que Brasillach se distancie de sus amigos de *Je suis partout*. «Germanófilo y francés», Brasillach se considera «más francés que nacionalsocialista». Rechaza lo que él llama la «desnacionalización», hacia la que aquéllos se dirigen haciendo suya una divisa, «El fascismo y sólo el fascismo», en la que él reconoce «un maurrasismo invertido» que atenta contra los intereses de Francia.[25]

Los leales —«Nosotros no somos unos cobardes» es el tema de una reunión celebrada en la sala Wagram el 15 de enero de 1944— muestran una agresividad que hará posibles todos los excesos del año siguiente. Desde el verano, los choques con la población, y con las mismas fuerzas del orden, son cada vez más frecuentes. En París, el 27 de agosto de 1943, fecha en la que se celebra el segundo aniversario de la LVF, unos legionarios se enfrentan con la policía, hiriendo a 47 agentes.[26] Algunos grupos de jóvenes, generalmente militantes del PPF o francistas, y a veces hombres de la LVF que están de permiso, cometen actos vandálicos, destrozan los bustos y los rótulos de las calles relacionados con la República, hacen colectas forzosas en los comercios, y en ocasio-

23. HSSP a Knochen, 12 de diciembre de 1944, *Mfm IHTP* 152, *OKW* 1.492.
24. *Combats*, 4 de diciembre de 1943.
25. Dioudonnat, *Je suis partout*, *op. cit.*, págs. 366-367.
26. Informes en AN, *F1A* 3.959.

nes golpean a las personas que les niegan el saludo o que no quieren aceptar sus octavillas. Ante la respuesta de la población, cogen las armas y piden la protección de los alemanes. En otoño, en Elbeuf, jóvenes del PPF, pistola en mano, detienen a los transeúntes, los cachean y se llevan a algunos a la *Kommandantur*.[27] En la zona sur, la Milicia también se arroga poderes policiales, usurpando las competencias de la administración, lo que ocasiona conflictos cada vez mayores.

Un ejemplo del estado de ánimo de estos extremistas es la carta que un miembro del PPF escribe a un amigo de la LVF el 15 de diciembre de 1943: «Por aquí estamos muy contentos, por fin estamos luchando, la muerte nos acecha por todas partes; por fin tenemos la sensación de hacer algo bueno. Cada día, el partido paga con sangre su adhesión a Europa y al jefe». La carta termina así: «¡Por el triunfo de Europa y del cristianismo sobre la bestia! ¡Viva Doriot! ¡Viva Francia! ¡Viva Hitler!».[28]

Los jefes no hacen nada por calmar esta exaltación, sino todo lo contrario. Guiraud, el ayudante de Bucard, pide que «el antiterrorismo combata el terrorismo con los medios y los métodos del terrorismo». Exhorta a crear un «clima de terror fascista» capaz de neutralizar la resistencia.[29] Darnand también llama a la lucha: «Hemos de vencer o morir. Antes morir libres que vivir esclavos de Israel, en un mundo que haya proscrito los elevados valores de nuestro ideal occidental».[30] Desde la primavera han muerto 33 milicianos, 165 han resultado heridos,[31] y el 16 de octubre, *Combats*, el semanario de la Milicia, dice en primera plana: «Miliciano, quizá seas el próximo en ser cobardemente atacado. Señala inmediatamente a tus jefes unos rehenes». En los locales de la Milicia de Perpiñán se cuelga un cartel que dice: «Sed fuertes. Ojo por ojo. Quizá seas el próximo en ser atacado. Señala inmediatamente a tus jefes unos rehenes. Golpea y calla».[32]

En noviembre, Darnand autoriza actos de venganza que cuentan con el beneplácito de Oberg. En Annecy, 6 hombres considerados próximos a la resistencia son asesinados para vengar a otros tantos milicianos abatidos en la región. Dos de ellos han sido elegidos por ser judíos, otro por ser francmasón.[33] El PPF actúa de la misma forma en Lyon, donde su jefe, Francis André, hace asesinar a 7 personas entre el otoño de 1943 y la primavera de 1944. Sobre el

27. Véase AN, *F* 7 14.904, dr. Ruán.
28. AN, *F1A* 3.747, dr. Milicia.
29. Guiraud en la reunión de Wagram, *Le Franciste* (París), 20 de noviembre de 1943.
30. Darnand, «Alerte miliciens», *Combats*, 6 de noviembre de 1943.
31. Reunión Darnand/Henriot en Niza, *Combats*, 4 de diciembre de 1943.
32. Nota de la policía, Perpiñán, 24 de diciembre de 1943, AD Hérault, *111 W* 18.
33. Delperrie de Bayac, *Histoire de la Milice*, *op. cit.*, pág. 216.

cuerpo de las víctimas, una nota: «Terror contra terror. Este hombre paga con su vida la muerte de un francés». El 27 de diciembre, el responsable del servicio de orden del PPF de Niza saca de la prisión municipal, con la aprobación de los alemanes, a 6 detenidos, a los que asesina para vengar el asesinato de un miembro del partido.[34]

Este contraterrorismo es un desenfreno asesino, fruto de un delirio ideológico antes que de una estrategia antiguerrilla. En lugar de coger a los autores de los atentados, se mata a los «enemigos ideológicos», entre los que los judíos, conforme a la lógica nazi, ocupan un puesto de honor. Pero ya no basta con aislarlos, estigmatizarlos, desposeerlos y concentrarlos, ahora hay que tomarlos como rehenes: por cada francés asesinado, hay que fusilar a cien judíos.[35]

Esta mentalidad es esencial para comprender los horrores que vinieron después. El término de guerra civil es excesivo para calificar la situación, pues no existe una lucha que enfrente a dos sectores importantes de la población. Los miembros de la resistencia y los colaboracionistas son dos pequeñas minorías; mientras que los primeros gozan de gran simpatía entre la población, los segundos son objeto de un desprecio prácticamente general. No obstante, existe un clima de guerra civil que se caracteriza, en uno y otro bando, por la demonización del adversario. Los atentados contra los colaboracionistas se dirigen tanto a símbolos como a hombres culpables de acciones contra sus compatriotas. Mientras que algunos de ellos son asesinados por motivos concretos —denuncias con amplias consecuencias, colaboración con la policía alemana, etc.—, otros pagan con su vida por un compromiso puramente político, y en ocasiones por un compromiso pasado, como el responsable del PPF de Grenoble, profesor universitario que dimite de su cargo en 1942 y que es asesinado al año siguiente.

Los extremistas se presentan a sí mismos como víctimas que se limitan a responder a las agresiones que sufren. Pero olvidan su voluntad de meter en cintura a sus compatriotas, su exaltación de la violencia, fórceps que ha de facilitar el alumbramiento de la nueva Francia, su ensalzamiento de la virilidad y de la guerra, sus llamamientos a la venganza y a la represalia. Apoyándose en un ocupante que cada vez actúa con mayor brutalidad, se hacen todavía más culpables.

34. Informes policiales del 8 de octubre de 1945 y del 24 de junio de 1946, AN, *Z 6* 580.

35. Declaraciones de Sicard, «Il faut résoudre la question juive», *Le Cri du peuple*, 24 de enero de 1944.

Capítulo 30

Desbandada

A finales de 1943, el gobierno nombra a Darnand secretario general para el Mantenimiento del Orden y a Philippe Henriot, orgulloso miliciano, secretario de Estado de Propaganda e Información. La Milicia extiende su poder sobre las fuerzas del orden, el sistema penitenciario y la propaganda, y trata de influir en el resto de la administración. El Estado miliciano se convierte en una virtualidad, para realizarse sólo le falta respaldo popular, hombres, competencias y el apoyo de los más altos cargos del régimen. La Milicia posee al menos algunos puntos estratégicos, sobre todo el mantenimiento del orden. Su acción, coordinada con la del ocupante, causa importantes estragos en la resistencia.

Dos meses después que Darnand y Henriot, otro extremista accede al poder: Déat es el único líder parisino cuya lealtad a Laval se ve finalmente recompensada, aunque de forma bastante mezquina, pues su cargo en el gobierno le procura más cargas que poder. El poder de Darnand se ve reforzado por el continuo apoyo de las SS, donde algunos incluso consideran la posibilidad de forzar en su beneficio la unificación de los grupos colaboracionistas. Es el caso de Gottlob Berger, el responsable de las tropas armadas de las SS, que intenta por todos los medios reforzar la lucha contra la resistencia. Como le explica a Himmler, ninguna madre alemana llora cuando un extranjero muere por Alemania. Oberg, que era contrario a este proyecto, se impone a Himmler recordándole la orden de Hitler: la colaboración era sólo para la galería, no había que perder de vista el objetivo final, aplastar a Francia; y para lograrlo había que conservar la posibilidad de enfrentar entre sí a los grupos franceses.[1]

Darnand logró establecer la Milicia en la zona norte, Laval tuvo que ceder. A petición de las SS, los líderes parisinos tuvieron que invitar a sus seguidores

1. Berger a Oberg del 8 de febrero de 1944, Oberg a Himmler, 10 de febrero de 1944, IfZ, *T 175* 125 (MA 327).

a enrolarse y a comprometerse a acatar una orden de movilización en caso de que hubieran «problemas». Darnand es un hombre poderoso en los círculos extremistas, mucho más que Doriot, a quien aventaja en efectivos y en medios, pues ahora cuenta con la autoridad del Estado y con un presupuesto bastante considerable, aunque él pide continuamente más dinero. A principios de año, la Milicia tiene, según los alemanes, entre 26.000 y 30.000 hombres, la mitad proceden de la «Franc-Garde», más quince grupos de la FG permanente (unos mil hombres). La oleada de dimisiones de mediados del año anterior había podido compensarse.[2] Compensarse con la afluencia de hombres como Lacombe Lucien, de personajes de dudosa reputación y con antecedentes penales, de camorristas, pendencieros en busca de una buena paga y belicosos aventureros, de algunos señoritingos caprichosos y de cabezas locas que preferían la Milicia al STO.

Y los otros grupos, ¿qué pueden hacer sino convertirse en auxiliares del ocupante? Piden armamento y se les da, con la condición de que pongan a los hombres armados a disposición de la policía alemana. La Fuerza de Autoprotección, cuya creación se decidió el otoño anterior, es ya una realidad —según Oberg, los líderes parisinos no aportaron los hombres que se comprometieron a aportar, y en Taverny no se entrenó a más de 400 hombres—.[3] Al parecer, las SS no tuvieron demasiada dificultad para procurarse los auxiliares que tanto necesitaban, reclutándolos entre los colaboracionistas, los antiguos trabajadores voluntarios y los que tenían problemas con la justicia, o simplemente echando mano de sus equipos de colaboradores en el mercado negro. Armados y dotados de documentación alemana, para la policía francesa estos auxiliares eran intocables; en su labor de control de la opinión y de infiltración en la resistencia hicieron verdaderos estragos. Es difícil saber cuántos fueron exactamente, pues formaban parte del conjunto de agentes empleados por el ocupante durante aquel período, unos 9.000 o 10.000 en total, según los cálculos de un juez de instrucción después de la liberación.[4]

A principios de 1944, los partidos han de crear otra fuerza suplementaria, esta vez para Sauckel. El «negrero de Europa» quiere paliar la oleada de rebeldes que rechazan el trabajo obligatorio en Alemania y fortalecer el STO. En ese momento, las SS no disponen ni de los medios y ni del tiempo suficientes para realizar esta tarea; y por lo que se refiere a la policía francesa...

2. KI Bourges, «Ergänzungs-und Abschlussbericht zu Sonderbericht Nr. 9 betr. die französische Miliz», 4 de abril de 1944, AN, *AJ 40* 1.210, dr. *Frz. Miliz.*

3. CDJC, Proceso Oberg-Knochen, CCCLXIV-2, págs. 86-88, CCCLXIV-6, pág. 27.

4. H. Michel, *Paris allemand*, *op. cit.*, pág. 131. Véase Yves Lecouturier, «Au service de la Gestapo en Normandie», RHDGM, nº 156, octubre de 1989, págs. 37-44. La cifra de 30.000 auxiliares, de la que se habla a menudo, debería apoyarse en algún indicio.

Denominada «Comité para la Paz Social» o «Grupo de Acción para la Justicia Social», la misión fundamental de esta nueva fuerza es perseguir a quienes pretenden eludir el STO y, en segundo lugar, proteger a los empleados franceses de la administración alemana, a las familias de los trabajadores voluntarios en Alemania y a los allegados de los legionarios de la LVF. La formación hizo su debut en Marsella, donde Sauckel contaba con el apoyo de Sabiani, el responsable local del PPF, que al parecer presionó a los dirigentes del partido.[5] En cualquier caso, el 10 de marzo de 1944, de los 460 miembros que tenía esta formación, 431 estaban en Marsella. Posteriormente se trasladaron a París, instalándose en el cuartel Mortier. En agosto, cuando se produjo el repliegue hacia el este, la formación contaba con 1.800 hombres.[6]

Laval sufre con resignación el aumento de poder de Darnand, aunque ofrece la ventaja de contener a los extremistas de París. Sus políticas siguen siendo distintas en la teoría, pero esta diferencia se borra en la práctica. Los extremistas, tanto los de Vichy como los de París, reclaman una firme política de colaboración con el ocupante. Los más altos cargos del Estado francés siguen confiando en un compromiso de paz e insisten en que actúan bajo la presión de los alemanes. Pétain se agarra como a una tabla de salvación a sus restos de popularidad, que se recupera un poco a raíz de su viaje a la zona norte en la primavera de 1944, donde se da un pequeño baño de multitudes. Sorprendidos de este recibimiento, los servicios de la propaganda alemana explican que si su presencia ha sido tan emocionante, es porque la población ha visto en él un símbolo de la patria y un punto de referencia en medio de la desorientación y la ansiedad provocadas por los bombardeos y por las convulsiones que podría traer la liberación.[7] El miedo a lo desconocido, y los bombardeos, devuelven a Pétain la función de refugio que había cumplido unos años antes. No todos recibirán con la misma alegría la liberación. En efecto, en octubre de 1944 Galtier-Boissière escribe: «De haber sido posible realizar sondeos de opinión, creo que éstos hubiesen determinado la existencia de un 95 % de pétainistas después del armisticio, porcentaje que se habría situado en el 50 % hasta la invasión de la zona sur y que se habría mantenido en el 30 % en el momento del desembarco».[8]

5. Victor Barthélemy, *Du communisme au fascisme: L'histoire d'un engagement politique*, Albin Michel, 1978, págs. 374 y sigs.

6. «Arbeitseinsatz in Frankreich, Stand: 20.8.44», AN, *AJ 40* 847, dr. MBF C64.

7. «Stimmungsbericht», informes del 30 de abril de 1944 y del 1 de junio de 1944, *Aussenstelle Bourges der Prop. Staffel NW*, AD Bourges, dr. 3.

8. Galtier-Boissière, *Mon Journal depuis la libération*, La Jeune Parque, 1945, págs. 38-39 (18 de octubre de 1944).

Las divergencias teóricas se borran en la práctica, pues los unos y los otros tienen la voluntad de mantener el orden, aunque sea mediante una represión que alimenta un clima de guerra civil. En este punto no hay ninguna diferencia entre las posiciones de Darnand, Pétain o Maurras, quien en febrero de 1944 escribe: «Nosotros repetimos prácticamente todos los días que la mejor forma de hacer frente a las amenazas de los terroristas es someterlos a un legítimo contraterror».[9] Pétain y Laval exhortan a sus agentes a ser más severos y manifiestan su apoyo a Darnand. Pétain lo recibe en varias ocasiones y no duda en hacer alusión a los motines que tuvieron lugar en Francia en 1917.[10]

En realidad, Darnand no necesita el estímulo de nadie. Como Henriot, repite incesantemente que el mantenimiento del orden, de un «orden francés», es una prioridad nacional y que él no trabaja para el ocupante. Desde que su jefe está en el gobierno, el periódico de la Milicia ha moderado su exaltación de la lucha europea. La Milicia dirige una acción francesa, pero paralela a la de los alemanes, en suelo francés y contra franceses. Los tribunales militares, creados a principios de año, ordenan la ejecución de quienes son sorprendidos en flagrante delito de «terrorismo», independientemente de que sus actos atenten contra alemanes o contra agentes franceses, lo que demuestra el endurecimiento y la convergencia de las políticas.

Las fuerzas del orden de Vichy trabajan en estrecha colaboración con las SS, que las dirigen y utilizan en su beneficio. En realidad, más que una fuerza de mantenimiento del orden, la Milicia es una policía, una policía subordinada. Cuando la cosa se pone seria —presencia de un maquis muy belicoso, como en Glières, o de grandes acciones de la resistencia—, cede sus competencias a los alemanes. En la mayoría de las operaciones, sus hombres se dedican fundamentalmente a explorar el terreno o a infiltrarse en la población, preparando la intervención del ocupante. Su misión, su vocación, si es válida la expresión, es hacer el trabajo que éste no puede realizar por no encontrarse en su medio: detectar, vigilar, capturar a los sospechosos, e incluso interrogarlos, para lo que empiezan a emplear sistemáticamente la tortura. La Milicia se sitúa por encima de la ley, y poco después fuera de ella. Además de los malos tratos y de las ejecuciones sumarias, practica el robo y el saqueo, especialmente a los judíos, objeto de un odio extremo, como lo demuestra el asesinato de Victor Basch, el antiguo presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, y de su mujer, ambos octogenarios, seguido del asesinato de Jean Zay y de Georges Mandel.

9. Delperrie de Bayac, *Histoire de la Milice*, *op. cit.*, pág. 265.
10. *Ibid.*, pág. 233; véase también Ferro, *Pétain*, *op. cit.*, págs. 533 y sigs.

Durante este tiempo, los atentados contra los colaboracionistas se suceden por doquier a un ritmo vertiginoso. En junio, Abetz hace balance de las víctimas: 300 milicianos, 270 hombres del PPF, 130 francistas, 100 miembros del Grupo Colaboración y 50 del RNP.[11] Esta oleada de asesinatos también se cobra vidas entre los funcionarios de Vichy, entre los impulsores de la Legión de Combatientes y entre aquellos a los que se acusa de delación o de trabajar para el ocupante. Hasta el 6 de junio de 1944, el número total de franceses asesinados ronda los 2.000.[12] La lucha contra los colaboracionistas se vuelve implacable y, como suele suceder entre hermanos enemigos, supera en odio a la lucha contra el ocupante.

El 6 de junio, cuando las tropas aliadas desembarcan en Normandía, Pétain y Laval piden a los funcionarios que permanezcan en sus puestos y a los franceses que obedezcan al gobierno. «Nosotros no estamos en guerra»,[13] posición acorde con el lema «Solamente Francia». El ocupante se muestra satisfecho con ella, pues entiende que puede evitar que la población se ponga del lado de los Aliados. El Estado francés hace un último esfuerzo para mantener el orden «francés» detrás de las líneas alemanas. Laval nombra a Darnand ministro de Interior y crea los llamados «tribunales para el mantenimiento del orden», que se suman a los tribunales militares y, como ellos, ordenan la inmediata ejecución de las sentencias. Los líderes parisinos cumplen su promesa y, al igual que el PPF, llaman a sus militantes a «ofrecer todo el apoyo del partido a las fuerzas leales del Estado francés y a los servicios de seguridad de los ejércitos europeos para el mantenimiento del orden interno».[14] Una vez más, se escandalizan de la posición de Vichy y reclaman su entrada en el gobierno, más represión y una colaboración incondicional del lado alemán.

El 14 de junio, piden a Abetz que la LVF y la Waffen-SS regresen a Francia para luchar contra los «invasores». Abetz, que acoge favorablemente su solicitud, detalla la contribución de Francia a la guerra alemana: 3.000 hombres en la Waffen-SS, 1.050 en el NSKK, 400 en la Kriegsmarine, 300 en la Legión valona y varios miles de hombres repartidos entre la Transport Brigade Speer, las unidades de vigilancia de la Organización Todt y la policía alemana. A estos 8.000 o 10.000 franceses con uniforme alemán, habría que sumar los 10.000 milicianos movilizados, más los 5.000 o 10.000 hombres que deben aportar los

11. Abetz, 14 de junio de 1944, PA-AA, *Inland II g* 304.

12. Marcel Baudot, «L'épuration: bilan chiffré», *op. cit.*, pág. 52.

13. Discurso de Laval del 6 de junio de 1944, citado por Delperrie de Bayac, *Histoire de la Milice*, *op. cit.*, vol. 2, pág. 69.

14. Barthélemy, *Du communisme au fascisme*, *op. cit.*, pág. 400.

partidos parisinos.[15] Si a ello añadimos los 2.000 hombres de la LVF que luchan en el este, tenemos que en ese momento entre 25.000 y 30.000 franceses prestan sus servicios al ocupante, en sus modalidades de «orden francés» o «uniforme alemán».

Pero Oberg y las autoridades militares se niegan al regreso de la LVF y de la Waffen-SS.[16] Los franceses lucharán mejor contra los soviéticos que contra los Aliados, dicen. Darnand tampoco está a favor de su regreso, probablemente porque teme que la Milicia acabe perdiéndose en la amalgama de las fuerzas colaboracionistas. Mientras tanto, sigue destinándola a la misión que los dirigentes de Vichy le han confiado, a saber, acorralar a la resistencia y apoyar la acción de las fuerzas alemanas. La crueldad de la Milicia supera todo lo imaginable: la sensación de estar entre la espada y la pared alimenta el odio y exacerba el deseo de hacer pagar caro la posible derrota. De ahí las innumerables torturas, el orgiástico ensañamiento en cuerpos aún agonizantes, una furiosa sed de venganza que se pretende justificar apelando a la eficacia policial.

A principios de agosto, cuando el avance de los Aliados es ya imparable, Pétain intenta distanciarse de la Milicia. Desde Vichy, el mariscal escribe a Darnand y desaprueba los excesos cometidos por los milicianos en la defensa del «orden francés».[17] Mientras que el Mariscal trata de ponerse en contacto con De Gaulle y reafirma la legitimidad de su gobierno, Laval intenta convencer a Herriot de que convoque la Asamblea Nacional y forme un gobierno de transición que dé cabida al vencedor, gane por la mano a De Gaulle y defienda la reconciliación nacional en nombre de la lucha contra los comunistas. Pero los alemanes impiden la realización de su proyecto, que en cualquier caso estaba condenado al fracaso.

A mediados de agosto, todos saben que ha llegado el final y preparan la retirada. Mientras que Pétain y Laval son detenidos y conducidos a Alemania, los extremistas se apresuran a unirse a los convoyes alemanes. A algunos de ellos les espera un duro camino a través de las emboscadas que la resistencia les tiende en el sur, y a veces se llevan consigo a familiares que no pueden más. Para aquellos que han decidido quedarse o que no han podido escapar, se ave-

15. Abetz a AA, 14 de junio de 1944, PA-AA, *Inland II g* 304. Según la Milicia, a finales del mes de julio se movilizan 10.400 voluntarios de la «Franc-Garde», 6.600 en la zona sur y 3.800 en París («Effectif de la Milice française à la date du 25 juillet 1944», AN, *F 60* 514, dr. Milicia). A lo que hay que sumar 2.000 miembros de la FG permanente, 415 en la zona norte y 1.540 en la zona sur (Henri Longuechaud, *«Conformément à l'ordre de nos chefs...»: Le drame des Forces de l'Ordre sous l'Occupation 1940-1944*, Plon, 1985, anexo, pág. 225).

16. Wagner, 19 de junio de 1944, PA-AA, *Inland II g* 304.

17. Delperrie de Bayac, *Histoire de la Milice*, *op. cit.*, vol. 2, págs. 221-226.

cinan malos tiempos. Entre el 6 de junio y el final de la liberación, cerca de 4.000 franceses son víctimas de ejecuciones sumarias.[18]

Pétain y Laval son ambos prisioneros, pero el primero vuelve a intentar distanciarse del segundo. El mariscal admite que ya no hay gobierno, pero sí un Estado francés, del que él es la personificación, y pide a Laval que dimita. Éste se niega, objetando que el mariscal ha renunciado a toda actividad gubernativa, por lo que sería contradictorio presentarle su dimisión...[19] Los extremistas, por su parte, no se resignan. Entre el 23 de agosto y el 1 de septiembre se entrevistan con Ribbentrop, posteriormente son recibidos por Hitler. En estas reuniones están presentes Doriot, Déat, Darnand, Marion y Brinon; falta Bucard, seguramente desacreditado por el tiroteo de sus guardaespaldas con la policía francesa. Como todavía ocupan parte del territorio francés, a los alemanes les interesa agrupar las fuerzas colaboracionistas, a ser posible con la aprobación de Pétain, y utilizarlas para crear una guerrilla en Francia y fomentar una oposición «nacional» a De Gaulle y a sus aliados comunistas.

Esta vez, Doriot les parece el hombre ideal, por lo que tratan de que los demás líderes cierren filas en torno a él. Doriot exige la dirección del gobierno y pide que se garantice la integridad territorial de Francia, salvo Alsacia-Lorena, y de su Imperio; es el único que sigue intentando hacer política, aunque en esas circunstancias su empeño resulta un tanto ridículo. Pero los demás no están dispuestos a secundarlo, por lo que finalmente Ribbentrop decide que será Brinon el que, con el visto bueno de Pétain, tome las riendas de un gobierno oficioso que habrá de lograr que el mariscal consienta el nombramiento de Doriot.

Los Aliados siguen avanzado, los franceses se repliegan en territorio alemán y se instalan en Sigmaringen, donde los países del Eje envían sus representantes diplomáticos: Abetz está al frente de la embajada alemana, la República social italiana de Salo tiene representación, al igual que Japón. En este mundo de cartón piedra, las rivalidades y las disputas son cada vez mayores. El 6 de septiembre se crea la «Delegación Gubernamental Francesa para la Defensa de los Intereses Franceses en Alemania». Déat, Darnand y Bridoux forman parte de ella, además de Luchaire y Brinon, mientras que Marion, Bonnard y Bichelonne siguen a Pétain y a Laval en su retirada y en la preparación de su defensa. Los extremistas, que todavía confían en una milagrosa transfor-

18. Baudot, «L'Épuration: bilan chiffré», *op. cit.*, pág. 52. Sobre la depuración, véase Peter Novick, *L'Épuration française 1944-1949*, Balland, 1985; Herbert Lottman, *L'Épuration 1943-1953*, Fayard, 1986.

19. Veáse Henry Rousso, *Pétain et la Fin de la collaboration: Sigmaringen 1944-1945*, Bruselas, Complexe, 1984.

mación de la situación militar, se esfuerzan por dar una apariencia de Estado, con ministerios, organigramas, leyes e incluso *Journal officiel*. Pero su principal interés es frenar a Doriot, su rival, que primero se instala en Neustadt y después en Mainau, en el lago Constanza. Ambas partes tratan de mostrarse útiles a los alemanes, sirviéndose de la radio para hacer propaganda en Francia y fundando escuelas para la formación de agentes de espionaje y de sabotaje; al parecer, de los 200 agentes instruidos en ellas, sólo unos cuantos fueron lanzados en paracaídas en Francia.[20]

¿Cuántos son estos nuevos emigrados? Probablemente de 10.000 a 15.000, entre los que hay 4.000 milicianos, varios miles de seguidores de Doriot y varios cientos de francistas y miembros del RNP, muchos de ellos acompañados de mujeres y niños.[21] Nadie se quedará sin empleo. Sólo unos cientos de personas permanecen junto a la delegación y a los dirigentes del partido. Los alemanes mandan a trabajar a las mujeres y a una parte de los hombres, excepto a los que enrolan en la división Carlomagno de la Waffen-SS, formada por franceses con uniforme alemán (LVF, Waffen-SS y distintos servicios alemanes) y unos 1.800 milicianos, 7.000 hombres en total. Darnand había aportado sus milicianos con la esperanza de dirigir la nueva formación. Pero, una vez que sus hombres han sido enrolados, los alemanes le dan la espalda. Dolorido, Darnand solicita, sin éxito, su incorporación en la tropa de Degrelle, el jefe belga que se propone liderar a todos los francófonos, a los que está convencido de devolver la conciencia de pueblo germano.[22] Una quinta parte de los efectivos de la división Carlomagno sobrevivirá a la guerra; los demás morirán para prolongar la agonía del nazismo.

A finales de 1944, la situación se ha vuelto favorable a Doriot, que el 6 de enero de 1945 anuncia el nacimiento de un Comité de Liberación Francesa al que se une Brinon, lo que enfurece a Déat y a Darnand, que acabarán resignándose. La víspera de su reunión con sus dos últimos rivales, Doriot muere ametrallado por unos aviones no identificados, probablemente anglosajones. Ha llegado el final, y pronto vendrán la captura y los procesos: Laval, Bucard y Darnand serán fusilados, sólo Déat logrará escapar, escondiéndose en un monasterio italiano.

20. Audiencias de Beugras, 22 de enero de 1946 (AN, *Z 6* 514) y 4 de julio de 1946 (*Z 6* 511).

21. En sus Memorias, Abetz habla de un total de 10.000 personas (*Das Offene Problem*, *op. cit.*, pág. 300), la misma cifra que ofrece un documento alemán de diciembre de 1944 (Arnulf Moser, *Das französische Befreiungskomitee auf der Insel Mainau und das Ende der deutsch-französischen Collaboration 1944/1945*, Sigmaringen, Thorbecke Verlag, 1980, pág. 8). Sobre el número de milicianos, véase Abetz, 10 de septiembre de 1944, PA-AA, *Inland II g* 369, y sobre el resto, véase AN, *Z 6* 413.

22. Degrelle a Himmler, 10 de diciembre de 1944, *IfZ Mfm T 175* 130, MA 332.

La diferencia entre hombres de Estado y hombres de partido se mantiene hasta el final. Sin Estado y sin suelo francés bajo sus pies, Pétain y Laval son coherentes consigo mismos y deciden detenerse; por su parte, los extremistas también actúan congruentemente cuando tratan de mantener al menos la apariencia de un poder estatal, el que ambicionaron desde el comienzo y el que les llevó a ponerse cada vez más del lado del ocupante. Ahora se hallan en una situación que difícilmente habrían podido imaginar en 1940, cuando entraron en la política para proteger a Francia y defender los intereses nacionales.

Durante su expansión, la Revolución Francesa encontró apoyos prácticamente en todos los rincones de Europa. Quienes recibían calurosamente a sus ejércitos se llamaban a sí mismos «patriotas»: la ayuda extranjera permitiría liberar a su patria del Antiguo Régimen. Como escribe Tocqueville, la Revolución Francesa borró las viejas fronteras, acercó o dividió a los hombres «más allá de las leyes, de las tradiciones, del carácter nacional y de la lengua, unas veces enemistando a compatriotas, y otras hermanando a extranjeros; o más bien formó, por encima de las distintas nacionalidades, una patria intelectual común capaz de acoger en su seno a los hombres de todas las naciones».[23] Déat gustaba de comparar las dos expansiones y extraía la conclusión, sin duda consoladora, del carácter revolucionario del nazismo. Sin embargo, la diferencia entre ambas es manifiesta: el nazismo se desparramó por Europa presentándose como el portador de una visión del mundo exclusivista, particularista y racista, y apeló a la fuerza para justificar la dominación de la raza superior y el aplastamiento de los pueblos vencidos.

No obstante, encontró apoyos prácticamente en todos los rincones de Europa; fueron muchos los que estuvieron dispuestos a morir por él. En este punto sí cabe establecer una comparación con la Revolución Francesa. Citando de nuevo a Tocqueville, podemos decir que volvió a producirse, en formas distintas y con un espíritu diferente, un fenómeno que Europa ya había conocido en la época de las guerras de religión y en los tiempos de la Revolución Francesa: «Todas las guerras extranjeras tenían algo de guerras civiles; en todas las guerras civiles había extranjeros».[24] Pero, a diferencia de las épocas precedentes, en la Europa de los años cuarenta el nacionalismo está en su cenit. Sin excepción, todos los colaboradores de la Alemania nazi apelan al deber nacional: el logro de la independencia para unos, la salvaguarda de una identidad y de oportunidades de desarrollo para otros.

A su modo, todos creen defender los intereses de su país. Sólo que ya no los consideran distintos de los intereses de la Alemania nazi. En el curso de su lu-

23. Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, Gallimard, 1952, vol. 1, pág. 87.
24. *Ibid.*

cha, han aflojado sus lazos con la sociedad nacional y se han situado fuera de ella. Radicalizándose, permanecen fieles a sus valores de fuerza y de lucha, a su rechazo de los principios liberales y democráticos. Pero la lucha contra unos enemigos comunes, a la que acaban dando más importancia que a la defensa de su patria, los pone del lado del ocupante. Es la era de los totalitarismos.

El espíritu totalitario se apoderó de ellos e hizo todo lo demás. Hombres como Déat o Doriot podían encontrar en su bagaje cultural o en su experiencia política la idea de reconstrucción nacional. Pero ¿y nacionalistas como Bucard o Darnand? Tradicionalmente, la derecha había denunciado el carácter artificioso del pensamiento revolucionario, el de la tabla rasa y la nueva sociedad. El pétainismo se situaba en esa misma línea, pues creía que la nación era capaz de extraer de sí misma la fuerza y los medios para resurgir, con tal que el Estado crease las condiciones favorables para este resurgimiento. Por su parte, los nacionalistas colaboracionistas sólo creían en la disciplina y en la movilización permanentes. Su evolución prueba que la derecha se había hecho eco de la idea de la maleabilidad de la naturaleza humana y la había puesto al servicio de sus valores, justamente la novedad introducida por los movimientos fascistas. Para esta minoría, su nación de origen tiene poca importancia al lado de la nación ideal que hay que construir. El ocupante es a la vez un socio nacional y un modelo político: creando la nueva Francia, salvarían la nación francesa. Pero lo que faltaba era que el ocupante fuese un verdadero socio, y la alianza de los nacionalistas algo más que un simple deseo que ocultaba una realidad: su transformación en los *harkis** de una nueva potencia colonial.

En el verano de 1944, Drieu La Rochelle, que no se marchará a Alemania y se suicidará poco después, se compadecía y se culpaba a sí mismo. «No soporto tanta trivialidad: los lugares comunes son más fuertes que yo. Mi portera tenía razón: "Los alemanes son unos estúpidos, a Hitler le pasará como a Napoleón, Inglaterra o Estados Unidos ganan siempre la última batalla". He luchado inútilmente contra los tópicos durante cuatro años, y contra la sabiduría popular.»[25] Efectivamente, su portera tenía razón, pero Drieu también tenía su parte de verdad. «Hitler sigue fascinándome, pese a todos sus errores, a todas sus equivocaciones, a todas sus sandeces. En general, él ha hecho realidad mi ideal político: orgullo y superioridad física, búsqueda de la distinción, del prestigio, heroísmo guerrero; e incluso la necesidad romántica de extenuarse, de destruirse a sí mismo siguiendo un impulso no calculado, desmedi-

25. Drieu La Rochelle, *Journal 1939-1945*, *op. cit.*, pág. 403 (12 de julio de 1944).

* «Harki»: Miliciano originario de África del Norte que combatía en una milicia auxiliar («harka») al lado de los franceses *(N. del. t)*.

do, excesivo, fatal.»[26] Eso venía de un hombre que se valoraba muy poco a sí mismo y que se lamentaba continuamente de su cobardía, de su debilidad, de su pequeñez. Pero sus palabras señalaban uno de los rasgos más fundamentales del nazismo. Drieu no ignoraba del todo el carácter terriblemente destructor y suicida de ese movimiento que tanto le fascinaba.

26. *Ibid.*, pág. 416 (7 de agosto de 1944).

Conclusión

Después de la liberación, Europa fue el escenario de una amplia depuración que afectó a millones de personas. El fenómeno carecía de precedentes en las ocupaciones que habían jalonado la historia desde la Revolución Francesa. Pero esta ocupación también se había salido de lo común. La Alemania nazi había subyugado y reducido a la miseria a los pueblos ocupados; su fuerza se había hecho cada vez más aplastante, había aniquilado a millones de personas, convirtiendo Auschwitz en el símbolo de la barbarie moderna. Además, había querido aniquilar todas las ideologías modernas, el liberalismo, la democracia, el socialismo, el comunismo, y, a largo plazo, su objetivo era erradicar el cristianismo. Había atentado contra los derechos de las naciones pretendiendo imponer la dominación de una raza superior que decidiría sobre la vida y la muerte de los pueblos. No es sorprendente que quienes, de una u otra forma, colaboraron con una fuerza que no solamente ocupó el país, sino que además impuso la ideología de su régimen, acabasen siendo castigados.

Francia fue el primer país liberado que exigió responsabilidades. Después de una depuración extrajudicial que se cobró entre 8.000 y 9.000 víctimas, la depuración judicial comenzó tramitando más de 300.000 expedientes y acabó juzgando a 124.613 personas. De ellas, algo menos de 50.000 fueron a la cárcel; de las 6.763 condenas a muerte, 767 acabaron en ejecución, a lo que hay que sumar un número similar de personas ejecutadas después de ser juzgadas por tribunales militares. Otros 50.000 franceses quedaron privados de sus derechos civiles. Asimismo, se procedió a la depuración profesional, especialmente en el ámbito de la administración, donde al menos 25.000 personas fueron sancionadas. En total, unos 150.000 franceses resultaron afectados de una forma u otra.[1]

1. Henry Rousso, «L'Épuration en France: une histoire inachevée», *Vingtième Siècle*, nº 33, enero-marzo de 1992. Véase también Klaus-Dietmar Henke y Hans Woller (comps..), *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg*, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1991.

Esta depuración, que contribuía a fijar la imagen del pasado más reciente, pretendía saldar la ocupación definiendo y determinando un grupo de responsables, lo que permitía una especie de catarsis colectiva y eliminar para siempre las ambivalencias, las ambigüedades y las dudas que habían experimentado muchos franceses. Con la ayuda de la Guerra Fría, el mito del pueblo que resiste conduciría de forma bastante lógica y rápida a una amnistía que debía calmar los ánimos mediante la reintegración del puñado de traidores. A partir de los años setenta, esta imagen se hace añicos: la depuración se considera un fracaso; una especie de cultura de la sospecha, alimentada por la sensación de un gran olvido o de una gran mentira, generaliza el sentimiento de que los crímenes no han sido castigados, de que la depuración de responsabilidades ha sido insuficiente, de que todo el pueblo francés ha sido cómplice de los alemanes. El interés que suscita el tema de la persecución de los judíos y la importancia concedida a los derechos humanos, que toman el relevo del nacionalismo y de las grandes ideologías, acaban ennegreciendo este período y manchando a todos aquellos que lo vivieron.[2]

El historiador no puede defender ninguna de estas dos imágenes. Debe recordar que la adaptación es un fenómeno habitual en un país ocupado, en el que se crean inevitablemente ciertos puntos, ciertas superficies de contacto, y se produce un ajustamiento a la nueva realidad. Al igual que una dictadura, una ocupación no se sostiene con la simple coerción, sino encontrando una base, más o menos estable y duradera, en unos intereses compartidos, tejiendo unas redes de adaptaciones que ligan a ocupantes y ocupados y que permiten que la máquina funcione. Los franceses, dado su pasado colonial, deberían saber que no hay dominación sin un mínimo de aceptación, por débil que ésta sea, y que las divisiones, las divergencias de intereses en las sociedades sometidas facilitan la dominación de la metrópoli. Además, el fenómeno no tiene necesariamente una connotación peyorativa o negativa. Después de la catástrofe nazi, los alemanes que tuvieron la suerte de estar en las zonas ocupadas por los Aliados occidentales, consideraron que les interesaba asociarse con los vencedores y construir con ellos las bases de un nuevo Estado.

La adaptación tiene formas y grados que conviene distinguir para no confundir las cosas. En primer lugar, una forma forzosa o estructural, ligada a la necesidad de hacer funcionar los servicios públicos y la economía. Esto es algo inevitable, sobre todo si la sociedad está diversificada, la división del trabajo desarrollada y existe una fuerte imbricación de intereses y de sectores. Desde el momento en que el ocupante intenta poner a su servicio la economía, es necesario tomar las decisiones menos perjudiciales, equilibrando el interés de

2. Véase Henry Rousso, *Le Syndrome de Vichy*, Seuil, 1987.

supervivencia de la comunidad nacional y la ayuda ofrecida al enemigo, una ayuda gracias a la cual éste podría ganar su guerra y perpetuar su dominación. Decisiones difíciles y penosas —el plato de la balanza se inclina de uno de los lados, el del más fuerte—, pero inevitables, pues una sociedad no puede echarse al monte como puede hacerlo un individuo. Esta adaptación se hace midiendo escrupulosamente las concesiones hechas al ocupante, absteniéndose de anticiparse a sus demandas y, sobre todo, evitando una política que comprometa el futuro. Es lo que hicieron los franceses. ¿Y qué otra cosa podían hacer?

Pero, en algunos, la adaptación fue mucho más allá de esto. Adquirió un carácter voluntario, superó la adaptación mínima, comportó unas iniciativas, puso de manifiesto una voluntad de acercamiento o el intento de llegar a un acuerdo; ello se tradujo en una ayuda directa o indirecta, material o moral, a la política del ocupante. En esos casos, no sólo hay una adaptación a la ocupación, sino un intento de adaptarse al ocupante, de dos formas distintas. A falta de un término mejor, denominaremos a la primera de ellas adaptación de conveniencia. Esta forma de adaptación se inscribe en un horizonte limitado, tiene un ojo puesto en la evolución de la situación y está motivada por la voluntad de defender unos intereses personales o corporativos en una coyuntura incierta. No obstante, hace que los ocupados salgan al encuentro del ocupante y de su política: establecen relaciones con él, deciden producir o trabajar para él, acudir a sus actos propagandísticos, aprender su lengua o ajustarse al marco establecido por él, cuando es posible tomar otras decisiones y la abstención no se paga cara. El término «conveniencia» no significa que esta persecución de intereses sea cínica y carezca de valores. Aunque la mayor parte de las adaptaciones de este tipo no obedece fundamentalmente a motivaciones politicoideológicas, éstas también suelen estar presentes de forma difusa o limitada, dando lugar a una complicidad que facilita el acercamiento.

La segunda forma de adaptación es la adaptación política en el sentido amplio del término. Aquí se intenta llegar a un acuerdo duradero y la motivación es fundamentalmente política, aunque los móviles se mezclen, aunque la búsqueda de dicho acuerdo proceda de la resignación más que de la adhesión, aunque se imponga a sí misma unos límites. Esta forma de adaptación puede ir desde la defensa pública de una política de entendimiento hasta el enrolamiento con el uniforme del ocupante, pasando por el apoyo a su propaganda. En todos estos casos, la adaptación se basa necesariamente en una connivencia ideológica, aunque apenas se tenga conciencia de ella.

Estas tres formas de adaptación están presentes en toda ocupación. En su diversidad, dichas formas dan cuenta del fenómeno de una manera diferenciada. No así la noción de colaboración, con su perspectiva esencialmente politicoideológica, su espíritu punitivo y su uso acusatorio y polémico. Tras la libe-

ración, el delito de colaboración fue definido y perseguido conforme a una relación de fuerzas políticas, una concepción del derecho y unas prácticas judiciales muy concretas, esto es, conforme a una lógica y a unos criterios que el historiador no puede hacer suyos o prolongar sin más. Dando prioridad a la ayuda ofrecida voluntariamente al enemigo, se pasó por alto la adaptación estructural, cuando ésta fue la más importante desde el punto de vista del ocupante. Durante al menos tres años, los alemanes lograron mantener su dominación reduciendo al mínimo las tropas encargadas del mantenimiento del orden, lo que les permitió reforzar los otros frentes, y explotaron eficazmente los recursos económicos del país. En 1944, contando los prisioneros de guerra y los trabajadores forzosos del STO, más de cuatro millones de franceses trabajan para ellos (2.660.000 en Francia, 1.314.000 en Alemania), esto es, el 37 % de la población masculina francesa entre 16 y 60 años.[3] A esto hay que sumar toda la mano de obra francesa que contribuye indirectamente al esfuerzo bélico alemán. Esta extraordinaria aportación, obtenida a través de la coerción y la intimidación, facilitada por la evidente necesidad de los franceses de sobrevivir, no podía ser contrarrestada eficazmente por la valerosa actuación de la resistencia, pese a su considerable contribución en el ámbito de la información, de la acción simbólica, de la lucha política y de la lucha armada, especialmente en los últimos tiempos.

Es evidente que la colaboración incluye la adaptación política aquí definida; asimismo, abarca una parte de la adaptación de conveniencia. Pero, en esta segunda categoría, la línea divisoria entre lo justiciable y lo que no lo es no responde a ningún imperativo, si se me permite la expresión. Era posible trazarla de otra forma, fundamentalmente en función de la relación de las fuerzas políticas; sin duda, los comunistas habrían sido mucho más rigurosos. No es tarea del historiador decir si había que castigar más o menos; su perspectiva es sencillamente distinta de la de los encargados de depurar responsabilidades. Así, las personas que se pusieron a aprender alemán, especialmente en un instituto alemán, que por lo que yo sé no fueron sancionadas, ¿colaboraron o no? Según las reglas establecidas por la depuración y en la lógica de un derecho liberal en el que cada caso debe ser examinado de forma individual, buscando fundamentalmente la intención, podría considerarse que este comportamiento no tenía el carácter de una ayuda directa al enemigo, y estaría por probar que quienes se interesaban por la lengua alemana tenían la intención de ayu-

3. Informe del *Feldwirtschaftsamt im OKW zum Chef der Heeresrüstung und Befehlshaber des Ersatzheeres über den Gesamteinsatz der franz. Arbeiter* para el período enero-abril de 1944, en *Die faschistische Okkupationspolitik in Frankreich (1940-1944)*, Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1990, doc. 221, págs. 310-311.

darle. En cambio, desde la perspectiva del historiador, no hay nada más significativo que ese interés por el alemán, nada más interesante que las formas cotidianas, ambiguas y huidizas de adaptación de la sociedad francesa a la presencia del ocupante.

En cualquier caso, al término de esta investigación es evidente que el ámbito de la adaptación voluntaria superó con mucho el círculo de las personas sancionadas por la depuración. Es comprensible que esta diferencia, que paradójicamente se ha hecho más evidente con el paso del tiempo, quizá por la toma de conciencia de la popularidad de Pétain, haya alimentado en los últimos veinte años una cultura de la sospecha. Pero hemos de repetir que la gran mayoría de los franceses no creían en la colaboración y no la querían, que se comportaron dignamente, pese a que sus vacilaciones y su pasividad durante los dos primeros años dejaron el campo libre a quienes llevaron más lejos su adaptación. Seguramente, muchos franceses vivieron en una situación de «drôle de guerre» desde 1939 a 1944, esperando que su país saliese lo mejor librado posible: el recuerdo de la guerra anterior y el sentimiento de debilitamiento nacional explican suficientemente este comportamiento. Aunque pasivos, los franceses esperaban con impaciencia la liberación. Es honroso ser un héroe; no es deshonroso no haberlo sido.

El caso es que varios millones de franceses siguieron, al menos durante un tiempo, y a menudo con resignación o escepticismo, la política de colaboración del gobierno. Cientos de miles de franceses trabajaron para el ocupante o produjeron para él. Decenas, si no centenas de miles de franceses quisieron aprender su lengua, asistieron a los actos culturales organizados por él, a sus exposiciones propagandísticas, y mantuvieron con él todo tipo de relaciones: mundanas, sentimentales y sexuales. Finalmente, varios cientos de miles de franceses estuvieron claramente a favor de la colaboración, adhesión que se tradujo, en algunos de ellos, en un compromiso político o militar. Estos franceses procedían de todas las clases sociales, con un claro predominio de las capas populares, en algunos ámbitos más que en otros. Proporcionalmente, sin embargo, las clases acomodadas fueron las más tocadas, aunque fuese de forma minoritaria, en virtud de determinados reflejos políticos y sociales reforzados por los resentimientos heredados de la preguerra, y de una situación que solía colocarlos en primera línea, en los cuadros de la administración o en el mundo de la empresa. Siendo los intereses más fuertes, negarse era más difícil, adaptarse resultaba más rentable.

Para comprender la amplitud de esta adaptación, hay que tener en cuenta las condiciones que la determinaron, como en cualquier ocupación, y que operaron especialmente durante los dos primeros años. La primera condición, que hace posible todo lo demás, es la política del ocupante: es él quien delimita

el terreno e inicia el juego. Martirizando a Polonia, proponiéndose destruir no sólo su organización estatal, sino también su identidad nacional, los nazis abortan de antemano toda posibilidad de cooperación por parte de sus habitantes. En Francia, en cambio, hacen una política menos brutal que en Europa oriental y más flexible que en el resto de los países «germánicos» de Europa occidental.

La segunda condición tiene que ver con las alternativas existentes, que determinan la valoración del poder del vencedor y de la probable duración de su dominación, así como la imagen de los posibles liberadores. Por lo que respecta a la primera cuestión, la perspectiva de una dominación duradera explica suficientemente la resignación al yugo imperial, tal como sucedió en los imperios europeos; resignación e incluso aceptación, en la medida en que las aportaciones del ocupante compensan parcialmente su dominación. En el caso de Francia entre 1940 y 1944, la continuación de la guerra no podía por menos de alimentar las esperanzas; asimismo, impidió que la resignación se prolongase por más tiempo. En cuanto a la segunda cuestión: si Francia hubiese tenido como vecino y como liberador potencial a la Unión Soviética, al igual que los pueblos de Europa oriental, probablemente la adaptación política se hubiese visto reforzada. La liberación por parte de los soviéticos no podía verse de la misma forma que la llegada de los anglosajones.

La tercera condición es la cohesión interna de la sociedad ocupada. Su receptividad a la política del ocupante y la predisposición a la adaptación son mayores si esta sociedad sufre una crisis o está dividida. La sociedad francesa, como las demás sociedades europeas ocupadas por la Alemania nazi, estaba atravesada por tensiones que restaron fuerza a la reacción patriótica, pese al indiscutible valor de su población, como lo demuestra la rápida extensión de la conciencia de que la situación imponía determinado comportamiento, exigía observar cierto código de conducta.

Algunas de esas tensiones eran de orden social, e iban más allá de los resentimientos entre grupos o clases sociales. Hemos visto la importancia que tuvo el fenómeno de la atomización, de la debilitación de la conciencia nacional en función de trayectorias sociales difíciles o de la falta de formación, factores que paralizan la reacción patriótica e impulsan a aprovechar las oportunidades que ofrece la situación. La misma actitud que puede resultar del compromiso establecido entre patriotismo y defensa de intereses particulares. Otras tensiones eran de naturaleza política: las aspiraciones restauradoras, el autoritarismo, el anticomunismo y el antisemitismo hicieron ver aspectos positivos en el nazismo, con mucha miopía. El nacionalismo, que estaba en el origen de la mayoría de estas actitudes, quedó debilitado por el reconocimiento de que los enemigos de Francia y de Alemania eran los mismos; esto hizo que los

colaboracionistas pensasen en la posibilidad de volver a levantar la nación con la ayuda del vencedor. Finalmente, había otras tensiones que tenían que ver con el pacifismo, la debilidad del país o la voluntad de que no corriese más sangre, y que llevaron a considerar necesaria o incluso beneficiosa la unificación del Continente. Todos estos argumentos circulaban ya antes de la derrota, pero su peso aumentó en la medida en que Vichy los defendió o los hizo suyos.

Con su política de colaboración, el Estado francés no sólo pagó con importantes concesiones la búsqueda de una recuperación ilusoria de la soberanía y de la hegemonía de Francia en medio de un conflicto que se prolongaba y se internacionalizaba. La voluntad de salvar el régimen lo acercó cada vez más al ocupante. Aunque su lema era «Solamente Francia», la política de Vichy acabó convirtiéndose en un medio para los fines criminales del nazismo. Probablemente, el ocupante también habría podido deportar a los judíos dando directamente sus órdenes a la policía francesa, como lo hizo en los países cuyos gobiernos se hallaban en Londres. Pero el hecho es que Vichy le echó una mano entregando judíos extranjeros, desnaturalizando a parte de los judíos franceses y ordenando la detención de los judíos de nacionalidad francesa.

Sin embargo, no hay que pensar que, sin Vichy, la colaboración no habría existido. La sociedad francesa tenía sus propios motivos para adaptarse. Pero el Estado francés les confirió legitimidad, ejerció una influencia que probablemente no fue unívoca, pero que en cualquier caso fue nefasta. Si comparamos la situación de Francia con la de los países ocupados de Europa occidental, salvando las diferencias relacionadas con sus pasados y sus contextos nacionales, comprobamos que, en lo que respecta a las formas reseñadas de adaptación política, adhesión a los grupos colaboracionistas o enrolamiento con uniforme alemán, Francia se sitúa a la cola de esos países. Probablemente, aquí la existencia del Estado francés, y sobre todo la popularidad de Pétain, desempeñaron un papel decisivo: la adhesión a Pétain pudo evitar un compromiso radical con los alemanes. Por otra parte, en relación con su comportamiento, la sociedad francesa parece haber sido más proclive a la adaptación de conveniencia, y aquí Vichy actuó en sentido contrario, pues fomentó la defensa de los intereses particulares. Las demás sociedades ocupadas de Europa occidental, pese a haber aportado más efectivos al colaboracionismo, ofrecen ejemplos de resistencia civil que en Francia no tienen ningún equivalente: protesta a favor de los judíos en Amsterdam, muestras de rechazo por parte de los universitarios o de los profesionales de la medicina en Holanda y en Noruega, etc.[4]

4. Véase Jacques Semelin, *Sans armes face à Hitler: La résistance civile en Europe, 1939-1943*, Payot, 1989.

Otras tantas manifestaciones de oposición a los intentos de los nazis locales de meter en cintura a la población, mientras que en Francia el Estado francés extendió una apariencia de legalidad que frenó la repulsa pública del colaboracionismo.

En definitiva, la época de la ocupación ha dejado un recuerdo doloroso en la mente de los franceses. La imagen de Francia resultó dañada por su compromiso con uno de los peores regímenes de la Europa moderna. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial invertía la imagen gloriosa de la Gran Guerra, que no sólo había concluido con la victoria, sino que además había conocido «la unión sagrada» del pueblo francés. La derrota de 1940 trajo el hundimiento de las instituciones y dio paso a un régimen para el que la redefinición del pacto político tenía prioridad sobre el interés nacional, para después caer en la infamia. Y desencadenó hondas disputas sobre quién encarnaba la legitimidad política y representaba verdaderamente los intereses del país. En circunstancias como las que impone una ocupación, un individuo, hombre o mujer, puede encontrarse a sí mismo. Una sociedad difícilmente puede hacer lo mismo. Derrotada y dividida, Francia tomó un rumbo difícil de corregir a corto plazo, pese a la gran figura del general rebelde y al sacrificio de una minoría de franceses.

APÉNDICE. TABLA 1

Procedencia social de los principales grupos colaboracionistas

	Francismo	*Grupo Colaboración*	*PPF*	*RNP*	*SOL*	*Milicia*	*LVF*	*Waffen-SS*	*Total*
Industriales	7	57	111	52	48	56	—	—	331
	1,7	*3*	*3,6*	*2,2*	*3,5*	*2,2*	—	—	*2,9*
Comerciantes	37	189	376	334	124	199	6	—	1.265
	9,3	*10*	*12,4*	*14,3*	*9,1*	*7,8*	*4*	—	*11,4*
Artesanos	33	110	231	163	72	206	16	6	837
	8,3	*5,8*	*7,6*	*7*	*5,3*	*8,1*	*10,8*	*4,8*	*7,5*
Agricultores	16	95	221	107	428	465	12	11	1.355
	4	*5*	*7,3*	*4,6*	*31,7*	*18,3*	*8,1*	*8,8*	*12,2*
Jornaleros	5	7	34	22	13	42	22	13	158
	1,2	*0,3*	*1,1*	*0,9*	*0,9*	*1,6*	*14,8*	*10,4*	*1,4*
Profesiones liberales	28	136	235	100	88	137	6	1	731
	7	*7,2*	*7,7*	*4,3*	*6,5*	*5,4*	*4*	*0,8*	*6,6*
Directivos	12	94	126	123	82	123	2	2	564
	3	*4,9*	*4,1*	*5,2*	*6*	*4,8*	*1,3*	*1,6*	*5,1*
Viajantes-representantes	5	21	40	35	3	9	—	—	113
	1,2	*1,4*	*1,3*	*1,5*	*0,2*	*0,3*	—	—	*1*
Profesorado	16	28	44	80	12	17	—	—	197
	4	*1,1*	*1,4*	*3,4*	*0,8*	*0,6*	—	—	*1,7*
Funcionarios	23	44	190	90	96	155	4	—	602
	5,7	*2,3*	*6,2*	*3,8*	*7,1*	*6,1*	*2,7*	—	*5,4*
Obreros	49	45	246	249	102	210	36	43	980
	12,3	*2,3*	*8,1*	*10,7*	*7,5*	*8,2*	*24,3*	*34,4*	*8,8*
Empleados	80	267	505	430	139	347	15	27	1.810
	20,1	*14,1*	*16,7*	*18,5*	*10,3*	*13,7*	*10,1*	*21,6*	*16,3*
Personal de servicio	9	12	55	50	3	31	1	2	163
	2,2	*0,6*	*1,8*	*2,1*	*0,2*	*1,2*	*0,6*	*1,6*	*1,4*
Estudiantes	34	21	85	49	12	130	4	7	342
	8,5	*1,1*	*2,8*	*2,1*	*0,8*	*5,1*	*2,7*	*5,6*	*3*
Jubilados	5	82	115	95	54	57	2	—	410
	1,2	*4,3*	*3,8*	*4*	*4*	*2,2*	*1,3*	—	*3,7*
Sin profesión	28	164	321	273	37	222	6	4	1.055
	7	*8,6*	*10,6*	*11,7*	*2,7*	*8,7*	*4*	*3,2*	*9,5*
Ejército	5	8	23	25	8	58	5	1	133
	1,2	*0,4*	*0,7*	*1*	*0,5*	*2,2*	*3,3*	*0,8*	*1,2*
Policía	1	2	12	11	20	19	1	2	68
	0,2	*0,1*	*0,3*	*0,4*	*1,4*	*0,7*	*0,6*	*1,6*	*0,6*
Religiosos	—	6	9	9	5	1	—	—	30
	—	*0,3*	*0,2*	*0,3*	*0,3*	*0,03*	—	—	*0,2*
Otros	4	102	38	25	2	47	10	6	234
	1	*5,4*	*1,2*	*1*	*0,1*	*1,8*	*6,7*	*4,8*	*2,1*
TOTAL	397	1.490	3.017	2.322	1.348	2.531	148	125	11.047
	100	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*	*100*

Las cifras en cursiva indican los porcentajes.

Fuente: Tabla elaborada a partir de 38 encuestas departamentales efectuadas por el CHDGM, IHTP, Encuesta sobre la colaboración.

TABLA 2

	Población activa en 1936[1]	*Conjunto de los grupos colaboracionistas de la tabla 1*[2]	*Muestras de las cámaras de lo civil*[2]
Industriales y comerciantes	13,8 %	27,0 %	19,0 %
Agricultores	23,5 %	15,3 %[3]	5,5 %
Jornaleros	8,1 %	1,7 %	2,3 %
Profesiones liberales	0,5 %	8,1 %	7,8 %
Directivos y empleados (funcionarios incluidos)	16,0 %	36,3 %	35,5 %
Obreros	31,3 %	10,8 %	23,6 %
Servicio doméstico	3,3 %	1,8 %	4,3 %
Ejército-Policía	2,8 %	2,2 %	1,4 %
Clero	0,6 %	0,3 %	0,1 %

1. Claude Thélot y Olivier Marchand, *Deux Siècles de travail en France: population active et structure sociale, durée et productivité du travail*, INSEE, 1991, págs. 186-187.

2. Porcentajes recalculados tras eliminar las siguientes categorías: jubilados, estudiantes, sin profesión y otros. En el caso de la categoría «Servicio doméstico», la comparación está muy deformada, pues la encuesta sobre la colaboración ha introducido la categoría mucho más amplia de «personal de servicio».

3. El porcentaje de agricultores es del 5,9 % en los cuatro grupos más importantes (PPF, RNP, Grupo Colaboración y francismo). Es su mayor presencia en el SOL y en la Milicia lo que hace subir la media.

Índice de nombres



«En el verano de 1940, los franceses no sabían nada de los cuatro años que iban a vivir a partir de entonces... Como ocurre en toda adaptación a condiciones extraordinarias y en todo periodo de cambio rápido, los puntos de vista se modificaron de año en año. El pasado inmediato se reconstruía imperceptiblemente, de tal modo que, al final del camino, resultaba natural pensar que se habían producido decisiones evidentes y apremiantes desde el comienzo. Cualquier historia de aquella época ha de dar cuenta de la opacidad del futuro, de la movilidad de los pensamientos, del temblor que acompañaba a las decisiones, de los intentos de adaptación. La ocupación significó una prueba para el conjunto de la sociedad francesa. Dio origen a reacciones en sentido contrario, y también a actitudes vagas, poco claras, ambivalentes. Nadie pudo ahorrarse tomar una decisión.»

PHILIPPE BURRIN

Durante cuatro años, los franceses viv[illegible] nazi. Reaccionaron a esta situación ext[illegible] algunos, oponiéndose a ella; la mayoría, sometiéndose y resignándose; y otro grupo, bastante numeroso, adaptándose o intentando establecer un pacto con el vencedor.

Este libro intenta analizar, por primera vez las reacciones de la sociedad francesa ante la presencia del ocupante: el gobierno de Vichy, los grupos políticos, la opinión pública, la Iglesia, los empresarios, los banqueros, los editores, los escritores... Y para ello estudia la diversidad y la evolución de sus comportamientos, desde el compromiso colaboracionista hasta las formas más cotidianas, manifiestas o subrepticias de cohabitar con los vencedores: la búsqueda de trabajo, el aprendizaje del alemán, los contactos con el ocupante, las visitas a conciertos o conferencias organizados por los nazis... Ante una situación extraordinaria, los franceses tuvieron que establecer la línea divisoria entre lo aceptable y lo inaceptable, distinguir entre lo digno y lo indigno, entre el bien y el mal, a partir de la imagen que tenían de sí mismos, de su país y de sus intereses. El resultado de su respuesta ambigua y vacilante fue una herida que todavía permanece abierta.

Philippe Burrin es profesor del Institut Universitaire des Hautes Études Internationales de Ginebra.

www.paidos.com

